# JOHN DOS PASSOS

# 1919

TRILOGÍA USA Nº 2

El estallido de la Primera Guerra Mundial y la participación de Estados Unidos cobran protagonismo en esta novela, segunda parte de la *Trilogía USA*, que conserva parte de los personajes que pululaban por *Paralelo 42*, el mismo vigor narrativo y la voz histórica de Woodrow Wilson, Theodore Roosevelt o el Soldado Desconocido para contarnos cómo la avaricia de la sociedad estadounidense de los felices años 20 no se detiene ante nada.

John Dos Passos

# 1919

## Trilogía USA - 2

**ePub r1.0**
**Titivillus** 25.08.16

Título original: *1919*
John Dos Passos, 1932
Traducción: Mariano Antolín Rato

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# PRÓLOGO

En 1944, nada menos que doce años después de la publicación de *1919*, John Dos Passos mantuvo un intercambio epistolar con su viejo amigo Robert Hillyer, que le acusaba de haberse inspirado en su persona para crear el personaje de Richard Ellsworth Savage. En una de las cartas, Dos Passos, con ese tono cachazudo que reservaba para los corresponsales quisquillosos, rechazó la acusación con argumentos más que convincentes, y de paso dejó escritas algunas claves acerca del sistema que empleaba para construir los personajes de sus novelas. «Savage era un personaje sintético como lo son todos los personajes de mis novelas», escribe Dos Passos, que a continuación añade: «Empiezas con unas pocas nociones y anécdotas sobre alguien a quien conoces, y luego se cuelan otros fragmentos de las vidas de otras personas y una gran porción de tu propia vida, y entonces, si tienes suerte, el amasijo empieza a fermentar y se convierte en algo bien distinto».

La mezcla, por tanto, no excluye los elementos autobiográficos, y en *1919* resulta sencillo rastrear algunos de ellos. En la infancia de Savage, que vive alejado de su padre, se puede reconocer algo de la del propio novelista, que fue hijo natural y sólo tuvo una familia convencional cuando su padre, John Randolph Dos Passos, enviudó de su primera mujer y pudo casarse con su madre. Y el Savage aficionado a escribir poemas y estudiante en Harvard tiene sin duda rasgos del también estudiante en Harvard y también poeta Dos Passos, el joven que más tarde (como asimismo hace el personaje de su novela) viajaría a Francia y a Italia para intervenir en la Primera Guerra Mundial como voluntario del servicio de ambulancias. El ajetreo de huelgas, mítines y cargas policiales que Dos Passos vivió en sus años de mayor combatividad política nos es presentado a través de la figura de Anne Elizabeth Trent (que en la novela recibe el nombre de Hija), y de la mano de Eveline Hutchins se nos introduce en el París posterior al armisticio, así como en el ambiente teatral neoyorquino, que también conoció el novelista. Como detalle anecdótico conviene indicar que tanto Eveline como Savage (pero por separado) cruzan el Atlántico en un barco llamado *Touraine*, el mismo en el que, en 1917, el propio escritor regresó de Europa a Estados Unidos tras recibir la noticia de la muerte de su padre. Sirva esta anécdota para valorar hasta qué punto el escritor empleaba materiales de su propia biografía y los integraba en las vidas de sus personajes, algo que ya había hecho en sus dos primeras novelas (*Primer encuentro* y *Tres soldados* están inspiradas en sus experiencias durante la Primera Guerra Mundial) y que seguiría haciendo hasta el final de su carrera, con la creación de un *alter ego* llamado Jay Pignatelli, que protagonizaría varias de sus novelas de madurez.

Dos Passos habla de mundos y atmósferas que conoce bien y reparte entre sus personajes retazos de sus azarosas peripecias de juventud, y seguramente esa

destilación de elementos autobiográficos es una de las razones que explican la indudable consistencia de los personajes de *1919*, todos ellos verosímiles, todos de carne y hueso. La aparición (en la primavera de 1932) de la novela fue saludada con entusiasmo por los más eminentes críticos literarios. Uno de ellos la definió como «la novela americana más potente» y otro la calificó de «hito de la ficción americana», y Edmund Wilson destacó precisamente la facilidad del lector para identificarse con los protagonistas e implicarse en sus problemas y sentimientos (al contrario de lo que ocurría con *Manhattan Transfer*, en la que, según Wilson, los personajes estaban vistos desde fuera, cosa que les restaba humanidad). *1919* gustó también mucho a los amigos literatos de Dos Passos: a Blaise Cendrars, que le escribió poco después para decirle que era «verdaderamente superior a *Paralelo 42*, y te admiro con toda mi alma», y a Ernest Hemingway, que en una larga y razonada carta le dijo que la novela le había parecido magnífica, «cuatro veces mejor que *Paralelo 42*, que ya era buenísima».

El libro no gozó, en cambio, de una gran fortuna comercial, ya que sus ventas fueron inferiores a las de *Paralelo 42*, que a su vez se había vendido bastante peor que alguna novela suya anterior, y a ello tal vez no fuera totalmente ajeno el cambio de editorial al que en el último momento se vio impelido Dos Passos. *1919* acabó apareciendo en el catálogo de Harcourt, Brace & Co. después de que Harper & Brothers, que había publicado la primera entrega de la trilogía, rechazara el libro tras negarse Dos Passos a suavizar los duros términos en que estaba redactada la semblanza biográfica del banquero J. P. Morgan. Las presiones se debían al hecho de que precisamente la banca de Morgan había proporcionado apoyo financiero a Harper en anteriores épocas de estrecheces, y según Virginia Spencer Carr, autora de una biografía del escritor, tales presiones atentaban contra el núcleo mismo de su ideario artístico y filosófico, porque la simple sugerencia de introducir modificaciones constituía «un reflejo de su lucha contra todo el síndrome monopolístico».

El novelista, en efecto, no escatima denuncias contra las desviaciones y contradicciones del capitalismo, entre las que se encuentran los monopolios. El poder corruptor del dinero asoma aquí y allá como una presencia constante en esta historia de norteamericanos en Europa. Casi todos los protagonistas comparten una inocencia natural, que van perdiendo a medida que se adentran en un mundo hostil. Paralelamente, su idealismo inicial parece ir desdibujándose al contacto con la realidad. En *1919*, Dos Passos nos ofrece un vibrante retrato de un momento histórico particularmente agitado y, aunque en gran medida la acción transcurre en el viejo continente, el punto de vista es siempre inequívocamente estadounidense. Por ese motivo, no pueden extrañarnos las abundantes referencias al enconado debate entre patriotas y pacifistas (es decir, entre partidarios y detractores de la intervención norteamericana en la Gran Guerra) ni el chauvinismo de los estadounidenses que presentan a su país como el glorioso salvador de la achacosa Europa. También por ese motivo, los ecos que a menudo llegan del triunfo de la revolución en Rusia aparecen

irónicamente contrapunteados por noticias que anuncian como inmediata e irreversible la caída del régimen soviético…

Son momentos de gran ebullición histórica, tiempos convulsos en los que se han vuelto del revés, como si fueran calcetines, las normas y convenciones vigentes en los años de paz. En épocas así es más fácil percibir la verdadera madera de la que están hechos los seres humanos. Sus debilidades, sus anhelos, sus traiciones, sus sacrificios, sus miserias y sus grandezas nos resultan más evidentes en este intenso y embarullado microcosmos, en el que las chicas decentes que normalmente aspirarían a encontrar un buen marido acaban enfrentándose a embarazos de siempre graves consecuencias y en el que son pocos los hombres que se libran de contraer alguna enfermedad venérea. La inversión (o por lo menos la suspensión) de los valores es tal que la guerra llega a ser vivida en ocasiones como una auténtica juerga, un gran paréntesis festivo, y el lector deja de percibirla como lo que de verdad fue, una enorme tragedia colectiva.

Al servicio de ese retrato de época pone Dos Passos su rico arsenal de recursos técnicos. Si *1919* es una gran novela (y está claro que lo es), ello se debe en buena medida a la complejidad y perfección de su arquitectura narrativa. En la primera parte de la trilogía, los hilos argumentales sólo confluían al final; en esta segunda, la espesa red está ya tejida. Con el amor como nexo de algunas de las historias, éstas se cruzan de forma incesante y dan lugar a un logrado efecto de perspectivismo, en el que el lector, como un pequeño dios, lo sabe todo de todos mientras los personajes sólo conocen su parte de la historia y apenas si llegan a atisbar las de los demás. De la dificultad de manejar un material tan vasto dan idea los enmarañados esquemas que el escritor elaboraba, uno de los cuales, repleto de flechas, nombres y tachaduras, se reproduce en *The Fourteenth Chronicle*, el volumen que recoge su epistolario. El resultado de tan arduo esfuerzo es una novela desbordante, inagotable, casi abrumadora por ese carácter sinfónico que nos seduce y atrapa con la fuerza inapelable que sólo tienen las obras verdaderamente grandes de la historia de la literatura.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

# Noticiario XX

Oh la infantería la infantería
Con roña detrás de las orejas

CHOQUE DE EJÉRCITOS EN VERDÚN,
EN LA MAYOR BATALLA DE LA HISTORIA

DESFILAN 150.000 HOMBRES Y MUJERES

pero otra cuestión, y muy importante, se plantea. La Bolsa de Nueva York es hoy el único mercado de valores libre del mundo. Si mantiene esa posición, es indudable que puede llegar a convertirse en el mayor centro mundial para el mercado de

LA FLOTA INGLESA ENVIADA A LA CONQUISTA
DEL CUERNO DE ORO

La caballería la artillería
Y los malditos ingenieros
Jamás vencerán a la infantería
Ni siquiera en once mil años

EN GALLÍPOLI LOS TURCOS
HUYEN ANTE LOS TOMMIES

cuando vuelven a casa, ¿qué pensarán nuestros veteranos de guerra del norteamericano que se pierde en conjeturas sobre cierto vago orden, mientras chapotea en la arena de aguas poco profundas? Desde su vacilante locura, quienes sobrevivan al espectáculo, recordarán la extensa y nueva Tierra de Nadie de Europa, que apesta a asesinato y ansias de rapiña, incendiada por las llamas de la revolución

CAMAREROS EN HUELGA
PIDEN AYUDA A LAS MUJERES

¡Oh el roble y el fresno y el sauce llorón
Y verde crece la hierba en Norteamérica!

coincidiendo con una situación de ese tipo tendrá lugar la entrada de grandes

cantidades de dinero del exterior con el fin de mantener el equilibrio en este país

*Cuando pienso en la bandera que llevan nuestros barcos, que es su único toque de color, lo único que se mueve como si poseyera un espíritu firme en su sólida estructura, me parece ver franjas alternas de pergamino sobre las que están escritos los derechos de libertad y justicia, y franjas de sangre vertida para reclamar esos derechos, y luego, en un ángulo, una predicción del sereno azul en el que podrá bañarse cada nación que defienda esos derechos.*

¡Oh, clavaremos la Gloriosa Bandera en la punta del asta
Y todos volveremos a alistarnos en la piara…!

# Joe Williams

Joe Williams se puso el traje de segunda mano y, desde el borde del muelle, tiró su uniforme, que llevaba envuelto un adoquín, a las aguas turbias de la dársena. Era mediodía. No había nadie por allí cerca. Se dio cuenta de que no tenía la caja de puros y esto le irritó. De vuelta al tinglado la encontró donde la había dejado. Era una caja que en otro tiempo había contenido puros La Flor de Mayo, comprados durante una borrachera en Guantánamo. En la caja, bajo el encaje de papel dorado, había una foto de graduación del instituto de Janey, una instantánea de Alec con su motocicleta, una fotografía con las firmas del entrenador y de todos los jugadores del equipo júnior del colegio, del que él había sido capitán, todos con uniforme de béisbol; una vieja instantánea color rosa y casi borrada del remolcador de su padre, el *Mary B. Sullivan*, tomada cerca de los cabos Virginia, con un barco totalmente aparejado a remolque; una tarjeta postal con el retrato de una chica desnuda que se llamaba Antoniette y con la que había estado en Villefranche; unas cuantas hojas de afeitar; una fotografía suya y de otros dos tipos, los tres con uniforme blanco de marino, tomada en Málaga contra el fondo de un arco morisco; un puñado de sellos extranjeros; un paquete de Merry Widows y diez conchitas rosadas y rojas que había cogido en la playa de Santiago. Con la caja bien apretada bajo el brazo, sintiéndose incómodo en la holgada ropa de paisano, caminó lentamente hasta el faro y contempló la escuadra en formación que humeaba Río de la Plata abajo. El día estaba nublado y los esbeltos cruceros pronto se perdieron de vista entre el espeso humo que lanzaban.

Joe dejó de mirarlos y contempló un oxidado vapor que arribaba entonces. Iba muy inclinado a babor y se veía el casco verde y viscoso por debajo de la línea de flotación. Había una bandera griega azul y blanca en la popa y una sucia bandera amarilla de cuarentena a medio mástil en la proa.

Un hombre se le acercó por detrás y se dirigió a Joe en español. Era un tipo sonriente, rubicundo, que vestía un mono azul y fumaba un puro. Pero algo en él hizo que Joe se atemorizase.

—No *savi* —dijo Joe y se alejó por entre unos cobertizos hacia las calles que daban al puerto.

Tuvo dificultad para encontrar el local de María, pues todas las manzanas de casas eran muy parecidas. Lo reconoció gracias al violín mecánico del escaparate. Una vez dentro del mal ventilado local, que olía a anís, se quedó largo rato en la barra sosteniendo con una mano un pegajoso vaso de cerveza y mirando hacia la calle que percibía en franjas brillantes a través de la cortina de cuentas que colgaba de la puerta. A cada momento temía ver pasar el uniforme blanco y la cartuchera amarilla de un infante de marina.

Tras la barra, un joven de tez amarilla y con la nariz torcida se apoyaba en la pared, mirando al vacío. Cuando Joe se decidió, le hizo un gesto levantando la barbilla. El joven se acercó y, apoyándose en una mano, se inclinó sobre la barra, frotándola con el trapo grasiento que tenía en la otra. Las moscas posadas en los ruedos dejados por los vasos de cerveza huyeron volando ante el trapo y fueron a reunirse con el enjambre que zumbaba en el techo.

—Oye, dile a María que quiero verla —dijo Joe, sin abrir apenas los labios. El chico de la barra levantó dos dedos.

—*Dos pesos* —dijo.

—Demonios, no, sólo quiero hablar con ella.

María le hizo señas desde la puerta del fondo. Era una mujer pálida, de grandes ojos muy separados, rodeados por fláccidas ojeras azuladas. A través de su arrugado vestido rosa, ceñido sobre la convexidad de los pechos, Joe pudo distinguir los carnosos y ondulados rebordes de sus pezones. Se sentaron ante una mesa de la habitación trasera.

—Trae dos cervezas —gritó Joe a través de la puerta.

—¿Qué es lo que quieres, *iho de mi alma*? —preguntó María.

—¿Tú *savi* Doc Sidner?

—Claro, yo *savi* todos los yanquis. ¿Qué quieres? ¿Ya no vas en el barco grande?

—Ya no voy en el barco grande… Una pelea con el hijoputa, ¿entiendes?

—¡*Ché*! —Los pechos de María temblaban como gelatina cuando se reía. Le puso una gruesa mano en la nuca y le obligó a volver la cara hacia ella—. Pobre niñito… un ojo a la funerala.

—Claro que me puso un ojo a la funerala. —Joe se apartó de ella—. Un suboficial. Le pegué, ¿*entiendes*…? Después de eso ya no hay sitio para mí en la Marina… Me he largado. Oye, el doctor dijo que tú conocías a un tipo que falsificaba cartillas de navegación…, para la marina mercante, ¿*savi*? Yo, desde ahora, sólo en la marina mercante, María.

Joe apuró su cerveza.

Ella seguía sentada moviendo la cabeza y diciendo:

—*Che pobrecito… Ché*. —Luego preguntó con voz lacrimosa—: ¿Cuántos dólares tienes?

—Veinte —dijo Joe.

—Él quiere cincuenta.

—Supongo que entonces estoy jodido.

María se acercó hasta el respaldo de su asiento, le rodeó el cuello con su rollizo brazo, y se inclinó sobre él emitiendo unos cloqueos.

—Espera un minuto, vamos a pensar… ¿*sabes*?

Aquel enorme pecho que se apretaba contra su nuca y su hombro le producía malestar; no le gustaba que le tocaran por la mañana cuando estaba sobrio. Pero se quedó sentado hasta que ella de repente soltó un chillido de loro:

—*Paquito… ven acá*.

Un hombre sucio, que tenía el cuerpo en forma de pera y la cara y el cuello rojos, entró por el fondo. Hablaron en español por encima de la cabeza de Joe. Por fin, ella acarició la mejilla de Joe y dijo:

—Muy bien, Paquito *sabe* donde vive… puede que acepte los veinte, ¿*sabes*?

Joe se puso de pie. Paquito se quitó el sucio delantal de cocinero y encendió un cigarrillo.

—¿*Tú savi*? Papeles de marinero —dijo Joe acercándosele y mirándole a los ojos. El otro asintió. Joe abrazó a María y le dio un pellizco—. Eres una buena chica, María.

Ella los acompañó sonriente hasta la puerta de la taberna.

Fuera, Joe escudriñó la calle arriba y abajo. Ningún uniforme a la vista. Al final de la calle una grúa se recortaba, negra, frente a los depósitos de cemento. Subieron a un tranvía y viajaron largo rato sin decir nada. Joe iba sentado mirando al suelo con las manos colgando entre las rodillas, hasta que Paquito le pegó un codazo. Se apearon en una zona suburbana con casas de cemento de aspecto barato, ya deslucidas. Paquito llamó al timbre de una puerta que en nada se diferenciaba de las demás, y al cabo de un rato un hombre de párpados enrojecidos y grandes dientes de caballo acudió a abrirles. Él y Paquito conversaron en español largo tiempo a través de la puerta entreabierta. Joe se sostenía a ratos sobre un pie y a ratos sobre otro. Por el modo en que le miraban de reojo mientras hablaban, adivinó que estaban calculando cuánto dinero podían sacarle.

Estaba a punto de intervenir cuando el hombre que había abierto la puerta se dirigió a él con un entrecortado acento londinense:

—Dele cinco pesos por las molestias, señor, y arreglaremos esto entre blancos.

Joe le dio las monedas que llevaba en el bolsillo y Paquito se marchó.

Joe siguió al inglés hasta el vestíbulo, que olía a repollo y manteca de freír y colada. Una vez dentro, el hombre puso su mano en el hombro de Joe y dijo, echándole a la cara un rancio aliento a whisky:

—Bueno, señor, ¿cuánto puede pagar?

Joe se apartó.

—Veinte dólares norteamericanos es todo lo que tengo —dijo entre dientes.

El tipo meneó la cabeza.

—Sólo son cuatro libras… Bueno, no hay moros en la costa, veamos qué se puede hacer, ¿verdad, señor?

Mientras el tipo permanecía mirándole, Joe se quitó el cinturón, cortó un par de puntadas con la hoja de su navaja y sacó dos billetes norteamericanos de reverso anaranjado y doblados a lo largo. Los desdobló cuidadosamente y se disponía a entregárselos cuando lo pensó mejor y se los metió en el bolsillo.

—Antes vamos a echar una ojeada a esos papeles —dijo, haciendo una mueca.

Los ojos enrojecidos del inglés parecían llenos de lágrimas; dijo que existía el

deber de ayudarse unos a otros, y de mostrar agradecimiento cuando un tipo se expone a ir a la cárcel por ayudar a su semejante. Luego le preguntó a Joe su nombre, edad y lugar de nacimiento, cuánto llevaba en el mar y otras cosas por el estilo, y entró en una habitación interior, cerrando cuidadosamente la puerta con llave detrás de él.

Joe se quedó de pie en el vestíbulo. Hasta allí llegaba el tictac de un reloj. Los tictacs eran más espaciados cada vez. Por fin, Joe oyó girar la llave en la cerradura y el hombre volvió con dos papeles en la mano.

—Debería hacerse cargo de lo que estoy haciendo por usted, señor…

Joe cogió una hoja. Frunció el ceño y la estudió. Le pareció que estaba bien. El otro documento era una nota que autorizaba a la Agencia de Marinos Titterton a retener mensualmente el sueldo de Joe hasta un total de diez libras esterlinas.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó—. Tengo que soltar setenta dólares…

El inglés dijo que pensara en el riesgo que estaba corriendo y que los tiempos eran duros, y que, después de todo, podía tomarlo o dejarlo. Joe lo siguió a la habitación interior, llena de papeles, se inclinó sobre el escritorio y firmó con una pluma estilográfica.

Luego bajaron al centro de la ciudad en el tranvía y se apearon en la calle Rivadavia. Joe siguió al hombre a una pequeña oficina de la parte trasera de un almacén.

—Aquí tiene a un tipo listo, señor McGregor —dijo el marino a un escocés de aspecto bilioso que paseaba arriba y abajo mordiéndose las uñas.

Joe y McGregor se miraron.

—¿Norteamericano?

—Sí.

—¿No esperará un sueldo norteamericano, supongo?

El inglés se le acercó y le susurró algo; McGregor miró el certificado y pareció satisfecho.

—Bien, firme en el libro… Firme debajo del último nombre.

Joe firmó y entregó los veinte dólares al inglés. Aquello le dejaba sin blanca.

—Muy bien; salud, señor.

Joe dudó un momento antes de estrechar la mano que le tendía.

—Adiós —dijo.

—Vaya a recoger sus cosas y esté de vuelta dentro de una hora —ordenó McGregor con voz ronca.

—No tengo nada que recoger. He estado en la playa —replicó Joe, sopesando la caja de puros que tenía en la mano.

—Entonces espere afuera y yo le llevaré a bordo del *Argyle* dentro de un rato.

Joe pasó un buen rato ante la puerta del almacén, mirando la calle. ¡Demonios!, ya había visto lo suficiente de Buenos Aires. Se sentó en un cajón marcado TIBBET & TIBBET, ESMALTES, BLACKPOOL, a esperar al señor McGregor,

preguntándose si sería el patrón o el piloto. Seguro que el tiempo le iba a parecer muy largo hasta que dejara Buenos Aires.

# El Ojo de la Cámara (28)

cuando llegó el telegrama con la noticia de que ella se estaba muriendo (las ruedas del tranvía rechinaban alrededor de la campana de cristal como todas las tizas en todas las pizarras de todas las escuelas) paseando alrededor de Fresh Pond el olor a brotes de sauce en agua pantanosa en el aire frío chirriando ruedas de tranvía traqueteando en raíles sueltos por las afueras de Boston la tristeza no es un uniforme y vete a sorprender al Booch y a beber vino durante la cena en el Lenox antes de coger el Federal

> Estoy harto de violetas
> Que se las lleven todas

cuando llegó el telegrama con la noticia de que ella se estaba muriendo la campana de cristal se rompió con un rechinar de tizas de pizarra (¿le ha ocurrido alguna vez no haber sido capaz de dormir durante una semana de abril?) y Él se reunió conmigo bajo la gris marquesina del ferrocarril me picaban los ojos con las tintas bermellón y verdecromadas que rezumaban los matorrales de las colinas de abril. Sus bigotes eran blancos la cansada flaccidez de las mejillas de un anciano Ella se ha ido la tristeza de Jack no es un uniforme y él en la sala el olor a cera de los lirios en la sala (Él y yo debemos enterrar el uniforme de tristeza)

luego el olor del río el brillante Potomac alcanza las pequeñas olas plateadas en Indian Head había sinsontes en el cementerio y las cunetas exhalaban primavera abril se basta para sorprender al mundo

cuando llegó el cablegrama con la noticia de que Él había muerto, anduve por las calles llenas del Madrid de las cinco de la tarde hirvientes de crepúsculo en vibrantes garrafas de *aguardiente* vino tinto luz de gas verde crepúsculo rosa ladrillo ocre ojos labios rojos mejillas morenas columna de la garganta salté al tren nocturno en la estación del Norte sin saber por qué

> Estoy harto de violetas
> Que se las lleven todas

la rota campana de cristal iridiscente los torsos cuidadosamente copiados los detalles arquitectónicos la gramática de los estilos

fue al final de aquel libro y yo dejé a los poetas de Oxford en la pequeña habitación ruidosa que olía a aceite de oliva rancio en la Pensión Boston Ahora Now Maintenant Vita Nuova pero nosotros

quién había oído la hermosa voz de Copey leyendo y leído los libros bellamente encuadernados y respirando profundamente (respira profundo uno dos tres cuatro) los lirios de cera y el aroma artificial de violetas de Parma bajo la mascarilla de éter y se había sentado a desayunar en la biblioteca donde estaba el busto de Octavio

ahora estaban muertos en la oficina de telégrafos

en el traqueteo del asiento de madera del tren que atraviesa la medianoche trepando desde la proa para conseguir una bocanada de Atlántico en el vapor a toda máquina (la chica suiza de cara ovalada y su marido eran amigos míos) ella tenía los ojos ligeramente saltones y un modo un tanto brusco de decir *Zut alors* y de lanzarnos una sonrisita un pez para la foca que caldeaba nuestra oscuridad cuando el agente de inmigración vino a pedirle el pasaporte no pudo mandarla a la Isla de Ellis la grippe espagnole y ella estaba muerta

limpiando aquellos cristales

limpieza de la cocina

limpieza de las bujías con una navajita

ausente sin permiso

triturando las rosas American Beauty en la cama de aquella mujer (la noche de niebla inflamada con proclamas de la Liga de los Derechos Humanos) el olor a almendra de potentes explosivos enviando éclats que cantan a través de la dulzona grandilocuencia vomitiva de muertos pudriéndose

yo esperaba que mañana sería el primer día del primer mes del primer año

# Playboy

Jack Reed

era hijo de un alguacil de Estados Unidos, un ciudadano distinguido de Portland, Oregón

Era un muchacho que prometía

así que sus viejos lo mandaron a una escuela del Este

y a Harvard

Harvard significaba pronunciar la «a» abierta y aquellas relaciones tan útiles para más adelante en la vida y buena prosa inglesa… si el erizo no puede ser educado en Harvard no puede serlo en ninguna otra parte

en absoluto y los Lowell sólo hablan con los Cabot y los Cabot

y el Libro de Poesía de Oxford

Reed era un joven que prometía, no era judío ni socialista y tampoco procedía de Roxbury; era fuerte, ambicioso, le apetecía todo, pues a un hombre tienen que gustarle muchas cosas en su vida.

Reed era un hombre: le gustaban los hombres le gustaban las mujeres le gustaba comer y escribir y las noches de niebla y beber y las noches de niebla y nadar y el fútbol y el poema con rima y dirigir los «ra ra ra» en los partidos y ser orador y pertenecer a clubs (no a los clubs más importantes, su sangre no era bastante azul para los clubs más importantes)

y la voz de Copey leyendo *El hombre que quiso ser rey*, el otoño moribundo *La urna funeraria*, la buena prosa inglesa las luces que llegaban desde el patio, bajo los olmos en el crepúsculo

voces apagadas en salas de conferencias

el otoño moribundo los olmos el discóbolo los ladrillos de los viejos edificios y los arcos conmemorativos y los dulces y los decanos y los instructores gritando todos con voces aflautadas estribillo,

estribillo; la maquinaria oxidada chirriaba, los decanos temblaban bajo sus birretes, los engranajes rodaron hasta el día de la graduación, y Reed se encontró fuera en el mundo:

¡Washington Square!

Convencional resulta que es un insulto;

Villon buscando alojamiento por la noche en casas de italianos de la calle Sullivan, Bleecker, Carmine;

investigaciones demuestran que Robert Louis Stevenson fue un gran fanfarrón,
y en cuanto a los isabelinos

al infierno con ellos.

Navega en un barco de ganado y ve mundo ten aventuras para contar cosas divertidas todas las noches; un hombre tiene que enamorarse… el pulso que se acelera la sensación de que hoy en noches de niebla pasos taxis ojos de mujer… muchas cosas en su vida.

Europa con un toque de rábano rallado, tragar París como una ostra;

pero hay algo más que el Oxford de Poesía Inglesa. Linc Steffens hablaba de la comunidad cooperativa.

revolución en una voz tan melosa como la de Copey, Diógenes Steffens con Marx como linterna recorriendo Occidente en busca de un hombre bueno, Sócrates Steffens sigue preguntando ¿por qué no la revolución?

Jack Reed quisiera vivir en un tonel y escribir versos;

pero siguió tratando a vagabundos obreros tipos duros que le gustaban sin suerte sin trabajo ¿por qué no la revolución?

No conseguía concentrarse en el trabajo con tanta gente sin suerte;

¿no había aprendido de memoria la Declaración de Independencia en el colegio? Reed era del Oeste y las palabras para él tenían sentido; cuando decía algo a un compañero en el bar del Harvard Club, sentía lo que decía desde las suelas de sus zapatos hasta los rizos de su despeinado pelo (su sangre no era bastante azul para el Harvard Club ni para el Dutch Treat Club ni para la respetable bohemia de los independientes de Nueva York).

Vida, libertad, y la búsqueda de la felicidad;

no había mucho de eso en las sederías cuando

en 1913,

fue a Paterson a escribir sobre la huelga, obreros textiles que se manifestaban golpeados por la policía, los huelguistas en la cárcel; antes de darse cuenta de que él también era un huelguista que se manifestaba, golpeado por la policía y a la cárcel;

no quiso que el director le pagara la fianza, aprendería más con los huelguistas en la cárcel.

Aprendió bastante para llevar la representación de la Huelga de Paterson al Madison Square Garden.

Aprendió a tener esperanza en una sociedad nueva donde no hubiera nadie sin suerte.

¿por qué no la revolución?

La revista *Metropolitan* lo mandó a México.

a hacer un reportaje sobre Pancho Villa.

Pancho Villa le enseñó a escribir y el esqueleto de las montañas y los altos tubos de órganos de los cactos y los trenes blindados y las bandas tocando en pequeñas plazas llenas de chicas morenas con chales azules

y el polvo sanguinolento y el estampido de los disparos de los rifles

en la noche enorme del desierto, y los morenos peones de voz tranquila muriéndose de hambre matando por la libertad

por tierra por agua por escuelas

México le enseñó a escribir.

Reed era del Oeste y para él las palabras tenían sentido.

La guerra fue una ráfaga que apagó todas las linternas de Diógenes;

los hombres buenos empezaron a agruparse para pedir ametralladoras. Jack Reed era el último de aquella magnífica raza de corresponsales de guerra que escabullían la censura y se jugaban el pellejo por un artículo.

Jack Reed era el mejor escritor norteamericano de su tiempo, si alguien hubiera querido saber de la guerra podría haberlo averiguado en los artículos que él escribía sobre ella

sobre el frente alemán,

la retirada serbia,

Salónica;

tras las líneas en el tambaleante imperio del zar,

burlando a la policía secreta

la cárcel en Cholm.

Los mandamases militares no le dejaron ir a Francia porque dijeron que una noche en las trincheras alemanas jugando con la dotación alemana de un cañón había tirado de la cuerda de un cañón alemán que apuntaba al corazón de Francia… cosas de playboy pero después de todo ¿qué importaba quién disparaba los cañones o en qué dirección estaban apuntados? Reed estaba con los muchachos que saltaban por los aires,

con los alemanes los franceses los rusos los búlgaros y los siete sastrecillos del gueto de Salónica,

y en mil novecientos diecisiete

estaba con los soldados y los campesinos

en Petrogrado en octubre:
Smolny,
*Diez días que conmovieron al mundo*;

no más el pintoresco México de Villa, no más asuntos de playboy del Harvard Club, planes para teatros griegos, verso con rima, buenas anécdotas de un veterano corresponsal de guerra,
esto ya no era una broma
esto era serio

Delegado,
de vuelta a Estados Unidos sumarios, el proceso Masses, el proceso a los I.W.W. [1], Wilson abarrotando las cárceles,
pasaportes falsos, discursos, documentos secretos, escurriéndose a través de cordones sanitarios, esconderse en los pañoles de los vapores,
cárcel en Finlandia, todos sus documentos robados,
ya no hay oportunidad para escribir versos, nada de conversaciones acaloradas con el primer tipo al que se encuentra, el estudiante con sonrisa agradable que trata de salir del aprieto hablando con el juez;
todos los del Harvard Club están en el Servicio de Inteligencia arreglando el mundo para que el consorcio bancario Morgan-Baker-Stillman esté seguro;
el viejo vagabundo que bebe su café en una lata de tomate es un espía del Cuartel General.

El mundo ha dejado de ser cosa de broma,
sólo ametralladoras e incendios provocados,
hambre piojos chinches cólera tifus
no hay hilas para vendajes ni cloroformo o éter miles de muertos por heridas gangrenadas cordones sanitarios y espías por todas partes.
Las ventanas del Smolny resplandecen calentadas al blanco como un horno bessemer,
no se duerme en el Smolny,
Smolny, la gigantesca fábrica de laminados que funciona las veinticuatro horas del día soltando hombres nociones esperanzas milenios impulsos miedos,
primeras materias
para los cimientos
de una nueva sociedad.

Un hombre debe hacer muchas cosas en su vida.
Reed era del Oeste y para él las palabras tenían sentido.
Echó todo lo que poseía y a sí mismo dentro del Smolny,
dictadura del proletariado;
U.R.S.S.
La primera república de trabajadores
se estableció y se mantuvo.
Reed escribió, llevó a cabo misiones (había espías por todas partes), trabajó hasta hundirse.
cogió el tifus y murió en Moscú.

# Joe Williams

Veinticinco días en el mar a bordo del vapor *Argyle*, de Glasgow, capitán Thompson, cargado de pieles, raspando herrumbre, embadurnando de minio planchas de acero que chisporrotean calientes, parrillas al sol, pintando la chimenea de la mañana a la noche, balanceándose y cabeceando en el fuerte oleaje sucio; chinches en los catres del apestoso castillo de proa, estofado para comer, con patatas podridas y judías mohosas, cucarachas aplastadas en la mesa, y un trago de zumo de limón al día como manda el reglamento; luego un enfermizo calor húmedo y Trinidad azul entre la neblina sobre el mar encendido.

Avanzaban por la Boca cuando empezó a llover y las islas cubiertas de una vegetación de helechos verde amarillentos se tiñeron de gris bajo el aguacero. Cuando amarraron el barco en el muelle de Puerto España, todos estaban calados hasta los huesos de lluvia y sudor. El señor McGregor andaba a grandes zancadas arriba y abajo con la cara congestionada; había perdido la voz a causa del calor y tenía que susurrar las órdenes con un murmullo apagado. Luego se levantó la cortina de lluvia, salió el sol y todo despedía vapor. Todo el mundo estaba enfadado, no sólo por el calor, sino también porque se decía que iban a subir hasta el lago Pitch a cargar asfalto.

Al día siguiente no pasó nada. Los cueros de la bodega de proa apestaban cuando levantaron las escotillas. Ropa y mantas, puestas a secar al tórrido resplandor del sol entre chaparrón y chaparrón, siempre se empapaban de nuevo antes de que pudieran meterlas dentro. Mientras llovía no había sitio donde mantenerse seco; el toldo de cubierta goteaba sin parar.

Por la noche, terminada su guardia, aunque no merecía la pena bajar a tierra porque nadie había cobrado, Joe se encontró sentado en un banco de una especie de parque cerca del mar, mirándose los pies. Se puso a llover y buscó refugio bajo un toldo, delante de una taberna. Había ventiladores eléctricos dentro de la taberna; una bocanada fresca que olía a lima y ron y whisky y a bebidas heladas, salía por la puerta abierta del local. A Joe le apetecía cerveza, pero no tenía ni un solo centavo. La lluvia colgaba como un telón al borde del toldo.

De pie junto a él había un tipo de aspecto juvenil con traje blanco y un panamá en la cabeza, que parecía norteamericano. Miró varias veces a Joe, captó una de las miradas de éste y sonrió.

—¿Eres n-n-norteamericano? —dijo.

Tartamudeaba un poco al hablar.

—Así es —respondió Joe.

Hubo una pausa. El tipo le tendió la mano.

—Bienvenido a nuestra ciudad —dijo.

Joe notó que tenía algo raro. La palma de su mano era blanda cuando se la estrechó. A Joe no le gustó su manera de apretársela.

—¿Vives aquí? —preguntó.

El tipo se rió. Tenía los ojos azules y una cara redonda, de labios gruesos, que parecía amistosa.

—No, demonios… Sólo voy a estar aquí un par de días de escala en un viaje por las Indias Occidentales. O-o-ojalá me hubiera ahorrado el dinero quedándome en casa. Quería ir a Europa pero no se p-p-puede por la guerra.

—De eso es de lo que hablan todos en el jodido barco inglés en el que estoy, de la guerra.

—Y no consigo imaginar por qué demonios nos han traído a este agujero; ahora resulta que le pasa algo al barco y no podemos irnos hasta dentro de dos días.

—Entonces, debe ser el *Monterey*.

—Sí. Es un barco horrible; a bordo no hay más que mujeres. Me alegra mucho toparme con un tipo con el que poder charlar. Al parecer, aquí sólo hay negros.

—Sí, parece como si no hubiera más que gente de color en Trinidad.

—Mira, no va a dejar de llover en mucho tiempo. Entra y tómate un trago conmigo.

Joe le miró con desconfianza.

—Muy bien —le dijo por fin—, pero te advierto que no podré corresponder…, estoy sin blanca y esos malditos escoceses no nos dan ningún adelanto de la paga.

—Eres marinero, ¿verdad? —preguntó el tipo cuando llegaron a la barra.

—Trabajo en un barco, si es lo que quieres decir.

—¿Qué vas a tomar? Aquí tienen un ponche estupendo, el *planter punch*. ¿Nunca lo has probado?

—Beberé una cerveza…, normalmente tomo cerveza.

El tabernero era un chino de cara redonda y sonrisa melancólica como la de un mono muy viejo. Les sirvió las copas con gran delicadeza como si temiera romper los vasos.

La cerveza estaba fría y buena en el vaso empapado. Joe se la bebió de un trago.

—Oye, ¿no sabrás los resultados de los partidos de béisbol? La última vez que vi un periódico parecía posible que el Senators se llevase el campeonato.

El hombre se quitó el panamá y se secó la frente con un pañuelo. Tenía el pelo negro y rizado. Miraba insistentemente a Joe como si estuviera decidiendo algo con respecto a él. Por fin dijo:

—Oye, me llamo… Wa-wa-wa… Warnes Jones.

—A mí me llaman Yank en el *Argyle*… En la Armada me llamaban Slim.

—Así que has estado en la Armada, ¿eh? Ya me parecía a mí que tenías más bien pinta de marino de barco de guerra que de un mercante, Slim.

—¿Y por qué?

El tipo que decía llamarse Jones pidió otras dos copas de lo mismo. Joe estaba

preocupado. Pero, qué diablos, no podían detenerle a uno por desertar en suelo británico.

—Oye, ¿no has dicho que sabías algo de los resultados del béisbol? La liga ya debe andar por la segunda vuelta.

—Tengo periódicos en el hotel…, ¿quieres echarles un vistazo?

—Claro que quiero.

Había dejado de llover. El suelo ya estaba seco cuando salieron de la taberna.

—Oye, voy a dar una vuelta en coche por la isla. Me han dicho que se pueden ver monos salvajes y cosas así. ¿Por qué no vienes? Me muero de aburrimiento si voy solo a ver cosas.

Joe se lo pensó un momento.

—Es que con esta ropa…

—¿Y qué importa? Eso no es la Quinta Avenida. Vamos.

El individuo que decía llamarse Jones señaló un Ford reluciente conducido por un joven chino. El chino llevaba gafas y un traje azul oscuro y parecía un universitario; hablaba con acento inglés. Dijo que los llevaría a dar una vuelta por la ciudad y luego a la Laguna Azul. Cuando ya se ponían en marcha, el tipo que decía llamarse Jones exclamó: «¡Espera un minuto!», corrió a la taberna y trajo una botella de *planter punch*.

Habló sin parar mientras pasaban ante casitas inglesas y edificios públicos de ladrillo, y luego el coche corría por la carretera entre bosques azules y espesos de árboles de caucho con una evaporación tan intensa que a Joe le pareció que por allá arriba tenía que haber un techo de cristal. Decía que le gustaban mucho las aventuras y los viajes y que le gustaría ser libre para navegar y andar por el mundo, y que debía ser maravilloso eso de depender sólo de los brazos y el sudor de uno mismo, como le pasaba a Joe.

—¿Tú crees? —dijo Joe.

Pero el tipo que decía llamarse Jones no le prestaba atención y siguió igual y dijo que tenía que cuidar de su madre y que eso era una responsabilidad tremenda, y a veces pensaba que iba a volverse loco y había ido a ver a un médico y el médico le había dicho que hiciera un viaje, pero que la comida de a bordo no era nada buena y se le indigestaba y el barco, además, estaba lleno de viejas con hijas a las que querían casar y le ponía nervioso tener a mujeres a su alrededor en ese plan el día entero. Lo peor de todo era no tener un amigo con quien hablar de lo que pasaba por su cabeza cuando se sentía solo. Le gustaría que fuera un tipo agradable y guapo que hubiera corrido mundo y que no fuera tonto y conociera la vida y supiera apreciar la belleza; en fin, un tipo parecido a Joe. Su madre era terriblemente celosa y no le gustaba la idea de que tuviera amigos íntimos y se ponía mala o le retenía su paga cuando se enteraba de que tenía alguno, porque siempre quería tenerlo pegado a sus faldas, pero él estaba cansado y harto de todo eso y de ahora en adelante iba a hacer lo que le diera la gana, y ella no se enteraría de todo lo que hacía.

Le daba a Joe pitillos y también se los ofrecía al chino, que repetía cada vez:

—Muchas gracias, pero he dejado de fumar.

Entre los dos terminaron la botella de ponche y el tipo que decía llamarse Jones empezaba a inclinarse en el asiento cayendo encima de Joe, cuando el chino paró el coche junto a un pequeño sendero y dijo:

—Si quieren ver la Laguna Azul tienen que seguir caminando por ahí; son sólo unos siete minutos, señor. Es la atracción principal de la isla de Trinidad.

Joe saltó fuera del coche y fue a mear junto a un árbol enorme, de corteza áspera y rojiza. El tipo que decía llamarse Jones se le acercó.

—Dos mentes y un solo pensamiento —dijo.

Joe respondió: «¡Bah!» y fue a preguntarle al chino dónde podían ver a los monos.

—La Laguna Azul —respondió el chino— es uno de sus lugares favoritos.

Se apeó del coche y anduvo a su alrededor mirando atentamente con sus ojillos negros el follaje que había encima de sus cabezas. De repente señaló algo. Había algo negro detrás de unas ramas que se movía. Se oyó una risita chirriante detrás de ellas y tres monos pasaron saltando de rama en rama, balanceándose. Al cabo de un segundo se habían ido y lo único que siguieron viendo fue las ramas que se agitaban periódicamente entre los árboles del bosque por los que saltaban. A uno de ellos le colgaba una cría del pecho. Joe miraba, muy divertido. Nunca había visto monos salvajes como aquéllos. Siguió sendero arriba, caminando tan deprisa que el tipo que decía llamarse Jones tuvo dificultades para seguirle. Joe quería ver algún mono más.

Al cabo de unos cuantos minutos de caminar colina arriba empezó a oír una cascada. Algo le hizo pensar en las Grandes Cataratas y en Rock Creeck y se estremeció. Había una laguna bajo una cascada, bordeada de árboles gigantescos.

—Maldita sea, me están entrando ganas de darme un chapuzón —dijo.

—¿No habrá serpientes, Slim?

—Las serpientes no te molestan, a menos que tú las molestes.

Pero cuando llegaron a la laguna vieron que había gente merendando: unas chicas vestidas de rosa y azul claro y dos o tres hombres con traje blanco, en grupos reunidos bajo sombrillas a rayas. Dos criados hindúes los atendían, sacando alimentos de una cesta. Del otro lado de la laguna llegaba el susurro de voces inglesas bien educadas.

—¡Mira eso! Aquí ni nos podemos bañar ni podremos ver monos.

—Podríamos unirnos a ellos… Yo me presentaría y les diría que eres mi hermano menor. Tengo una carta para un coronel llamado Nosecuantos, pero estaba tan deprimido que no he ido a visitarle.

—¿Qué coño vendrá a hacer aquí esa gente? —rezongó Joe y volvió a tomar el sendero camino abajo.

No vio más monos y cuando llegó al coche empezaron a caer unas gotas.

—Eso les estropeará su jodida merienda —dijo, haciendo una mueca al tipo que

decía llamarse Jones, que llegaba con el sudor cayéndole por la cara.

—Eres un buen andarín, Slim.

Slim resopló, y le dio unas palmaditas en la espalda.

Joe se subió al coche, diciendo:

—Creo que nos vamos a mojar.

—Señores —anunció el chino—, volveré a la ciudad porque noto que va a caer un chaparrón y que es inminente.

Antes de avanzar un kilómetro llovía tan fuerte que la nula visibilidad no permitía al chino seguir conduciendo. Condujo el coche hasta un pequeño cobertizo situado al lado de la carretera. Al golpear sobre el techo metálico, la lluvia sonaba como un barco al soltar vapor. El hombre que decía llamarse Jones se puso a hablar; tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la lluvia.

—Supongo que habrás visto cosas curiosas, Slim, llevando la vida que llevas.

Joe bajó del coche y se quedó quieto de cara a la repentina cortina de lluvia; las salpicaduras se sentían casi frías en la cara. El hombre que decía llamarse Jones se puso a su lado y le ofreció un cigarrillo.

—¿Qué tal la vida en la Armada?

Joe cogió el pitillo, lo encendió y dijo:

—No muy bien.

—He conocido a montones de marinos… Supongo que se correrían juergas tremendas al bajar a tierra, ¿verdad?

Joe dijo que generalmente ganaba poco para gastárselo en juergas; solía jugar al béisbol, lo que no estaba demasiado mal.

—Pero Slim, yo creía que los marinos hacían lo que les daba la gana cuando tocaban puerto.

—Supongo que algunos de los chicos tratan de poner la ciudad patas arriba, pero por lo general no tienen bastante pasta para hacer demasiadas cosas.

—A lo mejor tú y yo podemos poner las cosas patas arriba en Puerto España, Slim.

—No, tengo que volver a bordo —dijo Joe, negando con la cabeza.

La lluvia arreció y el techo metálico rugía, así que Joe no podía oír lo que le estaba diciendo el tipo que decía llamarse Jones; luego amainó y paró del todo.

—Bien, pero por lo menos podrás subir a la habitación de mi hotel, Slim, a tomar un par de copas. Allí nadie me conoce. Puedo hacer lo que me apetezca.

—Me gustaría ver la página deportiva de algún periódico de nuestro país, si no te importa.

Subieron al coche y regresaron a la ciudad por carreteras que parecían canales. El sol salió y todo estaba rodeado de un vapor azul. Atardecía. Las calles de la ciudad estaban abarrotadas de gente: hindúes con turbante, chinos con trajes de Hart Schaffner y Marx, blancos de cara colorada vestidos de blanco, andrajosos de todos los colores.

Joe se sintió incómodo al atravesar el vestíbulo del hotel vestido de mono, mojado, y además necesitando un afeitado. El hombre que decía llamarse Jones le echó el brazo sobre los hombros al subir las escaleras. Su habitación era grande con ventanas altas y estrechas cerradas con persianas, y olía a ron de malagueta.

—Pues vaya calor que tengo y qué mojado estoy —dijo—. Voy a ducharme…, pero antes llamaremos para que nos traigan un par de gin fizz… ¿No te quieres quitar la ropa y ponerte cómodo? Con este tiempo, la única ropa que se puede aguantar es la propia piel.

Joe dijo que no con la cabeza.

—Huelen demasiado mal —dijo—. Oye, ¿no tienes esos periódicos?

El criado hindú llegó con las bebidas mientras el tipo que decía llamarse Jones estaba en el cuarto de baño. Joe cogió la bandeja. Había algo en la expresión de la fina boca del hindú y en sus negros ojos, que miraban algo que había en la habitación a espaldas de Joe, que a éste le irritó. Le hubiera gustado romperle la cara a aquel hijoputa color tabaco. El tipo que decía llamarse Jones apareció envuelto en una bata de seda y con aspecto de estar fresco.

—Siéntate, Slim; tomaremos un trago y charlaremos un poco.

El tipo se pasó suavemente los dedos por la frente como si le doliera y por su negro pelo rizado, y se sentó en una butaca. Joe se sentó en una silla en el centro de la habitación.

—Creo que este calor terminaría conmigo si tuviera que quedarme una semana en este sitio. No entiendo cómo puedes aguantar todo ese trabajo que tienes que hacer. Debes ser un tipo fuerte.

Joe quería preguntarle por los periódicos, pero el hombre que decía llamarse Jones seguía hablando, diciéndole cuánto le gustaría ser fuerte, ver mundo, conocer a todo tipo de gente, ir a toda clase de sitios; deben de verse cosas muy curiosas, debe de ser muy divertido estar tantos hombres todos aquellos días juntos en el mar, sin ningún problema, ¿verdad?, y luego las noches en tierra, pasándoselo bien, varios tipos con una sola chica.

—Si yo pudiera vivir así, no me importaría lo que hiciera, sin reputación que perder, sin arriesgarte a que nadie te estafe, con la única precaución de no ir a la cárcel, ¿verdad? Slim, no sabes lo que me gustaría andar contigo por ahí y vivir en ese plan.

—¿De verdad? —dijo Joe.

El tipo que decía llamarse Jones llamó para pedir otra copa. Cuando el criado hindú se retiró, Joe preguntó por los periódicos.

—De verdad, Slim, los he buscado por todas partes. Deben de haberlos tirado.

—Bueno, entonces supongo que debo volver a mi maldito barco.

Joe ya tenía la mano en la puerta.

El hombre que decía llamarse Jones se le acercó corriendo, le cogió la mano y dijo:

—No, no te vayas. Dijiste que nos divertiríamos. Eres un chico terriblemente guapo. No te preocupes. No puedes marcharte así; ahora me dejas, ya lo ves, todo enamorado. No me gusta quedarme así. Slim, haremos cosas muy agradables. Te daré cincuenta dólares.

Joe negó con la cabeza y apartó la mano.

Tuvo que darle un empujón para conseguir abrir la puerta; bajó corriendo los escalones de mármol y salió a la calle.

Casi era de noche; Joe se alejó caminando rápidamente. Sudaba a mares. Juraba entre dientes a medida que se alejaba. Se sentía asqueado y enfadado; ¡le hubiera gustado tanto ver los periódicos de su país!

Anduvo arriba y abajo por aquella especie de parque donde había estado sentado por la tarde, y luego se dirigió hacia los muelles. La verdad es que le daba igual. El olor a fritura que salía de las tabernas le recordó que tenía hambre. Se metió en una antes de darse cuenta de que no tenía ni un centavo en el bolsillo. Siguió el sonido de una pianola y se encontró en el barrio de putas. De pie en la puerta de chozas había putas negras de todos los colores y tamaños: mestizas chinas e indias, unas cuantas alemanas y francesas gordas y ajadas; una mulatita alargó la mano y le tocó el hombro al pasar, era preciosa. Joe se detuvo a hablar con ella, pero cuando le dijo que no tenía ni blanca, ella se echó a reír y dijo:

—Pues entonces fuera de aquí, señor-sin-dinero…, aquí no hay sitio para la gente sin dinero.

Cuando volvió a bordo no pudo encontrar al cocinero para conseguir que le diera algo que comer, así que tuvo que contentarse con mascar tabaco. El castillo de proa era un horno. Subió a cubierta con sólo los pantalones puestos y anduvo arriba y abajo con el que estaba de guardia, que era un chaval sonrosado de Dover al que todos llamaban Tiny. Tiny le contó que había oído hablar al Viejo con McGregor, que estaba en el puente, de que al día siguiente irían a Santa Lucía a cargar limas y luego a casa. ¡No iba a sentir poca alegría al volver a ver su islita y dejar aquella jodida balsa! Joe dijo que aquello le importaba un carajo, pues su casa estaba en Washington.

—Lo que yo quiero es dejar esta puñetera vida de una vez y conseguir un trabajo donde paguen bien. Por ahí cualquier turista hijoputa con un poco de pasta cree que te puede alquilar para joderte. —Joe le contó a Tiny lo del tipo que decía llamarse Jones y Tiny se rio como si fuera a reventar.

—Cincuenta dólares son diez libras. Casi me hubiera tentado dejar que ese tío me metiera mano por diez libras.

Aquella noche no corría nada de aire. Los mosquitos empezaban a picar a Joe en el cuello y brazos desnudos. Una bruma dulzona y caliente venía de la dársena, velando las luces que había a lo largo de la costa. Dieron un par de vueltas sin decir nada.

—¿Y qué quería que hicieras, Yank? —preguntó Tiny, riéndose.

—Que se vaya al carajo —dijo Joe—. Voy a dejar esta vida. Pase lo que pase, al marinero es a quien le toca coger el palo por donde quema. ¿No es verdad, Tiny?

—Pues claro que sí… ¡Diez libras! Ese miserable marica debería avergonzarse de sí mismo. Corrupción, de eso se trata. Deberíamos ir al hotel con un par de amigos y hacerle soltar la pasta. En Dover hay maricón que ha de aflojar la bolsa por mucho menos que eso. Van de vacaciones y andan detrás de los chicos del balneario… ¡Hay que hacerle pagar! Sí, eso es lo que hay que hacer, Yank.

Joe no decía nada. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Fíjate! Cuando era pequeño lo único que quería era ir a los trópicos.

—Esto no es el trópico, es un jodido agujero, eso es lo que es.

Dieron otro par de vueltas. Joe se quedó apoyado en la barandilla de la borda mirando hacia la grasienta oscuridad. ¡Malditos mosquitos! Cuando escupió el tabaco que mascaba, éste hizo un leve ruido en el agua. Volvió al castillo de proa, se arrastró hasta su catre, se tapó la cabeza con la manta y se quedó allí sudando.

—Maldita sea. Lo único que quería era ver los resultados del béisbol.

Al día siguiente cargaron carbón y al otro hicieron que Joe pintara las cabinas de los oficiales mientras el *Argyle* enfilaba la Boca de nuevo, entre las islas cubiertas de helechos verdes y viscosos, y él estaba molesto porque aunque tenía cartilla de marino seguían tratándole como a un marinero normal y corriente, y porque encima iban a Inglaterra donde no sabía qué coño iba a hacer, y sus compañeros le decían que lo más probable era que lo metiesen en un campo de concentración; era extranjero y desembarcaría en Inglaterra sin pasaporte, y eso con la guerra y espías por todas partes… Pero la brisa era ya salobre y cuando atisbaba por el ojo de buey veía el océano azul y no el agua cenagosa de Trinidad, y peces voladores arremolinándose a centenares junto a los costados del barco.

El puerto de Santa Lucía era limpio y abrigado, con blancas casas de techo rojo bajo los cocoteros. Resultó que lo que iban a cargar eran plátanos; les llevó día y medio preparar los compartimentos y los cuarterones para colgar los plátanos en la bodega de popa. Era de noche cuando atracaron junto al muelle de los plátanos y fijaron las dos pasarelas y las cabrias para cargar los racimos de plátanos en la bodega. El muelle estaba abarrotado de mujeres de color que se reían y chillaban y gritaban cosas a la tripulación, y de negros enormes y perezosos que andaban por allí sin hacer nada. Las mujeres cargaban. Al cabo de un rato empezaron a subir por una de las pasarelas, cada una con un enorme racimo verde de plátanos sobre la cabeza y los hombros; había viejas madres negras y guapas mulatas bastante jóvenes; la cara les brillaba de sudor bajo las grandes lámparas y podían vérseles los pechos balanceándose bajo sus desgarrados vestidos, y la carne morena por un roto de la manga. Cuando cada una de ellas llegaba a lo alto de la pasarela, dos negros enormes cogían suavemente el racimo de sus espaldas, el contramaestre les daba un trozo de

papel, y la mujer corría por la otra plataforma de vuelta al muelle. Aparte de los de las cabrias, los tripulantes no tenían nada que hacer. Andaban por allí inquietos, mirando a las mujeres, el resplandor blanco de sus ojos y dientes, sus grandes pechos, el balanceo de sus muslos. Seguían por allí, mirando a las mujeres, rascándose, apoyando su peso en uno u otro pie; ni siquiera soltaban muchas indecencias. La noche era oscura y tranquila, el olor de los plátanos y una peste a sudor de negra les envolvían cálidamente; de vez en cuando llegaba la breve bocanada fresca de unas cajas de limas apiladas en el muelle.

Joe se dio cuenta de que Tiny le hacía señas con la mano para que fuera a algún sitio. Le siguió hasta lo oscuro. Tiny le pegó la boca al oído:

—Ahí hay unas cuantas fulanas, Yank; ven.

Fueron a proa y se deslizaron por una soga hasta el muelle. La soga les hizo daño en las manos. Tiny se escupió en las manos y se las frotó. Joe hizo lo mismo. Entonces entraron en el tinglado, agachados. Una rata pasó corriendo ante sus pies. Era un tinglado para abono y apestaba a fertilizante. Pasada una portezuela del fondo había un espacio oscuro, con suelo de arena. Un leve resplandor procedente de las luces de la calle iluminaba la parte superior del tinglado. Hubo voces de mujeres, una risita. Tiny había desaparecido. Joe tenía posada la mano en el hombro desnudo de una mujer.

—Pero antes tienes que darme un chelín —dijo una suave voz de mujer, en inglés antillano.

La voz de él era ahora ronca:

—Claro, guapa, claro que sí.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio que no eran los únicos. Había risitas, respiraciones agitadas en todo su alrededor. Desde el barco llegaba el intermitente zumbido de las cabrias, y una mescolanza de voces de las mujeres que cargaban plátanos.

La mujer le pedía dinero.

—Venga, blanquito, haz lo que dijiste.

Tiny ya estaba de pie junto a él abrochándose los pantalones.

—Enseguida volvemos, chicas.

Atravesaron el tinglado corriendo, con las chicas tras ellos, hasta la pasarela que alguien había dejado al lado del barco y alcanzaron la cubierta sin respiración y retorciéndose de risa. Cuando miraron por encima de la borda, las mujeres corrían arriba y abajo por el muelle escupiendo y maldiciéndolos como gatos monteses.

—Gracias, señoritas —les decía Tiny, mientras se quitaba la gorra.

Tomó a Joe del brazo y le llevó al otro lado de cubierta; se quedaron un rato pegados a una pasarela.

—Oye, Tiny, la tuya era tan vieja como para ser tu abuela, ¡vaya si lo era! —le susurró Joe.

—Pues no sabes como era la tuya, comparada con ella; la mía era preciosa.

—No digas tonterías… Al menos tenía setenta años.

—Nada de eso…, era bastante guapa —dijo Tiny, alejándose con la cabeza baja.

Había salido una luna roja detrás de las colinas, ribeteándolas. Los racimos de plátanos que las mujeres subían por la pasarela formaban una ondulante serpiente verde bajo el resplandor de las lámparas. De repente, Joe se sintió asqueado y soñoliento. Bajó y se lavó cuidadosamente con agua y jabón antes de tumbarse en su litera. Se quedó dormido oyendo las voces inglesas y escocesas de sus compañeros, hablando de las fulanas de detrás del tinglado, de las veces que lo habían hecho, y de cómo hacían cosas parecidas en Argentina o Durban o Singapur. La charla prosiguió toda la noche.

Hacia mediodía zarparon rumbo a Liverpool con el jefe de máquinas forzando las calderas para hacer una rápida travesía de vuelta y con todos hablando animadamente. Comieron todos los plátanos que quisieron durante esa travesía; el sobrecargo traía todos los días los más maduros y los colgaba en la cocina. Todo el mundo protestaba de que el barco no estuviera armado, pero el Viejo y el señor McGregor parecían más preocupados por los plátanos que por los posibles ataques. Siempre andaban mirando debajo de la lona que cubría la bodega, a la que habían puesto un ventilador en la parte de arriba, para ver si maduraban demasiado deprisa. Se bromeaba mucho sobre los plátanos en el castillo de proa.

Después de cruzar el trópico encontraron un molesto viento norte que sopló cuatro días, después de lo cual el tiempo fue adverso durante toda la travesía. Joe no tenía mucho que hacer después de sus cuatro horas al timón; en el castillo de proa todos protestaban de que el barco no hubiera sido fumigado para matar las chinches y las cucarachas, de que no estuviera armado, y de que no navegara en un convoy. Corrió la voz de que había submarinos alemanes al acecho cerca del cabo Lizard, y todos, del Viejo para abajo, estaban de un humor de mil demonios. Todos empezaron a pinchar a Joe porque Estados Unidos no entraban en guerra, y él solía discutir con Tiny y un amigo de Glasgow al que llamaban Haig. Joe dijo que no entendía lo que le importaba aquella guerra a Estados Unidos, y casi llegaron a las manos.

Después de haber avistado las islas Scilly, Sparks dijo que había establecido contacto con un convoy y que les acompañaría un destructor por el mar del Norte y no les dejaría hasta que estuvieran a salvo en el Mersey. Los ingleses habían ganado una gran batalla en Mons. El Viejo mandó servir un vaso de ron a todos y todo el mundo estaba de buen humor exceptuado Joe, a quien preocupaba lo que le podía pasar por entrar en Inglaterra sin pasaporte. Estaba siempre helado, pues no tenía ropa de abrigo.

Aquella tarde surgió súbitamente, entre la niebla del crepúsculo, un destructor que parecía tan alto como una iglesia sobre la gran ola de agua blanca que se elevaba ante su proa. En el puente se llevaron un gran susto porque al principio creyeron que era alemán. El destructor enarboló la Union Jack y disminuyó su velocidad, manteniéndose cerca y por delante del *Argyle*. La tripulación se apiñó en cubierta y

lanzó tres hurras al destructor. Algunos querían cantar el *God Save the King*, pero el oficial de guardia del destructor empezó a vociferar por medio de un megáfono al Viejo, preguntándole por qué coño no avanzaba en zigzag, y si no sabía que estaba prohibido hacer cualquier clase de ruido en un mercante en tiempos de guerra.

Sonaron las ocho campanadas y se cambió la guardia, y Joe y Tiny se echaron a reír cuando paseaban por el puente precisamente en el momento en que se cruzaban con McGregor, que pasaba con rostro congestionado. McGregor se plantó delante de Joe y le preguntó qué era lo que encontraba tan gracioso. Joe no contestó. El señor McGregor le miró duramente y dijo con su lenta voz amenazadora que Joe seguramente no era norteamericano ni nada, sino un asqueroso espía, y le ordenó que bajara a presentarse al equipo de fogoneros que estuviera más cerca. Joe dijo que él había sido contratado como marinero de cubierta y que él no tenía ningún derecho a ponerle de fogonero. El señor McGregor replicó que todavía no le había pegado nunca a un hombre en sus treinta años en la mar, pero que si decía una palabra más le pondría patas arriba. Joe estaba furioso, pero se quedó quieto con los puños cerrados y sin decir nada. Durante varios segundos el señor McGregor se limitó a mirarle, rojo como la cresta de un pavo. Pasaron por cubierta dos de los de la guardia.

—Llevad a este tipo al contramaestre y que le pongan en la barra. Puede ser un espía… Y tú, tranquilo o será peor.

Joe pasó aquella noche encogido, con cadenas en los pies, en un pequeño cuchitril que olía a sentina. A la mañana siguiente, el contramaestre le hizo salir y le dijo, con cierta amabilidad, que fuera a la cocina a por un poco de *porridge*, pero que no apareciera por cubierta. Dijo también que lo iban a entregar al Control de Extranjeros en cuanto atracaran en Liverpool.

Cuando cruzaba la cubierta para ir a la cocina, con las piernas aún rígidas debido a los grilletes, advirtió que ya estaban en el Mersey. Era una mañana de sol rojizo. Había barcos anclados por todas partes, veleros rechonchos y negros, y canoas de patrulla que cortaban el agua verde claro entre remolinos. Por encima, el gran palio de humo pardo se entrecortaba aquí y allá con nubes pequeñas de vapor blanco que reflejaban el sol.

El cocinero le dio *porridge* y un cacillo de té amargo y tibio. Cuando salió de la cocina, remontaban el río, y podían verse pueblos en ambas orillas, bajo un cielo completamente cubierto de humo pardo y niebla. El *Argyle* navegaba a media máquina.

Joe bajó al castillo de proa y se acostó en su colchoneta. Sus compañeros le miraban sin hablar y cuando le dijo algo a Tiny, que estaba en la litera de abajo, éste no le respondió. Eso hizo que Joe se sintiera todavía peor. Se puso de cara a la pared, se tapó la cabeza con la manta y se durmió.

Le despertó alguien que le sacudía.

—Vamos, arriba, amigo —le decía un policía inglés bastante alto, con casco azul charolado y barboquejo, que le tenía cogido por el hombro.

—Bien, espere un momento —dijo Joe—. Me gustaría lavarme.

El policía movió la cabeza.

—Cuanto antes venga, mejor será para usted.

Joe se echó la gorra sobre la cara, sacó la caja de puros que guardaba debajo de la colchoneta y siguió al policía a cubierta. El *Argyle* ya estaba amarrado junto al muelle. Por tanto, sin decir adiós a nadie ni recibir su paga, bajó por la escalerilla con el policía detrás de él. El policía le apretaba el brazo. Cruzaron un muelle adoquinado y atravesaron varias puertas de hierro, enormes, hasta donde los esperaba el coche celular. Un grupo de vagos, caras rojas que destacaban en la niebla, ropa negra desgarrada.

—Ahí va ese asqueroso alemán —dijo uno de ellos.

Una mujer silbó, hubo unos pocos abucheos y un maullido y las brillantes puertas negras se cerraron a su espalda; el coche arrancó suavemente y luego Joe notó que aceleraba por las calles adoquinadas.

Joe se había acurrucado en la oscuridad. Se alegraba de encontrarse solo allí dentro. Aquello le daba ocasión de controlarse. Tenía frías las manos y los pies y tuvo que hacer esfuerzos para no tiritar. Le hubiera gustado estar vestido correctamente. Todo lo que llevaba puesto era una camisa y unos pantalones manchados de pintura y un par de zapatillas de fieltro sucias. De pronto el coche se detuvo, dos policías le dijeron que bajara y luego fue empujado por un pasillo encalado hasta una pequeña habitación donde un inspector de policía, un inglés muy alto y de cara larga, estaba sentado ante una mesa barnizada de amarillo. El inspector se puso en pie de un salto, se dirigió hacia Joe con los puños cerrados como si le fuera a pegar y, de repente, dijo algo en lo que Joe pensó que era alemán. Joe negó con la cabeza. Le pareció algo divertido e hizo una mueca.

—No *savi* —dijo.

—¿Qué hay en esa caja? —dijo el inspector que se había vuelto a sentar en la mesa; de repente gritó, cortante a los policías—. Deberían registrar a estos maleantes, antes de traerlos aquí.

Uno de los policías arrancó la caja de puros del sobaco de Joe y la abrió. Pareció aliviado cuando vio que no tenía una bomba dentro y la vació encima de la mesa.

—¿Así que usted pretende ser norteamericano? —le chilló el hombre a Joe.

—Claro que soy norteamericano —dijo Joe.

—¿Qué demonios viene usted a hacer en Inglaterra en tiempos de guerra?

—Yo no quería venir…

—¡Cállese! —gritó el hombre.

Entonces hizo seña a los policías de que se fueran y dijo:

—Que venga el cabo Eakins.

—A la orden, señor —dijeron los dos policías respetuosamente al unísono.

Cuando se fueron, se volvió a acercar a Joe con los puños cerrados.

—Será mejor que cante enseguida, amigo… Tenemos toda la información

necesaria.

—Mire, yo estaba sin blanca en Buenos Aires…, tuve que embarcarme en lo primero que encontré. No creerá que nadie va a enrolarse en un cascarón como ése porque sí, ¿verdad?

Joe estaba asustado otra vez; volvía a tener frío.

El policía de paisano cogió un lápiz y dio unos golpecitos amenazadores en la mesa con él.

—El descaro no le va a servir de nada, amiguito…, más le vale hablar como es debido.

Luego se puso a mirar las fotografías y los sellos y los recortes de periódicos que Joe había sacado de la caja de puros. Entraron dos hombres vestidos de caqui.

—Desnúdenle y regístrenle —ordenó el hombre de la mesa sin levantar la vista.

Joe miró a los dos hombres sin entender; tenían cierto parecido con ordenanzas de hospital.

—Dese prisa —le dijo uno de ellos—. No queremos utilizar la fuerza.

Joe se quitó la camisa. Le molestó ponerse colorado; le daba vergüenza no llevar ropa interior.

—Bueno, ahora los calzones.

Joe se quedó desnudo en zapatillas mientras los hombres de caqui registraban su camisa y pantalones. Encontraron un trozo de soga nueva en un bolsillo, una lata abollada de Prince Albert con un poco de tabaco de mascar dentro y una navajita con una hoja rota. Uno de ellos examinaba el cinturón y enseñó al otro el sitio donde había sido recosido. Lo cortó con un cuchillo y ambos miraron enseguida dentro. Joe hizo una mueca.

—Solía guardar mi dinero ahí —dijo.

Los otros seguían muy serios.

—Abra la boca.

Uno de ellos puso su pesada mano en la mandíbula de Joe.

—Sargento, ¿y si le sacamos los dientes? Tiene dos o tres arreglados ahí atrás.

El hombre junto a la mesa negó con la cabeza. Uno de los hombres salió por una puerta y volvió con un guante de goma en la mano.

—Agáchese —dijo el otro, poniendo la mano en la nuca de Joe y le mantuvo con la cabeza baja mientras el hombre con el guante de goma le palpaba el recto.

—¡Ay! ¡Por el amor de Dios! —susurró Joe entre dientes.

—Bueno, bueno, amigo, por el momento esto es todo —dijo el hombre que le sujetaba la cabeza, soltándole—. Lo siento, pero tenemos que hacerlo…, es el reglamento.

El cabo avanzó hasta la mesa y se quedó firmes.

—Muy bien, señor… Nada de interés en la persona del preso.

Joe tenía un frío terrible. No podía impedir que le castañetearan los dientes.

—Mírele en las zapatillas, ¿quiere? —gruñó el inspector.

Joe no se quería quitar las zapatillas porque tenía los pies sucios, pero no podía impedirlo. El cabo las hizo pedazos con un cortaplumas. Luego los dos hombres se quedaron firmes y esperaron a que el inspector levantara la vista.

—Nada de que informar, señor. ¿Le damos una manta al detenido? Parece que tiene mucho frío.

El tipo de la mesa movió la cabeza e hizo una seña a Joe.

—Venga aquí. ¿Está dispuesto a respondernos la verdad y a no crearnos problemas? Si hace eso, lo peor que le puede pasar es ir a un campo de concentración mientras dure la guerra… Pero si nos crea problemas no quiero ni decirle lo serio que puede resultar. Estamos sometidos a la Ley de Defensa Nacional, no lo olvide… ¿Cómo se llama?

Después de que Joe hubiera dicho su nombre, lugar de nacimiento, cómo se llamaban su padre y su madre y los barcos en los que había navegado, de repente el inspector le soltó una pregunta en alemán. Joe negó con la cabeza.

—Oiga, ¿por qué cree usted que soy alemán?

—Encierren a este cerdo… De todos modos, ya sabemos todo lo necesario.

—¿Le devolvemos sus cosas? —preguntó tímidamente uno de los hombres.

—No las va a necesitar como no se ande con mucho cuidado.

El cabo cogió un manojo de llaves y abrió una pesada puerta de madera de uno de los costados de la habitación. Empujaron a Joe dentro de una mínima celda con un banco y sin ventanas. La puerta se cerró ruidosamente a sus espaldas y Joe se quedó tiritando en la oscuridad. «Bueno, ya estás en la pocilga, Joe Williams», se dijo en voz alta. Descubrió que entraba en calor haciendo ejercicio y frotándose brazos y piernas, pero los pies seguían insensibles.

Al cabo de un rato oyó la llave en la cerradura; el hombre de caqui tiró una manta dentro de la celda y cerró de un portazo sin darle oportunidad de decir nada.

Joe se arrebujó en la manta sobre el banco y trató de dormir.

Se despertó con un repentino pánico de pesadilla. Hacía frío. Llamaban a la guardia. Se enderezó de un salto. Estaba completamente oscuro. Durante un segundo pensó que se había quedado ciego durante la noche. Volvió a recordar donde estaba y todo lo que había pasado desde que vieron las luces de las islas Scilly. Tenía un bloque de hielo en el estómago. Anduvo arriba y abajo de pared a pared de la celda durante un rato, y luego volvió a enrollarse en la manta. Era una buena manta; estaba limpia y olía a desinfectante o algo similar. Volvió a dormirse.

Se despertó con un hambre de lobo y con ganas de mear. Anduvo a tientas por la celda cuadrada durante bastante tiempo hasta que encontró una escupidera esmaltada debajo del banco. La usó y se sintió mejor. Le alegró que tuviera tapa. Se puso a pensar en cómo matar el tiempo. Empezó a pensar en Georgetown y en lo bien que lo había pasado con Alec y Janey y la pandilla que andaba por los billares de Mulvaney, y en los ligues a la luz de la luna en el *Charles McAlister*, y recordó también las buenas películas que había visto o lo que había leído y trató de recordar los

porcentajes de bateo de todos los jugadores de los equipos de béisbol de Washington.

Había llegado hasta a recordar los partidos del colegio, jugada a jugada, cuando metieron la llave en la cerradura. El cabo que le había registrado abrió la puerta y le tendió su camisa y sus pantalones.

—Puede lavarse si quiere —dijo—. Será mejor que se lave a fondo. Tengo orden de llevarle ante el capitán Cooper-Trahsk.

—¿No podrían traerme algo de comer y un poco de agua? Estoy medio muerto de hambre… Dígame, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

Joe parpadeaba ante la brillante luz que llegaba desde la otra habitación. Se puso camisa y pantalones.

—Sígame —dijo el cabo—. No puedo responder a sus preguntas hasta que haya visto usted al capitán Cooper-Trahsk.

—¿Y qué pasa con mis zapatillas?

—A ver si se está callado y contesta a lo que se le pregunta; será mucho mejor para usted… Sígame.

Cuando seguía al cabo por el mismo pasillo por el que había entrado, los soldados ingleses miraron sus pies descalzos. En el retrete había una reluciente palangana de agua fría y un trozo de jabón. Primero, Joe bebió un largo trago. Se le iba la cabeza y las rodillas le temblaban. El agua fría y lavarse las manos y la cara hizo que se sintiera mejor. Lo único que tenía para secarse era una toalla bastante sucia.

—Oiga, tengo que afeitarme —dijo.

—Ahora tiene que acompañarme —repuso el cabo con voz seca.

—Pero yo tenía una cuchilla en algún sitio…

El cabo le lanzó una mirada de enfado. Cruzaban la puerta de un despacho agradablemente amueblado y con una gruesa alfombra roja y marrón en el suelo. Tras una mesa de caoba se sentaba un hombre de cierta edad con el pelo blanco y una cara redonda de rosbif, y montones de insignias en su uniforme.

—¿Es éste…? —empezó a preguntar Joe, pero vio que el cabo, tras dar un taconazo y saludar, seguía inmóvil en posición de firmes.

El hombre de edad levantó la cabeza y le miró paternalmente con sus ojos azules.

—Bien, bueno, bueno… —dijo—. Acérquelo más, cabo…, para que lo vea mejor… Está en bastante mal estado, cabo. Será mejor que le den unos zapatos y unos calcetines al pobre diablo…

—Muy bien, señor —respondió el cabo despectivamente, volviendo a ponerse firmes.

—Descanse, cabo, descanse —murmuró el hombre de edad poniéndose unas gafas y mirando unos papeles de encima de su mesa—. Éste es…, es… Zentner…; pretende ser ciudadano norteamericano, ¿verdad?

—Mi apellido es Williams, señor.

—¡Ah, claro, claro! Joe Williams, marinero. —Fijó sus ojos azules en Joe con expresión confidencial—. Con que ése es su apellido, ¿verdad, hijo mío?

—Así es, señor.

—Muy bien, ¿cómo es que ha tratado de entrar en Inglaterra en tiempo de guerra sin pasaporte ni ningún otro documento de identificación?

Joe le contó que tenía un certificado norteamericano de primera clase y que estaba sin blanca en Buenos Aires…

—¿Y por qué se encontraba usted en… esa situación en Argentina?

—Verá, señor, yo había estado en la Mallory Line y mi barco me dejó en tierra mientras yo andaba de juerga por la ciudad, señor, y el patrón zarpó antes de la hora fijada y me dejó allí tirado.

—¡Ah, claro! Una buena juerga en una vieja ciudad…, eso fue, ¿verdad? —El hombre mayor se rio; luego de pronto frunció el ceño—. Vamos a ver…, ¿en qué barco de la Mallory Line viajaba usted?

—En el *Patagonia*, señor, y no viajaba como pasajero; era un marinero de cubierta.

El hombre de edad escribió largo rato en una hoja de papel, luego sacó la caja de puros de Joe de un cajón de la mesa y se puso a mirar los recortes y las fotografías. Cogió una foto y le dio la vuelta para que Joe la pudiera ver.

—Una chica muy guapa…, ¿es la chica que más le gusta, Williams?

A Joe se le enrojeció la cara.

—Es mi hermana.

—Pues yo digo que parece una chica preciosa…; ¿no le parece, cabo?

—Claro que sí, señor —dijo el cabo abstraído.

—Y ahora, hijo mío, si sabe algo sobre las actividades de los agentes alemanes en Sudamérica…, muchos de ellos son norteamericanos o impostores que pasan por norteamericanos…, será mejor que nos cuente todo lo que sepa.

—Sinceramente, señor —contestó Joe—. No sé nada de eso. Sólo estuve unos pocos días en Buenos Aires.

—¿Viven sus padres?

—Mi padre está bastante enfermo… Pero mi madre y mis hermanas están en Georgetown.

—Georgetown…, Georgetown… Vamos a ver…, ¿eso no es la Guayana británica?

—No, señor. Es una parte de la ciudad de Washington.

—Claro, claro…, veo que ha estado usted en la Armada.

El hombre de edad apartó la foto de Joe y los otros dos marineros.

Joe sentía sus rodillas tan flojas que pensó que estaba a punto de caerse.

—No, señor, eso era en la reserva naval.

El hombre de edad volvió a meterlo todo en la caja de puros.

—Puede quedarse con esto, hijo mío… Cabo, denle de desayunar y que se airee un poco en el patio. Me parece que está un poco débil.

—A la orden, señor.

El cabo saludó y salieron.

El desayuno consistió en una aguada sopa de avena, té rancio, y dos rebanadas de pan untadas con margarina. Después de eso, Joe tenía más hambre que antes. Con todo, era agradable salir al aire libre, aunque lloviznara y los adoquines del pequeño patio donde le dejaron fueran como hielo para sus pies descalzos, bajo la delgada capa de barro negro que los cubría.

En el patio había otro preso, un tipo pequeño de cara gorda, sombrero y capote pardo, que se acercó inmediatamente a Joe.

—¿Oiga, es usted norteamericano?

—Claro que sí —dijo Joe.

—Me llamo Zentner…, comfrro menaje parra restaurrantes…, soy de Chicago… Esto es el ultrraje más indecente que… Aquí fengo yo a este maldito país a comfrarr sus malditos productos, a gastarr buenos dólarres norrteamerricanos… Hace trres días que he hecho un pedido de diez mil dólarres en Sheffield. Y me detienen por espía y ya llefo aquí toda la noche y sólo esta mañana me dejan hablarr porr teléfono con el consulado. Esto es una infamia y tengo un pasaporrte y fisado y todo lo que quierran. Puedo demandarrlos ante los trribunales. Voy a llefar el asunto a Fashington. Exigirré al gobierrno británico cien mil dólarres por difamación. Hace cuarrenta años que soy ciudadano norrteamerricano y mi padre no fino de Alemania, sino de Polonia… Y tú, hijo mío, feo que no tienes zapatos. ¡Y hablan de las atrrocidades de los alemanes como si esto no fuerra una atrocidad!

Joe estaba tiritando y se puso a correr alrededor del patio, a paso gimnástico, para entrar en calor. El señor Zentner se quitó su capote pardo y se lo tendió.

—Toma, chico, ponte este abrrigo.

—Pero, hombre, es demasiado bueno. Es usted muy amable.

—En la adverrsidad defemos ayudarrnos unos a otrros.

—¡Cagoendiós! Si aquí la primavera es así, ¿cómo será el invierno? Le devolveré el abrigo cuando entre. ¡Coño! Tengo los pies helados… Oiga, ¿le registraron?

El señor Zentner puso los ojos en blanco.

—Fergonzoso —soltó—. ¡Qué cantidat de indignidades al comprradorr de un país neutrral y amigo. Ya ferrán cuando se lo cuente al embajadorr. Los demandarré. Exigirré daños y perrjuicios.

—También yo —dijo Joe, riendo.

El cabo apareció en la puerta y gritó:

—¡Williams!

Joe le devolvió el capote al señor Zentner y le estrechó la mano.

—Oiga, por el amor de Dios, no se olvide de decir al cónsul que hay otro norteamericano. Hablan de mandarme a un campo de concentración mientras dure la guerra.

—Clarro que sí, muchacho, no se prreocupe, yo le sacarré de aquí —dijo el señor Zentner sacando el pecho.

Esta vez Joe fue llevado a una celda corriente que tenía una lucecita y sitio para moverse. El cabo le dio un par de zapatos y unos calcetines de lana llenos de agujeros. No le entraron los zapatos, pero los calcetines le calentaron un poco los pies. A mediodía le dieron una especie de guisado que en su mayor parte sólo eran patatas podridas, y un poco de pan y margarina.

El tercer día, cuando el carcelero le trajo el almuerzo de mediodía, le dio un paquete envuelto en papel de estraza que había sido abierto. Había dentro de él un traje, camisa, ropa interior de franela, calcetines y hasta una corbata.

—Había también una nota, pero eso no lo permite el reglamento —dijo el carcelero—. Con ese traje hasta va a parecer elegante.

Esa misma tarde volvió el carcelero y dijo a Joe que lo siguiera. Éste se puso el cuello limpio que le quedaba demasiado estrecho y la corbata, unos pantalones que le quedaban demasiado grandes, y le siguió por varios pasillos y un patio lleno de soldados hasta un pequeño despacho con un centinela a la puerta y un sargento sentado ante la mesa. Había en una butaca un joven con aspecto preocupado y un sombrero de paja sobre las rodillas.

—Aquí tiene a su hombre, señor —dijo el sargento sin mirar a Joe—. Puede interrogarle.

El joven de aspecto preocupado se puso de pie y se acercó a Joe.

—No sabe cuánto trabajo nos ha dado usted, pero he estudiado los datos que tenemos de su caso y me parece que usted es quien dice ser… ¿Cómo se llamaba su padre?

—Igual que yo, Joseph P. Williams… Oiga, ¿es usted el cónsul norteamericano?

—Soy del consulado… Oiga, ¿para qué diablos quería bajar a tierra sin pasaporte? ¿Cree que no tenemos otra cosa que hacer que ocuparnos de un montón de malditos locos que no son capaces de ponerse a cubierto cuando llueve? ¡Maldita sea! Tenía que jugar al golf esta tarde y aquí llevo dos horas esperando para sacarle de la cárcel.

—Escuche, yo no bajé a tierra. Me cogieron y me bajaron.

—Eso le servirá de lección, espero… La próxima vez tenga los documentos en orden.

—Sí, señor, los tendré.

Media hora después, Joe estaba en la calle, con la caja de puros y sus viejas prendas de vestir bajo el brazo. Era una tarde soleada; gente de rostro rojo vestida de oscuro, mujeres de cara larga con aparatosos sombreros, calles llenas de grandes autobuses y altos tranvías…, todo le parecía muy raro, hasta que de repente recordó que estaba en Inglaterra y que nunca había estado antes.

Tuvo que esperar mucho tiempo en una oficina vacía del consulado mientras el joven de aspecto preocupado llenaba un montón de papeles. Joe tenía hambre y no hacía más que pensar en un filete con patatas fritas. Por fin lo llamaron al mostrador y le dieron un papel y le dijeron que había un catre para él en el vapor norteamericano

*Tampa*, de Pensacola, y que lo mejor sería que fuera directamente a ver a los consignatarios y confirmar que iba a estar a bordo y cuándo, porque si le volvían a coger en Liverpool sería peor para él.

—Oiga, ¿no hay modo de comer algo por aquí, señor cónsul?

—¿Es que se cree que esto es un restaurante…? No tenemos previstas las ayudas económicas. Debería agradecernos lo que hemos hecho por usted.

—Es que en el *Argyle* no me pagaron y casi me muero de hambre en el calabozo, eso es todo.

—Bueno, pues aquí tiene un chelín, pero eso lo único que puedo hacer yo.

Joe miró la moneda.

—¿Quién es éste? ¿El rey Jorge? Muy bien, gracias, señor cónsul.

Iba por la calle con la dirección de los consignatarios en una mano y el chelín en la otra. Se sentía triste y débil y le dolía el estómago. Vio al señor Zentner al otro lado de la calle, cruzó la calzada corriendo a través de un atasco del tráfico y se acercó a él con la mano extendida.

—Me dieron la ropa, señor Zentner, fue muy amable al mandármela.

El señor Zentner iba con un hombre pequeño vestido de oficial. Le saludó con una mano gordezuela y dijo:

—Me alegrra haber sido útil a un compatrriota —y se alejó.

Joe fue a una freiduría y gastó seis peniques en pescado frito y los otros seis en una jarra grande de cerveza en una taberna en la que había entrado esperando conseguir algo de comer gratis con lo que llenarse, pero no tenían nada de comer gratis. A la hora en que llegó a la oficina de los consignatarios ésta ya estaba cerrada y tuvo que andar por las calles ruidosas en medio de la blanca neblina de la tarde sin saber adónde ir. Preguntó a varios tipos en los muelles si sabían dónde estaba atracado el *Tampa*, pero nadie lo sabía y además hablaban de un modo tan raro que casi no conseguía entender lo que le decían.

Después, cuando empezaban a encender los faroles de la calle, y él empezaba a sentirse descorazonado, se encontró bajando por una calle detrás de tres norteamericanos. Los alcanzó y les preguntó si sabían dónde estaba el *Tampa*. ¿Cómo no lo iban a saber? Acababan de dejarlo para ver aquella maldita ciudad. Lo mejor sería que fuera con ellos. ¡Vaya si Joe estuvo contento al encontrarse con chicos de su país después de aquellos dos meses en el cascarón y de estar en la cárcel y todo! Entraron en un bar y bebieron unos whiskis y les contó todo lo de la cárcel y cómo los jodidos policías le habían hecho bajar del *Argyle* y que no le habían pagado, y los muchachos le invitaron a beber y uno de ellos era de Norfolk, Virginia, y se llamaba Will Stirp, y sacó un billete de cinco dólares y le dijo que lo cogiera que ya se lo devolvería cuando pudiera.

Tropezar con tipos como aquéllos era como estar en casa, en la tierra de Dios, y cada uno pagó una ronda. Eran cuatro norteamericanos en una asquerosa ciudad y bebían ronda tras ronda y como eran cuatro norteamericanos estaban dispuestos a

pelear con el mundo entero. Olaf era sueco, pero ya tenía los primeros papeles para nacionalizarse, así que contaba también como norteamericano, y el nombre del otro individuo era Maloney. La camarera de cara afilada intentó quedarse con el cambio, pero ellos se dieron cuenta; sólo les quería dar quince chelines en lugar de veinte, por una libra, pero ellos la obligaron a que les diera los cinco chelines que faltaban. Fueron a otra freiduría; no conseguían comer otra cosa que pescado frito en aquel jodido país, y luego todos bebieron más y eran cuatro norteamericanos que se encontraban muy bien en aquella piojosa ciudad. Un tipo les dijo que ya era hora de cerrar debido a la guerra y que ya no había nada abierto, y quedaban muy pocas luces encendidas en la calle y las que había estaban tapadas con una especie de sombreros extraños debido a los zepelines. El tipo era pálido y con cara de rata y les dijo que sabía de una casa donde podrían tomar cerveza y estar con unas chicas muy guapas y pasarlo muy bien. Había una lámpara enorme con rosas pintadas en la pantalla en medio del cuarto de estar de la casa y las chicas eran muy delgadas y tenían dientes de caballo y había unos cuantos marineros que ya iban lanzados, pero ellos eran cuatro norteamericanos. Los marineros empezaron a meterse con Olaf diciendo que era un puñetero alemán. Olaf dijo que era sueco, pero que prefería ser un jodido alemán antes que como ellos. Alguien le dio un empujón a otro y lo primero de lo que se enteró Joe fue de que se estaba peleando con un tipo negro y luego sonaban los silbatos de la policía y todos estaban amontonados dentro del coche celular.

Will Stirp no paraba de decir que ellos eran cuatro norteamericanos que se lo estaban pasando bien y que nadie había llamado a la policía para que viniera a mezclarse en sus cosas. Pero los llevaron a todos a empujones hasta una mesa de despacho y terminaron encerrando a los cuatro norteamericanos en una celda y a los ingleses en otra. La comisaría estaba llena de borrachos que gritaban y cantaban. Maloney sangraba por la nariz. Olaf se durmió. Joe no podía dormir; repetía a Will Stirp que estaba asustado porque era seguro que lo mandarían a un campo de concentración mientras durara la guerra, y cada vez Will Stirp decía que ellos eran cuatro norteamericanos y que a ver si él no era ciudadano norteamericano libre y que no podían hacerle nada. Maldita fuese la libertad de los mares.

A la mañana siguiente los llevaron ante el juez y aquello hubiera resultado divertido de verdad si no fuera porque Joe estaba asustado; era solemne como una reunión de cuáqueros y el magistrado llevaba una pequeña peluca y les multó obligándolos a pagar tres chelines y seis peniques a cada uno, más las costas. Tocaron como a dólar por cabeza. Por suerte todavía les quedaba algo de pasta.

Y el magistrado de la pequeña peluca les soltó un sermón del demonio diciéndoles que estaban en guerra y que no tenían ningún derecho a armar líos y emborracharse en territorio británico; que deberían estar luchando codo a codo con sus hermanos —eran ingleses de su misma sangre a los que los norteamericanos les debían todo, incluso su existencia como una gran nación—, para defender la civilización y las instituciones libres y a Bélgica, tan pequeña y valiente, contra los

invasores alemanes que violaban a las mujeres y hundían pacíficos barcos mercantes.

Cuando terminó el magistrado, los ujieres murmuraron: «¡Bravo! ¡Bravo!» entre dientes, y todos parecían orgullosos y valientes y solemnes y pusieron en libertad a los norteamericanos una vez que pagaron sus multas y el sargento de policía les miró los papeles. Retuvieron a Joe más que a los otros porque sus papeles eran del consulado y no tenían el sello de la comisaría correspondiente, pero al cabo de un tiempo le dejaron que se fuera, advirtiéndole de que no volviese a bajar a tierra y que si lo hacía sería peor para él.

Joe se sintió aliviado cuando vio al contramaestre y fue admitido a bordo y bajó a tierra en busca del paquete que había dejado a la agradable camarera de cabellos de lino del primer bar al que había ido la noche anterior. Por fin estaba en un barco norteamericano. Tenía una bandera norteamericana pintada a cada uno de los lados del casco y el nombre —*Tampa*, Pensacola, Florida— en letras blancas. Había un cocinero de color y lo primero que tuvieron para comer fue gachas de maíz con sirope, y café en vez de aquel asqueroso té, y la comida le supo riquísima. Joe nunca se había sentido tan bien desde que saliera de casa. Las literas estaban limpias y se alegró cuando el *Tampa* dejó el muelle con la sirena sonando y empezó a descender lentamente por la corriente color pizarra del Mersey en dirección al mar.

Quince días hasta Hampton Roads, con tiempo soleado y un mar como un espejo día tras día, excepto los dos últimos en que sopló un fuerte noroeste que levantó una violenta tempestad pasados los Cabos. Descargaron los pocos fardos de tejido de algodón estampado que llevaban de carga en la Union Terminal, de Norfolk. Fue un día grande para Joe el que bajó a tierra con la paga en el bolsillo para dar una vuelta por la ciudad con Will Stirp, que era de allí.

Fueron a ver a la familia de Will Stirp y asistieron a un partido de béisbol, y luego subieron a un tranvía para ir a la playa de Virginia con unas chicas a las que conocía Will Stirp. Una de las chicas se llamaba Della y era muy morena, y a Joe le gustó, más o menos. Cuando se estaban poniendo los trajes de baño en el balneario, Joe le preguntó a Will que si ella… Y Will se enfadó y dijo:

—¿Es que no sabes distinguir a una buena chica de una cualquiera?

Y Joe dijo que bueno, que uno nunca podía saberlo con seguridad en aquellos tiempos.

Se bañaron y jugaron un poco por la playa en traje de baño y encendieron una hoguera y asaron malvavisco y luego llevaron a las chicas a casa. Della dejó que Joe la besara cuando se dijeron buenas noches y él se puso a planear vagamente que ella fuera más o menos su novia.

De vuelta a la ciudad no sabían qué hacer. Querían tomarse unos tragos y encontrar un par de chicas divertidas, pero temían emborracharse y gastar todo el dinero que tenían. Fueron a unos billares que conocía Will y jugaron un poco y Joe

era bastante bueno y desplumó a los chicos del pueblo. Después se marcharon y Joe invitó a una copa, pero ya casi era hora de cerrar y se encontraron en la calle otra vez. No conseguían hallar ninguna puta; Will dijo que sabía de una casa, pero que allí le dejaban a uno sin blanca, y ya estaban a punto de irse a dormir cuando se tropezaron con dos mujeres llamativas que les guiñaron un ojo. Las siguieron calle abajo largo trecho hasta una calle trasversal donde no había mucha luz. Las chicas eran unas calentorras, pero estaban asustadas y nerviosas, temiendo que las pudiera ver alguien. Encontraron una casa vacía con un porche en la parte de atrás que estaba oscuro como boca de lobo y las llevaron allí y luego fueron a dormir a casa de Will Stirp.

El *Tampa* había entrado en dique seco en Newport para reparar una plancha de la línea de flotación. A Joe y Will Stirp les pagaron al desenrolarlos y se pasaban el día entero por Norfolk sin saber qué hacer. Los sábados por la tarde y los domingos, Joe jugaba un poco al béisbol con un equipo de chicos que trabajaban en los astilleros, y por la tarde salía con Della Matthews. Della trabajaba de mecanógrafa en el First National Bank y solía decir que nunca se casaría con un marinero: una nunca puede fiarse de ellos y además llevaban una vida muy dura y no tenían porvenir alguno. Joe le dijo que tenía razón, pero que sólo se es joven una vez y, qué demonios, las cosas tampoco importan tanto. Ella le solía preguntar por su familia y por qué no subía hasta Washington a verles, especialmente dado que su padre estaba enfermo. Joe dijo que el viejo podía morirse, para lo que le importaba a él…; le odiaba, eso pasaba. Ella pensaba que aquello era terrible. Aquel día estaban tomando un refresco después del cine. Della estaba guapa y vistosa con su vaporoso vestido color rosa y sus ojos negros excitados y brillantes. Joe le pidió que no hablara de esas cosas sin importancia, pero ella le miraba enfadada y dijo que le gustaría pegarle y que se trataba de cosas importantes y que no estaba bien que hablara así y que él era un buen chico y que le habían educado bien y que debería pensar en progresar en la vida en lugar de ser un vagabundo y un perdido. Joe se enfadó y dijo:

—¿Y qué? —Y la acompañó a casa sin volver a abrir la boca.

Después, no la vio en cuatro o cinco días.

Luego, una tarde se acercó por donde trabajaba Della y esperó a que saliera. Había estado pensando en ella más de lo que quisiera y de lo que le había dicho. Al principio, Della trató de pasar de largo, pero Joe sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Por aquellos días, Joe estaba casi sin blanca, pero insistió en comprarle una caja de bombones. Hablaron del calor que hacía y él dijo que la llevaría a un partido de béisbol la semana siguiente. Le contó que el *Tampa* iba a zarpar para Pensacola a cargar madera y que luego cruzaría el océano.

Esperaban el tranvía para ir a la playa de Virginia, moviéndose arriba y abajo para defenderse de los mosquitos. Della pareció muy disgustada cuando le dijo que iba al otro lado del mar, y antes de que Joe supiera lo que estaba haciendo, se encontró diciéndole que no volvería a embarcarse en el *Tampa*, sino que se pondría a buscar trabajo allí mismo, en Norfolk.

Aquella noche había luna llena. Anduvieron jugueteando bastante rato por la playa en traje de baño, cerca de una fogata que había encendido Joe para ahuyentar a los mosquitos. Él estaba sentado con las piernas cruzadas y Della reclinó la cabeza sobre sus rodillas y él le acariciaba el pelo todo el tiempo y se inclinaba y la besaba; ella dijo que su cara resultaba muy divertida cuando se inclinaba para besarla de aquel modo. Dijo que se casarían en cuanto Joe consiguiera un trabajo fijo y que entre los dos llegarían a ser algo. Desde que se había graduado en el instituto con el número uno, consideraba que había que trabajar duro para llegar a ser algo.

—Los de por aquí son terriblemente insignificantes, Joe; la mitad del tiempo ni se enteran de que están vivos.

—¿Sabes, Della? Me recuerdas un poco a mi hermana Janey, de verdad. La condenada está medrando mucho… Además, es bastante guapa y…

Della dijo que esperaba conocerla algún día y Joe dijo que claro que sí y la atrajo hacia él después de hacer que se pusiera de pie, abrazándola y besándola. Era tarde, y en la solitaria playa hacía frío bajo la gran luna. Della temblaba y dijo que iban a coger una pulmonía como no se vistieran. Tuvieron que correr para no perder el último tranvía.

Rechinaban los carriles cuando el tranvía se balanceaba al rodar entre los pinos bajo la luz de la luna mientras sonaban chicharras y cigarras. De pronto Della se enderezó y se puso a llorar. Joe le preguntó qué le pasaba, pero ella no contestó; sólo lloraba y lloraba. Joe sintió bastante alivio cuando la dejó en su casa y se alejó solo por las vacías calles sin aire, hasta la pensión donde vivía.

Toda la semana siguiente se la pasó pateando Norfolk y Portsmouth buscando un trabajo con futuro. Incluso subió hasta los astilleros de Newport. Al volver en el transbordador casi no le quedaba dinero para pagarse el billete y tuvo que conseguir del cobrador que le dejara hacer el viaje a cambio de barrer el barco. La patrona le pedía el pago de una semana por adelantado. En todos los empleos que solicitaba exigían experiencia o conocimientos, o que uno hubiera terminado la enseñanza secundaria, y por otra parte tampoco había tantos empleos, así que al final tuvo que volver a embarcarse en una barcaza cargada de carbón que estaba esperando un remolcador que la llevara rumbo al este, a Rockport.

Iban cinco barcazas a remolque; y el viaje no fue malo; sólo iban él y un viejo que se llamaba Gaskin, y su hijo, un chico de unos quince años que también se llamaba Joe. El único problema fue una borrasca que les cogió pasado cabo Cod y que les rompió el cabo de remolque, pero el capitán del remolcador sabía lo que se hacía y consiguió lanzarles otro cabo antes incluso de que tuvieran que fondear.

Una vez en Rockport, descargaron el carbón y fondearon en la bahía a la espera de que los remolcaran a otro muelle para cargar bloques de granito destinados al viaje de vuelta. Una noche, cuando Gaskin y su hijo habían bajado a tierra y Joe estaba de guardia, el segundo maquinista del remolcador, un tipo de cara delgada llamado Hart, llegó junto a la barcaza en un bote y le susurró a Joe si quería un poco de cachondeo

con unas chicas. Joe estaba tumbado sobre el techo de la cabina fumándose una pipa y pensando en Della. Las colinas y la bahía y la costa rocosa se desvanecían en un cálido crepúsculo rosa. Hart era nervioso y tartamudeaba. Joe al principio se resistió, pero al cabo de un rato dijo:

—Bueno, puedes traerlas.

—¿Tienes baraja? —preguntó Hart.

—Sí, tengo un mazo.

Joe bajó a limpiar la cabina. Sólo se divertiría un rato, pensaba. No estaba bien que anduviera con chicas ahora que iba a casarse con Della. Oyó ruido de remos y salió a cubierta. Del mar subía algo de niebla. Allí, junto a popa, estaban Hart y las dos chicas. Treparon riéndose y se apretaron fuertemente contra Joe cuando éste las ayudó a pasar por encima de la borda. Traían bebida y un par de libras de hamburguesas y pan. No valían demasiado físicamente, pero resultaban bastante simpáticas con sus anchos hombros y firmes brazos. Seguro que sabían beber. Joe nunca había visto unas chicas como aquéllas. Eran increíbles. Despacharon dos litros de licor entre los cuatro bebiendo en tazas.

En las otras dos barcazas hacían sonar la bocina cada dos minutos, pero Joe se olvidó de todo. La niebla era blanca como un lienzo sujeto por fuera a la puerta de la cabina. Jugaron al *strip poker*, aunque no mucho tiempo. Él y Hart cambiaron de chica tres veces durante la noche. Las chicas eran increíbles y nunca parecían tener bastante, pero pasadas las doce se volvieron decentes y prepararon las hamburguesas, pusieron la mesa y cenaron comiéndose además todo el pan y la mantequilla del viejo Gaskin.

Luego Hart se quedó dormido y las chicas empezaron a preocuparse por la vuelta a casa con aquella niebla. Riéndose como locos, arrastraron a Hart hasta cubierta y le echaron un cubo de agua encima. El agua del Maine estaba tan fría que volvió en sí inmediatamente, furioso y queriendo pegar a Joe. Las chicas le tranquilizaron y lo metieron en el bote, y desaparecieron entre la niebla cantando *Tipperary*.

Joe también daba tumbos. Metió la cabeza en un cubo de agua y limpió la cabina, tiró las botellas por la borda y se puso a hacer sonar la bocina con regularidad. «Que se vayan todos al infierno», se decía para sus adentros, pues no quería que nadie lo tomara por un santo. Se encontraba bien; le hubiera gustado tener algo más que hacer que tocar aquella sirena.

El viejo Gaskin volvió a bordo al despuntar el día. Joe notó que se había olido algo, porque a partir de entonces nunca más le volvió a hablar, a no ser para darle órdenes, ni dejó que el chico le hablara; así que cuando descargaron los bloques de granito en Nueva York, Joe pidió su paga y dijo que se iba. El viejo Gaskin gruñó que era un alivio y que no quería que en su barcaza nadie se emborrachara o embarcara putas. Conque Joe se encontró con cuarenta y cinco dólares en el bolsillo caminando por Red Hook, en busca de una pensión.

Tras un par de días leyendo anuncios de ofertas de empleo y recorriendo

Brooklyn en busca de trabajo, se sintió enfermo. Fue a ver a un matasanos del que le habló uno de los de la pensión. El médico, que era un judío menudo con perilla, le dijo que era una gonorrea y que tendría que volver todas las tardes para el tratamiento. Dijo que le garantizaba la curación por cincuenta dólares, la mitad a pagar por adelantado, y que le aconsejaba que se hiciera un análisis de sangre para ver si también había cogido la sífilis; lo cual le costaría quince dólares. Joe le pagó los veinticinco, pero dijo que se pensaría lo del análisis. Le hicieron la primera cura y salió a la calle. El médico le dijo que caminara lo menos posible, pero no podía volver a su apestosa pensión y anduvo sin rumbo por las ruidosas calles de Brooklyn. Era una tarde calurosa. Sudaba a mares según caminaba. «Si se cuida desde el primer día no habrá problema», se repetía. Caminando bajo el tren elevado llegó a un puente; debía de ser el puente de Brooklyn.

Hacía más frío al cruzar el puente. A través de la telaraña de cables, los barcos y los bloques de altos edificios se destacaban, negros, contra el resplandor del puerto. Joe se sentó en un banco del primer malecón y estiró las piernas. Había ido por lana y salido trasquilado. Se sentía muy mal… Además, ¿cómo iba a escribirle a Del ahora? Y estaba la pensión que tenía que pagar y el trabajo que debía conseguir y aquellos malditos tratamientos… ¡Dios mío! ¡Qué mal se sentía!

Pasó un niño vendiendo el periódico de la tarde. Compró el *Journal* y se sentó con el periódico en el regazo, leyendo los titulares: MANDAN MÁS TROPAS A LA FRONTERA MEXICANA. ¿Qué demonios podía hacer él? No podía alistarse en la Guardia Nacional e ir a México: no aceptaban al que estuviera enfermo, y si lo hacían a lo mejor salía a relucir aquel maldito asunto de la Armada. Leyó los anuncios de trabajo, los de cómo añadir a sus ingresos mucho dinero trabajando sólo dos agradables horas en casa por las tardes, los anuncios de métodos para tener más memoria y de cursos por correspondencia. ¿Qué demonios podía hacer? Se quedó allí sentado hasta que se hizo de noche. Luego tomó un tranvía hasta Atlantic Avenue y subió los cuatro pisos hasta la habitación, donde tenía un catre debajo de la ventana, y se acostó.

Esa noche hubo una gran tempestad. Estallaron muchos truenos y relámpagos alarmantemente cerca. Joe se quedó boca arriba mirando los relámpagos que iluminaban el techo y cuyo resplandor apagaba las luces de la calle. El somier hacía ruido cada vez que se daba la vuelta en la cama el tipo que dormía en el otro camastro. La lluvia entraba en la habitación, pero Joe se sentía tan débil y enfermo que tardó mucho en decidirse a incorporarse y cerrar la ventana.

Por la mañana, su patrona, que era una sueca enorme y huesuda con mechones de pelo liso sobre su angulosa cara, se puso a chillarle porque la cama estaba mojada.

—Yo no tengo la culpa de que llueva —gruñó Joe mirándole los grandes pies.

Cuando la miró a la cara vio que estaba bromeando y ambos se echaron a reír.

Era una buena persona; se llamaba señora Olsen y había criado a seis hijos, tres chicos que ya eran mayores y navegaban, una chica que era maestra en Saint Paul y

un par de mellizas de unos siete u ocho años que siempre hacían travesuras.

—Dentro de un año, como mucho, las mandaré a Milwaukee con Olga. Ya sabe cómo son los marineros. —El señor Olsen llevaba bastantes años de náufrago en algún sitio de los mares del Sur—. Me da lo mismo que se quede allí. En Brooklyn se pasaba la vida a la sombra. Todas las semanas me costaba dinero sacarle de la cárcel.

Joe llegó a ayudarla en la limpieza de la casa y hacía los trabajos de pintura y carpintería que surgían. Cuando se le terminó el dinero, ella le dejó que se quedara y hasta le prestó veinticinco pavos para que pagase al médico cuando le contó que estaba enfermo. Le asestó unas palmaditas en la espalda cuando Joe le dio las gracias.

—Todos los chicos a los que les presto dinero suelen ser unos golfantes —dijo riéndose.

Era buena persona.

El tiempo fue terrible aquel invierno. Por la mañana, Joe, sentado en la templada cocina, estudiaba un curso de náutica que había empezado en el Instituto Alexander Hamilton. Por la tarde se impacientaba esperando su turno en la sala de espera del médico; olía a zotal, y Joe hojeaba números manoseados del *National Geographic* de 1909. La gente que esperaba tenía una catadura siniestra. Nunca se hablaban entre ellos. Joe se había cruzado por la calle un par de veces con tipos a los que había visto esperando también, pero siempre seguían de largo como si no lo vieran. Al caer la tarde, a veces iba a Manhattan a jugar al ajedrez en el Hogar de Marinos o merodeaba por los alrededores del sindicato de marinos para enterarse de barcos en los que navegar cuando el médico le diera de alta. Fue una época espantosa, si se exceptúa que la señora Olsen era muy buena con él, y que llegó a quererla tanto como si fuera su madre.

El maldito matasanos judío trató de sacarle otros veinticinco pavos para completar la cura, pero Joe dijo que al carajo con todo aquello y se enroló de marinero en un petrolero completamente nuevo de la Standard Oil, el *Montana*, que zarpaba para Tampico y luego seguiría, unos decían que hasta Adén y otros decían que hasta Bombay. Joe estaba harto del frío y la humedad y las heladas, de las sucias calles de Brooklyn y de las tablas de logaritmos del curso de náutica, que no le entraban, y de la alegre voz de la señora Olsen. Ésta empezaba a comportarse como si quisiera mandar en él; era buena persona, sí, pero ya era hora de largarse.

El *Montana* dobló Sandy Rock en medio de una furiosa tempestad de nieve que venía del noroeste, pero tres días más tarde estaban ya en la corriente del Golfo, al sur del cabo Hatteras, cabeceando suavemente con las camisas de algodón de los marineros secándose en cuerdas tendidas entre los cables. Era agradable estar de nuevo en el mar azul.

Tampico era un infierno; dicen que el mescal vuelve loco si uno bebe demasiado; había grandes salas llenas de hispanos grasientos bailando con el sombrero puesto y la pistola en la cadera, y orquestas y pianos mecánicos que funcionaban a todo volumen en cada bar, y peleas y texanos borrachos de los pozos de petróleo. Las

puertas de los cuartos de los burdeles estaban abiertas, de modo que se podía ver la cama con almohadas blancas y un retrato de la Virgen encima, y las lámparas proyectaban sombras raras y los papeles de colores temblaban; las chicas morenas de cara ancha estaban apoyadas en la puerta con bragas de encaje. Pero todo era tan endiabladamente caro que se gastaron toda la pasta enseguida y tuvieron que volver a bordo antes de medianoche. Y los mosquitos invadían el castillo de proa, y las moscas durante el día, y hacía mucho calor y nadie podía dormir.

Cuando los depósitos estuvieron completamente llenos, el *Montana* puso rumbo al golfo de México bajo un viento del norte que barría la cubierta y salpicaba el puente. Antes de dos horas habían perdido a un hombre por la borda y un chico llamado Higgins se había herido en un pie al tratar de atar el ancla de estribor que se había soltado. Se pusieron muy furiosos en el castillo de proa porque el contramaestre no quiso bajar un bote, aunque el capitán dijera que ningún bote podría haber aguantado un mar como aquél. Las cosas se ponían muy feas y dos golpes de mar estuvieron a punto de desfondar el puente.

No pasaron muchas cosas más en aquel viaje, excepto que una noche, cuando Joe estaba al timón y el barco marchaba tranquilo surcando el agua rumbo al este, olió de repente a rosas, o quizás a madreselvas. El cielo estaba tan azul como un tarro de leche cuajada, con un pálido cuarto de luna que surgía de vez en cuando. Era madreselva, seguro que lo era, y parterres de un jardín y follaje húmedo como al pasar por delante de la puerta de una floristería en invierno. Aquello lo enterneció y produjo una sensación extraña en su interior, como si hubiera una chica allí delante de él sobre el puente, como si Del estuviera muy cerca con el pelo oliendo a algún tipo de perfume. ¡Curioso el olor del pelo de las chicas morenas! Cogió los prismáticos, pero en el horizonte no vio más que unas vaporosas nubecillas que se deslizaban hacia el oeste a la pálida luz de la luna. Se dio cuenta de que estaba perdiendo el rumbo…, menos mal que el segundo no había elegido aquel momento para mirar la estela a popa. Enderezó el rumbo medio este al este-noreste. Cuando terminó su turno y se tendió en su litera, se quedó tumbado un largo rato pensando en Del. Dios, necesitaba dinero y un buen empleo y una chica para él solo en vez de todas aquellas malditas fulanas que tenía cuando llegaba a puerto. Lo que tenía que hacer era ir a Norfolk e instalarse y casarse.

Hacia el mediodía del día siguiente divisaron el pan de azúcar gris de Pico con una franja de nubes blancas justo por debajo de la cima, y Fayal, azul e irregular, más hacia el norte. Pasaron entre las dos islas. El mar se había vuelto muy verde; olía como las praderas de Washington cuando florecen en los senderos la madreselva y el laurel. Manchas de prados verde azulado y amarillo verdoso cubrían las laderas como un viejo edredón. Aquella noche divisaron otras islas hacia el oeste.

Cinco días de fuerte mar de fondo y se encontraron en el estrecho de Gibraltar. Ocho días de un mar terrible y fríos y constantes aguaceros, y divisaron la costa de Egipto, y una mañana cálida y soleada entraron en el puerto de Alejandría a media

marcha, mientras la franja de neblina amarillenta se condensaba ante ellos en mástiles, muelles, edificios, palmeras. Las calles olían a cubo de basura, bebieron raki en bares de griegos que habían estado en Norteamérica y pagaron un dólar cada uno para ver a unas chicas con aspecto judío bailar la danza del vientre desnudas en una habitación trasera. En Alejandría vieron por primera vez barcos con pintura de camuflaje; tres cruceros británicos con rayas como de cebra, y un transporte todo él pintado de azul y verde con manchas claras. Cuando los vieron, todos los que miraban desde cubierta apoyados en la borda se murieron de risa.

Cuando le pagaron al desembarcar en Nueva York, un mes más tarde, Joe se alegró mucho al ir a ver a la señora Olsen para pagarle lo que le debía. La sueca tenía en la pensión a otro joven, un compatriota con pelo de estopa que no sabía inglés, así que no le prestó mucha atención. Joe anduvo por la cocina un rato y preguntó a la señora Olsen cómo le iban las cosas y le contó aventuras de sus compañeros del *Montana*, y luego se fue a la estación de Pensilvania para ver cuándo podía tomar un tren para Washington. Se quedó dormitando, sentado en el compartimento de fumadores, media noche mientras pensaba en Georgetown y en su infancia en la escuela y en la pandilla de los billares de la calle 4 $^{1}/_{2}$, y en las excursiones al río con Alec y Janey.

Era una mañana de invierno brillante y soleada cuando se apeó en Union Station, se afeitó y se hizo limpiar los zapatos, tomó una taza de café, leyó el *Washington Post* y contó su dinero: todavía le quedaban más de cincuenta dólares, un buen montón para un tipo como él. Luego decidió no irse sin ver antes a Janey, así que la esperó rondando a la salida de su trabajo: quizá la atrapara cuando saliera a mediodía. Anduvo por los jardines del Capitolio y bajó por Pensilvania Avenue hasta la Casa Blanca. En la avenida vio el mismo local de reclutamiento en el que se había alistado él para incorporarse a la Armada. Estuvo a punto de desmayarse. Siguió y se sentó al sol de invierno en Lafayette Square, contemplando a los niños bien vestidos que jugaban y a sus niñeras y a los rollizos estorninos que saltaban por la hierba, y a la estatua de Andrew Jackson, hasta que consideró que ya era hora de ir a buscar a Janey. El corazón le latía con fuerza, por lo que su visión casi estaba alterada. Debía de ser más tarde de lo que pensaba porque ninguna de las chicas que salían del ascensor era ella, a pesar de que esperó cosa de una hora en el vestíbulo del Riggs Building, hasta que se le acercó una especie de policía o algo por el estilo y le preguntó qué demonios hacía merodeando por allí.

Conque, después de todo, Joe tuvo que ir a Georgetown para saber qué era de Janey. Su madre y sus hermanas pequeñas estaban en casa y sólo hablaban de que iban a arreglárselas con los diez mil dólares del seguro del viejo y deseaban que fuese a Oak Hill a ver su tumba, pero Joe les dijo lo que quería y decidió largarse en cuanto pudiera. Ellas le hicieron toda clase de preguntas sobre qué era de él y Joe no supo qué demonios contarles. Le dijeron donde vivía Janey, pero no sabían cuándo salía de la oficina.

Se detuvo en el Belasco, sacó unas entradas y luego volvió al Riggs. Llegó justo cuando Janey salía del ascensor. Vestía con elegancia y levantaba la barbilla airosa y graciosamente, con aire de independencia. Se alegró tanto al verla que tuvo miedo de prorrumpir en gritos de alegría. Ella hablaba con frialdad y hacía unos gestos vivos que nunca le había visto antes. La invitó a cenar y al teatro y ella le contó cómo ascendía en Dreyfus and Carrol y que conocía a gente muy interesante. Al caminar junto a ella, Joe se sentía un vagabundo.

Luego la dejó en el apartamento que compartía con una amiga y tomó el tranvía de vuelta a la estación. Se instaló en el departamento de fumadores y encendió un puro. Se sentía deprimido. Al día siguiente, en Nueva York, buscó a un individuo al que conocía; salieron para tomar unas copas e ir de putas y al día siguiente Joe se encontró sentado en un banco de Union Square con dolor de cabeza y sin un centavo en el bolsillo. Encontró los restos de las entradas del teatro Belasco al que había llevado a Janey, y las colocó cuidadosamente en la caja de puros junto a las demás porquerías.

El siguiente barco en que se embarcó fue el *North Star*, que iba rumbo a Saint Nazaire, con una carga declarada como latas de conserva y que todo el mundo sabía que eran obuses, y la marinería estaba asegurada porque existía peligro al atravesar la zona. Era un cascarón loco; había transportado mineral en los Grandes Lagos y escoraba tanto que tenían las bombas de achique funcionando la mitad del tiempo, pero a Joe le gustaron los demás tripulantes, la comida era realmente buena, y el viejo capitán Perry, el más genuino lobo de mar que uno se pueda imaginar, había vivido un par de años retirado en Atlantic Highlands, pero ahora navegaba de nuevo porque se ganaba mucho y quería que su hija tuviera buena dote; en cualquier caso, cobraría su seguro, había oído Joe que le decía al segundo con su risa ahogada. La travesía fue buena aunque era invierno; el viento sopló a popa todo el tiempo hasta que llegaron al golfo de Vizcaya. Hacía mucho frío y el mar estaba en calma cuando avistaron la costa de Francia, baja y arenosa en la desembocadura del Loira.

Izaron la bandera y la señal del nombre del barco, y la radio funcionaba todo el tiempo y todos estaban muy nerviosos debido a las minas, hasta que un patrullero francés se les acercó y les abrió paso por entre el campo de minas hasta el río, siguiendo un rumbo sinuoso.

Cuando vieron el humo y las largas filas de casas grises y las chimeneas de Saint Nazare en el brumoso crepúsculo, los muchachos se daban palmadas entre ellos y hablaban de lo mucho que iban a beber hasta emborracharse aquella noche.

Pero lo que pasó fue que fondearon en medio del río y que el capitán Perry y el segundo bajaron a tierra en el bote y el barco no atracó en el muelle hasta dos días después por falta de sitio. Cuando bajaron a tierra a echar un ojo a las *mademosels* y al vino tinto, para salir del muelle todos tuvieron que mostrar sus cartillas de

navegación a un tipo de cara roja, con uniforme azul y galones rojos, que tenía un tremendo par de bigotes en punta. Blackie Flannagan se había agachado detrás de él y alguien se disponía a darle un empujón al de los bigotes para tirarlo patas arriba, cuando el jefe de máquinas les gritó desde el otro lado de la calle:

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no veis que es un policía, cojones? ¿Queréis que os trinquen ya antes de salir del muelle?

Joe y Flannagan se separaron de los demás y callejearon por la ciudad. Las calles eran de adoquines y muy estrechas y raras, todas las viejas llevaban cofias blancas de encaje muy pegadas a la cara y todo tenía pinta de ir a venirse abajo. Hasta los perros tenían cara de sabuesos. Terminaron en un sitio llamado Bar Americano, pero que no se parecía a ninguno de los bares de los Estados Unidos. Pidieron una botella de coñac para empezar. Flannagan dijo que la ciudad se parecía a Hoboken, pero a Joe le recordaba más Villefranche, donde había estado en su época en la Armada. Con dólares norteamericanos se podía ir bastante lejos si uno no se dejaba engañar.

Entró otro norteamericano en el local y se pusieron a hablar y él les contó que había sido torpedeado en el *Oswego*, justo a la entrada del Loira. Le invitaron a coñac y el tipo les contó cómo había sido: la explosión había levantado al pobre *Oswego* por encima del agua y, cuando se disipó el humo, el barco se había partido en dos trozos que se cerraron como la hoja de una navaja. Tomaron otra botella de coñac y luego el tipo los llevó a una casa que dijo que conocía y allí encontraron a otros de la tripulación bebiendo cerveza y bailando con las chicas.

Joe se lo estaba pasando bien chapurreando con una de las chicas y señalándole cosas que ella le decía cómo se llamaban en francés, cuando sin saber por qué se armó una bronca y llegó la pasma y todos tuvieron que echar a correr. Llegaron a bordo antes de que los atraparan los de la policía, que se quedaron en el muelle gritando como una media hora hasta que el capitán Perry, que acababa de volver de la ciudad en un coche de caballos, les dijo que se fueran.

El viaje de vuelta fue lento, aunque bastante agradable. Sólo estuvieron una semana en Hampton Roads, donde cargaron lingotes de acero y explosivos, y zarparon rumbo a Cardiff. Era un trabajo que aflojaba los nervios. El capitán puso rumbo al norte y se metieron en un banco de niebla. Luego, tras una semana entera de frío glacial y mar gruesa a popa, llegaron a la vista de Rockall. Joe iba al timón. El novato de la cofa gritó: «¡Barco de guerra a la vista!», y el viejo capitán Perry se reía en el puente, mirando la roca con los prismáticos.

A la mañana siguiente divisaron las Hébridas por el sur. El capitán Perry estaba justo entonces señalándole al piloto el Butt of Lewis, cuando el vigía de proa lanzó un grito de pánico. Era un submarino, no había duda. Primero se vio el periscopio que trazaba una estela blanca de espuma, luego la torreta cónica chorreando. Nada más salir a superficie, el submarino empezó a disparar por encima del *North Star* con un cañoncito que los cabezas cuadradas se pusieron a manejar antes de que se escurriera el agua de la cubierta. Joe corrió a popa e izó la bandera, aunque tenían banderas

pintadas, una a cada lado del barco. Las campanas de la sala de máquinas sonaron cuando el capitán Perry ordenó meter atrás toda. Los alemanes dejaron de tirar y cuatro de ellos se dirigieron al barco en una canoa hinchable. Todos se habían puesto el salvavidas y algunos de los hombres empezaban a coger sus sacos cuando el Fritz que mandaba a los alemanes que habían subido a bordo gritó en inglés que tenían cinco minutos para abandonar el barco. El capitán Perry entregó la documentación, y se arriaron los botes en un instante porque las poleas estaban bien engrasadas. Algo hizo que Joe volviera corriendo a cubierta para cortar las cuerdas que sujetaban las balsas de salvamento con una navaja, de modo que él y el capitán Perry y el gato del barco fueron los últimos en abandonar el *North Star*. Los prusianos colocaron bombas en la sala de máquinas y volvieron al submarino como alma que lleva el diablo. El bote del capitán apenas acababa de separarse del barco cuando la explosión les alcanzó como un golpe en uno de los lados de la cabeza. El bote se hundió y, antes de que se enteraran de lo que les había golpeado, se encontraron nadando en el agua helada entre todo tipo de maderas y restos. Dos de los botes seguían a flote. El viejo *North Star* se hundía lentamente con la bandera izada y las banderas de señales agitándose tranquilamente bajo la leve brisa. Debieron de permanecer de media a una hora en el agua. Después de hundirse el barco, consiguieron subir a uno de los botes salvavidas, y el bote del primer piloto y el del jefe de máquinas los llevaron a remolque. El capitán Perry pasó lista. No había ninguna baja. El submarino se había sumergido y marchado hacía ya bastante tiempo. Los hombres de los botes se pusieron a remar hacia tierra. Hasta caer la noche una fuerte corriente los arrastró rápidamente hacia Pertland Firth. Con el último resplandor del crepúsculo pudieron distinguir los altos promontorios de las Orcadas, pero cuando cambió la marea no consiguieron avanzar en su dirección. Los hombres de los botes y los de las balsas se turnaban en los remos, pero no conseguían vencer la terrible resaca. Alguien dijo que la corriente era allí de ocho nudos por hora. Fue una noche muy mala. Con las primeras luces del alba pudieron ver un crucero de reconocimiento que se les acercaba. Su reflector les iluminó la cara, haciendo que luego todo se volviera negro. Los ingleses los subieron a bordo y los hicieron bajar inmediatamente a la sala de máquinas a calentarse. Un camarero de cara colorada bajó con un cubo de té humeante con ron y se lo sirvió en un cacillo.

El crucero los llevó a Glasgow con bastante movimiento en el mar de Irlanda, y todos se quedaron esperando en el muelle bajo la llovizna, mientras el capitán Perry iba a ver al cónsul norteamericano. A Joe se le quedaban los pies helados de tanto estar quieto y trató de dar un paseo más allá de las puertas de hierro que había frente a los tinglados y echar una ojeada a la calle, pero un tipo mayor de uniforme le apoyó la bayoneta en la barriga y le detuvo. Joe volvió a reunirse con los demás y les dijo que parecían prisioneros, que eran igual que jodidos alemanes. Aquello hizo que montaran en cólera. Flannagan empezó a contarles que una vez la pasma lo detuvo por pegarse con un vendedor de naranjas en un bar de Marsella y que habían estado a

punto de dispararle porque decían que todos los irlandeses eran germanófilos. Joe contó cómo le habían perseguido los marinos en Liverpool. Todos protestaban sin parar de lo que les pasaba cuando Ben Tarbell, el primer oficial, regresó con un viejo del consulado y dijo que le siguieran.

Tuvieron que cruzar casi media ciudad, por calles a oscuras, por miedo a los ataques aéreos, y resbaladizas debido a la lluvia, hasta llegar a una tienda de lona alquitranada situada dentro de un recinto rodeado de alambre de espino. Ben Tarbell les dijo que, aunque lo lamentaba, de momento tenían que quedarse allí, pues trataban de conseguir que el cónsul hiciera algo por ellos, y que el viejo capitán había telegrafiado a los armadores para poder darles algo de dinero. Unas chicas de la Cruz Roja les trajeron una comida compuesta de pan y mermelada y pasta de carne, es decir, nada en lo que poder hincar el diente de verdad, y unas pocas mantas muy finas. Se quedaron en aquel maldito sitio durante doce días, jugando al póquer y charlando y leyendo periódicos atrasados. Por la tarde, a veces una repugnante mujer medio borracha conseguía pasar sin que la viera el vigilante, se asomaba a la puerta de la tienda de campaña y hacía señas a alguno de los hombres para que fuera con ella a la oscuridad lluviosa detrás de las letrinas. A algunos de los chicos les daba asco y no iban con ella.

Llevaban tanto tiempo allí encerrados que, cuando el primer oficial llegó por fin y les dijo que iban a volver a casa, no tuvieron fuerza suficiente para gritar de alegría. Atravesaron la ciudad llena de vehículos y luces de gas entre la niebla y subieron a bordo de un mercante nuevo de seis mil toneladas, el *Vicksburg*, que acababa de descargar algodón. Les pareció raro ser pasajeros y poder pasarse el día entero sin hacer nada durante el viaje de vuelta.

Joe estaba tumbado encima de la tapa de una escotilla el primer día de sol que tuvieron cuando se le acercó el capitán Perry. Joe se puso en pie. El capitán Perry le dijo que hasta entonces no había tenido oportunidad de decirle lo que pensaba de él por su presencia de ánimo al cortar las cuerdas de aquellas balsas y que la mitad de los hombres le debían la vida a él. Dijo que Joe era un muchacho inteligente y que debía ponerse a estudiar para dejar el castillo de proa, y que la marina mercante norteamericana cada vez iba haciéndose más importante debido a la guerra y que precisamente eran jóvenes como él lo que necesitaba como oficiales.

—Recuérdamelo, muchacho —añadió—, cuando lleguemos a Hampton Roads, y veré lo que puedo hacer por ti en el próximo barco que mande. Podrías ser tercer oficial con sólo estudiar un poco en la escuela de náutica.

Joe contestó sonriendo que desde luego le gustaría serlo. Aquello le puso de buen humor para todo el viaje. No esperaría e iría a ver a Del para decirle que ya no volvería a estar en el castillo de proa. ¡Maldita sea! Estaba cansado de que lo trataran siempre como a un pájaro enjaulado.

El *Vicksburg* atracó en Newport News. Hampton Roads estaba más lleno de barcos que nunca. En los muelles todo el mundo hablaba del *Deutschland*, que

acababa de descargar una partida de productos químicos en Baltimore. Cuando le pagaron, Joe ni siquiera quiso tomar una copa con sus compañeros, sino que corrió al ferry de Norfolk. ¡Coño, parecía tan lento aquel viejo ferry! Eran las cinco en punto de un sábado por la tarde cuando llegó a Norfolk. Cuando caminaba calle abajo temía que ella no hubiera regresado a casa todavía.

Del estaba en casa y pareció alegrarse al verle. Dijo que tenía una cita aquella noche, pero Joe insistió para que la anulara. Después de todo, ¿no iban a casarse? Salieron juntos y tomaron un refresco en un café y ella le dijo que tenía un nuevo empleo con los Dupont, donde ganaba diez dólares más a la semana, y que todos los chicos que conocía, y también algunas chicas, trabajaban en las fábricas de municiones y que muchos llegaban a ganar hasta quince dólares diarios y que se compraban coches y que el chico con el que se había citado aquella noche tenía un Packard. A Joe le costó mucho desviar la conversación para contarle lo del viejo capitán Perry y ella se mostró tan excitada al enterarse de que los habían torpedeado que preguntó por qué no buscaba trabajo en los astilleros de Newport News y ganaba dinero de verdad, pues no le gustaba la idea de que le torpedearan una y otra vez, pero Joe dijo que no quería dejar el mar ahora que tenía oportunidad de ascender. Ella le preguntó cuánto ganaba un tercer oficial de un mercante y él contestó que ciento veinticinco al mes, pero que siempre había primas en las zonas peligrosas y que había un montón de barcos nuevos, y que en conjunto las perspectivas eran buenas.

Del hizo una mueca graciosa y dijo que no sabía si le gustaría tener un marido que siempre estuviera fuera de casa, pero fue a la cabina telefónica y llamó al otro chico y canceló la cita que tenía con él. Fueron a casa de Del y ésta preparó una cena ligera. Sus padres habían ido a Fortress Monroe a cenar con una tía suya. A Joe le gustó mucho verla en la cocina con el delantal puesto y ella dejó que Joe la besara un par de veces, pero cuando él se acercó por detrás y la abrazó volviéndole la cara para besarla, dijo que no lo hiciera más, pues la dejaba sin respiración. El olor de sus cabellos negros y el contacto de su piel, que era blanca como la leche, y de sus labios rojos le excitaron. Fue un alivio salir de nuevo a la calle, donde soplaba una brisa noreste. Joe le compró una caja de bombones y fueron al Colonial a ver un programa de variedades y películas. Las películas de la guerra en Bélgica eran muy emocionantes y Del dijo que aquello era terrible, y Joe empezó a contarle que un chico al que conocía le había hablado de un ataque aéreo a Londres, pero ella no le escuchaba.

Cuando se despedía en el vestíbulo con un beso, Joe se sintió muy excitado y la apretó contra el rincón del perchero y trató de meter la mano por debajo de su falda, pero ella dijo que no hasta que estuvieran casados, y él le preguntó, boca contra boca, cuándo se casarían y ella respondió que en cuanto él encontrara un nuevo empleo.

Justo entonces oyeron la llave en la cerradura y Del lo empujó hacia la sala y le susurró que todavía no dijera nada acerca de que se habían comprometido. Eran la madre y el padre de Del y sus dos hermanas pequeñas, y el viejo lanzó a Joe una

mirada desdeñosa y las dos niñas se rieron y Joe se marchó un tanto confuso. Todavía era pronto y Joe se sentía demasiado excitado para ir a dormir, así que anduvo un rato y luego fue a casa de los Stirp a ver si Will estaba en la ciudad. Will estaba en Baltimore buscando trabajo, pero la señora Stirp le dijo que si no sabía adónde ir y quería dormir en la cama de Will sería bienvenido, pero Joe no pudo dormir pensando en Del y en lo guapa que era y en lo que sentía al tenerla entre los brazos y en la ofuscación que le producía el olor de su pelo y en cuánto la deseaba.

Lo primero que hizo el lunes por la mañana fue ir a Newport News a ver al capitán Perry. El viejo estuvo muy amable con él y le preguntó sobre sus estudios y su familia. Cuando Joe le dijo que era hijo del viejo capitán Williams, al capitán Perry todo le pareció poco para Joe. Perry y el padre de Joe habían navegado juntos en el *Albert and Mary Smith* en la época de los clípers. Dijo a Joe que le proporcionaría un puesto de subalterno en el *Henry B. Higginbotham* en cuanto terminaran sus reparaciones, y que tenía que ir a la escuela de náutica de Norfolk para prepararse para los exámenes y conseguir el título. Él mismo le podría explicar las cosas difíciles. Cuando se iba le dijo:

—Hijo mío, si trabajas como hay que trabajar, siendo un digno hijo de tu padre, y si la guerra dura, estarás mandando tu propio barco antes de cinco años, te lo garantizo.

Joe no esperó para ir a contárselo a Del. Aquella noche la llevó al cine a ver *Los cuatro jinetes*. Era muy emocionante. Estuvieron cogidos de la mano toda la película y él mantuvo su pierna apretada contra la de ella. Estar junto a ella y la guerra y todas las imágenes relampagueando en la pantalla y la música como de iglesia y el pelo de Del pegado a su mejilla y apretarse contra ella, que estaba un poco sudorosa en la cálida oscuridad, casi le hicieron perder la cabeza. Cuando terminó la película creyó que iba a volverse loco si no la poseía inmediatamente. Ella parecía burlarse de él y Joe se enfadó y dijo que, ¡maldita sea!, o se casaban ahora mismo o todo habría terminado. Del se echó a llorar y volvió su cara hacia él llena de lágrimas y dijo que si de verdad la quisiera no le diría esas cosas y que así no se hablaba a una dama y Joe se sintió muy mal. Cuando volvieron a casa de sus padres, todos se habían ido a la cama y ellos fueron a la despensa y no encendieron la luz y ella dejó que le metiera mano. Dijo que le quería mucho y que le gustaría dejarle hacer todo lo que quisiera, pero que después no la volvería a respetar. Añadió que estaba cansada de vivir con sus padres y de que su madre la vigilara sin parar, y que por la mañana les diría a sus padres que Joe había encontrado trabajo de oficial en un barco, y que debía ir a hacerse inmediatamente el uniforme.

Cuando Joe salió de la casa y anduvo vagando para encontrar un sitio donde dormir, se sentía en las nubes. No había planeado casarse tan pronto, pero, ¡qué demonios!, un hombre ha de tener una mujer para él solo. Se puso a pensar en lo que le diría a Janey acerca de todo aquello, pero decidió que, como a ella no le parecería bien, era mejor no escribirle. Le hubiera gustado que Janey no se sintiera tan superior,

pero, después de todo, había progresado. Cuando él estuviera al mando de su propio barco, a Janey todo le parecería bien.

Esta vez Joe estuvo dos meses en tierra. Iba a la escuela de náutica todos los días, vivía en un albergue de la YMCA[2], y no bebía ni jugaba al billar ni nada de nada. Lo que había ahorrado de la paga de los dos viajes en el *North Star* le daba justo para mantenerse. Casi todas las semanas iba a Newport News a hablar con el capitán Perry, quien le indicó el tipo de preguntas que le harían los del tribunal examinador y qué clase de documentos necesitaba. Joe estaba preocupado por su certificado original de primera clase, pero ahora tenía uno nuevo y recomendaciones de los capitanes de los barcos en los que había navegado. ¡Qué diablos! Llevaba cuatro años en el mar; era el tiempo suficiente para aprender un poco a llevar un barco. El examen le preocupaba tanto que estuvo a punto de enfermar, pero cuando se encontró delante de los pajarracos del tribunal no le resultó tan duro como se había imaginado. Y cuando ya tuvo su título de tercer oficial y se lo enseñó a Del, ambos se sintieron muy orgullosos.

Joe se compró el uniforme cuando consiguió un adelanto a cuenta de su sueldo. Desde entonces se pasaba el día entero trabajando en el dique seco a las órdenes del capitán Perry, que todavía no tenía la tripulación completa. Por la tarde se dedicaba a pintar el pequeño dormitorio, cocina y cuarto de baño que había alquilado para que él y Del viviesen cuando estuviera en tierra. Los padres de Del insistieron en que la boda se celebrara por la iglesia, y Will Stirp, que ganaba quince dólares diarios en un astillero de Baltimore, vino para ser el padrino.

Joe se sintió un poco ridículo durante la boda. Will Stirp había bebido bastante whisky y su aliento apestaba a cuba, y otros dos muchachos se habían emborrachado y eso hizo que Del y sus padres se enfadaran y durante toda la ceremonia pareció como si Del quisiera darle una bofetada a Joe. Cuando terminó, Joe se dio cuenta de que se le había arrugado el cuello y el padre de Del empezó a hacer bromas y sus hermanas soltaban risitas sin parar, con sus vestidos de organdí blanco, y Joe las hubiera estrangulado. Fueron a casa de los Matthews y todos estuvieron muy serios, excepto Will Stirp y los chicos, que habían traído whisky y emborracharon al viejo Matthews. La señora Matthews los echó de casa y las viejas cotorras del Auxilio Femenino pusieron los ojos en blanco y dijeron: «¿Quién se lo iba a imaginar?».

Joe y Del se marcharon en un taxi conducido por un amigo suyo y todos les arrojaron arroz y Joe descubrió un letrero que decía RECIÉN CASADOS sujeto con un alfiler en el faldón de su chaqueta, y Del lloraba y lloraba y cuando llegaron a su apartamento, Del se encerró con llave en el cuarto de baño y no respondía a las llamadas y Joe temió que se hubiese desmayado.

Joe se quitó su nuevo uniforme de sarga, y también el cuello y la corbata, y anduvo arriba y abajo sin saber qué hacer. Eran las seis de la tarde. Tenía que estar a bordo del barco a medianoche porque zarparían para Francia en cuanto se hiciera de día. No sabía qué hacer. Pensó que a lo mejor ella querría algo de comer y preparó

unos huevos con beicon en la cocina. Cuando todo se había enfriado y Joe andaba arriba y abajo soltando maldiciones entredientes, Del salió del cuarto de baño fresca y sonrosada como si no hubiera pasado nada. Dijo que no tenía ganas de comer, pero que podían ir al cine.

—Pero querida… —dijo Joe—. Tengo que embarcar a las doce.

Ella se echó a llorar de nuevo y Joe se puso colorado y se sintió molesto. Ella se apretó contra él y dijo:

—No nos quedaremos para la película larga. Volveremos a tiempo.

Joe la abrazó y empezó a acariciarla, pero ella se apartó con firmeza y dijo:

—Más tarde.

Joe no pudo mirar la película. Cuando volvieron al apartamento eran ya las diez. Ella le dejó que la desnudara, pero huyó a la cama y se envolvió en las mantas y dijo, sollozando, que la asustaba tener un niño. Todo lo que le dejó hacer fue frotarse contra ella por encima de la ropa de cama y de pronto fueron ya las doce menos diez, y Joe tuvo que vestirse a toda prisa y correr al muelle. Un viejo negro le llevó hasta donde estaba fondeado el barco. Era una noche de primavera perfumada y sin luna. Joe oyó un ruido por encima y, aguzando los ojos, trató de distinguir las aves contra las pálidas estrellas.

—Son gansos, patrón —dijo el negro en voz baja.

Cuando subió a bordo todos se dedicaron a mirarle y decidieron que parecía agotado. Joe no supo qué decir, así que respondió en el mismo plan y mintió más y mejor.

# Noticiario XXI

Hasta la vista Broadway
Hola Francia
Somos diez fuertes millones

NIÑO DE OCHO AÑOS HERIDO
POR EL RIFLE DE UN MUCHACHO

la policía ha notificado que en París todas las diversiones deben ser breves y pacíficas y ocultas a la vista del público, y que ya hemos tenido más bailes de lo debido

la capitalización sube al 104 por ciento mientras los negocios aumentan en un 250 por ciento

LOS ALEMANES PIERDEN EL CONTROL DEL AZÚCAR
DE HAWAI

los esfuerzos del gobierno bolchevique para discutir la retirada de Rusia de las fuerzas norteamericanas y alineadas mediante un armisticio, no suscitan seria atención

UN AVIADOR INGLÉS LUCHA CONTRA SESENTA AVIONES

LOS SERBIOS AVANZAN DIEZ MILLAS, TOMAN DIEZ CIUDADES
Y AMENAZAN PRILEP

Buenos días
Señor Zip Zip Zip
Qué buen aspecto tiene usted
Buenos días
Señor Zip Zip Zip
Con el pelo cortado tan corto como
Con el pelo cortado tan corto como
Con el pelo cortado tan corto como el mío

SE INFORMA QUE LENIN VIVE

## EL PÚBLICO DEL HIPÓDROMO VITOREA, CONMOVIDO HASTA LLORAR

hasta mí han llegado diversos relatos distintos y bien autentificados referentes a la increíble brutalidad de Hindenburg; los detalles son demasiado horribles para ponerlos por escrito. Se refieren a violaciones de mujeres y niñas, suicidios y sangre de inocentes que mancha los pies de Hindenburg

## LA GUERRA REDUCE EL NÚMERO DE MATRIMONIOS Y NACIMIENTOS

¡Oh! la ceniza a la ceniza
Y el polvo al polvo
Si no te alcanza la metralla
Lo harán los ochenta y ocho

# El Ojo de la Cámara (29)

las gotas de lluvia caen una a una del castaño de Indias de la glorieta sobre la mesa del abandonado jardín de la cervecería y sobre la arena encharcada y mi cráneo rapado por donde mis dedos se mueven suavemente adelante y atrás palpando protuberancias cubiertas de pelusa y huecos

primavera y acabamos de bañarnos en el Marne en algún sitio más allá de las espesas nubes del horizonte martilleando sobre un tejado de cinc en la lluvia en primavera después de un baño en el Marne con ese martilleo al norte clava la idea de la muerte a nuestros oídos

la vinosa idea de la muerte pica en la sangre primaveral que late en el cuello quemado por el sol arriba y abajo por el vientre bajo el cinturón apretado corre como coñac hasta las puntas de los dedos de mis pies y los lóbulos de mis orejas y dedos acariciando el cráneo rapado y redondo

tímidamente unos dedos pican al palpar los límites del duro cráneo inmortal bajo la carne una calavera y un esqueleto que usan gafas se sientan en la glorieta bajo las ocasionales y brillantes gotas de lluvia dentro del nuevo uniforme caqui en el interior de mi cuerpo de veinte años que se ha bañado en el Marne con un bañador a rayas rojas y blancas en Chalons en primavera

# Richard Ellsworth Savage

Durante los años de su niñez nunca oyó hablar de su padre, pero cuando por las tardes hacía sus deberes en el cuartito del ático a veces se ponía a pensar en él; se tumbaba boca arriba en la cama, tratando de recordar cómo eran las cosas en Oak Park y en todo aquello de antes de que su madre se sintiera tan desgraciada que tuvieron que venir al Este a vivir con tía Beatrice. Olía a ron y a puro encendido y Dick estaba sentado en el respaldo de un sofá junto a un hombre enorme con sombrero panamá que hacía temblar el sofá cada vez que se reía; él se acercaba a la espalda de papá y le pegaba en el brazo y el músculo era tan duro como una silla o una mesa, y cuando papá se reía podía notar su risa en la espalda.

—Dicky, quita esas manos tan sucias de mi traje blanco.

Y él gateaba a cuatro patas hasta el sol que se filtraba entre los visillos de encaje de la ventana, tratando de coger las grandes rosas púrpura de la alfombra; todos estaban delante de un automóvil rojo y la cara de papá era colorada y olía a sobaco, y había un vapor blanco y la gente decía:

—Válvulas de seguridad.

Abajo papá y mamá cenaban y tenían invitados y había vino y un criado nuevo y debía de ser terriblemente divertido porque se reían mucho y los cuchillos y los tenedores hacían clic clic todo el rato; papá lo descubrió en camisón espiando entre las cortinas y se le acercó tremendamente excitado y oliendo a vino y le pegó y su madre vino y dijo: «Henry, no pegues al niño», y se dijeron cosas uno al otro en voz baja detrás de las cortinas a causa de los invitados y mamá tomó en brazos a Dick y lo subió llorando con su vaporoso traje de noche de encaje y mangas afaroladas con lazos de seda; tocar la seda le dio dentera, le hizo estremecerse a lo largo de la espina dorsal. Él y Henry tenían abrigos marrones con bolsillos como los abrigos de los mayores y gorras marrones y él perdió el botón de la suya. Al pensar en aquello recordaba el sol y el viento; Dick se cansaba y se sentía mal cuando trataba de recordar cómo había sido todo aquello y no conseguía estudiar las lecciones de mañana y entonces sacaba *Veinte mil lenguas de viaje submarino*, un libro que guardaba debajo del colchón porque su madre le quitaba los libros que no fueran estrictamente para estudiar, y leyendo enseguida se olvidaba de todo, con sólo leer un poco le bastaba, y entonces no se sabía la lección al día siguiente.

Con todo, se lo pasaba muy bien en la escuela y a los maestros les gustaba, en especial a la señorita Teazle, la profesora de inglés, porque hacía y decía cosas sin importancia que, sin llegar a ser atrevidas la hacían reír. La señorita Teazle dijo que demostraba una auténtica disposición para la redacción. Una Navidad, Dick le mandó unos versos que había escrito sobre el Niño Jesús y los Reyes Magos, y ella declaró que tenía grandes dotes.

Cuanto mejor lo pasaba en la escuela, peor lo pasaba en casa. La tía Beatrice siempre estaba riñe que te riñe y riñe de la mañana a la noche. Como si él no supiera que él y su madre comían de su pan y dormían bajo su techo; ellos pagaban pensión, ¿o no?; aunque no pagaran tanto como el mayor Glen y su mujer o como el doctor Kern, trabajaban lo bastante como para pagarse su estancia en la casa. Oyó decir a la señora Glen una vez que el doctor Atwood estaba de visita y la tía Beatrice no se encontraba en la habitación, que era una vergüenza que la pobre señora Savage, una mujer tan agradable y tan religiosa, aparte de hija de un general del Ejército, tuviera que trabajar hasta reventar para su hermana, que no era más que una solterona creída que cobraba tan caro, aunque claro estaba que tenía una casa muy agradable y una mesa excelente, que no parecía la de una pensión para nada, sino que era más bien una refinada casa particular, cosa difícil de encontrar en Trenton, una ciudad comercial llena de trabajadores y extranjeros; era una pena que las hijas del general Ellsworth necesitaran tener huéspedes. Dick pensó que la señora Glen podría haber dicho algo acerca de que él tenía que sacar la ceniza y quitar la nieve y todo eso. En cualquier caso, él no consideraba que estuviera bien que un estudiante tuviese que robar tiempo a sus estudios para hacer las tareas domésticas.

El doctor Atwood era el rector de la iglesia episcopal de San Gabriel donde Dick tenía que cantar en el coro todos los domingos en los dos servicios, mientras su madre y su hermano Henry S., que era tres años mayor que él y trabajaba como delineante en Filadelfia y sólo iba a casa los fines de semana, se sentaban cómodamente en un banco. Su madre adoraba la iglesia de San Gabriel porque era muy importante y celebraban procesiones y hasta quemaban incienso. Dick la odiaba a causa de los ensayos del coro y porque tenía que mantener limpio su sobrepelliz y nunca tenía dinero para jugar a cara o cruz detrás de un banco de la sacristía y siempre era el que se tenía que quedar vigilando a la puerta y murmurar: «¡Cuidado!» si venía alguien.

Un domingo, poco después de haber cumplido los trece años, volvía a casa de la iglesia con su madre y Henry hambriento y preguntándose todo el camino si tendrían pollo frito para comer. Los tres iban subiendo la pequeña pendiente, su madre apoyándose un poco en el brazo de Dic, y las amapolas rojas y verdes de su amplio sombrero moviéndose bajo el sol de octubre, cuando vieron a tía Beatrice que con su cara afilada miraba preocupada a través del cristal de la puerta delantera.

—Leona —dijo excitada y en tono de reproche—, está aquí.

—¿Quién, Beatrice, querida?

—Lo sabes perfectamente…, no sé qué hacer…, dice que te quiere ver. Hice que esperara en el vestíbulo de abajo a causa de…, bueno…, nuestros amigos.

—¡Oh, Dios mío, Beatrice! ¿Es que no he padecido bastante por culpa de ese hombre?

Madre se dejó caer en el banco de la entrada debajo del perchero de astas de ciervo. Dick y Henry miraron las caras pálidas de las dos mujeres. Tía Beatrice

frunció la boca y dijo en tono desdeñoso:

—Vosotros, chicos, será mejor que vayáis a dar una vuelta alrededor de la manzana. No quiero tener a un par de grandullones como vosotros rondando por la casa. Volved a comer a la una y media en punto… y ahora fuera de aquí.

—Pero ¿qué es lo que le pasa a tía Beatrice? —preguntó Dick cuando caminaban calle abajo.

—Debe de estar chiflada, supongo…, seguro que es eso —dijo Henry con tono de superioridad.

Dick caminaba dando patadas al suelo con las punteras de sus zapatos.

—Oye, podríamos ir a tomar un refresco…, los del Dryes son buenísimos.

—¿Tienes pasta?

Dick negó con la cabeza.

—Bueno, pues no creas que te voy a invitar yo… Valiente sitio… Trenton es un pueblo asqueroso… En Filadelfia he visto una tienda con una barra para refrescos de media manzana de largo.

—¡Bah!

—Apuesto a que ni te acuerdas de cuando vivíamos en Oak Park, Dick… En cambio, Chicago es una ciudad estupenda.

—Claro que me acuerdo… y de cuando tú y yo íbamos al jardín de infancia y papá vivía con nosotros y todo lo demás.

—¡Demonios! ¡Qué ganas tengo de fumar!

—¡Mamá notará el olor!

—Me importa un bledo.

Cuando volvieron a casa, tía Beatrice los esperaba a la puerta con cara de muy mal genio y les dijo que bajaran al sótano. Su madre los quería ver. La escalera de servicio olía a comida de domingo y a pollo relleno. Bajaron lo más despacio que pudieron, seguramente debido al pitillo de Henry. Su madre estaba en el oscuro vestíbulo de abajo. A la luz de la llama de gas de la pared, Dick no pudo distinguir quién era el hombre. Su madre se les acercó y vieron que tenía los ojos rojos.

—Niños, es vuestro padre —dijo con voz débil, mientras las lágrimas le corrían por la cara.

El hombre tenía una cabeza gris sin forma definida y el pelo muy corto, los párpados rojos y sin pestañas y los ojos del mismo color que la cara. Dick se asustó. Era alguien que había conocido cuando era pequeño; no podía ser su padre.

—¡Por el amor de Dios, deja ya de llorar, Leona! —dijo el hombre con voz quejumbrosa. Cuando miraba la cara de los chicos, su cuerpo vacilaba un poco, como si tuviera débiles las rodillas—. Los dos tienen buen aspecto, Leona… Supongo que no se acuerdan mucho de su viejo papá.

Se quedaron sin decir nada allí en el oscuro vestíbulo del sótano, al que llegaba el rico olor de la comida del domingo desde la cocina. Dick notó que debía hablar, pero algo se le había atragantado en la garganta. Se descubrió tartamudeando:

—¿Ha e-e-e-estado enfermo?

El hombre se volvió hacia la madre.

—Más vale que se lo cuentes todo cuando me vaya… No les ocultes nada…, nadie me ocultó nunca nada a mí… No me miréis como si fuera un fantasma, chicos, no voy a haceros daño. —Un temblor nervioso agitaba la parte inferior de su rostro —. La única víctima he sido yo toda la vida… Bueno, han pasado muchas cosas desde Oak Park… Sólo quería veros, adiós… Supongo que los que son como yo tienen que salir por la puerta del sótano… Te veré en el banco a las once en punto, Leona; será lo último que tendrás que hacer por mí.

La llama de gas se volvió roja cuando se abrió la puerta y el vestíbulo se llenó de luz del sol. Dick temblaba de miedo al pensar que el hombre quisiera besarle, pero se limitó a darles una vacilante palmada en el hombro a cada uno. El traje le quedaba grande y parecía que le costaba levantar los pies con sus grandes y raídos zapatos para subir los cinco escalones de piedra que daban a la calle.

Mamá cerró dando un portazo.

—Se va a Cuba —dijo—. Ésta es la última vez que le vemos. Espero que Dios se lo perdone todo…, vuestra pobre madre nunca podrá… Por lo menos ha salido de aquel sitio horrible.

—¿Dónde estaba, mamá? —preguntó Henry con voz indiferente.

—En la cárcel de Atlanta.

Dick subió corriendo al piso de arriba, entró en su cuarto del ático y se echó llorando encima de la cama.

Ninguno de ellos bajó a comer, aunque tenían hambre y la escalera olía a pollo asado. Cuando Pearl lavaba los platos, Dick entró de puntillas en la cocina y consiguió que le diera un gran plato de pollo y patatas; Pearl le dijo que fuera a comérselo al patio trasero porque aquél era su día libre y tenía que terminar con los platos. Dick se sentó a comer en un escalón polvoriento de la escalera que conducía al lavadero. Casi no se podía tragar el pollo debido a la rigidez que sentía en la garganta. Cuando terminó, Pearl hizo que la ayudara a secar los platos.

Aquel verano le consiguieron un trabajo de botones en un pequeño hotel de Bay Head dirigido por una señora que era feligresa de la parroquia del doctor Atwood. Antes de que se fuera, el mayor Glen y su mujer, que eran las estrellas de la pensión de tía Beatrice, le dieron un billete de cinco dólares para sus gastos y un ejemplar de *El pastorcillo del reino venidero* para que lo leyera en el tren. El doctor Atwood le pidió que se quedara después de la clase de Biblia del último domingo y le explicó la parábola del talento, que Dick ya conocía perfectamente porque el doctor Atwood la utilizaba como tema de sus sermones cuatro veces al año, y le enseñó una carta del director de Kent aceptándole como alumno el año siguiente y le advirtió que debía trabajar duro porque Dios espera de cada uno según sus facultades. Luego le explicó

unas cuantas cosas que todo chico mayor debía saber y le dijo que evitara las tentaciones y sirviera siempre a Dios con el cuerpo limpio y la mente limpia, y que se conservara puro para la muchacha encantadora y dulce con la que se casaría algún día, y que todo lo demás no lleva sino a la locura y la enfermedad. Dick salió con las mejillas ardiéndole.

El hotel Bayview no estaba tan mal, pero los huéspedes y el servicio eran todos viejos; de su misma edad no había más que Skinny Murray, el otro botones, un chico alto y de pelo rubio que nunca tenía nada que decir. Era dos años mayor que Dick. Ambos dormían en catres de una pequeña habitación interior que estaba justo debajo del tejado, de modo que cuando se iban a la cama el techo seguía tan caliente debido al sol que casi no lo podían tocar. A través del delgado tabique oían a las camareras que, en la habitación de al lado, hacían ruido y se reían mientras se acostaban. Dick odiaba aquellos ruidos y el olor a chicas y a polvos de tocador baratos que se filtraba por las grietas del tabique. Las noches más calurosas, él y Skinny quitaban la rejilla metálica de la ventana y reptaban por el canalón hasta un trozo plano del tejado que había encima del porche. Allí los mosquitos les atormentaban, pero era mejor que tratar de dormir en sus catres. Una vez, las chicas estaban mirando por la ventana, les vieron arrastrarse por el canalón y armaron un follón tremendo acusándoles de que andaban espiándolas y asegurando que se lo contarían a la directora, y ellos se asustaron mucho y toda la noche se la pasaron haciendo planes sobre lo que harían si los echaban: irían al Barnegat y trabajarían en los barcos de pesca, pero al día siguiente las chicas no contaron nada. Dick quedó algo desilusionado porque odiaba servir a la gente y correr escaleras arriba y abajo atendiendo a las llamadas.

Fue Skinny el que tuvo la idea de que podían ganar un dinero extra vendiendo bombones de chocolate, pues Dick había recibido un paquete de dulces de su madre y se lo había vendido a una de las camareras por veinticinco centavos. Así que la señora Savage mandaba por correo todas las semanas un paquete con bombones de chocolate, y Dick y Skinny se los vendían a los huéspedes en cajitas. Skinny compraba las cajas y hacía casi todo el trabajo, pero Dick le convenció de que no le correspondía quedarse con más del diez por ciento de los beneficios, puesto que él y su madre eran los que aportaban el capital inicial.

El verano siguiente les fue bastante bien vendiendo los dulces. Skinny era el que más trabajaba, porque Dick había estado en un colegio particular y todo el invierno se había codeado con chicos ricos cuyos padres tenían mucho dinero. Por suerte, ninguno de ellos fue a Bay Head aquel verano. Dick le contó a Skinny muchas cosas del colegio y le recitó baladas sobre san Juan Hospitalario y san Cristóbal, que había escrito él y que se habían publicado en el periódico del colegio; le contó que había ayudado en la iglesia y le habló de la belleza de la fe cristiana y de cómo había jugado en el equipo júnior de béisbol. Hizo que Skinny le acompañara todos los domingos a la pequeña capilla episcopaliana de St. Mary’s-by-the-Sea. Dick solía quedarse después del servicio y discutía puntos del dogma y el culto con el señor

Thurlow, pastor joven, quien finalmente le invitó a que fuera a su casa a comer para que conociese a su esposa.

Los Thurlow vivían en una casita sin pintar y de tejado en punta, situada en medio de un arenal cercano a la estación. La señora Thurlow era una joven morena con una fina nariz aquilina y flequillo, que fumaba cigarrillos y detestaba Bay Head. Habló de lo mucho que se aburría y de que las viejas feligresas se escandalizaban de ella, y Dick pensó que era maravillosa. Era gran lectora de *Gente elegante* y *El gato negro* y de libros atrevidos, y se burlaba de los intentos de Edwin para restaurar el cristianismo primitivo en el paseo de la costa, como ella decía. Edwin Thurlow la miraba por debajo de las descoloridas pestañas de sus ojos claros y murmuraba mansamente:

—Hilda, no deberías hablar así. —Luego se volvía hacia Dick y murmuraba—: Ladra más que muerde, usted ya me entiende.

Se hicieron grandes amigos y Dick adquirió la costumbre de ir a su casa siempre que podía escaparse del hotel. Llevó a Skinny un par de veces, pero a Skinny le pareció que lo que hablaban era demasiado profundo para él y nunca se quedó mucho rato, aunque se iba después de excusarse porque tenía que vender dulces.

El verano siguiente, la esperanza de ver a los Thurlow fue lo que más influyó en Dick para que no le importara volver a Bayview, donde la señora Higgins le dio trabajo en la oficina y le subió el sueldo debido a sus modales de caballero. Dick tenía dieciséis años y estaba cambiando la voz; soñaba con chicas, pensaba mucho en el pecado y andaba medio enamoriscado de Spike Culbertson, el rubio capitán del equipo del colegio. Odiaba todo lo referente a su vida, su tía y el olor de la pensión, y también a su padre, los sombreros parecidos a jardines floridos que llevaba su madre, y el no tener bastante dinero para comprarse buena ropa o ir a los lugares veraniegos de moda como los otros estudiantes. Muchas y muy diversas cosas le agitaban terriblemente, tanto que no conseguía ocultarlo. El movimiento de las caderas y pechos de las camareras cuando servían, la ropa interior femenina en los escaparates, el olor de las casetas de baño, el picor salobre de un traje de baño húmedo y la piel morena de chicos y chicas en bañador tumbados al sol en la playa, todo ello le ponía nervioso.

Había estado escribiendo largas cartas a Edwin y Hilda todo el invierno, contándoles lo que se le pasaba por la cabeza, pero cuando de verdad los vio se sintió extrañamente cohibido. Hilda usaba un nuevo tipo de perfume que le hacía cosquillas en la nariz; hasta cuando estaba sentado a la mesa comiendo con ellos jamón y ensalada de patata, y hablando de las letanías primitivas y de la música gregoriana, no podía evitar el desnudarlos mentalmente, pensando en qué aspecto tendrían desnudos en la cama. Odiaba lo que le pasaba.

Los domingos por la tarde, Edwin iba a Elberson a celebrar los servicios en otra pequeña capilla de verano. Hilda nunca iba y muchas veces invitaba a Dick a que la acompañara a dar una vuelta o a tomar el té. Hilda y Dick empezaron a vivir en un

pequeño mundo propio en el que Edwin no tenía nada que ver, y en el que sólo hablaban de él para burlarse. Dick empezó a ver a Hilda en extraños y terribles sueños. Hilda le contó que ella y Edwin eran, en realidad, como hermanos, y que la gente sin pasiones y que nunca deseaba nada de verdad no podía entender a los que eran como ellos. En tales ocasiones, Dick no tenía oportunidad de decir nada. Él y Hilda se sentaban a la sombra en la parte posterior de la casa fumando Egyptian Deities hasta que se sentían un poco mareados. Hilda decía que poco le importaba si los feligreses la veían o no, y hablaba y hablaba de cuánto deseaba que le pasara algo, de vestidos elegantes y de viajar al extranjero, y de tener dinero y no tener que ocuparse de las cosas de la casa y de que a veces sentía ganas de matar a Edwin por sus modales suaves y estúpidos.

Habitualmente, Edwin volvía en el tren de las 10.35 y, como Dick tenía libres las tardes de domingo, él y Hilda cenaban juntos los dos solos y luego daban un paseo por la playa. Hilda le cogía del brazo y caminaba pegada a él; Dick se preguntaba si notaría que él temblaba cuando se rozaban sus piernas.

Dick se pasaba la semana entera pensando en aquellas tardes de domingo. A veces se decía que no iría más. Se quedaría en la habitación y leería a Dumas o saldría con unos tipos a los que conocía; estar solo con Hilda en aquel plan le hacía sentirse muy mal. Al fin, una noche sin luna, cuando tras caminar playa abajo, pasadas las rojas hogueras de los excursionistas, estaban sentados en la arena uno al lado del otro hablando de las *Canciones de amor indias* que Hilda había leído en voz alta por la tarde, ella se abalanzó de repente sobre él y, con el cabello alborotado y las rodillas apoyadas en el estómago de Dick, empezó a acariciarle y a pasarle la mano por el cuerpo, debajo de la camisa. Para ser una chica era bastante fuerte, pero apenas Dick consiguió desprenderse de ella, la cogió por los hombros y la tumbó encima de él. Ninguno de los dos decía nada; se quedaron sobre la arena respirando jadeantes. Al fin ella susurró:

—Dick, yo no quiero tener un hijo… No podemos permitírnoslo… Por eso Edwin no duerme conmigo. Maldita sea, ¡cuánto te deseo, Dick! ¿No ves lo terrible que es todo esto?

Mientras hablaba, las manos de Hilda se movían por el pecho de Dick, sus costillas, la curva de su vientre.

—No sigas, Hilda, no sigas.

Había mosquitos alrededor de sus cabezas. Las invisibles olas de la rompiente llegaban en un largo suspiro hasta casi sus pies.

Aquella noche, Dick no pudo ir al tren a esperar a Edwin, como hacía habitualmente. Volvió a Bayview con las rodillas temblonas, y se echó encima de la cama de su sofocante habitación debajo del tejado. Pensó en matarse, pero tuvo miedo de ir al infierno; intentó rezar, creyendo recordar por lo menos el padrenuestro. Se asustó terriblemente cuando se dio cuenta de que ni siquiera lo podía recordar. Quizás el que habían cometido era el pecado contra el Espíritu Santo.

El cielo ya estaba gris y los pájaros cantaban afuera cuando se durmió. Todo el día siguiente, mientras sentado, muy ojeroso, ante su escritorio transmitía los pedidos de agua fría y de toallas de los clientes, respondía a preguntas sobre habitaciones y horas de trenes, en la cabeza le daba vueltas un poema sobre el escarlata de mi pecado y el escarlata de tu pecado, y pájaros negros por encima de las crestas de las olas graznando y almas condenadas suspirando apasionadamente. Cuando lo terminó y enseñó el poema a los Thurlow, Edwin quiso saber de dónde había sacado unas ideas tan morbosas, pero le alegraba que fe e iglesia triunfaran al final. Hilda se rio histéricamente y dijo que era un chico muy raro, pero que quizás algún día llegara a ser escritor.

Cuando Skinny vino por dos semanas de vacaciones para ocupar el puesto de uno de los botones nuevos que estaba enfermo, Dick le habló mucho de mujeres y de pecado y de que estaba enamorado de una mujer casada. Skinny dijo que eso no estaba bien, porque había mujeres fáciles que podían dar a un hombre todo el amor que él quisiera. Pero cuando Dick se enteró de que nunca había estado con una chica, aunque era dos años mayor que él, se dio tales aires de experimentado y pecador que, una noche en que entraron en un bar para tomar un refresco, Skinny se ligó a un par de chicas y fueron a pasear por la playa con ellas. Las chicas por lo menos tenían treinta y cinco años y Dick no hizo con la suya más que hablarle de su amor desgraciado y de que tenía que serle fiel, aunque ella le fuera infiel en aquel mismo momento. La chica le dijo que era demasiado joven para tomarse las cosas tan en serio y que toda chica debería avergonzarse de hacer desgraciado a un muchacho tan agradable como él.

—¡Lo feliz que haría yo a un chico si tuviera ocasión! —dijo y se echó a llorar.

De vuelta al Bayview, Skinny tenía miedo a haber cogido algo, pero Dick le dijo que las cosas físicas no importaban y que el arrepentimiento era la llave de la redención. Resultó que Skinny se puso malo porque, avanzado el verano, escribió a Dick contándole que tenía que pagar cinco dólares a la semana a un médico para que le curara y que eso le molestaba mucho. Dick y Hilda siguieron pecando los domingos por la tarde mientras Edwin celebraba los oficios en Elberon, y cuando Dick volvió al colegio aquel otoño se consideraba todo un hombre de mundo.

Las vacaciones de Navidad fue a pasarlas con los Thurlow a East Orange, donde Edwin era vicario del rector de la iglesia de San Juan Apóstol. Allí, tomando el té en casa del rector, conoció a Hiram Hasley Cooper, un abogado y político de Jersey City interesado en los aspectos litúrgicos del culto y en primeras ediciones de Huysmans, que pidió a Dick que le visitara. Cuando Dick lo visitó, el señor Cooper le dio un jerez, le enseñó primeras ediciones de Beardsley y Huysmans y Austin Dobson, suspiró por su perdida juventud y le ofreció un empleo en su oficina cuando terminara en el colegio. Resultaba que la mujer del señor Cooper, que había muerto, era una Ellsworth, prima de la madre de Dick. Dick prometió enviarles copias de todos sus poemas, y de los artículos que publicara en la revista del colegio.

Durante la semana que pasó con los Thurlow trató de ver a Hilda a solas, pero ella se las arregló para evitarlo. Había oído hablar de unas cartas francesas y quería hablarle a Hilda de ellas, pero hasta el último día, Edwin no tuvo que salir. En esta ocasión, Dick era el amante y Hilda trataba de mantenerse alejada de él, pero consiguió hacerla desvestirse y ambos se rieron y bromearon mientras hacían el amor. Esta vez no se preocuparon mucho del pecado, y cuando Edwin volvió a casa a la hora de cenar les preguntó qué pasaba para que estuvieran de tan buen humor. Dick se puso a contarles un montón de cosas absurdas de su tía Beatrice y de los de la pensión, y fueron al tren muriéndose de risa.

Aquel verano tuvo lugar la conversión de Baltimore. El señor Cooper había alquilado una casa y recibía muchas visitas. El trabajo de Dick consistía en estar en la oficina de la entrada, y mostrarse amable con todo el mundo y anotar el nombre de la gente. Vestía un traje de sarga azul y causaba una magnífica impresión a todos con su negro pelo ondulado del que Hilda solía decir que era como ala de cuervo, sus cándidos ojos azules y su piel blanca y sonrosada. Lo que pasaba quedaba fuera de su alcance, pero pronto aprendió a distinguir a las personas que el señor Cooper deseaba ver de verdad y a las que tenía que quitarse de delante con delicadeza. Luego, cuando él y el señor Cooper se quedaban solos, el señor Cooper sacaba una botella de amontillado, llenaba una copa para cada uno y se sentaba en una enorme butaca de cuero frotándose la frente con la mano como si quisiera borrar la política de su mente, y se ponía a hablar de literatura y del siglo anterior y de cuánto le gustaría volver a ser joven. Se suponía que iba a adelantar el dinero necesario para que Dick fuera a Harvard.

Nada más llegar al colegio al otoño siguiente, para emprender el último curso, le llegó un telegrama de su madre: VUELVE INMEDIATAMENTE A CASA QUERIDO TU POBRE PADRE HA MUERTO. No sintió pena, sino una especie de vergüenza, miedo a encontrarse con profesores o compañeros que le hicieran preguntas. En la estación parecía como si el tren no fuese a llegar nunca. Era sábado y en la estación había un par de chicos de su clase. Hasta que llegó el tren sólo pensó en evitarlos. Sentado muy tieso en su asiento del vacío vagón de segunda miraba las bermejas colinas de octubre, enervado por temor a que le hablara alguien. Fue un alivio salir a toda prisa de la Gran Central Station a las abarrotadas calles de Nueva York, donde nadie le conocía y donde él no conocía a nadie. Al cruzar en el ferry se sintió contento y animoso, pero después le entró pavor al pensar en su llegada a casa y perdió deliberadamente el primer tren para Trenton. Entró en el viejo comedor de la Pensilvania Station y tomó ostras fritas y maíz dulce y pidió una copa de jerez, casi temiendo que el camarero de color no quisiera servírsela. Se quedó allí mucho tiempo leyendo *The Smart Set* y bebiendo el jerez, y sintiéndose un hombre de mundo, un viajero experto, pero por debajo de todo estaba el recuerdo de la cara pálida, dolorida y temblorosa de aquel hombre, y del modo en que subió los escalones del piso bajo aquel día. El restaurante se fue vaciando gradualmente. El camarero debía de pensar

que era raro que se quedara allí sentado tanto tiempo. Pagó la cuenta y antes de haberlo deseado se encontró en el tren de Trenton.

En casa de tía Beatrice todo tenía el mismo aspecto y olía igual. Su madre estaba tumbada en la cama con las persianas bajadas y un pañuelo empapado en agua de colonia en la frente. Le enseñó una fotografía que le había mandado desde La Habana: un hombre consumido que parecía demasiado pequeño para su traje de verano y su panamá. Había trabajado de oficinista en el consulado y había dejado un seguro de vida de diez mil dólares a su favor. Mientras hablaban, llegó Henry de mal humor y con cara de preocupado. Los dos hermanos salieron al patio trasero a fumarse un pitillo. Henry dijo que iba a llevarse a su madre a Filadelfia a vivir con él, para alejarla de las reprimendas constantes de tía Beatrice y de aquella maldita pensión. Quería que también fuera Dick y entrara en la Universidad de Pensilvania. Dick dijo que no, que pensaba ir a Harvard. Henry le preguntó cómo conseguiría el dinero y Dick le dijo que no se preocupara, que no quería tocar nada del dinero de aquel maldito seguro de vida. Henry dijo que él tampoco lo iba a tocar, que era de su madre, y ambos volvieron arriba casi a punto de emprendérselas a golpes. Dick, con todo, se sentía mejor: podría decir a sus compañeros de colegio que su padre había sido cónsul en La Habana y había muerto a consecuencia de fiebres tropicales.

Ese verano, Dick trabajó para el señor Cooper, por veinticinco dólares a la semana, redactando un catálogo para un museo de arte que éste quería fundar en Jersey City, y le encantó tanto que Dick le dedicara la traducción en verso de un poema de Horacio sobre Mecenas, que había hecho con la ayuda de otra traducción previa, que el señor Cooper le regaló mil dólares para costearse la universidad; para guardar las apariencias y para que Dick adquiriera sentido de la responsabilidad, se lo dio como si fuera un préstamo a pagar en cinco años, con un cuatro por ciento de interés.

Pasó dos semanas de vacaciones con los Thurlow en Bay Head. Casi no pudo esperar a bajar del tren para ver cómo estaba Hilda, pero todo era distinto. Edwin ya no tenía aquel color blanco como el papel que solía tener; le habían nombrado vicario de una iglesia muy rica de Long Island, donde lo único que le preocupaba era saber qué parte de sus feligreses no toleraba cánticos ni incienso. Se consolaba pensando en que le dejaban poner velas en el altar. Hilda también había cambiado. A Dick le molestó ver que ella y Edwin se cogían de la mano durante la cena. Cuando se quedaron solos, Hilda le dijo que ella y Edwin eran ahora muy felices y que iba a tener un hijo y que lo pasado, pasado. Dick se levantó y sentó varias veces y se pasó la mano por el pelo y habló siniestramente de muerte e infierno en la tierra, y de irse al diablo lo antes posible, pero Hilda se limitó a reír y le dijo que no fuera tonto, que era un chico atractivo y bien parecido, y que encontraría muchísimas chicas guapas que se enamorarían como locas de él. Antes de marcharse tuvieron una larga conversación sobre religión y Dick les dijo, mirando con amargura a Hilda, que había perdido la fe y sólo creía en Pan y Baco, los viejos dioses de la lujuria y la bebida.

Edwin se sorprendió mucho, pero Hilda dijo que aquello no tenía sentido y que eran cosas de la adolescencia. Después de irse, Dick escribió un poema muy oscuro lleno de referencias clásicas y que tituló «A una vulgar prostituta», y se lo mandó a Hilda con una postdata en la que le decía que dedicaría su vida a la Belleza y el Pecado.

Dick tenía que repetir el examen de geometría que había suspendido en primavera y quería examinarse de latín avanzado para tener más méritos, así que fue a Cambridge una semana antes de que se abriera el *college*. Mandó el baúl y la maleta por medio de una compañía de transportes desde la South Station y él fue en metro. Llevaba un traje gris y nuevo y un sombrero de fieltro gris también nuevo, y tenía miedo a perder el cheque confirmado que llevaba en el bolsillo para depositarlo en el banco de Cambridge. La visión de los ladrillos rojos de Boston y de la sede del gobierno con su cúpula dorada, más allá del río Charles, color pizarra, cuando el tren salió a la superficie al cruzar el puente, le pareció como uno de aquellos países extranjeros a los que él y Hilda habían proyectado ir. Kendall Square… Central Square… Harvard Square. El tren no iba más allá; tenía que bajarse. Algo del letrero giratorio que rezaba: SALIDA AL PATIO DEL COLLEGE hizo que le recorriera la médula un escalofrío. Había pasado dos horas en Cambridge antes de darse cuenta de que su sombrero de fieltro debiera haber sido marrón y viejo en lugar de nuevo y gris, y que tomar una habitación en el patio constituía un grave error para un novato.

Quizá fue un resultado de vivir en el patio el hecho de que se relacionase con todo tipo de mala gente: un par de judíos socialistas de primero de Derecho, un licenciado del Medio Oeste que preparaba el doctorado en Filosofía Medieval, y un socio de la YMCA, de Dorchester, que iba todas las mañanas a la capilla. Dick se inscribió de remero de primer curso, pero no fue incluido en ninguna tripulación y remó solo en un esquife tres tardes por semana. Los compañeros con los que se reunía en la caseta de los botes le resultaban bastante agradables, pero en su mayoría vivían en Gold Coast o en Beck y nunca intimaron mucho más allá del hola o el adiós. Fue a todas las reuniones de aficionados al fútbol, de fumadores y bebedores, pero nunca conseguía asistir sin uno de sus amigos judíos o un licenciado, con lo que nunca conoció a nadie que mereciera la pena.

Un domingo por la mañana se encontró con Freddy Wigglesworth en el Union, justo cuando los dos entraban a desayunar; se sentaron a la misma mesa. Freddy, antiguo alumno de Kent, ya estaba en segundo curso. Le preguntó a Dick lo que hacía y a quién conocía, y se mostró horrorizado ante lo que oyó.

—Amigo mío —dijo—, lo único que puedes hacer es ir por el *Monthly* o el *Advocate*… No me parece que el *Crime* esté en tu línea, ¿verdad?

—Estaba pensando en llevar alguna cosa mía a algún sitio, pero no me he atrevido.

—Ojalá hubieras venido a verme el otoño pasado… Dios mío, en consideración a

la vieja escuela te hubiéramos ayudado a empezar como es debido. ¿Es que nadie te ha dicho que en el patio no viven más que los del último curso?

Freddy movía la cabeza tristemente mientras bebía el café.

Después fueron a la habitación de Dick y éste leyó unos poemas en voz alta.

—Hombre, tampoco están tan mal —dijo Freddy Wigglesworth, entre chupadas al pitillo—. Un poco atrevidos, quizá… Haz que te pasen a máquina unos cuantos y yo se los llevaré a R. G. Nos veremos en el Union el lunes a las ocho de la tarde en punto, e iremos a ver a Copey… Bueno, hasta la vista, tengo que marcharme.

Cuando se marchó, Dick anduvo arriba y abajo por su habitación mientras su corazón latía con fuerza. Quería hablar con alguien, pero estaba cansado de toda la gente que conocía en Cambridge, así que se sentó y escribió una larga carta a Hilda y Edwin, en la que incluyó algunos versos y explicó cómo le iba en el *college*.

La noche del lunes llegó por fin. Tratando de convencerse de que no le molestaría que Freddy Wigglesworth se olvidase de la cita, Dick se puso en camino hacia el Union una hora antes. El rumor a caverna y el olor del Mem, los chistes de los estúpidos de su mesa, y la sudorosa cabeza calva del señor Kanrich en la galería, doblada sobre los instrumentos de metal de la banda, le parecieron especialmente horribles aquella tarde.

Había tulipanes en los cuidados jardines de Cambridge, y de vez en cuando el aire traía un aroma a lilas. A Dick le molestaba la ropa; le pesaban las piernas mientras andaba entre los bloques de casas amarillas de madera y sus entradas cubiertas de hierba que conocía tan bien. La sangre que corría por sus venas parecía ir demasiado deprisa y estar más caliente de lo que él pudiera resistir. Tenía que irse de Cambridge o se volvería loco. Naturalmente, a las ocho en punto, cuando subía lentamente los escalones del Union, Wigglesworth no había llegado todavía. Dick subió a la biblioteca del segundo piso y cogió un libro, pero estaba demasiado nervioso para fijarse en el título. Volvió a bajar y se quedó en el vestíbulo. Un chico que trabajaba junto a él en el laboratorio de física de primero se le acercó y empezó a hablarle de algo, pero Dick apenas pudo responderle. El chico le dirigió una mirada de asombro y se alejó. Eran las ocho y veinte. Claro, Wigglesworth no vendría. ¡Que Dios le maldijera! Había sido un idiota esperando que viniera. Un esnob presuntuoso como Wigglesworth no iba a acudir a una cita con alguien como él.

Freddy Wigglesworth estaba de pie delante de él con las manos en los bolsillos y le decía:

—Bien, ¿vamos a Copeynear?

Había otro chico a su lado, de aspecto soñador, pelo color rubio claro y ojos de un azul muy pálido. Era tan guapo que Dick no pudo evitar el mirarle.

—Éste es Blake, mi hermano menor… Vais al mismo curso.

Blake Wigglesworth apenas miró a Dick cuando se estrecharon las manos, pero su boca se torció en una sonrisa. Cuando cruzaban el patio en un crepúsculo de principios de verano, unos estudiantes se asomaron a la ventana aullando: «¡Rinehart!

¡Oh, Rinehart!», y las ardillas ponían susurros en los olmos y se podía oír el chirrido de las ruedas de los tranvías en Massachusetts Avenue, pero había un leve murmullo en la habitación de techo bajo, iluminada con velas, donde un hombrecillo desaliñado estaba leyendo en voz alta un relato que resultó ser *El hombre que quería ser rey*, de Kipling. Todos estaban sentados en el suelo y muy atentos. Dick decidió que sería escritor.

En el segundo curso, Dick y Blake Wigglesworth empezaron a salir juntos. Dick tenía una habitación en Ridgely, y Blake siempre estaba allí. De pronto, Dick descubrió que le gustaba el *college*, que las semanas pasaban volando. El *Advocate* y el *Monthly* le publicaron un poema suyo cada uno aquel invierno; él y Ned —como se llamaba a Blake Wigglesworth—, tomaban el té por la tarde y hablaban de libros y poetas, iluminando la habitación con velas. Casi nunca comían en el Mem, a pesar de que Dick se había inscrito en él. A Dick no le quedaba dinero para sus gastos una vez pagadas la pensión, las clases y el alquiler de Ridgely, pero Ned tenía una asignación generosa que alcanzaba para los dos. Los Wigglesworth gozaban de buena posición; a menudo invitaban a Dick a comer los domingos en Nahant. El padre de Ned había sido crítico de arte y tenía una barba blanca en punta; había una chimenea italiana de mármol en el salón, sobre la que colgaba el cuadro de una Madonna, con dos ángeles y unas azucenas, que los Wigglesworth creían que era de Botticelli, aunque B. B. —por pura malicia, explicaba el señor Wigglesworthinsistía en que era de Botticini.

Los sábados por la noche, Dick y Ned iban a cenar al Thorndike, de Boston, y se alegraban un poco bebiendo Nebbiolo espumoso. Luego iban al teatro o al Old Howard.

El verano siguiente, Hiram Hasley Cooper hizo campaña en favor de Wilson. A pesar de las bromas de las cartas de Ned, Dick se entusiasmó con los lemas de «Nueva Libertad», «Demasiado orgulloso para pelear», «Neutralidad de Pensamiento y de Hecho» y «Armonía industrial entre Capital y Trabajo», y trabajó doce horas diarias escribiendo circulares a máquina, convenciendo a directores de periódicos de ciudades pequeñas para que concediesen más espacio a los discursos del señor Cooper, fustigando Privilegios y atacando el Interés. Fue como bajar de las nubes, volver a los agonizantes olmos del patio, a las conferencias que jamás defendían nada ni atacaban nada, a *La colina de los sueños*, al té de las tardes. Consiguió una beca del Departamento de Inglés y Ned y él vivían juntos en una casa de Garden Street. Tenían un buen grupo de amigos interesados en el inglés, las bellas artes y otras cosas por el estilo, que se reunían en su habitación a última hora de la tarde y se pasaban horas y horas allí, sentados a la luz de las velas entre el humo de los cigarrillos y del incienso que ardía delante de un Buda que Ned había comprado en el barrio chino un día que estaba borracho, y tomaban té y comían bizcochos y hablaban. Ned nunca decía nada a no ser que hablaran de beber o de barcos de vela; si la política o la guerra o algo semejante surgía en la conversación, cerraba los ojos y echaba hacia atrás la cabeza, diciendo:

—Blablablabla.

El día de las elecciones, Dick estaba tan excitado que faltó a todas las clases. Por la tarde, él y Ned dieron un paseo por el North End y llegaron hasta el final del muelle T. Era un crudo día gris. Hablaban de un plan que tenían, del que nunca hablaban delante de otra gente. Querían conseguir una pequeña lancha o queche, después de licenciarse, y seguir costa abajo hasta Florida y las pequeñas Antillas, y luego atravesar el canal de Panamá y salir al Pacífico. Ned había comprado un libro sobre navegación y había empezado a estudiarlo. Aquella tarde, Ned estaba molesto porque Dick no parecía atender a la conversación y seguía preguntándose en voz alta lo que iba a votar este o aquel estado. Cenaron de mal humor en el Venecia, que estaba lleno, unos *scallopini* fríos y unos espaguetis; el servicio resultó infame. En cuanto terminaban una botella de orvieto blanco, Ned pedía otra; dejaron el restaurante caminando con las piernas muy tiesas y apoyándose cuidadosamente el uno en el otro. Caras sin cuerpo circulaban entre ellos en la oscuridad rosada y bermeja de Hanover Street. Se encontraron al fin entre la multitud que leía el tablero de noticias del edificio del *Boston Herald*.

—¿Quién gana? Han perdido… ¡Vivan los nuestros! —gritaba Ned sin parar.

—¿Todavía no se ha enterado de que hoy es noche de elecciones? —dijo un hombre, detrás de él, con la boca torcida.

—Blablablabla —le rebuznó Ned en plena cara.

Dick tuvo que llevárselo a rastras hasta los árboles para evitar una pelea.

—Si sigues en ese plan seguro que nos trincha —le dijo Dick al oído en tono serio—. Y yo quiero saber los resultados. Tal vez esté ganando Wilson.

—Vamos al Frank Locke a tomar un trago.

Dick quería quedarse entre la multitud y ver los resultados; estaba excitado y no quería beber más.

—Eso significa que no iríamos a la guerra.

—Mejor tener una guerra —dijo Ned con lengua estropajosa—. Sería tan divertido…, pero haya guerra o no la haya, vámonos a tomar otro trago.

El camarero del Frank Locke no les quería servir, a pesar de que ya les había servido muchas veces antes. Seguían molestos por Washington Street abajo hacia otro bar, cuando pasó un chico corriendo con un extraordinario en el que letras enormes anunciaban: HUGHES ELEGIDO.

—¡Hurra! —gritó Ned.

Dick le tapó la boca con la mano y forcejearon allí en plena calle mientras un grupo hostil de hombres se reunía a su alrededor. Dick oía sus voces monótonas y poco amistosas:

—Estudiantes… de Harvard.

Se le cayó el sombrero. Ned le soltó para que lo recogiera. Un policía avanzaba hacia ellos abriéndose paso a codazos. Se esforzaron por mantenerse erguidos y se alejaron andando, muy serios y con las caras enrojecidas.

—Sólo es un blablablabla —murmuraba Ned entre dientes.

Se dirigieron hacia Scollay Square. Dick estaba disgustado.

No le gustó la pinta de la gente que andaba por Scollay Square, y quería volver a casa, a Cambridge, pero Ned se puso a hablar con un tipo con pinta de malhechor y con un marinero al que le flaqueaban las piernas.

—Oye, vamos a llevarlos al Mother Bly —decía el tipo con pinta de malhechor al marinero, dándole un codazo en el costado.

—Tranquilo, camarada, tranquilo —repetía, vacilante, el marinero.

—Vamos a cualquier sitio donde no tengamos todo este blablablabla —gritaba Ned, tambaleándose.

—¡Escúchame, Ned, estás borracho, volvamos a Cambridge! —le chilló desesperadamente Dick al oído, tirándole del brazo—. Esos quieren que te emborraches para quitarte el dinero.

—No me pueden emborrachar, ya estoy borracho…, blablablabla —rezongó Ned, y le quitó el gorro blanco al marinero y se lo puso en lugar de su sombrero.

—Bueno, pues haz lo que te dé la gana, yo me voy —dijo Dick soltando súbitamente el brazo de Ned y alejándose tan deprisa como pudo.

Cruzó Beacon Hills, con la cabeza caliente y pesada. Recorrió a pie todo el camino hasta Cambridge y llegó a su habitación temblando y cansado, a punto de echarse a llorar. Se metió en la cama, pero no podía dormir y se quedó allí toda la noche helado y sintiéndose mal, incluso después de haber puesto la alfombra encima de las mantas, mientras escuchaba todos los ruidos de la calle.

Por la mañana se levantó con dolor de cabeza y abrumado por un sentimiento de amargura. Estaba tomando café con pan tostado en la barra del café debajo del edificio Lampoon, cuando apareció Ned, fresco y sonrosado, con la boca retorcida en una sonrisa.

—Bien, joven político, ha sido elegido el profesor Wilson y hemos perdido el sable y las charreteras.

Dick gruñó y siguió comiendo.

—Estaba preocupado por ti —siguió Ned vivamente—, ¿dónde te has metido?

—¿Qué crees tú que hice? Volví a casa y me metí en la cama —soltó Dick, molesto.

—Ese tal Barney resultó ser un tipo de lo más divertido, un entrenador de boxeo; si no estuviera mal del corazón sería campeón del peso welter de Nueva Inglaterra. Acabamos en unos baños turcos…, un sitio de lo más curioso.

Dick sintió ganas de pegarle una bofetada.

—Tengo prácticas de laboratorio —dijo roncamente y se alejó de la barra del café.

Empezó a anochecer antes de que volviera a Ridgely. Había alguien en la habitación. Era Ned que se movía por la habitación a la luz azulada del crepúsculo.

—Dick —empezó a murmurar en cuanto la puerta se cerró—, no te enfades

nunca. —Estaba allí, de pie en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos y tambaleándose—. No te enfades nunca, Dick, por lo que haga alguien… No te enfades nunca por las cosas que se hacen cuando se está borracho. Sé bueno y prepárame una taza de té.

Dick llenó un cazo y encendió la llama de alcohol debajo de él.

—Uno tiene que hacer un montón de jodidas tonterías, Dick.

—Pero gente así… Quedarse con un marinero en Scollay Square…, es muy peligroso —dijo Dick débilmente.

Ned se tambaleaba, riéndose encantado.

—Y tú siempre me decías que yo era un maldito esnob de Backbay…

Dick no respondió. Se había dejado caer en la silla junto a la mesa. Ya no estaba enfadado. Procuraba no llorar. Ned se había tumbado en el sofá y levantaba primero una pierna y después la otra por encima de la cabeza. Dick contemplaba fijamente la llama azul del alcohol escuchando el ruido del agua hirviendo hasta que por fin la última claridad del crepúsculo se desvaneció en la oscuridad y las cenicientas luces de la calle empezaron a filtrarse dentro de la habitación.

Aquel invierno, Ned se emborrachaba todas las noches. Dick era redactor del *Monthly* y el *Advocate*, le publicaron poemas en la *Literary Digest* y en el *Couning Tower* acudía a reuniones de la Sociedad Poética de Boston, y fue invitado a cenar por Amy Lowell. Él y Ned discutían mucho porque Dick era pacifista y Ned decía, qué coño, que se alistaría en la Marina y todo lo demás era blablabla.

En las vacaciones de Semana Santa, después de aprobada la Ley de Buques Armados, Dick tuvo una larga conversación con el señor Cooper, quien quería proporcionarle un empleo en Washington porque, decía, un joven de su talento no debía poner en peligro su carrera alistándose en el Ejército; ya se hablaba del servicio militar obligatorio. Dick se sonrojó como correspondía y dijo que consideraba que iba en contra de su conciencia participar en la guerra, fuera del modo que fuese. Hablaron largo rato, sin llegar a ninguna conclusión, de los deberes para con el Estado y de la jefatura del partido y de mayor eficacia. Al final, el señor Cooper hizo que le prometiera que no daría ningún paso decisivo sin consultarle. Al volver a Cambridge todo el mundo hacia la instrucción y acudía a clases de estrategia militar. Dick estaba terminando el curso de cuatro años en tres y tenía que trabajar duro, aunque nada de los cursos le parecía que tuviera significado alguno. Consiguió encontrar tiempo para retocar un grupo de sonetos titulados *Morituri te salutant* que mandó a un concurso de la *Literary Digest*. Ganó el premio, pero los editores le escribieron diciéndole que preferían una nota de esperanza en los dos últimos tercetos. Dick añadió la nota de esperanza y envió los cien dólares del premio a su madre para que fuera a Atlantic City. Se enteró de que si realizaba algún trabajo de guerra podía graduarse aquella primavera sin pasar los exámenes, así que fue a Boston un día sin decirle nada a nadie y se inscribió como voluntario en el cuerpo de ambulancias.

La noche que le dijo a Ned que se iba a Francia, se emborracharon a conciencia en su habitación con vino de Orvieto y hablaron sin parar acerca de que el destino de la Juventud y la Belleza y el Amor y la Amistad era el de ser aniquilados por una muerte prematura, mientras los idiotas pomposos, viejos y gordos se divertían sobre sus cadáveres. Con el gris perla del amanecer salieron y se sentaron con la última botella en una de las viejas tumbas del cementerio situado en la esquina de Harvard Square. Estuvieron sentados mucho tiempo sobre la fría losa sin decir nada, sólo bebiendo, y después de cada trago echaban la cabeza hacia atrás y balaban suavemente al unísono: blablablabla.

Embarcarse para Francia en el *Chicago* a primeros de junio fue como dejar súbitamente la lectura de un libro que se está leyendo y todavía no se ha terminado. Ned y su madre y el señor Cooper y la señora literata considerablemente mayor que él con la que se había acostado varias veces más bien incómodamente en su apartamento de dos pisos de Central Park South, y su poesía y sus amigos pacifistas y las luces de la Explanada temblando al reflejarse en el río Charles, se desvanecieron en su mente como párrafos de una novela que se deja sin terminar de leer. Se mareó un poco y se sintió intimidado por el barco y por la ruidosa multitud borracha y las damas de cara larga de la Cruz Roja que se ponían los pelos de punta unas a otras contándose cosas de niños belgas asados y de oficiales canadienses crucificados y de monjas viejas violadas; dentro sentía como un reloj con excesiva cuerda que se preguntara qué iba a pasar.

Burdeos, el río Garona, las calles de tonos pastel con las viejas y altas casas con buhardillas, la luz del sol y de la sombra tan delicadamente amarilla y azul, los nombres de las estaciones como sacados de Shakespeare, las novelas de tapas amarillas en las librerías, las botellas de vino, no se parecían nada a lo que había imaginado. En todo el camino hasta París los campos de un azul verdoso estaban salpicados del escarlata de las amapolas como los primeros versos de un poema; el trenecillo traqueteaba haciendo dáctilos; todo parecía tener un ritmo.

Llegaron a París demasiado tarde para ir a las oficinas de la Norton-Harjes. Dick dejó su saco en la habitación que le asignaron con otros dos individuos en el hotel Mont Thabor y salió con ellos a dar un paseo. Casi no había tráfico, pero los bulevares estaban llenos de gente paseando a la luz azulada del crepúsculo de junio. Cuando se hizo de noche, detrás de los árboles surgieron mujeres que se inclinaban hacia Dick y sus camaradas, manos de muchachas los tomaban del brazo, aquí y allá estallaba una palabrota en inglés como un huevo que se rompiera sobre el gangoso canturreo francés. Los tres caminaban agarrados del brazo, un tanto asustados y retraídos, resonando aún en sus oídos las palabras de la conferencia que el oficial médico les había dado la noche anterior en el barco sobre los peligros del contagio de la sífilis y la gonorrea. Volvieron temprano al hotel.

Ed Schuyler, que sabía francés por haber estado interno en un colegio suizo, sacudió la cabeza mientras se levaba los dientes y escupió a través del cepillo:

—*C'est la guerre*.

—Bueno, los primeros cinco años serán los peores —dijo Dick, riéndose.

Fred Summers era un mecánico de automóviles de Kansas. Estaba sentado en la cama con la ropa interior puesta.

—Amigos —dijo, mirando solemnemente a uno y otro—, esto no es una guerra…, esto es una jodida casa de putas.

Por la mañana se levantaron temprano y tomaron apresuradamente café y panecillos, y corrieron, excitados, a presentarse en la rue François Premier. Les dijeron dónde podían conseguir el uniforme y les aconsejaron que se mantuvieran lejos del vino y las mujeres, y que volvieran por la tarde. Por la tarde les dijeron que volviesen al día siguiente a por sus tarjetas de identidad. Las tarjetas de identidad les llevaron otro día de espera. Entretanto fueron al Bois en coche de caballos, visitaron Notre Dame y la Conciergerie y la Sainte Chapelle y llegaron en tranvía hasta la Malmaison. Dick refrescaba su francés del colegio y se sentó al tibio sol entre las deslucidas estatuas blancas en los jardines de las Tullerías leyendo *Les dieux ont soif* y *L'île des pingouins*. Él, Ed Schuyler y Fred andaban juntos y, tras cenar extraordinariamente bien todas las noches por miedo a que fuera la última ocasión que tuvieran de cenar en París, daban un paseo por los bulevares en el crepúsculo azul-horizonte lleno de gente; llegaron incluso a hablar con las chicas y bromear un poco con ellas. Fred Summers llevaba consigo profilácticos y unas tarjetas postales obscenas. Dijo que la noche antes de irse tenían que pasarlo bien. Cuando llegaran al frente podían matarlos, ¿y entonces qué? Dick dijo que le gustaba hablar con las chicas, pero que todo lo demás era excesivamente comercial y le revolvía el estómago. Ed Schuyler, a quien apodaban Frenchie y se iba volviendo muy continental en su modo de comportarse, dijo que las chicas de la calle eran demasiado ingenuas.

La noche anterior a su partida había buena luz de luna, así que aparecieron los Gothas. Estaban cenando en un pequeño restaurante de Montmartre. La cajera y el camarero corrieron a la bodega cuando las sirenas sonaron por segunda vez. Allí conocieron a tres mujeres jóvenes que se llamaban Suzette, Minette y Annette. Cuando pasó la pequeña bomba de incendios haciendo sonar su sirena e indicando que el ataque había terminado, ya era hora de cerrar y en el bar no servían más bebidas, así que las chicas los llevaron a una casa donde los metieron en una habitación enorme empapelada de colores vivos con grandes rosas verdes. Un viejo con un mandil de bayeta azul les trajo champán y las chicas se les sentaron en las rodillas y empezaron a pasarles la mano por el pelo. Summers se quedó con la más guapa y se la llevó enseguida a una alcoba encima de cuya cama había un espejo enorme. Luego corrió la cortina. A Dick le tocó la más gorda y vieja y se sintió incómodo. La piel de la mujer era como de goma. Le dio diez francos y se fue.

Caminaba deprisa por las oscuras calles cuando se encontró con unos oficiales australianos que le dieron un trago de whisky de una botella que tenían y que le llevaron a otra casa donde no les dejaron entrar, la madame dijo que todas las chicas estaban ocupadas, pero los australianos estaban demasiado borrachos para prestar atención a nada y se dispusieron hacer trizas el local. Dick consiguió largarse antes de que llegaran los gendarmes. Iba andando hacia el hotel cuando se produjo otra alarma y se encontró bajando las escaleras del metro empujado por unos belgas. Abajo había una chica que era muy guapa y Dick trataba de explicarle que tenía que ir al hotel con él, cuando el hombre con el que estaba la chica, y que era un coronel de espahís con casaca roja y galones dorados, llegó con sus engominados bigotes temblando de furia. Dick le explicó que había un error y se disculparon ambos y siguieron siendo valientes aliados. Salieron y anduvieron varias manzanas buscando algún sitio donde tomar un trago juntos, pero todo estaba cerrado, así que se despidieron sentidamente a la puerta del hotel de Dick. Éste subió a su habitación de un humor espléndido y se encontró a los otros dos aplicándose cuidadosamente argirol y crema Metchnikoff. Dick les contó sus aventuras, pero los otros dos dijeron que había sido un auténtico infierno conseguir dejar a las chicas sin herir sus sentimientos.

—Muchachos —empezó Fred Summers, mirando a los otros dos con sus ojos redondos—, esto no es una guerra, esto es una jodida…

No conseguía encontrar la palabra adecuada, así que Dick apagó la luz.

# Noticiario XXII

EL AÑO QUE VIENE PROMETE UN RESURGIR
DEL FERROCARRIL

DEBS CONDENADO A TREINTA AÑOS DE CÁRCEL

Hay un largo sendero ondulante
Que lleva al país de mis sueños
Donde cantan los ruiseñores
Y la blanca luna brilla

vendrán futuras generaciones y bendecirán a aquellos hombres que tuvieron el valor de sus principios, una adecuada apreciación del valor de la vida humana en contraste con las ganancias materiales, y que, imbuidos del espíritu de la fraternidad, se harán con la gran ocasión

CON LOS BONOS SE COMPRAN BALAS COMPRE BONOS

EL COBRE SOMETIDO A PERSPECTIVAS INCIERTAS

LAS MUJERES VOTAN COMO POLÍTICOS VETERANOS

vuelven a imponerse los honrados platos de carne combinada como el hash, el gulash, los pasteles de carne, y los de hígado y de tocino. Cada soldado alemán lleva un pequeño cepillo para la ropa en el bolsillo; lo primero que hace cuando llega a la prisión es sacar ese cepillo y empezar a limpiarse la ropa

EL PATRONO DEBE DEMOSTRAR QUE EL TRABAJADOR
ES ESENCIAL

Hay una larga noche de espera
Hasta que mis sueños se hagan realidad

LOS AGITADORES NO PUEDEN CONSEGUIR

los dos hombres procedentes de Transvaal manifestaron durante el viaje su opinión de que las banderas británica y norteamericana no expresan nada y que, por lo que a ellos se refería, podían hundirlas en el fondo del Atlántico, y reconocieron que eran de los llamados Nacionalistas, una organización muy parecida a los I.W.W. de aquí. «No tengo intención —escribió Hearst— de reunirme en público ni en privado, ni política, ni socialmente, con el gobernador Smith, porque no me proporciona ninguna satisfacción».

## UNA MUJER SE SUICIDA EN EL MAR; CRECEN EN LA CIUDAD LAS PROTESTAS CONTRA LOS EMBOSCADOS

¡Oh, el viejo Tío Sam
Tiene infantería
Tiene caballería
Tiene artillería
Por tanto, vive Dios, todos iremos a Alemania
y Dios proteja al Kaiser Bill!

# El Ojo de la Cámara (30)

recordando los retorcidos dedos grises la espesa gotera de sangre que caía de la lona el burbujeo cuando los heridos en el pulmón intentan respirar los trozos de carne embarrada que se mete viva en la ambulancia y sale muerta

tres de nosotros estamos sentados en la seca fuente de cemento del jardincillo de muros rosados de Récicourt

*No tiene que haber un modo nos lo enseñaron País de la Libertad conciencia Dadme la libertad o dadme Bueno pues nos dan la muerte*

tarde soleada a través del confuso malestar que deja el gas mostaza huelo el boj las rosas blancas y el flox blanco con un ojo carmesí tres caracoles derayaspardasyblancas cuelgan con infinita delicadeza de una rama de madreselva por encima de mi cabeza en el azul un globo cautivo pasta adormilado como una vaca atada hay avispas borrachas que se agarran a las peras demasiado maduras que caen y revientan cada vez que los cercanos cañones vomitan sus pesados obuses que cruzan el cielo gruñendo

con un torbellino que te hace recordar cuando paseabas por el bosque y levantaste una ardilla

campesinos acomodados levantan cuidadosamente las paredes y el retrete con el asiento bien fregado y el cuarto de luna en la puerta como los retretes de mi país plantaron cuidadosamente el jardín y han saboreado la fruta y las flores y planeado cuidadosamente esta guerra

*que se vayan al diablo Patrick Henry vestido de caqui se somete al reconocimiento e invierte todas sus monedas en un Empréstito de la Libertad o dadme*

arrivés la metralla pulsa su arpa al salir de tenues nubes como borlas de polvos invitándonos delicadamente a la gloria observamos contentos los cuidadosos movimientos de los caracoles a la luz de la tarde mientras hablamos en voz baja de

*La Libre Belgique Los papeles de Junius Aeropagítica Milton se volvió ciego por la libertad de expresión Si encuentras las palabras de Democracia comprenderás incluso los banqueros y los curas yo tú nosotros debemos*

> *Cuando tres hombres siguen juntos*
> *Tres hombres pierden los reinos*

estamos contentos hablando en voz baja a la luz de la tarde de que après la guerre nuestros dedos nuestra sangre nuestros pulmones nuestra carne bajo el sucio caqui feldgrau bleu horizon quizá continúen creciendo y endulzándose hasta que nos caigamos del árbol maduros como las peras demasiado maduras los arrivés lo saben y

los éclats cantarines de silbantes obuses de gas suyo es el poder y la gloria
*o dadme la muerte*

# Randolph Bourne

Randolph Bourne
vino a habitar este mundo
sin el placer de elegir su morada o su carrera.

Era jorobado, nieto de un pastor congregacionista, nacido en 1866, en Bloomfield, Nueva Jersey; allí recibió primera y segunda enseñanza.

A la edad de diecisiete años se puso a trabajar como secretario de un hombre de negocios de Morristown.

Se pagó los estudios en Columbia trabajando en una fábrica de rollos de pianola de Newark, trabajando como corrector de pruebas, afinador de pianos, acompañante en un estudio de canto del Carnegie Hall.

En Columbia estudió con John Dewey,

consiguió una beca de viaje que lo llevó a Inglaterra París Roma Berlín Copenhague,

Escribió un libro sobre las escuelas Gary.

En Europa oyó música, mucha, desde Wagner a Scriabine

y se compró una capa negra.

Este hombrecillo que parecía un gorrión,
pequeño trozo de carne envuelto en una capa negra,
siempre enfermo y dolorido,
puso una piedra en su honda
y dio a Goliat en mitad de la frente.

*La guerra* —escribió— *es la salud del Estado*.

Medio músico, medio teórico de la enseñanza (la mala salud y ser pobre y tener el cuerpo retorcido y las malas relaciones con su familia no habían echado a perder el mundo para Randolph Bourne; era un hombre feliz, amaba die Meistersinger y tocar a Bach con sus largas manos que tan fácilmente se estiraban por encima del teclado y a las chicas guapas y la buena comida y las tertulias nocturnas. Cuando se estaba muriendo de neumonía, un amigo le trajo una yema batida. «Mira el amarillo, es bellísimo», decía sin cesar, mientras se le iba la vida entre delirio y fiebre. Era un

hombre feliz). Bourne asimiló con intensidad febril las ideas que entonces circulaban en Columbia y recogió unos anteojos de cristal color rosa de la selva pomposa de enseñanzas de John Dewey, con los que vio con claridad y precisión

el Capitolio resplandeciente de la democracia reformada,

la Nueva Libertad de Wilson;

pero no era demasiado buen matemático; tuvo que resolver las ecuaciones;

con el resultado

de que en la enloquecida primavera de 1917 empezó a ser mal visto en el *New Republic*, donde se ganaba la vida;

donde dice *Nueva Libertad*, léase *Servicio Militar Obligatorio*, donde dice *Democracia*, léase *Ganar la Guerra*, donde dice *Reforma, Defender los Empréstitos Morgan*

donde dice Progreso Civilización Educación,

Compre un Bono de la Libertad,

Aplastad a los alemanes,

Cárcel para los objetores de conciencia.

Dimitió en el *New Republic*; sólo *The Seven Arts* se atrevía a publicar sus artículos contra la guerra. Los que estaban detrás de *The Seven Arts* se llevaron el dinero a otra parte; los amigos no querían ser vistos con Bourne, su padre le escribió rogándole que no deshonrara el apellido. El futuro de la democracia reformada pintado con los colores del arcoiris reventó como una pompa de jabón.

Los liberales se escurrieron hacia Washington;

algunos de sus amigos le pidieron que subiera al carruaje de maestro de escuela de Wilson; la guerra era magnífica cuando se hacía desde las sillas giratorias del despacho del señor Creel, en Washington.

Fue caricaturizado, vigilado por el servicio de espionaje y por el de contraespionaje; paseaba con dos chicas amigas suyas por el Wood's Hole cuando le detuvieron; un baúl lleno de manuscritos y cartas le fue robado en Conneticut. («Hay que extremar la fuerza», tronaba el maestro de escuela Wilson).

No vivió para ver el gran circo de la Paz de Versalles ni la rojiza vuelta a la normalidad de la pandilla de Ohio.

Seis semanas después del armisticio murió planeando un ensayo sobre los fundamentos del futuro radicalismo en Norteamérica.

Si un hombre tiene un fantasma

Bourne tenía un fantasma,

un menudo fantasma retorcido y sin miedo envuelto en una capa negra

avanzando por calles de viejo ladrillo y piedra parda que todavía existen en el centro de Nueva York,

gritando entre risitas leves y apagadas:

*La guerra es la salud del Estado.*

# Noticiario XXIII

Si no os gusta el Tío Sammy
Si no os gusta el rojo, blanco y azul

las sonrisas de los patriotas del condado de Essex se concentrarán y serán grabadas en el Branch Brook Park, de Newark, Nueva Jersey, mañana por la tarde. Tocarán bandas de música mientras una vasta multitud marcha feliz al ritmo de canciones y aires guerreros. Las madres de los hijos de la nación estarán allí; esposas, muchas de ellas con niños nacidos después de la partida de sus padres hacia el frente, ocuparán un lugar asignado en el cortejo del condado de Essex; parientes y amigos de los héroes que levantan la bandera de la Libertad pasarán ante una batería de cámaras fotográficas y todas recogerán una sonrisa de mensaje para la séptima parte de *Sonrisas a través del mar*. La hora fijada para que la gente empiece a sonreír son las 2.30.

EL POPULACHO SAQUEA CIUDADES

UN PERIODISTA ES EL PRIMERO EN CRUZAR
BAJO UN FUEGO GRANEADO

resulta triste ver que todas las tardes, al ponerse el sol, toda la población evacúa la ciudad para ir al campo a dormir hasta el amanecer. Ancianos y niños enfermos son transportados en carros y carretillas, y unos hombres llevan en sillas a los que son demasiado viejos o débiles para caminar

TROPAS DE JERSEY HACEN PRISIONERAS
A MUJERES ARTILLERAS

el problema tiene su origen en la petición por parte de los obreros de los astilleros de una jornada de ocho horas

Si no os gustan las estrellas de la Gloriosa Bandera
Volved a vuestros países del otro lado del mar
A la tierra de la que habéis venido
Como quiera que se llame

LÍDER DEL PARTIDO REPUBLICANO ACUSADO DE ESTAFA

Si no te gusta el rojo blanco y azul
No seas como el perro del cuento
No muerdas la mano que te alimenta

# Eveline Hutchins

La pequeña Eveline, Arget, Lade y Gogo vivían en el último piso de una casa de ladrillo amarillo, en North Shore Drive. Arget y Lade eran hermanas de la pequeña Eveline. Gogo era su hermano menor, más pequeño que Eveline; tenía unos preciosos ojos azules, pero la señorita Mathilda tenía unos ojos azules muy antipáticos. En el piso de abajo había el estudio del doctor Hutchins donde Vuestropadre no debe ser molestado, y la habitación de la Queridamadre donde ésta se pasaba toda la mañana pintando vestida con una blusa color lavanda. En el piso bajo había la sala de estar y el comedor, donde entraban los feligreses y donde los niños podían dejarse ver pero no oír, y a la hora de cenar olía a comestibles muy ricos y se oían los cuchillos y los tenedores y las vocecitas de los visitantes y la potente y severa voz de Vuestropadre y cuando se oía la voz de Vuestropadre todos los visitantes se callaban. Vuestropadre era el doctor Hutchins, pero Nuestro Padre estaba en los cielos. Cuando Vuestropadre se quedaba de pie junto a la cama de noche para ver si las niñas rezaban, Eveline apretaba los ojos. Sólo cuando daba saltos en la cama y se deslizaba hacia abajo para que la ropa la tapara hasta la nariz se sentía a gusto.

George era un ángel, aunque Adelaide y Margaret le gastaban bromas y decían que era su ayudante como el señor Blessington era el ayudante de Padre. George siempre era el primero en pillar las enfermedades y luego las tenían todos. Era delicioso tener sarampión y paperas todos a la vez. Se quedaban en cama y tenían macetas de jacintos y cobayas y Queridamadre subía y les leía *El libro de la selva* y hacía dibujos divertidos y Vuestropadre subía a hacerles pajaritas de papel muy divertidas que abrían el pico y les contaba cuentos que se inventaba él y Queridamadre decía que había rezado por sus hijos en la iglesia y eso les hacía sentirse bien y considerarse mayores.

Cuando ya se habían levantado todos y jugaban en el cuarto de los niños, George cogió algo nuevo y tuvo no-sé-quémonía por habérsele enfriado el pecho y Vuestropadre estuvo muy solemne y dijo que no había que afligirse si Dios llamaba al hermanito. Pero Dios les devolvió a George, sólo que después quedó delicado y tuvo que llevar gafas, y cuando Queridamadre dejó que Eveline la ayudara a bañarle porque la señorita Mathilda también tenía sarampión, Eveline notó que él tenía una cosa rara allí donde ella no tenía nada. Le preguntó a Queridamadre si era una papera, pero Queridamadre la riñó y dijo que era una niña muy vulgar por haber mirado.

—Cállate, niña, no preguntes esas cosas —dijo, y Eveline se puso toda colorada y lloró y Adelaide y Margaret no le hablaron durante días porque era una niña muy vulgar.

Los veranos iban todos a Maine con la señorita Mathilda en un coche salón. George y Eveline dormían en la litera de arriba y Adelaide y Margaret en la de abajo; la señorita Mathilda se mareaba y no cerraba los ojos en toda la noche tumbada en el sofá de enfrente. El tren rodaba haciendo brom-blon chag-chag y los árboles y casas

pasaban corriendo, los de más cerca muy deprisa y los de más lejos despacio, y por la noche la máquina gemía y los niños no podían entender por qué el revisor tan guapo y tan alto era tan amable con la señorita Mathilda que era odiosa y se mareaba. Maine olía todo a bosque y Madre y Padre estaban allí esperándoles y todos se ponían blusas caqui y hacían excursiones por el campo con Padre y los guías. Eveline fue la que antes aprendió a nadar de todos.

Volvían a Chicago y ya era otoño y a Madre le encantaba el delicioso follaje otoñal que molestaba tanto a la señorita Mathilda porque ya se acercaba el invierno, y la escarcha en la hierba de detrás de las sombras de los coches aparecía a través de las ventanillas del tranvía por la mañana. En casa, Sam fregaba las paredes pintadas de esmalte y Phoebe y la señorita Mathilda colocaban las cortinas y el cuarto de los niños olía a bolas de alcanfor. Un invierno Padre empezó a leerles en voz alta el ciclo artúrico todas las noches después de estar todos bien abrigados en la cama. Todo ese invierno Adelaide y Margaret fueron el rey Arturo y la reina Ginebra, Eveline quería ser Elaine el Hada, pero Adelaide dijo que no podía porque tenía el pelo como de ratón y una cara como de torta, así que sólo pudo ser la doncella Eveline.

La doncella Eveline solía ir a la habitación de la señorita Mathilda cuando ésta no estaba y se miraba largo rato en el espejo. Su pelo no era de ratón, era bastante bonito y ya podían dejarle que lo llevara rizado en vez de aquellas trenzas, y aunque sus ojos no fueran azules como los de George tenían manchitas verdes. Su frente era noble. La señorita Mathilda la sorprendió un día mirándose al espejo en ese plan.

—Mírate demasiado y descubrirás que estás mirando al demonio —dijo la señorita Mathilda en su desagradable y rígido tono alemán.

Cuando Eveline tenía doce años se mudaron a una casa más grande de Drexel Boulevard. Adelaide y Margaret fueron internas al Este a un colegio de New Hope y Madre tuvo que pasar el invierno con unos amigos en Santa Fe por motivos de salud. Era agradable desayunar todas las mañanas sólo con Papá y George y la señorita Mathilda, que se iba haciendo vieja y prestaba más atención a los trabajos de la casa y a leer las novelas de sir Gilbert Parker que a los niños. A Eveline no le gustaba el colegio, pero le gustaba que Papá la ayudara por la noche con el latín y las ecuaciones algebraicas. Pensaba que era maravilloso que predicara tan bien desde el púlpito y se sentía orgullosa de ser hija del pastor en las clases de Biblia de los domingos por la tarde. Pensaba mucho en la paternidad de Dios y en la Samaritana y en José de Arimatea y el Baldur el hermoso y en la hermandad del Hombre y en el apóstol a quien había amado Jesús. Aquellas navidades cogió unas cestas y repartió cosas en las casas de los pobres. La pobreza era horrible y los pobres estaban asustados y ¿por qué Dios no hacía algo por los problemas y los males de Chicago?, le preguntaba a su padre. Éste sonreía y decía que todavía era demasiado pequeña para preocuparse por esas cosas. Eveline ahora lo llamaba papá y era su compañera.

Por su cumpleaños, Madre le mandó un libro bellamente ilustrado; era *La doncella bienaventurada*, de Dante Gabriel Rossetti, con ilustraciones en color de

cuadros del mismo Rossetti y de Burne Jones. Solía repetirse una y otra vez el nombre de Dante Gabriel Rosetti, pues le gustaba mucho. Así que se puso a pintar y a escribir versitos sobre coros de ángeles y niños pobres en Navidad. El primer cuadro que pintó al óleo fue un retrato del Hada Elaine, y se lo mandó a su madre por Navidad. Todos dijeron que demostraba gran talento. Cuando los amigos de Papá venían a cenar decían cuando se los presentaban:

—Conque ésta es la del talento, ¿eh?

Adelaide y Margaret se mostraron muy desdeñosas a este respecto cuando volvieron del colegio. Dijeron que la casa era vulgar y que en Chicago no había nada que tuviera estilo, y que era horrible ser hijas de un pastor, aunque estaba claro que Papá no era un pastor vulgar y corriente de alzacuellos blanco; era unitariano y tenía un espíritu muy amplio y más bien parecía un famoso escritor o un científico. George se iba convirtiendo en un niño insoportable de uñas sucias que jamás llevaba derecha la corbata y siempre estaba rompiéndose las gafas. Eveline trabajaba en un retrato suyo de cuando era pequeño y tenía ojos azules y el pelo rizado. Solía llorar cuando estaba pintando…, ¡los quería tanto a él y a los niños pobres que veía en la calle! Todos decían que debería estudiar arte.

Fue Adelaide quien primero conoció a Sally Emerson. Unas pascuas se iba a representar *Aglavaine et Sélisette* en la iglesia, en función de beneficencia. La señorita Rodgers, profesora de francés en el colegio del doctor Grant, era la directora de escena, y dijo que deberían consultar a la esposa de Philip Payne Emerson, que había visto la representación original en el extranjero, sobre la escenografía y el vestuario, y que, además, su intervención sería valiosísima para hacer que todo *marchara*; todo aquello en lo que tenía interés Sally Emerson *marchaba*. Las jóvenes Hutchins se sintieron excitadas cuando el doctor Hutchins llamó por teléfono a la señora Emerson y le preguntó si Adelaide podía ir a verla una de aquellas mañanas para que la aconsejase sobre una función teatral de aficionados. Ya se habían sentado a almorzar cuando volvió Adelaide; le brillaban los ojos. No dijo mucho más que la señora de Philip Payne Emerson conocía íntimamente a Maeterlink y que vendría a tomar el té, pero repetía sin parar:

—Es la mujer con más estilo que he conocido en toda mi vida.

*Aglavaine et Sélisette* no salió tan bien como esperaban las jóvenes Hutchins y la señorita Rodgers, aunque todos dijeron que la escenografía y el vestuario que diseñó Eveline revelaban auténticas condiciones; la semana después de la representación, una mañana Eveline recibió una notita de la señora Emerson en la que la invitaba a almorzar aquel día y a ella sola. Adelaide y Margaret estaban tan furiosas que ni siquiera querían hablarle. Eveline se sintió algo temblorosa cuando salió a la calle aquel día frío, brillante y de mucho polvo. En el último minuto, Adelaide le había dejado un sombrero y Margaret una estola de piel, recomendándole que tuviera cuidado de no estropeárselos. Cuando llegó a casa de los Emerson estaba congelada hasta los huesos. La hicieron pasar a un pequeño saloncito con todo tipo de cepillos y

peines y vasijas de plata con polvos, y hasta pintura de labios y líquidos de tocador en frascos púrpura, verde y rosa, para que se quitara sus cosas. Cuando se vio en el gran espejo casi se echó a gritar: ¡parecía tan joven y tenía aquella cara de torta y llevaba un vestido tan horrible…! Lo único que le pareció bien fue la estola de zorro, así que se la dejó puesta y subió al gran salón de arriba con su gruesa alfombra gris tan mullida bajo los pies y los rayos de sol entrando por los balcones, y los muebles de colores claros y el piano de cola negro y brillante. Había grandes jarrones llenos de flores sobre cada mesa y libros franceses y alemanes de tapas amarillas y rosa, con reproducciones de cuadros. Hasta los bloques de edificio de Chicago manchados de hollín se esfumaban en el aire, y el sol de mediodía parecía un tanto excitado y como extranjero al pasar a través del gran dibujo de las cortinas amarillas de encaje. Con el intenso olor de las flores se mezclaba un ligero toque a humo de cigarrillos caros.

Sally Emerson entró fumando un cigarrillo y dijo:

—Excúseme, querida.

Una mujer inaguantable la había tenido clavada al teléfono como a una mariposa un alfiler durante la última media hora. Almorzaron en una mesita que trajo ya puesta un criado de color bastante viejo, y Eveline fue tratada como una persona mayor y le sirvieron una copa de oporto. Sólo se atrevió a probarlo, pero era delicioso, y el almuerzo fue todo él muy refinado, con cosas gratinadas y a la crema y con queso, y habría comido mucho más si no se hubiera sentido tan tímida. Sally Emerson habló de lo ingeniosos que eran los trajes de Eveline para la función y le dijo que debía seguir pintando, y le explicó que en Chicago había tanta gente con aptitudes artísticas como en cualquier otra parte del mundo y que lo que faltaba era el *milieu*, el ambiente, querida, y que los figurones de la sociedad eran todos ellos unos necios viciosos, y que las pocas personas a quienes les interesaba el arte deberían reunirse y crear el rico y hermoso *milieu* que necesitaban, y también le habló de París, y de Mary Garden y de Debussy. Eveline volvió a casa con la cabeza dándole vueltas con tantos nombres y cuadros, y fragmentos de ópera, y en la nariz sentía el olor picante de las flores mezclado con el de queso tostado y humo de cigarrillos. Al llegar a casa todo le pareció tan abigarrado y desnudo y feo que se echó a llorar y no pudo responder a ninguna de las preguntas de sus hermanas, lo que las puso más furiosas que nunca.

Aquel junio, al terminar el curso, todos fueron a Santa Fe a ver a su madre. A Evaline le deprimió mucho Santa Fe; el sol calentaba demasiado y las erosionadas colinas eran secas y polvorientas y Madre tenía tal aspecto de cansancio y se había puesto a estudiar teosofía y hablaba de Dios y de la hermosura de alma de indios y mexicanos de tal manera que hacía sentirse incómodos a los niños. Eveline leyó muchísimos libros ese verano y nunca tenía ganas de salir. Leyó a Scott y a Thackeray y a W. J. Locke y a Dumas, y cuando encontró en la casa un viejo ejemplar de *Trilby* lo leyó tres veces seguidas. Eso hizo que empezara a ver cosas en las ilustraciones de Du Marier, en vez de soñar con caballeros y damiselas.

Cuando no estaba leyendo se tumbaba imaginándose largas historias cuyas protagonistas eran ella y Sally Emerson. Rara vez se encontraba bien y se sumergía en prolongadas sucesiones de pensamientos horribles sobre el cuerpo de la gente que llegaban a producirle náuseas. Adelaide y Margaret le hablaron de lo que debía hacer con sus molestias de cada mes, pero ella nunca les contó lo horrible que le parecía aquello. Leyó la Biblia y buscó «útero» y otras palabras por el estilo en enciclopedias y diccionarios. Entonces, una noche decidió que no podía aguantar más y fue al cajón de las medicinas del cuarto de baño y buscó una botella cuya etiqueta anunciaba VENENO y que contenía algún tipo de preparado con láudano. Pero quería escribir un poema antes de morir, pues sentía algo encantadoramente musical ante la idea de la muerte. No consiguió dar con las estrofas adecuadas y por fin se quedó dormida con la cabeza sobre el papel. Cuando se despertó ya había amanecido y se encontró caída sobre la mesa junto a la ventana, rígida y helada en su delgado camisón. Se metió en la cama tiritando. De todos modos se prometió a sí misma guardar la botella para suicidarse en cuanto las cosas le parecieran demasiado feas y horribles. Eso la hizo sentirse mejor.

Aquel otoño, Margaret y Adelaide fueron a Vassar. A Eveline también le hubiera gustado ir al Este, pero todos dijeron que era demasiado joven, aunque hubiera pasado la mayoría de los exámenes del colegio. Se quedó en Chicago y asistió a clases de arte y conferencias de un tipo u otro y también hizo obras piadosas. Fue un invierno triste. Sally Emerson parecía haberse olvidado de ella. Los jóvenes que frecuentaban la iglesia eran aburridos y convencionales. Eveline terminó por odiar las veladas de Drexel Boulevard, y todas aquellas vaguedades emersonianas de las que hablaba su padre con su pomposa voz de predicador. Lo que más le gustaba era lo que hacía en Hull House. Eric Egstrom le daba allí clases de dibujo y Eveline a veces lo veía fumando un pitillo en el pasillo de atrás, apoyado en la pared, con aspecto muy nórdico, pensaba ella, y la blusa gris llena de brillantes manchas de pintura fresca. En ocasiones fumaba un pitillo con él intercambiando unas cuantas palabras sobre Manet o los innumerables montones de heno de Claude Monet, sin dejar se sentirse incómoda porque la conversación no fuera más interesante e ingeniosa y con miedo a que viniera alguien y la encontrase fumando.

La señorita Mathilda decía que estaba mal que una chica fuese tan soñadora y quería enseñarle a coser.

Lo único que a Eveline le preocupó de verdad todo aquel invierno fue ir al Instituto de Arte para tratar de pintar paisajes de la orilla del lago que tuvieran el colorido de Whistler, y la riqueza y plenitud de los dibujos de Millet. Eric no la amaba, pues de lo contrario no se mostraría tan amistoso y distante. Ella había sentido su gran amor; ahora su vida se había terminado y debía dedicarse al Arte. Empezó a llevar el pelo recogido en un moño en la nuca y cuando sus hermanas le dijeron que no le sentaba nada bien, respondió que no quería que le sentara bien. En el Instituto de Arte fue donde empezó su hermosa amistad con Eleanor Stoddard.

Eveline llevaba su nuevo sombrero gris, que, según ella pensaba, le daba un aspecto como si estuviera en un retrato de Manet, y se puso a hablar con aquella chica tan interesante. Cuando volvió a casa estaba tan excitada que escribió a George, que estaba interno en un colegio, contándoselo todo, diciéndole que era la primera chica que conocía que parecía *sentir* de verdad la pintura y que podía hablar *de verdad* de muchas cosas con ella. Y luego dijo que hacía cosas *de verdad* y que era tan independiente y contaba de un modo tan cómico las cosas… Después de todo, si se le había negado el amor, podría edificar su vida sobre una *hermosa amistad*.

A Eveline empezaba a gustarle tanto Chicago que sintió auténtica desilusión cuando llegó el momento de emprender el viaje de un año al extranjero, viaje que el doctor Hutchins llevaba tantos años planeando para su familia. Pero Nueva York, embarcarse en el *Baltic*, rellenar las etiquetas para sus maletas y el curioso olor de las cabinas le hicieron olvidarse de todo lo demás. La travesía fue mala y el barco se movió mucho, pero comían en la mesa del capitán y el capitán era un inglés jovial que los animaba mucho, así que casi nunca dejaron de asistir a las comidas. Desembarcaron en Liberpool con veintitrés bultos de equipaje, pero perdieron el portamantas que contenía el estuche de las medicinas durante el viaje hasta Londres, y tuvieron que pasar su primera mañana buscándolo en la Oficina de Objetos Perdidos de la estación de Saint Pancras. En Londres había mucha niebla. George y Eveline fueron a ver los Mármoles de Elgin y la Torre de Londres y almorzaron en restaurantes diversos y lo pasaron muy bien viajando en el metro. El doctor Hutchins sólo les dejó quedarse diez días en París y la mayor parte de ese tiempo lo pasaron haciendo excursiones para ver catedrales. Notre-Dame, Reims, Beauvais y Chartres con sus vidrieras multicolores y su olor a incienso y a piedra fría y sus grandes estatuas grises de cara alargada, casi convirtieron a Eveline al catolicismo. Tenían reservado un compartimento de primera clase para Florencia y llevaron una cesta con pollo frío y muchas botellas de agua mineral Saint Galmier, y prepararon té en una pequeña estufa de alcohol.

Aquel invierno llovió muchísimo y la villa estaba helada y las chicas discutían sin parar unas con otras y Florencia parecía estar llena de viejas damas inglesas; Eveline dibujó del natural y leyó a Gordon Craig. No conocía a ningún chico joven y odiaba a los jóvenes italianos con nombres que parecían sacados de Dante, que merodeaban en torno a Adelaide y Margaret creyéndolas ricas herederas. En conjunto, la alegró volver a casa con Madre un poco antes que los demás, que iban a hacer un viaje a Grecia. Se embarcaron en Amberes, en el *Kroonland*. Eveline consideró que el momento más feliz de su vida fue cuando sintió que el puente vibraba bajo sus pies mientras el vapor dejaba el muelle y le zumbaba largo rato la sirena en los oídos.

Su madre no bajó al comedor la primera noche, así que Eveline se sintió un poco embarazada al encontrarse completamente sola en la mesa y empezó a tomar la sopa antes de darse cuenta de que frente a ella había sentado un joven que era norteamericano y bien parecido. El joven tenía los ojos azules y un pelo de estopa

rebelde y despeinado. Fue excesivamente maravilloso que resultara ser de Chicago. Se llamaba Dirk McArthur. Había pasado un año estudiando en Múnich y decía que se había largado de allí antes de que lo echaran. Eveline y él se hicieron amigos inmediatamente; poco después eran los dueños del barco. Fue una travesía tranquila para ser abril. Jugaron al tejo y al tenis y pasaron mucho tiempo en la proa contemplando las suaves olas del Atlántico que rompían contra el casco del barco.

Una noche de luna, cuando ésta se hundía al oeste entre espuma, lo mismo que se hundía el *Kroonland* en el agitado océano, subieron a la cofa del vigía. Fue una auténtica aventura y Eveline no quiso demostrar que estaba asustada. No estaba el vigía y los dos, solos, permanecieron quietos en el embudo de lona que olía un poco a pipa de marinero, no sin sentir algo de vértigo. Cuando Dirk le pasó el brazo alrededor de los hombros, a Eveline se le fue un poco la cabeza. No debía permitírselo.

—¡Demonios! ¡Vaya si es usted una chica valiente, Eveline! —dijo él con voz entrecortada—. Nunca había conocido a una chica guapa que además fuera valiente.

Casi sin darse cuenta, Eveline volvió su cara hacia la de él. Sus mejillas se tocaron y la boca de Dirk se deslizó de modo que sus labios la besaron con fuerza en la boca. Ella lo rechazó de un empujón.

—¡Caramba! No tratará de tirarme por la borda, ¿verdad? —dijo él riendo—. Mire, Eveline, ¿es que no va a darme un besito para demostrar que no está enfadada? Esta noche, en todo el ancho Atlántico sólo estamos usted y yo.

Le besó un poco asustada en la barbilla.

—Oiga, Eveline, usted me gusta muchísimo. Es una chica maravillosa.

Ella le sonrió y, de repente, ya estaba él estrechándola con fuerza, apretando sus piernas enérgicamente contra las piernas de Eveline, extendiéndole las manos sobre su espalda, con sus labios tratando de abrirle los suyos. Ella apartó la boca.

—No, por favor, no —oyó que decía su voz entrecortada.

—Muy bien, lo siento… No volveré a ser un hombre de las cavernas, Eveline. Pero no debe olvidar que es la chica más atractiva del barco… Quiero decir del mundo, y ya sabe lo que les pasa a los chicos.

Dirk empezó a bajar el primero. Al deslizarse por la abertura del fondo de la cofa a Eveline le dio un vahído y estuvo a punto de caerse. Los brazos de Dirk la sostuvieron.

—Todo va bien, amiga mía, sólo ha perdido pie —le dijo al oído con voz ronca —. Yo la sostengo.

A ella le daba vueltas la cabeza y le parecía que no podía mover brazos ni piernas, y se oía decir con débil voz implorante:

—No me deje caer, Dirk, no me deje caer.

Cuando por fin llegaron a cubierta, después de bajar por la escala, Dirk se apoyó en el mástil, soltó un profundo suspiro y dijo:

—¡Vaya, vaya! Menudo susto me ha dado, señorita.

—Lo siento tanto… —respondió Eveline—. De repente me he comportado como una niña tonta… Creo que hasta me desmayé durante un momento.

—Creo que no debí haberla llevado allá arriba.

—Me alegra que lo haya hecho —dijo Eveline; luego, al notar que se ruborizaba, se encontró corriendo por la cubierta principal hacia la entrada del salón de primera clase, donde tuvo que inventar un cuento para explicarle a Madre cómo se había roto la media.

No pudo dormir aquella noche, pero se quedó tendida en su litera oyendo el rumor lejano de las máquinas y los crujidos del barco y el ruido del mar que entraba por el ojo de buey abierto. Todavía sentía la suave barba de Dirk en su mejilla y los músculos súbitamente tensos de sus brazos alrededor de su espalda. Se dio cuenta de lo terriblemente enamorada que estaba de él y cuánto deseaba que se le declarara. Pero a la mañana siguiente le halagó de verdad que el juez Ganch, un hombre alto y de pelo blanco, de Salt Lake City, con una cara joven y fresca y modales vivos, se sentara en la punta de su silla de cubierta y hablara con ella como una hora de su juventud en el Oeste y de su matrimonio desgraciado y de política y de Teddy Roosevelt y del partido progresista. Hubiera preferido estar con Dirk, pero se sintió muy guapa y excitada al verle pasar por allí delante con cara larga mientras ella escuchaba las historias que le contaba el juez Ganch. Le hubiera gustado que el viaje no se acabara nunca.

De nuevo en Chicago vio muy a menudo a Dirk McArthur. Siempre que la llevaba a casa la besaba, se apretaba mucho contra ella cuando bailaban y a veces le cogía la mano y le aseguraba que era una chica muy guapa, pero jamás dijo nada de casarse. Una vez se encontró con Sally Emerson en un baile al que había ido con Dirk, y tuvo que admitir que ya no pintaba, y Sally Emerson puso tal cara de desagrado que Eveline se sintió muy avergonzada y se apresuró a hablar de Gordon Craig y de una exposición de Matisse que había visto en París. Sally Emerson se disponía ya a marcharse y un joven esperaba para bailar con Eveline. Sally Emerson la cogió de la mano y dijo:

—Eveline, jamás debe olvidar que he puesto grandes esperanzas en usted.

Y mientras bailaba, todo lo que Sally Emerson representaba para ella y su magnífica manera de pensar le pasó a Eveline de modo arrollador por la cabeza, pero al volver en coche a casa con Dirk todos estos pensamientos se apagaron con el resplandor de los faros, el brusco salto del coche al arrancar, el ronroneo del motor, el brazo de Dirk rodeando su cintura y la gran fuerza con que la apretaba contra él en las curvas.

Era una noche de calor y Dirk conducía hacia el oeste atravesando idénticos suburbios interminables, camino del campo abierto. Eveline se daba cuenta de que debería ir a casa; ya habían regresado todos de Europa y notarían lo tarde que volvía, pero no dijo nada. Sólo cuando detuvo el coche comprendió lo borracho que estaba Dirk. Sacó una botella y le ofreció un trago. Ella negó con la cabeza. Estaban parados

delante de un cobertizo blanco. A la luz de los faros que se reflejaba, la pechera de Dirk, su cara y su pelo alborotado parecían de un blanco de cal.

—Tú no me quieres, Dirk —dijo ella.

—Claro que te quiero, te quiero más que a nadie…, excepto a mí mismo… Ése es el problema…, me quiero a mí mismo más que a nadie.

Ella le pasó la mano por el pelo.

—No seas tonto, ¿quieres?

—¿Cómo? —hizo él.

Empezaba a llover, conque dio vuelta al coche y volvieron a Chicago.

Eveline nunca supo exactamente dónde chocaron; sólo recordaba que se había arrastrado para salir de debajo del asiento y que tenía el vestido destrozado y que no estaba herida, y que la lluvia trazaba rayas en los faros de los coches que se detuvieron a los dos lados de la carretera. Dirk estaba sentado en el guardabarros del primer coche que se había detenido.

—¿Te encuentras bien, Eveline?

—Es sólo mi vestido —contestó ella.

Dirk sangraba por una herida que tenía en la frente y se apretaba un brazo contra el cuerpo como si tuviera frío. Luego, todo fue una pesadilla: telefonear a Papá, llevar a Dirk al hospital, esquivar periodistas, llamar al señor McArthur para que se pusiera en movimiento y no se publicara nada en los periódicos de la mañana. Eran las ocho de una calurosa mañana de primavera cuando Eveline llegó a casa, con un impermeable que le había dejado una de las enfermeras encima de su destrozado vestido de noche.

Toda la familia estaba desayunando. Nadie dijo nada. Luego, Padre se puso de pie y vino hacia ella, con la servilleta en la mano.

—Hija mía, no voy a hablar ahora de tu conducta, ni a decirte nada del dolor y preocupación que hemos sentido todos… Sólo puedo decir que te hubiera sentado bien herirte más seriamente en una locura como ésa. Sube y descansa si puedes.

Eveline subió al piso, cerró con llave la puerta de su habitación y se echó sollozando sobre la cama.

En cuanto pudieron, su madre y hermanas la mandaron a Santa Fe. Allí hacía calor y había mucho polvo, y a Eveline no le gustó nada. No podía dejar de pensar en Dirk. Empezó a decir a la gente que creía en el amor libre y se pasaba horas y horas en la cama leyendo a Swinburne y a Lawrence Hope, y soñando que Dirk estaba allí. Casi llegó a sentir la presión de sus manos apretándole la espalda, y también la de su boca como aquella noche en la cofa del *Kroonland*. Fue una especie de alivio caer enferma con escarlatina y tener que pasarse dos meses en una cama del pabellón de infecciosos del hospital. Todo el mundo le mandó flores, leyó un montón de libros sobre diseño y decoración, y pintó acuarelas.

Cuando volvió a Chicago para la boda de Adelaide ya era octubre y estaba pálida y parecía más mujer. Eleanor exclamó al besarla:

—¡Querida, te has puesto guapísima!

Eveline no pensaba más que en una cosa: en ver a Dirk y salir con él. Pasaron varios días antes de que pudieran fijar una cita porque Papá le había llamado y le prohibió entrar en casa y tuvieron un gran discusión por teléfono. Se encontraron en el vestíbulo del hotel Drake. Eveline enseguida notó que Dirk había bebido mucho desde que no se veían. Ya estaba un poco borracho. Tenía en los ojos una expresión tan bovina que a ella le entraron ganas de llorar.

—Bien, ¿cómo sigue Barney Oldfield? —le preguntó riéndose.

—Muy mal…, ¡oye, estás guapísima, Eveline! Oye, dan *Las locuras de 1914* en la ciudad; es un gran éxito de Nueva York… Tengo entradas. ¿No te apetece ir?

—Claro que sí, me parece una gran idea.

Dirk pidió lo más caro que pudo encontrar en la carta y también champán. Ella notaba algo en la garganta que no la dejaba tragar. Tenía que decírselo antes de que se emborrachara demasiado.

—Dirk…, esto no va a parecer propio de una dama, pero no me gusta tal y como están las cosas… Tal como te comportaste la primavera pasada creí que me querías un poco… Bien, necesito saber cuánto me quieres.

Dirk dejó la copa en la mesa y se ruborizó. Luego respiró profundamente y dijo:

—Eveline, ya sabes que no soy de los que se casan…, soy más bien de esos que las aman y luego las dejan. No lo puedo evitar.

—No estoy diciendo que te cases conmigo. —La voz de Eveline subió aguda, sin control. Luego se rio—. No quiero que me devuelvas la honra. No hay motivo para ello… —Ahora se reía con más naturalidad—. Olvidémoslo…, no te gastaré más bromas.

—Eres una buena chica, Eveline. Siempre supe que eras una buena chica.

Al bajar por el pasillo del teatro estaba tan borracho que Eveline tuvo que sujetarle por el brazo para que no se cayera. La música y los colores chillones y los agitados cuerpos de las coristas parecían tocar algo en carne viva en su interior, de modo que todo lo que veía la hacía daño como algo dulce en un diente sensible.

Dirk no paraba de hablar:

—Fíjate en esa chica…, la segunda por la izquierda de la fila de atrás; es Queenie Frothingham… Ya comprendes, Eveline. Pero te voy a decir una cosa: jamás he sido yo el que obligó a una chica a dar el primer paso en falso… No tengo que echarme eso en cara.

Vino el acomodador y le rogó que no hablara tan alto porque no dejaba disfrutar del número a los demás espectadores. Dirk le dio un dólar y le dijo que se estaría callado como un ratón, como un ratoncito mudo, y de repente se quedó dormido. Al terminar el primer acto, Eveline alegó que tenía que volver a casa, pues el médico le había dicho que debía dormir mucho. Él insistió en llevarla en taxi, pero en cuanto se fue volvió al espectáculo para ver a Queenie. Eveline se quedó toda la noche mirando por la ventana. A la mañana siguiente fue la primera en bajar a desayunar. Cuando

Papá bajó, le dijo que tenía que ponerse a trabajar y le pidió mil dólares prestados para poner un negocio de decoración.

El negocio de decoración que montó con Eleanor Stoddard en Chicago no producía tanto dinero como había esperado Eveline, y Eleanor era difícil de tratar, pero conocieron a gente muy interesante y fueron a fiestas y estrenos e inauguraciones de exposiciones, y Sally Emerson consideró que estaban en la vanguardia de los acontecimientos sociales de Chicago. Eleanor siempre se quejaba de que los jóvenes a los que atraía Eveline eran muy pobres e indudablemente formaban parte más bien del pasivo que del activo de la sociedad. Eveline tenía fe en que todos se harían un nombre, así que cuando Freddy Seargeant, que hasta entonces sólo les había resultado una carga y a quien prestaron dinero en varias ocasiones, consiguió la dirección artística de *Tess, la de los d'Urberville* en Nueva York, Eveline se sintió tan triunfante que casi se enamoró de él. Por su parte, Freddy estaba tan enamoradísimo de ella que Eveline no sabía qué hacer al respecto. Era simpático y ella estaba orgullosa de él, pero no podía imaginar el casarse con él; ésta podría ser su primera aventura amorosa de verdad, aunque no parecía que Freddy le hiciera perder la cabeza.

Lo que le gustaba hacer a Eveline era quedarse hasta tarde hablando con él mientras bebían vino del Rin con agua de seltz en el café Brevoort, muy frecuentado por gente interesante. Eveline estaba sentada y le miraba a través de las espirales del humo de los cigarrillos, preguntándose si se decidiría a correr aquella aventura amorosa. Freddy era un hombre alto y delgado, de unos treinta años, con algunas salpicaduras de blanco en su abundante pelo negro y una cara alargada y pálida. Sus modales eran más bien distinguidos que los propios de un literato; hablaba con la «a» abierta, con lo que la gente a menudo pensaba que era de Boston, de los Seargeant de Back Bay.

Una noche se dedicaron a hacer planes para ellos mismos y el teatro norteamericano. Si conseguían apoyo económico, fundarían un teatro de repertorio para montar obras auténticamente norteamericanas. Freddy sería el Stanislavski norteamericano y ella la lady Gregory norteamericana, y quizá también la Bakst norteamericana. Cuando cerraron el café, Eveline le dijo que subiera a su cuarto por la otra escalera. Se sentía excitada por la idea de encontrarse a solas en una habitación de hotel con un joven, y pensaba en lo que se sorprendería Eleanor si lo supiera. Fumaron y hablaron de teatro un tanto atropelladamente, y al fin Freddy le rodeó la cintura con el brazo y la besó y preguntó si podía quedarse toda la noche. Ella dejó que la besara, pero no pensaba más que en Dirk y le dijo que, por favor, esta vez no, y él se quedó muy contrito y rogó con lágrimas en los ojos que le perdonara por haber estropeado un momento tan bello. Eveline le respondió que no se refería a eso y le rogó que volviera para desayunar con ella.

Cuando se fue, casi deseó que se hubiera quedado. La recorría todo el cuerpo una especie de estremecimiento igual que cuando la abrazaba Dirk, y deseaba

intensamente saber lo que era hacer el amor. Tomó un baño frío y se metió en la cama. Cuando se despertara y viera de nuevo a Freddy decidiría si estaba enamorada de él o no. Pero a la mañana siguiente recibió un telegrama llamándola a casa. Papá estaba gravemente enfermo de diabetes. Freddy la acompañó hasta el tren. Eveline esperaba que la despedida la conmocionara intensamente, pero no fue así.

El doctor Hutchins mejoró y Eveline lo acompañó a Santa Fe, donde había de recuperarse. Su madre también estaba enferma la mayor parte del tiempo, y como Margaret y Adelaide se habían casado y George se había ido al extranjero a trabajar en el Socorro Belga de Hoover, parecía que iba a ser ella la que se encargara de los viejos. Eveline pasó un año soñando y sintiéndose desgraciada, a pesar del gran paisaje desnudo y de los paseos a caballo, y de pintar acuarelas de penitentes mexicanos e indios. Andaba por la casa dirigiendo las comidas y ayudando en los trabajos, soliviantada por la estupidez de las criadas y haciendo la lista de la lavandería.

El único hombre que conoció allí y que le hizo sentirse viva fue José O'Riely. Era español a pesar de su apellido irlandés; joven y esbelto, con cara color tabaco y ojos verde oscuro, se había casado, no se sabe cómo, con una mexicana corpulenta que cada nueve meses traía al mundo un nuevo niño moreno y gritón. José era pintor, pero vivía de hacer trabajos de carpintería y a veces de posar como modelo. Eveline trabó conversación con él un día en que estaba pintando la puerta del garaje y le pidió que posara para ella. José no dejó de mirar el retrato al pastel que le estaba haciendo y le repitió tantas veces que era malo, que Eveline no pudo aguantar más y se echó a llorar. José se disculpó en un extraño inglés y le dijo que no tenía que afligirse, pues tenía talento y él le enseñaría a dibujar. La llevó a su casa, una casucha pequeña y desarreglada de la parte mexicana de la ciudad, donde le presentó a Lola, su mujer, quien la miró con unos ojos negros, asustados y llenos de sorpresa. José le enseñó sus cuadros, grandes retablos pintados en estuco que parecían primitivos italianos.

—Ya ve, pinto mártires —dijo—, pero no mártires cristianos. Pinto mártires de la clase obrera bajo la explotación. Lola no lo entiende. Ella quiere que pinte retratos de señoras ricas como usted y que gane mucho dinero. ¿Qué piensa usted que es mejor?

Eveline se sonrojó; no le gustaba que la clasificaran entre las señoras ricas. Pero los cuadros la impresionaron y dijo que le haría propaganda entre sus amigos; decidió que había descubierto a un genio.

O'Riely estaba agradecido y no quiso cobrarle por posar o criticar sus cuadros, aunque a veces le pedía prestadas pequeñas sumas, pero como amigo. Antes incluso de empezar a hacer el amor con él, Eveline decidió que esta vez tendría una aventura amorosa auténtica. Si no le sucedía pronto alguna cosa, se volvería loca.

La dificultad principal fue encontrar un sitio adónde ir. El estudio de Eveline estaba justo en la parte posterior de la casa y existía el peligro de que su padre o su madre o los amigos que venían de visita les sorprendieran en cualquier momento. Además, Santa Fe era un lugar pequeño y la gente ya se había fijado en lo a menudo

que José iba a su estudio.

Una noche en que el chófer de los Hutchins estaba fuera subieron a la habitación de éste, que se encontraba encima del garaje. Estaba muy oscuro y olía a pipa vieja y a ropa sucia. Eveline se aterrorizó al darse cuenta de que había perdido el control de sí misma; era como estar bajo los efectos del éter. A él le sorprendió que fuera virgen y estuvo muy amable y cariñoso; casi le pidió disculpas. Pero ella no sintió nada del éxtasis que había esperado allí tumbada entre sus brazos en la cama del chófer; casi fue como si todo hubiera sucedido ya antes. Luego, se quedaron en la cama hablando largo rato en voz baja e íntima. Los modales de José cambiaron; la trataba con seriedad e indulgencia, como a una niña. Le dijo que odiaba tener que obrar en secreto y de un modo tan sórdido; eso era muy malo para los dos. Encontraría un sitio donde pudieran verse sin tapujos, al sol y al aire libre, y no como criminales. Quería dibujarla; recoger la esbeltez maravillosa de su cuerpo que le serviría de inspiración, así como sus hermosos y redondos pechos. Luego la miró atentamente para ver si su vestido parecía desordenado y le dijo que corriera a su casa y se metiera en la cama, y que tomara precauciones si no quería tener un niño, aunque él estaría orgulloso de tener un hijo suyo, especialmente porque ella era lo bastante rica para mantenerlo. La idea horrorizó a Eveline y consideró que él era cruel y que carecía de sentimientos al hablar tan ligeramente.

Todo aquel invierno se vieron un par de veces por semana en una pequeña cabaña abandonada en la hondonada de un pequeño *cañón* de piedra a espaldas de la ciudad. Ella iba a caballo y él por otro camino andando. La llamaban su isla desierta. Un día Lola miró las carpetas de José y encontró cientos de dibujos de la misma chica desnuda; se presentó en casa de los Hutchins temblando y gritando, con el pelo caído sobre la cara, buscando a Eveline y gritando que la iba a matar. El doctor Hutchins pareció alcanzado por el rayo, pero aunque interiormente estaba muy asustada, Eveline consiguió mantener la calma y decirle a su padre que había dejado que O'Riely la dibujara, pero que entre ellos no existía nada más, y que su mujer era una estúpida mexicana ignorante que no podía imaginarse que un hombre y una mujer estuvieran solos en un estudio sin pensar en algo repugnante. Aunque su padre la reprendió por ser tan imprudente, la creyó y consiguieron ocultárselo todo a su madre. Después de eso sólo pudo ver a José una vez más. Él se encogió de hombros y dijo que no podía abandonar a su mujer e hijos para que se murieran de hambre; pobre como tenía que vivir con ellos, y además un hombre necesita a una mujer que trabaje para él y le prepare la comida. No podía vivir de las románticas sesiones al natural, tenía que comer y Lola era una mujer buena aunque fuera estúpida y sucia, y le había hecho prometer que no volvería a ver a Eveline nunca más. Eveline giró sobre sus talones y le dejó con la palabra en la boca. Le alegró tener un caballo sobre el que cabalgar y alejarse de allí inmediatamente.

# El Ojo de la Cámara (31)

un colchón cubierto con algo de Vantine se convierte en un diván en el estudio de la fotógrafa nos sentamos en el diván y en cojines por el suelo y el actor inglés de cuello largo lee rítmicamente el Cantar de los Cantares

y la fotógrafa con sostén metálico y bombachos de seda baila rítmicamente el Cantar de los Cantares

la muchachita de rosa es bailarina clásica con flauta de Pan pero la fotógrafa de pelo teñido baila el Cantar de los Cantares con guiños de ombligo y tintineos de sostén metálico más al estilo oriental

*regaladme botellas confortadme con manzanas*

*porque tengo mal de amores*

*su mano izquierda está bajo mi cabeza y con la derecha me acaricia*

la actriz semiolvidada que vivía en el piso de arriba soltó un alarido y luego otro ladrones y rateros Buen Dios la están atacando los hombres corremos escalera arriba pobre mujer está histérica Nos hemos equivocado de piso la escalera está llena de policías fuera llenan el coche celular Muy bien los hombres a un lado y las chicas al otro ¿qué demonios de sitio es éste? Policías entrando por todas las ventanas policías saliendo de la cocina

la fotógrafa de pelo teñido los mantiene a raya envuelta en una cortina y blandiendo el teléfono ¿La oficina del señor Wickersham? Fiscal del distrito una experiencia desagradable unos cuantos amigos un pequeño recital de danza de la manera más brutal la famosa actriz del piso de arriba histérica bueno agente pregunte al fiscal del distrito y le dirá quién soy yo y quiénes son mis amigos

Los policías se escabullen en el coche celular que rueda estrepitosamente a otra calle y el actor inglés está hablando Sólo con los mayores esfuerzos conseguí controlarme soy terrible cuando me excito terrible

y el cónsul turco y su amigo que estaban allí de incógnito país beligerante Departamento de Justicia espionaje caza de extremistas germanófilos se deslizan callados afuera y dos de nosotros bajamos la escalera y caminamos deprisa hacia el centro de la ciudad y cruzamos a Weehawken en el ferry

era una noche de niebla espesa a través de la cual se movían con dificultad las grandes sombras ciegas de los vapores sirenas en la bahía

en la proa del ferry respiramos la amarga brisa del río hablando y riéndonos a carcajadas

en las silenciosas calles de Weehawken unos viaductos increíblemente inclinados llevaban hacia la niebla.

# Eveline Hutchins

Se sintió medio enloquecida hasta que subió al tren para regresar al Este. Mamá y Papá no querían que se fuera, pero ella les enseñó un telegrama que le había mandado Eleanor ofreciéndole un buen sueldo en su negocio de decoración. Eveline les dijo que era una oportunidad de las que no se presentan dos veces y que como, de todos modos, George estaba a punto de volver a casa de vacaciones, no se quedarían solos. La noche en que se marchó la pasó despierta en la litera de abajo, extraordinariamente feliz al oír el rugir del viento y el veloz traqueteo de las ruedas en los rieles. Pero después de Saint Louis empezó a preocuparse, pues decidió que estaba embarazada.

Estaba terriblemente asustada. Ya Grand Central Station le pareció inmensa, llena de caras borrosas que la miraban cuando pasó siguiendo al mozo de gorra roja que llevaba su equipaje. Temió desmayarse antes de llegar al taxi. Durante todo el camino hacia el centro, las sacudidas del taxi y los ruidos discordantes del tráfico en los oídos la aturdieron hasta producirle náuseas. Al llegar al Brevoort tomó café. Entraba el color rojizo de los rayos del sol por las altas ventanas; el local olía cálidamente a restaurante y empezó a sentirse mejor. Fue al teléfono y llamó a Eleanor. Una doncella francesa le contestó que mademoiselle todavía estaba durmiendo, pero que le diría que había llamado en cuanto se despertara. Luego llamó a Freddy, el cual pareció muy excitado al decirle que estaba allí enseguida: lo que tardara en llegar desde Brooklyn.

Cuando vio a Freddy fue como si nunca se hubiera ido. Freddy casi había encontrado un capitalista para el ballet Maya y colaboraba en una comedia musical nueva y quería que Eveline hiciera el vestuario. Pero se mostraba muy pesimista acerca de las perspectivas de guerra con Alemania; dijo que era pacifista y que probablemente le meterían en la cárcel, a no ser que hubiera una revolución. Eveline le contó sus conversaciones con José O'Riely y qué gran pintor que era, y dijo que pensaba que quizá fuera anarquista. Freddy parecía preocupado y le preguntó si estaba segura de no haberse enamorado de él, y ella se sonrojó y sonrió y dijo que no, y Freddy dijo que su aspecto era cien veces mejor que el año anterior.

Fueron a ver a Eleanor juntos. Su casa estaba en el este, hacia la calle Treinta, y era muy elegante y aparentemente cara. Eleanor estaba sentada en la cama, contestando el correo. Iba cuidadosamente peinada y llevaba una bata de seda rosa con encaje y armiño. Tomaron café con ella y también panecillos calientes que había hecho la doncella de Martinica. Eleanor se mostró encantada de ver a Eveline y le dijo que tenía muy buen aspecto, aunque parecía llena de misterios acerca de su negocio y de todas sus actividades. Explicó que estaba a punto de convertirse en productora teatral y habló de «mi consejero financiero» y de esto y lo otro, hasta que

Eveline no supo qué pensar, pero era evidente que las cosas le iban bastante bien. Eveline quería preguntarle si sabía algo del control de natalidad, pero no se decidió a hacerlo, temiendo que, como cuando salió a relucir el tema de la guerra, discutieran las dos.

Aquella tarde, Freddy la llevó a tomar el té a casa de una dama ya madura que vivía en la calle Ocho Oeste, y que era una pacifista entusiasta. La casa estaba llena de gente que discutía y jóvenes de ambos sexos que hablaban en voz baja agitando las manos y juntaban las cabezas como si se tratara de algo importante. Eveline trabó conversación con un joven de cara cansada y ojos brillantes que se llamaba Don Stevens. Freddy tenía que ir a un ensayo y ella se quedó allí hablando con Don Stevens. Entonces, de pronto se dieron cuenta de que ya se habían marchado todos y de que sólo quedaban ellos con la anfitriona, que era una mujer alta, gorda y molesta; Eveline decidió que era muy aburrida. Dio las buenas noches y se marchó. Apenas había llegado a la escalera de la calle, la alcanzó Stevens que bajaba deprisa arrastrando su abrigo.

—¿Dónde va a cenar, Eveline Hutchins?

Eveline le contestó que no lo había pensado y antes de que se diera cuenta estaba cenando con él en un restaurante italiano de la calle Tres. Don dio cuenta con rapidez de una buena ración de espaguetis, bebió vino tinto en abundancia y le presentó al camarero, que se llamaba Giovanni.

—Es un maximalista, lo mismo que yo —dijo—. Parece ser que esta joven es anarquista filosófica, pero ya se le pasará.

Don Stevens era de Dakota del Sur y había trabajado en periódicos de ciudades pequeñas desde su época de colegio. También había trabajo en la recolección allá en su pueblo natal y tomado parte en refriegas de los I.W.W. Le enseñó a Eveline su carnet rojo con evidente orgullo. Vino a Nueva York a trabajar en *The Call*, pero acababa de dimitir porque eran todos unos jodidos cobardes, según dijo. También escribía en *Metropolitan Magazine* y en *Masses*, y habló de mítines contra la guerra. Dijo que no había la más mínima posibilidad de que Estados Unidos no entrara en guerra; los alemanes iban ganando, la clase obrera de toda Europa estaba a punto de levantarse, la Revolución rusa empezaba a convertirse en revolución social mundial, y los banqueros lo sabían y Wilson también; la única cuestión era si los obreros de las fábricas del Este y los campesinos y temporeros del Medio Oeste y Oeste se decidirían a favor de la intervención. Toda la prensa estaba vendida y amordazada. Los Morgan tenían que ir a la guerra o a la bancarrota.

—Es la más grande conspiración de la historia.

Giovanni y Eveline escuchaban conteniendo la respiración. Giovanni lanzaba ocasionales miradas nerviosas a la sala para ver si alguno de los clientes de las otras mesas parecía policía.

—¡Maldita sea, Giovanni! Vamos a tomar otra botella —dijo Don en medio de un extenso análisis de los valores extranjeros de Kuhn, Loeb y Compañía.

De pronto se dirigió a Eveline, llenándole el vaso.

—¿Dónde ha estado todos estos años? He necesitado tanto a una chica maravillosa como usted… Esta noche lo pasaremos bien, quizá sea la última buena cena de que disfrutemos; dentro de un mes podemos estar en la cárcel o ser fusilados contra un paredón, ¿no es así, Giovanni?

Giovanni se había olvidado de atender a las otras mesas y se ganó una reprimenda del dueño. Eveline no paraba de reír. Cuando Don le preguntó que por qué, ella le respondió que no lo sabía, pero que todo le resultaba muy divertido.

—Pero si es un auténtico Armagedón, ¡maldito sea todo! —Luego meneó la cabeza—. No vale la pena, no ha existido jamás una mujer que entendiera de política.

—Yo sí… Creo que es terrible. No sé qué hacer.

—No sé qué hacer —repitió él enfadado—. No sé si oponerme a la guerra e ir a la cárcel, o lograr un puesto de corresponsal de guerra y ver esa maldita carnicería. Si pudiera contar con alguien que me apoyase, sería algo muy distinto… ¡Demonios! Vámonos de aquí.

Firmó la cuenta, y pidió a Eveline medio dólar prestado para la propina de Giovanni, pues no tenía ni un centavo. Eveline se encontró bebiendo el último vaso de vino con él en una habitación fría y desordenada, después de subir tres tramos de asquerosos escalones de madera, en Patchin Place. Él trató de hacer el amor, y cuando ella objetó que sólo hacía siete horas que le conocía, Don dijo que eso era otra estúpida idea burguesa que debía superar. Cuando ella le preguntó sobre el control de natalidad, él se sentó a su lado y le habló durante media hora de esa gran mujer que según él era Margaret Sanger, y de que el control de natalidad era la mayor bendición para la humanidad desde la invención del fuego. Cuando trató de hacer el amor de nuevo de un modo más formal, ella, riéndose y ruborizándose, le dejó que la desnudara. Ya eran las tres cuando, sintiéndose mal, culpable y sucia, Eveline volvió a su habitación de Brevoort. Tomó una gran dosis de aceite de ricino y se metió en la cama donde estuvo despierta hasta el amanecer, preguntándose lo que le diría a Freddy. Se había citado con él a las once para cenar algo después del ensayo. Su miedo al embarazo había desaparecido; era como despertar de una pesadilla.

Aquella primavera estuvo llena de proyectos de espectáculos y de decoración de casas con Eleanor y Freddy, pero no se materializó nada, y al cabo de algún tiempo, Eveline no podía soportar Nueva York, que, al declararse la guerra, y con las calles llenas de banderas y uniformes, había inspirado a todo el mundo un gran patriotismo y la gente andaba como loca viendo espías y pacifistas debajo de todas las camas. Eleanor trataba de conseguir un trabajo en la Cruz Roja. Don Stevens se había inscrito en el Socorro Cuáquero. Freddy anunciaba una nueva resolución cada día, pero al final dijo que no decidiría nada hasta que lo llamaran para el servicio obligatorio. El marido de Adelaide tenía un trabajo en Washington en el nuevo Departamento de Marina. Papá le escribía cada pocos días que Wilson era el mejor presidente desde Lincoln. Eveline tenía algunos días la impresión de que estaba

perdiendo la razón; la gente que la rodeaba parecía enloquecida. Cuando se lo contó a Eleanor, ésta sonrió con aire de superioridad y dijo que ya había solicitado que la nombraran ayudante suya en su oficina de París.

—¿Dices que en tu oficina de París, querida?

Eleanor asintió.

—No me importa el trabajo que sea, lo haré con gusto —dijo Eveline.

Eleanor zarpó un sábado en el *Rochambeau*, y dos semanas después lo hacía la propia Eveline en el *Touraine*.

Era un brumoso atardecer de verano. Eveline casi se mostró grosera al interrumpir la despedida de Margaret y Adelaide y del marido de Margaret, Bill, que por entonces ya era comandante y daba clases de tiro de precisión en Long Island. Estaba ansiosa por perder de vista aquella Norteamérica que se había vuelto tan fastidiosa. El barco zarpó con dos horas de retraso. La banda tocaba sin parar *Tipperary* y *Auprès de ma blonde* y *La Madelon*. Había muchísimos jóvenes de uniforme, todos bastante borrachos. Los pequeños marinos franceses, de pompón rojo y cara de niños, gritaban constantemente con gangoso acento bordelés. Eveline paseó arriba y abajo por la cubierta hasta que le dolieron los pies. Parecía que el barco no iba a zarpar jamás. Y Freddy, que había llegado tarde, la despedía desde el muelle agitando la mano, y Eveline tenía miedo de que viniera Don Stevens, y se sentía harta de la vida que había llevado aquellos últimos años.

Bajó a su camarote y se puso a leer *Le Feu*, de Barbusse, que le había mandado Don. Se quedó dormida, y cuando la mujer flaca y de pelo gris que era su compañera de camarote la despertó al hacer ruido a su alrededor, lo primero que oyó fue la vibración de las máquinas del barco.

—Bueno, pues se ha quedado usted sin cenar —dijo la mujer de pelo gris.

Se llamaba Eliza Felton y era ilustradora de libros infantiles. Iba a Francia a conducir un camión. Al principio, Eveline consideró que también era muy molesta, pero según iban pasando los días templados de la travesía, le fue tomando simpatía. La señorita Felton demostraba tal debilidad por Eveline que a ésta le resultaba molesta, pero al menos era aficionada al vino y sabía muchísimas cosas de Francia, donde había vivido bastantes años. De hecho, había estudiado pintura en Fontainebleau en los buenos tiempos del impresionismo. Hablaba con dureza de los alemanes debido a Reims y Lovaina y a los pobres niños belgas con las manos cortadas, pero no le gustaba ningún gobierno de hombres, no servían para nada, decía. Llamaba cobarde a Wilson, Clemenceau era un burro, y Lloyd George un miserable. Se reía de las precauciones contra los ataques de los submarinos, pues decía que los vapores de la Compañía Francesa eran absolutamente seguros: todos los espías alemanes viajaban en ellos. Cuando desembarcaron en Burdeos, a Eveline le supuso una gran ayuda.

Se quedaron un día para ver la ciudad en lugar de ir a París con todo el resto del personal de la Cruz Roja y de los comités de ayuda. Las filas de casas grises del siglo

XVIII aparecían en toda su belleza en el rosado crepúsculo interminable de verano, y los puestos de flores y el personal educadísimo de las tiendas y las delicadas rejas de hierro, y la maravillosa cena que hicieron en el Chapon Fin…

El único problema que representaba ir en compañía de Eliza Felton era que alejaba a los hombres. Fueron a París en el tren diurno del día siguiente y Eveline casi no pudo contener las lágrimas ante la belleza del campo y de las casas y de los viñedos y de las hileras de esbeltos álamos. Había soldaditos de uniforme azul pálido en todas las estaciones, y el revisor, un hombre mayor y amable, parecía un profesor universitario. Cuando al fin el tren se deslizó suavemente a través del túnel hacia la estación de Orleans, la garganta de Eveline estaba tan seca que casi no podía hablar. Era como si nunca hubiera estado antes en París.

—¿Adónde va a ir usted, querida? Como ve, tendremos que llevar nosotras mismas nuestro equipaje —dijo Eliza Felton con tono resuelto.

—Bueno, supongo que tengo que presentarme enseguida en la Cruz Roja.

—Hoy es demasiado tarde, se lo aseguro.

—Bueno, entonces hablaré por teléfono con Eleanor.

—Usar el teléfono en París en tiempo de guerra es algo así como intentar resucitar a los muertos… Lo mejor que puede hacer, querida, es venir conmigo a un hotelito que conozco en el Quai y presentarse por la mañana en la Cruz Roja; eso es lo que haré yo.

—Me molestaría mucho que me mandaran otra vez a casa.

—No se enterarán de que está usted aquí hasta dentro de varias semanas…, conozco a esta gente.

Así que Eveline se quedó cuidando el equipaje mientras Eliza Felton traía una carretilla. Amontonaron sus bultos en ella y salieron empujándola de la estación y atravesaron las calles vacías a la última y leve luz malva del crepúsculo, hasta el hotel. Había muy pocas luces y las que había eran azules y cubiertas con capuchones de hojalata para que no se pudieran ver desde arriba. El Sena, los viejos puentes y la gran masa del Louvre, enfrente, parecían lánguidos e irreales; era como pasear por un Whistler.

—Debemos darnos prisa si queremos comer algo antes de que se cierre todo… La llevaré al Adrienne —dijo la señorita Felton.

Dejaron sus maletas para que se las subieran a sus habitaciones del Hôtel du Quai Voltaire y recorrieron deprisa unas calles enmarañadas y estrechas en las que oscurecía con rapidez. Llegaron a la puerta del pequeño restaurante justo cuando alguien se disponía a bajar la pesada reja metálica.

—*Tiens, c'est mademoiselle Elise!* —gritó una voz de mujer desde el fondo de una pequeña habitación de mobiliario recargado.

Una mujer francesa, baja, de cabeza muy grande y grandísimos ojos saltones, salió corriendo y abrazó a la señorita Felton y la besó varias veces.

—Le presento a la señorita Hutchins —dijo la señorita Felton con su voz seca.

—Encantada, señorita… Es tan guapa…, unos ojos bonitos, ¿verdad?

A Eveline la puso nerviosa la insistente mirada de aquella mujer, el modo en que su enorme cara empolvada estaba situada, colmo un huevo en una huevera, encima de la blusa de cuello alto con volantes. Les trajo sopa y ternera fría y pan, disculpándose profusamente por no tener mantequilla ni azúcar y quejándose con voz monótona de lo severa que era la policía y lo mala que era la situación militar. Luego, de repente, dejó de hablar y los ojos de todos iluminaron al mismo tiempo el cartel de la pared:

MEFIEZ VOUS, LES OREILLES ENNEMIES VOUS ECOUTENT

—*Enfin, c'est la guerre* —dijo Adrienne.

Se había sentado junto a la señorita Felton, y le acariciaba su delgada mano con la suya, regordeta y llena de anillos de bisutería. Les había hecho café. Bebieron unas copitas de Cointreau. Se inclinó hacia Eveline y le pasó la mano por el cuello.

—*Faut pas s'en faire, hein?* —dijo, y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada aguda e histérica.

Les sirvió varias copitas más de Cointreau y la señorita Felton empezó a dar muestras de ponerse un poco alegre. Adrienne seguía acariciándole la mano. Eveline sintió que la cabeza se le iba allí, en aquella habitación pequeña, oscura y cerrada. Se levantó y dijo que volvía al hotel, que le dolía la cabeza y tenía sueño. Las otras trataron de que se quedara, pero ella se marchó, agachándose para pasar por debajo de la reja metálica.

Afuera, media calle estaba iluminada por la luna y la otra media estaba oscura como boca de lobo. De pronto, Eveline recordó que no sabía el camino de regreso al hotel, pero como no quería volver al restaurante con aquella mujer que la horrorizaba, siguió caminando por la parte iluminada por la luna, asustada por el silencio y las escasas personas en la sombra y las viejas casas sórdidas, con sus entradas grandes y de color de tinta. Al fin, salió a un bulevar donde paseaban hombres y mujeres, también voces y algún que otro automóvil con luces azules, rodando silencioso sobre el asfalto. Súbitamente se oyó a lo lejos el aullido de pesadilla de una sirena, luego de otra y otra. Perdido en alguna parte del cielo se oía un vago zumbido como de abeja, primero más fuerte, luego débil, luego otra vez fuerte. Eveline miró a los que la rodeaban. Nadie parecía alarmado ni aceleraba el paso.

—*Les avions…, les boches*… —oyó decir a la gente sin alterar el tono de voz.

Se encontró parada al borde de la acera escudriñando el cielo lechoso que pronto se vio rayado por los reflectores. Junto a ella estaba un oficial francés de aspecto paternal, con gran variedad de galones en su quepis y bigotes lacios. El cielo empezó a chispear como la mica; era algo hermoso y lejano, como fuegos artificiales al otro lado del lago el Cuatro de Julio. Involuntariamente, preguntó en voz alta:

—¿Qué es eso?

—*C'est* la metralla, mademoiselle. Es nuestra artillería antiaérea…, los *canons* —dijo lentamente medio en inglés, y luego le ofreció su brazo y le propuso acompañarla a casa.

Ella notó que olía considerablemente a coñac, pero era amable y paternal, y hacia gestos divertidos indicándole que podían caerles cosas encima, y dijo que debían ponerse a cubierto. Ella explicó que se había perdido y pidió que la acompañara al Hôtel du Quai Voltaire.

—*Ah, charmant, charmant* —dijo el veterano oficial francés.

Todos los demás transeúntes habían desaparecido. Ahora los cañones bramaban en todas direcciones. Volvieron a bajar por aquellas callejas estrechas, muy pegados a la pared. Una vez, él la empujó súbitamente dentro de un portal y algo cayó, ¡plaf!, en la acera de enfrente.

—Trozos de metralla, mal asunto —dijo apretándose el quepis y riendo.

Eveline se rió también y siguieron hablando animadamente. Llegaron a la orilla del río. Bajo los árboles de espeso follaje, cabía sentirse a salvo, sin saber por qué. En la puerta del hotel, el oficial señaló de pronto el cielo.

—Mire, *c'est les fokkers, ils s'en fichent de nous*.

Mientras hablaba, los aviones alemanes revoloteaban por encima de ellos con la luz de la luna reflejándose en sus alas. Durante un segundo, fueron como siete diminutas libélulas de plata; luego se desvanecieron. Al mismo tiempo, vino desde el otro lado del río el estrépito desgarrador de una bomba.

—*Permettez, mademoiselle*.

Entraron en el oscuro vestíbulo del hotel y, palpando las paredes, bajaron al sótano. Una vez hubo ayudado a Eveline a bajar el último peldaño de madera polvorienta, el oficial saludó gravemente al heterogéneo grupo de personas que estaban allí, envueltas en batas o abrigos, reunidas alrededor de un par de velas. Había un camarero y el oficial pidió algo de beber, pero el camarero dijo:

—*Ah, non, mon colonel, c'est defendu*. —Y el coronel hizo un gesto de desagrado.

Eveline se sentó encima de una especie de mesa. Estaba tan excitada mirando a la gente y escuchando el lejano ruido de las bombas que apenas se había dado cuenta de que el coronel le apretaba la rodilla un poco más de lo necesario. Las manos del coronel se convirtieron en un problema. Cuando terminó el ataque aéreo, pasó por la calle algo que hacía un ruido entre el cua-cua de un pato y el rebuzno de un burro. Aquello a Eveline le hizo tanta gracia que rio y rio tanto que el coronel parecía no saber qué hacer con ella. Cuando Eveline trató de darle las buenas noches para subir a su habitación y dormir un poco, él quiso subir con ella. Eveline no supo qué hacer. Había sido tan agradable y educado con ella que no quería ser violenta, pero, al parecer, no conseguía hacerle entender que lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir; el coronel respondía que él también. Cuando trató de explicarle que

había una amiga en el cuarto, él preguntó si su amiga era tan encantadora como mademoiselle, y que en ese caso estaría igualmente satisfecho. Eveline no daba pie con bola en francés y rogaba a los cielos que apareciera la señorita Felton. No lograba hacer comprender al conserje que quería la llave de su habitación y que *mon colonel* no subiría con ella, y ya estaba a punto de echarse a llorar cuando un joven norteamericano vestido de paisano, con la cara roja y nariz respingona, surgió de algún sitio y dijo con aire desenvuelto y mal francés:

—*Monsieur, moi frère de madmosel*, ¿no se da cuenta que la chica *is fatiguée* y quiere desearle *bon soir*? —Cogió al coronel por el brazo y añadió—: *Vive la France!* Venga a mi cuarto a tomar un trago.

El coronel se dominó, aunque parecía muy enfadado. Sin esperar a ver lo que pasaba, Eveline subió corriendo las escaleras hasta su habitación y se cerró en ella con llave.

# Noticiario XXIV

es difícil darse cuenta de la tremenda cantidad que Europa tendrá que pedir prestada con objeto de reparar lo destruido en la guerra

VEINTIOCHO ALEMANES CAPTURADOS
POR UN SOLO HOMBRE

EL COMIENZO DE LAS CONVERSACIONES DE PAZ TENDRÁ EFECTOS
SOBRE EL MERCADO MERIDIONAL

UN JOVEN DE ESTA LOCALIDAD CAPTURA A UN OFICIAL

UNA TERCERA PARTE DE LAS INDEMNIZACIONES DE GUERRA
SON FRAUDULENTAS

Hay sonrisas que nos hacen felices
Hay sonrisas que nos ponen tristes

examinemos de nuevo el asunto de las tarifas; supongamos que Estados Unidos emplea un total de 3.000 barcos para transportar carga y pasajeros entre Norteamérica y los puertos extranjeros

JEFE GÁNGSTER ASESINADO EN LA CALLE

Hay sonrisas que quitan las lágrimas
Como los rayos del sol secan el rocío
Hay sonrisas que llevan un tierno mensaje
Que sólo los ojos del amor saben leer

LOS VOTOS DE LOS SOLDADOS DECIDEN LA ELECCIÓN

ahora supongamos que en este delicado medio de las leyes económicas interviene el factor dominante del dueño de la tercera aparte del tonelaje del mundo, el cual

considera con ecuanimidad tanto ganancias como pérdidas, el cual no tiene en cuenta como factor en el costo de la operación el interés del capital invertido, el cual construye barcos tanto si pueden ser explotados con beneficios como si no, y el cual fija tarifas que no guardan relación exacta con las leyes de la oferta y la demanda; ¿cuánto tiempo pasaría antes de que los transportes marítimos del mundo entero se arruinaran por completo?

## FUGA DE UN PRÍNCIPE CORONADO

Pero las sonrisas que llenan mi corazón de luz
Son
las
sonrisas
que
tú
me
dedicas

rumores persistentes de paz son un factor de inestabilidad y la epidemia de gripe ha hecho que los compradores de países no visiten los grandes centros

# El Ojo de la Cámara (32)

à quatorze heures précisément los alemanes bombardeaban diariamente aquel puente con su proverbial precisión de hora y lugar à quatorze heures précisément Dick Norton con el monóculo en el ojo alineó su sección a poca distancia del puente para devolvérsela a la Cruz Roja norteamericana.

los comandantes de la Cruz Roja parecían gordos y pálidos bajo sus uniformes nuevos con sus relucientes cinturones Sam Browne y sus relucientes y ceñidas polainas de cuero conque esto es Ultramar

conque esto es el frente vaya vaya

Dick Norton se ajustó el monóculo y manifestó que nos había alistado como caballeros voluntarios y que nos despedía como caballeros voluntarios Bang el olor a almendras arrivé primero la sensación de que es domingo de que no hay tráfico en la carretera ningún poilu a la vista Dick Norton se ajustó el monóculo los comandantes de la Cruz Roja sienten la ducha de barro olieron la lidita intenso olor a letrina y a tropas amontonadas

Bang Bang Bang como el Cuatro de Julio los trozos de metralla silban cantarines en nuestros oídos

el puente sigue en pie y Dick Norton ajustándose el monóculo habla se extiende en consideraciones sobre caballeros voluntarios y el cuerpo de ambulancias y la belle France

El vacío automóvil del Estado Mayor está intacto

pero ¿dónde están los comandantes al mando?

los que iban a pronunciar un discurso en nombre de la Cruz Roja, ¿dónde están? Todavía se ve al más lento y más gordo y más pálido de los comandantes avanzando a cuatro patas con barro en las piernas hacia el refugio y eso fue lo último que vimos de los comandantes de la Cruz Roja

y lo último que oímos acerca de caballeros

o voluntarios

# El guerrero feliz

Los Roosevelt habían vivido durante siete generaciones enteras en la isla de Manhattan; poseían una gran casa de ladrillo en la calle Veinte, unos terrenos en Dobbs Ferry, muchos en la ciudad, un banco en la Iglesia Reformada Holandesa, intereses, acciones y títulos, consideraban que Manhattan era suya, consideraban que Norteamérica era suya. Su hijo,

Theodore,

era un jovenzuelo enfermizo, padecía de asma, era muy corto de vista; sus manos y pies eran tan pequeños que le costó mucho aprender a boxear; sus brazos eran muy cortos;

su padre era algo filántropo, ofrecía cenas de Navidad a los chicos que vendían los periódicos, deploraba las malas condiciones, las casas sórdidas, el East Side, Hell's Kitchen.

El joven Theodore tuvo ponis, le animaban a pasear por el bosque, a que acampara; le enseñaron a boxear y esgrima (un caballero norteamericano debe saber cómo defenderse a sí mismo), enseñó la Biblia, se ocupó en obras humanitarias (un caballero norteamericano debe hacer todo lo posible para ayudar a los menos afortunados);

era honrado por nacimiento;

le apasionaba el estudio de la naturaleza y leer obras sobre aves y animales salvajes, la caza; llegó a ser buen tirador a pesar de sus gafas, buen andarín a pesar de sus pies pequeños y sus cortas piernas, buen jinete, un peleador agresivo a pesar de su corta talla, un político de primera a pesar de ser hijo de una de las poderosas familias holandesas de Nueva York.

En 1876 fue a Cambridge para estudiar en Harvard. Era un hombre joven, rico, hablador e inquieto, con patillas e ideas definidas sobre todo lo que hay bajo el sol;

en Harvard conducía un mínimo coche tirado por un caballo, coleccionaba pájaros disecados y disecaba los que él cazaba en sus excursiones por los Adirondacks; a pesar de no beber y de ser algo abstencionista, tenía ideas raras sobre reformas y sobre remediar los abusos; se hizo miembro del Porcellian y del Dickey y de los clubs a los que tenía derecho como hijo de una de las poderosas familias holandesas de Nueva York.

Dijo a sus amigos que iba a dedicar su vida al servicio de la administración social: «Deseo predicar, no la doctrina del bienestar innoble, sino la doctrina de la vida enérgica, de la vida del afán y el esfuerzo, del trabajo y la lucha».

Desde la edad de once años escribía mucho; llenó diarios, cuadernos de notas,

hojas sueltas, con una escritura grande e impulsiva, contando todo lo que hacía y pensaba y decía;

por supuesto, estudió Derecho.

Se casó joven y fue a Suiza a escalar el Matterhorn; la temprana muerte de su primera mujer le dejó destrozado. Fue a las regiones sin cultivar del oeste de Dakota y se dedicó a la cría de ganado a orillas del Pequeño Misuri;

cuando volvió a Manhattan ya era Teddy, el honrado tirador del Oeste, el cazador de ciervos, el hombre del sombrero Stetson, que había enlazado toros, luchado sin arma alguna contra un oso, actuado como ayudante de sheriff,

(Un Roosevelt tiene un deber para con su patria; el deber de un Roosevelt es ayudar a los peor situados, a los que han llegado más recientemente a nuestras costas)

en el Oeste, Roosevelt, el ayudante de sheriff, sintió el peso del hombre blanco, y ayudó a detener a malhechores; hombres malos; servir era estupendo.

Todo este tiempo escribió, llenando las revistas con relatos de sus cazas y aventuras, y los mítines políticos con sus opiniones, sus denuncias, sus frases contundentes: Vida enérgica, Ideales realizables, Gobierno justo, «cuando los hombres temen el trabajo o una guerra justa, cuando las mujeres temen la maternidad, tiemblan al borde del castigo, bien está que desaparezcan de la tierra, donde no sirven más que para escarnio de hombres y mujeres fuertes y valientes y de elevado espíritu».

T. R. se casó con una mujer rica y crió honradamente una familia en Sagamore Hill.

Durante una legislatura fue miembro de la Asamblea Legislativa de Nueva York; fue nombrado por Grover Cleveland para el puesto mal remunerado de delegado para la Reforma de los Servicios de Administración Civil,

fue delegado para la Reforma de la Policía de Nueva York, persiguió malhechores, mantuvo con tesón que un blanco era un blanco y un negro era un negro,

escribió la Historia Naval de la Guerra de 1812,

fue nombrado subsecretario de Marina,

y cuando voló el *Maine* dimitió para ser jefe de voluntarios de caballería.

Teniente coronel en la guerra hispano-norteamericana.

Ésta fue el Rubicón, la Lucha, la Vieja Gloria, la Causa Justa. Al público norteamericano no se le mantuvo en la ignorancia de la bravura del coronel cuando silbaban las balas, cuando cargó sin sus hombres en el cerro de San Juan y tuvo que bajar a buscarlos; cuando le pegó un tiro en el trasero a un español que huía.

Fue mala suerte que los soldados regulares llegaran por el otro lado a la cima del cerro de San Juan antes que él, y de que no hubiera necesidad de subir al cerro de San Juan. Santiago se rindió. Fue una campaña victoriosa. En la carga del cerro de San Juan, T. R. conquistó el sillón de gobernador de Nueva York;

pero después de la guerra, los voluntarios y los corresponsales de guerra y los

colaboradores de revistas sintieron ganas de volver a casa;

no era nada agradable guarecerse de la lluvia tropical en casetas de perro o achicharrarse al sol matinal en las ardientes colinas cubanas, segados por la malaria y la disentería y con miedo constante a la fiebre amarilla.

T. R. dirigió un escrito muy florido al presidente y le pidió la repatriación de los guerreros amateurs y que dejara el trabajo sucio a los soldados regulares

que cavaban trincheras y paleaban mierda y luchaban contra la disentería y la malaria y la fiebre amarilla

para dejar a Cuba a punto para el trust del azúcar

y para el National City Bank.

Cuando desembarcó en su país, una de sus primeras entrevistas fue la celebrada con Lemuel Quigg, emisario de Boss Platt, que tenía en el bolsillo de su chaleco los votos de la parte norte del Estado de Nueva York;

vio también a Boss Platt, pero posteriormente lo olvidaría. Las cosas iban estupendamente. Escribió una biografía de Olvier Cromwell al que, según la gente, él se parecía. Como gobernador no cumplió sus compromisos con la camarilla de Platt (un hombre honrado puede ser olvidado enseguida); Boss Platt pensó que iba a metérselo en el bolsillo al nominarle candidato para la vicepresidencia en 1900;

Czolgocz le hizo presidente.

T. R. voló como un demonio en un carricoche por caminos embarrados bajo la lluvia torrencial, desde el monte Marcy, en los Adirondacks, para tomar el tren a Buffalo, donde se moría McKinley.

Como presidente,

trasladó Sagarmore Hill, el típico y feliz hogar norteamericano de buena posición, a la Casa Blanca, llevó a diplomáticos extranjeros y a gordos jefes del ejército de paseo por el Rock Creek Park, donde los precedió a través de zarzas, saltando de piedra en piedra sobre el torrente, vadeando el arroyo, trepando por orillas pedregosas,

y amenazó con el Gran Palo a los malhechores ricos.

Las cosas iban estupendamente.

Montó la revolución de Panamá a cuya sombra se llevó a cabo el famoso juego de manos de la vieja y la nueva compañía del canal, gracias al cual cuarenta millones de dólares desaparecieron dentro de los bolsillos de los banqueros internacionales,

pero la Gloriosa bandera ondeaba en la Zona del Canal

y el canal fue construido.

Arruinó a unos cuantos trusts,
invitó a Booker Washington a almorzar en la Casa Blanca,
y favoreció la conservación de la fauna salvaje.
Obtuvo el Premio Nobel de la Paz por remendar el Tratado de Paz de Portsmouth que puso fin a la guerra ruso-japonesa,
y mandó la flota del Atlántico a dar la vuelta al mundo para que todos vieran que Estados Unidos eran una potencia de primera clase. Dejó la presidencia a Taft después de su segundo período presidencial, confiando a este abogado mastodóntico la tarea, que tan bien le iba, de engrasar los resentimientos de los amos del dinero
y se fue a África de caza mayor.
La caza mayor era estupenda.
Cada vez que un león o un elefante caía estrepitosamente en la maleza de la jungla, bajo el impacto de una bala explosiva bien colocada,
los periódicos se llenaban de grandes titulares;
cuando habló con el Káiser a caballo
el mundo no ignoró lo que se dijeron, y cuando dio una conferencia a los nacionalistas de El Cairo diciéndoles que el mundo era del hombre blanco, tampoco.
Fue a Brasil, donde atravesó el Mato Grosso en piragua por aguas infestadas de los peces comedores de carne humana: las pirañas,
cazó tapires,
jaguares,
y ejemplares de pecaríes de labios blancos.
Descendió por los rápidos del río de la Duda
hasta los confines del Amazonas adonde llegó enfermo con un absceso infectado en la pierna, tumbado bajo el toldo de una piragua y con un pájaro trompeta amaestrado a su lado.

De vuelta a Estados Unidos dio su última batalla cuando se presentó a la candidatura republicana en 1912, como adalid progresista del Square Deal; cruzado de la gente normal y corriente; Moose el Toro salió por debajo de Taft la Apisonadora y formó el Partido Progresista en favor de la honradez en el Colosseum de Chicago mientras los delegados que habían ido a restaurar el gobierno democrático se movían rítmicamente con lágrimas en los ojos cantando:

> En guardia sol dados de Cristo
> March ando como a la guerra

Quizás el río de la Duda había sido demasiado para un hombre de su edad; quizá las cosas no fueran ya tan estupendamente; T. B. perdió la voz durante la campaña. En Duluth, un loco le pegó un tiro en el pecho, pero salvó la vida gracias al grueso manuscrito de la conferencia que iba a dar. T. R. pronunció el discurso con la bala

aún en el pecho, oyó los asustados aplausos, sintió a la gente normal y corriente rezando por él, pero el encanto se había roto.

Los demócratas barrieron, la Guerra Mundial ahogó la justiciera voz del Guerrero Feliz con el estruendo de las explosiones de lidita.

Wilson no permitió que T. R. mandara una división, ésta no era una guerra para amateurs (quizá los soldados regulares recordaran el florido escrito de Santiago). Lo único que pudo hacer fue escribir artículos contra los alemanes en revistas y mandar a sus hijos: Quentin murió allí.

El mundo ya no era un mundo estupendo de amateurs. Nadie se dio cuenta de ello el día del Armisticio. Theodore Roosevelt, el feliz guerrero amateur de la mueca que enseñaba los dientes, el del dedo índice en movimiento, el naturalista, explorador, colaborador de revistas, maestro de escuela dominical, vaquero, moralista, político, orador justiciero de poca memoria, denunciador de mentirosos (Club Ananías) que peleaba a golpes de almohada con sus hijos, fue llevado al hospital Roosevelt gravemente enfermo de reuma inflamatorio.

Las cosas ya no eran estupendas;

T. R. era hombre de redaños;

aguantó el dolor, la oscuridad, la sensación de verse olvidado lo mismo que había aguantado las penosas travesías cuando era explorador en el río de la Duda, y el calor, y el fétido fango de la jungla, y el infectado absceso de su pierna,

y murió tranquilamente mientras dormía
en Sagamore Hill
el 6 de enero de 1919
y dejó sobre los hombros de sus hijos
la pesada carga del hombre blanco.

# El Ojo de la Cámara (33)

once mil prostitutas matriculadas dijo el jefe de propaganda de la Cruz Roja infestan las calles de Marsella

el Ford se detuvo tres veces en la rue de Rivoli en Fontainebleau tomamos café con leche en la cama el bosque era de un agresivo rojo amarillento marrón-noviembre bajo la llovizna lavanda luego la carretera subía por colinas color paloma el aire olía a manzanas

Nevers (Dumas nom de dieu) Athos Porthos y d'Artagnan habían pedido un bisque en la taberna bajamos lentamente dando vueltas al rojo Maçon que olía a vendimia fais ce que voudras pasado Bourgignon en el valle del Ródano los primeros rayos de sol color paja rayaban la blanca carretera con sombras de esqueletos de álamo en cada parada bebíamos vino fuerte como una costilla de buey rico como el palacio de Francisco I bouquet de las últimas rosas bañadas de agua nieve no cruzamos el río para ir a Lyon donde JeanJacques sufrió clorosis en su juventud los paisajes de Provenza todos eran de las guerras de la Galia los pueblos eran diccionarios de raíces latinas Orange Tarascon Arlès donde Van Gogh se cortó la oreja el convoy cada vez se parecía menos a un viaje organizado nos paramos a jugar a los dados en los *estaminets* muchachos vamos al sur a beber el vino tinto que más les gusta a los papas a comer comidas grasientas cocinadas con aceite de oliva y ajo rumbo al Sur cèpes provençales el viento norte silbaba en las llanuras de la Camargue empujándonos hacia Marsella donde las once mil se contoneaban delante de los empañados espejos del promenoir del Apolo

ostras y vino de Cassis petite fille tellement brune tête de lune qui amait les deportes de invierno al final todas eran máquinas tragaperras desnudas como figuritas de Focea con las piernas abiertas al borde miserable del puerto más viejo

la Riviera fue una desilusión, pero había una iglesia color caramelo subida a cada colina una vez pasado San Remo Porto Maurizio botellas azules de agua de seltz al sol color cinzano junto a un vaso de VERMOUTH TORINO Savona era un decorado para el Mercader de Venecia pintado por el Varonés Pontedecimo en Pontedecimo las ambulancias aparcaron en una plaza de casas de obreros de piedra lívida a la luz de la luna escarcha cubriéndolo todo en el pequeño bar el Novelista de Éxito nos enseñó a beber coñac y marrasquino mitad y mitad

havanuzzerone

resultó que no escribía lo que consideraba que quería escribir ¿Qué se les puede contar a los de allá acerca de la guerra? resultó que no quería escribir lo que escribía quería sentir las cosas coñac y marrasquino ya no era joven (Nos puso muy tristes queríamos contar lo que sentíamos todos mentían ver pueblos nuevos ir a Génova)

havanuzzerona? resultó que él hubiera querido ser un pastorcillo moreno sentado en una ladera que toca la flauta al sol

ir a Génova era bastante fácil el tranvía llegaba hasta Génova nunca habíamos visto la ciudad nueva llena de dogos de mármol escaleras para romperse la crisma leones a la luz de la luna Génova ¿ardía la vieja ciudad ducal? en todos los palacios de mármol y las casas cuadradas de piedra y los campaniles de las puntas de las colinas había un muro de mármol ardiendo

fogata bajo la luna

los bares estaban llenos de civiles británicos superbien vestidos paseando por los soportales alejados del puerto bajo la luna de Génova el mar estaba en llamas el agente del Servicio de Inteligencia de Su Majestad dijo que un petrolero yanqui había chocado ¿con una mina? ¿fue torpedeado? ¿por qué no lo hunden?

Génova ojos llameando con la luz del petrolero en llamas Génova ¿qué busca usted? la llamarada en la sangre bajo la luna en las calles de medianoche en la cara de chicas y chicos Génova mira la pregunta en sus ojos

a través de los patios de piedra que resuenan bajo la luna de Génova de ahí arriba y bajo las escaleras para romperse la crisma ojos en llamas bajo la luna doblar la siguiente esquina de lleno en la cara la llamarada de la fogata del mar

once mil prostitutas matriculadas dijo el jefe de propaganda de la Cruz Roja infestan las calles de Marsella

# Joe Williams

Fue un viaje asqueroso. Joe se pasaba todo el tiempo preocupado por Del y porque no avanzaban y porque la tripulación era una pandilla de indeseables. Las máquinas se estropeaban. El *Higginbotham* había sido construido como una caja de queso y era tan lento que había días en que no avanzaban más de treinta o cuarenta millas contra vientos moderados de proa. Los únicos buenos momentos era cuando recibía lecciones de boxeo que le daba el segundo maquinista, un tipo llamado Glen Hardwick. Era fibroso y pequeño, bastante buen boxeador amateur, aunque ya debía de tener cuarenta años. Cuando llegaron a Burdeos, Joe ya era capaz de darle la réplica adecuada. Era más pesado y tenía mayor alcance con el brazo y Glen le dijo que poseía un directo de derecha que le podía llevar lejos como peso ligero.

En Burdeos el primer oficial del puerto subió a bordo y trató de besar al capitán Perry en ambas mejillas. El presidente Wilson acababa de declarar la guerra a Alemania. En la ciudad todo les parecía poco para *les Americains*. Las noches que tuvieron libres, Joe y Glen Hardwick fueron a divertirse juntos. Las chicas de Burdeos eran extraordinariamente guapas. Conocieron a un par de ellas una tarde en un parque público, que no eran busconas ni mucho menos. Iban muy bien vestidas y parecía que eran de buena familia y, ¡qué demonios!, estaban en guerra. Al principio Joe pensó que debería dejar esas cosas ahora que estaba casado, pero coño, ¿es que Del no le había mantenido a raya? ¿Acaso se creía que él era un santo de palo? Terminaron por ir a un hotelito que conocían las chicas y cenaron y bebieron *beaucoup* vino y champán y lo pasaron la mar de bien. Joe nunca lo había pasado tan bien con una chica en toda su vida. La chica se llamaba Marceline y cuando se despertaron por la mañana la camarera del hotel les trajo café y bollos y desayunaron sentados en la cama y el francés de Joe mejoró y se puso a decir cosas como *C'est la guerre* y *On les aura* y *Je m'en fiche* y Marceline dijo que siempre que viniera a Burdeos sería su novia y le llamaba *petit lapin*.

Sólo se quedaron en Burdeos los cuatro días que les llevó esperar su turno para atracar y descargar, pero bebieron vino y coñac todo el tiempo y la comida era buena y nadie creía que hacía lo bastante por ellos, dado que Norteamérica había entrado en guerra y eran los viejos y buenos días.

En el viaje de vuelta, al *Higginbotham* se le abrieron tales vías de agua que el viejo dejó de preocuparse de los submarinos. Era cuestión de cara o cruz llegar a Halifax. El barco pesaba poco y saltaba como un corcho, así que no conseguían mantener quietos los platos encima de la mesa. Una asquerosa noche de espesa niebla, en algún punto situado al sur de cabo Race, Joe daba un paseo por la cubierta con la barbilla hundida en el jersey de lana cuando, de repente, cayó de bruces. Nunca supieron si les alcanzó una mina o un torpedo. Por suerte, los botes estaban en

buen estado y el mar en calma, y consiguieron abandonar el barco. Como sea, los botes se separaron. El *Higginbotham* se desvaneció en la niebla y no lo vieron hundirse, aunque lo último que distinguieron de él fue la cubierta barrida por el agua.

Estaban mojados y helados. En el bote de Joe nadie hablaba mucho. Los hombres tenían que remar duro para conseguir emproar el mar que se había encrespado. Cada ola, más fuerte que las anteriores, los llenaba de espuma. Llevaban puestos jerséis de lana y salvavidas, pero se les filtraba el frío. Al fin la niebla se hizo más gris y fue de día. El bote de Joe y el bote del capitán consiguieron mantenerse juntos hasta que a última hora de la tarde los recogió una gran goleta de pesca que iba rumbo a Boston.

Cuando los recogieron, el capitán Perry se encontraba en mal estado. El patrón de la goleta hizo todo lo que pudo por él, pero había perdido el sentido cuando llegaron a Boston cuatro días después y murió camino del hospital. Los médicos dijeron que era neumonía.

A la mañana siguiente, Joe y el segundo fueron a la oficina del consignatario de Perkins y Ellerman, los armadores, para ver si lograban cobrar ellos y la tripulación. Había algún tipo de asunto liado con respecto al barco, pues éste había cambiado de dueños en mitad del Atlántico y un individuo llamado Rosenberg se había quedado con él gracias a una operación financiera dudosa y ahora no lo podían encontrar, y el Chase National Bank reclamaba la propiedad y los aseguradores estaban armando jaleo.

—¿Y qué demonios vamos a hacer durante todo este tiempo, comer hierba?

El empleado dijo que lo sentía, pero que tenían que tratar directamente con el señor Rosenberg.

Joe y el segundo se quedaron uno al lado del otro a la salida de la oficina lanzando juramentos durante un rato; luego el segundo fue a South Boston a poner al tanto de todo al jefe de máquinas, que vivía allí.

Era una tarde calurosa de junio. Joe empezó a recorrer las oficinas navieras para ver si podía encontrar algo. Se cansó y fue a sentarse en un banco del Common, mirando a los gorriones y a los marinos que andaban por allí y a las modistillas que volvían del trabajo con sus finos tacones resonando en el asfalto.

Joe anduvo por Boston sin blanca durante un par de semanas. El Ejército de Salvación se hizo cargo de los supervivientes, sirviéndoles judías y una sopa aguada y unos himnos de acción de gracias que a Joe, tal y como se sentía entonces, no le dijeron nada. Estaba loco por conseguir la pasta suficiente para ir a Norfolk a ver a Del. Le escribía todos los días, pero sus cartas de contestación, que recibía en lista de correos, le parecieron bastante frías. Del estaba preocupada por el alquiler y quería ropa de primavera y temía que en su oficina no les gustara que se hubiese casado, cuando se enterasen.

Joe se sentaba en los bancos del Common y paseaba por entre los setos de flores del parque público, y acudía regularmente a la oficina del agente naviero para preguntar si había un puesto para él, pero finalmente se cansó de andar perdiendo el

tiempo por ahí y fue y se embarcó como timonel en un barco de la United Fruit, el *Callao*. Creyó que el viaje sería corto y que, cuando regresara un par de semanas después, cobraría su dinero.

En el viaje de vuelta tuvieron que esperar varios días, anclados en la rada de Roseau, en Dominica, hasta que fueron cargados los limones. Todo el mundo estaba furioso contra las autoridades portuarias, un jodido montón de negros británicos, debido a la cuarentena y a que los limones no estaban listos y porque las lanchas tardaban en llegar a la costa. La última noche en puerto, Joe y Larry, otro timonel, bromeando con unos negritos de un bote que habían estado vendiendo fruta y alcohol a la tripulación a proa, les ofrecieron un dólar a cada uno si los llevaba a tierra, desembarcándolos en la playa para que los oficiales no los pudieran ver. El pueblo olía a negro. No había luz en las calles. Un chaval negro como el carbón se les acercó y les dijo que si querían unas gallinas de monte.

—Apuesto a que eso significa mujeres, seguro —dijo Joe—. Quedan abiertas las apuestas.

El negrito les llevó a un bar cuya dueña era una mulata, le dijo algo en la jerga de la isla que no pudieron entender, y ella respondió que tenían que esperar unos pocos minutos y Joe y el otro se sentaron y bebieron un par de copas de ron de caña.

—Ésa debía ser la madame —dijo Larry—. Si no son muy guapas pueden irse al infierno, para lo que a mí me importa… Nunca me han gustado mucho las negras.

Del fondo llegaba una crepitación y olor a algo friéndose.

—Maldita sea, ya me gustaría comer algo —dijo Joe—. Oye, chico, dile que queremos algo de comer.

—Enseguida les van a servir gallinas de monte.

—¿Qué coño nos van a servir?

Terminaban su copa cuando volvió la mujer con una gran fuente y algo frito en ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Joe.

—Es gallina de monte, señor; así llamamos a las ancas de rana aquí, pero no son ranas como las que tienen ustedes en Norteamérica. Yo he estado allí y lo sé. Nosotros, aquéllas nunca las comeríamos aquí. Las de aquí son ranas limpias, como las gallinas. Ya verán como les gustan cuando las coman.

Se rieron a carcajadas.

—Hemos perdido la apuesta —dijo Larry, secándose las lágrimas.

Luego se les ocurrió ir a buscar unas chicas. Vieron a dos que salían de la casa donde se oía música y las siguieron por una calle oscura. Se pusieron a hablar con ellas y las chicas les enseñaban los dientes y se agitaban dentro de su ropa y se reían, pero no tardaron en aparecer tres o cuatro negros con cara de muy mal genio y se pusieron a hablarles en la jerga local.

—Oye, Larry, será mejor que tengamos los ojos bien abiertos —dijo Joe entre dientes—. Estos tipos tienen navaja.

Estaban en medio de un grupo de negros enormes que aullaban cuando oyeron la voz de un norteamericano detrás de ellos.

—No digáis nada, muchachos, yo arreglaré esto.

Un hombre menudo con pantalón de montar caqui y un sombrero panamá se abría paso entre el grupo, hablando sin cesar en la jerga local. Era un hombrecillo de cara triangular gris, terminada en una perilla.

—Me llamo Henderson, DeBuque Henderson, de Bridgeport, Connecticut.

Les estrechó las manos a los dos.

—Bien, ¿cuál es vuestro problema, muchachos? No hay que preocuparse, aquí me conoce todo el mundo. Hay que tener cuidado en esta isla, muchachos, esta gente es muy suspicaz, muy suspicaz… Lo mejor será que vengáis conmigo a tomar un trago…

Les cogió del brazo a ambos y los alejó apresuradamente calle abajo.

—Bien, yo también fui joven… Todavía soy joven… Claro, me quedé a conocer la isla…, y tenía razón, es la isla más interesante de todo el Caribe, pero me encuentro solo…, nunca se ve una cara blanca.

Cuando llegaron a su casa los hizo pasar a través de una habitación enorme y encalada a una terraza que olía a flores de vainilla. Podían ver allá abajo el pueblo con sus pocas luces, las colinas oscuras, el casco blanco del *Callao* con las lanchas a su alrededor iluminadas por las luces de trabajo. A intervalos, les llegaba el chirrido de las grúas y una música obsesiva de no se sabía dónde.

El viejo les sirvió un vaso de ron a cada uno, y luego otro. Tenía en una percha un loro que no cesaba de hablar. La brisa de tierra venía cargada de fuerte aroma a flores silvestres y le soplaba al viejo el tieso pelo blanco sobre los ojos. Señaló el *Callao*, todo iluminado y rodeado de lanchas.

—United Fruit… Compañía de Ladrones Unidos…, es un monopolio… Si uno no acepta los precios que ofrecen por los limones ya puede empezar a dejar que se pudran en el muelle; es un monopolio. Muchachos, estáis trabajando para una partida de ladrones, pero ya sé que no es culpa vuestra. Un trago a vuestra salud.

Antes de que se dieran cuenta, Larry y Joe estaban cantando. El viejo hablaba de máquinas de hilar algodón y de trituradoras de caña y seguía sirviendo vasos de la botella de ron. Estaban muy borrachos. No supieron cómo llegaron a bordo. Joe recordaba el castillo de proa a oscuras y el ruido de los ronquidos que salían de las bodegas rodando por la cámara; luego el sueño que le cayó encima como un saco de arena, y el sabor dulzón del ron en la boca.

Un par de días más tarde, Joe cayó enfermo de fiebre y padeció dolores horribles en las articulaciones. Lo desembarcaron delirando, en Santo Tomás. Era el *dengue* y pasó dos meses enfermo antes de tener fuerzas para escribir a Del diciéndole dónde estaba. El vigilante del hospital le dijo que había estado delirando cinco días y que ya lo daban por perdido. Los médicos se enfadaron mucho porque aquél era un hospital militar, pero después de todo era blanco y estaba inconsciente y no podían echarlo

como carnada a los tiburones.

Llegó julio antes de que Joe estuviera lo bastante fuerte como para pasear por las callejas del pueblo, muy empinadas y con polvo de color coral. Tuvo que dejar el hospital y las habría pasado muy mal si uno de los cocineros del puesto militar no se hubiera compadecido de él dejándole un sitio para dormir en una parte del edificio que no se usaba. Hacía calor y jamás había ni una nube en el cielo, y Joe se aburría de ver negros y colinas desnudas y la rada azul. Pasaba mucho tiempo sentado en el viejo muelle de carbón a la sombra de un techado de plancha ondulada contemplando la clara y profunda agua verdiazul, y observando los bancos de tortugas que comían alrededor de los pilotes. Pensaba en Del y en aquella chica francesa de Burdeos y en la guerra y en que la United Fruit era una partida de ladrones, y luego los pensamientos giraban y giraban en su cabeza como los pececillos plateados, azules y amarillos alrededor de las temblorosas algas de los pilotes, y entonces se quedaba dormido.

Cuando llegó al puerto un barco frutero que iba rumbo al norte, abordó en el muelle a uno de los oficiales y le contó su triste historia. Le dieron un pasaje para Nueva York. Lo primero que hizo fue tratar de ponerse en contacto con Janey; a lo mejor, si ella opinaba que debía dejar aquella vida de perro y buscar un trabajo fijo en tierra, lo haría. La telefoneó a la agencia de publicidad J. Ward Moorehouse donde trabajaba, pero una chica le explicó que Janey era la secretaria del jefe y que estaba en viaje de negocios por el Oeste.

Entonces fue a buscar alojamiento a casa de la señora Olsen, en Redhook. Allí todos hablaban sin parar del servicio militar obligatorio y de que si le pillaban a uno en la calle sin certificado de alistamiento, le alistaban como prófugo. Y eso pasó. Joe salía una mañana del metro de Wall Street cuando un policía se le acercó y le pidió su certificado. Joe dijo que era un marino mercante y que acababa de volver de un viaje y todavía no había tenido tiempo a inscribirse, pero el policía le dijo que eso se lo contara al juez. El grupo en que lo incluyeron para atravesar Broadway era bastante numeroso; varios tipos de la multitud de empleados y horteras que llenaban las aceras les gritaron «¡prófugos!», y las chicas sisearon y los abuchearon.

En la aduana los amontonaron en uno de los cuartos del piso bajo. Era un caluroso día de agosto. Joe se abrió paso a codazos entre el grupo sudoroso y protestón hacia la ventana. La mayoría eran extranjeros, cargadores y vagos del puerto; unos cuantos le hablaron, pero Joe se acordó de la Marina y mantuvo la boca cerrada limitándose a escuchar. Se pasó allí todo el día. Los policías no les dejaron telefonear y sólo había un retrete y tenían que ir con escolta. Joe sentía débiles las piernas; todavía no se le había pasado del todo el dengue. Estaba a punto de desmayarse cuando vio una cara que conocía. ¡Que lo mataran si aquél no era Glen Harwick!

Glen había sido recogido por un barco británico y llevado a Halifax. Había firmado como segundo de a bordo en el *Chemang*, que llevaba mulas a Burdeos y

carga general a Génova, artillado con un cañón de siete y medio que manejaban artilleros de la flota. Joe debía acompañarle.

—¿Y tú crees que lo podré conseguir? —preguntó Joe.

—Claro que sí, andan como locos buscando oficiales de puente; te contratarían aunque no tuvieses título.

Burdeos le sonaba muy bien.

—¿No recuerdas a nuestras amiguitas de allí?

Quedaron en que cuando Glen saliera telefonearía a la señora Olsen para que trajese el título de Joe, que estaba en una caja de puros junto a la cabecera de su cama. Cuando por fin los llevaron para ser interrogados, el tipo de detrás del escritorio dejó a Glen en libertad sin más y dijo que Joe podría marcharse en cuanto presentara su título, pero que tenían que alistarse enseguida aunque estuvieran exentos del servicio.

—Después de todo, muchachos, tenéis que recordar que estamos en guerra —dijo el del escritorio.

—Vaya si lo recordamos —replicó Joe.

La señora Olsen llegó sofocada con los papeles de Joe, y éste salió corriendo para la oficina de la zona este de la ciudad donde le contrataron como contramaestre. El patrón era Ben Tarbell, que había sido segundo piloto en el *Higginbotham*; Joe hubiera querido ir hasta Norfolk para ver a Del, pero ¡coño!, aquéllos no eran tiempos para estar en tierra. Lo que hizo fue mandarle cincuenta dólares que le pidió prestados a Glen. De todos modos, no tuvo tiempo para preocuparse, porque al día siguiente zarparon con órdenes secretas acerca del lugar donde se reunirían con el convoy.

Navegar en convoy no estaba tan mal. Los oficiales de los destructores y del *Salem*, que era el buque insignia, daban órdenes, pero los capitanes de los mercantes se gastaban bromas con el sistema de banderas. El océano Atlántico lleno de largas filas de cargueros todos ellos pintados de gris y blanco, como las enseñas de las peluquerías, por los artistas del camuflaje, era todo un espectáculo. En el convoy iban viejos cascarones en los que en tiempos de paz no se habría confiado ni para cruzar hasta Staten Island, y uno de los nuevos barcos de madera del Departamento de Marina hacía tanta agua, por haberlo construido mal con madera verde —alguien había hecho un gran negocio—, que tuvo que ser abandonado y se hundió a mitad de camino.

Joe y Glen fumaban sus pipas en el camarote de este último y charlaban sin parar. Decidieron que todo lo de tierra era una porquería y que el único sitio bueno para ellos era la mar azul. Joe se cansó de gritar a la panda de vagos que constituía la tripulación. Una vez en zona peligrosa, todos los barcos avanzaron en zigzag y a todo el mundo se le veía más pálido. Joe nunca había soltado tantos juramentos en su vida. Había una falsa alarma de submarinos cada pocas horas, los hidroaviones lanzaban cargas de profundidad y los artilleros excitados hacían fuego contra viejos barriles, montones de algas y reflejos del agua. Navegar con el *Gironde* de noche, con los

reflectores acribillando el cielo y mientras parpadeaban los telégrafos de señales y los buques de escolta daban vueltas alrededor, les resultó muy agradable.

Fue un alivio cuando descargaron las sucias mulas que soltaban coces y se libraron del hedor que despedían y de los aullidos y juramentos de los muleros. Glen y Joe fueron a tierra. Estuvieron pocas horas y no pudieron encontrar a Marceline ni a Loulou. El Garona empezaba a parecerse al Delaware, con todos aquellos muelles nuevos de acero y cemento construidos a la americana. Después de zarpar, tuvieron que estar fondeados varias horas para reparar el escape de una tubería de vapor, y vieron pasar un patrullero que remolcaba a cinco lanchones abarrotados hasta la borda, así que supusieron que los alemanes se estaban empleando a fondo.

En esa ocasión no hubo convoy. Se hicieron a la mar en medio de una noche de niebla. Cuando uno de los marineros de cubierta salió del castillo de proa con un cigarrillo en la comisura de los labios, el segundo lo puso patas arriba y dijo que haría que lo detuvieran en cuanto llegaran a Norteamérica por jodido espía alemán. Costearon España hasta Finisterre. El patrón acababa de virar poniendo rumbo al sur cuando divisaron a proa, con bastante claridad, un periscopio. El patrón se hizo cargo del timón y gritó por el tubo a los maquinistas que metieran avante toda, lo que no era mucho, sin duda, y los artilleros abrieron fuego.

El periscopio desapareció, pero un par de horas después alcanzaron una especie de barco panzudo que debía de ser un pesquero español que iba rumbo a tierra, probablemente a Vigo, huyendo como podía de la mediana tempestad que soplaba desde el noroeste. Acababan de cruzar la estela del pesquero cuando se produjo una explosión que sacudió al barco y levantó una columna de agua que golpeó a los del puente. Todo funcionó como un reloj. El número 1 era el único compartimento inundado. Para mayor suerte, la tripulación no estaba dentro del castillo de proa, sino en cubierta y con los salvavidas puestos. El *Chemang* escoraba un poco de proa, eso fue todo. Los artilleros estaban seguros de que se trataba de una mina dejada caer por el negro lanchón que los había cortado a proa y le dispararon un par de cañonazos, pero el barco saltaba tanto en la mar gruesa que no lo alcanzaron. De todos modos, el barco se perdió de vista detrás de la isla que cierra la boca de la ría de Vigo. El *Chemang* siguió a media máquina.

Cuando llegaron a la ría que hay frente a la ciudad de Vigo, el agua rebasaba ya las bombas del compartimento número 2, y en la sala de máquinas había un metro de agua. Tuvieron que varar en los bancos de arena firme que hay a la derecha de la ciudad.

Así que se encontraron de nuevo en tierra frente al consulado, con los petates a cuestas y esperando que les encontraran alojamiento. El cónsul era español y no hablaba tanto inglés como debiera, pero los trató bien. El Partido Liberal de Vigo invitó a oficiales y marinería a una corrida de toros programada para aquella tarde. Más tejemanejes; el patrón recibió un cable ordenándole que entregara el barco a los consignatarios Gómez y Cía. de Bilbao, que lo habían comprado tal y como estaba e

iban a cambiarlo de matrícula.

Al llegar a la plaza de toros, media plaza los aplaudió y gritó: *«¡Viva los Aliados!»*, y la otra media silbó y gritó: *«¡Viva Maura!»*. Pensaron que se iba a organizar una pelea allí mismo, pero salió el toro y todos se tranquilizaron. La corrida fue más que sangrienta, pero los chicos del traje de luces eran ágiles y la gente sentada a su alrededor les hizo beber vino sin parar en botas negras y les pasaron botellas de coñac, de modo que la tripulación se emborrachó y Joe pasó la mayor parte del tiempo poniendo orden entre los muchachos. Luego, los oficiales fueron invitados a un banquete ofrecido por la sociedad aliadófila local, y varios tipos bigotudos lanzaron feroces discursos que nadie entendió, y los norteamericanos aplaudieron y cantaron: *The Yanks are Coming* y *Keep the Home Fires Burning* y *We're Bound for the Hamburg Show*. El jefe, un tipo viejo que se llamaba McGillicuddy, hizo juegos de manos con una baraja y la velada fue todo un éxito. Joe y Glen se alojaron en el mismo hotel. La doncella era tremendamente guapa, pero no permitía tonterías de ningún tipo.

—Bien, Joe —dijo Glen antes de dormirse—, ¡vaya guerra ésta!

—Sí, y ya nos han alcanzado tres veces —respondió Joe.

—Esta vez por lo menos no ha sido un obús, ha sido una mina —añadió Glen.

Esperaron quince días en Vigo mientras las autoridades discutían su situación y ellos se hartaban. Luego les subieron a un tren que los llevaría a Gibraltar donde se embarcarían en un buque del Departamento de Marina. Fueron tres días de tren sin más sitio para dormir que los duros bancos de madera. España era una serie de grandes montañas polvorientas una tras otra. Cambiaron de tren en Madrid y Sevilla y las dos veces vino a ayudarles alguien del consulado. Cuando llegaron a Sevilla descubrieron que iban a Algeciras, en lugar de a Gibraltar.

Cuando llegaron a Algeciras se enteraron de que nadie sabía de ellos. Acamparon en el consulado mientras el cónsul telegrafiaba a todas partes, y por fin alquiló dos camiones y los mandaron a Cádiz. España era un país pintoresco, todo piedras y vino y mujeres tetudas de ojos negros, y oliváceos. Cuando llegaron a Cádiz, el agente consultar estaba esperándolos con un telegrama en la mano. El petrolero *Gold Shell* les aguardaba en Algeciras para embarcarlos, así que volvieron a subir a los camiones y a saltar en los duros bancos con la cara sucia y tragando polvo y sin un céntimo en el bolsillo para beber un trago. Cuando llegaron a bordo del *Gold Shell*, a eso de las tres de la madrugada de una noche de luna clara, algunos de los chicos estaban tan cansados que se tumbaron y se quedaron dormidos en la misma cubierta con la cabeza apoyada en los petates.

El *Gold Shell* los desembarcó en Perth Amboy a fines de octubre. Joe cobró sus haberes atrasados y tomó el primer tren con transbordo para llegar a Norfolk. Estaba harto de gritarles a los vagos del castillo de proa. ¡Maldita sea!, se había terminado el

mar; iba a echar el ancla y vivir un poco la vida de casado.

Se sentía optimista al cruzar en el ferry desde cabo Charles, pasando los Ripraps más allá de la bahía llena de blancos vellones de espuma, hasta las aguas pardas y tranquilas de Hampton Roads, abarrotadas de barcos; había cuatro grandes cruceros anclados, cazasubmarinos que iban y venían y una canoa de Aduanas, cargueros camuflados y unos lanchones rojos destinados al transporte de municiones. Era un resplandeciente día de otoño. Se sentía bien; tenía trescientos cincuenta dólares en el bolsillo. Vestía un buen traje, estaba tostado por el sol y acababa de comer muy bien. ¡Maldita sea! Ahora necesitaba un poco de amor. Quizá tuvieran un hijo.

Las cosas eran sin duda diferentes en Norfolk. Todo el mundo de uniforme nuevo, charlatanes que vendían sus géneros en la esquina de Main y Granby, carteles del Empréstito de la Libertad, bandas que tocaban por doquier. Joe casi no reconoció a nadie al saltar del ferry. Había escrito a Del diciéndole que llegaba, pero le preocupaba verla porque últimamente no había recibido cartas suyas. Aunque todavía tenía una llave del piso, llamó antes de abrir la puerta. No había nadie.

Siempre se había imaginado a Del corriendo a la puerta a recibirle. Pero sólo eran las cuatro, estaría trabajando. Debía de haber otra chica con ella, pues toda la casa estaba desordenada… Ropa interior puesta a secar en una cuerda, una caja de bombones con algunos mordisqueados sobre la mesa… ¡Vaya!, debió de haber una fiesta la noche anterior. Había media tarta, vasos todavía con bebida dentro, un cenicero lleno de colillas de cigarrillos y hasta un puro apagado. Bueno, seguro que habían estado unos cuantos amigos. Fue al cuarto de baño y se afeitó y lavó un poco. Claro, Del era tan conocida como siempre, y probablemente tenía un montón de amigos jugando a las cartas todo el rato en casa o algo así. En el cuarto de baño había una polvera y barras de labios, y maquillaje que ensuciaba los grifos. A Joe le pareció raro afeitarse entre esas cosas de mujer.

La oyó riéndose en la escalera, y una voz de hombre. La llave giró en la cerradura. Joe cerró la maleta y se puso en pie. Del se había cortado el pelo. Corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Pero si juraría que es mi maridito! —Joe sintió sabor a polvos en los labios—. ¡Dios mío! ¡Cuánto has adelgazado, Joe! Pobrecito, has debido de estar enfermo… Si hubiera tenido dinero, habría ido a la ciudad de un salto a reunirme contigo… Te presento a Wilmer Tayloe… Quiero decir el teniente Tayloe, le ascendieron ayer.

Joe dudó un momento y luego le tendió la mano. El otro tenía el pelo cortado al cepillo y la cara pecosa. Estaba vestido con un uniforme de gabardina, llevaba un correaje y unas polainas resplandecientes. Tenía una barra plateada en cada hombrera y espuelas.

—Se marcha a Europa mañana. Ha venido a recogerme para ir a cenar. ¡Oh, Joe, tengo tantas cosas que contarte!

Joe y el teniente estaban incómodos mirándose uno al otro, mientras Del se movía por la habitación arreglándola sin dejar de hablar a Joe.

—Es terrible, nunca tengo tiempo de hacer nada y lo mismo le pasa a Hilda… ¿Recuerdas a Hilda Thompson, Joe? Bien, pues ahora vive conmigo para ayudarme a pagar el alquiler. Por la noche las dos trabajamos en cosas relacionadas con la guerra en la cantina de la Cruz Roja, y además vendo bonos de la Libertad… ¿No odias tú a los alemanes, Joe? Oh, yo los odio mucho, y lo mismo le pasa a Hilda… Está pensando en cambiarse el nombre porque es alemán. Le he prometido llamarla Gloria, pero siempre se me olvida… Sabes, Wilmer, Joe ha sido torpedeado dos veces.

—Bueno, supongo que las seis primeras son las peores —tartamudeó el teniente Tayloe.

Joe gruñó.

Del desapareció en el cuarto de baño y cerró la puerta.

—Poneos cómodos, chicos. Estaré lista en un momento.

Ninguno de ellos dijo nada. La botas del teniente Tayloe crujían cada vez que cargaba su peso sobre un pie o el otro. Al fin se sacó una botella del bolsillo.

—Tome un trago —dijo—. Este hijo de su madre zarpa para Europa después de medianoche.

—Supongo que será lo mejor —repuso Joe, sin sonreír.

Cuando Del salió del cuarto de baño ya vestida resultaba indudablemente atractiva. Estaba mucho más guapa que la última vez que la había visto Joe. Éste se pasó todo el rato pensando si debía pegarle un puñetazo a aquel imbécil petimetre, pero el teniente se marchó cuando Del le dijo que fuera a buscarla a la cantina de la Cruz Roja.

Al quedarse solos, ella se sentó en las rodillas de Joe e hizo que se lo contara todo y le preguntó si ya tenía título de segundo oficial y si la había echado de menos, y le contó que le gustaría mucho que ganara más porque no le gustaba nada que hubiera otra chica viviendo con ella en aquel plan, pero era el único modo que tenía de pagar el alquiler. Bebió un poco de whisky que el teniente había olvidado en la mesa y le pasó la mano por el pelo y le hizo unos mimos. Joe le preguntó si volvería pronto Hilda y Del le dijo que no, que tenía una cita y que se reuniría con ella en la cantina. Joe cerró la puerta con cerrojo y por primera vez se sintieron realmente felices uno en brazos del otro en la cama.

Joe no sabía qué hacer en Norfolk. Del se pasaba el día entero en la oficina y gran parte de la noche en la cantina de la Cruz Roja. Habitualmente, él ya estaba en la cama cuando ella volvía a casa. Casi siempre la acompañaba algún maldito oficial, y los oía hablar y reír al otro lado de la puerta y se quedaba allí tumbado en la cama imaginándose que el tipo la estaría besando y acariciando. Cuando entraba ella, Joe siempre estaba a punto de darle unos puñetazos la reñía y los dos discutían y se chillaban el uno al otro y Del siempre terminaba diciéndole que no la entendía y que pensaba que era muy poco patriota al interferirse en su trabajo, y a veces hacían el amor entonces y él se sentía locamente enamorado y ella se arrebujaba en sus brazos

y le daba besitos que casi le hacían llorar de felicidad. Del cada día estaba más guapa y vestía mejor.

Los domingos por la mañana estaba demasiado cansada para levantarse y Joe preparaba el desayuno para los dos y lo tomaban metidos en la cama, como él había hecho aquella vez con Marceline en Burdeos. Luego, ella le decía que estaba loca por él y que era muy listo y que cuánto le gustaría que encontrara un trabajo en tierra y ganara mucho dinero para que ella pudiera dejar de trabajar, y que el capitán Barnes cuyos padres eran millonarios le había pedido que se divorciara de Joe y se casase con él y que el señor Canfield, de la oficina Dupont, que ganaba cincuenta mil al año, había querido regalarle un collar de perlas, pero que ella no lo aceptó pues no lo encontraba decente. Estas conversaciones asqueaban a Joe. A veces empezaba a hablar de lo que harían si tuvieran hijos, pero Del siempre ponía una cara rara y le decía que no hablara de aquello.

Joe anduvo buscando trabajo y casi consiguió el puesto de capataz en uno de los talleres de reparaciones de los astilleros de Newport News, pero en el último minuto se le adelantó otro tipo y se lo quitó. Fue un par de veces a fiestas con Del y Hilda Thompson y algunos oficiales y el guardamarina de un destructor, pero todos le miraban por encima del hombro, y Del dejaba que la besara todo el que quisiera y desaparecía en las cabinas de teléfono con cualquiera que se presentara vestido de uniforme, y Joe lo pasaba endiabladamente mal. Descubrió unos billares donde paraban algunos tipos a los que conocía y donde servían aguardiente de maíz y bebía demasiado. Del se enfadaba al volver a casa y encontrárselo borracho, pero a él ya no le importaba.

Entonces, una noche en que Joe había ido al boxeo con unos amigos, a la vuelta se encontró con Del y otro puñetero oficial paseando por la calle. Estaba muy oscuro y no circulaba demasiada gente, así que se detenían en cada portal oscuro y el oficial la besaba y abrazaba. Cuando se detuvieron debajo de una luz y Joe se aseguró de que era Del, se les acercó y les preguntó qué coño era aquello. Del debía de haber bebido porque se echó a reír con una risita que hizo perder la cabeza a Joe, que se abandonó a su impulso y le largó un directo de izquierda en plena cara al oficial. Sonaron las espuelas y el oficial cayó sin sentido tan largo como era sobre el pequeño trozo de césped que había debajo del farol. Aquello empezaba a hacerle gracia a Joe, pero Del había montado en cólera y le dijo que iba a hacer que lo detuvieran por ofensa al uniforme y agresión y escándalo y que Joe no era más que un prófugo cobarde y llorón que se dedicaba a no hacer nada mientras todos los demás chicos estaban en el frente luchando contra los alemanes. Joe se calmó un poco y ayudó al chico a levantarse y les dijo a los dos que se fueran al infierno. Se alejó antes de que el oficial, que debía de estar bastante borracho, tuviera tiempo para hacer algo más que farfullar, y fue directamente a casa y preparó su maleta y se largó.

Will Stirp estaba en la ciudad, así que Joe fue a su casa y le sacó de la cama y dijo que para él se había terminado la vida de casado y le pidió que le prestara veinticinco

dólares para ir a Nueva York. Will le dijo que aquello era una excelente idea y que amarlas y dejarlas era lo único que podían hacer unos tipos como ellos. Hablaron hasta el amanecer de una cosa y de otra. Luego Joe se acostó y durmió toda la mañana. Se levantó con el tiempo justo de alcanzar el barco para Washington. No tomó camarote sino que se pasó toda la noche en cubierta. Trabó amistad con uno de los oficiales y estuvo sentado en el puente, que olía agradablemente a tabaco de pipas viejas de muchos años. Escuchando el rumor del agua contra la proa y contemplando cómo el dedo blanco del reflector iluminaba boyas y faros, Joe recobró un poco el dominio de sí mismo. Explicó que se dirigía a Nueva York a ver a su hermana y a obtener el título de segundo oficial en el Departamento de Marina. Su historia de haber sido torpedeado tuvo éxito porque ninguno de los del *Dominion City* había cruzado el charco.

Se sentía como en los viejos tiempos allí en la proa aquella fría mañana de noviembre oliendo el aroma salobre de las aguas del Potomac, pasando junto a las casas de ladrillo de Alexandria y Anacostia, junto al arsenal y la Academia Naval, viendo el monumento que se alzaba, color rosa, entre la niebla con las primeras luces. Los muelles parecían igual que siempre: los yates y lanchas anclados al otro lado, el barco de Baltimore que llegaba, los destartalados vaporcitos de excursiones, las conchas de ostra que crujían bajo el pie en el muelle, los cargadores negros que pululaban por allí. Luego saltó al tranvía de Georgetown y al poco rato estaba subiendo por la calle de casas de ladrillo rojo. Justo cuando llamaba al timbre se preguntó a qué había venido a casa.

Mamá parecía más vieja, pero tenía bastante buen aspecto y estaba muy ocupada con los huéspedes y con las chicas que ya se habían comprometido. Le contaron que Janey progresaba mucho en su trabajo, pero que la vida de Nueva York la había cambiado. Joe dijo que iba a Nueva York a obtener el título de segundo oficial y que la iría a ver. Cuando le preguntaron por la guerra y los submarinos y todo lo demás, no supo qué contarles y no hizo más que bromear. Le alegró que llegara el momento de volver a Washington para tomar el tren, aunque estuvieron muy cariñosos con él y parecían pensar que tenía mucho mérito llegar a segundo oficial tan joven. No les contó nada de su matrimonio.

Durante el viaje en tren a Nueva York, Joe, sentado en el compartimento de fumadores, miraba por la ventanilla las granjas y las estaciones y los letreros y las calles sucias de las ciudades industriales de Jersey bajo una lluvia torrencial, y todo lo que veía le recordaba a Del y los alrededores de Norfolk y los buenos ratos que había pasado de niño. Cuando llegó a la estación de Pensilvania, en Nueva York, lo primero que hizo fue dejar la maleta en consigna y luego bajó caminando por la Octava Avenida reluciente de lluvia hasta la esquina de la calle donde vivía Janey. Supuso que sería mejor que la telefoneara antes y la llamó desde un estanco. La voz de Janey le sonó bastante fría; le dijo que estaba ocupada y que no podría verle hasta mañana. Joe salió de la cabina telefónica y caminó calle abajo sin saber adónde ir. Tenía un

paquete bajo el brazo con un par de mantones de Manila comprados para Janey y Del en el último viaje. Se sentía tan triste que le entraron ganas de tirar los mantones y todo lo demás a una alcantarilla, pero, pensándolo mejor, volvió a la estación y los metió en la maleta. Luego entró en la sala de espera a fumarse una pipa.

¡Qué coño! Lo que necesitaba era un trago. Bajó por Broadway, deteniéndose en todo lo que tuviera aspecto de bar, pero en ningún sitio le sirvieron nada. Union Square estaba toda ella iluminada y llena de carteles de propaganda de la Marina. Un gran modelo de acorazado de madera ocupaba uno de los lados de la plaza. Había una gran multitud por allí y una chica vestida de marino soltaba un discurso patriótico. Joe bajó una calle y entró en una taberna llamada La Vieja Granja. Debía de parecerse a alguien a quien conocía el camarero, porque le dijo hola y le sirvió whisky de centeno.

Joe trabó conversación con dos tipos de Chicago que bebían whisky rebajado con cerveza. Le dijeron que todo lo que se hablaba de la guerra no era más que propaganda repulsiva y que si los obreros dejaban de trabajar en las fábricas de municiones y de obuses, que sólo servían para hacer pedazos a otros obreros como ellos, aquella maldita guerra se acabaría. Joe dijo que tenían toda la razón del mundo, pero que debían considerar el dinero que se ganaba. Los tipos de Chicago le dijeron que ellos habían trabajado en una fábrica de municiones pero que lo dejaron, ojalá se fuese a la mierda, y que si los obreros ganaban dólares con facilidad quienes de verdad se aprovechaban de la guerra eran los que ganaban millones. Dijeron que los rusos tenían razón: había que hacer una revolución y fusilar a los jodidos explotadores, y que eso era lo que iba a pasar en este país si no se andaban con cuidado, y coño si se lo merecían. El barman se inclinó encima de la barra y les dijo que no debían hablar así, que iban a tomarlos por espías alemanes.

—Hombre, pero si tú mismo eres alemán, George —dijo uno de los tipos.

El barman se puso muy colorado y contestó:

—Los apellidos no significan nada… Yo soy un norrteamericano patrriota. Os lo desía por fuestro bien. Si tenéis ganas de terrminarr en la cárrcel no es asunto mío.

Pero les sirvió unas copas a cuenta de la casa y a Joe le pareció que estaba de acuerdo con ellos.

Bebieron otra ronda y dijo que todo aquello era verdad, pero ¿qué coño podía hacer uno? Los tipos le dijeron que lo que se podía hacer era afiliarse a los I.W.W. y tener un carnet rojo y ser un obrero con conciencia de clase. Joe dijo que eso era para extranjeros, pero que si alguien formaba un partido de blancos para combatir a los explotadores y a los malditos banqueros, que contaran con él. Los tipos de Chicago, se enfadaron y dijeron que los I.W.W. eran tan blancos como él, y que lo partidos políticos eran una farsa y que todos los del Sur eran unos esquiroles. Joe se echó hacia atrás y miraba a los tipos pensando a quién de los dos le daría una bofetada, cuando el barman salió por un extremo del mostrador y se colocó entre ellos. Era gordo, pero de espaldas anchas y ojos azules amenazadores.

—¡Un momento, hatajo de fagos! —dijo—. Foy a desirros una cosa. Clarro que yo soy alemá, pero ¿porr eso foy a serr parrtidarrio del Káiser? No. Es un serrdo y yo soy sosialista y llefo trreinta años fifiendo en Union Sity, tengo una casa y pago los impuestos. Fero eso no quierre desirr que faya a lucharr forr el banquerro Morrgan. Eso nunca. Conosco a los obrerros norrteamerricanos del parrtito sosialista y lo único que hasen es combatirr entrre ellos. Cualquierr hijoputa crree que es mejor que el hijoputa de al lado. Y ahorra fuerra de aquí…, es horra de serrarr… Foy a serrarr y marrcharrme a casa.

Uno de los tipos de Chicago se echó a reír.

—Bien, pa ti la perra gorda…, después de la revolución será distinto.

Joe todavía quería pegarse, pero pagó una ronda con su último billete y el barman, que aún tenía la cara roja debido al discurso que había soltado, se llevó un vaso de cerveza a la boca. Soplando la espuma dijo:

—Si sigo hablando así, perrderré mi trrabajo.

Se estrecharon las manos y Joe salió a las ráfagas cargadas de lluvia del nordeste. Estaba alumbrado pero no se sentía bien. Volvió a Union Square. Los discursos de reclutamiento habían terminado. El modelo del acorazado estaba apagado. Dos chavales harapientos se agazapaban debajo de la lona de la tienda de reclutamiento. Joe se sentía muy mal. Bajó al metro y esperó el tren de Brooklyn.

La casa de la señora Olsen estaba a oscuras. Joe llamó y poco después bajó ella con un salto de cama color rosa y abrió la puerta. Se enfadó porque la había despertado y protestó de que estuviera algo bebido, pero le dio alojamiento y a la mañana siguiente le dejó quince dólares para que se las arreglara hasta que le proporcionaran trabajo en el Departamento de Marina. La señora Olsen parecía cansada y mucho más vieja; dijo que tenía dolores de espalda y que ya no podía trabajar como antes.

A la mañana siguiente, Joe le hizo unos trabajos de carpintería en la despensa y sacó la basura antes de ir al Departamento de Marina a apuntarse en la escuela de pilotos. El pequeño judío que había detrás de la mesa nunca había visto el mar, pero le hizo un montón de preguntas estúpidas y le dijo que volviera la próxima semana para enterarse de lo que había sido de su solicitud. Joe se enfadó y le dijo que se fuera a tomar…, y se marchó.

Invitó a Janey a cenar y a un espectáculo, pero ella decía lo mismo que todos los demás y le riñó por usar tacos y Joe no lo pasó demasiado bien. A ella le gustaron los mantones, y a él le alegró que le fuera tan bien en Nueva York. No le habló de su matrimonio con Della.

Después de acompañarla hasta su casa no sabía qué demonios hacer. Quería un trago, pero la salida con Janey y todo lo demás le había dejado sin los quince dólares que le había prestado la señora Olsen. Se dirigió entonces hacia el oeste, a un bar que conocía en la Décima Avenida, pero el local estaba cerrado: prohibición de tiempos de guerra. Entonces bajó hasta Union Square; quizás aquel tipo, Tex, a quien había

visto al cruzar la plaza con Janey siguiera todavía sentado allí y pudiera charlar un rato con él. Se sentó en un banco de enfrente del acorazado de madera y empezó a examinarlo: no era un mal trabajo. ¡Coño! Le habría gustado no haber pisado nunca un auténtico barco de guerra, pensaba, cuando Tex se sentó a su lado y le puso la mano en la rodilla. En el instante que lo tocó, Joe supo que aquel tipo nunca le gustaría; tenía los ojos demasiado juntos.

—¿Por qué estás tan preocupado, Joe? Cuéntame, he oído que te van a dar el título.

Joe asintió y se echó hacia adelante y escupió cuidadosamente entre los pies.

—¿Qué te parece ese modelo de acorazado? No está mal, ¿verdad? Tenemos suerte de no estar en Europa luchando en las trincheras contra los alemanes.

—Casi lo preferiría —gruñó Joe—. No me importaría un carajo.

—Mira, Joe, he conseguido un trabajo. Supongo que no te lo debería contar, pero tú eres legal. Sé que no se lo dirás a nadie. He estado parado dos semanas, no sé lo que me pasa en el estómago. Tío, estoy enfermo, te lo aseguro. Ya no puedo hacer trabajos pesados. Un fulano al que conozco trabaja de camarero y me ha dado de comer. Bueno, pues estaba sentado en un banco de aquí mismo, en la plaza, y un tipo bien vestido se me sentó al lado y se puso a hablarme, muy amable. Me pareció uno de esos maricones que andan por aquí a la caza de alguien, y pensé que le podría sacar algo de dinero. ¡Qué coño! Estoy enfermo y no puedo trabajar.

Joe, recostado en el respaldo con las piernas estiradas, las manos en los bolsillos, observaba la silueta del acorazado recortándose contra los edificios. Tex hablaba deprisa, metiendo su cara en la de Joe:

—Resultó que el hijoputa era de la pasma. ¡Cojones! Me quedé tieso. Un agente del servicio secreto. Burns es su jefe superior…, pero él anda detrás de rojos, prófugos, espías alemanes, tipos que no saben tener la boca cerrada…, y va y me ofrece trabajo. Veinticinco billetes a la semana si el pequeño Willy se porta bien. Lo único que tengo que hacer es andar por ahí y oír lo que habla la gente, ¿comprendes? Si oigo algo que no sea legal al cien por ciento voy con la copla al patrón y él investiga. Veinticinco a la semana y además trabajo para mi patria, y, como me meta en algún lío, Burns me sacará… ¿Qué piensas de todo este asunto, Joe?

Joe se puso de pie.

—Me parece que me voy a Brooklyn.

—Déjate caer por aquí… Siempre me has tratado bien…; sé que a ti te convendría también, Joe…, le hablaré de ti a ese tipo, si quieres. Es buen observador, un tipo educado y todo eso y sabe donde se puede conseguir todo el alcohol que quieras y lo mismo mujeres.

—Coño, me vuelvo al mar para escapar de toda esta mierda… —dijo Joe, dándole la espalda y encaminándose a la estación de metro.

# El Ojo de la Cámara (34)

su voz estaba a tres mil millas de distancia todo el tiempo quería levantarse de la cama tenía las mejillas de un rosa brillante y la respiración jadeante No niño es mejor que te quedes ahí tranquilo no queremos que te vuelvas a enfriar por eso me mandaron estar contigo para que no te levantaras de la cama

el cuarto abovedado huele a fiebre y a ácido fénico de los italianini enfermos fuera la sirena que indica los bombardeos es una pesadilla

(Mestre es un nudo de ferrocarriles y la luna brilla encima del Brenta y del hospital de la base y del depósito de municiones

ácido fénico azul claro de luna)

todo el tiempo tratando de levantarse de la cama Niño será mejor que te quedes ahí tranquilo su voz estaba en Minesota pero nomeentendéischicosunotienequelevantarse Tengo una cita unaentrevistaimportantesobre aquellos lotes nodebíahaberestadotantotiempoenlacama voy a perder la garantía Por el amor de Dios ¿no creen que ya estoy bastante arruinado?

Niño estate quieto estamos en el hospital de Mestre tienes un poco de fiebre que te hace ver cosas raras

¿No le pueden dejar a uno en paz? Loquepasa es que trabajáis para ellos ya lo sé quierenhundirme creen quesoyunmamón porhaberdejadogarantía ya verás lespartiréesajodidacara

mi sombra en la bóveda grande y vacilante y proyectada por la luz rojiza de una vela en la fría noche de invierno de ácido fénico del hospital sobre la sombra del catre tengo que sujetarlo de los hombros al catre de Curley fuerte a pesar de

(puedes oír sus motores ahora que disparan las baterías antiaéreas debe ser maravilloso allá arriba a la luz de la luna lejos del olor a ácido fénico y a letrinas y a italianini enfermos)

me vuelvo a sentar y enciendo un purito con la vela parece que él se ha dormido su respiración tan fuerte respiración de neumonía me oigo respirar y el agua que gotea del grifo los médicos y asistentes abajo en el refugio no pueden oír al italianini enfermo gemir

Dios mío ¿se estará muriendo este tipo?

han parado los motores un tam tam en mis tímpanos (allá arriba en el claro de luna azul el observador austríaco coge la cuerda que vuelca el carro de manzanas) la llama de la vela está muy quieta

esta vez no pero el bang cerca de la cabeza despierta a Curley y vibran los cristales de las ventanas del piso de arriba la llama de la vela no vaciló pero la bóveda vacila con mi sombra y la sombra de Curley maldita sea qué fuerte es su cabeza

apesta a fiebre Niño tienes que seguir en cama (volcaron el carro de manzanas como debía ser) vuelan trozos de metralla afuera Niño tienes que volver a la cama

pero tengo una cita oh cristodulcejesús no me pueden decir cómo volver con mi grupo porcompasión papá yo no queríahacernadamalo sonsóloesos tipos

la voz se convierte en un sollozo le tapo con la manta hasta la barbilla vuelvo a encender la vela vuelvo a fumarme un purito vuelvo a mirar el reloj debe de estar a punto de amanecer son las diez no me relevan hasta las ocho

muy lejos una voz sube y sube y luego se precipita hacia abajo como la sirena de los bombardeos aéreos ayayUTU

# Noticiario XXV

Las fuerzas del general Pershing han ocupado hoy la granja Belle Joyeuse y el flanco meridional del Bois des Loges. Los norteamericanos sólo encontraron una débil resistencia de ametralladoras. El avance fue una operación para asegurar líneas. Aparte de eso, hoy la actividad en el frente consistió principalmente en fuego de artillería y bombardeos. Las patrullas que operan en las cercanías de Belluno han precedido el flujo de tropas aliadas que penetra por el paso del Quero en la región de Grappa

MARINEROS REBELDES DESAFÍAN A LOS ALIADOS

Bonjour ma chérie
Comment allez vous?
Bonjour ma chérie
¿cómo te va?

tras una larga conferencia con el secretario de Guerra y el secretario de Estado, el presidente Wilson volvió a la Casa Blanca esta tarde aparentemente muy satisfecho de que los acontecimientos prosigan con firmeza el curso que consideraba que iban a tomar

Avez vous fiancé?, cela ne fait rien
Voulez vouz coucher avec moi ce soir?
Wi, wi, combien?

AYUDAD A LA ADMINISTRACIÓN DE ALIMENTOS DENUNCIANDO A LOS QUE SE APROVECHAN DE LA GUERRA

lord Roberts, que es el brazo derecho del ministro de Asuntos Exteriores Balfour, añadió: «Cuando llegue la victoria, la responsabilidad de Norteamérica y de la Gran Bretaña no recaerá sobre los estadistas, sino sobre el pueblo». El despliegue de banderas rojas en nuestras vías públicas parece el símbolo de una desenfrenada licencia, y un emblema del odio a la ley y de la anarquía, lo mismo que la bandera negra representa todo lo que es repulsivo

## LENIN VUELA A INGLATERRA

aquí estoy como pez en el agua este tercer día de octubre. Era domingo y subí al parapeto y me alcanzaron en la pierna con una bala de ametralladora, por debajo de la rodilla. Estoy muy cómodamente en un hospital de la base. Escribo con la mano izquierda porque apoyo la cabeza en la derecha

## LA BOLSA ESTÁ FIRME PERO DESCONFÍA

Un día voy a matar al trompeta
Un día lo van a encontrar muerto
Le romperé la trompeta
Y me pasaré
el resto de mi vida en cama

# Un Quijote de Indiana

*Hibben, Paxton, periodista, Indianápolis, Indiana, 5 de diciembre de 1880; hijo de Thomas Entrekin y Jeanne Merrill (Ketcham), varón; bachiller en Artes, Princeton, 1903; doctor en Artes, Harvard, 1904*

Los hombres sensatos del Medio Oeste estaban preocupados los años en que Hibben iba creciendo allí, algo andaba mal en la República Norteamericana; ¿era el patrón oro, los privilegios, los intereses, Wall Street?

Los ricos se hacían más ricos, los pobres se hacían más pobres, se atosigaba a los pequeños terratenientes, los obreros trabajaban doce horas al día para vivir mal; los beneficios eran para los ricos, la ley era para los ricos, los policías eran para los ricos;

¿para esto habían avanzado los peregrinos con la cabeza contra la tempestad, llenando con el plomo de sus trabucos a los indios que huían,

y arado las tierras pedregosas de Nueva Inglaterra?;

¿para eso habían cruzado los Apalaches los pioneros,

con los fusiles de largo cañón en bandolera sobre sus flacas espaldas,

un puñado de grano en el bolsillo de su chaleco de gamuza?;

¿para esto habían salido los granjeros de Indiana a matar a Johnny Red y a liberar a los negros?

Paxton Hibben era un chico pequeño y pendenciero, hijo de una de las mejores familias (los Hibben tenían una mercería y un almacén de tejidos al por mayor en Indianápolis); en el colegio los chicos ricos no le tenían simpatía porque andaba con los chicos pobres y a los pobres no les gustaba porque sus padres eran ricos,

pero fue el alumno más brillante del instituto de Short Ridge

dirigió el periódico,

venció en todos los debates.

En Princeton fue el colegial joven, editor del *Tiger*, bebió mucho, no negaba que andaba detrás de las chicas, tuvo un brillante expediente académico, y les resultó sumamente molesto a los empollones. El camino natural para un joven brillante de su clase y posición era estudiar Derecho, pero Hibben quería

viajes y aventuras a lo Byron y a lo De Musset, elegantes aventuras en el extranjero,

así que

como su familia era una de las mejores de Indiana y amiga del senador Beveridge, consiguió un puesto en el servicio diplomático:

3.er Sec. y 2.ª Sec. Embajada Norteamericana San Petersburgo y Ciudad de México, 1905-1906; Sec. de Legación y Chargé d'Affaires, Bogotá, Colombia, 1908-1909; La Haya y Luxemburgo, 1909-1912; Santiago de Chile, 1912 (retirado).

Pushkin en lugar de Musset; para un joven refinado San Petersburgo era una aventura sentimental:

cúpulas cubiertas de oro bajo un cielo platino,

el Neva de hielo gris corriendo rápido y profundo bajo puentes que tintinean con las campanillas de los trineos;

de vuelta a casa desde las islas con la amante del gran duque, la más bella y romántica cantante de canciones callejeras napolitanas;

apostando montones de rublos en un gran salón de techo alto resplandeciente, con candelabros, monóculos, collares de brillantes en blancos hombros;

nieve blanca, manteles blancos, sábanas blancas,

vino de Kajecia, vodka fresco como heno recién cortado, caviar de Astrakán, esturión, salmón finlandés, urogallo de Laponia y las mujeres más bellas del mundo;

pero era 1905; Hibben salió una noche de la embajada y vio un resplandor rojo sobre la nieve pisoteada de la Perspectiva Nevski

y banderas rojas,

sangre congelada en las huellas de pisadas, sangre líquida en los raíles del tranvía;

vio las ametralladoras en los balcones del Palacio de Invierno, y a los cosacos cargando contra multitudes desarmadas que pedían paz y comida y un poco de libertad,

oyó el ronco rugido de *La Marsellesa* rusa;

alguna vena tozuda de su vieja sangre norteamericana se le sublevó, y anduvo por la calle toda la noche con los revolucionarios; lo miraron mal en la embajada

y fue trasladado a Ciudad de México, donde todavía no había revolución, sólo peones y curas y la quietud de los grandes volcanes.

Los *Científicos* lo hicieron socio del Jockey Club

donde en el magnífico edificio de ladrillos azules de Puebla perdió todo su dinero en la ruleta y contribuyó a beber las últimas cajas de botellas de champán que se salvaron del saqueo de Cortés.

Chargé d'Affaires en Colombia (nunca se le olvidó que debía su carrera a Beveridge; creía apasionadamente en Roosevelt, y en la rectitud y la reforma, y en las leyes antitrust, en el Gran Palo que iba a ahuyentar a los políticos sinvergüenzas y a los malhechores ricos y dar al hombre normal y corriente lo que le es debido), contribuyó a hacer estallar la revolución que robó la zona del Canal al obispo de Bogotá; más tarde apoyó a Roosevelt en el proceso por difamación Pulitzer; era

progresista y creía en el Canal y en T. R.

Fue relegado a La Haya donde se quedó dormido durante las vagas consideraciones del Tribunal Internacional.

En 1912 se retiró de la carrera diplomática y volvió a su país a hacer campaña en favor de Roosevelt,

llegó a Chicago a tiempo de oírles cantar *Onward Christian Soldiers* en la convención que se celebró en el Colosseum; en las voces y vítores compactos distinguía el pisar de *La Marsellesa* rusa, el lúgubre silencio de los peones mexicanos, a los indios colombianos esperando un libertador; en la resonancia del himno oyó las notas acompasadas de la Declaración de Independencia.

Las palabras de justicia social se desinflaron; T. R. era una vejiga llena de aire como todos los demás, el Bull Moose estaba relleno del mismo serrín que el G.O.P.[3]

Paxton Hibben se presentó a las elecciones para el Congreso como progresista en Indiana, pero la guerra europea ya había desviado la atención de la gente respecto a la justicia social.

Corresponsal de guerra del semanario *Collier*, 1914-1915; enviado especial de Associated Press en Europa, 1915-1917; corresponsal de guerra del semanario *Leslie* en el Oriente Próximo y secretario de la Asociación Rusa del Socorro a Oriente Próximo, junio-diciembre de 1921.

Durante esos años olvidó las diplomáticas batas de seda malva y los juegos de tocador de marfil y los breves tête-àtêtes con las granduchesses,

fue a Alemania como secretario de Beveridge, vio a las tropas alemanas marcando el paso de la oca en Bruselas,

vio a Poincaré visitando las largas y fatales trincheras de Verdún entre hileras de soldados resentidos y medio amotinados vestidos de azul,

vio heridas gangrenadas, cólera, tifus, niños pequeños con la tripa hinchada por el hambre, los cadáveres llenos de gusanos en la retirada de Serbia, oficiales aliados borrachos persiguiendo a chicas enfermas y desnudas en los burdeles de Salónica, soldados saqueando tiendas e iglesias, marinos franceses e ingleses peleándose en los bares con botellas de cerveza;

anduvo arriba y abajo por la terraza con el rey Constantino durante el bombardeo de Atenas, se batió en duelo con un viajante francés que se levantó y salió del comedor del Grande Bretagne cuando se sentó un alemán a comer; Hibben creía que el duelo era una broma hasta que todos sus amigos empezaron a ponerse el sombrero de copa; esperó quieto a que el francés le disparase las dos veces y luego rio apuntando al suelo; en Atenas, como en todas partes, siempre se metía en líos; era un hombre pequeño y truculento, siempre defendía a sus amigos, a gente sin suerte, a una idea, demasiado inquieto para disponer cuidadosamente los jalones de una carrera respetable.

Grados: teniente, 27 nov. 1917; ¿capitán?, 31 mayo 1919; sirvió en la Escuela de Guerra del campamento Grant; en Francia, con el 332 Antiaéreo; Tesorería de Intendencia; en el Cuartel General oficina del Inspector General de las F. E. A.; licenciado el 21 agosto 1919; capitán de reserva 7 febrero 1920; mencionado el 7 febrero 1925.

La guerra europea era sangrienta y sucia y monótona, pero la guerra en Nueva York reveló tan viscosa profundidad de vileza e hipocresía que ninguno de los que la vieron volvió a sentir las mismas cosas; en los campos de instrucción era distinto, los muchachos creían que aseguraban el mundo para la Democracia; Hibben creía en los Catorce Puntos, creía en La Guerra que Terminaría con Las Guerras.

En misión militar a Armenia agosto-diciembre, 1919; corresponsal en Europa del *Chicago Tribune*; con el Socorro al Oriente Próximo, 1920-1922; sección rusa de la Cruz Roja norteamericana, 1922; subdirector de la Misión Nansen de Socorro Norteamericano, 1923; sección de la comisión del Socorro a los Niños Rusos, abril 1922.

En el año del hambre año del cólera año del tifus Paxton Hibben fue a Moscú con la comisión de socorro.

En París todavía regateaba el precio de la sangre, reñían sobre banderitas de juguete, sobre las fronteras de mapas en relieve, sobre los destinos históricos de los pueblos, mientras entre bastidores había escenas de buenos jugadores de contratos; los Deterding, los Zajaroff, los Stinness se apoderaban tranquilamente de las materias primas.

En Moscú había más orden.

En Moscú había más trabajo.

En Moscú había esperanza;

*La Marsellesa* de 1905, *Onward Christian Soldiers* de 1912, la sombría pasividad de los indios norteamericanos, de los soldados de infantería esperando la muerte en el frente, eran parte del tremendo rugido de la *Internationale* marxista.

Hibben creía en el nuevo mundo.

Volvió a Norteamérica

alguien tenía una fotografía del capitán Paxton Hibben colocando una corona de flores en la tumba de Jack Reed; trataron de expulsarlo de la reserva;

en la vigésima reunión de sus compañeros de promoción, en Princeton, trataron de lincharlo; quizás estaban borrachos y no se tratara más que de una broma de estudiantes con veinte años de retraso, pero ya le habían puesto un nudo alrededor del cuello,

en Norteamérica no hay lugar para cambios, ni lugar para las viejas frases: justicia social, progresismo, rebelión contra la opresión, democracia; los rojos a la picota,

para ellos no hay dinero,

para ellos no hay trabajo.

Miembro de la Liga de Escritores de Norteamérica, la Sociedad de Guerras Coloniales, los veteranos

de Guerras en el Extranjero; legión norteamericana, miembro de las sociedades geográficas Real y Norteamericana, condecoraciones: caballero de la Orden de San Estanislao (rusa), Oficial de la Orden del Redentor (griega), Orden del Tesoro Sagrado (japonesa), clubs Princeton, de la Prensa, Cívico (Nueva York) Obras: *Constantine and the Greek People*, 1920; *The Famine in Russia*, 1922; *Henry Ward Beecher, an American Portrait*, 1927.

Murió en 1929.

# Noticiario XXVI

## EUROPA EN LA CUERDA FLOJA

Tout le long de la Thamise
Nous sommes allés tout les deux
Gouter l’heure exquise.

en tales condiciones es sorprendente que el Ministerio de Justicia mire con auténtico afecto a quienes se negaron a servir obligatoriamente, con lenidad respecto a anarquistas convictos y con cierta indiferencia a la abrumadora mayoría de los que aún siguen en libertad y que no han sido deportados durante años después de que la organización del acero norteamericano y Wall Street estuviera ocupada con el problema de medir los metros cúbicos en la propiedad

## EL ACERO SE DESENVUELVE CON MAYOR LIBERTAD

¿Adónde vamos desde aquí, chicos?
¿Adónde vamos desde aquí?

## VUELAN SOBRE PARÍS PATOS SALVAJES

## LA INDUSTRIA DE LOS FERTILIZANTES ESTIMULADA POR LA GUERRA

En cualquier parte de Harlem
O un malecón de Jersey City

la victoria en la guerra depende tanto de los obreros industriales como de los soldados. Nuestro magnífico porcentaje de botaduras, que incluye los cien barcos botados el Día de la Independencia, muestra lo que se puede hacer si arrimamos el hombro a la rueda inspirados por el patriotismo

## LOS BAÑOS DE LA SAMARITANA SE HUNDEN EN EL SENA DESBORDADO

Puede que no sepa
    Qué pasa con la guerra
Pero ¡pardiez

Que pronto lo sabré!
Así que amada mía
No tengas miedo
Que te traeré un rey
Como recuerdo
Te traeré a un turco
Y también al Káiser
Y eso es casi todo
Lo que se puede hacer

## PROYECTOS DE EXPLOSIVOS AETNA PARA LA POSGUERRA

## EN LA ANTIGUA CIUDAD EN TINIEBLAS CALLAN HASTA LAS CAMPANAS DE LOS DOMINGOS

¿Adónde vamos desde aquí, chicos?
¿Adónde vamos desde aquí?

# Richard Ellsworth Savage

Fue en Fontainebleau donde vieron por primera vez alineadas en la plaza frente al palacio de Francisco I las grandes y grises ambulancias Fiat que tenían que conducir. Schuyler regresó, tras hablar con los conductores franceses que les hacían la entrega, con la noticia de que éstos estaban enfadadísimos porque aquello significaba que tenían que volver a primera línea. Le preguntaron por qué coño no podían quedarse en casa los norteamericanos ocupándose de sus propias cosas en vez de venir a ocupar los buenos puestos de *embusqué*. Aquella noche la sección acampó en tiendas de lona alquitranada que apestaban a ácido fénico, en un pueblecito de la Champagne. Resultó que era el Cuatro de Julio, así que el *maréchal-de-logis* sirvió champán con la cena y vino un general con blancas patillas de morsa y soltó un discurso diciendo que con la ayuda de la *Amérique héroique la victoire* era segura y propuso un brindis por *le président Vilson*. El jefe de la sección, Bill Knickerbocker, se levantó un poco nervioso y brindó por *la France héroique, l'héroique Cinquième Armée* y la *victoire* para Navidad. Los fuegos artificiales corrieron a cargo de los alemanes que mandaron unos bombarderos y obligaron a todo el mundo a meterse en los refugios.

Una vez en ellos, Fred Summers dijo que olía demasiado mal y que quería un trago, y él y Dick salieron en busca de un *estaminet*, manteniéndose debajo de los aleros de las casas para resguardarse de la metralla de los cañones antiaéreos. Encontraron una tasca abarrotada de humo de tabaco y de *poilus* franceses que cantaban la *Madelon*. Todo el mundo les vitoreó cuando entraron y les tendieron una docena de vasos. Fumaron sus primeros *caporal ordinaire* y les invitaron a tantas copas que ya era hora de cerrar cuando sonaron las trompetas que son el equivalente al toque de queda norteamericano; luego se encontraron marchando con paso vacilante por calles oscuras como boca de lobo cogidos del brazo de dos *poilus* que prometieron acompañarles a su acantonamiento. Los *poilus* dijeron que la *guerre* era una *saloperie* y la *victoire* una *sale blague* y preguntaron inquietos si *les américains* sabían algo de la *révolution* en Rusia. Dick dijo que él era pacifista y partidario de todo lo que pudiera terminar con la guerra y se estrecharon la mano significativamente y hablaron de la *révolution mondiale*. Cuando se tumbaban en sus literas, de pronto Fred Summers se incorporó bruscamente envuelto en la manta, y dijo con aquella solemnidad tan divertida propia de él:

—Muchachos, esto no es una guerra. Es una jodida casa de locos.

En la sección había otros dos tipos a los que les gustaba beber vino y charlar en su mal francés: Steve Warner, que había estudiado en Harvard, y Ripley, que era un novato de Columbia. Los cinco andaban siempre juntos a la busca de *omelettes* y *pommes frites* en los pueblos de las cercanías, y haciendo la ronda de los *estaminets* cada noche; llegaron a ser conocidos como «los granadinos de la guardia». Cuando la

sección se trasladó a la Voie Sacrée, a espaldas de Verdún, y estuvo acuartelada durante tres lluviosas semanas en un pueblecito en ruinas llamado Erize la Petite, los chicos instalaron sus catres juntos en el mismo rincón del destrozado granero que les señalaron como alojamiento. Llovía todo el día y toda la noche; todo el día y toda la noche desfilaban por el barro líquido de los caminos camiones que llevaban hombres y municiones a Verdún. Dick solía sentarse en su catre mirando a través de la puerta el agitado cruzar de rostros llenos de barro de los jóvenes soldados franceses que iban a primera línea, borrachos, desesperados y gritando: *«À bas la guerre, mort au vaches, à bas la guerre»*. Una vez Steve entró bruscamente, asomando su rostro pálido por encima del capote mojado, con los ojos desorbitados, y diciendo en voz baja:

—Ahora sé lo que eran las carretas bajo el Terror, lo que son ahora; carretas llenas de condenados a muerte.

Dick respiró aliviado cuando al fin avanzaron hasta quedar dentro del radio de acción de los cañones, y comprobó que no tenía más miedo que los demás. La primera vez que salieron de servicio, él y Fred se perdieron en los bosques destrozados por la metralla y trataban de dar vuelta al coche en una cota desnuda como la cara de la luna cuando tres obuses de un ochenta y ocho austríaco les pasaron por encima como tres chasquidos de un látigo. Nunca llegaron a saber cómo se apearon del coche y se metieron en la trinchera, pero cuando se disipó la ligera humareda azul que olía a almendra los dos estaban tendidos en el barro. Fred perdió el control y Dick tuvo que echarle el brazo por encima y repetirle al oído:

—Vamos, hombre, hay que dominarse. Vamos, Fred, saldremos de ésta.

Todo eso le hizo gracia y durante todo el camino de regreso no dejó de reír. Luego ya se encontraron en la parte más tranquila del bosque, donde se había instalado muy inteligentemente el puesto de socorro delante de una batería del 405, así que cada vez que el cañón disparaba la explosión casi hacía rodar a los heridos fuera de las camillas. Cuando volvieron a la sección, después de transportar un cargamento al puesto de distribución, pudieron enseñar tres agujeros mellados producidos por trozos de metralla en uno de los costados del coche.

Al día siguiente se inició el ataque con constantes cortinas y contracortinas de fuego y violentos bombardeos de gas; la sección estuvo de servicio veinticuatro horas diarias durante tres días, al final de los cuales todos tenían disentería y los nervios destrozados. Un tipo enloqueció debido a un obús y, aunque el miedo no le había dejado ir a la línea de fuego, tuvo que ser devuelto a París. Un par de hombres tuvieron que ser evacuados a causa de la disentería. Los granadinos de la guardia salieron bastante bien parados del ataque, si se exceptúan Steve y Ripley, que recibieron una dosis extra de gas mostaza una noche y vomitaban todo lo que comían.

En sus períodos de veinticuatro horas libres de servicio, se reunían en un jardincillo de Récicourt, que era la base de la sección. Nadie más parecía conocer su existencia. El jardín había pertenecido a una villa de color rosa, pero la villa había

quedado hecha polvo, como si la hubiera pisado un pie enorme. El jardín estaba intacto, crecían malas hierbas a causa del descuido, las rosas florecían y mariposas y abejas revoloteaban entre las flores las tardes soleadas. Al principio confundían el ruido de las abejas con el de *arrivés* distantes y se tumbaban boca abajo en cuanto lo oían. Había habido una fuente de cemento en medio del jardín y solían sentarse allí cuando los alemanes bombardeaban por encima de sus cabezas la carretera y el puente próximos. Había bombardeos regulares tres veces al día y disparos sueltos de vez en cuando. Uno de ellos se encargaba de hacer cola en el Copé para comprar melones del sur de Francia y champán a cuatro francos cincuenta. Luego se quitaban la camisa para tostarse espalda y hombros, si había sol, y se sentaban en la fuente seca comiendo los melones y bebiendo el champán tibio, que parecía sidra, y hablaban de que al volver a Estados Unidos fundarían un periódico clandestino como *La Libre Belgique* para contar a la gente cómo era en realidad la guerra.

Lo que a Dick le gustaba más del jardín era el pequeño excusado, semejante al excusado de una casa de campo de Nueva Inglaterra, con un asiento fregado y limpio, y una media luna en la puerta, a través de la cual los días de sol entraban las avispas que tenían un nido en el techo, mientras zumbaban sin parar. Sentado allí con dolor de tripa, escuchaba las voces apagadas de sus amigos que hablaban en la fuente seca. Sus voces le alegraban y reconfortaban mientras se limpiaba con unas hojas amarillentas del *Petit Journal*, de 1914, que todavía colgaban de un clavo. Un día, al volver abrochándose el cinturón, dijo:

—¿Sabéis? He estado pensando en lo bien que estaría que pudiéramos reorganizar las células de nuestro cuerpo para formar otro tipo de vida… Es asqueroso ser humano… Me gustaría ser un gato, un hermoso y comodón gato casero sentado junto al fuego.

—Esto es algo muy desagradable —dijo Steve, cogiendo la camisa y poniéndosela. Una nube había tapado el sol y de pronto hacía fresco. Los cañones sonaban tranquilos y distantes. De repente, Dick sintió frío y soledad—. Es realmente muy desagradable que uno tenga que avergonzarse de pertenecer a su propia especie, pero os juro que estoy avergonzado de ser hombre… Será necesario algo así como una gran ola de esperanza, una revolución, por ejemplo, para que pueda volver a sentir respeto hacia mí mismo. Dios mío, no somos más que unos monos asquerosamente crueles, malvados y estúpidos, aunque no tengamos cola.

—Bien, Steve, si quieres recobrar tu propia estima, y la estima nuestra como chimpancés, ¿por qué no vas, ahora que no bombardean, a comprarnos una botella de champán? —dijo Ripley.

Después del ataque en la Cota 304 la división fue a descansar a Bar-le-Duc durante un par de semanas y luego la mandaron a un sector tranquilo del Argonne llamado Le Four de París donde los franceses jugaban al ajedrez con los alemanes en

primera línea y donde un bando avisaba siempre al otro antes de hacer estallar una mina debajo de una trinchera. Cuando no estaban de servicio podían ir al pueblo deshabitado e intacto de Sainte Ménéhoulde y allí comían pasta fresca, sopa de nabos y pollo asado. Cuando la sección fue disuelta y mandaron a todo el mundo a París, a Dick le fastidió dejar los suaves y otoñales bosques del Argonne. El ejército norteamericano se iba a hacer cargo del servicio de ambulancias agregado al francés. Todo el mundo recibió una copia de la citación de la sección; Dick Norton les soltó un discurso bajo fuego de cañón sin que se le cayera el monóculo del ojo, llamándolos caballeros voluntarios, y eso fue el final de la sección.

A no ser por algún obús ocasional del Bertha, París estaba tranquilo y agradable aquel noviembre. Había demasiada niebla para ataques aéreos. Dick y Steve Warner encontraron una habitación muy barata detrás del Panteón; de día leían en francés y de noche recorrían cafés y establecimientos de bebidas. Fred Summers consiguió un trabajo en la Cruz Roja de veinticinco dólares a la semana y una chica fija al día siguiente de llegar a París. Ripley y Ed Schuyler se instalaron cómodamente en el bar Henry's. Cenaban juntos todas las noches y discutían hasta la exasperación sobre lo que debían hacer. Steve dijo que volvería a casa y que todo se fuera al infierno; Ripley y Schuyler dijeron que a ellos no les importaba hacer lo que fuera con tal de mantenerse lejos del ejército norteamericano, y hablaron de enrolarse en la Legión Extranjera o en la Escuadrilla Lafayette.

Fred Summers dijo:

—Amigos, esta guerra es la estafa más gigantesca y descarada del siglo; a mí sólo me importan las enfermeras de la Cruz Roja.

A fines de la primera semana había conseguido dos empleos en la Cruz Roja, cada uno de veinticinco a la semana, y a una madura *marraine* francesa que tenía una gran casa en Neuilly y lo mantenía. Cuando a Dick se le terminó el dinero, Fred le pidió prestado para él a su *marraine*, pero nunca dejó que la vieran los demás.

—Chicos, no quiero que sepáis en qué ando metido —les dijo.

Un día, a la hora de comer, Fred Summers apareció explicando que todo estaba arreglado y que había encontrado trabajo para todos ellos. Los *italianini*, aseguró, estaban destrozados después de lo de Caporetto, y no había quien les quitara la costumbre de huir. Se pensaba que el envío de una sección de ambulancias de la Cruz Roja norteamericana les elevaría la moral. Estaba encargado momentáneamente del reclutamiento y los había inscrito. Dick dijo de inmediato que hablaba italiano y que consideraba que esto sería de gran ayuda para elevar la moral de los italianos, conque a la mañana siguiente se presentaron todos en la oficina de la Cruz Roja en cuanto la abrieron y fueron debidamente alistados en la Sección 1 de la Cruz Roja Norteamericana para Italia. Pasaron un par de semanas más esperando, durante las cuales Fred Summers se ligó una misteriosa dama serbia que conoció en un café detrás de la Place St. Michel y que quería enseñarle a fumar hachís, y Dick, se hizo amigo de una montenegrina borracha que había tenido un bar en Nueva York y que

les prometió a todos condecoraciones del rey Nicolás de Montenegro. Pero el día en que iban a ser recibidos en Neuilly para condecorarlos, la sección se marchó.

El convoy de doce Fiats y ocho Fords rodó por el suave macadán hacia el sur atravesando el bosque de Fontainebleau y luego torció hacia el este para cruzar las colinas de color vino de la Francia central. Dick iba solo en un Ford y estaba tan preocupado tratando de recordar qué hacer con los pies que casi ni se dio cuenta del paisaje. Al día siguiente cruzaron las montañas y bajaron al valle del Ródano, a una comarca rica en viñedos y en árboles como plátanos y cipreses, que olía a vendimia y a las últimas rosas del otoño y a sur. Hacia Montélimar, la guerra, el miedo a la cárcel y las protestas y sedición parecían una pesadilla de otro siglo.

Cenaron magníficamente en un pueblo tranquilo, rosa y blanco, con *cèpes* y ajo y un fuerte vino tinto.

—Amigos —seguía diciendo Fred Summers—, esto no es una guerra, esto es una jodida gira turística de la agencia Cook.

Durmieron suntuosamente en las grandes camas con dosel de brocado de un hotel, y cuando por la mañana ya se marchaban, un escolar corrió detrás del coche de Dick gritando: *Vive l'Amérique*, y le entregó una caja de *nougat*, la especialidad local; estaban en la región de la Cocagne.

Ese día el convoy se deshizo camino de Marsella; la disciplina se evaporó y los conductores se detenían en todos los despachos de vino de la soleada carretera, a beber y jugar a los dados. El jefe de propaganda de la Cruz Roja y el corresponsal del *Saturday Evening Post*, que era el famoso escritor Montgomery Ellis, se emborracharon como cubas y se les oía dar voces en la parte trasera del coche, mientras el tenientillo gordo recorría arriba y abajo la fila de coches en cada parada, bufando, congestionado e histérico. Finalmente, volvieron a reunirse todos y entraron en Marsella en formación. Acababan de aparcar en fila en la plaza principal y los muchachos volvían a instalarse en los bares y cafés de los alrededores, cuando un tipo llamado Ford tuvo la brillante idea de mirar su depósito de gasolina a la luz de una cerilla encendida, y el coche estalló. El departamento de bomberos local llegó ruidosamente y, cuando el coche número 8 ya estaba debidamente quemado, dirigieron sus mangueras de alta presión a los otros; y a Schuyler, que era el que mejor hablaba francés de la sección, tuvieron que obligarle a dejar de charlar con la chica que vendía tabaco en el café de la esquina para que rogara al jefe de bomberos que por el amor de Dios se largaran.

Con el añadido de un tipo que se llamaba Sheldrake, que era especialista en bailes folclóricos y que había estado en la famosa Sección 7, los granadinos de la guardia celebraron una cena en el Bristol. Continuaron la velada en el *promenoir* del Apolo, pero estaba tan lleno de *petites femmes* que no vieron el espectáculo. Todo era jaleo y todo estaba lleno de mujeres; las calles principales, ruidosas y brillantes, con sus cafés y cabarets, y los oscuros y sudorosos túneles de la calles próximas al puerto llenos de camas deshechas y marineros y negros y morenos, vientres

contorsionándose, pechos sonrosados y temblones, muslos provocativos.

Ya muy tarde, Steve y Dick se encontraron solos en un pequeño restaurante tomando huevos con jamón y café. Estaban borrachos y con sueño y discutían pesadamente. Cuando pagaron, la camarera, de edad madura, les dijo que pusieran la propina en el borde de la mesa y consiguió que dieran un salto en sus sillas al levantarse tranquilamente la falda y coger las monedas entre los muslos.

—Es un engaño, un maldito engaño…, el sexo es una máquina tragaperras —repetía Steve, al que aquello le pareció tremendamente divertido, tan divertido que entraron en un bar que abría de madrugada y trataron de contárselo al tipo de detrás de la barra, pero no les entendió y escribió en un trozo de papel el nombre de un establecimiento donde podían *faire rigajig, une maison propre, convenable et de haute moralité*.

Muertos de risa se encontraron dando tumbos y traspiés mientras subían la escalera sin fin. El viento era terriblemente frío. Estaban delante de una catedral de aspecto muy extraño y que daba al puerto, los vapores, la gran extensión de mar platino rodeado de montañas cenicientas.

—Santo Dios, ahí está el Mediterráneo.

Se despejaron un poco con las ráfagas frías y el esplendor metálico del amanecer y regresaron a su hotel a tiempo de despertar a los demás a sacudidas de su sopor de borrachos y ser los primeros en presentarse en los coches aparcados. Dick tenía tal sueño que olvidó lo que debía hacer con los pies y empotró su Ford en el coche de delante, rompiendo los faros. El teniente gordo le soltó unos gritos agudos, le quitó el coche y lo puso en un Fiat con Sheldrake, así que no tuvo nada que hacer en todo el día excepto contemplar adormecido la Corniche y el Mediterráneo y los pueblos de tejados rojos y las largas filas de vapores rumbo al este que navegaban pegados a la costa por miedo a los submarinos y protegidos por un ocasional destructor francés con sus chimeneas mal distribuidas.

Al cruzar la frontera italiana fueron recibidos por multitudes de escolares con palmas y cestas de naranjas, y un operador cinematográfico. Sheldrake no paró de atusarse la barba y hacer reverencias y responder a los gritos de *evviva gli americani*, hasta que, ¡zas!, una naranja le dio entre los ojos y casi le hizo sangrar por la nariz. Otro de los que venían en la fila detrás de él estuvo a punto de que le sacaran un ojo con la rama de una palma lanzada por un delirante vecino de Ventimiglia. Fue una gran recepción. Aquella noche en San Remo tipos entusiasmados se acercaban a los muchachos en la calle, estrechándoles la mano y felicitándoles por *il presidente Vilson*; alguien robó todos los neumáticos de repuesto de la *camionette* y la maleta del jefe de propaganda de la Cruz Roja que había quedado en el coche de los jefes. Fueron vitoreados efusivamente e invitados sin parar en los bares. *Evviva gli aleati*.

Todos los de la sección empezaron a maldecir Italia y los espaguetis de goma y el vino avinagrado, excepto Dick y Steven, quienes de pronto se hicieron *proitalianini* y compraron una gramática para aprender el idioma. Dick imitaba ya bastante bien el

italiano coloquial, especialmente delante de los oficiales de la Cruz Roja, añadiendo una *o* al final de todas las palabras francesas que conocía. Lo demás le importaba un bledo. Hacía sol, el vermut era una bebida estupenda, los pueblos y la iglesia de juguete en las cimas de las colinas y los viñedos y los cipreses y el mar azul eran como una sucesión de decorados de una ópera pasada de moda. Los edificios eran teatrales y magníficamente ridículos; en todas las paredes vacías los jodidos *italianini* habían pintado ventanas y columnatas y balconadas con bellezas gordas y tizianescas asomadas a ellas, y nubes y bandadas de cupidos con hoyuelos en la tripita.

Aquella noche el convoy aparcó en la plaza mayor de un pueblecito perdido de las afueras de Génova. Fueron con Sheldrake a tomar un trago a un bar y se encontraron bebiendo con el corresponsal del *Saturday Evening Post* que pronto se alegró y manifestó cuánto envidiaba su buen aspecto y su juventud sanguínea y su idealismo. Steve le llevó la contraria en todo y discutió amargamente diciendo que la juventud era la época más asquerosa de la vida, y que el corresponsal debería estar muy contento de tener cuarenta años y de escribir sobre la guerra en lugar de combatir en ella. Ellis añadió pacíficamente que ellos tampoco combatían. Steve hizo que Sheldrake se enfadara al soltar:

—No, claro que no, nosotros somos unos jodidos *embusqués*.

Dick y Steve salieron del bar y corrieron como gamos hasta perderse de vista antes de que Sheldrake pudiera seguirles. Al doblar una esquina vieron un tranvía que iba a Génova y Steve saltó dentro sin decir ni una sola palabra. Dick no tuvo más remedio que seguirle.

El tranvía dio vuelta a una manzana de casas y salió frente al mar.

—¡Maldito sea Judas, Dick! —gritó Steve—, ¡el maldito pueblo está en llamas!

Detrás de la masa negra de barcos cercanos a la costa, una gran llamarada roja semejante a un mechero gigantesco enviaba un inmenso resplandor sobre la superficie del agua.

—¡Dios santo, Steve! ¿Tú crees que habrán llegado los austríacos?

El tranvía siguió traqueteante. El cobrador que vino a cobrarles el billete parecía bastante tranquilo.

—*Inglese?* —preguntó.

—*Americani* —dijo Steve.

El cobrador sonrió, les dio una palmada en la espalda y dijo algo sobre el *presidente Vilson* que no pudieron entender.

Se apearon del tranvía en una gran plaza rodeada de amplios soportales barridos por un viento crudo y fuerte. Paseaba gente con abrigo arriba y abajo por el limpio pavimento de mosaico. Todo el pueblo era de mármol. Las fachadas que daban al mar eran de color rosa debido al resplandor del fuego.

—Aquí tenemos a los tenores, los barítonos y las sopranos listos para iniciar la representación —dijo Dick.

—El coro probablemente sean esos jodidos austríacos —gruñó Steve.

Tenían frío y entraron a tomar un grog en uno de los cafés de amplios ventanales y brillantes niquelados. El camarero les dijo en un mal inglés que lo que ardía era un petrolero norteamericano que había chocado contra una mina, y que ya llevaba tres días así. Un oficial inglés de cara alargada se les acercó desde la barra y empezó a contarles que desempeñaba una misión secreta; estaba muy enfadado por la retirada, que todavía no había parado y en Milán hablaban de replegarse al Po; la única razón por la que los malditos austríacos no se habían apoderado aún de toda la maldita Lombardía era que estaban tan desorganizados debido a su rápido avance que se encontraban en una situación casi tan mala como la de los malditos italianos. Los oficiales italianos no dejaban de hablar de su cuadrilátero, y si no hubiera sido por las tropas francesas y británicas que estaban detrás de las líneas italianas ya se habrían rendido hacía tiempo. La moral de los franceses vacilaba. Dick le contó que las herramientas les desaparecían en cuanto perdían de vista los coches. El inglés dijo que el latrocinio era extraordinario en aquella zona y que en eso consistía su misión secreta: que estaba tratando de localizar un vagón lleno de calzado que había desaparecido entre Ventimiglia y San Rafael.

—Todo el maldito vagón de carga se esfumó en una noche…, algo extraordinario… ¿Ven a esos tipos de aquella mesa, allí? Todos ellos son malditos espías austríacos…, pero por más que lo intento, no consigo que los detengan…, ¡extraordinario! Esto es un maldito melodrama, igual que los de Drury Lane. Es una buena cosa que ustedes, los norteamericanos, hayan entrado en guerra. Si no lo llegan a hacer la maldita bandera alemana ya estaría ondeando sobre Génova.

De pronto, miró su reloj de pulsera, les aconsejó que compraran una botella de whisky en el bar si querían seguir bebiendo, porque ya era hora de cerrar, les deseó buena suerte y salió apresuradamente.

Se sumergieron de nuevo en el vacío pueblo de mármol y bajaron por calles y pasadizos oscuros de escalones de piedra siempre con el resplandor rosa por encima que se hacía más brillante y rojo a medida que se acercaban a la orilla del mar. A ratos se perdían, pero por fin llegaron a los muelles erizados de mástiles de los faluchos arracimados; más allá de las olas del puerto con sus pequeñas crestas carmesí, se veía el espigón y más allá de él la mole del petrolero en llamas. Excitados y borrachos, recorrieron la ciudad.

—¡Dios mío! Estos pueblos son más viejos que el mundo —repetía Dick.

Mientras contemplaban un león de mármol, con forma de perro, muy pulimentado debido al paso de manos humanas por él durante siglos y que se encontraba al pie de una escalera, una voz norteamericana les preguntó si conocían aquel jodido pueblo. Era un marinero joven de un barco norteamericano que había venido con un cargamento de mulas. Le respondieron que claro y le pasaron la botella de coñac que habían comprado para que tomara un trago. Se sentaron en la balaustrada de piedra que había junto al león que parecía un perro y bebieron coñac y charlaron. El marinero les enseñó unas medias de seda que había salvado del petrolero que ardía y

les contó que había ligado con una italiana y que la chica se le quedó dormida en la cama y que él se había cabreado y se largó.

—Esta guerra es una mierda, ¿verdad? —dijo, y los tres se echaron a reír.

—Vosotros, chicos, me parecéis un par de buenas personas —aseguró el marinero. Le tendieron la botella y bebió un trago—. Parecéis príncipes —añadió tartamudeando—, y voy a deciros lo que pienso, veréis… Esta maldita guerra es una estafa del principio al fin. Pase lo que pase, a los tipos como nosotros siempre nos toca agarrar el puñetero palo. Bueno, lo que digo es que no se admiten apuestas…, que cada uno se vaya a la mierda a su modo…, y a la tercera va la vencida, ¿verdad?

Terminaron el coñac. Cantando a voz en grito: «¡A la mierda con todos!», el marinero arrojó la botella con toda su fuerza contra la cabeza del león de piedra. El león genovés siguió mirando al vacío con sus vidriosos ojos de perro.

Unos vagabundos con cara de pocos amigos empezaron a reunirse en torno a ellos para ver lo que pasaba, conque se marcharon de allí mientras el marinero se alejaba diciéndoles adiós con las medias de seda. Encontraron su barco amarrado al muelle y se estrecharon la mano en la pasarela.

Luego Dick y Steve tuvieron que hacer quince kilómetros de vuelta hasta Pontedecimo. Congelados y semidormidos caminaron hasta que les dolieron los pies, y el resto lo hicieron en un camión de *italianini*. Los adoquines del pavimento y los techos de los coches estaban cubiertos de escarcha. Dick hizo ruido al meterse en el catre contiguo al de Shledrake y éste se despertó.

—¿Qué coño pasa? —exclamó.

—¡Cállate! —dijo Dick—. ¿No ves que vas a despertar a los demás?

Al día siguiente llegaron a Milán, una enorme ciudad invernal con su afilada catedral demasiado grande y su Galleria abarrotada de gente y restaurantes y periódicos y putas y Cinzano y Campari. Allí siguió otro período de espera durante el cual la mayor parte de la sección se dedicó a una interminable partida de dados en la habitación posterior del Cova; luego se trasladaron a un sitio llamado Dolo, situado junto a un canal helado en la llanura de Venecia. Para llegar a la villa de pinturas y molduras elegantes que habían alquilado, tenían que cruzar el Brenta. Una compañía de zapadores ingleses había minado el puente, que estaba listo para ser volado en cuanto volviera a iniciarse la retirada. Prometieron que esperarían hasta que cruzara la Sección 1 antes de volarlo. En Dolo había muy poco que hacer; soplaba un crudo viento invernal y mientras la mayor parte de la sección se sentaba alrededor de la lumbre jugándose la pasta al póquer, los granadinos de la guardia se preparaban ponches de ron calientes en la estufa de petróleo, leían a Boccaccio en italiano y discutían sobre anarquismo con Steve.

Dick pasó mucho tiempo preguntándose cómo se las arreglaría para ir a Venecia. Resultó que el teniente gordo estaba preocupado porque no había cacao en la sección y porque el comisario de la Cruz Roja de Milán no había mandado nada para que desayunaran. Dick sugirió que Venecia era uno de los mayores mercados de cacao del

mundo, y que tenían que mandar a alguien que hablara italiano a comprarlo, así que una gélida mañana Dick se encontró, adecuadamente provisto de papeles y sellos, embarcándose en el vaporcito de Mestre.

Había en la laguna una fina capa de hielo que se rompía con ruido de seda a cada uno de los lados de la afilada proa donde Dick, apoyado en la barandilla, contemplaba con lágrimas en los ojos, debido al viento, las filas de estacas y el rojo claro de edificios que se elevaban desde el agua verde hasta las cúpulas semejantes a burbujas y hasta las torres cuadradas y terminadas en punta que se perfilaban contra el cielo de cinc. Los puentes gibosos, los escalones verdes y resbaladizos, los palacios y los muelles de mármol estaban desiertos. No había más vida que un grupo de torpederos anclados en el Gran Canal. Dick se olvidó por completo del cacao mientras caminaba por las plazas llenas de estatuas y las calles estrechas y los muelles junto a los canales llenos de hielo de la enorme ciudad muerta que yacía allí en la laguna, frágil y vacía como la piel de una serpiente. Hacia el norte se podía oír el lejano bum-bum de los cañones situados a unos veinte kilómetros de distancia, junto al Piave. A la vuelta se puso a nevar.

Unos días después se trasladaron a Basano, detrás del monte Grappa, alojándose en una villa renacentista toda ella pintada con cupidos y angelotes, y con recargadas tapicerías. Detrás de la villa rugía noche y día el Brenta bajo un puente cubierto. Allí pasaron el tiempo evacuando a hombres con los pies congelados, bebiendo ponches calientes de ron en Citadella, donde estaban el hospital de la base y las casas de putas, y cantando *The Foggy Foggy Dew* y *The Little Black Bull Came Down from the Mountain* mientras comían espaguetis gomosos. Ripley y Steve decidieron que querían aprender a dibujar y se pasaban el día dibujando los detalles arquitectónicos del puente cubierto. Schuyler practicaba la lengua hablando de Nietzsche con el teniente italiano. Fred Summers se había liado con una dama milanesa que, según él, debía de pertenecer a una de las mejores familias porque había sido ella la que se lo ligó desde el coche y no él a ella, y pasaba la mayor parte de su tiempo libre preparando remedios caseros como rabos de cereza en agua caliente. Dick llegó a sentirse solo y triste, y necesitado de vida privada, y escribió un montón de cartas a su país. Las cartas que recibió como respuesta hicieron que se sintiera peor que si no hubiera recibido ninguna.

> «Tenéis que entender cómo es esto —escribió a los Thurlow, respondiendo a una carta entusiasta de Hilda acerca de “la guerra que terminaría con la guerra”—. Ya no soy cristiano y no puedo argumentar desde ese punto de vista, pero vosotros lo hacéis, o por lo menos Edwin lo hace, y debería darse cuenta de que, empujando a jóvenes a venir a este gallinero y manicomio que es la guerra, hace cuanto puede por minar todos los principios e ideales en lo que más cree. Como decía el joven con el que hablamos aquella noche en Génova, la guerra es una estafa del principio al fin, montada por gobiernos y políticos para su propio interés y para obtener beneficios. Si no fuese por la censura, os contaría cosas que os harían vomitar».

Luego, de pronto, su actitud polémica cambiaba del todo y todas las frases sobre

la libertad y la civilización que le salía humeando de la cabeza le parecían totalmente idiotas, y encendía la estufa de petróleo y se preparaba un ponche de ron y recobraba el buen humor charlando con Steve sobre libros, pintura o arquitectura. Las noches de luna los austríacos los animaban mandando sus aeroplanos a bombardearles. Algunas noches Dick notaba que salir del refugio y proporcionarles la oportunidad de acertarle le hacía sentir un amargo placer; de todos modos, el refugio no protegía contra un impacto directo.

Un día de febrero, Steve leyó en el periódico que había fallecido la emperatriz Taitú, de Abisinia. Organizaron una especie de fiesta. Bebieron todo el ron que tenían y entonaron cantos fúnebres hasta que el resto de la sección creyó que se habían vuelto locos. Sentados en la oscuridad alrededor de la ventana abierta por donde entraba la luz de luna y envueltos en sábanas, bebieron zabaglione caliente. Unos aeroplanos austríacos que habían estado zumbando por encima de sus cabezas, pararon de pronto sus motores y dejaron caer unas bombas justo enfrente de ellos. Los cañones antiaéreos habían estado ladrando durante cierto tiempo y chisporroteaba la metralla en el cielo brumoso, pero estaban demasiado borrachos para advertirlo. Una bomba cayó en pleno Brenta y las otras llenaron el espacio frente a la ventana de resplandores rojos y sacudieron la villa con tres terribles explosiones. Se desprendieron trozos del techo. Se oía las tejas deslizarse por el techo.

—¡Dios santo! Por poco nos dan las buenas noches —dijo Summers.

Steve se puso a cantar *Come away from that window, my light and my life*, pero los demás le interrumpieron con un desafinado *Deutschland, Deutschland über alles*. De repente, todos se sentían tremendamente borrachos.

Ed Schuyler estaba subido a una silla recitando *Erlkönig* cuando Feldmann, el hijo de un hotelero suizo que ahora estaba al mando de la sección, asomó la cabeza por la puerta y les preguntó qué coño estaban haciendo.

—Será mejor que vayáis al refugio; uno de los mecánicos italianos ha muerto y a un soldado que caminaba por la carretera un obús le ha arrancado las piernas…; no es momento de hacer tonterías.

Le ofrecieron un trago y se fue enfadado. Después de eso bebieron marsala. A la luz grisácea del amanecer, Dick se levantó a vomitar apoyado en la ventana; llovía a mares y la espumosa corriente del Brenta parecía muy blanca a través de la lluvia reluciente.

Al día siguiente les tocó a Dick y Steve ir de servicio a Rova. Salieron del patio a las seis con la cabeza como un bombo, aunque contentos de alejarse del escándalo que reinaba en la sección. En Rova las líneas estaban tranquilas: sólo unos cuantos casos de neumonía o de enfermedades venéreas que evacuar, y un par de pobres diablos que se habían disparado a sí mismos en el pie y eran mandados al hospital con escolta, pero en la sala de oficiales, donde comieron, las cosas estaban muy agitadas. El teniente Sardinaglia estaba arrestado en su habitación por insolentarse con el coronele y llevaba dos días componiendo una marcha con la mandolina, a la

que llamaba la marcha de los coroneles médicos. Serrati les contó lo que había pasado disimulando la risa detrás de la mano mientras esperaban a que llegaran los demás oficiales. Todo había sido a causa de la macchina de hacer café. Sólo había tres macchine para todos los oficiales, una para el coronel, otra para el comandante y otra que circulaba por turno entre los oficiales; bien, pues un día de la semana anterior habían bromeado con la bella ragazza, la sobrina del granjero que los alojaba; la chica no dejaba que la besase ninguno de los oficiales y gritaba como una loca cuando trataban de meterle mano, y el coronel, enfadado, se enojó todavía más cuando Sardinaglia le apostó cinco liras a que él la besaba y, susurrándole algo al oído, ella dejó que la besara, lo que hizo que el coronel se enrojeciera de cólera y dijera al ordenanza que no le diese la macchina al tenente cuando le llegara el turno. Entonces Sardinaglia le dio una bofetada al ordenanza y se armó un follón tremendo, y como resultado Sardinaglia estaba arrestado en su habitación y los norteamericanos tenían ocasión de ver el número que se había montado. Todos tuvieron que ponerse muy serios porque el coronel, el comandante y los dos capitanes entraban en aquel momento.

El ordenanza vino y saludó, y dijo *pronto spaghetti* en tono jovial, y todos se sentaron. Durante un rato los oficiales sorbieron callados los largos espaguetis aceitosos y cubiertos de tomate; circulaba el vino y el coronel carraspeó para aclararse la garganta e iniciar una de sus anécdotas que todos tenían que reír, cuando desde arriba llegó el son de una mandolina. La cara del coronel se puso roja y se metió el tenedor lleno de espaguetis en la boca en vez de hablar. Como era domingo, la comida fue inusualmente larga: a los postres la macchina de café le fue entregada a Dick como una cortesía hacia gli americani y alguien sacó una botella de strega. El coronel mandó al ordenanza que le dijera a la bella ragazza que viniese a tomar una copa de strega con él; Dick notó que el ordenanza ponía mala cara ante la idea, pero fue y trajo a la chica. Resultó que era una campesina regordeta y guapa, de piel color aceituna. Tenía las mejillas encendidas y se acercó tímidamente al coronel y dijo que muchas gracias, pero que ella nunca tomaba bebidas tan fuertes. El coronel la agarró, la hizo sentarse en sus rodillas y trató de que bebiera su copa de strega, pero la chica apretó sus perfectos dientes de marfil y no quiso beber. La cosa terminó con varios de los oficiales agarrándola y haciéndole cosquillas mientras el coronel le derramaba el strega en la barbilla. Todos se rieron a carcajadas excepto el ordenanza, que se puso blanco como la nieve, y Steve y Dick, que no sabían adónde mirar. Mientras unos oficiales bromeaban y metían la mano por debajo de su blusa, otros la sujetaban por los pies y le sobaban las piernas. Por fin, el coronel contuvo la risa para decir:

—Basta, ahora tiene que darme un beso.

Pero la chica se soltó y salió corriendo de la habitación.

—Vete y tráela otra vez —mandó el coronel al ordenanza.

Al cabo de un rato, el ordenanza volvió y se quedó en posición de firmes, diciendo que no la podía encontrar.

—Se lo tiene bien merecido —susurró Steve a Dick.

Éste notó que al ordenanza le temblaban la piernas.

—Conque no la has podido encontrar, ¿verdad? —rugió el coronel dando un empujón al ordenanza; uno de los tenientes alargó el pie y el ordenanza tropezó con él y cayó.

Todos se rieron y el coronel le pegó una patada; ya se había puesto a cuatro patas cuando el coronel le dio la patada en el fondillo de los pantalones que le hizo caerse de nuevo al suelo. Todos los oficiales se rieron; el ordenanza se arrastró hasta la puerta con el coronel a su lado dándole pataditas, primero en un costado y después en el otro, como un jugador de fútbol al balón. Aquello puso de buen humor a todo el mundo y se sirvió otra ronda de strega. Cuando salieron, Serrati, que había estado riéndose con los demás, agarró a Dick por un brazo y le dijo al oído:

—*Bestie… sono tutti bestie*.

Cuando se marcharon los demás oficiales, Serrati los llevó a ver a Sardanaglia, que era un joven alto de cara alargada a quien le gustaba llamarse futurista. Serrati le contó lo que había pasado y dijo que temía que los norteamericanos se hubieran disgustado.

—A un futurista no debe disgustarle nada, excepto la debilidad y la estupidez —dijo Sardinaglia sentenciosamente.

Luego les contó que había descubierto con quién se acostaba la bella ragazza: con el ordenanza. Eso le molestaba, dijo, pues demostraba que las mujeres eran todas ellas unas cerdas. Luego les pidió que se sentaran en su catre mientras les interpretaba la marcha de los coroneles médicos. Ellos le aseguraron que estaba muy bien.

—Un futurista tiene que ser fuerte y no disgustarse por nada —dijo, pulsando aún la mandolina—; por eso admiro tanto a los millonarios alemanes y norteamericanos.

Todos rieron.

Dick y Steve salieron a recoger a unos *feriti* para evacuarlos al hospital. Detrás del granero donde habían aparcado los coches, encontraron al ordenanza sentado en una piedra con la cabeza entre las manos. Las lágrimas le habían marcado largos surcos en la suciedad de la cara. Steve se acercó a él y le dio unas palmaditas en la espalda y le regaló un paquete de cigarrillos Mecca, de los que les había distribuido la YMCA. El ordenanza apretó la mano de Steve y estuvo a punto de besársela. Dijo que cuando terminara la guerra iría a Norteamérica donde la gente estaba civilizada y no eran bestias como aquí. Dick le preguntó adónde se había ido la chica.

—Se ha marchado —dijo—. *Andata via*.

Cuando volvieron a la sección se encontraron con un lío de mil demonios. Habían llegado órdenes de que Savage, Warner, Ripley y Schuyler se presentasen en el cuartel general de Roma con objeto de repatriarlos a Estados Unidos. Feldmann no quería decirles cuál era el problema. Inmediatamente se dieron cuenta de que los demás hombres de la sección les miraban de reojo y no querían hablar con ellos, excepto Fred Summers, que dijo que no lo entendía y que, a fin de cuentas, aquello

parecía un manicomio. Sheldrake, que se había mudado con su petate y su catre a otra habitación de la villa, también apareció con aire de ya-os-lo-decía-yo y dijo que había oído las palabras «manifestaciones sediciosas» y que un oficial italiano del servicio de espionaje había andado por allí preguntando por ellos. Les deseó buena suerte y dijo que aquello estaba muy mal. Se fueron de la sección sin decir adiós a nadie. Feldmann los llevó en la camioneta con sus petates y camas plegables hasta Vicenza. En la estación del ferrocarril les entregó una hoja de ruta para Roma y les dijo que lo lamentaba, les deseó buena suerte y se alejó apresuradamente sin estrecharles la mano.

—¡El hijoputa! —gruñó Steve—. ¡Como si nosotros tuviéramos lepra!

Ed Schuyler leía los pases militares con cara radiante.

—Amados hermanos —dijo—, me siento inclinado a soltaros un discurso… Ésta es la estafa más grande…, ¿se dan ustedes cuenta, caballeros, de que lo que ocurre es que la Cruz Roja, conocida también como la gallina de los huevos de oro, nos proporciona una excursión gratuita por Italia? No tenemos necesidad de presentarnos en Roma hasta dentro de un año.

—No iremos a Roma hasta que llegue la revolución —sugirió Dick.

—Entraremos en Roma con los austríacos —dijo Ripley.

Llegó un tren a la estación. Se metieron en un departamento de primera clase; cuando el revisor vino y trató de explicarles que en sus pases ponía segunda clase, no entendieron el italiano, así que finalmente los dejaron en paz. En Verona se apearon para facturar sus bultos a Roma. Era hora de cenar, así que decidieron dar una vuelta por la ciudad y pasar allí la noche. Por la mañana fueron a ver el teatro antiguo y la gran iglesia de mármol color melocotón de San Zeno. Luego se sentaron en un café cerca de la estación hasta que llegó un tren para Roma. El tren estaba abarrotado de oficiales con capas de colores azul y verde pálidos; en Bolonia se habían cansado de estar sentados en el suelo del pasillo y decidieron que debían ir a ver las torres inclinadas. Luego fueron a Pistoia, Lucca y Pisa, y volvieron a la línea principal en Florencia. Cuando los revisores sacudían la cabeza al ver sus pases, explicaban que les habían informado mal y que, debido a su ignorancia de la lengua, habían cogido el tren equivocado. En Florencia, donde hacía frío y llovía y los edificios parecían copias de otros que habían visto en su país, el jefe de estación les obligó a subir al expreso de Roma, pero ellos salieron por el otro lado cuando arrancaba el tren y se colaron en un tren local que iba a Asís. Desde allí fueron a Siena pasando por San Gimignano, todo lleno de torres como Nueva York, en un coche de caballos que habían alquilado por todo el día, y culminaron una hermosa mañana de primavera, llenos hasta la coronilla de pintura y arquitectura y aceite y ajo y paisajes, mirando los frescos de Signorelli de la catedral de Orvieto. Se quedaron allí el día entero contemplando el gran fresco del Juicio Final, bebiendo un vino magnífico y tomando el sol en la plaza. Cuando llegaron a Roma, a la estación próxima a las termas de Diocleciano, se sentían muy inquietos ante la perspectiva de tener que entregar sus

pases; les asombró que el empleado se limitara a estampar un sello y se los devolviera, diciendo:

—*Per il ritorno*.

Fueron a un hotel, se lavaron, y luego, juntando el dinero que les quedaba, salieron de juerga, que se inició con una cena de primera clase, vino de Frascati y asti para los postres, siguió con un espectáculo de vodevil y en un cabaret de la Via Roma, donde conocieron a una chica norteamericana a la que llamaron la baronesa y que prometió enseñarles la ciudad. Al final de la velada ninguno tenía dinero bastante para ir a casa con la baronesa o con cualquiera de sus encantadoras amigas, así que alquilaron con sus últimas diez liras un coche que los llevó a ver el Coliseo a la luz de la luna. La gran masa de ruinas, las piedras grabadas, los nombres, los solemnes nombres romanos, el viejo cochero con su sombrero de hule en forma de chimenea y sus bigotes verdosos, recomendándoles casas de putas a la luz del último cuarto menguante de la luna en ruinas, las grandes masas de albañilería llena de arcos y columnas apiladas en cualquier parte de la noche, y el eco de la palabra Roma retumbando en sus oídos no les dejarían dormir.

A la mañana siguiente, Dick se levantó mientras los demás seguían sin pertenecer a este mundo y se dirigió a la Cruz Roja; de pronto se sintió tan preocupado y nervioso que no pudo desayunar. En la oficina encontró a un comandante regordete de Boston que parecía ser el que llevaba las cosas, y le preguntó directamente qué demonios pasaba. El comandante carraspeó y tartamudeó y sostuvo la conversación en un tono agradable, como un alumno de Harvard hablando con otro. Habló de indiscreciones y de la hipersensibilidad de los italianos. En realidad, al censor no le había gustado el tono de ciertas cartas, etcétera, etcétera. Dick dijo que creía tener derecho a exponer su posición, y que si la Cruz Roja opinaba que no había cumplido con su deber debían llevarle ante un tribunal militar; añadió que consideraba que había muchos hombres en su misma situación, hombres de puntos de vista pacifistas que, ahora, cuando el país estaba en guerra, hacían todo lo posible por ayudar, lo que no significaba que él creyera en la guerra, y se consideraba con derecho, repetía Dick, a explicar su postura. El comandante dijo que bueno, que lo entendía perfectamente, etcétera, etcétera, pero que los jóvenes debían darse cuenta de la importancia de la discreción, etcétera, etcétera, y que todo había sido interpretado satisfactoriamente como una indiscreción; de hecho, el incidente quedaba zanjado, etcétera, etcétera. Dick siguió diciendo que tenía derecho a exponer su punto de vista, y el comandante insistía en que el incidente estaba zanjado, etcétera, etcétera, hasta que le pareció estúpido y se fue de la oficina. El comandante le prometió un pase hasta París si quería llevar el asunto a la oficina de allí. Dick volvió al hotel desconcertado y de mal humor.

Los otros dos habían salido, así que él y Steve anduvieron por la ciudad contemplando las soleadas calles que olían a aceite de oliva frito y a vino y a viejas piedras, y las cúpulas de las iglesias barrocas y las columnas, y el Panteón y el Tíber.

No tenían ni un céntimo en el bolsillo para comer o beber algo. Pasaron la tarde hambrientos y dormitando melancólicamente en el césped cálido del Pincio, y volvieron muertos de hambre y deprimidos a la habitación, donde encontraron a Schuyler y Ripley bebiendo vermut y soda en plena forma. Schuyler había ido a ver a un antiguo amigo de su padre, el coronel Anderson, que estaba en misión de inspección de la Cruz Roja, y le había contado sus penas, insinuándole, de paso, algo sobre pequeños robos en la oficina de Milán. El coronel Anderson le había invitado a comer y a unos cócteles en el hotel de Russie, le había prestado cien dólares y otorgado un puesto en el departamento de propaganda.

—De modo que, amados hermanos, *evviva* Italia y los malditos *alleati*. Se han terminado los problemas.

—¿Y qué pasa con el expediente? —preguntó, enfadado, Steve.

—¡Ah! Eso olvídalo, *siamo tutti italiani*… ¿Quién es el derrotista ahora?

Schuyler los invitó a comer a todos, los llevó al Tívoli y al lago de Nemi en un coche oficial, y finalmente los dejó en el tren de París con el grado de capitanes en sus hojas de ruta.

En su primer día en París, Steve fue a las oficinas de la Cruz Roja para que lo repatriaran.

—¡A la mierda con todo esto! Voy a ir a ver al jefe —fue todo lo que dijo.

Ripley se alistó en la Academia de Artillería Francesa, en Fontainebleau. Dick consiguió una habitación barata en un pequeño hotel de la Île St. Louis y se pasaba el día entrevistándose, primero con una persona importante de la Cruz Roja y luego con otra; Hiram Halsey Cooper le había sugerido los nombres en una respuesta muy circunspecta a un cable que Dick le había mandado desde Roma. Los tipos importantes le mandaron del uno al otro.

—Joven —le dijo un oficial calvo en una lujosa oficina del hotel Crillon—, sus opiniones, aun cuando demuestran insensatez y cobardía, no importan. El pueblo norteamericano está a la caza del Káiser. Con ese objetivo tenemos en tensión todos nuestros nervios y utilizamos toda nuestra energía; cualquiera que se plante frente a la gran máquina construida por la energía y devoción de millones de patriotas con el inmaculado propósito de salvar la civilización y defenderla de los alemanes, será aplastado como una mosca. Me sorprende que un hombre con formación universitaria como usted no tenga más sensatez. No juegue con la lengua.

Por fin, lo mandaron al Servicio de Espionaje del Ejército, donde un tipo joven que se llamaba Spaulding, a quien conocía de la universidad, lo acogió con una sonrisa remilgada.

—Chico —le dijo—, en unos tiempos como éstos uno no puede dejarse llevar por sus sentimientos personales. Creo que es completamente criminal que te permitas el lujo de defender opiniones personales, completamente criminal. Estamos en guerra y tenemos que cumplir con nuestro deber; los tipos como tú son los que animan a los alemanes a seguir luchando; tipos como tú y como los rusos.

El jefe de Spaulding era un capitán que usaba espuelas y unas botas altas admirablemente lustradas; era un joven de mirada severa y perfil delicado. Avanzó hasta donde estaba Dick, arrimó su cara a la de él y aulló:

—¿Y qué haría usted si dos alemanes se metieran con su hermana? Lucharía usted, ¿verdad? Si no es usted un gallina, un cobarde…

Dick trató de explicar que estaba ansioso por continuar la labor que había estado haciendo, que trataba de que lo volvieran a mandar al frente con la Cruz Roja, que buscaba una oportunidad para exponer su punto de vista. El capitán paseaba arriba y abajo, soltando gritos, vociferando que todo el que fuera pacifista después de que el presidente hubiera declarado la guerra era un idiota o, peor aún, un degenerado, y que ellos no querían a personas como él en las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas, y que iba a hacer todo lo posible para que mandaran a Dick de vuelta a Estados Unidos y que no le permitieran volver nunca más en calidad de nada.

—En las F. E. N. no queremos cobardes.

Dick se dio por vencido y fue a las oficinas de la Cruz Roja a obtener su repatriación; le dieron un pasaje para el *Touraine*, que zarpaba de Burdeos dentro de quince días. Sus últimas dos semanas en París las pasó trabajando de camillero voluntario en el hospital norteamericano de la avenue du Bois de Boulogne. Era junio. Había ataques aéreos todas las noches claras, y cuando el viento era propicio se oían los cañones del frente. La ofensiva alemana se había iniciado; las líneas estaban tan cerca de París que las ambulancias evacuaban a los heridos directamente a los hospitales de la base. Las camillas estaban extendidas toda la noche a lo largo de las anchas aceras debajo de los árboles de hojas nuevas enfrente del hospital; Dick ayudaba a subirlas por las escaleras de mármol hasta el vestíbulo. Una noche lo pusieron de servicio a la puerta de la sala de operaciones y durante doce horas su trabajo consistió en sacar cubos de sangre y algodones de los que ocasionalmente asomaba un hueso destrozado o un trozo de brazo o de pierna. Al terminar su trabajo, volvía a casa caminando dolorido y cansado por las calles de París, que, a primera hora de la mañana, olían a fresa, mientras pensaba en aquellas caras y aquellos ojos y aquellas cabelleras empapadas de sudor, y en los dedos agarrotados manchados de sangre y porquería, y en los muchachos que bromeaban y pedían cigarrillos y en los burbujeantes sonidos de los casos pulmonares.

Un día vio una brújula de bolsillo en el escaparate de una joyería de la rue de Rivoli. Entró y la compró; de repente había concebido un plan que consistía en comprar un traje de paisano, dejar su uniforme hecho una pelota en un muelle de Burdeos y cruzar la frontera española. Con suerte y con las viejas hojas de ruta que conservaba en el bolsillo estaba seguro de que lo conseguiría; cruzaría la frontera y, luego, una vez en un país libre de aquella pesadilla, decidiría qué hacer. Hasta llegó a escribir una carta para mandarla a su madre.

Mientras empaquetaba sus libros y demás trastos en el saco y lo llevaba cargado a la espalda a los andenes de la Gare d’Orléans, no se le iba de la cabeza el *Canto en un*

*tiempo de orden*, de Swinburne:

> Cuando tres hombres están juntos
> Hay tres reinos de menos.

Sin duda. Tenía que escribir poemas: lo que el pueblo necesitaba eran poemas que lo incitaran a rebelarse contra sus gobiernos caníbales. Sentado en el departamento de segunda clase estaba tan ocupado construyendo una fantasía en la que se veía a sí mismo viviendo en un pueblo español achicharrado por el sol, escribiendo enardecidos poemas y manifiestos, llamando a los jóvenes a rebelarse contra sus matarifes, poemas que serían publicados en la prensa clandestina de todo el mundo, que apenas vio las afueras de París o las estivales tierras cultivadas que desfilaban azules y verdes junto a la ventanilla.

> Que nuestra bandera ondee al viento
> La vieja bandera roja ondeará otra vez
> Cuando las filas que son escasas lo sean más aún
> Cuando los nombres que eran veinte sean sólo diez.

Incluso el trac-trac, trac-trac del tren francés parecía cantar como si las palabras fueran murmuradas en voz baja por una manifestación en marcha:

> Cuando tres hombres están juntos
> Hay tres reinos de menos.

A mediodía sintió hambre y fue al vagón restaurante a hacer su última comida de lujo. Se sentó frente a un joven bien parecido con uniforme de oficial francés.

—¡Dios mío! Ned, ¿Eres tú?

Blake Wigglesworth echó la cabeza hacia atrás, con aquel gesto suyo tan divertido y rió:

—*Garçon* —gritó—, *un verre pour le monsieur*!

—Pero ¿cuánto tiempo has estado en la escuadrilla Lafayette? —le preguntó Dick.

—No mucho…, no me quisieron.

—¿Y en la Marina?

—Me echaron también, los malditos idiotas creen que estoy tuberculoso… *Garçon, une bouteille de champagne*… ¿Adónde vas?

—Ya te lo explicaré.

—Yo vuelvo a casa en el *Touraine*.

Y Ned volvió a echar la cabeza hacia atrás riéndose y sus labios formaron las sílabas blablablabla. Dick notó que aunque su cara era delgada y muy pálida, debajo de los ojos la piel estaba sonrosada hasta las sienes, y que sus ojos parecían demasiado brillantes.

—Hombre, yo también vuelvo —se oyó decir a sí mismo.

—Estoy metido en un gran lío —dijo Ned.

—Yo también —dijo Dick—. Y grande.

Alzaron sus copas y se miraron a los ojos y se rieron. Se quedaron en el vagón comedor toda la tarde charlando y bebiendo y llegaron a Burdeos borrachos como cubas. Ned había gastado todo su dinero en París y a Dick le quedaba muy poco, así que tuvieron que vender su equipo a una pareja de tenientes norteamericanos que acababan de llegar, a los que conocieron en el Café de Bordeaux. Era casi como en los viejos tiempos, en Boston, yendo de bar en bar buscando sitios donde beber algo después de la hora de cerrar. Pasaron la mayor parte de la noche en una elegante *maison publique* toda ella tapizada de satén rosa, hablando con la madame, una mujer ajamonada con un labio superior tan grande como el de una llama, que llevaba un traje de noche negro con lentejuelas, y que les tomó simpatía y les invitó a tomar una sopa de cebolla con ella. Estaban tan ocupados hablando que se olvidaron de las chicas. La madame había estado en el Transvaal durante la guerra de los bóers y hablaba un pintoresco inglés sudafricano.

—*Vous comprennez*, nuestra *clientèle* era muy distinguida, todos oficiales, muchísima elegancia, decorum. Caballeros de mundo… Lo contrario que aquí…, muy selectos. Teníamos dos salones, un salón para oficiales ingleses, un salón para oficiales bóers, muy selecto, nunca hubo ninguna discusión, ninguna pelea en toda la guerra… Sus compatriotas *les américains ce n'est pas comme ça, mes amis*. Demasiado hijoputa, se emborrachan, se pelean, vomitan, *naturellement il y a aussi des vèritables* caballeros. —Y les acariciaba las mejillas a ambos con sus manos huesudas llenas de anillos. Cuando se iban quiso besarlos y les acompañó hasta la puerta, diciéndoles—: *Bonsoir, mes jolis petits gentlemens*.

Durante toda la travesía nunca estuvieron sobrios a partir de las once de la mañana. El tiempo fue bueno y brumoso; estaban muy contentos. Una noche en que se encontraba solo a popa junto al cañoncito, Dick, al registrarse el bolsillo buscando cigarrillos, dio con algo duro en el dobladillo del abrigo. Era la pequeña brújula que había comprado para cruzar la frontera española. Con un sentimiento de culpabilidad, la cogió y la tiró por la borda.

# Noticiario XXVII

SU HÉROE DE GUERRA HERIDO ES UN FRAUDE,
DICE UNA ESPOSA AL TRIBUNAL

En medio de los horrores de la guerra
Permanece de la Cruz Roja la enfermera
Rosa en la de nadie tierra

según los miles de personas que se habían reunido para ver la botadura y fueron testigos del desastre sencillamente pareció que la tribuna se volcaba como una tortuga gigante, precipitando a sus ocupantes a los ocho metros de agua. Esto fue exactamente cuatro minutos antes de la hora prevista para la botadura

Oh, esa batalla de París
Me está convirtiendo en un tipo gris

el liderazgo del comercio mundial, que Estados Unidos espera confiadamente desempeñar, dependerá en gran parte de la inteligencia y habilidad con que se utilicen y desarrollen sus puertos

Quiero volver a casa quiero volver a casa
Las balas silban y los cañones rugen
No quiero volver a las trincheras nunca más
Oh llevadme en barco a través del mar
Donde no me pueda alcanzar el alemán

se ha iniciado una cruzada contra los juguetes, pero aunque se reunieran y destruyeran todos los juguetes alemanes, no habríamos puesto fin a las importaciones alemanas

ATRACA A VEINTE PERSONAS QUE CENABAN EN UN CAFÉ

NO SE PERMITEN REUNIONES DE QUIENES
ODIAN LA LEY EN UNA ÉPOCA
CRÍTICA DE AMENAZADORES LEVANTAMIENTOS SOCIALES

Oh sí Soy demasiado joven para morir
Quiero volver a casa

Nancy mantiene su vida nocturna a pesar de los bombardeos

MUJER TATUADA BUSCADA POR LA POLICÍA
EN EL CRIMEN DEL BAÚL

ESPOSA DE MILITAR APUÑALADA POR UN ADMIRADOR

Joven acusado de haber aceptado dinero para favorecer el ascenso de un oficial de la reserva. Al parecer esos hombres eran comerciantes chinos de Irkutsk, Chita y otros puntos que iban a establecerse en Harbin llevándose sus ganancias para invertirlas en nuevos valores

Oh, esa batalla de París
Me está convirtiendo en un tipo gris
Toujours la femme et combien

treinta mil nobles rusos asesinados por los bolcheviques

Banqueros de este país, Gran Bretaña y Francia protegerán las inversiones extranjeras

estas tres chicas llegaron a Francia hace poco más de un año y formaron la primera compañía de conciertos para entretenimiento de los hombres del frente. Dieron un espectáculo para las tropas norteamericanas desde la plataforma de un cañón de la marina situado tres kilómetros detrás del frente, la víspera del ataque nocturno a Chäteau Thierry. Después fueron destinadas al área de permisos de Aix-les-Bains, donde actuaban como cantineras y de noche entretenían a los muchachos y bailaban

Jamás has estado en un sitio con tan pocos hombres
Tanto ron tantas diversiones La madre no reconocería a su querido hijo
Oh si quieres volver a ver esa Estatua de la Libertad
Aléjate de esa batalla de París

# El Ojo de la Cámara (35)

había siempre dos gatos del color de la leche caliente con un poco de café y ojos aguamarina y cara manchada de hollín en la ventana de la lavandería frente a la pequeña lechería donde desayunábamos en la Montagne Sainte Geneviève estrujada entre las viejas casas color pizarra del Barrio Latino que daban a callejas empinadas escondidas entre la niebla calles diminutas iluminadas por diferentes tizas de colores abarrotadas de bares infinitesimales restaurantes tiendas de cuadros y grabados antiguos camas bidés descoloridas perfumerías microscópicas crepitar de mantequilla friéndose

el Bertha hizo un ruido seco no más fuerte que el del cañón próximo al hotel donde murió Oscar Wilde todos corrimos escaleras arriba a ver si la casa estaba en llamas pero la vieja cuya manteca de cerdo se quemaba rugía como una fiera

todos los grandes barrios próximos al Arc de Triomphe estaban desiertos pero en el viejo París de techos amarillos de la Carmagnole del Faubourg Saint Antoine de la Commune cantamos

> ’suis dans l’axe
> ’suis dans l’axe
> ‘suis dans l’axe du gros cannon

cuando el obús del Bertha cayó en el Sena hubo *un concours de pêche* en los diminutos esquifes verde brillante entre todos los viejos pescadores bigotudos que recogían en redes a los ciprínidos que había atontado la explosión

# Eveline Hutchins

Eveline fue a vivir con Eleanor en un hermoso apartamento que ésta había conseguido no se sabe cómo en el Quai de la Tournelle. Era la buhardilla de una casa gris y desconchada construida en la época de Richelieu y reformada bajo Luis XV. Eveline nunca se cansaba de mirar por la ventana, a través del delicado dibujo de hierro forjado del balcón, al Sena, donde vapores de juguete remontaban la corriente, remolcando barcazas barnizadas y relucientes que tenían visillos de encaje y geranios en las ventanas de las casetas del puente pintadas de verde y rojo, y a la isla de enfrente, donde las voladas curvas de los aéreos contrafuertes empujaban vertiginosamente hacia arriba el ábside de Notre Dame por encima de los árboles de un parquecillo. Tomaban el té en una mesita Buhl junto a la ventana casi todas las tardes al volver a casa de la oficina de la rue de Rivoli, después de haberse pasado el día pegando fotografías de granjas francesas destruidas y niños huérfanos y criaturas muertas de hambre en libros de recortes que eran mandados a Estados Unidos para que fueran utilizados en las campañas de la Cruz Roja.

Después del té iban a la cocina para ver cocinar a Yvonne. Con los víveres y el azúcar que conseguían en la comisaría de la Cruz Roja, Yvonne había establecido un sistema de trueque, con lo que la comida casi no les costaba nada. Al principio, Eveline trató de impedírselo, pero Yvonne le respondió con un torrente de protestas: ¿acaso creía la mademoiselle que el presidente Ponciaré o los generales o el gabinete de ministros, *ces salots de profiteurs, ces salots d'embusqués*, se quedaban sin sus brioches? Era el sistema D, *ils s'en fichent des particuliers, des pauvres gens*… muy bien, pero sus señoritas iban a comer tan bien como cualquiera de aquellos viejos camellos de generales; si por ella fuera alinearía a todos los generales delante de un pelotón de fusilamiento y a los ministros *embusqués* y a los *ronds de cuir* también. Eleanor decía que los sufrimientos habían vuelto medio chiflada a la mujer, pero Jerry Burnham dijo que quien estaba chiflado era el resto del mundo.

Jerry Burnham era el hombrecillo de cara colorada que había ayudado a Eveline a protegerse del coronel la noche de su llegada a París. A menudo se reían recordándolo. Burnham trabajaba para la United Press y aparecía todos los días por su oficina para informarse de las actividades de la Cruz Roja. Conocía todos los restaurantes de París y llevaba a Eveline a cenar al Tour d'Argent o a almorzar a la Taverne Nicolas Flamel, y paseaban por las viejas calles del Marais después de comer y llegaban tarde al trabajo. Al caer la tarde se instalaban en una mesa tranquila de un café donde no los pudieran escuchar (todos los camareros eran espías, decía él), y Burnham bebía copiosamente coñac con soda y descargaba sus sentimientos en Eveline, diciéndole que no le gustaba su trabajo, que un corresponsal ya nunca se enteraba de nada, que tenía tres o cuatro censores todo el tiempo encima de él y se

veía obligado a mandar un material en el que sólo había asquerosas mentiras, que un hombre perdía la propia estima si hacía cosas así año tras año, que un periodista era poco más que una serpiente antes de la guerra, pero que ahora ya no había un calificativo demasiado bajo que le cuadrara. Eveline trataba de animarlo, diciéndole que cuando terminara la guerra debería escribir un libro como *Le Feu* y contar la verdad de todo lo que había pasado.

—Pero es que la guerra no va a terminar nunca… Es un negocio puñeteramente provechoso, ¿no se da cuenta? En Norteamérica hacen dinero, los ingleses hacen dinero; los mismos franceses, fíjese en Burdeos o en Toulouse o en Marsella, hacen dinero…, son los malditos políticos, todos con cuentas bancarias en Amsterdam o Barcelona, los hijoputas.

Luego le cogía la mano y empezaba a gimotear y le prometía que en cuanto terminara la guerra volvería a recobrar la propia estima y escribiría la gran novela que llevaba dentro.

A fines de aquel otoño, Eveline volvió a casa una tarde después de chapotear en el barro bajo la niebla del atardecer y descubrió que Eleanor había invitado a un soldado francés a tomar el té. Se alegró de verlo, porque siempre estaba quejándose de que no conseguía conocer a franceses, a no ser los profesionales de la Cruz Roja y sus compañeras, que eran demasiado aburridos, pero pasaron unos momentos antes de que se diera cuenta de que era Maurice Millet. Se preguntó cómo podía haber estado enamorada de él, ni siquiera de niña. Le pareció envejecido y fofo, como una solterona con su uniforme azul lleno de manchas. Sus grandes ojos con sus largas pestañas de chica tenían abultadas ojeras violáceas. Era evidente que Eleanor todavía lo encontraba maravilloso, y tragaba con deleite sus palabras que hablaban de *l'élan suprème du sacrifice* y *l'harmonie mystérieuse de la mort*. Era camillero en el hospital de la base de Nancy, se había vuelto muy religioso y casi había olvidado el inglés. Cuando le preguntaron sobre su pintura, se encogió de hombros y no respondió. Cenó muy poco y sólo bebió agua. Se quedó hasta tarde, hablándoles de las conversiones maravillosas de los incrédulos, de la extremaunción en la línea de fuego, de la visión que había tenido de un Jesús niño caminando entre los heridos en una enfermería durante un ataque con gas. *Après la guerre* iba a entrar en un convento. Trapense, quizá. Cuando se marchó, Eleanor dijo que aquélla había sido la velada más espiritual de toda su vida; Eveline no discutió con ella.

Maurice volvió otra tarde antes de que se le terminara el permiso, acompañado por un joven escritor que trabajaba en el Quai d'Orsay; un joven francés alto con las mejillas rojas y aspecto de estudiante inglés, que se llamaba Raoul Lemonnier. Al parecer, prefería hablar en inglés que en francés. Había estado en el frente durante dos años con los Chasseurs Alpins, y había sido *reformé* debido a sus pulmones o porque tenía un tío ministro, no lo sabía. Todo era muy aburrido, dijo. Pensaba que el tenis era delicioso, sin embargo, e iba todas las tardes a remar a Saint Cloud. Eleanor descubrió que lo que había estado ella necesitando todo aquel otoño era un partido de

tenis. Lemonnier dijo que le gustaban las chicas inglesas y norteamericanas porque les agradaban los deportes. En Francia, todas las mujeres creían que uno quería llevárselas inmediatamente a la cama.

—El amor es muy aburrido —comentó.

Eveline y él estaban de pie junto a la ventana hablando de cócteles (él adoraba las bebidas norteamericanas) y contemplaban los últimos jirones púrpura del crepúsculo que caían sobre Notre Dame y el Sena, mientras Eleanor y Maurice, sentados a oscuras en el saloncito, hablaban de san Francisco de Asís. Eleanor lo invitó a cenar.

A la mañana siguiente, Eleanor dijo que pensaba convertirse al catolicismo. Camino de la oficina hizo que Eveline se detuviera en Notre Dame y la acompañara a oír misa y ambas prendieron velas por la seguridad de Maurice en el frente ante lo que Eveline consideró una Virgen con cara de aburrimiento que estaba cerca de la puerta principal. Pero de todos modos todo era impresionante: el canto de los monjes y las luces y el olor a incienso. Eveline esperaba sin duda que no mataran a Maurice.

Aquella noche, Eveline invitó a cenar a Jerry Burnham, a la señorita Felton, que había vuelto de Amiens, y al comandante Appleton, que estaba en París ocupándose de algo relacionado con tanques. Fue una buena cena, con pato a la naranja, aunque Jerry, que estaba molesto por lo mucho que Eveline hablaba con Lemonnier, se emborrachó, abusó de las palabrotas y habló de la retirada de Caporetto y dijo que a los aliados les iba muy mal. El comandante Appleton dijo que no debería decir aquello aunque fuera verdad, y la cara se le enrojeció vivamente. Eleanor estaba bastante enfadada y dijo que merecía que lo arrestasen por decir aquellas cosas, y después de que todos se marcharan ella y Eveline discutieron.

—¿Qué pensará de nosotras ese joven francés? Tú eres encantadora, querida Eveline, pero tienes amigos de lo más vulgar. No sé dónde los encuentras, y esa Felton se bebió cuatro cócteles, un litro de beaujolais y tres coñacs. Yo misma lo he contado.

Eveline se echó a reír y acabaron riéndose las dos. Pero Eleanor dijo que hacían una vida cada vez más bohemia y que aquello no estaban nada bien cuando había guerra y las cosas iban tan terriblemente mal en Italia y Rusia, y los pobres muchachos estaban en las trincheras y todo eso.

Aquel invierno París se fue llenando gradualmente de soldados norteamericanos de uniforme, de coches oficiales y de víveres de la Cruz Roja; y el comandante Moorehouse, que resultó ser un viejo amigo de Eleanor, llegó directamente desde Washington para hacerse cargo de la propaganda de la Cruz Roja. Todo el mundo hablaba de él antes de que llegara porque antes de la guerra había sido uno de los expertos en publicidad más conocidos de Nueva York. No había nadie que no hubiera oído hablar de J. Ward Moorehouse. Hubo gran agitación en la oficina cuando llegó el rumor de que ya había desembarcado en Brest y todos estaban nerviosos preocupándose por dónde caería el palo.

La mañana en que llegó, lo primero que notó Eveline fue que Eleanor se había

hecho rizar el pelo. Luego, justo antes de mediodía, todo el departamento de propaganda fue convocado al despacho del comandante Wood para que conocieran al comandante Moorehouse. Éste era un hombre corpulento de ojos azules y un pelo tan claro que parecía casi blanco. El uniforme le sentaba bien, y su correaje y botas brillaban como el cristal. Eveline pensó inmediatamente que tenía algo de sincero y atractivo, como su padre, y le gustó. Parecía joven, además, a pesar de su papada, y tenía un leve acento sureño cuando hablaba. Soltó un breve discurso sobre la importancia de la labor de la Cruz Roja en el mantenimiento de la moral de los civiles y los combatientes y afirmó que su propaganda debía tener dos objetivos: estimular los donativos entre sus compatriotas, y mantener a la gente informada de los progresos de su labor. La dificultad actual era que la gente no conocía lo bastante el valioso esfuerzo que estaban haciendo los trabajadores de la Cruz Roja y mostraba cierta inclinación a escuchar las críticas de los germanófilos que operaban tras el disfraz del pacifismo, y de los derrotistas y cobardes siempre dispuestos a censurar y criticar; y añadió que el pueblo norteamericano y la sufrida población de los países aliados beligerantes debían enterarse de los espléndidos sacrificios que estaba haciendo el personal de la Cruz Roja, semejante al sacrificio de los admirables muchachos de las trincheras.

—En este mismo momento, amigos míos, estamos bajo el fuego, dispuestos a realizar el sacrificio supremo para que la civilización no desaparezca de la faz de la tierra.

El comandante Wood se echó hacia atrás en su silla giratoria y produjo un crujido que hizo que todos miraran sobresaltados a la ventana como si esperaran que entrara justamente por allí un obús del Gran Bertha.

—¿Lo ven? —dijo el comandante Moorehouse con acento decidido, brillándole los ojos azules—, eso es lo que tenemos que conseguir que sienta la gente: el nudo en la garganta, el esfuerzo por controlar los nervios, la determinación para seguir adelante.

Eveline se sintió emocionada a pesar de sí misma. Miró de reojo a Eleanor, que parecía tan serena e inocente como cuando escuchaba a Maurice hablarle del Jesús niño que había visto durante el ataque de gas. «Pero nadie podría decir en qué está pensando», se dijo Eveline.

Aquella tarde, cuando J. W. —como Eleanor llamaba al comandante Moorehouse — acudió a su casa para tomar el té con ellas, Eveline notó que la estaba observando con atención y midió sus palabras lo mejor que pudo. «Se trata del consejero financiero», pensó riéndose para sus adentros. J. W. parecía un poco cansado y no habló mucho, y se estremeció visiblemente cuando le hablaron de los ataques aéreos de las noches de luna y de que el presidente Poincaré iba personalmente todas las mañanas a visitar los destrozos y a dar el pésame a los supervivientes. No se quedó mucho tiempo y se marchó en un coche oficial a reunirse en algún sitio con un alto funcionario o algún personaje por el estilo. Eveline pensó que parecía nervioso e

intranquilo y que hubiera preferido quedarse con ellas. Eleanor le acompañó hasta el descansillo de la escalera y tardó en volver. Eveline la observó cuidadosamente cuando volvió a la habitación, pero su cara tenía su expresión habitual de calma finamente cincelada. Eveline tuvo en la punta de la lengua la pregunta de si el comandante Moorehouse era su…, su…, pero no pudo encontrar la expresión adecuada.

Eleanor no dijo nada durante bastante rato; luego, moviendo la cabeza, exclamó:

—¡Pobre Gertrude!

—¿Quién es Gertrude?

La voz de Eleanor tuvo una cierta resonancia metálica:

—La mujer de J. W… Está en un sanatorio con depresión nerviosa…, la tensión, querida, ¡esta guerra tan terrible!

El comandante Moorehouse se fue a Italia a reorganizar la propaganda de la Cruz Roja norteamericana allí, y un par de semanas después, Eleanor recibió órdenes de Washington de que se trasladara a la oficina de Roma. Lo que hizo que Eveline se quedara sola con Yvonne en el apartamento.

Fue un invierno gélido y solitario, y trabajar con el personal del socorro era demasiado aburrido, pero Eveline se las arregló para trabajar y divertirse algunas noches con Raoul, que iba a buscarla para llevarla a alguna pequeña boite que siempre decía que era muy aburrida. La llevaba al Noctambules, donde a veces podía conseguirse bebida después de las horas reglamentarias o subían a un pequeño restaurante de la Butte de Montmartre, donde una fría noche de enero con luna vieron desde el pórtico del Sacré Coeur cómo llegaban los zepelines. París se extendía frío y muerto, como si las hileras de tejados y cúpulas estuvieran esculpidas en nieve, y la metralla chisporroteaba por encima de la escarcha y las luces de los reflectores parecían antenas de grandes insectos moviéndose en la oscuridad lechosa. A intervalos llegaba el rojo resplandor y el ronquido de las bombas incendiarias. No vieron los dos delgados puros de plata encima de sus cabezas. Parecían más allá de la luna.

Eveline notó que el brazo de Raoul, que había estado alrededor de su cintura, se había deslizado hacia arriba, y que le ponía la mano en el pecho.

—*C’est fou, tu sais…, c’est fou, tu sais* —repetía con voz monótona; parecía haber olvidado el inglés.

Después de eso hablaron en francés, y Eveline pensó que estaba terriblemente enamorada de él. Cuando volvió a sonar la sirena, atravesaron las calles oscuras y silenciosas de París camino de casa. En una esquina, un gendarme se les acercó y pidió la documentación a Lemonnier. La examinó trabajosamente a la tenue luz azulada de un farol, mientras Eveline contenía la respiración, sintiendo que se le rompía el corazón. El gendarme devolvió los documentos, saludó, se excusó profusamente y se alejó. Ninguno de los dos había hablado de ello, pero Raoul parecía dar por seguro que iba a subir al apartamento para acostarse con ella. Se

dirigieron a casa con paso ligero a través de calles oscuras y frías; sus pisadas resonaban en los adoquines. Eveline iba colgada de su brazo; había algo de inquietante y eléctrico e incómodo en el modo en que ocasionalmente se tocaban sus caderas al caminar.

La casa de Eveline era una de las pocas de París que no tenía *concierge*. Abrió la puerta y subieron juntos, tiritando, los fríos escalones de piedra. Le susurró que no hiciera ruido, debido a la muchacha.

—Esto es muy aburrido —susurró él, y sus labios tibios rozaron la oreja de Eveline—. Espero que tú no pienses que es demasiado aburrido.

Raoul se peinó en el tocador, oliendo como buen conocedor los frascos de perfume. Siguió allí delante del espejo un rato sin ninguna prisa y, muy tranquilo, dijo:

—*Charmante* Eveline, ¿te gustaría ser mi mujer? Se podría arreglar, ¿no lo sabes? Mi tío, que es el cabeza de familia, siente mucha simpatía por los norteamericanos. Claro que todo eso del contrato y demás resultaría muy aburrido.

—¡Oh, no! Eso no es ni mucho menos lo que yo pienso —susurró ella, riéndose y tiritando en la cama.

Raoul le lanzó una furiosa mirada de ofendido, dijo buenas noches muy formalmente y se marchó.

Cuando los árboles empezaron a brotar bajo el balcón y las floristas de los mercados empezaron a vender narcisos y asfodelos, la sensación de que era primavera hizo que a Eveline le parecieran más tristes que nunca sus largos meses sola en París. Jerry Burnham se había marchado a Palestina; Raoul Lemonnier no volvió a verla más; el comandante Appleton la iba a buscar siempre que estaba en la ciudad y la obsequiaba ceremoniosamente, pero le resultaba muy aburrido. Eliza Felton conducía una ambulancia agregada al hospital de la base norteamericana de la avenue du Bois de Boulogne, y venía a verla los domingos que no tenía servicio y le amargaba la vida con sus quejas de que Eveline no era el alma libre y pagana que ella había creído al principio. Le decía que no la quería nadie y rogaba para que una bomba del Bertha con su nombre y dirección terminara de una vez con todo aquello. Llegó a hacerse tan desagradable que Eveline no pudo soportar el quedarse en casa los domingos y a veces pasaba la tarde en la oficina leyendo a Anatole France.

Además, las rarezas de Yvonne resultaban muy molestas; trataba de dirigir la vida de Eveline con sus comentarios pronunciados entre dientes. Cuando Don Stevens apareció de permiso, con un aspecto más miserable que nunca y su uniforme gris de cuáquero, le resultó una bendición del cielo, y Eveline decidió que, después de todo, quizás estuviera enamorada de él. Le dijo a Yvonne que era su primo y que se habían criado como hermanos, tras lo cual le instaló en la habitación de Eleanor.

Don estaba en un tremendo estado de excitación debido al éxito de los bolcheviques en Rusia, comió una enormidad, se bebió todo el vino de la casa, y se refería sin parar a misteriosas fuerzas clandestinas con las que estaba en contacto.

Dijo que todos los ejércitos se habían amotinado y que lo que había pasado en Caporetto pasaría en todo el frente; los soldados alemanes estaban a punto de sublevarse también, y aquello sería el comienzo de la revolución mundial. Le habló de los motines de Verdún, de los largos trenes de soldados a los que había visto camino del frente, gritando «*À bas la guerre*!» y disparando contra los gendarmes al pasar.

—Eveline, estamos al borde de acontecimientos gigantescos… La clase obrera del mundo ya no aguanta más este absurdo…, ¡maldita sea! La guerra casi habrá merecido la pena si conseguimos que de ella salga una nueva civilización socialista.

Se inclinó sobre la mesa y besó a Eveline justo delante de las narices de Yvonne, que en aquel momento servía tortitas con coñac caliente. Steven alzó el dedo en dirección a Yvonne y casi consiguió hacerla sonreír por el modo en que dijo:

—*Après la guerre finie*.

Aquella primavera y aquel verano las cosas estaban indudablemente tan movidas como si Don tuviera razón. De noche, Eveline oía la gigantesca oleada del constante fuego del cañón en el frente que se desmoronaba. La oficina estaba llena de rumores absurdos: el Quinto Cuerpo de Ejército Británico se había hundido y huía a la desbandada, los canadienses se habían amotinado y apoderado de Amiens, los espías se habían hecho cargo de todos los aeroplanos norteamericanos, los austríacos avanzaban de nuevo en Italia. La oficina de la Cruz Roja recibió en tres ocasiones la orden de embalar sus archivos y prepararse para dejar París. Ante todo aquello, al departamento de propaganda le resultaba difícil mantener el adecuado tono de optimismo correspondiente a sus informes, pero París siguió llenándose de reconfortantes rostros norteamericanos, de policías militares norteamericanos, de correajes y de comida enlatada; y en julio, el comandante Moorehouse, que acababa de volver de Estados Unidos, entró en la oficina de Château Thierry con información de primera mano y anunció que la guerra terminaría al cabo de un año.

Esa misma noche invitó a Eveline a cenar con él en el Café de la Paix, y ella tuvo que romper una cita que tenía con Jerry Burnham, que ya había vuelto del Oriente Próximo y los Balcanes y contaba muchas cosas acerca del cólera y de toda clase de calamidades. J. W. pidió una cena magnífica; dijo que Eleanor le había rogado que fuera a verla, por si Eveline necesitaba que la animaran un poco. Habló de la gigantesca era de expansión que amanecería en Norteamérica después de la guerra. Norteamérica, el buen samaritano que cuidaría las heridas de una Europa destrozada por la guerra. Era como si estuviera ensayando un discurso, y cuando terminó miró a Eveline con una extraña sonrisa de disculpa y dijo:

—Y la broma es que es verdad. —Y Eveline se echó a reír y de pronto se dio cuenta de que J. W. le gustaba mucho.

Eveline llevaba un vestido nuevo que había comprado en Paquin con el dinero que su padre le había mandado el día de su cumpleaños, lo que constituía un alivio después del uniforme. Ya habían comido bastante antes de entrar realmente en

conversación. Eveline trató de conseguir que J. W. hablara de sí mismo. Después de cenar fueron al Maxim's, pero estaba lleno de aviadores borrachos y habladores, y el escándalo parecía asustar a J. W., conque Eveline le sugirió que fueran hasta su casa a tomar un vaso de vino. Cuando llegaron al Quai de la Tournelle, justo al salir del coche oficial de J. W., Eveline distinguió a Don Stevens que bajaba por la calle. Durante un segundo esperó que no les hubiese visto, pero Stevens dio la vuelta y corrió hacia ellos. Iba con él un tipo joven de uniforme, cuyo nombre era Johnson. Subieron todos juntos y se sentaron melancólicamente en el cuarto de estar. Eveline y J. W. no hacían más que hablar de Leonor, y los otros dos se quedaron sentados sombríamente, mirando confusos, hasta que J. W. se puso de pie, bajó la escalera, se metió en su coche oficial y se marchó.

—¡Maldita sea! Si hay algo que odio de verdad es un comandante de la Cruz Roja —soltó Don en cuanto la puerta se cerró detrás de J. W.

Eveline estaba enfadada.

—Bueno, pues no es peor que ser un cuáquero de pega —dijo gélidamente.

—Debe perdonar nuestra intromisión, señorita Hutchins —murmuró el soldado de infantería, que era rubio y con pinta de sueco.

—Queríamos llevarte a un café o a algún sitio parecido, pero ya es demasiado tarde —añadió Don, enfadado.

El de infantería le interrumpió:

—Espero, señorita Hutchins, que sabrá disculpar nuestra intromisión, o mejor, mi intromisión… Yo había suplicado a Don que me trajera con él. Me había hablado mucho de usted y hace un año que no veo a una auténtica chica norteamericana.

Tenía un modo muy educado de hablar y un quejumbroso acento de Minesota que al principio a Eveline le pareció odioso, pero a medida que se excusaba le fue resultando simpático. Cuando se marchó, salió en su defensa al decir Don:

—Es un buen chico, pero tiene algo de idiota. Temí que no te gustara.

Eveline no dejó a Don que pasara la noche con ella como él esperaba, y éste se marchó sin disimular su enojo.

En octubre, Eleanor regresó con un montón de antiguos retablos italianos que había comprado por una miseria. En la oficina de la Cruz Roja había más gente de la necesaria para el trabajo, y Eveline, Eleanor y J. W. realizaron una gira por las cantinas de la Cruz Roja del este de Francia en un coche oficial. Fue un viaje maravilloso; el tiempo era tan milagroso que casi parecía el de un octubre norteamericano. Almorzaban y cenaban en los cuarteles generales de regimientos, cuerpos de ejército y divisiones; en todas partes estuvieron muy amables los oficiales jóvenes, y J. W. estaba de tan buen humor que lograba que se rieran sin parar. Vieron baterías de campaña disparando y un duelo aéreo y globos cautivos, y escucharon el zumbido de un *arrivé*. Fue durante aquel viaje cuando Eveline empezó a notar por primera vez algo frío en el modo de tratarla de Eleanor, que la hirió; habían sido tan buenas amigas durante la primera semana después del regreso de Eleanor de Roma,

que no lo entendía.

De nuevo en París, todo resultó súbitamente interesante a causa de la mucha gente que llegaba: George, el hermano de Eveline, que era intérprete en el cuartel general; un tal señor Robinson, amigo de J. W., que siempre estaba borracho y hablaba de modo muy divertido; Jerry Burnham y un montón de periodistas; y el comandante Appleton, que había ascendido a coronel. Celebraban cenas y fiestas íntimas y la principal dificultad consistía en reunir a gente que se llevara bien. Afortunadamente, todos sus amigos eran oficiales o corresponsales con categoría de oficiales. Don Stevens sólo apareció una vez, precisamente antes de que llegaran el coronel Appleton y el general de brigada Byng, a quienes habían invitado a cenar. Eveline empezó las cosas al decirle que se quedara porque el general dijo que pensaba que los cuáqueros eran unos derrotistas de la peor ralea, y Don, muy enfadado, dijo que un pacifista podía ser más patriota que un oficial de Estado Mayor destinado a un puesto cómodo y que el patriotismo era en cualquier caso crimen de lesa humanidad. La cosa podría haber resultado muy desagradable si el coronel Appleton, que había bebido muchísimos cócteles, no hubiese roto la silla dorada en la que se sentaba, y el general no se hubiera echado a reír tomándole el pelo al coronel con un mal juego de palabras sobre *avoir du poise*, que distrajo del incidente a todo el mundo. Eleanor se enfadó mucho con Don, y después de marcharse sus invitados, ella y Eveline tuvieron una agria discusión. A la mañana siguiente, Eleanor no dirigió la palabra a Eveline y ésta salió a buscar otro apartamento.

# Noticiario XXVIII

Oh las águilas vuelan alto
En Mobile, en Mobile

los norteamericanos cruzan a nado un ancho río y escalan las escarpadas orillas del canal en la brillante conquista de Dun. Es un hecho a destacar que la Compagnie Générale Transatlantique, familiarmente más conocida como la Línea Francesa, no haya perdido ni un solo barco en su servicio regular de pasajeros durante todo el período de la guerra

LA BANDERA ROJA ONDEA EN EL BÁLTICO

«Atravesé Egipto para unirme con Allenby —dijo—. Volé en aeroplano haciendo en dos horas el viaje que a los hijos de Israel les llevó cuarenta años hacer. Eso es algo que le hace pensar a uno en los progresos de la ciencia moderna».

Por suerte las vacas no vuelan
En Mobile, en Mobile

PERSHING OBLIGA AL ENEMIGO A RETIRARSE DE NUEVO

CANTA PARA LOS SOLDADOS HERIDOS;
NO FUE FUSILADO POR ESPÍA

Je donnerais Versailles
Paris et Saint Denis
Les tours de Notre Dame
Les clochers de mohn pays

AYUDAD A LA ADMINISTRACIÓN DE ALIMENTOS
DENUNCIANDO A LOS ESPECULADORES

la perfección del acuerdo logrado en la mayoría de los aspectos por los deliberantes causó satisfacción e incluso sorpresa entre los participantes

## LOS ROJOS OBLIGAN A HUIR A LOS BARCOS MERCANTES

## LOS ALEMANES A LA DESBANDADA

Auprès de ma blonde
Qu'il fait bon fait bon
Auprès de ma blonde
Qu'il fait bon dormir

## CHEZ LES SOCIALISTES LES AVEUGLES SONT ROIS

El gobierno alemán solicita al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica que dé el primer paso hacia el restablecimiento de la paz, notifique a los beligerantes este requerimiento y los invite a nombrar delegados plenipotenciarios con objeto de iniciar las negociaciones. El gobierno alemán acepta, como base para las negociaciones de paz, el programa expuesto por el presidente de Estados Unidos y sus posteriores declaraciones, especialmente la del 27 de septiembre de 1918. Con objeto de evitar que prosiga el derramamiento de sangre, el gobierno alemán ruega al presidente de Estados Unidos que concierte inmediatamente un armisticio general en tierra, mar y aire.

# Joe Williams

Joe llevaba una temporada haraganeando por Nueva York y Brooklyn, pidiéndole dinero prestado a la señora Olsen, y todo el tiempo borracho como una cuba. Un día la señora Olsen tomó la decisión de echarlo. Hacía un frío tremendo y Joe tuvo que ir a dormir un par de noches a un asilo nocturno. Tenía miedo a que lo detuvieran para reclutarlo y estaba harto de todo aquello; terminó por enrolarse como marinero en el *Appalachian*, un gran carguero nuevo que zarpaba rumbo a Burdeos y Génova. Correspondía al estado en que se sentía el que volvieran a tratarle como un presidiario y tuviera que fregar la cubierta y rascar pintura. En el castillo de proa, eran mayoría los campesinos que nunca habían visto el mar, aparte de unos cuantos viejos vagabundos que no servían para nada. Tuvieron cuatro días de terrible vendaval y la nave embarcó un golpe de mar que inundó dos de los botes de estribor, y el convoy se dispersó y entonces se dieron cuenta de que la cubierta no había sido calafateada adecuadamente y entraba agua en el castillo de proa. Sucedió que Joe era el único de a bordo a quien el segundo podía confiar el timón, así que dejó de rascar pintura y durante sus guardias de cuatro horas tuvo tiempo de sobra para pensar en lo asqueroso que era todo. En Burdeos le hubiera gustado desembarcar para ir a ver a Marceline, pero no se permitió que ninguno de la tripulación bajase a tierra.

El contramaestre bajó y se emborrachó con dos infantes norteamericanos y volvió con una botella de coñac para Joe, al que había cobrado simpatía, y un montón de historias asquerosas sobre que a los gabachos les estaban zurrando la badana y que a los italianini tampoco les iban nada bien las cosas, y que si no fuera por ellos el Káiser ya habría entrado a caballo cualquier día de éstos en el confiado París, y que con todo la cosa no estaba nada clara. Hacía un frío del demonio, Joe y el contramaestre bajaron a la cocina y bebieron el coñac con el cocinero, que era un veterano de la fiebre del oro de Klondike. Tenían todo el barco para ellos solos porque los oficiales estaban en tierra echando un vistazo a las *mademosels* y todos los demás se habían dormido. El contramaestre dijo que aquello era el fin de la civilización y el cocinero dijo que a él le importaba un carajo y Joe aseguró que a él le importaba otro carajo y el contramaestre dijo que eran un par de jodidos bolcheviques y se quedó dormido.

Fue un viaje curioso bordeando España y atravesando el estrecho y remontando la costa francesa hasta Génova. Durante todo el tiempo hubo una hilera de mercantes camuflados, griegos y británicos y noruegos y norteamericanos, todos pegados a la costa y con los salvavidas apilados en cubierta y los botes fuera de las serviolas. Se cruzaron con otra fila de barcos que volvía en lastre; eran transportes y carboneros de Italia y Salónica, buques-hospital blancos, toda clase de viejos cascarones procedentes de los siete mares, mercantes oxidados con las hélices tan fuera del agua

que se les podía oír dos horas después de que el casco se hubiera perdido de vista. Una vez que entraron en el Mediterráneo hubo barcos de guerra franceses e ingleses a su costado todo el tiempo, y también destructores, absurdos con sus largos penachos de humo, que les daban el alto y mandaban gente a bordo para revisar sus documentos. En tierra no parecía que hubiera guerra. El tiempo era soleado después que pasaron Gibraltar. La costa española era verde con un fondo de desnudas montañas rosas y amarillas, salpicadas de casitas blancas como terrones de azúcar que se agrupaban aquí y allá en pueblos. Al cruzar el golfo de León, bajo espesa lluvia y mucha niebla y mar gruesa, estuvieron a un paso de chocar contra una falúa cargada de barricas de vino. Luego siguieron a lo largo de la Riviera francesa con un ululante viento de noroeste y pueblos de tejados rojos brillantes y soleados y secas colinas que se alzaban cubiertas de roca al fondo, y todavía más atrás montañas cubiertas de nieve. Después de pasar Montecarlo aquello era un circo; las casas eran todas color rosa y azules y amarillas, y había esbeltos álamos y altas agujas de iglesia en todos los valles.

Aquella noche estaban a la vista del faro de Génova, señalado en los mapas, cuando vieron un resplandor rojo a proa. Se extendió el rumor de que los austríacos habían tomado la ciudad y le habían prendido fuego. El segundo oficial dijo al capitán, en pleno puente, que los capturarían si seguían adelante y que lo mejor sería poner rumbo a Marsella, pero el capitán le respondió que no se ocupara de lo que no le incumbía y que mantuviera la boca cerrada hasta que le pidiera su opinión. El resplandor se hacía más intenso a medida que se acercaban. Era un gran petrolero nuevo de la Standard Oil, escorado ligeramente a proa, que despedía un fuego que se extendía por el agua. Se veían el espigón y los faros y la ciudad trepando por las colinas del fondo, con reflejos rojos en todas las ventanas, y los barcos amontonados en el puerto, todos iluminados por el mismo resplandor rojo.

Después de echar el ancla, el contramaestre llamó a Joe y a un par de jovenzuelos, y fueron en el chinchorro a ver qué se podía hacer a bordo del petrolero. La popa se levantaba mucho del agua. Por lo que podía ver, no había nadie a bordo. Unos italianini se acercaron en una motora y les gritaron algo, pero ellos hicieron como si no les entendieran. Había también allí cerca un barco del servicio contra incendios, pero no parecía que pudiera hacer nada.

—¿Por qué demonios no lo hunden? —repetía el contramaestre.

Joe vio una escala de cuerda que colgaba de un costado hasta el agua y arrimó el chinchorro a ella. Antes de que los otros hubieran tenido tiempo de gritarle que no siguiera, ya estaba a medio camino. Cuando saltó a cubierta desde la barandilla, se preguntó qué demonios estaba haciendo allí. «Maldita sea, espero que reviente de una puta vez», se dijo a sí mismo en voz alta. Allí arriba estaba tan claro como si fuese de día. La proa del barco y el mar a su alrededor ardían como una tea. Supuso que el barco había chocado contra una mina o lo habían torpedeado. Era evidente que la tripulación lo había abandonado a toda prisa, pues había todo tipo de prendas de

vestir y un par de bolsas junto a las serviolas donde habían estado los botes de salvamento. Joe cogió un jersey nuevo bastante bonito y luego bajó a la cámara. Sobre una mesa encontró una caja de puros habanos. Sacó un puro y lo encendió. Le hizo sentirse bien estar allí y encender un puro con el maldito petrolero dispuesto a volar y mandarle hasta Halifax en cualquier momento. Además, el puro era bueno. En un paquete de papel fino, encima de la mesa, había siete pares de medias de seda. «Lo cogeré para regalárselas a Del», pensó, pero entonces recordó que entre ellos se había terminado todo. De todos modos, se metió el paquete de medias en el bolsillo del pantalón y regresó a cubierta.

El contramaestre le estaba gritando desde el bote que, por el amor de Dios, o volvía o lo dejaba abandonado. Tuvo el tiempo justo de coger una cartera que había en la escala.

—No es gasolina, es petróleo crudo. Puede estar ardiendo una semana —les gritó a los del bote mientras bajaba lentamente por la escala de cuerda dando chupadas al puro y mirando hacia el puerto, lleno de mástiles y chimeneas y grúas, y las grandes casas de mármol y las viejas torres y los soportales y las colinas de detrás, todo de color rojo.

—¿Dónde diablos está la tripulación?

—Probablemente estén todos borrachos en tierra, que es donde me gustaría estar a mí —contestó el contramaestre. Joe repartió los puros, pero se quedó con las medias de seda. En la cartera no había nada—. ¡Valientes idiotas! —gruñó el contramaestre —. ¿No tenían extintores químicos?

—Estos jodidos italianini no sabrían qué hacer con ellos aunque los tuvieran —dijo uno de los jovenzuelos.

Remaron de vuelta al *Appalachian* e informaron al capitán de que el petrolero había sido abandonado y que las autoridades del puerto debían deshacerse de él.

El petrolero ardió a la salida del puerto durante todo el día siguiente. Hacia el anochecer, otro de los depósitos estalló y el fuego comenzó a extenderse más y más por el agua. El *Appalachian* levó anclas y atracó en el muelle.

Aquella noche Joe y el contramaestre salieron a ver la ciudad. Las calles eran estrechas y tenían escaleras que llevaban colina arriba hasta unas anchas avenidas con cafés y mesitas bajo los soportales, y cuyo pavimento era de losas de mármol pulimentado, con dibujos. Hacía muchísimo frío y entraron en un bar a beber ponches de ron caliente.

Allí conocieron a un italiano que se llamaba Charley y había vivido doce años en Brooklyn, que los llevó a un figón donde comieron un montón de espaguetis y ternera frita, bebiendo vino blanco. Charley les contó que en el ejército italiano los trataban como a perros y sólo les pagaban cinco centavos diarios, que ni siquiera se cobraban, y Charley estaba totalmente a favor del presidente Wilson y de los Catorce Puntos y dijo que enseguida habría una paz sin vencedores y una gran revoluzione en Italia, y otra gran guerra con Francia, y que los ingleses trataban a los italianos como a cerdos.

Charley les presentó a dos chicas que dijo eran primas suyas: Nedda y Dora. Una de ellas se sentó en las rodillas de Joe y, ¡menuda cantidad de espaguetis se tragó! Bebieron vino. La cena costó todo el dinero que tenía Joe.

Cuando subía con Nedda a la cama por una escalera interior del patio, pudo ver en los tejados y las desnudas paredes de las casas el resplandor del petrolero que ardía a la salida del puerto.

Nedda no se quería desnudar sin ver antes el dinero de Joe. Joe ya no tenía nada de dinero, así que sacó las medias de seda. Ella parecía confusa y negaba con la cabeza, pero era puñeteramente guapa y tenía unos grandes ojos negros y a Joe le gustaba, y le gritó a Charley y Charley subió la escalera y habló con la chica en italiano y dijo que claro que aceptaría las medias y que si acaso Norteamérica no era el mejor país del mundo y *tutti aleati* y que el *presidente Vilson* un gran hombre para Italia. Pero la chica no quiso seguir hasta que trajeron a una vieja que estaba en la cocina y subió renqueando la escalera y debió decir que eran de auténtica seda y que valían dinero, porque entonces la chica echó los brazos al cuello de Joe, y Charley dijo:

—Claro, amigo, dormirá contigo toda la noche, ¡que os aproveche hacer el amor!

Pero hacia medianoche, cuando la chica ya se había dormido, Joe se cansó de estar allí acostado. Olía los retretes del patio y un pollo cacareaba muy alto allí mismo, pegado a su oído. Se levantó, se vistió y salió de puntillas. Las medias de seda colgaban de una silla. Las cogió y volvió a metérselas en el bolsillo. Le crujían los zapatos haciendo un ruido espantoso. La puerta de la calle estaba cerrada con cerrojos y barras y le llevó mucho tiempo conseguir abrirla. Justo cuando salía a la calle, un perro se puso a ladrar y Joe se alejó corriendo. Se perdió en aquel millón de callejas estrechas de piedra, pero se imaginó que si seguía colina abajo en algún momento llegaría al puerto. Pronto volvió a ver el resplandor rosa del petrolero que ardía y se guió por él.

En unas empinadas escaleras se tropezó con un par de norteamericanos de uniforme caqui y les preguntó el camino y ellos le dieron de beber de una botella de coñac y le dijeron que iban hacia el frente italiano y que había habido una gran retirada y que todo andaba muy mal y que no sabían ni dónde estaba el maldito frente y que se quedarían allí esperando hasta que el maldito frente se les acercara. Joe les contó lo de las medias de seda y ellos pensaron que era muy divertido, y le enseñaron el camino del muelle donde estaba el *Appalachian* y se estrecharon la mano muchas veces al decirse buenas noches y dijeron que los italianos eran unos cerdos y Joe les dijo que habían quedado como príncipes al enseñarle el camino y terminaron el coñac y Joe subió a bordo y se dejó caer en su camastro.

Cuando el *Appalachian* puso rumbo a Norteamérica, el petrolero todavía seguía ardiendo a la salida del puerto. Joe volvió a su país con blenorragia y no pudo beber nada durante meses y vivió con más formalidad en Brooklyn. Fue a la escuela organizada por el Departamento de Marina en el Instituto Platt y obtuvo el título de

segundo oficial y aquel año hizo varios viajes entre Nueva York y Saint Nazaire en un barco nuevo de madera construido en Seattle, el *Owanda*, con el que tuvieron un montón de problemas.

Él y Janey se escribían a menudo. Janey estaba en Europa con la Cruz Roja y se sentía muy patriota. Joe empezó a pensar que quizás ella tuviera razón. En cualquier caso, si uno creía lo que decían los periódicos, los alemanes estaban llevándose una paliza, y un muchacho como él, si no hacía las cosas mal, no le tomaban por germanófilo o bolchevique o algo así, tenía grandes oportunidades. Después de todo, como escribía repetidamente Janey, había que salvar a la civilización y aquél era su deber. Joe abrió una cuenta de ahorro y compró un bono de la Libertad.

La noche del armisticio, Joe estaba en Saint Nazaire. La ciudad se había vuelto loca. Todos bajaron a tierra, los soldados norteamericanos salieron de sus campamentos y los franceses de sus cuarteles, todos se palmeaban unos a otros en la espalda, abrían botellas, pasaban botellas a los demás, hacían ruido al abrir el champán, besaban a todas las chicas guapas, eran besados por las viejas y por los veteranos franceses de grandes bigotes. El segundo, el capitán, el jefe de máquinas y un par de oficiales de marina a los que no habían visto nunca empezaron una gran cena en un café, pero sólo tomaron la sopa porque en la colina todo el mundo estaba bailando, y habían servido tantos tragos al cocinero que se durmió, y se quedaron allí cantando y bebiendo champán y dando vítores a las banderas aliadas que llevaban las chicas que pasaban.

Joe salió a la caza de Jeanette, que era la chica a la que solía ver siempre que estaba en Saint Nazaire. Quería encontrarla antes de dar demasiados tumbos. Jeanette le había prometido que se acostaría con él aquella noche antes de saber que era la del armisticio. Ella le decía que nunca se acostaba con otro siempre que el *Owanda* estaba en el puerto y él se portaba bien con ella y le traía regalos de *l'Amérique* y *du sucre* y *du café*. Joe se encontraba bien, tenía un montón de dinero en la cartera y, ¡maldita sea!, el dinero norteamericano aquellos días valía bastante; también tenía un kilo de azúcar en el bolsillo del impermeable, lo que para las *mademosels* era mejor que el dinero.

Entró en un cabaret todo forrado de terciopelo rojo y de espejos y la orquesta tocaba *The Star Spangled Banner* y todo el mundo gritaba *Vive l'Amérique* y le metían las copas por la cara según iba entrando y luego se encontró bailando con una chica gorda y la orquesta tocaba un foxtrot. Echó a un lado a la chica gorda porque había visto a Jeanette. Llevaba una bandera norteamericana encima del vestido. Estaba bailando con un senegalés muy alto. Joe montó en cólera. La apartó del negro, que era un oficial francés lleno de galones dorados, y Jeanette dijo:

—¿Qué te pasa, *chéri*?

Joe le soltó un puñetazo al maldito negro, pero aunque había golpeado con la mayor fuerza que pudo, el negro ni se inmutó. La cara del negro adquirió una expresión de extrañeza como si estuviera a punto de hacerle una pregunta a Joe. Un

camarero y un par de soldados franceses se acercaron y trataron de llevarse a Joe. Todo el mundo daba gritos y se peleaba. Jeanette trató de interponerse entre Joe y el camarero, y recibió un puñetazo en la mandíbula que la tumbó patas arriba. Joe tumbó a un par de franceses y se batía en retirada hacia la puerta cuando en el espejo vio a un tipo enorme que iba a pegarle en la cabeza con una botella que tenía agarrada con las dos manos. Joe trató de esquivar el golpe, pero no tuvo tiempo. La botella le rompió la cabeza y se desmayó.

# Noticiario XXIX

La llegada de la noticia provocó la saturación de las líneas telefónicas de la ciudad

Y fallait pas
Y fallait pas
Y fallait pas-a-a-a-a-yallez

GRANDES CAÑONES UTILIZADOS EN HAMBURGO

en la aduana la multitud cantó *Barras y estrellas* bajo la dirección de Byron R. Newton el interventor del puerto

MORGAN EN EL ALFÉIZAR DE LA VENTANA
CON LOS PIES AL AIRE
ECHA CONFETI A LA MULTITUD

en el Battery la sirena del barco contra incendios *New York* lanzó un gemido estridente cuando llegó la noticia y en menos tiempo del que lleva contarlo se armó un pademónium a lo largo de la orilla del mar

*Oh, decid, no veis a la luz temprana de la aurora*

MUJERES ACLAMAN A UN PRÍNCIPE CORONADO POR BESAR
A UNA MODISTA

Allons enfants de la patrie
Le jour de glorie est arrivé

No hay sitio para hacer cosquillas a Mary
No hay sitio adónde ir

«Hemos hecho la guerra contra el diablo y merecieron la pena todos los sufrimientos que eso implicó», dijo William Howard Taft en una celebración de la victoria que tuvo lugar aquí la noche pasada

Ka-ka-katy, la bella Katy
Es la única chi-chi-chica que adoro
Y cuando brilla la luna

United Press, N.Y.

París urgente Brest almirante Wilson anunció a 16 horas (cuatro tarde) prensa de Brest armisticio ha sido firmado posteriormente noticia sin confirmar mientras Brest festeja acontecimiento ruidosamente

## DOS TRANVÍAS ASALTADOS POR PISTOLEROS DE QUEENS

Encima del techo del establo
Espero a la puerta de la co-co-cocina

## SE PIDE AL GRAN JURADO ESPECIAL QUE CONDENE A LOS BOLCHEVIQUES

los soldados y los marineros dieron la única nota de color a la celebración. Entraron con muchas ganas de pasar un buen rato y bebieron mucho a pesar de que iban de uniforme. Algunos de ellos, que se mostraron agresivos, estuvieron a punto de provocar un tumulto cuando cogieron un puñado de piedras y trataron de romper un letrero luminoso de la esquina de Broadway con la calle Cuarenta y dos, que dice:

## BIENVENIDOS A CASA NUESTROS HÉROES

Decid, no veis a la luz temprana de la aurora

Que tan orgullosamente vitoreamos a la luz postrera del ocaso Cuando el rojo resplandor de los cohetes cruza el aire

Probaron en la noche que allí seguía nuestra bandera

# El Ojo de la Cámara (36)

cuando vaciábamos los baldes a favor del viento por la borda todas las noches después de la última inspección nos deteníamos durante un momento a aspirar una bocanada del ventarrón de noviembre con salpicaduras de espuma detrás de las orejas y echábamos una ojeada a la espuma que desprendían las altas olas de barcos hundidos llenos de hombres (en sus ondas púrpura flotaban las minas con un suave balanceo y bajo ellas avanzaban suavemente submarinos) a mirar el cielo velado por un chaparrón a quitar las manos de las grasientas asas de los baldes llenos de basura que nadie quería comer (nueve comidas nueve lanzamientos de restos de comida nueve cruces de palabras con el camarero londinense que trataba de proteger las ciruelas en conserva revistas AtenCIÓN clic clac. Descansen la lámpara iluminando todos los rincones de los baldes nueve filas de muchachos mareados a lo largo de corredores sin aire con el equipo en la mano).

Oye sorchi dime ¿han firmado el armisticio? dime ¿ha terminado la guerra? ¿nos llevan a casa? radio macuto ya sabes ahora te voy a contar… ya bajábamos con los baldes vacíos los tres tramos de la escala de hierro que llevaban a la bodega apestosa cabeceando violentamente el casco y oliendo a basura cada vez que se movía.

# Míster Vilson

El año que Buchanan fue elegido presidente Thomas Woodrow Wilson

nació de la hija de un pastor presbiteriano

en su residencia de Staunton en la valle de Virginia; era de viejo linaje irlandés-escocés; su padre también era un pastor presbiteriano y, además, profesor de retórica en el seminario de Teología; los Wilson vivían en un universo de palabras encadenadas hasta constituir un firmamento incontrovertible a través de dos siglos de inspirados calvinistas,

Dios era el Verbo

y el Verbo era Dios.

El doctor Wilson era un hombre respetado que amaba su hogar y a sus hijos y los buenos libros y a su mujer y la sintaxis correcta y hablaba diariamente con Dios en las oraciones familiares;

educó a sus hijos

entre la Biblia y el diccionario.

Los años de la guerra civil

los años de pífano y tambor y descargas y proclamas,

los Wilson vivían en Augusta, Georgia; Tommy era un niño retrasado, no aprendió a leer hasta los nueve años, pero cuando aprendió a leer su lectura favorita era el libro del pastor Weems

*La vida de Washington*

En 1870 el doctor Wilson fue llamado al Seminario Teológico de Columbia, Carolina del Sur; Tommy asistió al colegio Davidson,

donde desarrolló una buena voz de tenor;

luego fue a Princeton y se hizo polemista y editor del *Princetonian*. Su primer artículo publicado en el *Nassau Literary Magazine* fue un ensayo sobre Bismarck.

Posteriormente estudió Derecho en la Universidad de Virginia; el joven Wilson quería ser un Gran Hombre, como Gladstone y los parlamentarios ingleses del siglo XVIII; quería embrujar los escaños para la causa de la Verdad; pero el ejercicio de la abogacía le molestaba; estaba más cómodo en la atmósfera erudita de las bibliotecas, salas de conferencias y capillas de colegio. Fue un alivio para él dejar la práctica de la abogacía en Atlanta para aceptar una beca y seguir un curso de historia en la John Hopkins; allí escribió *Congressional Government*.

A los veintinueve años se casó con una chica aficionada a la pintura (mientras la cortejaba la enseñó a pronunciar la «a» abierta) y consiguió un trabajo en Bryn Mawr para enseñar Historia y Política Económica a las chicas. Cuando se doctoró en Filosofía por la John Hopkins, se trasladó a una cátedra en el Wesleyan, escribió artículos, inició su Historia de Estados Unidos,

habló en favor de Verdad Reforma Gobierno Responsable Democracia, pronunció conferencias, ascendió todos los escalones de una brillante carrera universitaria; en 1901 en Princeton le ofrecieron la presidencia,

se lanzó a reformar la universidad, se hizo enemigos y amigos apasionados, agarró al campus universitario por las orejas,

y el pueblo norteamericano empezó a encontrar en las primeras páginas de los periódicos

el nombre de Woodrow Wilson.

En 1909 pronunció discursos sobre Lincoln y Robert E. Lee

y en 1910

los jefes demócratas de Nueva Jersey, presionados por fanáticos y reformistas, tuvieron la brillante idea de ofrecerle la designación a aquel incorruptible presidente universitario que atraía a tan grandes audiencias

al proclamarse paladín de la Justicia.

Cuando el señor Wilson se dirigió a la convención de Trenton, que le designó para gobernador, confesó su creencia en el hombre normal y corriente (los jefes de pueblos pequeños y sus seguidores se miraron unos a otros y se rascaron la cabeza); continuó, su voz se fue haciendo más segura:

«es decir, el hombre por cuyo juicio deseo guiarme, de modo que todas las tareas se multipliquen y cuando lleguen los días en que todos sintamos confusión y desmayo, podamos alzar nuestros ojos a las colinas de estos valles sombríos donde las ingentes rocas de los privilegios ensombrecen y oscurecen nuestra ruta hacia donde el resplandor del sol penetra a través del gran desfiladero en los escarpados riscos, el sol de Dios,

el sol destinado a regenerar a los hombres,

el sol destinado a librarlos de su pasión y desesperación para elevarnos a aquellas regiones superiores que son la tierra prometida de todo hombre que desee libertad y trabajo».

Los jefes de pueblos pequeños y sus seguidores se miraron unos a otros y se rascaron la cabeza; luego le vitorearon; Wilson se rio de los listillos y engañó a los jefes; fue elegido por una amplia mayoría;

así que dejó Princeton a medio reformar para ser gobernador de Nueva Jersey.

y se reconcilió con Bryant

en la comida del día de Jackson: cuando Bryant señaló: «Yo, claro está, sabía que usted no estaba de acuerdo conmigo en el valor moneda», el señor Wilson replicó: «Lo único que puedo decir, señor Bryant, es que usted es un gran hombre».

Le presentaron al coronel House,

ese Merlín aficionado a la política que tendía sus redes desde el hotel Gotham,

y en la convención de Baltimore del julio siguiente tuvo lugar el punto álgido de la función de marionetas preparada entre bastidores por Hearst y House, y por Bryan, que era vitoreado en los pasillos con un pañuelo sobre su cuello sudado, por delegados sudorosos, de modo que Woodrow Wilson fue nominado para la presidencia.

El paso de los progresistas de Taft a T. R. en Chicago aseguró su elección;

así que dejó el estado de Nueva Jersey a medio reformar

(propaganda implacable era el eslogan de la Campaña del Valle Sombrío)

y fue a la Casa Blanca

como nuestro vigesimoctavo presidente.

Mientras Woodrow Wilson recorría en coche Pensilvania Avenue junto a Taft, el gran barril de mantequilla, el cual como presidente había deshecho genialmente los esfuerzos reaccionarios de T. R. para poner los negocios bajo el control del gobierno,

J. Pierpont Morgan hacía solitarios en su despacho de Wall Street, fumando veinte puros diarios, maldiciendo las locuras de la democracia.

Wilson fustigó los intereses y estigmatizó los privilegios, se negó a reconocer a Huerta y mandó tropas al Río Grande,

a seguir una política de vigilante espera. Publicó *The New Freedom* y dirigió mensajes al Congreso en persona, como un presidente de *college* que se dirigiera a profesores y estudiantes. En Mobile dijo:

«Quiero aprovechar esta ocasión para decir que Estados Unidos nunca volverá a buscar la conquista de un solo palmo de territorio por medio de la violencia»;

y ordenó el desembarco de la infantería de marina en Veracruz.

«Estamos asistiendo al renacimiento del espíritu público, a un auténtico despertar de la opinión pública sensata, a una recuperación de la fuerza del pueblo, al comienzo de una era de meditada reconstrucción…».

pero el mundo había empezado a girar en torno a Sarajevo.

Primero fue la *neutralidad de pensamiento y de hecho*, luego el *demasiado orgulloso para pelear* cuando el hundimiento del *Lusitania* y el peligro que corrían los préstamos de Morgan y los cuentos de publicitarios franceses e ingleses, que hicieron que todos los centros financieros del Este clamaran por la guerra; además

atría el redoblar de tambores y el disparo de las armas. La mejor gente adquiría sus modelos en París y su «a» abierta en Londres, y también estaban T. R. y la Casa Morgan.

Cinco meses después de su reelección bajo el lema *Nos mantuvo alejados de la guerra*, Wilson hizo aprobar en el Congreso la Ley de Buques Armados y declaró que existía estado de guerra entre Estados Unidos y los Imperios Centrales:

«Fuerza sin restricción ni límite, la mayor fuerza posible».

Wilson se convirtió en el estado (la guerra es la salud del estado), Washington fue su Versalles, protegió al gobierno socializado, hombres pagados con un dólar al año procedente de las grandes compañías y presidió el gran desfile

de hombres municiones y víveres y camiones a Francia. Cinco millones se ponían firmes a la puerta de sus barracones de lona embreada todos los días al ponerse el sol mientras interpretaban *Barras y estrellas*.

La guerra trajo la jornada de ocho horas, el voto de la mujer, la prohibición, el arbitraje obligatorio, los sueldos altos, los tipos de interés altos, la carestía, y el lujo de que a uno le condecoraran con la Estrella de Oro de la Madre.

Si uno objetaba lo de mantener el mundo a salvo con carestía más democracia, iba a la cárcel con Debs.

El espectáculo terminó casi demasiado pronto; el príncipe Max de Baden abogaba por los Catorce Puntos, Foch ocupaba las cabezas de puente del Rin, y el Káiser, sin respiración, corría a coger el tren por el andén de Postdam llevando sombrero de copa y, según algunos, barba postiza.

Con la ayuda de *Dios Todopoderoso, el Derecho, la Verdad, la Justicia, la Libertad, la Democracia, la Autodeterminación de las naciones, el No indemnizaciones ni anexiones*,

y el azúcar cubano y el manganeso del Cáucaso y el trigo del noroeste y el algodón del Sur, el bloqueo inglés, el general Pershing, los taxis de París y el cañón del setenta y cinco,

ganamos la guerra.

El 4 de diciembre de 1918, Woodrow Wilson, el primer presidente que dejaba el territorio de Estados Unidos durante su presidencia, zarpaba para Francia a bordo del *George Washington*,

era el hombre más poderoso del mundo.

En Europa ya sabían a qué olía el gas y los cadáveres enterrados demasiado superficialmente, y también sabían cómo era el aspecto grisáceo de la piel de los

niños muertos de hambre; leían en los periódicos que míster Vilson estaba a favor de la paz y la libertad y la comida en lata y la mantenquilla y el azúcar;

desembarcó en Brest con su equipo de expertos y publicitarios tras un duro viaje en el *George Washington*.

La *France héroique* estaba allí con discursos, niños de escuela cantando, alcaldes con banda roja. (¿Vio míster Vilson a los gendarmes de Brest pegando a los trabajadores del puerto que se manifestaban con banderas rojas?)

En la estación de París saltó del tren a una ancha alfombra roja que le llevó, entre hileras de palmeras en tiestos, sombreros de copa, legiones de honor, bustos de uniformes condecorados, chaqués, *rosettes*, *boutonnières*, a un Rolls-Royce. (¿Vio míster Vilson a las mujeres de negro, a los lisiados en sus carritos, las pálidas y ansiosas caras de ansiedad a lo largo de la calle? ¿Escuchó la terrible angustia de los vítores mientras él y su nueva esposa se apresuraban hacia el Hôtel de Murat, donde en habitaciones llenas de brocado, relojes dorados, consolas Buhl y cupidos de bronce, había sido dispuesta la suite presidencial?)

Mientras los expertos organizaban el procedimiento de la Conferencia de Paz, extendían paño verde sobre las mesas, preparaban los protocolos,

los Wilson emprendieron una gira para ver las cosas por sí mismos: al día siguiente de Navidad fueron invitados al palacio de Buckingham; para Año Nuevo visitaron al papa y al microscópico rey italiano en el Quirinal. (¿Sabía míster Vilson que en las casas destrozadas por la guerra a lo largo del Brenta y el Piave los campesinos encendían velas delante de su foto recortada de las revistas ilustradas?) (¿Sabía míster Vilson que el pueblo europeo consideraba los Catorce Puntos un desafío a la opresión, igual que siglos atrás había considerado un desafío a la opresión los noventa y cinco artículos que Martín Lutero había clavado a la puerta de la catedral de Wittenberg?)

El 18 de enero de 1919, entre apretados uniformes, sombreros de plumas y galones dorados, condecoraciones, charreteras, órdenes del mérito y de caballero, las altas partes contratantes, aliados y asociados, se reunieron en el Salón de l'Horloge del Quai d'Orsay para dictar la paz,

pero la gran asamblea de la Conferencia de Paz era un sitio demasiado público para hacer la paz,

así que las altas partes contratantes

formaron el Consejo de los Diez, entraron en el Salón de los Gobelinos y, rodeados por la historia de María de Médicis, de Rubens,

empezaron a dictar la paz.

Pero el Consejo de los Diez era un sitio demasiado público para hacer la paz, así que formaron el Consejo de los Cuatro.

Orlando volvió a su país ofendido,

y entonces quedaron tres:

Clemenceau,

Lloyd George,
Woodrow Wilson.
Tres viejos que barajaron los naipes,
y sirvieron las cartas:
zona del Rin, Danzig, el corredor polaco, el Ruhr, la autodeterminación de las pequeñas naciones, el Sarre, la Sociedad de Naciones, Mesopotamia, Libertad de los Mares, Transjordania, Shantung, el Fiume y la isla de Yap:
disparos de ametralladora e incendios,
hambre, piojos, cólera, tifus
y el petróleo eran triunfos.

Woodrow Wilson creía en el Dios de su padre,
así se lo dijo a los feligreses de la pequeña iglesia congregacionista de la calle Lowther, de Carlisle, Escocia, donde había predicado su abuelo, un día tan frío que los periodistas sentados en los viejos bancos siguieron con el abrigo puesto.

El 7 de abril ordenó que el *George Washington* estuviera listo en Brest con las calderas encendidas para llevar a la delegación de vuelta a Estados Unidos;
pero él no fue.

El 19 de abril, Clemenceau, más listo que él, y Lloyd George, más listo que él, le ganaron la partida en su juego de las tres cartas que llamaban el Consejo de los Cuatro.

El 28 de junio estaba listo el Tratado de Versalles
y Wilson tuvo que volver a su país para explicarse ante los políticos, que entretanto habían estado metiéndose con él en el Congreso y el Senado, y calmar a la opinión pública y al Dios de su padre, diciendo que se había dejado enredar pero que había contribuido a salvar el mundo
para la democracia y la Nueva Libertad.
Desde el día en que desembarcó en Hoboken estuvo acorralado en la Casa Blanca, hablando para salvar su fe en las palabras, hablando para salvar su fe en la Sociedad de Naciones, hablando para salvar su fe en sí mismo y en el Dios de su padre.
Se estrujó cada nervio del cuerpo y cerebro, trató de influir en todas las agencias del gobierno que tenía bajo su control (si alguien no estaba de acuerdo era un saboteador o un rojo; no hubo perdón para Debs).

En Seattle los I.W.W., cuyos líderes estaban en la cárcel, en Seattle los I.W.W. cuyos líderes habían sido linchados y a los que dispararon como si fueran perros, en Seattle los I.W.W. se alinearon a lo largo de cuatro manzanas de casas al paso de Wilson y miraron con brazos cruzados al gran liberal que pasó delante de ellos a toda prisa en su automóvil, envuelto en su abrigo, rendido de cansancio, media cara retorcida. Entonces los hombres vestidos de mono, los obreros, le dejaron pasar en silencio después de todas las otras manzanas de aplausos y vítores patrióticos.

En Pueblo, Colorado, ya era un hombre de pelo gris casi incapaz de mantenerse en pie, media cara retorcida:

«Ahora que se ha disipado la niebla que envolvía este gran problema, creo que los hombres verán la Verdad, cara a cara. Hay una cosa por la que el pueblo norteamericano siempre se levanta y hacia la que tiende la mano, y ésta es la verdad de la justicia y de la libertad y de la paz. Hemos aceptado esa verdad y vamos a dejarnos guiar por ella, y ella nos va a guiar, y por medio de nosotros ella va a guiar el mundo a regiones de tranquilidad y de paz en las que el mundo nunca había soñado antes».

Fue su último discurso;

en el tren hacia Wichita tuvo un ataque. Suspendió la gira de discursos con los que iba a conquistar a la nación para la Sociedad de Naciones. Después de eso fue un hombre paralizado y destrozado casi incapaz de hablar;

el día que renunció a la presidencia en favor de Harding, el comité conjunto de Senado y Congreso nombró a Henry Cabot Lodge, su enemigo de toda la vida, para que hiciera la pregunta de rigor en la oficina del ejecutivo del Capitolio y dijera al presidente si tenía algún mensaje que dirigir al Congreso reunido en sesión conjunta;

Wilson consiguió ponerse en pie, se alzó trabajosamente apoyándose en los brazos de la butaca.

—Senador Lodge, no tengo ningún mensaje que dirigir, gracias… Buenos días.

Murió el 3 de febrero de 1924.

# Noticiario XXX

¿LOS CAÑONES MONSTRUO PROHIBIDOS?

Predicadores de pelo largo aparecen cada noche
Tratando de decir lo que está bien y lo que está mal
Pero cuando les piden algo que comer
Responden con acentos tan dulces…

EL PRESIDENTE LIGERAMENTE RESFRIADO EN EL MAR

Un chef especial y un equipo de camareros y auxiliares de cocina contratados en el Biltmore
Toda clase de comodidades
Una orquesta toca durante las comidas y la banda de Marina interpreta música en cubierta

Irás tomando refrigerios
En esa gloriosa tierra de más allá del cielo

la ciudad ofrece un aspecto de terrible destrucción; en especial, cerca de la oficina de Correos, que ha sido totalmente destruida por el fuego, no quedan más que ruinas

Trabajar y rezar
Vivir del aire

SE ENCUENTRAN AQUÍ TRES CAMIONES LLENOS
DE DOCUMENTOS

once hombres murieron y veintitrés heridos, algunos de ellos de gravedad, como resultado de la explosión del fulminato de mercurio en la sección de carga de

cartuchos de uno de los talleres principales de la duPont de Nemours Powder Company; por la noche la señora Wilson soltó palomas mensajeras… «y en todo ello cuán hermoso aparecía el espíritu de la nación, qué unidad de celo, qué elevación de propósitos inspira toda su espléndida exhibición de fuerza y sus infatigables realizaciones. Ya he dicho que aquellos de nosotros que nos quedamos en casa realizamos las labores de organización y aprovisionamiento pero hubiéramos querido haber estado con los hombres mantenidos por nuestro esfuerzo y no tenemos nada de qué avergonzarnos…» la música del comedor estuvo a cargo de un cuarteto de marineros

Comerás tarta
En el cielo
Cuando mueras

GORGAS INSTALARÍA A LOS SOLDADOS EN CHOZAS

OCHOCIENTOS COMBATIENTES VITOREAN
A LOS BOLCHEVIQUES

Se adoptaron todas las medidas adecuadas pero la multitud fue mantenida a distancia. La muchedumbre reunida en las colinas cercanas al muelle soltó un gran grito cuando la canoa del presidente se aproximó. Se dio un rodeo desde los Campos Elíseos para cruzar el Sena por el puente de Alejandro III, lo que recordaba otra página histórica en la que París se desvivió para honrar a un monarca absoluto en la persona del zar.

SE DIRIGE A MIL CUATROCIENTOS ALCALDES
DESDE EL BALCÓN DEL PALACIO

LA MARINA BRITÁNICA ES LA MEJOR, DECLARA CHURCHILL

# El Ojo de la Cámara (37)

«por orden alfabético según el rango» escribí con dos dedos congelados en la máquina Corona de la compañía: «Destinos Clase A & B Ins Grats, C & D»

Aten-CIÓN rompe corchete que amenaza mi garganta apretándome la nuez y uniendo a Estados Unidos y el Caduceo

Descanso

fuera hacen la instrucción bajo al lluvia púrpura de una tarde de invierno en Ferrières-en-Gatinais, abadía fundada por Clodoveo sobre los esqueletos de tres discípulos de Notre Seigneur Jésus-Christ *3.er Emprést. de la Lib. sec. del Ter*. Alcio Policio y Hermacio *4.º Emprést. de la Lib. sec. del Ter. debe estar en CL. E. u otro formulario Q. M. C. 38* ahora llueve con fuerza y los canalones hacen glu-glu se oye el murmullo de todos los arroyuelos verde botella Alcunio fue prior en una ocasión y las ruedas de molino giraban tras las paredes de piedra musgosas y Clotilde y Clodomiro fueron enterrados aquí

«los ascensos sólo se indicarán bajo los sueltos» tecleaba perezosamente en la oxidada Corona en el campamento del Circo Ambulante de O'Rielly solo a no ser por el enterrador que haraganeaba en su catre y por la seca tos del tipo que tenía tuberculosis a quien el médico nunca estaba lo bastante sobrio para examinr

> El yodo te hará feliz
> El yodo te pondrá bien

cuatro y media el pase parece estar vivo entre las pastillas que tenía en el bolsillo el sargento de servicio y el cabo cruzan con sus impermeables la puerta del campamento norteamericano bajo la lluvia iluminada por lámparas y se dirigen sin un centavo en el bolsillo al Cheval Blanc donde a fuerza de galones y de hablar consiguen unos tragos y unas *omelettes avec pommes frites* y bromean con la Madeleine de pómulos de manzana ¿podemos?

en el oscuro vestíbulo de la habitación de atrás los chicos están alineados esperando su turno para hacerlo con la chica de negro que no es del pueblo por diez francos y muy rápido

afuera llueve sobre los adoquines de la ciudad dentro bebemos *vin rouge parlez-vous* ancas de rana ¿podemos? *coucher avec* y el viejo reservista de la mesa de al lado bebe pernod ilegal y señala *Tout est bien fait dans la nature à la votre aux Américains*

> Après la guerre fini
> Norteamérica para mí

*Dans la mort il n'y a rien de terrible Quand on va mourir on pense à tout mais vite*

el primer día del año al romper filas después de que pasaran lista fue a dar un paseo con un tipo de Filadelfia por los caminos púrpura agrietados por las heladas bajo el ramaje púrpura de árboles entrelazados en los que graznaban los cuervos hasta las montañas rojizas donde había una aldea vamos a dar un largo paseo para conseguir buen vino lleno de nombres merovingios ruedas de molino arroyuelos verde botella donde el agua hace glu-glu al salir de las viejas gárgolas de piedra las rojas manzanas de Madeleine el olor de las hojas de haya vamos a beber vino el chico de Filadelfia tiene *beaucoup* de pasta vino de invierno más púrpura el sol aparece entre las nubes el primer día del año

en la primera aldea

detenemos la marcha

para mirar unas figuras de cera

el viejo ha disparado contra la guapa chica campesina que se parece a Madeleine aunque un poco más joven que yace allí muerta de un tiro en el pecho izquierdo ensangrentada en los surcos del camino guapa y regordeta como una pequeña codorniz

Luego el viejo se quitó un zapato y se puso la boca del cañón bajo la barbilla y apretó el gatillo con el dedo gordo del pie y se saltó la tapa de los sesos nos quedamos mirando el pie descalzo y el zapato y el pie calzado y la muchacha muerta y el viejo con la cabeza cubierta por un saco y el sucio pie descalzo con el que apretó el gatillo *Faut pas toucher* hasta que el *comissaire* venga *procès verbal*

en este primer día

del año el sol

brilla

# Noticiario XXXI

se lavaron y vistieron rápidamente y vinieron al piso de abajo ante la brusca llamada de los comisarios, reuniéndose en una de las habitaciones del fondo del sótano de la casa. Allí se alinearon en semicírculo a lo largo de la pared, las jóvenes grandes duquesas temblaban ante la naturaleza inusual de las órdenes y de la hora. Tenían algo más que sospechas acerca del motivo de la llegada de los comisarios. Dirigiéndose al zar, Yarodsky, sin el menor intento de suavizar su notificación, manifestó que todos iban a morir en el acto. La revolución estaba en peligro —manifestó— y el hecho de que aún vivieran los miembros de la casa reinante aumentaba ese peligro. Por tanto, la obligación de todos los patriotas rusos era eliminarlos.

—De modo que su vida ha terminado —dijo como final.

—Estoy preparado —fue la sencilla respuesta del zar, mientras la zarina, abrazada a él, aflojaba el brazo lo bastante para hacer la señal de la cruz, ejemplo que fue seguido por la gran duquesa Olga y el doctor Botkin.

El zarevich, paralizado por el miedo, estaba de pie, junto a su madre, estupefacto sin emitir ni un solo ruido de súplica o protesta, mientras sus tres hermanas y las otras granduquesas caían al suelo temblando.

Yarodsky sacó su revólver e hizo el primer disparo. Siguió una descarga y los prisioneros se desplomaron. Allí donde las balas no habían encontrado su blanco, la bayonetas dieron el toque final. La sangre entremezclada de las víctimas no sólo cubría el suelo de la habitación donde había tenido lugar la ejecución, sino que corría en arroyuelos por el vestíbulo.

# Nena

Los Trent vivían en una casa de la Pleasant Avenue que era la calle más distinguida de Dallas que era la ciudad más grande y de más rápido crecimiento de Texas que era el mayor estado de la Unión y tenía el suelo más negro y la población más blanca y Norteamérica era el país más grande del mundo y Nena era, para papá, la niña más preciosa del mundo. Su auténtico nombre era Anne Elizabeth Trent porque su pobre y querida madre que había muerto cuando ella era una niñita se llamaba así, pero papá y los chicos la llamaban Nena. El verdadero nombre de Buddy era William Delaney Trent, lo mismo que papá, y el auténtico nombre de Buster era Spencer Anderson Trent.

Los inviernos iban al colegio y los veranos llevaban una vida libre en el rancho que el abuelo había adquirido cuando era pionero. Cuando eran muy pequeños, todavía no existían alambradas y aún se veían algunos gamos en las hondonadas rocosas, pero en la época en que Nena fue al instituto lo alambraron todo y construyeron una carretera pavimentada desde Dallas y papá iba a todas partes en el Ford en lugar de montar su estupendo garañón árabe, *Mullah*, que le había entregado un ganadero en la exposición de ganado de Waco cuando este ganadero se arruinó y no pudo abonarle su minuta de abogado. Nena tenía un poni color crema llamado *Café* que movía la cabeza y escarbaba el suelo cuando quería un terrón de azúcar, pero algunas de sus amigas tenían coche, y Nena y los chicos acosaban a papá para que les comprara un coche, un coche de verdad en lugar de aquel miserable trasto con el que andaban por el rancho.

Cuando papá compró un Pierce Arrow de turismo la primavera en la que Nena se graduó en el instituto, fue la chica más feliz del mundo. Sentada al volante con su vaporoso vestido blanco la mañana de la entrega de diplomas, a la puerta de casa, esperando a papá, que acababa de dejar su despacho y se había ido a cambiar, Nena pensaba en lo mucho que le gustaría verse allí sentada aquella mañana no demasiado calurosa de junio dentro del lustroso y brillante coche negro entre brillantes niquelados y resplandecientes bronces bajo el brillante cielo azul pálido de Texas en medio de aquel rico estado tan llano que se extendía cuatrocientos kilómetros en todas direcciones. Podía verse la mitad de la cara en el espejito oval del guardabarros. Le pareció enrojecida y quemada por el sol bajo su pelo castaño. «¡Si por lo menos tuviera el pelo rojo y la piel blanca como la leche, al igual que Susan Gillespie!», estaba pensando, cuando vio venir a Joe Washburn por la calle, moreno y con expresión muy seria bajo su panamá.

Nena compuso una sonrisa tímida antes de que él dijera:

—No sabes lo guapa que estás, Nena; perdona que sea yo el que te lo diga.

—Estoy esperando a papá y a los chicos para asistir a las pruebas. ¡Oh, Joe,

vamos retrasados y estoy tan excitada…! Me encuentro feísima.

—Bueno, pues a pasarlo bien.

Joe se alejó caminando sin prisas y echándose el sombrero hacia atrás. Algo más cálido que el sol de junio había salido de los negros ojos de Joe y había recorrido la cara de Nena, bajándole luego por la nuca, bajo el tenue vestido, y a lo largo del pecho, donde los pequeños senos en los que trataba de no pensar nunca empezaban a insinuarse. Por fin, papá y lo chicos salieron, todos muy rubios, muy bien vestidos y tostados por el sol. Papá hizo que subiera al asiento posterior con Bud, que se sentó más tieso que un palo.

El fuerte viento que se había levantado les echaba polvo a la cara. Cuando Nena vio los edificios de ladrillo del instituto y el gentío y los vestidos claros y las gradas y la gran bandera con las barras ondeando en el cielo, se excitó tanto que no recordaría nada de lo que pasó después.

Aquella noche en el baile, vestida con su primer traje de noche, conoció la sensación del tul y los polvos y la gente y los chicos muy tiesos y asustados enfundados en sus trajes oscuros, y las chicas reuniéndose en el tocador para comparar vestidos. No dijo ni una palabra mientras bailaba; se limitaba a sonreír y a inclinar levemente la cabeza a un lado y a esperar a que alguien viniera a cambiar de pareja. La mitad del tiempo no se enteró de con quién estaba bailando, se limitó a deslizarse entre una nube de tul color rosa y de luces de colores; las caras de los chicos se balanceaban delante de ella, unos trataban de decirle frases donjuanescas, otros eran tímidos y callados, con caras de distintos colores sobre idénticos cuerpos rígidos. Nena se sorprendió de verdad cuando se le acercó Susan Gillespie en el momento en que se estaban poniendo el abrigo para volver a casa, y le dijo sonriente:

—Querida, eras la más guapa del baile.

Cuando Bud y Buster lo repitieron a la mañana siguiente y Emma, la vieja negra con la que se habían criado después de la muerte de su madre, entró en la cocina y dijo: «Señorita Annie, la gente anda diciendo por todo el pueblo que usted fue la más guapa del baile de ayer noche», Nena se ruborizó de felicidad.

Emma contó que se lo había oído decir al charlatán del lechero cuya tía trabajaba en casa de la señora Washburn. Luego dispuso la mesa y salió con una sonrisa tan grande como un piano.

—Bien, Nena —dijo papá con su voz profunda y tranquila, dándole un golpecito en la mano—. Yo también pensaba eso, pero creí que era un prejuicio mío.

Durante el verano, Joe Washburn, que acababa de licenciarse en la facultad de Derecho de Austin y que iba a trabajar en el despacho de papá en otoño, vino al rancho a pasar quince días con ellos. Nena se portó horriblemente mal con él: hizo que el viejo Hildreth le diera para montar el viejo poni de un solo ojo, le puso sapos en la cama, le pasó salsa de chiles muy picantes en vez de catsup en la mesa, y trató de que le pusieran sal en vez de azúcar en el café. Los chicos se enfadaron tanto que no querían ni hablar con ella y papá dijo que se estaba convirtiendo en un auténtico

marimacho, pero ella no sabía abstenerse de hacer aquellas cosas.

Luego un día fueron todos a caballo a cenar a Clear Creek y se bañaron a la luz de la luna en el profundo pozo que había debajo de la escarpada roca. Nena, al cabo de un rato, tuvo el capricho de echar a correr diciendo que iba a tirarse desde lo alto de la escarpadura. Todos le gritaban que no lo hiciera, pero ella dio un salto muy elegante al lanzarse. Pero había pasado algo. Golpeó con la cabeza en el fondo y le dolía muchísimo. Tragaba agua, luchaba contra un gran peso que se agarraba a ella: era Joe. La luz de la luna desapareció en un remolino, dejándolo todo en tinieblas, ella se agarraba con los brazos al cuello de Joe y le apretaba con los dedos los músculos de los brazos. Volvió en sí con la cara de Joe mirando la suya y la luna otra vez en el cielo y con algo tibio que le corría por la frente. Trataba de decir:

—Joe, yo quiero, yo quiero… —Pero todo volvió a hundirse en una oscuridad pegajosa y caliente, y sólo oía la voz profunda, profunda, de Joe diciendo:

—… por poco me ahoga también a mí.

Y la voz aguda y enfadada de papá como si estuviera ante el tribunal:

—Ya le dije yo que no se tirara desde allí.

Al volver de nuevo en sí estaba en cama y la cabeza le dolía terriblemente y el doctor Winslow andaba por allí, y en lo primero que pensó Nena fue que dónde estaría Joe y en que se había portado como un idiota al decirle que estaba loca por él. Pero nadie habló de eso y todos fueron muy cariñosos con ella, excepto papá, que vino y, con su voz todavía iracunda del tribunal, le soltó un sermón tremendo por ser tan marimacho y tan loca y por haberse agarrado con tanta fuerza a Joe, lo que pudo haberle costado la vida al muchacho. Se había fracturado el cráneo y tuvo que pasarse en cama todo el verano y Joe fue muy amable, aunque la miró de un modo bastante raro con sus penetrantes ojos negros la primera vez que entró en su habitación. Mientras estuvo en el rancho venía a leerle algo después del almuerzo. Le leyó *Lorna Doone* entero y la mitad de *Nicholas Nickleby*, y ella, tumbada en la cama, ardiendo de fiebre, escuchaba a través del dolor de cabeza la voz profunda de Joe, haciendo continuos esfuerzos para no decirle como una tonta que estaba loca por él y para no preguntarle si a él no le gustaba ella un poquito. Cuando Joe se marchó, ya no le hizo ninguna gracia estar enferma. Papá o Bud venían a veces y le leían en voz alta, pero la mayoría de las veces prefería leer ella sola. Leyó todo Dickens, *Lorna Doone* dos veces, y *El puerto* de Poole, lo que hizo que tuviera ganas de ir a Nueva York.

El otoño siguiente papá la llevó al norte para que terminara sus estudios en un colegio de Lancaster, Pensilvania. Estuvo muy excitada durante todo el viaje en tren y disfrutó de cada minuto, pero la señorita Tyng le fue antipatiquísima y las chicas eran todas del norte y se mostraban mezquinas y se burlaban de su ropa y no hablaban más que de Newport y de Southampton y de ídolos de las *matinées* que ella nunca había visto. Las detestaba y lloraba todas las noches después de acostarse, pensando en lo mucho que odiaba el colegio y en que ya no le gustaría a Joe Washburn. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad y tuvo que quedarse con las

dos señoritas Tyng y otras profesoras que vivían demasiado lejos para poder ir a sus casas, Nena decidió que no lo podía resistir más, y una mañana, antes de que nadie se hubiese levantado, salió de la casa, se dirigió a la estación, compró un billete para Washington y tomó el primer tren que iba hacia el Oeste, sólo con un cepillo de dientes y un camisón en su bolso de mano. Al principio la asustó mucho el ir sola en el tren, pero un joven de Virginia, que era cadete de West Point, subió en Havre de Grace, donde tenía que cambiar de tren, y lo pasaron muy bien juntos charlando y riéndose. En Washington él le pidió permiso de un modo muy fino para acompañarla por la ciudad y la llevó a ver el Capitolio y la Casa Blanca y el instituto Smithsoniano, y la invitó a comer en el New Willard y la dejó en el tren de Saint Louis aquella misma noche. Se llamaba Paul English. Ella le prometió escribirle todos los días de su vida. Estaba tan excitada que no pudo dormir en su litera y miraba por la ventanilla los árboles y las colinas que giraban en el vago resplandor de la nieve, y de vez en cuando el rápido desfile de las luces; recordaba exactamente la cara de Paul y su pelo peinado con raya y el largo y confidencial apretón de manos de la despedida. Al principio se había sentido un poco nerviosa, pero aun así desde ese mismo principio fue como si hubieran sido viejos amigos, pues él se mostró muy cortés y caballeroso. Había sido la primera conquista de Nena.

Cuando llegó a casa, una soleada mañana de invierno dos días más tarde, papá y los chicos estaban desayunando. ¡Vaya si se sorprendieron! Papá trató de reñirla, pero Nena se dio cuenta de que estaba tan contento como ella. Y además, ¿qué importaba? ¡Era tan agradable estar en casa!

Después de Navidad ella y papá y los chicos fueron una semana a cazar cerca de Corpus Christi y lo pasaron estupendamente. Nena mató su primer venado. Cuando regresaron a Dallas, dijo que no pensaba volver a Lancaster para que terminaran con ella, pero que lo que le gustaría hacer era ir a Nueva York a vivir con Ada Washburn, que estudiaba en Columbia, y seguir unos cursos donde pudiera aprender algo de verdad. Ada era hermana de Joe Washburn, una solterona muy inteligente que preparaba su doctorado en Pedagogía. Tuvo que discutir mucho porque papá se empeñaba en que volviera al otro colegio, pero Nena consiguió convencerle y partió para Nueva York.

En el tren se pasó todo el viaje leyendo *Les misérables* y contemplando el paisaje de invierno gris y pardo que le parecía muerto después de las suaves colinas de Texas de color verde pálido del trigo y la alfalfa, sintiéndose cada vez más excitada y con más miedo a medida que se acercaba a Nueva York. Una mujer gorda y de aspecto maternal que había perdido a su marido subió al tren en Little Rock y no dejó de hablar de los peligros que acechan a una joven en las grandes ciudades. Mantuvo una vigilancia tan estricta sobre Nena que ésta no tuvo ninguna oportunidad de hablar con el joven de aspecto tan interesante e intensos ojos negros que subió al tren en Saint Louis y que se dedicó a hojear los papeles que llevaba en una cartera marrón. Pensó que se parecía algo a Joe Washburn. Al final, cuando cruzaban Nueva Jersey y se

veían cada vez más fábricas y más ciudades industriales, el corazón de Nena latía tan deprisa que no se pudo quedar quieta, así que tuvo que salir al aire frío del pasillo a pasear un poco. El gordo revisor de pelo gris le preguntó con sonrisa burlona si su novio la esperaba en la estación, tan ansiosa parecía por llegar. Estaban cruzando ya Newark. Sólo quedaba una parada. El cielo era plomizo sobre las calles mojadas llenas de automóviles y una lluvia fina salpicaba de gris las manchas de nieve. El tren empezó a atravesar unas marismas extensas y desoladas, cortadas aquí y allá por grupos irregulares de pabellones de fábricas o un río negro con algunos vapores que navegaban por él. Parecía que no había nadie; al contemplar aquellas marismas tan frías, Nena se sintió tan sola y asustada que hubiera querido estar en casa. Luego, de pronto el tren entró en un túnel y el empleado empezó a apilar todas las maletas en la plataforma del vagón. Nena se puso el abrigo de pieles que le había regalado papá en Navidad y se estiró los guantes sobre unas manos frías de excitación y de miedo a que Ada Washburn no hubiera recibido a tiempo su telegrama o no hubiese podido ir a esperarla.

Pero allí en el andén, con sus lentes y su impermeable, con el mismo aire de solterona de siempre, estaba Ada acompañada por una chica ligeramente más joven, que resultó ser de Waco y estudiar arte. Realizaron un largo trayecto en taxi por calles abarrotadas llenas de barro, con montones de nieve amarillenta y gris en las aceras.

—Si llegas a estar aquí una semana antes, Anne Elizabeth, te aseguro que hubieras visto una nevada de verdad.

—Yo creía que la nieve era como la de las tarjetas de Navidad —dijo Esther Wilson, que era una chica de aspecto interesante, ojos negros y cara larga y una voz grave con una especie de resonancia dramática—, pero sólo era una ilusión como tantas otras.

—Nueva York no es sitio para ilusiones —repuso Ada, cortante.

—A mí me parece una ilusión —observó Nena, mirando por la ventanilla del taxi.

Ada y Esther tenían un piso grande y bonito en University Heights y habían arreglado el comedor para dormitorio de Nena. A ésta no le gustó Nueva York, pero era excitante; todo era gris y sucio y la gente parecía extranjera y nadie se fijaba en los demás. De vez en cuando alguien trataba de conquistarla en la calle o se rozaba contra ella en el metro, lo que le resultaba muy desagradable. Se matriculó como estudiante libre y asistió a clases de Economía, Literatura Inglesa y Arte, hablando a veces con algún chico que casualmente se sentaba junto a ella, pero como Nena era mucho más joven que todos los que iba conociendo, no sabía ofrecerles una conversación que les interesara. Le gustaba ir de vez en cuando a las *matinées* con Ada o acurrucarse en el piso alto de un autobús para ir a los museos con Esther los domingos por la tarde, pero las dos eran tan serias y mayores que continuamente se asombraban de las cosas que Nena decía o hacía.

Cuando Paul English la llamó para invitarla a ir con él a una *matinée* un sábado, quedó muy impresionada. Se habían escrito unas cuantas cartas, pero no se habían

vuelto a ver desde Washington. Estuvo toda la mañana probándose un vestido y después otro, y ensayando diversos peinados, y todavía estaba tomando un baño caliente cuando llegó a buscarla, así que Ada tuvo que entretenerlo largo rato. El entusiasmo de Nena desapareció en cuanto vio a Paul embutido en su rígido uniforme de paseo. Se sorprendió a sí misma burlándose de él y haciendo tonterías en el metro camino del centro, así que cuando llegaron al Astor, donde la llevó a almorzar, Paul estaba de muy mal humor. Lo dejó en la mesa y fue al tocador a ver si conseguía arreglarse el pelo y allí se puso a hablar con una dama judía de edad provecta y cargada de diamantes que había perdido su bolso, y cuando volvió a la mesa la comida se había enfriado y Paul English miraba inquieto el reloj. A ella no le gustó el plan y además él trató de propasarse en el taxi que les llevaba a Riverside Drive, aunque todavía era de día, y ella le dio una bofetada. Paul dijo que era la chica más mezquina que jamás había conocido y ella replicó que le gustaba serlo y que si a él no le gustaba, ya sabía lo que podía hacer. Antes de eso ya había decidido borrarle de su lista.

Nena se metió en su cuarto y lloró y no quiso cenar. Se sentía muy desgraciada porque Paul English había resultado ser un fresco. Estaba muy sola sin nadie con quien salir, sin posibilidad de conocer a nadie porque siempre tenía que ir a todas partes con aquellas dos solteronas. Se tumbó de espaldas en el suelo para contemplar los muebles de abajo arriba como cuando era niña, mientras pensaba en Joe Washburn. Ada entró y la encontró en aquella estúpida posición: tirada en el suelo y con las piernas al aire; Nena se levantó de un salto y le cubrió la cara de besos, la abrazó y dijo que había sido una idiota, pero que ahora ya se le había pasado y preguntó si había algo de comer en la nevera.

Cuando conoció a Edwin Vinal en una de las reuniones que Ada celebraba los domingos por la noche y a las que Nena no solía asistir porque la gente se sentaba muy tiesa hablando seriamente de cosas profundas mientras tomaban cacao y bizcochos, le pareció que todo cambiaba y empezó a gustarle Nueva York. Edwin era un tipo joven y macilento que seguía cursos de Sociología. Estaba sentado en una silla dura, con su taza de cacao balancéandose insegura en su mano y sin saber dónde colocar las piernas. No habló en toda la noche, pero justo cuando se marchaba captó algo que Ada dijo sobre los valores y empezó a hablar sin parar, citando una y otra vez a un hombre llamado Veblen. Nena se sintió atraída por él y le preguntó quién era Veblen, y él se lo explicó largamente. Nena no comprendía de qué le estaba hablando, pero en su interior la halagó que alguien le hablara así. Edwin tenía el cabello claro y cejas y pestañas negras, ojos gris claro con pequeños puntitos dorados. Le gustaron sus torpes movimientos. A la tarde siguiente vino a verla, le trajo un ejemplar de la *Teoría de la clase ociosa* y le preguntó si le apetecía ir a patinar con él en la pista de St. Nicholas. Nena fue a su cuarto a prepararse y empleó largo tiempo empolvándose la cara y mirándose al espejo.

—¡Vamos, Anne, por favor, que no tenemos toda la noche! —le gritó él desde el

otro lado de la puerta.

Nena nunca había patinado sobre hielo, pero sabía patinar sobre ruedas, así que con Edwin sujetándola por el brazo fue capaz de dar unas vueltas por la gran sala al son de la música mientras numerosas caras miraban desde la balaustrada. Lo pasó mejor que en ningún otro momento desde que había dejado Dallas.

Edwin Vinal había sido asistente social y vivido en una casa de beneficencia y ahora tenía una beca de la Universidad de Columbia, pero decía que los profesores eran demasiado teóricos y parecía como si nunca se dieran cuenta de que trataban con personas corrientes y molientes. Nena, que había participado en obras benéficas y llevado cestas a las familias blancas pobres en Navidad, le dijo que le gustaría hacer algún tipo de labor social en Nueva York. Cuando se estaban quitando los patines, Edwin le preguntó si hablaba en serio y ella le sonrió y contestó:

—Que me muera si no.

Así que a la noche siguiente, Edwin la llevó al centro de la ciudad después de un viaje en metro que duró tres cuartos de hora. Luego hicieron un largo trayecto transversal en tranvía hasta una casa de beneficencia de Grand Street donde tuvo que esperar a que Edwin diera una clase de inglés a un grupo de grasientos jóvenes lituanos, polacos o algo así. Luego dieron una vuelta por las calles y Edwin le explicó las condiciones en que vivía la gente. Aquello era como la parte mexicana de San Antonio o Houston, sólo que había todo tipo de extranjeros. Ninguno de ellos tenía aspecto de haberse bañado nunca y las calles olían a basura. Había ropa puesta a secar en todas partes y carteles en todo tipo de extraños idiomas. Edwin le enseñó unos en ruso y en yidish, otros en armenio y en árabe. Las calles estaban abarrotadas de gente y había carretas arrimadas a las aceras y vendedores ambulantes, y de los restaurantes salían extraños olores a comida y música de gramófono de países lejanos. Edwin le señaló dos chicas pintarrajeadas y de aspecto cansado y le dijo que eran putas callejeras, un borracho que salía dando tumbos de una taberna, un joven con gorra de cuadros que según le explicó era el chulo de una casa de putas y unos chicos macilentos que según él eran pistoleros y traficantes de drogas. Fue un alivio cuando volvieron a la parte alta y salieron del metro. Soplaba un viento primaveral que olía a río Hudson.

—Bueno, Anne, ¿qué te ha parecido el viajecito a los bajos fondos?

—Muy bien —contestó ella tras una pausa—. En otra ocasión llevaré una pistola en el bolso… Pero Edwin, ¿cómo es posible que todas esas personas se conviertan en ciudadanos? No debiéramos permitir que vinieran a echar a perder nuestro país.

—Estás totalmente equivocada —replicó Edwin—. Todos serían personas honradas y decentes si se les diera una oportunidad. Nosotros seríamos como ellos de no haber tenido la suerte de nacer en familias decentes de una pequeña y próspera ciudad norteamericana.

—Pero ¿cómo puedes decir tales tonterías? No son blancos y nunca lo serán. Son como los mexicanos o algo así…, como los negros.

Dejó bruscamente de hablar y se tragó la última palabra. El ascensorista era un chaval de color y dormitaba en un banco justo al lado de ella.

—Si no fuera porque eres el diablillo más ingenuo del mundo… —dijo Edwin burlonamente—. Eres cristiana, ¿verdad? Pues bien, ¿no has pensado nunca en que Cristo era judío?

—Estoy cayéndome de sueño y no puedo discutir contigo, pero sé que estás equivocado.

Nena entró en el ascensor y el ascensorista negro se levantó bostezando y desperezándose. Lo último que vio de Edwin en la franja de luz rápidamente decreciente, entre el piso del ascensor y el techo del portal, fue su puño amenazante. Ella le envió un beso, sin quererlo.

Cuando entró en el piso, Ada, que estaba leyendo en el cuarto de estar, la riñó por llegar tan tarde, pero Nena le dijo que estaba demasiado cansada y soñolienta para que la riñeran.

—¿Qué piensas tú de Edwin Vinal, Ada?

—Bueno, querida, creo que es un muchacho estupendo; un tanto inquieto, quizá, pero se le pasará… ¿Por qué?

—Oh, no lo sé —dijo Nena bostezando—. Buenas noches, Ada.

Tomó un baño caliente, se roció copiosamente con perfume y se metió en la cama, pero no consiguió dormir. Le dolían las piernas de tanto andar por aquellas calles asquerosas y era como si sintiera el contacto de aquellas paredes de las casas rezumando lujuria y suciedad, y el olor de los cuerpos amontonados junto a los que había pasado; a pesar del perfume, seguía teniendo en la nariz el hedor pestilente de la basura, y el brillo de las luces de la calle le irritaba los ojos. Cuando se durmió, soñó que se había pintado los labios y andaba con una pistola en el bolso; Joe Washburn pasó por allí y ella lo agarró insistentemente del brazo para que se detuviera, pero él siguió caminando sin mirarla, y lo mismo papá, y ninguno de los dos quiso mirar tampoco cuando un judío enorme y con barba se le fue acercando más y más oliendo terriblemente a East Side y a ajo y a retrete. Trató de sacar la pistola del bolso para disparar contra él, pero el judío la ciñó con sus brazos y acercaba su cara a la de ella. No podía sacar la pistola del bolso y a través del ruido del metro oía la voz de Edwin Vinal diciendo:

—Eres cristiana, ¿verdad? Estás totalmente equivocada…; conque cristiana, ¿eh? ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que Cristo habría sido como ellos de no haber tenido la suerte de nacer entre personas decentes…? Conque cristiana, ¿eh?

Ada entró en el cuarto en camisón, se inclinó sobre ella y la despertó.

—Pero ¿qué es lo que te pasa?

—He tenido una pesadilla…, ¡valiente estupidez! —explicó Nena incorporándose en la cama—. ¿He gritado «me matan, me matan»?

—Apostaría a que estuviste comiendo porquerías con Edwin Vinal; por eso llegaste tan tarde —dijo Ada, y volvió a su cuarto riendo.

Aquella primavera, Nena entrenó a un equipo femenino de baloncesto de la YMCA del Bronx y se comprometió con Edwin Vinal. Le dijo que no quería casarse hasta al cabo de dos años, y Edwin contestó que a él no le interesaba un matrimonio carnal, sino que lo importante era planear una vida de servicio juntos. Los domingos por la tarde, cuando hacía buen tiempo, iban a Palisades Park y asaban unas chuletas y se sentaban allí mirando a través de los árboles las luces que se encendían en aquella gran ciudad que parecía tallada en roca, y hablaban del bien y del mal y del amor verdadero. A la vuelta, cogidos de la mano en la proa del ferry, entre la multitud de boy scouts, paseantes y excursionistas, veían la gran masa de edificios iluminados que se desvanecían hacia el norte del río entre la neblina rojiza, y hablaban de las terribles condiciones en las que se vivía en la ciudad. Edwin la besaba en la frente al desearle las buenas noches y ella subía en el ascensor pensando que el beso era una consagración.

A fines de junio volvió a casa a pasar tres meses en el rancho, pero aquel verano se sintió muy desgraciada. Por alguna razón no conseguía hablarle a papá de su compromiso. Cuando Joe Washburn vino a pasar una semana, los chicos la enfurecían gastándole bromas con él y diciéndole que se había comprometido con una chica de Oklahoma City. Nena llegó a enfadarse tanto que no les dirigía la palabra y apenas se mostraba educada con Joe. Insistió en montar un pequeño alazán que la tiró dos o tres veces. Una noche chocó con el coche contra una cerca y destrozó los dos faros. Cuando papá la riñó por su atolondramiento, ella le dijo que no se preocupara porque iba a volver al Este a ganarse la vida, con lo que se libraría de ella. Joe Washburn la trataba con la misma dulzura de siempre, y a veces, cuando hacía alguna locura, Nena veía en sus ojos un resplandor de comprensión que la hacía sentirse interiormente muy débil y estúpida. La noche antes de que Joe se fuera, los chicos encontraron una serpiente de cascabel en una roca de detrás del corral y Nena le desafió a que se atreviera a cogerla y a cortarle la cabeza. Joe corrió a buscar un palo en forma de horquilla, cogió a la serpiente por detrás de la cabeza y la arrojó con toda su fuerza contra la pared de un pequeño ahumadero. La serpiente se retorcía sobre la hierba con la espina dorsal rota y Joe le cortó la cabeza con un azadón. La serpiente tenía seis anillos y un botón.

—Nena —exclamó Joe, dirigiendo fijamente a su cara su mirada sonriente—. A veces hablas como si no tuvieras ningún sentido común.

—Eres un cobarde, eso es lo que te pasa —dijo ella.

—Nena, estás loca…, pídele perdón a Joe —le gritó Bud, muy sofocado y con la serpiente muerta en la mano.

Ella dio media vuelta y entró en casa y se echó en la cama. No volvió a salir de su habitación hasta que Joe se fue a la mañana siguiente.

La semana antes de marcharse para volver a Columbia, fue un ángel y trató de congraciarse con papá y los chicos por haberse comportado tan estúpidamente todo aquel verano, preparándoles bizcochos y ocupándose de las cosas de la casa. Se

encontró con Ada en Dallas y cogieron un compartimento juntas. Esperaba que Joe iría a la estación a despedirlas, pero estaba en Oklahoma City debido a cuestiones del petróleo. En el camino le escribió una larga carta diciéndole que no sabía lo que le había pasado el día aquel de la serpiente y suplicándole que la perdonara.

Nena trabajó mucho aquel otoño. Consiguió que la admitieran en la escuela de periodismo a pesar de la desaprobación de Edwin. Éste quería que estudiara para maestra o asistente social, pero ella dijo que el periodismo ofrecía mejores oportunidades. Más o menos habían roto su compromiso y, aunque todavía se veían bastante, apenas hablaban ya de él. Había un chico que se llamaba Webb Cruthers que también estudiaba periodismo y del que Nena se hizo muy buena amiga, aunque Ada opinaba que no valía la pena y no dejaba que lo trajera a casa. Era más bajo que ella, tenía el pelo negro y aparentaba unos quince años, aunque él decía tener veintiuno. Su cara era suave y blanca, la gente le llamaba Cara de Niño, y hablaba de un modo confidencial bastante divertido, como si ni él mismo tomara en serio lo que decía. Aseguraba que era anarquista y hablaba sin cesar de política y de la guerra. También solía llevarla al East Side, pero se divertía más que cuando iba con Edwin. Webb siempre quería entrar en las tabernas a tomar un trago y charlar con la gente. La llevaba a cervecerías rumanas y a restaurantes árabes, y a sitios que nunca había imaginado que existieran. Conocía a todo el mundo en todas partes y sabía conseguir que la gente confiara en él en lo referente a las cuentas, porque casi nunca tenía dinero, y cuando a Nena se le terminaba lo que llevaba, él firmaba la cuenta por el resto. Nena no bebía más que algún que otro vaso de vino, y si él se empezaba a poner pesado le obligaba a que la acompañara a la estación de metro más próxima y volvía a casa. Al día siguiente, Webb se sentía un poco flojo y le hablaba de su resaca, contándole divertidas historias sobre las aventuras que le habían ocurrido mientras estaba borracho. Siempre llevaba panfletos en los bolsillos sobre socialismo y sindicalismo y ejemplares de *Mother Earth* y *The Masses*.

Después de Navidad, Webb se vio envuelto en una huelga de obreros textiles que había en una ciudad de Nueva Jersey. Un domingo fueron a ver lo que pasaba. Se apearon del tren en una sucia estación de ladrillo en medio del desierto barrio comercial; había unas cuantas personas junto a los sitios donde se podía comer; las tiendas habían cerrado porque era domingo. La ciudad no tenía nada de especial hasta que llegaron a los barracones bajos y cuadrados, de ladrillo, de los telares. Había cordones de policía en la carretera exterior, ancha y llena de barro, y dentro, detrás de las puertas de tela metálica, había hombres jóvenes y fuertes vestidos de caqui.

—Ésos son de la policía especial…, los hijoputas —murmuró Webb entre dientes.

Fueron al cuartel general de los huelguistas a ver una chica a la que conocía Webb y que se ocupaba de la propaganda. Al final de una escalera asquerosa y abarrotada de hombres y mujeres extranjeros de semblante gris y vestidos con trajes grises, encontraron una ruidosa oficina, toda ella conversaciones y tecleo de máquinas de escribir. El vestíbulo estaba lleno de panfletos que un joven de aspecto cansado

distribuía en paquetes a unos chicos de jersey roto. Webb encontró a Sylvia Dalhart, una chica de nariz larga y lentes, que estaba escribiendo a máquina, enloquecida, en una mesa de despacho cubierta de periódicos y recortes. Saludó con la mano y dijo:

—Webb, espérame fuera. Voy a acompañar a unos periodistas y será mejor que vengas.

Al salir tropezaron en el vestíbulo con un tipo al que conocía Webb; se llamaba Ben Compton, y era un hombre joven y alto con una larga nariz afilada y ojos ribeteados de rojo. Dijo que iba a intervenir en un mitin y preguntó a Webb si no querría hablar él.

—Pero ¿qué puedo decirles yo a esos tipos? Sólo soy un estudiante vago como tú, Ben.

—Diles que los obreros tienen que conquistar el mundo. Diles que esa lucha forma parte de una gran batalla histórica. Hablar es lo más fácil del movimiento. La verdad es bastante sencilla.

Hablaba de un modo explosivo, haciendo una pausa después de cada frase, como si la frase necesitara cierto tiempo para salir de algún sitio desde muy adentro. Nena decidió que era atractivo, a pesar de que probablemente fuera judío.

—Bueno, trataré de soltarles algo sobre la democracia en la industria —dijo Webb.

Sylvia Dalhart ya había salido y los empujaba escalera abajo. Con ella venía un joven pálido de impermeable y sombrero negros, que mordisqueaba la mitad de un puro apagado.

—Compañeros, éste es Joe Bigelow, del *Globe* —anunció Sylvia con una entonación del Oeste que hizo que Nena se sintiera en casa—. Vamos a llevarlo a dar una vuelta por ahí.

Recorrieron toda la ciudad y visitaron varias casas de huelguistas, donde unas mujeres con aspecto cansado y los jerséis remangados hasta el codo cocinaban una sobria comida de domingo que consistía en salchichas con repollo o carne con patatas. En algunas casas no tenían más que repollo y pan, o sólo patatas. Luego fueron a un restaurante cerca de la estación y almorzaron. Nena pagó la cuenta, pues nadie parecía tener dinero, y enseguida llegó la hora de ir al mitin.

El tranvía estaba abarrotado de huelguistas, con sus mujeres e hijos. El mitin iba a celebrarse en una ciudad cercana porque en la que estaban la fábrica de tejidos era dueña de todo y no había modo de alquilar un local. Caía aguanieve y se mojaron los pies caminando por el barro hasta llegar al miserable edificio donde se iba a celebrar el mitin. Cuando encontraron la puerta había policía a caballo delante de ella.

—La sala está llena —les dijo un policía que estaba en la esquina de la calle—; no se permite entrar a nadie más.

Se quedaron fuera, bajo el aguanieve, esperando a alguien que tuviera autoridad. Había miles de huelguistas, hombres, mujeres y chicos. Los de más edad hablaban entre ellos en voz baja y en idiomas extranjeros. Webb repetía sin parar:

—Esto es una vergüenza. Alguien debería hacer algo.

Nena tenía los pies fríos y quería irse a casa.

Entonces Ben Compton salió por la parte de atrás del edificio. La gente empezó a reunirse a su alrededor.

—Ahí está bien…, ahí está Compton… ¡Muy bien, Benny! —oía Nena decir a la gente.

Unos jóvenes se movían entre la multitud susurrando:

—El mitin rebosa de gente…, mantengámonos firmes, compañeros.

Ben se puso a hablar, colgado del brazo de un farol:

—Camaradas, esto es otro insulto arrojado a la cara de la clase obrera. Dentro no hay más que cuarenta personas y cierran las puertas diciéndonos que el local está lleno.

La gente empezó a moverse; sombreros y paraguas se balanceaban bajo la lluvia. Entonces Nena vio que dos policías tiraban de Compton y oyó el ruido del coche celular.

—¡Fuera, fuera! —gritaba la gente retirándose ante los policías.

La multitud se alejaba del edificio. La gente avanzaba calle abajo muy despacio en dirección a la vía del tranvía con el cordón de la policía a caballo empujándola. De pronto, Webb le dijo a Nena al oído:

—Deja que me apoye en tu hombro. —Y saltó sobre una boca de riego.

—¡Esto es una vergüenza! —gritó—. Tenemos permiso para utilizar ese local, lo hemos alquilado y no hay fuerza en la tierra que pueda prohibirnos la entrada. ¡Al infierno con los cosacos!

Dos policías a caballo galopaban hacia él abriéndose paso entre la multitud. Webb saltó de la boca de riego y cogió a Nena de la mano.

—Ahora a correr sin parar —le susurró, y echó a correr escabulléndose entre la gente que se desparramaba en todas direcciones.

Nena le siguió riéndose y sin aliento. Venía un tranvía por la calle principal. Webb lo cogió en marcha, pero ella no consiguió hacerlo y tuvo que esperar el siguiente. Entretanto, los policías cabalgaban lentamente entre la multitud dispersándola.

A Nena le dolían los pies de tanto chapotear en el barro toda la tarde y pensaba que debería irse a casa antes de pillar un resfriado de muerte. En la estación, esperando el tren, vio a Webb. Parecía estar aterrorizado. Se había echado la gorra sobre la cara y subido la bufanda más arriba de la barbilla y pretendió no conocer a Nena cuando ésta se le acercó. Luego, cuando subieron al supercalentado tren, se deslizó por el pasillo y se sentó junto a ella.

—Tenía miedo de que algún madero me reconociera en la estación —le susurró —. Bien, ¿qué te ha parecido la cosa?

—Creo que fue horrible…, todos fueron tan cobardes… Los únicos que me parecieron bien fueron aquellos chicos que guardaban las fábricas, parecían blancos… Y tú, Webb Cruthers, has corrido como un conejo.

—No hables tan alto… ¿Crees que debería haberme quedado para que me detuvieran como a Ben?

—No es asunto mío.

—No entiendes de tácticas revolucionarias, Anne.

Al cruzar en el ferry ambos tenían frío y estaban hambrientos. Webb dijo que tenía la llave de la habitación de un amigo suyo que vivía en la calle Ocho y que lo mejor sería que fueran allí a calentarse los pies y tomar un poco de té antes de ir a la parte alta de la ciudad. Dieron un paseo largo y triste, sin decir nada ninguno de los dos, desde el desembarcadero del ferry hasta la casa. La habitación, que olía a trementina y estaba desordenada, resultó ser un gran estudio calentado por una estufa de gas. Hacía un frío polar, así que se envolvieron en las mantas y se quitaron zapatos y calcetines, acercando los pies a la estufa. Nena se quitó la falda por debajo de la manta y la colgó sobre la estufa.

—Bueno, te aseguro —dijo— que si viene tu amigo nos encontrará en una situación bastante comprometida.

—No vendrá —respondió Webb—. Ha ido a pasar el fin de semana en Cold Spring.

Webb se movía por la habitación, descalzo, poniendo agua a hervir y preparando tostadas.

—Será mejor que te quites el pantalón, Webb; veo desde aquí como gotea.

Webb se ruborizó y se lo quitó, envolviéndose en la manta como un senador romano.

Durante largo rato no se dijeron nada y todo lo que podían oír por encima del rumor distante del tráfico era el silbido de la estufa de gas y el ronroneo intermitente del agua de la tetera que empezaba a hervir. Luego, súbitamente, Webb rompió a hablar de un modo nervioso y entrecortado.

—Conque crees que soy un cobarde, ¿verdad? Bueno, a lo mejor tienes razón, Anne…, me importa un carajo… Quiero decir, verás, que a veces uno tiene que ser cobarde y a veces debe comportarse como un hombre. Déjame hablar, déjame decirte una cosa… Me siento muy atraído por ti… y en eso sí he sido cobarde, pues no te lo había dicho antes, ¿ves? No creo en el amor ni en nada parecido…, sólo son estupideces burguesas; pero creo que si dos personas se sienten atraídas una por la otra, son cobardes si no…, ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé, Webb —contestó Nena después de una pausa.

Webb la miró de un modo extraño mientras le entregaba una taza de té y una tostada untada de mantequilla y un trozo de queso. Comieron en silencio durante un rato; todo estaba tan callado que cada uno podía oír el gorgoteo de los pequeños tragos de té que tomaba el otro.

—Pero ¡en el nombre de Dios, Anne! ¿Qué quieres decir con eso? —gritó súbitamente Webb.

Nena se sentía reconfortada y soñolienta dentro de su manta, con el té que le

calentaba por dentro y el seco calor del gas lamiéndole las plantas de los pies.

—Bueno, pues lo que todo el mundo —murmuró adormilada.

Webb dejó su taza de té y empezó a andar arriba y abajo por la habitación, arrastrando la menta detrás de él.

—¡Coño! —gritó de repente al pisar un clavo. Se quedó quieto sobre un solo pie mirándose la planta del pie que se le había ennegrecido con la suciedad del suelo—. Pero ¡por Dios, Anne…! Hay que ser libre y alegre con respecto al sexo… Vamos, anda.

Sus mejillas tenían un color rosado y su pelo negro que necesitaba un corte le caía por todos lados. Seguía quieto sobre una sola pierna, mirándose la planta del otro pie.

Nena se echó a reír.

—No sabes lo divertido que resultas así, Webb. —Se sentía contenta—. Dame otra taza de té y prepárame otra tostada.

Después de tomar el té y la tostada añadió:

—Bueno, ¿no crees que ya es hora de que vuelva a casa?

—¡Pero Anne! Estoy haciéndote proposiciones deshonestas —chilló, medio riendo, medio llorando—. ¡Por el amor de Dios, préstame atención! Voy a hacer que me prestes atención, putilla.

Dejó caer la manta y corrió hacia ella. Nena comprendió que había enloquecido. La levantó de la silla y la besó en la boca. Ella pasó sus apuros, pues Webb era nervudo y fuerte, pero consiguió ponerle el brazo bajo la mandíbula y separarle la cara lo bastante para darle un puñetazo en la nariz, que empezó a sangrar.

—No seas idiota, Webb —dijo Nena, respirando hondo—. No me gustan estas cosas, por lo menos ahora… Ve a lavarte la cara.

Él fue al lavabo y se mojó la cara con agua. Nena se puso apresuradamente la falda, los zapatos y las medias, y se acercó al lavabo donde Webb se humedecía la cara.

—Ha sido culpa mía, Webb; lo siento muchísimo. No sé por qué me porto tan mal con la gente que me gusta.

Webb no dijo nada durante largo rato. Todavía le sangraba la nariz.

—Vete sola a casa —rezongó—. Yo me voy a quedar aquí… No te preocupes…, fue culpa mía.

Nena se puso el impermeable todavía mojado y salió a la calle en un atardecer lleno de reflejos. Camino de casa, en el metro, sentía una ternura cálida hacia Webb, igual que hacia papá o los chicos.

No le vio durante varios días; luego, una tarde Webb la telefoneó para preguntarle si quería ir con él, a la mañana siguiente, a formar un piquete. Todavía era de noche cuando se reunió con él en la estación. Los dos tenían frío e iban medio dormidos en el metro y no hablaron mucho. Desde el metro tuvieron que correr por las calles resbaladizas para llegar a la fábrica textil a tiempo de unirse a los piquetes. Las caras parecían ateridas y contraídas a la luz azulada del amanecer. Las mujeres llevaban

pañuelos en la cabeza; pocos hombres llevaban abrigo. Las chicas tiritaban dentro de sus baratos abrigos que no calentaban nada. Los policías ya habían comenzado a romper la cabeza de la línea. Algunos de los huelguistas cantaban *Solidarity forever* y otros gritaban: «¡Esquiroles! ¡Esquiroles!». Y proferían abucheos burlones. Nena se sentía confusa y excitada.

De pronto, todos los de su alrededor se dispersaron y corrieron, dejándola en un trozo de calle desierta delante de la alambrada de la fábrica textil. Cuatro metros delante de ella una mujer joven resbaló y cayó. Nena captó la mirada asustada de sus ojos, que eran redondos y negros. Nena corrió a ayudarla, pero se le adelantaron dos policías blandiendo sus porras. Nena creyó que iban a auxiliar a la mujer. Se quedó quieta durante un segundo, helada de espanto, cuando vio que uno de los policías daba una patada que alcanzó en plena cara a la mujer. Nena no recordaría nunca lo que sucedió después, excepto que ansiaba tener una pistola y que asestó varios puñetazos en la cara roja y grande del policía, y contra los botones y la áspera tela de su capote. Alguien la había golpeado en la cabeza por detrás; mareada y a empujones la llevaron hasta el coche celular. Frente a ella estaba la cara demacrada y ensangrentada de la chica. En la oscuridad del furgón había otros hombres y mujeres soltando maldiciones y gritando. Pero Nena y la mujer de enfrente se miraban en silencio con la mirada perdida y sin decir nada. Luego la puerta se cerró y quedaron a oscuras.

Cuando la procesaron, Nena fue acusada de rebelión, ataque a la fuerza pública, obstrucción a la acción de la justicia e incitación a la rebelión. No se estaba tan mal en la cárcel del condado. La sección de mujeres estaba llena de huelguistas; todas las celdas estaban atestadas de chicas que reían y charlaban, cantaban y se contaban entre ellas cómo las habían detenido y el tiempo que llevaban encerradas y que iban a ganar la huelga. En la celda de Nena todas las chicas se reunieron a su alrededor y quisieron saber lo que había hecho. Empezó a sentirse una heroína. Al caer la tarde la llamaron por su nombre y se encontró con Webb y Ada y un abogado en el despacho de un sargento de la policía. Ada estaba enfadadísima.

—Lea eso, jovencita, e imagínese lo que van a pensar en su pueblo —le dijo, poniéndole un periódico de la tarde debajo de la nariz.

«BELLEZA DE TEXAS ATACA A UN POLICÍA», decía un titular. Luego seguía un relato de cómo había golpeado a un policía dándole un puñetazo con la izquierda en la mandíbula. La soltaron bajo fianza de mil dólares; al salir de la cárcel, Ben Compton se separó del grupo de periodistas que le rodeaban y corrió hacia ella.

—Enhorabuena, señorita Trent —dijo—. Ha sido usted muy valiente…, ha causado muy buena impresión a la prensa.

Sylvia Dalhart estaba con él. Echó los brazos al cuello de Nena y la besó.

—Hay que ser muy valiente para hacer lo que usted hizo. Mire, vamos a mandar una delegación a Washington a ver al presidente Wilson para hacerle una petición y queremos que usted forme parte de ella. El presidente se negará a recibir a la

delegación y usted tendrá la oportunidad de formar un piquete en la Casa Blanca y ser arrestada de nuevo.

—Tengo que manifestar —dijo Ada cuando se hallaban a salvo en el metro, camino de Nueva York— que creo que no estás en tus cabales.

—Tú habrías hecho lo mismo, Ada, si hubieras visto lo que yo vi… Cuando se lo cuente a papá los chicos montarán en cólera. En mi vida había visto una cosa tan terrible.

Luego se echó a llorar.

Cuando llegaron al piso de Ada encontraron un telegrama de papá que decía: LLEGO ENSEGUIDA NO DECLARES NADA HASTA MI LLEGADA Avanzada la noche llegó otro telegrama que decía: PAPÁ GRAVEMENTE ENFERMO VEN A CASA INMEDIATAMENTE QUE ADA TE CONSIGA EL MEJOR ABOGADO POSIBLE. Por la mañana, Nena, asustada y temblorosa, tomó el primer tren hacia el sur. En Saint Louis recibió otro telegrama que decía: NO TE PREOCUPES BASTANTE MEJOR PULMONÍA DOBLE. Triste como estaba, le sentó bien ver la extensa pradera de Texas; se iniciaban los brotes de primavera, florecían las campánulas. Buster la esperaba en la estación.

—Muy bien, Nena —dijo después de recoger su maleta—, casi matas a papá.

Buster tenía dieciséis años y era capitán del equipo de baloncesto del instituto. Al llevarla a casa en el nuevo Stutz, le contó cómo estaban las cosas. Bud había hecho tonterías en la universidad y estaba punto de que lo expulsaran. Además, se había liado con una chica de Galveston que trataba de hacerle chantaje. Papá había tenido muchas preocupaciones porque estaba muy interesado en un negocio de petróleo, y al ver a Nena en la primera página de los periódicos por haber pegado a un policía por poco se muere; Emma era demasiado vieja para seguir llevando la casa y había llegado el momento de que Nena se olvidara de sus absurdas ideas y se quedara para ponerse al frente del hogar.

—¿Ves este coche? Elegante, ¿verdad? Pues me lo he comprado yo… He negociado un poco por mi cuenta con unas opciones en Amarillo, sólo para divertirme, y he ganado cinco mil dólares.

—¡Qué chico tan listo! Te aseguro, Buster, que es maravilloso estar en casa. Pero de lo del policía te digo que habrías hecho lo mismo o no serías hermano mío. Ya te contaré en otro momento lo que pasó. Créeme, me gusta mucho ver caras de texanos en vez de aquellas feas caras de comadreja de los del Este.

El doctor Winslow estaba en el vestíbulo cuando entraron. Estrechó calurosamente la mano de Nena y le dijo que tenía muy buen aspecto y que no se preocupara, pues él sacaría adelante a su padre, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. El cuarto del enfermo y su semblante calenturiento e inquieto le causaron muy mal efecto, y tampoco le gustó encontrar la casa dirigida por una enfermera profesional.

Cuando papá empezó a moverse un poco, Nena y él fueron a Port Arthur a pasar un par de semanas en casa de un viejo amigo, para cambiar de aires. Papá dijo a Nena

que le regalaría un coche si se quedaba, y que la sacaría del lío en que se había metido en el norte.

Nena volvió a jugar mucho al tenis y al golf y a hacer intensa vida social. Joe Washburn se había casado y vivía en Oklahoma enriqueciéndose con el petróleo. Nena se encontraba más a gusto en Dallas cuando él no estaba; verlo la ponía nerviosa. Al otoño siguiente, fue a Austin a terminar su carrera de periodismo, pero sobre todo porque pensaba que, estando ella allí, Bud andaría más derecho. Los viernes por la tarde iban juntos en el Buick de Nena a pasar a casa el fin de semana. Papá había comprado una nueva casa estilo Tudor situada en las afueras y Nena empleaba todo su tiempo libre en elegir muebles, colgar cortinas y decorar las habitaciones. Siempre tenía un montón de admiradores rondándola para salir con ella y tuvo que iniciar un libro de compromisos. Después de la declaración de guerra, la vida se volvió especialmente agitada. Salía todas las noches y no dormía bastante. Todos conseguían un destino o se iban a los campos de entrenamiento para oficiales. Nena ingresó en la Cruz Roja y organizó una cantina, pero eso no le parecía bastante y no dejaba de pedir que la mandaran al extranjero. Bud fue a San Antonio a aprender a volar y Buster, que había formado parte de la milicia voluntaria, mintió sobre su edad, se alistó como soldado raso y lo mandaron a Jefferson. La vida en la cantina era un torbellino y Nena recibía una o dos proposiciones de matrimonio por semana, pero siempre les contestaba a todos que no tenía intención alguna de convertirse en novia de guerra.

Entonces, una mañana llegó un telegrama del Departamento de Guerra. Papá estaba en Austin a causa de sus negocios, así que Nena lo abrió. Bud se había estrellado, matándose. Lo primero en lo que pensó Nena fue en lo duro que sería aquel golpe para papá. Sonó el teléfono; era una conferencia de San Antonio y parecía la voz de Joe Washburn.

—¿Eres tú, Joe? —preguntó Nena con voz débil.

—Nena, quiero hablar con tu padre —respondió él con su voz profunda.

—Ya estoy enterada… ¡Oh, Joe!

—Fue en su primer vuelo solo. Era un gran chico. Nadie parece saber lo que ha sucedido. Debe de haber sido un defecto de fabricación. Voy a telefonear a Austin. Ya sé dónde encontrarle… Tengo el número…, hasta muy pronto, Nena.

Joe colgó. Nena se encerró en su habitación y se echó boca abajo en la cama, que todavía no estaba hecha. Durante un momento trató de imaginar que todavía no se había levantado, que el timbre del teléfono y la voz de Joe habían sido un sueño. Luego recordó a Bud con tal intensidad que era como si estuviera en el mismo cuarto: su manera de reírse, la fuerte presión de su larga y delgada mano sobre la de ella cuando de repente agarró el volante durante su último permiso, al doblar una esquina en San Antonio, la expresión limpia y ansiosa de su cara delgada sobre el apretado cuello caqui de su uniforme. Entonces volvió a oír la voz de Joe: «Debe de haber sido un defecto de fabricación».

Bajó y se metió en su coche. En la estación de servicio, donde solía poner gasolina y aceite, el empleado le preguntó si los chicos estaban contentos en el Ejército. Ahora no podía pararse a contarle lo que había pasado.

—Estupendamente, les gusta mucho —dijo, con una sonrisa que le hirió a sí misma como una bofetada.

Mandó un telegrama a su padre, a la oficina de su socio, diciéndole que le iba a buscar y salió en dirección a Austin. Las carreteras estaban en mal estado. Nena experimentaba una especie de satisfacción cuando sentía que el coche vibraba en los baches llenos de barro y levantaba una ola de agua a cada lado cuando atravesaba un charco a ochenta kilómetros por hora.

Hizo el camino a una media de setenta y llegó a Austin antes de la noche. Papá ya había salido para San Antonio en tren. Muerta de cansancio, volvió a emprender la marcha. Tuvo un pinchazo y le llevó mucho tiempo que se lo arreglaran; era medianoche cuando se detuvo frente al Menger. Automáticamente se miró en el espejito antes de entrar. Tenía manchas de barro en la cara y sus ojos estaban enrojecidos.

En el vestíbulo encontró a papá y a Joe Washburn sentados uno junto a otro, con puros apagados en la boca. Sus caras tenían un leve parecido. Debía de ser la expresión triste lo que les daba ese aire de semejanza. Los besó a ambos.

—Papá, tienes que ir a la cama —dijo rápidamente—. Pareces agotado.

—La verdad es que da lo mismo… No se puede hacer nada —respondió él.

—Espérame, Joe, hasta que instale a papá —dijo en voz baja cuando pasaba junto a él.

Subió a la habitación con su padre, consiguió una habitación para ella contigua a la de él, le besó dulcemente y le dejó para que se acostara.

Cuando bajó el vestíbulo, Joe estaba sentado en el mismo sitio con idéntica expresión en la cara. Le molestó verlo así.

Su voz resuelta la sorprendió incluso a ella.

—Vamos afuera un momento, Joe, quiero dar un paseo. —La lluvia había limpiado la atmósfera. Era una transparente noche de principios de primavera—. Vamos a ver, Joe, ¿quién es el responsable del estado de los aviones? Tengo que saberlo.

—Nena, no digas cosas raras… Lo que tienes que hacer es irte a la cama, estás agotada.

—Joe, responde a lo que te pregunto.

—Pero, Nena, ¿no te das cuenta de que no hay nadie que sea responsable? El Ejército es una institución muy grande. Los errores son inevitables. Los contratistas de una clase o de otra hacen mucho dinero, la aviación está en su infancia…; todos sabíamos el riesgo antes de alistarnos.

—Si Bud hubiese muerto en Francia no me sentiría así…, pero aquí… Joe, hay alguien que es directamente responsable de la muerte de mi hermano. Tengo que

hablar con él, eso es todo. Todos creéis que estoy loca, ya lo sé, pero ahora pienso en todas las otras chicas que tienen hermanos entrenándose para ser aviadores. El hombre que revisó esos aviones es un traidor a este país y merece ser fusilado como un perro.

—Mira, Nena —dijo Joe, regresando al hotel—, ahora estamos en guerra. Las vidas individuales no cuentan; no es momento de dejarse llevar por sentimientos personales o de crear dificultades a las autoridades con nuestras críticas. Cuando terminemos con los alemanes, tendremos tiempo de sobra para acusar a los incompetentes y a los sinvergüenzas…, eso es lo que yo pienso.

—Muy bien, Joe, buenas noches… Ten cuidado tú también. ¿Cuándo esperas obtener tus alas?

—Dentro de un par de semanas.

—¿Cómo están Gladys y Bunny?

—Están muy bien —dijo Joe; su voz reflejó una extraña reserva y se ruborizó—. Están en Tulsa con la señora Higgins.

Nena se acostó y se quedó tumbada sin moverse, sintiendo una desesperación tranquila y fría; estaba demasiado cansada para dormir. Cuando llegó el día, fue al garaje a sacar el coche. Palpó en la guantera para ver si seguía allí su bolso con el pequeño revólver de culata de nácar dentro y se dirigió al campo de aviación. El centinela de la entrada no quiso dejarla pasar, así que mandó una nota al coronel Morrissey, que era amigo de su padre, diciéndole que necesitaba verle de inmediato. El cabo era muy amable y le ofreció una silla en la pequeña oficina de la entrada, y pocos minutos después dijo que el coronel Morrissey estaba al teléfono. Nena se puso a hablar, pero no sabía qué decirle. La mesa y la oficina y el cabo empezaron a dar vueltas y se desmayó.

Recobró el conocimiento en un coche oficial, con Joe Washburn al lado, que la llevaba de vuelta al hotel. Le acariciaba la mano, diciéndole:

—No ha sido nada, Nena.

Ella se agarraba a él y lloraba como una niña pequeña. En el hotel, la metieron en cama y le dieron bromuro. El médico no la dejó levantarse hasta después del funeral.

Nena adquirió una reputación de chiflada después de aquello. Se quedó en San Antonio. Allí, la vida era muy alegre e intensa. Nena trabajaba todo el día en la cantina de la Cruz Roja y por las noches salía a cenar y bailar, todos los días con un oficial de aviación diferente. Todo el mundo bebía mucho. Era como cuando iba a las clases de baile del colegio: se movía en un atolondramiento brillantemente iluminado de cenas y luces y bailes y champán y caras de colores distintos y cuerpos todos igualmente rígidos de los hombres que bailaban con ella, sólo que ahora bromeaba mucho y dejaba que la magrearan y besaran en los taxis, en las cabinas telefónicas, en los patios traseros de las casas.

Una noche se encontró con Joe Washburn en una fiesta que daba Ida Olsen en honor de unos muchachos que se marchaban a Europa. Era la primera vez que veía

beber a Joe. No estaba borracho, pero notó que había bebido mucho. Salieron y se sentaron uno junto al otro en la escalera trasera de la cocina, en la oscuridad. Era una noche clara y cálida llena de insectos luminosos con un viento ardiente que agitaba las ramas secas de los árboles. De pronto, ella cogió la mano de Joe y dijo:

—¡Oh, Joe, esto es horrible!

Joe empezó a hablarle de lo desgraciado que era con su mujer, de las grandes ganancias que estaba consiguiendo con el petróleo y de que todo aquello no le importaba nada, aparte de que estaba harto del Ejército. Le habían nombrado instructor y no querían que fuera a Europa. El campo de aviación le estaba enloqueciendo.

—Oh, Joe, también yo quisiera ir a Europa. Aquí estoy llevando una vida estúpida.

—Has estado obrando estúpidamente desde la muerte de Bud, Nena —dijo la voz suave y grave de Joe.

—¡Oh, Joe! Yo también me quisiera morir —gimió ella, apoyando su cabeza en las rodillas de Joe y echándose a llorar.

—No llores, Nena, no llores —le rogó él, y luego, de repente, empezó a besarla.

Sus besos eran duros, apasionados, y Nena desfallecía apretada contra él.

—No quiero a nadie más que a ti, Joe —dijo ella de pronto en voz muy baja.

Pero él ya había recuperado el dominio de sí mismo.

—Nena, perdóname —dijo con voz tranquila de abogado—. No sé en qué estaba pensando, debo de estar loco…, esta guerra nos está volviendo locos a todos… Buenas noches… Mira…, borra todo esto de tu memoria, ¿quieres?

Aquella noche, Nena no pudo pegar ojo. A las seis de la mañana se metió en su coche, llenó el depósito de gasolina y aceite, y partió para Dallas. Era una brillante mañana de otoño con neblina en las hondonadas. Las secas mazorcas de maíz armonizaban en rojo y amarillo con el otoño. Era tarde cuando llegó a casa. Papá estaba sentado leyendo noticias de la guerra, en pijama y bata.

—Bueno, parece que esto no va a durar mucho, Nena —dijo—. La línea Hindenburg se derrumba. Ya sabía yo que nuestros muchachos lo conseguirían en cuanto se pusieran a luchar de verdad.

La cara de papá estaba más arrugada y su pelo era más blanco de lo que Nena recordaba. Calentó una lata de sopa Campbell, pues no había tenido tiempo de comer. Padre e hija cenaron ligera y tranquilamente juntos y leyeron una divertida carta que escribía Buster desde Camp Merrit, donde su compañía esperaba el traslado a Europa. Cuando se fue a acostar en su propio cuarto, creyó volver a sus tiempos de niña —siempre le había gustado tener oportunidad de charlar con su padre a solas— y se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Permaneció en Dallas para cuidar de papá; sólo algunas veces, cuando pensaba en Joe Washburn, sentía que no podía aguantar ni un minuto más. Llegó el falso armisticio y luego el armisticio auténtico; todo el mundo anduvo enloquecido durante

una semana como en el carnaval de Nueva Orleans. Nena decidió que iba a quedarse soltera para atender a papá. Buster volvió a casa muy moreno y rico en jerga cuartelera. Nena empezó a asistir a las conferencias de la iglesia metodista del Sur, haciendo obras de caridad, leyendo libros de la biblioteca pública y preparando bizcochos de cabello de ángel; cuando venían a casa las amiguitas de Buster, ella hacía de carabina.

El Día de Acción de Gracias, Joe Washburn y su mujer vinieron a cenar con ellos. La vieja Emma estaba enferma, así que Nena preparó el pavo. Cuando se sentó a la mesa, con las velas amarillas encendidas en los candelabros de plata y las almendras saladas en sus bandejitas de plata y el adorno rosa y púrpura de las hojas de arce, recordó a Bud. De pronto, notó que se iba a desmayar y corrió a su habitación. Se quedó acostada boca abajo escuchando las graves voces de los demás. Joe apareció en la puerta para ver qué pasaba. Nena se levantó de un salto riéndose, y dio un susto de muerte a Joe al darle un beso en plena boca.

—Estoy muy bien, Joe —dijo—. ¿Qué tal estás tú?

Luego corrió a la mesa y alegró a todo el mundo, así que la cena resultó muy agradable. Cuando tomaban café en la otra habitación, les dijo que se había alistado para ir seis meses a Europa con la misión de socorro que se estaba reclutando en la iglesia metodista. Papá se enfureció y Buster dijo que debería quedarse en casa ahora que la guerra había terminado, pero Nena alegó que cuando otros habían dado su vida para salvar al mundo de los alemanes, bien podía ella dedicar seis meses a trabajos de socorro. Cuando dijo aquello, todos pensaron en Bud y se callaron.

De hecho, no era verdad que se hubiera alistado, pero lo hizo a la mañana siguiente y consiguió que la señorita Frazier, una misionera que había regresado de China y que organizaba la misión, la mandara una semana después a Nueva York con orden de embarcarse inmediatamente con destino a la oficina de Roma, que sería su primer puesto de trabajo. Estaba tan excitada obteniendo el pasaporte y probándose el uniforme, que casi no notó cuán tristes se quedaban papá y Buster. Sólo estuvo un día en Nueva York. Cuando el barco se separó del muelle haciendo sonar su sirena y enfilando North River, Nena se encontraba en la cubierta de proa con el pelo agitado por el viento, notando el extraño olor a puerto, a barco y a alta mar, y sintiéndose como si tuviera dos años.

# Noticiario XXXII

LA VOZ DE ORO DE CARUSO ENTONA LA CANCIÓN
DE LA VICTORIA
EN LA CALLE, ANTE UNA GRAN MULTITUD

¡Oh, oh, oh, qué guerra más agradable!
¡Ay del que no quiso ser soldado!

desde Pic Umbral al norte del Stelvio sigue la cresta de los Alpes Retianos hasta las fuentes del Adigio y el Eisah, pasando luego los montes Reschen y Brenner y las alturas de Oetz y Boaller; luego sigue hacia el sur cruzando el monte Toblach

En cuanto suena la diana
Nos sentimos tan pesados como el plomo
Pero no nos levantamos hasta que el sargento
Nos trae una taza de té a la cama

HIPNOTIZADO POR SU ESPOSA

las bajas del Ejército ascienden a 64.305 más las 318 de hoy; 11.760 han realizado el sacrificio supremo en combate y 6.193 están gravemente heridos

¡Oh, oh, oh, qué guerra más agradable!
¡Ay del que no quiso ser soldado!
¡Oh, da vergüenza cobrar la paga!

en las casas campesinas de las aldeas los norteamericanos son tratados como huéspedes importantes, viven en las mejores habitaciones y las amas de casa les ofrecen educadamente los samovares y teteras más relucientes

Le chef de gare il est cocu

en los distritos densamente poblados fueron los extranjeros que aparecieron disfrazados quienes dieron un toque espectacular a las fiestas e hicieron prevalecer un espíritu de carnaval

LOS BRITÁNICOS SUPRIMEN A LOS SOVIETS

Le chef de gare il est cocu
Qui est cocu? Le chef de gare
Sa femme elle l’a voulu

no hay razón para creer que estos empleados de una agencia de noticias tan conocida y que trabajan con periódicos de todo el país dejen de hacerse cargo de su responsabilidad en un momento de suprema importancia para los habitantes de este país. Incluso anticipar acontecimientos en un asunto de tal actualidad sería una grave falta por la que se le deberían pedir cuentas al responsable

¿Alguna queja esta mañana?
¿Quejas nuestras? Nuestras no.
¿Qué pasa con los trozos de cebolla
Que flotan en el té?

REGALAN A LA SEÑORA WILSON UNA JOYA
CON LA PALOMA DE LA PAZ

y la vertiente de los Cols di Polberdo, Podlaniscam e Idria. Desde este punto la línea tuerce al sudeste hacia el Schneeberg, excluyendo toda la cuenca del Saave y sus afluentes. Desde el Schneeberg baja hacia la costa, de modo que incluye Castna, Mattuglia y Volusca

# El Ojo de la Cámara (38)

sellada firmada y entregada en todo Tours puede olerse a tilos en flor hace calor me pica el uniforme el cuello me rasca debajo de la barbilla

sólo hace cuatro días ausente sin permiso arrastrándome bajo los vagones de carga en la estación de St. Pierre-es-Corps esperando en la *buvette* a que el policía militar de guardia dejase de mirar a la puerta para así poder deslizarme fuera con un pitillo (y el corazón) en la boca luego en un cuarto de un hotel muy pequeño cambié la fecha de la vieja orden de traslado

pero hoy

mi licencia sellada firmada y entregada echa chispas en mi bolsillo como una bengala

paso por delante del cuartel general de Intendencia ¡Eh, soldado! llevas la guerrera desabrochada (que te den por el culo) y bajo por la calle sombreada por tilos hasta la casa de baños que tenía un patio con flores en el medio el agua caliente gotea verde de los grifos de bronce con forma de cabeza de cisne a la pila de metal blanco me desnudo me enjabono todo entero con el áspero jabón color rosa me meto en la pila caliente de un verde oscuro a través de la cortina blanca de la ventana un dedo de sol del atardecer se alarga en el techo la toalla está seca y caliente huele a vapor en la maleta tengo un traje de paisano que me prestó un tipo al que conozco el soldado de segunda del cuerpo médico del Tío Sam (serie número… jamás puedo recordar el número de todos modos se me cayó al Loira) se va por el desagüe con un glu-glu y un murmullo y

después de dar una buena propina y asombrar a la mujer gorda que recoge las toallas

salgo al aroma de tilo de una tarde de julio y me dirijo al café donde en las mesitas del exterior sólo pueden asentar sus traseros los oficiales y pido una copa de coñac que no se puede servir a los de uniforme mientras espero el tren para París y me siento con firmeza con mi pantalón largo en la silla de hierro

un paisano anónimo

# Noticiario XXXIII

ASEGURA NO RECUERDA HABER MATADO A SU HERMANA

Tengo tristeza
Tengo tristeza
Tengo tristeza alcohólica

POSIBLE ESCASEZ DE JABÓN

con un sol alegre y la reanudación de las carreras de caballos París ha recobrado su vida normal. Miles y miles de banderas de todas las naciones cuelgan en docenas de cuerdas que se extienden de mástil a mástil produciendo un efecto de cuento de hadas que resulta decididamente asombroso

SALEN A RELUCIR CARTAS AMENAZADORAS

Amo a mi patria claro que la amo
Pero esta guerra me pone triste
Me gusta la lucha me llamo luchador
Pero en esta guerra nadie lucha

la policía encontró un almacén lleno de paquetes de aspecto misterioso y, al ser abiertos, se descubrió que estaban llenos de panfletos en yidish, ruso, inglés y de carnets de los Industrial Workers of the World

UN FUERTE VIENTO AUMENTA EL PELIGRO
QUE CORREN LOS HOMBRES

MIENTRAS EN TODO EL MUNDO SE HABLA
DE PAZ LA GUERRA ARRECIA

los agentes dijeron que las detenciones fueron ordenadas por el Departamento de Estado. Los arrestos fueron tan súbitos que ninguno de los hombres tuvo tiempo de retirar su equipaje del barco. Después llegó un escrito de queja de dos hombres de negocios de Lure; el envío había llegado, y cuando se abrieron las sacas resultó que

contenían material de construcción normal y corriente. El enorme automóvil quedó colgado boca abajo en unos árboles mientras los pasajeros caían al torrente que había seis metros más abajo.

Señor, señor, la guerra es el infierno
Desde que me prohíben beber

ULTRAJE PERPETRADO EN SEÚL

Tengo tristeza alcohólica

El Departamento de Justicia reconoce el derecho de los embaladores a la mercancía según el fiscal general Palmer

*L'Ecole du Malheur Nous Rend Optimistes*

La unidad de los pueblos libres impedirá un resultado injusto de la Conferencia de París

está perfectamente claro que la Sociedad de Naciones yace hecha pedazos en el suelo del Hôtel Crillon y la alianza modesta que podría ocupar ventajosamente su lugar no es más que un confuso bosquejo

¿QUÉ HACER CON LOS BOLCHEVIQUES? ¡FUSILARLOS!
¡AL MODO POLACO!

LA POBLACIÓN DE HAMBURGO SE AMOTINA AL VER A FORD

INSINÚAN UN GRAN CONSORCIO
PARA EL DESARROLLO DE ASIA

Cuando el señor Hoover dijo que nos cortaran la comida
Lo hice y ni solté un lamento
Luego dijo que nos cortaran el carbón,
Pero ahora nos ha cortado el alma

*Allons-nous Assister à la Panique des Sots*?

piedras resonaban en el tejado y rompían las ventanas y unos hombres excitados gritaban por el ojo de la cerradura mientras unos problemas de enorme importancia dependían de ellos que permanecían tranquilos y deliberando de todos modos el presidente no habló con los líderes de los movimientos democráticos

LIEBKNECHT ASESINADO CAMINO DE LA CÁRCEL

# Eveline Hutchins

Eveline se mudó a una casita de la rue du Bussy donde todos los días había un mercado callejero. Eleanor, para demostrar que no le guardaba ningún rencor, le regaló dos de sus retablos italianos para que decorara con ellos su oscura sala de estar. A primeros de noviembre empezaron a circular rumores de armisticio y entonces, de pronto, el comandante Wood entró una tarde en el despacho que compartían Eveline y Eleanor y las levantó de sus mesas y las besó, gritando:

—¡Por fin ha llegado!

Antes de darse cuenta, Eveline se encontró besando al comandante Moorehouse en plena boca. La oficina de la Cruz Roja se convirtió en el dormitorio de una facultad la noche de una victoria de fútbol: era el Armisticio.

De pronto todo el mundo parecía tener botellas de coñac. Se cantaba: *There's a long long trail awinding* o *La Madellon pour nous n'est pas sévère*.

Eveline, Eleanor, J. W. y el comandante Wood se metieron en un taxi para ir al Café de la Paix.

Por alguna extraña razón no paraban de salir de taxis en los que entraban otras personas. Querían llegar al Café de la Paix, pero, cada vez que conseguían un taxi, éste era detenido por la multitud y el chófer desaparecía. Cuando llegaron, encontraron todas las mesas llenas e hileras de gente cantando y bailando y que entraban y salían por todas las puertas. Había griegos, legionarios polacos, rusos, serbios, albaneses de faldita blanca, un escocés con su gaita y un montón de chicas vestidas de alsacianas. Resultaba muy molesto no encontrar ninguna mesa libre. Eleanor opinó que quizá debieran ir a otro sitio. J. W. estaba preocupado y quería telefonear.

Sólo el comandante Wood parecía estar pasándolo bien. Era un hombre de pelo canoso y bigote gris, y no paraba de decir:

—¡Ah, hoy es obligatorio perder la cabeza!

Él y Eveline subieron a la segunda planta a ver si podían hallar sitio y se encontraron con dos australianos sentados en una mesa de billar rodeados de una docena de botellas de champán. Al cabo de un momento estaban bebiendo champán con los australianos. No pudieron conseguir nada de comer aunque Eleanor decía que se moría de hambre, y cuando J. W. trató de entrar en la cabina telefónica, se encontró con un oficial italiano y una chica estrechamente abrazados dentro. Los australianos estaban bastante borrachos, y uno de ellos dijo que lo del armisticio probablemente no era más que otra maldita mentira, así que Eleanor sugirió que debían intentar llegar a casa para comer algo. J. W. asintió, podían detenerse en la Bolsa y así enviaría unos cables. Necesitaba ponerse en contacto con su corredor de Bolsa. A los australianos no les gustó que se marcharan y se mostraron groseros.

Se quedaron bastante tiempo parados delante de la ópera, en medio de la inquieta multitud. Las luces de la calle estaban encendidas; los grises contornos de la ópera estaban bordeados a lo largo de las cornisas por trémulas llamitas de gas. Les daban codazos y empujaban. No había autobuses ni coches; ocasionalmente pasaban junto a un taxi abandonado entre la multitud como una roca en medio de un torrente. Al fin, en una calle lateral encontraron un coche de la Cruz Roja sin ningún pasajero dentro. El chófer, que no estaba demasiado sereno, les dijo que tenía que devolver el coche al garaje y que de paso los dejaría primero en el Quai de la Tournelle.

Eveline ya estaba casi dentro cuando consideró que aquello resultaba demasiado aburrido y no subió al coche. Un minuto después caminaba cogida del brazo de un pequeño marinero francés entre un grupo de personas, la mayoría de ellas con uniforme polaco, que iban detrás de una bandera griega cantando *La Brabançonne*.

Un momento después se dio cuenta de que había perdido al coche de vista. Tampoco veía a sus amigos y estaba asustada. Ni siquiera podía reconocer las calles en aquel nuevo París lleno de arcos voltaicos y banderas y bandas y borrachos. Se encontró bailando con el marinero en una placita asfaltada delante de una iglesia con dos torres; luego, con un oficial francés de tropas coloniales de capa roja; luego, con un legionario polaco que hablaba un poco de inglés y había vivido en Newark, Nueva Jersey; y luego, de repente, descubrió que unos soldados franceses muy jóvenes bailaban en corro alrededor de ella, cogidos de la mano. El juego consistía en que tenía que besar a uno de ellos si quería romper el corro. Cuando lo comprendió, Eveline besó a uno de ellos y todos aplaudieron y dieron vivas gritando:

—*Vive l'Amerique*!

Llegó otro grupo y bailó tanto alrededor de ella que se asustó. La cabeza empezaba a darle vueltas cuando divisó un uniforme norteamericano en un extremo de la multitud. Rompió el corro empujando a un francés bajo y gordo y echó los brazos al cuello del norteamericano besándole. Todo el mundo se rio y lanzó vivas y pidieron un bis. El norteamericano parecía un tanto violento; el que iba con él era Paul Johnson, el amigo de Don Stevens.

—Ya comprenderá que tenía que besar a alguien —dijo Eveline ruborizándose.

El muchacho se rio y parecía contento.

—Señorita Hutchins, espero que no le haya molestado hacerlo, y tampoco que la moleste toda esta gente —se disculpó Paul Johnson.

La gente giraba alrededor de ellos, bailando y gritando, y Eveline tuvo que besar a Paul Johnson también antes de que los dejaran irse. Johnson se excusó de nuevo solemnemente y dijo:

—¿No es maravilloso estar en París, ver el armisticio y todo esto? Claro, siempre que a uno no le molesten las aglomeraciones y todo lo demás…, pero sinceramente, señorita Hutchins, son muy buenas personas. No hay riñas ni nada parecido… Mire, Don está en ese café.

Don estaba detrás de la pequeña barra de cinc a la entrada del café preparando

cócteles para un grupo de oficiales canadienses y australianos, todos muy borrachos.

—No puedo sacarlo de ahí —le susurró Paul—. Ha bebido mucho más de la cuenta.

Sacaron a Don de detrás de la barra. No parecía que hubiera nadie dispuesto a pagar las bebidas. En la puerta se quitó la gorra y gritó:

—*Vive les quakers…, à bas la guerre!* —Y todos aplaudieron.

Anduvieron un rato sin rumbo; de vez en cuando los paraba un corro de gente que se ponía a bailar a su alrededor y Don la besaba. Tenía una borrachera terrible y a Eveline no le gustaba su manera de actuar como si ella fuera su novia. Empezó a sentirse muy cansada cuando llegaron a la plaza de la Concordia y sugirió que cruzaran el río y fueran a su apartamento, donde tenía ternera fría y ensalada.

Paul dijo confusamente que quizá será mejor que él no fuera. Don salió corriendo detrás de un grupo de chicas alsacianas que daban saltos por los Campos Elíseos.

—Ahora tiene que venir —dijo Eveline—. Para evitar que me besen demasiado los desconocidos.

—Pero, señorita Hutchins, no piense usted que lo que está haciendo Don significa demasiado. Es muy excitable, en especial cuando bebe.

Ella rio y siguieron caminando sin decir nada más.

Cuando llegaron a casa, la vieja portera salió de su cuchitril tambaleándose y les estrechó la mano a los dos.

—*Ah, madame, c'est la victoire* —dijo—, pero eso no va a hacer que resucite mi hijo. —Eveline no supo qué hacer y le dio cinco francos. La portera se retiró musitando—: *Merci, m'sieur, madame*.

Cuando llegaron al pequeño apartamento de Eveline, Paul parecía terriblemente azarado. Comieron todo lo que había sin dejar ni la última miga de pan duro y hablaron de vaguedades. Paul, sentado en el borde de una silla, le contó cosas de sus viajes llevando despachos de acá para allá. Le dijo que le parecía maravilloso haber venido a Europa y ver el Ejército y las ciudades europeas y conocer a personas como ella y Don Stevens, y que esperaba que no le molestase que no supiera mucho acerca de las cosas de las que ella y Don hablaban.

—Si esto es de verdad el comienzo de la paz, me pregunto qué vamos a hacer todos nosotros, señorita Hutchins.

—Oh, llámame Eveline, Paul.

—Estoy convencido de que ésta es la paz de los Catorce Puntos de Wilson, Eveline. Creo que Wilson es un gran hombre a pesar de lo que diga Don. Ya sé que él es mucho más listo que yo, pero de todos modos…, a lo mejor ésta ha sido la última guerra de todas. Piensa en ello…

Eveline esperaba que la besase al despedirse, pero todo lo que hizo fue estrecharle la mano con torpeza y decir apresuradamente:

—Espero que no te importe que venga a verte la próxima vez que pase por París.

Durante la Conferencia de Paz, J. W. tenía una suite en el Crillon, con su secretaria rubia, la señorita Williams, instalada en una mesa de una pequeña antesala, y Morton, su ayuda de cámara inglés, sirviendo el té por la tarde después de que Eveline paseara por los soportales de la rue de Rivoli al salir de su oficina. Los anticuados pasillos del hotel estaban atestados de norteamericanos que iban de un lado a otro. En el gran salón de J. W., Morton servía silenciosamente el té, y había muchos uniformes y chaqués y humo de cigarrillos en el aire, que además se llenaba de anécdotas contadas a medias. J. W. fascinaba a Eveline, con su traje gris de paño escocés, los pantalones siempre tan bien planchados (ya no llevaba el uniforme de comandante de la Cruz Roja), y sus modales agradables y un tanto distantes, suavizados por la expresión preocupada del hombre muy atareado al que siempre llamaban por teléfono, recibía telegramas o notas de su secretaria, desaparecía en uno de los huecos de los balcones que daban a la plaza de la Concordia para mantener una conversación privada con alguien, o le llamaban para que acudiera a ver al coronel House; y con todo, cuando le ofrecía a ella un cóctel de champán antes de salir juntos a cenar las noches en que no tenía que asistir a ningún acto oficial, o le preguntaba si quería otra taza de té, Eveline notaba durante un segundo, en sus ojos, la mirada directa de dos ojos azules de muchacho, una mirada cándida y divertida que parecía bromear con ella. Entonces quería conocerle mejor, pero Eleanor los vigilaba como un gato vigila a un ratón. Después de todo, se repetía interiormente Eveline, Eleanor no tenía ningún derecho. Obraba como si realmente hubiera algo entre ellos.

Cuando J. W. estaba ocupado, Eveline y Eleanor salían a menudo con Edgar Robbins, que parecía ser una especie de ayudante de J. W. Eleanor no lo podía soportar y decía que había algo insultante en su cinismo, pero a Eveline le gustaba oírle hablar. Decía que la paz iba a ser más espantosa que la guerra, y manifestaba que le parecía muy bien que nadie le pidiera nunca su opinión sobre nada, porque era seguro que aterrizaba en la cárcel si la daba. El lugar favorito de Robbins era el Freddy, situado detrás de Montmartre. Se pasaban allí sentados toda la velada en unos cuartitos llenos de humo y de gente mientras Freddy, que tenía una gran barba blanca como Walt Whitman, tocaba la guitarra y cantaba. A veces se emborrachaba y servía bebida a los clientes a cuenta de la casa. Entonces su mujer, una mujer de mal genio y aspecto de gitana, aparecía por la puerta de atrás y le maldecía a gritos. La gente de las mesas se levantaba y recitaba largos poemas como *La Grand' Route, La Misère, L'Assassinat*, o cantaba viejas canciones francesas como *Les filles de Nantes*. Si la cosa salía bien, todos los presentes batían palmas al compás. A eso lo llamaban dar un *bon*. Freddy acabó por conocer a los tres norteamericanos y hacía grandes aspavientos cuando llegaban, exclamando:

—*Ah, les belles Américaines*!

Robbins se sentaba melancólicamente allí bebiendo calvados tras calvados, y de vez en cuando soltando un chiste sobre lo que había pasado aquel día en la Conferencia de Paz. Decía que aquel local era un fraude, que el calvados era

desastroso y que Freddy era un vagabundo asqueroso, pero, no se sabía por qué, siempre quería volver.

J. W. fue también un par de veces, y ocasionalmente les acompañaba algún delegado de la Conferencia de Paz que quedaba profundamente impresionado ante su conocimiento de la vida íntima de París. J. W., a quien le encantaban las viejas canciones francesas, decía que aquel sitio le obligaba a rascarse y que le parecía que estaba lleno de pulgas. A Eveline le gustaba observarlo cuando escuchaba una canción con los ojos medio cerrados y siguiendo el compás con la cabeza. Le parecía que Robbins no apreciaba las ricas cualidades de su naturaleza, y siempre le mandaba callar cuando intentaba decir algo sarcástico sobre el gran queso, que era como llamaba a J. W. También le resultaba desagradable que Eleanor se riera de cosas como aquéllas, en especial porque J. W. parecía tenerle bastante cariño.

Cuando Jerry Burnham volvió de Armenia y vio que Eveline andaba todo el tiempo alrededor de J. Ward Moorehouse, se disgustó mucho. La llevó a almorzar al Medicis Grill, en la orilla izquierda, y le habló sin parar de ello.

—Eveline, yo que creía que eras una persona que no se dejaría engañar por un farsante como ése… Ese tipo no es más que un maldito megáfono… Sinceramente, Eveline, no es que esperara que te fueras a enamorar de mí, sé muy bien que no te importo nada, ¿y por qué iba a importarte?, pero, por Dios, si es un maldito agente publicitario…

—Mira, Jerry —dijo Eveline con la boca llena de *hors d'oeuvres*—, sabes perfectamente que me eres muy simpático… Sólo pasa que me molesta mucho que me hables en ese plan.

—No te resulto simpático tal como a mí me gustaría…, pero al diablo con eso. ¿Quieres vino o cerveza?

—Pide un buen borgoña, Jerry, para entrar un poco en calor… ¡Pero si tú mismo has escrito un artículo sobre J. W.! Lo he visto reproducido en esa columna del *Herald*…

—Sigue, no te pares… Coño, Eveline, te juro que voy a dejar este maldito oficio, y… aquello era un artículo lleno de todos los lugares comunes de costumbre, creía que te darías cuenta. ¡Vaya, buen lenguado!

—Delicioso…, pero Jerry, eres tú quien debería darse cuenta.

—Pues no…, creía que eras diferente de las demás mujeres de clase alta… Como tú te ganas la vida y todo eso…

—Vamos a dejar de discutir, Jerry, y a divertirnos un poco; estamos en París y la guerra ha terminado, es un maravilloso día de invierno y todo el mundo está aquí…

—La guerra ha terminado…, valiente mierda —replicó Jerry bruscamente.

Eveline pensó que estaba resultándole aburrido y miró por la ventana la clara luz de un sol de invierno, la vieja fuente Médicis y el delicado encaje violeta de los árboles sin hojas detrás de la alta verja de hierro del Luxemburgo. Luego contempló la cara roja y expresiva de Jerry con su nariz respingona y su pelo rizado y rebelde de

muchacho, que empezaba a hacerse gris; se inclinó hacia delante y le dio un par de palmaditas en el dorso de la mano.

—Ya comprendo, Jerry, has visto cosas que yo ni me puedo imaginar… Supongo que se debe a la influencia corruptora de la Cruz Roja.

Jerry sonrió, le sirvió más vino y dijo suspirando:

—Eres la mujer más puñeteramente atractiva que he conocido nunca, Eveline…, pero, como todas las mujeres, lo que adoras es el poder. Cuando el dinero es lo más importante, el dinero…, si es la fama, la fama…, si es el arte, el arte…; siempre has sido una maldita aficionada al arte… Probablemente, yo sea igual que tú, pero me burlo de mí mismo.

Eveline apretó los labios con fuerza y no dijo nada. De repente, sintió frío y miedo y soledad y no supo qué decir. Jerry bebió un vaso de vino de golpe y explicó que iba a dejar su trabajo para ir a España a escribir un libro. Decía que, aunque no tenía ningún respeto por sí mismo, ser corresponsal de guerra en aquellos tiempos era una vergüenza. Eveline le dijo que no quería volver nunca más a Norteamérica, pues pensaba que allí la vida sería terrible al terminar la guerra.

Después de tomar café atravesaron los jardines. Cerca del Senado, unos caballeros ancianos jugaban al croquet a la última luz púrpura del crepúsculo.

—¡Oh, creo que los franceses son maravillosos! —dijo Eveline.

—Segunda infancia —gruñó Jerry.

Caminaron sin prisa por las calles, leyendo los anuncios verde pálido, amarillo y rosa de los teatros, y mirando los escaparates de los anticuarios.

—Ya deberíamos estar en nuestras respectivas oficinas —dijo Jerry.

—Yo no voy a volver —replicó Eveline—. Llamaré por teléfono y diré que me he resfriado y que voy a meterme en cama… Y, de todos modos, me parece que eso es precisamente lo que voy a hacer.

—No lo hagas, vamos a hacer novillos y a divertirnos.

Entraron en un café situado frente a Saint-Germain-desPrés. Cuando Eveline volvió de telefonear, Jerry le había comprado un ramo de violetas y había pedido coñac y sifón.

—Eveline, vamos a celebrarlo —le dijo—, mandaré un cable a esos hijoputas diciéndoles que dimito.

—¿Crees que debes hacerlo, Jerry? Después de todo, es una oportunidad magnífica el asistir a la Conferencia de Paz y a todo eso.

Al cabo de unos minutos, Eveline se marchó y se dirigió caminando a casa. No dejó que Jerry la acompañara. Al pasar por delante del ventanal miró hacia donde habían estado sentados; Jerry pedía otra copa.

En la rue du Bussy el mercado estaba muy alegre bajo la luz de gas. Todo olía a verduras frescas y a mantequilla y a queso. Compró unos bollos para desayunar y unos pastelitos por si alguien venía a tomar el té. Se encontraba bien en su saloncito rosa y blanco, con el fuego de la estufa encendido. Eveline se envolvió en una manta

de viaje y se tumbó en el sofá.

Estaba dormida cuando sonó el timbre. Eran Eleanor y J. W. que venían a saber cómo se encontraba. J. W. tenía la noche libre y quería que fueran con él a la ópera a ver *Cástor y Pólux*. Eveline dijo que se encontraba bastante mal, pero que de todos modos iría. Les preparó té y corrió a vestirse a su dormitorio. Estaba tan contenta que se puso a canturrear mientras se miraba en el espejo del tocador. Tenía la piel muy blanca y en su rostro había una tranquila expresión de misterio que le gustó. Se pintó un poco los labios y se peinó el pelo hacia atrás, terminándolo en un moño. Su pelo le preocupaba, no era rizado ni tenía un color concreto; durante un momento pensó en no ir. Entonces Eleanor entró con una taza de té en la mano diciéndole que se diese prisa porque tendrían que esperar a que ella se vistiera y la ópera empezaba pronto. Eveline no tenía un auténtico chal para ponerse con el vestido de noche, así que tuvo que llevar un viejo abrigo de piel de conejo echado por encima de los hombros. En casa de Eleanor encontraron a Robbins esperándolas; vestía un esmoquin que parecía un tanto raído. J. W. llevaba el uniforme de comandante de la Cruz Roja. Eveline pensó que debía hacer ejercicio, porque su papada no hacía la curva de antes al salir del cuello alto y cerrado del uniforme.

Cenaron apresuradamente en el Poccardi y bebieron unos cuantos martinis mal preparados. Robbins y J. W. estaban de buen humor y las hacían reír todo el rato. Eveline comprendió entonces por qué trabajaban tan bien juntos. En la ópera, a la que llegaron tarde, todo era maravilloso. Brillaban los candelabros y los uniformes. La señorita Williams, secretaria de J. W., ya estaba en el palco. Eveline pensó en lo agradable que debía ser trabajar con J. W. y durante un momento envidió amargamente a la señorita Williams, hasta por su pelo oxigenado y su modo de hablar, resuelto y frío. La señorita Williams se inclinó hacia atrás y les dijo que se habían perdido la entrada del presidente Wilson y su esposa, que habían sido recibidos con una gran ovación; también estaba el mariscal Foch y creía que hasta el presidente Poincaré.

En los entreactos se abrían paso lo mejor que podían hasta el abarrotado vestíbulo. Eveline se encontró paseando con Robbins al lado; de vez en cuando echaba un vistazo por encima de Eleanor y J. W., y sentía un poco de envidia.

—El espectáculo es mejor aquí que en el escenario —dijo Robbins.

—¿No te interesa la representación? A mí me parece que es magnífica.

—Bueno, quizá considerada desde su punto de vista profesional…

Eveline observaba a Eleanor que era presentada a un general francés de pantalones rojos; estaba muy guapa aquella noche a su modo frío y distante. Robbins intentó guiarlos a través de la multitud hacia el pequeño bar, pero tuvieron que renunciar a ello, pues había demasiada gente. De pronto, Robbins empezó a hablar de Bakú y de asuntos petrolíferos.

—Tiene toda la gracia del mundo —decía—; mientras nosotros forcejemos aquí bajo el mando de ese maestro de escuela llamado Wilson, John Bull extiende sus

manos para apoderarse de la futura producción de petróleo del mundo… sólo para evitar que caiga en manos de los bolcheviques. Ya tienen en su poder Persia y Mesopotamia, y ahora, que me ahorquen si no quieren apoderarse de Bakú.

Eveline se aburría y pensaba que Robbins había vuelto a beber demasiado; entonces sonó el timbre.

Cuando volvieron a su palco, un hombre de cara delgada que no iba vestido de etiqueta estaba sentado en el fondo hablando con J. W. en voz baja. Eleanor se inclinó hacia Eveline y le susurró al oído:

—Ése era el general Gouraud.

Se apagaron las luces; Eveline se olvidó de sí misma en la profunda solemnidad de la música. En el siguiente entreacto se inclinó hacia J. W. y le preguntó qué le parecía.

—Es magnífica —dijo, y Eveline vio sorprendida que tenía lágrimas en los ojos.

Se puso a hablar de música con J. W. y el hombre que no iba vestido de etiqueta, cuyo nombre era Rasmussen.

En el vestíbulo de recargada decoración hacía calor y había mucha gente. El señor Rasmussen se las arregló par abrir una ventana y salieron a un balcón que daba a las hileras de luces que se perdían avenida abajo en una neblina rojiza.

—Ésa es la época en la que me hubiera gustado vivir —dijo J. W. soñadoramente.

—¿En la corte del Rey Sol? —preguntó el señor Rasmussen—. No, tenía que hacer mucho frío en los meses de invierno y apuesto a que la fontanería era terrible.

—Fue una época gloriosa —dijo J. W. como si no lo hubiera oído. Luego se volvió hacia Eveline—: ¿Está segura de no tener frío? Debería echarse algo encima, créame.

—Como le estaba diciendo, Moorehouse —prosiguió Rasmussen en un tono de voz diferente—, tengo informaciones fiables de que no podrán conservar Bakú a no ser que reciban grandes refuerzos, y no pueden recibirlos de nadie excepto de nosotros.

El timbre volvió a sonar y corrieron a su palco.

Después de la ópera fueron todos al Café de la Paix a tomar una copa de champán, salvo Robbins, que acompañó a la señorita Williams a su hotel. Eveline y Eleanor se sentaron en el mullido diván, cada una a un lado de J. W.; el señor Rasmussen se sentó en una silla frente a ellos. Habló él casi siempre bebiendo, nervioso, sorbos de champán entre frase y frase, o pasándose los dedos por su pelo negro hirsuto. Era ingeniero de la Standard Oil. Siguió hablando de Bakú y Mohommarah y Mosul, y de que los de la Anglo-Persian y la Royal Dutch se estaban anticipando a Estados Unidos en Oriente Próximo y trataban de colocarles un mandato sobre Armenia, país que había sido saqueado por los turcos a fondo, sin dejar más que un montón de gente muerta de hambre a la que alimentar.

—En cualquier caso, probablemente los tendríamos que alimentar igual —dijo J. W.

—Pero, señor mío, ¡por el amor de Dios!, todavía se puede hacer algo; aunque el presidente haya descuidado los intereses norteamericanos hasta el punto de dejar que se le impongan los ingleses, es posible despertar a la opinión pública. Vamos a perder nuestra primacía en la producción mundial de petróleo.

—¡Ah, bueno! Pero el asunto de los mandatos todavía no se ha resuelto.

—Lo que va a pasar es que los ingleses van a presentar un *fait accompli* en la Conferencia…: el que encuentra, se lo queda… Sería mejor para nosotros que se quedaran con Bakú los franceses.

—¿Y qué pasa con los rusos? —preguntó Eveline.

—De acuerdo con el principio de autodeterminación, los rusos no tienen ningún derecho. La población se compone en su mayor parte de turcos y armenios —dijo Rasmussen—. Pero prefiero que sean los rojos antes que los ingleses; claro que supongo que no durarán mucho.

—No, tengo informaciones fidedignas de que Lenin y Trotski se han enemistado y de que la monarquía se restaurará en Rusia dentro de tres meses.

Cuando terminaron la primera botella de champán, el señor Rasmussen pidió otra. A la hora de cerrar el café, a Eveline le zumbaban los oídos.

—Conseguiremos que ésta sea una gran noche —aseguraba el señor Rasmussen.

Fueron en taxi hasta Montmartre, a L'Abbaye, donde se bailaba y cantaba y había uniformes por todas partes y colgaban banderas de los aliados. J. W. sacó a bailar primero a Eveline. Eleanor parecía un poco molesta cuando se vio en los brazos del señor Rasmussen, el cual, además, bailaba muy mal. Eveline y J. W. hablaron de la música de Rameau y J. W. volvió a decir que le hubiera gustado vivir en la época de la corte de Versalles, pero Eveline le respondió que nada podía resultar más interesante que el París de aquel momento, donde se volvía a hacer el mapa de Europa delante de sus narices, y J. W. dijo que quizá tuviera razón. Los dos convinieron en que la orquesta era demasiado mala para bailar.

La pieza siguiente la bailó Eveline con el señor Rasmussen, que le dijo que era muy guapa y que él necesitaba una mujer buena a su lado; que se había pasado toda la vida buscando oro o analizando muestras de piedras bituminosas y que estaba harto de ello, y que si Wilson iba a dejarse intimidar ahora por los ingleses y les entregaba las futuras reservas de petróleo del mundo, cuando de hecho los norteamericanos habían ganado la guerra, él se retiraba de todo.

—Pero ¿no puede hacer usted algo? ¿No puede exponer sus ideas en público, señor Rasmussen? —preguntó Eveline apoyándose ligeramente en él; el champán le daba vueltas dentro de la cabeza.

—Eso es cosa de Moorehouse, no mía, y desde la guerra ya no hay público. El público tendrá que resignarse a hacer lo que le digan… Lo que hay que hacer es que unos cuantos hombres clave se hagan cargo de la situación. Y Moorehouse es la clave de los hombres clave.

—¿Y quién es la clave de Moorehouse? —preguntó Eveline atrevidamente.

La música había cesado.

—El cielo lo sabe —dijo Rasmussen suavemente, en voz baja—. No será usted ¿verdad?

Eveline negó con la cabeza sonriendo, con los labios apretados igual que Eleanor.

Cuando estaban tomando sopa de cebolla y unos fiambres, J. W. dijo:

—Vamos a subir a la colina para que Freddy nos cante unas canciones.

—Yo pensaba que no te gustaba ir allí —dijo Eleanor.

—Y no me gusta, querida —admitió J. W.—, pero sí me gustan esas viejas canciones francesas.

Eleanor tenía cara de enfado y sueño. Eveline deseaba que ella y el señor Rasmussen se fueran a casa; consideraba que si podía hablar a solas con J. W., éste resultaría un hombre muy interesante.

El Freddy estaba casi vacío; hacía mucho frío allí arriba. No tenían champán y nadie bebió los licores que pidieron. El señor Rasmussen dijo que Freddy se parecía a un viejo buscador de petróleo que había conocido en las montañas de Sangre de Cristo, y se puso a contar una larga historia sobre Death Valley que nadie escuchó. Todos tenían frío y sueño. Iban callados cuando atravesaron París en un viejo taxi de dos cilindros que olía a humedad. J. W. quería una taza de café, pero no parecía que hubiese ningún lugar abierto donde tomarla.

Al día siguiente, el señor Rasmussen llamó a Eveline a la oficina para invitarla a almorzar con él y a ella le costó encontrar una excusa para no ir. Después de eso, el señor Rasmussen parecía estar en todos los sitios a los que iba Eveline. Le mandaba flores y entradas para el teatro, iba a buscarla en automóvil para llevarla de paseo y le enviaba pequeños *pneumatiques* azules llenos de tiernos mensajes. Eleanor le gastaba bromas sobre un nuevo Romeo.

Luego apareció en París Paul Johnson, que estaba en el destacamento de la Sorbona y solía ir a la caída de la tarde por la rue du Bussy y se quedaba sentado, observándola con expresión silenciosa y lúgubre. Él y el señor Rasmussen hablaban de trigo y de ganado, mientras Eveline se vestía para salir con otros, usualmente con Eleanor y J. W. Eveline se dio cuenta de que a éste le gustaba que fuera ella además de Eleanor cuando salían de noche; lo que pasaba era que en aquella época había pocas chicas norteamericanas que vistieran bien en París —se decía Eveline— y a J. W. le gustaba que le vieran con ellas y que asistieran a sus cenas con gente importante. Ella y Eleanor se trataban entre sí con una ironía nerviosa y afectada, excepto en las escasas ocasiones en que estaban solas y hablaban de tiempos pasados, y se reían de la gente y de lo que pasaba. Eleanor no perdía ni una oportunidad de burlarse de los Romeos de Eveline.

George, el hermano de Eveline, apareció un día en la oficina con dos barras plateadas de capitán en las hombreras. El uniforme de faena le sentaba como un guante, sus botas relucían y llevaba espuelas. Había estado agregado al Servicio de Inteligencia inglés y acababa de volver de Alemania, donde había sido intérprete en

el estado mayor del general McAndrews. Iba camino de Cambridge para el curso de primavera y decía que todo el mundo era estúpido o estaba podrido, y opinó que la comida del restaurante al que Eveline le llevó a almorzar era sencillamente excelsa. Después de separarse de él, que le dijo que sus ideas no eran deportivas, Eveline se echó a llorar. Al salir de la oficina aquella tarde, pensando tristemente en que George se había convertido en un engreído imbécil con espuelas, se encontró con el señor Rasmussen bajo los soportales de la rue de Rivoli. Llevaba un canario mecánico. Era un canario al que se le daba cuerda por debajo de la jaula, y movía las alas y cantaba. Rasmussen hizo que se detuviera en la esquina para que lo oyera cantar.

—Voy a mandarlo a Estados Unidos para los niños —dijo—. Mi mujer y yo estamos separados, pero quiero mucho a mis hijos; viven en Pasadena… He tenido una vida muy desgraciada.

Luego invitó a Eveline a tomar un cóctel con él en el bar del Ritz. Dentro estaba Robbins con una periodista pelirroja de San Francisco. Se sentaron juntos a una mesa de mimbre y tomaron unos alexanders. El bar estaba abarrotado.

—¿Para qué sirve la Sociedad de Naciones, si va a ser dominada por Gran Bretaña y sus colonias? —preguntó el señor Rasmussen.

—¿No cree usted que una sociedad, sea como sea, es mejor que nada? —replicó Eveline.

—Lo que importa no es el nombre de las cosas, sino quién está detrás de ellas —dijo Robbins.

—Ésa es una opinión muy cínica —protestó la californiana—. Ésta no es época adecuada para el cinismo.

—Ésta es una época —repuso Robbins— en la que si no fuéramos cínicos nos pegaríamos un tiro.

En marzo, Eveline se tomó quince días de vacaciones. Eleanor iba a hacer un viaje a Roma para poner en orden las cosas de la oficina de allí, así que decidieron ir juntas en tren y pasar unos cuantos días en Niza. Necesitaban librarse de la humedad de París que las había calado hasta los huesos. Eveline estaba tan excitada como una niña la tarde en que se prepararon e hicieron las maletas, reservaron los billetes del coche cama y obtuvieron sus hojas de ruta debidamente firmadas.

El señor Rasmussen insistió en ir a despedir a Eveline y encargó una gran cena en el restaurante de la Gare de Lyon; Eveline estaba excesivamente excitada para comer con aquel olor a humo de carbón y el pensamiento de que al despertarse al día siguiente haría sol y calor. Paul Johnson apareció cuando estaban a media cena, diciendo que quería ayudarlas a llevar las maletas. Había perdido uno de los botones de su uniforme y parecía triste y deprimido. Dijo que no tenía ganas de cenar, pero bebió varios vasos de vino nerviosamente. Tanto él como el señor Rasmussen adquirieron aspecto de nubes de tormenta al ver aparecer a Jerry Burnham, borracho

como una cuba y con un gran ramo de rosas.

—¿No será como llevar carbón a Newcastle, Jerry? —le preguntó Eveline.

—No conocéis Niza… Probablemente anden patinando sobre hielo por allí…, hermosos ochos dibujados con los patines en el hielo.

—Jerry —dijo Eleanor con su vocecita fría—, estás pensando en Saint Moritz.

—También pensarás en ese sitio tú en cuanto te dé aquel aire frío —replicó Jerry.

Entretanto, Paul y el señor Rasmussen habían cogido el equipaje.

—Será mejor darse prisa —dijo Paul, sacudiendo nerviosamente la maleta de Eveline—. Ya casi es hora de que salga el tren.

Todos caminaron apresurados por la estación. Jerry Burnham se había olvidado de sacar un billete de andén y no pudo acompañarlas hasta el tren. Lo dejaron discutiendo con los empleados y rebuscando en los bolsillos para ver si encontraba su carnet de prensa. Paul subió las maletas al compartimento y estrechó fugazmente la mano a Eleanor. Eveline notó que clavaba en ella sus ojos serios y dolidos de perro apaleado.

—No se quedará mucho, ¿verdad? Ya falta poco —dijo.

Eveline pensó que le gustaría besarle, pero el tren ya se ponía en marcha. Paul se apeó de un salto. Todo lo que el señor Rasmussen pudo hacer fue tenderle unos periódicos y pasarle las rosas de Jerry por la ventanilla. Luego agitó su sombrero melancólicamente desde el andén. Fue un alivio que el tren arrancara. Eleanor, recostada contra el respaldo, reía y reía.

—La verdad, Eveline, ¡son tan divertidos tus Romeos!

Eveline tampoco pudo contener la risa. Se inclinó hacia Eleanor y le dio unas palmaditas en el hombro.

—A ver si lo pasamos maravillosamente bien —dijo.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando Eveline se despertó y miró por la ventanilla, estaban en la estación de Marsella. Le produjo una curiosa sensación encontrarse allí porque hubiera querido detenerse para ver la ciudad, pero Eleanor había insistido en ir directamente a Niza pues, según dijo, odiaba la sordidez de los puertos. Sin embargo, cuando más tarde tomaba café en el coche restaurante, mirando los pinos y las secas colinas y las lenguas de tierra que cortaban trozos azules del Mediterráneo, volvió a sentirse excitada y contenta.

Consiguieron una buena habitación en un hotel y pasearon por las calles bajo el sol tibio, entre soldados heridos y oficiales de todos los ejércitos aliados, y caminaron a lo largo de la Promenade des Anglais bajo las palmeras grises, y Eveline empezó a sentir gradualmente una fría desilusión. ¡Habían llegado sus quince días de vacaciones e iba a desperdiciarlos en Niza! Eleanor seguía animada y alegre, y sugirió que se sentaran en el gran café de la plaza, donde estaba tocando una banda de música, y tomaran un Dubonnet antes de almorzar. Después de llevar cierto tiempo allí sentadas contemplando los uniformes y las muchísimas mujeres que pasaban muy bien vestidas, Eveline se echó hacia atrás en su silla y dijo:

—Y ahora que ya estamos aquí, querida, ¿qué demonios vamos a hacer?

A la mañana siguiente, Eveline se despertó tarde; casi le molestó tener que levantarse, pues no conseguía imaginar cómo iba a pasar el día. Cuando contemplaba las rayas que el sol trazaba en la pared después de atravesar la persiana, oyó una voz de hombre en la habitación de al lado, que era la de Eleanor. Eveline escuchó sin moverse. Era la voz de J. W. Cuando se levantó y se vistió, descubrió que el corazón le latía con fuerza. Se estaba poniendo su mejor par de medias negras de seda transparente cuando entró Eleanor.

—¿A que no sabes lo que ha pasado? J. W. acaba de llegar para despedirse de mí antes de que me vaya a Italia… Dice que se estaba ahogando en la Conferencia de Paz y que tuvo que cambiar de aires. Ven a tomar una taza de café con nosotros, Eveline.

«No puede ocultar su triunfo al hablar, ¡qué tontas son las mujeres!», pensó Eveline.

—Estupendo, ahora mismo voy, querida —dijo con el más musical de los tonos en su voz.

J. W. llevaba un traje ligero de franela gris y una corbata azul claro y tenía la cara sonrosada debido al largo viaje en automóvil. Estaba de muy buen humor. Había venido desde París en quince horas, sin dormir más que cuatro horas después de cenar en Lyon. Tomaron varias tazas de café amargo con leche caliente y planearon una excursión.

Era un día espléndido. El gran Packard rodó suavemente a lo largo de la Corniche. Almorzaron en Montecarlo, echaron una ojeada al casino por la tarde, y siguieron para tomar el té en un salón inglés de Menton. Al día siguiente subieron hasta Grasse y vieron las fábricas de perfumes, y al otro día dejaron a Eleanor en el rápido de Roma. J. W. tenía que regresar inmediatamente a París. La delgada cara pálida de Eleanor parecía un poco triste —pensó Eveline—, al mirarlos por la ventanilla del coche cama. Cuando arrancó el tren, Eveline y J. W. se quedaron en el andén de la vacía estación, donde las espirales de humo lechoso atravesadas por el sol rompían contra el techo de cristal, y se miraron mutuamente con cierta reserva.

—Es una chica estupenda —dijo J. W.

—Yo la quiero mucho —aseguró Eveline. Su voz le sonó a falso en los oídos—. Me gustaría que hubiésemos ido con ella.

Salieron de la estación y entraron en el coche.

—¿Adónde quiere que la lleve, Eveline, antes de irme, al hotel?

A Eveline el corazón volvía a latirle con fuerza.

—¿Y si almorzáramos juntos antes de que se marche? Déjeme que le invite yo.

—Es usted muy amable… Bueno, ¿y por qué no? Tengo que almorzar en alguna parte. Y entre esto y Lyon no hay ni un sitio decente.

Almorzaron en el casino sobre el mar. El agua era azul. Tres veleros de vela latina maniobraban para entrar en el puerto. Hacía calor en el restaurante y olía a vino y a

comida guisada con mantequilla. A Eveline empezaba a gustarle Niza.

J. W. bebió más vino de lo que acostumbraba. Empezó a hablar de su juventud en Wilmington y hasta tatareó una cancioncilla que había compuesto en aquellos tiempos. Eveline se estremeció. Luego él le habló de Pittsburg y de sus ideas sobre el capital y el trabajo. De postre tomaron melocotones *flambés* con ron; Eveline se atrevió a pedir una botella de champán. Se entendían perfectamente.

Empezaron a hablar de Eleanor. Eveline le contó cómo había conocido a Eleanor en el Instituto de Arte y cómo Eleanor lo había significado todo para ella en Chicago, pues era la única chica que había conocido en toda su vida a la que le interesaran las mismas cosas que le interesaban a ella; y le habló del gran talento que tenía Eleanor y de su mucha capacidad para los negocios. J. W. le habló de lo mucho que había significado para él durante sus difíciles años en Nueva York con Gertrude, su segunda mujer, y de que la gente había interpretado equivocadamente aquella hermosa amistad que siempre se mantuvo lejos de lo sensual y de lo indecente.

—¿De verdad? —inquirió Eveline mirando súbitamente a los ojos de J. W.—. Yo siempre había creído que usted y Eleanor eran amantes.

J. W. se ruborizó y durante un segundo Eveline temió haberle ofendido. Se pasó la mano alrededor de los ojos de un modo cómico e infantil y dijo:

—No, sinceramente no… He estado demasiado ocupado trabajando toda mi vida para desarrollar ese aspecto de mi naturaleza… La gente piensa ahora de modo distinto que antes sobre esas cosas.

Eveline asintió. El intenso rubor de la cara de J. W. parecía haber prendido fuego a las mejillas de Eveline.

—Y ahora —continuó J. W. moviendo melancólicamente la cabeza—, ya estoy en la cuarentena y es demasiado tarde.

—¿Por qué demasiado tarde?

Eveline lo miraba con los labios entreabiertos y las mejillas ardiéndole.

—Quizá la guerra nos haya enseñado a vivir —dijo—. Hemos estado demasiado interesados por el dinero y las cosas materiales, y a los franceses parece haberles tocado enseñarnos a vivir. ¿Dónde puede hallarse, allá en Norteamérica, una atmósfera tan hermosa como ésta?

J. W. extendió el brazo para incluir en un gesto acogedor el mar, las mesas llenas de mujeres vestidas de vivos colores y de hombres con sus mejores uniformes, el claro reflejo de la luz azul en vasos y cubiertos. El camarero interpretó mal su gesto y sustituyó astutamente la botella vacía que había en el cubo de champán por una llena.

—¡Caramba! Eveline, ha sido usted tan encantadora que me ha hecho olvidar el tiempo y que tengo que volver a París. Son cosas como ésta las que eché de menos durante toda mi vida hasta que las conocí a usted y a Eleanor…, claro que con Eleanor siempre ha sido en un plano más elevado… Brindemos por Eleanor…, por la bella e inteligente Eleanor… Eveline, las mujeres han sido una gran fuente de inspiración durante toda mi vida; las mujeres hermosas, encantadoras, delicadas.

Muchas de mis mejores ideas proceden de las mujeres, no de un modo directo, ya me entiende, sino a través de su estímulo mental… La gente no me entiende, Eveline; algunos periodistas en concreto han escrito cosas realmente duras sobre mí…, ¿y por qué? ¡Si yo mismo he sido periodista! Eveline, permítame decirle que, aparte de ser usted encantadora, parece tan comprensiva… Esa enfermedad de mi mujer…, pobre Gertrude, temo que jamás volverá a ser la misma… Fíjese, me han puesto en una situación de lo más desagradable… Si algún miembro de la familia de Gertrude es nombrado tutor significaría que la suma tan considerable invertida por la familia Staple en mi negocio sería retirada…, lo que me crearía graves dificultades… Además, he tenido que abandonar mis negocios en México…; lo que allí necesita el negocio del petróleo es alguien que exponga el punto de vista norteamericano al pueblo mexicano… Mi intención era que los grandes intereses conquistaran al público y…

Eveline le llenó la copa. La cabeza se le iba un poco, pero se encontraba maravillosamente bien. Hubiera querido inclinarse hacia delante y darle un beso, para que se diera cuenta de lo que le admiraba y comprendía. J. W. siguió hablando con la copa en la mano, casi como si se estuviera dirigiendo a un club Rotario:

—… conseguir que ese público confiara y…, pero tuve que echarlo todo por la borda… al enterarme de que el gobierno de mi país me necesitaba. Mi situación en París es muy delicada, Eveline… Tienen al presidente rodeado de una muralla china…; temo que sus consejeros no comprendan la importancia de la publicidad, de hacer que el público confíe en cada uno de sus movimientos. Éste es un gran momento histórico; Norteamérica está en una encrucijada…, sin nosotros la guerra habría terminado con una victoria alemana o una paz negociada… Y ahora nuestros propios aliados están tratando de monopolizar los recursos naturales del mundo a espaldas nuestras… ¿Recuerda lo que dijo Rasmussen? Bien, pues es la pura verdad. El presidente está rodeado de intrigas siniestras. Ni siquiera los presidentes de las grandes compañías se dan cuenta de que ahora es el momento de invertir dinero. Podría meterme a la prensa francesa en el bolsillo en sólo una semana si contara con los medios adecuados. Tengo la sospecha de que hasta en Inglaterra se podría hacer algo si las cosas se llevaran del modo adecuado. Además, la gente anda toda ella detrás de nosotros en todas partes; todo el mundo está harto de la autocracia y de la diplomacia secreta y está dispuesto a acoger con los brazos abiertos la democracia norteamericana y los métodos democráticos norteamericanos. El único modo de poder asegurarnos los beneficios de la paz para el mundo consiste en dominarlo. El señor Wilson no se hace cargo de la importancia de una campaña moderna de publicidad científica… Estuve tres semanas tratando de entrevistarme con él; en Washington casi había llegado a llamarle Woodrow… Me lo pidió personalmente y por eso dejé todos mis asuntos de Nueva York, hasta me llevé conmigo parte de mi propio personal…, y ahora… Pero Eveline, amiga mía, me temo que la estoy aburriendo mortalmente con mi conversación.

Eveline se inclinó hacia delante y le acarició la mano que descansaba en el borde de la mesa. Le brillaban los ojos.

—¡Oh, es maravilloso! —dijo—. ¿No le parece todo esto muy divertido, J. W.?

—¡Ah, Eveline, no sabe lo que desearía ser libre para enamorarme de usted!

—¿No somos ya lo bastante libres, J. W.? Estamos en guerra… Yo creo que todas esas tonterías convencionales sobre el matrimonio y todo eso son demasiado molestas, ¡no le parece?

—¡Ah, Eveline, si fuera libre! Salgamos a tomar un poco el aire… Llevamos aquí dentro toda la tarde.

Eveline insistió en pagar el almuerzo, aunque le costó todo el dinero que llevaba encima. Los dos se tambaleaban un poco cuando salieron del restaurante. Eveline, ligeramente mareada, se apoyó en el hombro de J. W. Éste le acarició la mano y dijo:

—Bien, bien, vamos a dar una vuelta en coche.

Al caer la tarde avanzaban hacia el extremo de la bahía de Cannes.

—Bueno, ahora debemos pensar en nosotros mismos —dijo J. W.—. No querrá quedarse aquí sola, ¿verdad? Supongo que volverá conmigo a París, nos pararemos en algunas aldeas pintorescas, haremos toda una excursión. Aquí tenemos demasiadas probabilidades de encontrarnos con gente conocida. Voy a devolver el coche oficial y alquilar un coche francés…; no hay que correr riesgos.

—Muy bien, creo que, de todos modos, Niza es una ciudad muy aburrida.

J. W. ordenó al chófer que volviera a Niza. Dejó a Eveline en el hotel, diciéndole que pasaría a recogerla a las nueve y media de la mañana y que debía dormir bien aquella noche. Eveline se sintió terriblemente deprimida en cuanto J. W. se fue; pidió una taza de té, que estaba frío y sabía a jabón cuando se lo llevaron a su habitación, y se acostó. Se quedó tumbada en la cama pensando en que estaba comportándose como una putilla, pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. No conseguía dormir y le temblaba todo el cuerpo. Si seguía así, al día siguiente estaría destrozada, conque se levantó y revolvió en su bolso hasta encontrar aspirina. Tomó una buena dosis y volvió a acostarse, permaneciendo totalmente quieta. Pero no conseguía dejar de ver caras que se desvanecían enseguida en su duermevela, y los oídos le zumbaban con largas cadencias de conversaciones sin sentido. A veces era la carra de Jerry Burham la que aparecía en la bruma transformándose lentamente en la del señor Rasmussen o en la de Paul Johnson o en la de Freddy Seargeant. Se levantó y paseó largo rato por el cuarto, tiritando. Luego volvió a acostarse, se durmió y no se despertó hasta que la camarera llamó a la puerta diciendo que la esperaba un caballero.

Cuando Eveline bajó, J. W. paseaba de aquí para allá bajo el sol a la puerta del hotel. Un coche italiano largo y bajo estaba a la sombra de las palmeras junto al arriate de geranios. Tomaron café juntos sin decirse gran cosa, en un velador de hierro de la terraza del hotel. J. W. dijo que había dormido en una habitación miserable de un hotel donde el servicio era malo.

En cuanto Eveline hizo que bajaran su equipaje, se pusieron en marcha a ochenta kilómetros por hora. El chófer conducía como un poseído, atravesando el ululante viento que arreciaba a medida que iban costa abajo. Llegaron a Marsella congelados y llenos de polvo, a tiempo de almorzar en un restaurante de pescado cercano al viejo puerto. A Eveline le daba vueltas la cabeza otra vez debido a la velocidad y los embates de viento y el polvo y los viñedos y los olivares y las montañas rocosas y grises que pasaban en un torbellino y los trozos de mar azul que aparecían de vez en cuando recortados como en un rompecabezas.

—Después de todo, la guerra fue terrible —dijo Eveline—. Pero merece la pena estar vivo. Al fin pasan cosas.

J. W. murmuró algo entre dientes sobre el resurgimiento del idealismo y siguió tomando su *bouillabaise*. No parecía que estuviera muy hablador.

—En nuestro país —añadió—, no hubieran dejado las espinas del pescado de este modo.

—¿Qué cree que va a pasar con el asunto del petróleo? —empezó de nuevo Eveline.

—No tengo ni la más remota idea —respondió J. W.—. Vale más que sigamos ya, si queremos llegar a ese sitio antes de que sea de noche.

J. W. había mandado al chófer que comprara otra manta de viaje y los dos se envolvieron cuidadosamente en ella en el asiento de atrás debajo de la pequeña capota del coche. J. W. pasó su brazo alrededor de la cintura de Eveline y la atrajo hacia él.

—Ahora sí que vamos maravillosamente bien —dijo, y los dos se rieron, contentos.

El mistral se hizo tan fuerte que los álamos se doblaban sobre las llanuras polvorientas antes de que el coche empezara a subir la ondulante carretera hacia Les Baux. El viento que soplaba de frente les quitaba velocidad. Ya era de noche cuando llegaron a la ciudad en ruinas.

Eran los únicos huéspedes del hotel. Hacía frío y los nudosos sarmientos que ardían en el hogar no daban calor, sólo bocanadas de humo gris cuando un golpe de viento entraba chimenea abajo, pero cenaron estupendamente y, después de beber vino caliente y aromático, se sintieron mucho mejor. Tuvieron que ponerse el abrigo para ir a su dormitorio. Al subir la escalera, J. W. la besó junto a la oreja y le dijo:

—Eveline, querida, haces que me sienta otra vez como un chico.

Mucho después de que J. W. se durmiera, Eveline seguía despierta junto a él, escuchando el viento que golpeaba las persianas, aullaba en los ángulos del tejado y ululaba a lo lejos en la desierta llanura. La casa olía a un frío polvoriento y seco. Por más que se encogía apretándose contra él, Eveline no conseguía calentarse. El mismo rechinante carrusel de caras, proyectos y frases sueltas giraba sin cesar dentro de su cabeza impidiéndole pensar ordenadamente, impidiéndole dormir.

A la mañana siguiente, cuando J. W. se enteró de que debía bañarse en una tina,

hizo una mueca y dijo:

—Espero que no te importará que tengamos que arreglarnos así, Eveline.

Cruzaron el Ródano y almorzaron en Nimes, después de haber pasado Arlés y Aviñón. Luego, dejando el Ródano atrás, llegaron a Lyon avanzada la noche. Hicieron que les sirvieran la cena en la habitación del hotel, se bañaron en agua caliente y volvieron a beber vino templado. Cuando el camarero retiró la bandeja, Eveline se echó encima de J. W. y empezó a besarle. Pasó mucho rato antes de que le dejara dormir.

A la mañana siguiente llovía con fuerza. Esperaron como un par de horas para ver si paraba. J. W. estaba preocupado y trató de hablar por teléfono con París, pero no tuvo suerte. Eveline, sentada en el horroroso salón del hotel, leía números atrasados de *L'Ilustration*. También ella deseaba estar de vuelta en París. Por fin, decidieron ponerse en marcha.

La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna, pero las carreteras estaban en mal estado y al anochecer sólo habían llegado a Nevers. J. W. empezó a estornudar y tomó quinina para evitar un resfriado. En el hotel de Nevers pidió habitaciones contiguas con un baño en medio, así que aquella noche durmieron en camas separadas. Durante la cena Eveline trató de que hablara de la Conferencia de Paz, pero él dijo:

—¿Para qué vamos a hablar de eso? Pronto estaremos de vuelta allí. ¿Por qué no hablamos de nosotros?

Al llegar cerca de París, J. W. empezó a ponerse nervioso. Le goteaba la nariz. Almorzaron muy bien en Fontainebleau. J. W. subió al tren allí, encargando al chófer que llevara a Eveline a la rue du Bussy y luego dejara su equipaje en el Crillon. Eveline se sentía muy sola mientras el coche rodaba por las afueras de París. Recordaba lo excitada que se había sentido cuando todos las despidieron en la Gare de Lyon tan sólo unos días atrás, y se sintió muy desgraciada.

Al día siguiente fue al Crillon por la tarde, a la hora de costumbre. En la antesala de J. W. no había nadie, excepto la señorita Williams, su secretaria. Miró a Eveline directamente a los ojos con una mirada tan fría y hostil que Eveline pensó inmediatamente que se había enterado de algo. La señorita Williams le dijo que el señor Moorehouse tenía un mal catarro y fiebre y no quería ver a nadie.

—Bueno, pues le escribiré una nota —dijo Eveline—. No, le llamaré por teléfono más tarde. ¿No cree usted que es mejor, señorita Williams?

La señorita Williams asintió secamente con la cabeza y dijo:

—Muy bien.

Eveline se resistía a marcharse.

—Verá…, es que acabo de volver de vacaciones… He regresado un par de días antes de que se me terminaran porque hay muchas cosas que quiero ver en las cercanías de París. Qué tiempo tan malo, ¿verdad?

La señorita Williams arrugó pensativamente la frente y dio un paso hacia ella.

—Muy malo, sí… Es una verdadera lástima, señorita Hutchins, que el señor Moorehouse se haya resfriado en este preciso momento. Tenemos muchos asuntos importantes pendientes. Las cosas van de tal modo en la Conferencia de Paz que la situación cambia a cada momento, así que es preciso estar constantemente en guardia… Creemos que éste es un momento muy importante desde cualquier punto de vista… Es una verdadera pena que el señor Moorehouse tenga que guardar cama precisamente ahora. Estamos muy preocupados. También él está consternado.

—¡Lo siento tanto! —exclamó Eveline—. Espero que mañana se encontrará mejor.

—El médico dice que sí…, pero es una verdadera pena que ahora…

Eveline dudó. No sabía qué decir. Entonces se fijó en la estrellita dorada que la señorita Williams llevaba en un broche. Eveline quería congraciarse.

—¡Oh, señorita Williams! —dijo—. No sabía que había perdido usted a un ser querido.

La cara de la señorita Williams adquirió una expresión más fría y reservada que nunca. Parecía buscar algo que decir.

—Bueno…, mi hermano estaba en la Marina —explicó y se dirigió a su mesa donde se puso a escribir a máquina muy deprisa.

Eveline se quedó quieta un momento observando el movimiento de los dedos de la señorita Williams sobre el teclado. Luego dijo en voz baja:

—Lo siento mucho. —Y dio media vuelta y se marchó.

Cuando volvió Eleanor, con un montón de brocados italianos en el baúl, J. W. se había levantado ya y hacía vida normal. A Eveline le pareció que en el modo en que hablaba Eleanor había algo frío y sarcástico que nunca había notado antes. Cuando iba a tomar el té al Crillon, la señorita Williams casi no le dirigía la palabra, pero se esforzaba en mostrarse amable con Eleanor. Hasta Morton, el criado, parecía marcar la misma diferencia. J. W. le apretaba furtivamente la mano de vez en cuando, pero no volvieron a verse a solas. Eveline empezó a pensar en volver a Norteamérica, pero la idea de vivir en Santa Fe o en cualquiera de los sitios donde había vivido antes le resulta insoportable. Escribía todos los días cartas largas y tristes a J. W. contándole lo desgraciada que se sentía, pero él nunca las mencionaba cuando se veían. Una vez, Eveline le preguntó por qué no le escribía alguna vez unas palabras, y él contestó rápidamente:

—Nunca escribo cartas personales. —Y cambió de tema.

A fines de abril, Don Stevens apareció en París. Iba vestido de paisano, pues había pedido la baja en la unidad de reconstrucciones. Como estaba sin un céntimo, pidió alojamiento a Eveline. Eveline tenía miedo de la portera y de lo que dirían Eleanor o J. W. si se enteraban, pero como se sentía desesperada y llena de amargura no le importó lo que pudiera pasar; dijo que de acuerdo, que dejaría que se quedara en

su casa, pero que no tenía que decir a nadie dónde vivía. Don bromeó sobre sus ideas burguesas, aseguró que aquellas cosas no tendrían importancia después de la revolución y que la primera prueba de su fuerza tendría lugar el día Primero de Mayo. Hizo que leyera *L'Humanité* y la llevó a la rue du Croissant para enseñarle el pequeño restaurante donde había sido asesinado Jaurès.

Un día apareció por la oficina un joven alto y de cara alargada, vestido con un extraño uniforme, que resultó ser Freddy Seargeant, el cual acababa de conseguir un destino en la Misión de Socorro al Oriente Próximo y estaba muy excitado ante la idea de ir a Constantinopla. A Eveline le encantó volver a verle, pero después de haber pasado toda la tarde con él comprendió que las antiguas conversaciones sobre teatro, decoración, modelos, colores y formas ya no le decían nada. A Freddy le extasiaba encontrarse en París y que los niños jugaran con sus barquitos de vela en los estanques de las Tullerías, y los cascos de la Garde Républicaine que saludaba a los reyes de Bélgica en la rue de Rivoli justo cuando Eveline y él pasaban. Eveline se burló de él con cierta mala intención por no haberse alistado en el cuerpo expedicionario, pero él explicó que un amigo suyo lo había metido en el servicio de emboscados antes de que se hubiera enterado y que, de todos modos, la política no le importaba nada y que, además, la guerra había terminado. Trataron de que Eleanor fuera a cenar con ellos, pero tenía un misterioso compromiso con J. W. y unos tipos del Quai d'Orsay y no pudo ir. Eveline fue con Freddy a la Ópera Comique a ver *Pélléas*, pero se sintió nerviosa todo el tiempo y estuvo a punto de darle una bofetada a Freddy cuando le vio llorar al final. Tomaron naranjada en el Café Néapolitan después de la representación y Eveline molestó mucho a Freddy al decirle que Debussy estaba pasado de moda, y él la llevó a casa en taxi de muy mal humor. En el último momento, Eveline se calmó, trató de mostrarse amable con él y prometió acompañarle a Chartres el domingo siguiente.

Todavía no había amanecido cuando Freddy fue a buscarla el domingo por la mañana. Salieron y tomaron café medio dormidos en el puesto que un vieja tenía en el portal de enfrente. Les quedaba una hora para tomar el tren y Freddy sugirió la idea de ir a despertar a Eleanor. Llevaba tiempo deseando ir a Chartres con las dos, dijo; sería como en los viejos tiempos otra vez, pues le molestaba pensar que la vida los iba separando. Así que subieron a un taxi y fueron al Quai de la Tournelle. El gran problema consistía en entrar en la casa, pues la puerta de la calle estaba cerrada y no había portero. Freddy llamó y llamó al timbre antes de que por fin les abriera un francés que vivía en el piso de abajo y que apareció muy indignado y en bata.

Llamaron a la puerta de Eleanor, y Freddy gritó varias veces:

—Eleanor Stoddard, salta de la cama y vente a Chartres con nosotros.

Al cabo de un rato la cara de Eleanor apareció, fría y pálida, por la rendija de la puerta. Llevaba una *négligée* azul asombrosa.

—Eleanor, sólo tenemos media hora para tomar el tren para Chartres; hay un taxi en marcha ahí abajo y si no vienes lo lamentaremos hasta el día en que nos muramos.

—Pero si no estoy vestida…, es tan temprano.

—Estás lo bastante encantadora como para ir tal y como vas ahora. —Freddy empujó la puerta y la cogió en brazos—. Eleanor, tienes que venir… Me marcho mañana por la noche al Oriente Próximo.

Eveline los siguió hasta el salón. Al pasar por delante de la puerta entreabierta del dormitorio, miró hacia dentro y se encontró con la vista clavada en J. W. Estaba muy tieso, sentado en la cama con un pijama de rayas azul claro. Sus ojos azules la miraron sin pestañear. Un impulso hizo que Eveline tirara de la puerta para cerrarla.

Eleanor vio su ademán.

—Gracias, querida —dijo fríamente—; ahí dentro hay mucho desorden.

—Anda, Eleanor…, después de todo, no habrás olvidado los viejos tiempos como parece haberle pasado a Hannah, que tiene el corazón encallecido —suplicó Freddy en tono adulador.

—Déjame que lo piense —dijo Eleanor, dándose golpecitos en la barbilla con la afilada uña de su blanco índice—. Veréis lo que vamos a hacer, queridos; vosotros tomáis el tren y cuando yo esté lista llamaré a J. W. al Crillon, a ver si me puede llevar en coche. Luego podemos volver todos juntos. ¿Qué os parece?

—Espléndido, Eleanor —aplaudió Eveline en tono sarcástico—. Maravilloso, sabía que ibas a venir… Bueno, tenemos que irnos. Si no nos vemos antes, a las doce estaremos delante de la catedral… ¿Te parece bien?

Eveline bajó la escalera aturdida. Durante todo el camino hasta Chartres, Freddy la acusó de estar distraída y de haber perdido cariño a sus antiguos amigos.

Cuando llegaron a Chartres llovía con fuerza. Pasaron un día triste en la ciudad. Los vitrales que habían sido retirados por cuestiones de seguridad durante la guerra todavía no habían sido instalados de nuevo. Las alargadas imágenes del siglo XII tenían una expresión húmeda y pegajosa bajo la densa lluvia. Freddy dijo que sólo la visión de la Virgen negra rodeada de velas en la cripta le compensaba todas las molestias del viaje, pero Eveline no era de su misma opinión. Eleanor y J. W. no aparecieron.

—Claro, no iban a venir con esta lluvia —comentó Freddy.

Fue una especie de alivio para Eveline darse cuenta de que se había resfriado y que se acostaría en cuanto volviera a casa. Freddy la acompañó hasta la puerta en un taxi, pero ella no le dejó que subiera, por miedo a que Don estuviese arriba.

Don estaba en casa y fue muy cariñoso con ella; la arropó en la cama y le preparó una limonada caliente con coñac. Tenía los bolsillos llenos de dinero, pues acababa de vender unos artículos y de conseguir un puesto de corresponsal en Viena del *Daily Herald* de Londres. Pensaba marcharse en cuanto pudiera, una vez pasado el Primero de Mayo…

—A no ser que estalle algo importante —dijo en tono impresionante.

Aquella noche se mudó a un hotel dándole las gracias a Eveline por haberle alojado como una buena camarada, aunque ya no estuviera enamorada de él. La casa

se quedó vacía después de que él se marchara. Eveline casi hubiera preferido que se quedase. Se acostó encontrándose muy mal y con fiebre, y al fin se quedó dormida sintiéndose enferma y asustada y sola.

La mañana del Primero de Mayo, Paul Johnson apareció antes de que Eveline se hubiera levantado. Vestido de paisano parecía más joven, más esbelto, más agradable, más rubio y más guapo. Dijo que Paul Stevens le había calentado la cabeza hablándole de lo que iba a pasar con la huelga general y todo eso, y que había venido a verla, si no tenía inconveniente.

—He pensado que era mejor no venir de uniforme, así que le pedí prestado este traje a un amigo —dijo.

—Me parece que yo también me declararé en huelga —dijo Eveline—. Estoy hasta la coronilla de la oficina de la Cruz Roja.

—Sería estupendo, Eveline. Podemos dar una vuelta y ver lo que pasa… Si vienes conmigo, no habrá problemas…; quiero decir que estaré más tranquilo si hay lío y sé dónde te encuentras… Eres tan temeraria, Eveline…

—¡Vaya! Estás guapo de verdad con ese taje, Paul…, nunca te había visto vestido de paisano.

Paul se sonrojó y se metió las manos, inquieto, en los bolsillos.

—¡Señor, señor! ¡Cuánto me gustaría poder ir siempre vestido así! —dijo seriamente—. Aunque eso signifique que tengo que volver a trabajar… No saco nada en limpio de esas conferencias de la Sorbona… Todos estamos demasiado inquietos, supongo…, y estoy harto de oír decir que los alemanes son unos canallas; parece que los profesores gabachos no tienen otra cosa que decir.

—Bien, sal y lee un rato, tengo que levantarme… ¿Te has fijado en esa vieja de enfrente, que vende café?

—¡Claro que sí! —gritó Paul desde el salón al que se había retirado en cuanto Eveline sacó las puntas de los pies por debajo de la ropa de cama—. ¿Quieres que vaya y lo traiga?

—Muy bien, estupendo… Tengo brioches y mantequilla… Coge la jarra de porcelana que hay en la cocina.

Eveline se miró en el espejo antes de empezar a vestirse. Tenía ojeras y se insinuaban patas de gallo. La idea de que se estaba volviendo vieja le daba más frío que la húmeda habitación parisina. Era algo tan evidente que de pronto se echó a llorar. Una vieja bruja la miraba amargamente desde el espejo. Apretó con fuerza las palmas de las manos contra los ojos.

—¡Llevo una vida tan estúpida! —se quejó en voz alta.

Paul había vuelto. Le oía moverse torpemente por el salón.

—Había olvidado decirte… Bueno, que Don me ha dicho que Anatole France va a desfilar con los mutilados de guerra… Ya está listo el café con leche, ven cuando

quieras.

—Sólo un minuto —dijo ella desde el lavabo, donde se estaba echando agua fría a la cara—. ¿Cuántos años tienes, Paul? —le preguntó al salir del dormitorio, vestida y sonriente, sabiendo que tenía buen aspecto.

—Tengo veintiuno, y soy soltero y blanco…; será mejor que te tomes este café antes de que se enfríe.

—Pues no representas tantos.

—Soy lo bastante viejo para saberlo perfectamente —replicó Paul, poniéndose muy colorado.

—Yo tengo cinco más que tú —dijo Eveline—. ¡No sabes lo que me molesta envejecer!

—Cinco años no son nada —farfulló Paul. Estaba tan nervioso que derramó un chorro de café sobre su pantalón—. ¡Demonios, qué tontería acabo de hacer!

—Yo te lo arreglo en un segundo —dijo Eveline, levantándose a por una toalla.

Le hizo sentarse en una silla y se arrodilló delante de él frotándole la parte interior del muslo con la toalla. Paul estaba tieso, rojo como un pimiento, con los labios apretados. Se puso de pie antes de que terminara.

—Bueno, vamos a salir y a ver lo que pasa. Me gustaría estar más informado de lo que estoy.

—Por lo menos podrías darme las gracias —dijo Eveline mirándolo.

—Gracias, oye. Has sido muy amable, Eveline.

Afuera parecía domingo. Unas cuantas tiendas estaban abiertas en las calles laterales, pero tenían las persianas metálicas a medio bajar. Era un día gris y descendieron por el boulevard Saint-Germain, cruzándose con gente endomingada que iba de paseo. Hasta que un escuadrón de la Garde Républicaine pasó junto a ellos ruidosamente con sus brillantes cascos y sus plumas tricolores, no se dieron cuenta de lo tensa que estaba la atmósfera.

Al otro lado del Sena había más gente y se veían pequeños grupos de gendarmes.

En el cruce de varias calles vieron a un grupo de viejos en ropa de faena, con una bandera roja y una pancarta: L'UNION DES TRAVAILLEURS FERA LA PAIX DU MONDE Un cordón de guardias republicanos se dirigió hacia ellos con los sables desenfundados y el sol reluciendo en sus cascos. Los viejos corrieron o se apretujaron en los huecos de los portales.

En los grandes bulevares había compañías de *poilus* con casco de acero y sucios uniformes azules, firmes alrededor de sus fusiles en pabellón. La multitud los aplaudía al pasar; todos parecían alegres y de buen humor. Eveline y Paul empezaban a cansarse, pues llevaban toda la mañana caminando. Empezaron a preguntarse adónde irían a almorzar. Además, había empezado a llover.

Al pasar por la Bolsa se encontraron con Don Stevens, que salía de la ofician de telégrafos. Estaba fastidiado y cansado. Llevaba en pie desde las cinco.

—Si van a amotinarse, ¿por qué coño no lo hacen de modo que me dé tiempo a

poner los telegramas? He visto a Anatole France corriendo en la place d'Alma. Eso serviría para un buen artículo, si no existiera la maldita censura. Las cosas están muy serias en Alemania… Me parece que allí va a pasar algo.

—¿Y qué va a pasar aquí en París, Don? —preguntó Paul.

—No tengo ni la más remota idea… Unos muchachos arrancaron las verjas de alrededor de los árboles y se las arrojaron a la policía en la avenue Magenta… Burnham, que estaba allí, me dijo que había barricadas en un extremo de la plaza de la Bastilla, pero no pienso ir hasta que coma algo, así me ahorquen… Además, no lo creo… Estoy hecho polvo. ¿Y qué hacen en la calle dos burgueses como vosotros en un día como hoy?

—¡Oye, amigo, no dispares! —dijo Paul, levantando las manos—. Espera hasta que comamos algo.

Eveline se rio. Pensó que le gustaba mucho más Paul que Don.

Caminaron por varias calles apartadas bajo la llovizna y por fin encontraron un pequeño restaurante del que salían voces y olor a comida. Se agacharon para pasar por debajo de la persiana metálica de la puerta. El interior estaba oscuro y lleno de taxistas y obreros. Se escurrieron hasta el extremo de una mesa de mármol, donde había dos viejos jugando al ajedrez. La pierna de Eveline se apretaba contra la de Paul. Eveline no se movió; luego, Paul se sonrojó y apartó la silla un poco.

—Perdón —dijo.

Comieron hígado encebollado, y Don trabó conversación con los viejos, en un francés malo pero fluido. Los viejos dijeron que los jóvenes ya no servían para nada. En sus tiempos, cuando se echaban a la calle levantaban los adoquines y agarraban a los policías de las piernas para tirarlos del caballo. Ahora decían que había huelga general…, ¿y qué habían hecho? Nada…, unos cuantos golfetes habían tirado piedras y habían roto la cristalera de un café. No era así cómo se defendía la libertad y la dignidad de los trabajadores. Los viejos volvieron a su ajedrez. Don los invitó a una botella de vino.

Eveline no escuchaba más que a medias y se preguntaba si debía ir a ver a J. W. aquella tarde. No les había visto ni a Eleanor ni a él desde aquel domingo por la mañana y tampoco le importaba. Se preguntaba si Paul querría casarse con ella y cómo sería la vida entre un montón de chiquillos con el mismo aire de potrillos salvajes que tenía él. Se encontraba a gusto en aquel pequeño y oscuro restaurante que olía a comida y a vino y a caporal ordinaire, allí sentada y escuchando a Don, que hablaba con Paul de la revolución.

—Cuando vuelva a casa, creo que voy a vagabundear un poco por el campo, buscaré trabajo en la cosecha y en cosas parecidas para enterarme de todo —dijo por fin Paul—. Ahora sólo sé lo que me cuenta la gente.

Después de comer se quedaron de sobremesa ante unos vasos de vino y, de pronto, oyeron la voz de un norteamericano. Dos policías militares habían entrado y tomaban una copa en el mostrador de cinc.

—No habléis inglés —susurró Paul.

Se quedaron muy tiesos tratando de parecer tan franceses como fuese posible hasta que los dos uniformes caqui desaparecieron; luego Paul dijo:

—¡Vaya miedo que he pasado! Seguro que me detienen si me encuentran sin uniforme… Luego me habrían llevado a la rue Saint Anne y adiós París.

—No, chico, te habrían fusilado al amanecer —dijo Eveline—. Mira, vete inmediatamente a casa a cambiarte de ropa… Yo, de todos modos, tengo que pasar un momento por la Cruz Roja.

Don la acompañó hasta la rue de Rivoli. Paul tomó otra calle para ir a su casa y ponerse el uniforme.

—Creo que Paul Johnson es un muchacho muy simpático, ¿dónde lo has conocido, Don? —preguntó Eveline en tono indiferente.

—Es bien sencillo: un cachorrillo que todavía no se sabe lamer… Supongo que no está mal… Lo conocí cuando la sección de transportes en la que él estaba fue instalada cerca de nosotros en el Marne… Luego consiguió un buen destino en el batallón de comunicaciones y ahora estudia en la Sorbona… ¡y vaya si le hace falta! Carece de ideas sobre cuestiones sociales. Todavía cree que es la cigüeña la que…

—Debe de ser un sitio cerca de donde eres tú…, en los Estados Unidos, quiero decir.

—Sí, su padre tiene un silo en no sé qué maldito pueblo… *Petit bourgeois*…, atmósfera reaccionaria…, pero a pesar de todo no es mal chico… Es una puñetera vergüenza que no haya leído a Marx, algo que inyecte fuerza a sus ideas. —Don hizo una mueca divertida—. Y eso va también por ti, Eveline, aunque ya te haya dejado por imposible hace tiempo. Ornamental pero inútil.

Se habían parado y hablaban en la esquina de la calle, debajo de los soportales.

—¡Oh, Don! Me parece que tus ideas son excesivamente aburridas —se quejó Eveline.

—Bueno, hasta la vista, ahí viene el autobús —la interrumpió Don—. No debería viajar en un autobús esquirol, pero la Bastilla está demasiado lejos para ir caminando. —La besó—. No te enfades conmigo.

Eveline le despidió con la mano.

—Que lo pases bien en Viena, Don.

Don saltó a la plataforma del autobús en marcha. Lo último que vio Eveline fue a la cobradora que intentaba hacerle bajar porque el autobús iba completo.

Fue hasta su oficina y trató de aparentar que había estado allí todo el día. Un poco antes de las seis fue caminando hasta el Crillon y subió a ver a J. W. Allí seguía todo como de costumbre. La señorita Williams ante su mesa, con expresión fría y su pelo rubio; Morton pasaba silenciosamente el té y los *petits fours*; J. W. hablaba intensamente con un personaje en el hueco del balcón medio oculto por los pesados cortinones de color champán; Eleanor, vestida con un traje gris perla de tarde que Eveline no conocía, charlaba con tres jóvenes oficiales de Estado Mayor delante del

fuego. Eveline tomó una taza de té y habló durante un momento con Eleanor. Luego dijo que tenía una cita y se fue.

En la antesala, al pasar por delante de la señorita Williams, notó que ésta la miraba. Eveline se detuvo un momento junto a su mesa.

—Tan ocupada como siempre, ¿verdad, señorita Williams? —dijo.

—Es mejor estar ocupada —respondió la otra—. El trabajo impide hacer tonterías… Me parece que en París se pierde muchísimo el tiempo… Jamás hubiera imaginado que hubiese un sitio donde la gente pase tanto tiempo sentada sin hacer nada.

—Los franceses valoran su ocio por encima de todo lo demás.

—El ocio está bien si se sabe cómo emplearlo…, pero esta vida de sociedad hace perder tanto tiempo… La gente viene a almorzar y se queda toda la tarde… No sabemos qué medida tomar… Nos ponen en una situación muy difícil. —La señorita Williams miró fijamente a Eveline y continuó—: Supongo que no tendrán mucho que hacer ya en la Cruz Roja, ¿verdad, señorita Hutchins?

Eveline sonrió dulcemente.

—No, nos limitamos a vivir para el ocio como los franceses.

Caminó sobre los amplios espacios de asfalto de la plaza de la Concordia, sin saber qué hacer y dobló hacia los Campos Elíseos donde los castaños de Indias estaban empezando a florecer. La huelga general parecía haber terminado, porque ya se veían taxis por la calle. Eveline se sentó en un banco y un individuo con pinta cadavérica, vestido de chaqué, se sentó a su lado y trató de ligar con ella. Eveline se levantó y se alejó con la mayor rapidez posible. En el Rond Point tuvo que pararse a esperar a que pasara un escuadrón de artillería montada con dos cañones del setenta y cinco antes de cruzar la calle. El hombre cadavérico la seguía; se volvió hacia ella, levantando su sombrero y alargando la mano como si se tratara de un viejo amigo.

—¡Qué fastidio! —murmuró Eveline y se metió en un coche parado junto al borde de la acera.

Casi creyó que el hombre iba a meterse también, pero el tipo se limitó a quedarse inmóvil, mirando enfadado cómo el coche seguía a los cañones como si formara parte del mismo regimiento. Una vez en casa, Eveline preparó un cacao en el hornillo y se metió en la cama con un libro.

La tarde siguiente, cuando volvió a casa Paul la estaba esperando. Llevaba uniforme nuevo y sus botas resplandecían.

—¡Pero, Paul, pareces como si hubieras pasado por una lavandería!

—Un amigo mío es sargento del almacén…; me ha conseguido un uniforme nuevo.

—No encuentro palabras para describir lo guapo que estás.

—Pues no sabes lo guapa que estás tú, Eveline.

Salieron a los bulevares y cenaron en los asientos color salmón entre las columnas pompeyanas del Noël Peter, acompañados por el sonido de un lánguido violín. Paul

tenía en el bolsillo su paga mensual y lo que le correspondía del rancho, y estaba encantado. Hablaron de lo que harían al volver a Norteamérica. Paul dijo que su padre quería que trabajara en la oficina de un corredor de trigo de Mineápolis, pero que él quería probar suerte en Nueva York. Opinaba que un joven debía probar un montón de cosas antes de dedicarse a una sola, con el fin de averiguar cuál era la más adecuada para él. Eveline le dijo que ella no sabía lo que iba a hacer. No quería hacer lo que había hecho antes, eso sí lo sabía. Quizá le gustaría quedarse a vivir en París.

—Antes, París no me gustaba mucho —confesó Paul—, pero desde que salgo contigo estoy encantado.

Eveline se puso a bromear.

—No creo que yo te guste tanto; al menos, no te comportas como si te gustara.

—¡Por Dios, Eveline! ¡Sabes tantas cosas y has rodado tanto…! Eres muy amable al permitirme que al menos me acerque a ti… Te lo agradeceré toda la vida.

—¡Oh, cuánto me gustaría que no fuese así! Odio a la gente humilde —le interrumpió Eveline enfadada.

Siguieron cenando en silencio. Tomaban espárragos gratinados con queso. Paul bebió varios tragos de vino y dirigió a Eveline una de aquellas miradas humildes que ella tanto odiaba.

—Esta noche tengo ganas de divertirme —dijo Eveline al cabo de un rato—. ¡Me he encontrado tan mal durante todo el día, Paul…! Ya te lo contaré alguna vez…, ya conoces esa sensación de que todo lo que uno desea se le deshace entre los dedos…

—¡Muy bien, Eveline! —exclamó Paul, dando un puñetazo en la mesa—. Vamos a pasarlo bien.

Cuando tomaban café la orquesta se puso a tocar polcas y la gente empezó a bailar entre las mesas, animada por los gritos de: «¡Aaah, polcaaa! ¡Aaah!», del violinista.

Era muy agradable ver a comensales de edad madura dando vueltas bajo la brillante mirada del jefe de camareros, un italiano obeso que parecía considerar que la *gaîté* había vuelto por fin a París. Paul y Eveline se olvidaron de sí mismos y trataron de bailar. Paul era muy torpe, pero Eveline se sentía mejor cuando la estrechaban sus brazos, pues se olvidaba de la triste soledad de su vida.

Cuando la polca se calmó un poco, Paul pagó la elevada cuenta y salieron cogidos del brazo, bien apretados el uno contra el otro como todos los amantes de París, a pasear por los bulevares aquella noche de mayo que olía a vino y a panecillos recientes y a fresas silvestres. Se sentían bien. Eveline sonreía sin cesar.

—Vamos, pasémoslo bien —susurraba de vez en cuando Paul como para darse ánimos.

—Precisamente estaba pensando en lo que dirían mis amigos si me vieran paseando por los bulevares cogida del brazo de un soldado borracho —dijo Eveline.

—No, de verdad que no estoy borracho —aseguró Paul—. Puedo beber mucho más de lo que crees. Y no me quedaré mucho tiempo en el ejército si se firma el

tratado de paz.

—Oh, no te preocupes —dijo Eveline—. Me tiene sin cuidado lo que pase.

Oyeron música en otro café y vieron las sombras de los bailarines que pasaban por delante de las ventanas del piso de arriba.

—Entremos ahí —sugirió Eveline.

Entraron y subieron al salón de baile, que era una gran habitación llena de espejos. Una vez allí, Eveline dijo que quería beber vino del Rin. Estudiaron la carta largo rato y por fin, mirando de reojo a Paul, Eveline sugirió el Liebfraumilch.

Paul se ruborizó.

—Ya me gustaría a mí tener una *liebe frau* —dijo.

—Probablemente tendrás… una en cada puerto —dijo Eveline, pero él negó con la cabeza.

La siguiente vez que bailaron, Paul la apretó mucho. No parecía tan torpe como antes.

—Estos días me siento muy sola —dijo Eveline cuando se volvieron a sentar.

—¿Solitaria, dices? ¡Con toda la Conferencia de Paz detrás de ti…, y también el ejército norteamericano…! Una vez, Don me dijo que eras una mujer peligrosa.

Eveline se encogió de hombros.

—¿Y qué sabe Don? A lo mejor también tú eres peligroso, Paul.

La siguiente vez que bailaron, Eveline pegó su mejilla a la de Paul. Cuando paró la música, parecía que él la iba a besar, pero no lo hizo.

—Esta es la noche más maravillosa de toda mi vida —dijo Paul—. Quisiera ser uno de esos hombres con los que te gusta salir.

—Tal vez puedas serlo, Paul…, parece que vas aprendiendo deprisa… No, estamos haciendo tonterías… Odio eso de guiñar los ojos y flirtear… Supongo que quiero la luna… Quizá quiera casarme y tener un hijo.

Paul se mostraba azorado. Se sentaron en silencio mirando a los demás bailarines. Eveline vio a un soldado francés que se inclinaba sobre la chica con quien bailaba y la besaba en los labios; seguía besándola mientras bailaban. Eveline hubiera querido ser aquella chica.

—Vamos a beber un poco más de vino —dijo a Paul.

—¿Crees que estará bien? Bueno, ¡qué diablos! Sigamos pasándolo bien.

Al dirigirse a un taxi, Paul estaba bastante borracho y se reía y la abrazaba. En cuanto se encontraron a oscuras en el asiento de atrás del taxi, empezaron a besarse.

Eveline apartó a Paul un momento.

—Vamos a tu casa en lugar de ir a la mía —dijo—. Tengo miedo de la portera.

—De acuerdo… Pero es una habitación muy pequeña —asintió Paul riéndose—. Bueno, ¿qué importan las estrecheces?

El hombre que guardaba las llaves del hotel de Paul les miro de arriba abajo con expresión de desagrado. Pasaron tambaleándose ante él y subieron la escalera larga y fría y con corrientes, y entraron en la pequeña habitación, que daba a un patio.

—La vida es maravillosa si uno no es débil —dijo Paul, gesticulando después de cerrar la puerta con llave y pestillo.

Volvía a llover y la lluvia resonaba en el techo de vidrio del patio como si fuera una cascada. Paul tiró su gorra y su guerrera en un rincón de la habitación y se acercó a ella con ojos brillantes.

Apenas se habían metido en la cama, Paul se quedó dormido con la cabeza reclinada en el hombro de Eveline. Ésta se deslizó fuera de la cama, apagó la luz, abrió la ventana y volvió a encogerse tiritando contra el cuerpo de Paul, que estaba caliente y relajado como el de un niño. Fuera, la lluvia caía sobre el tejado de vidrio. Había un perrito encerrado en alguna parte del edificio que aullaba y gemía sin parar. Eveline no lograba dormir. Algo en su interior gemía como el perrito. A través de la ventana empezó a distinguir un oscuro tejado puntiagudo y unas chimeneas que destacaban contra un cielo púrpura pálido. Por fin se quedó dormida.

El día siguiente lo pasaron juntos. Ella telefoneó a la Cruz Roja diciendo, como de costumbre, que estaba enferma y Paul se olvidó completamente de la Sorbona. Estuvieron toda la mañana sentados al débil sol en la terraza de un café cerca de la Madeleine haciendo planes sobre lo que podrían hacer. Harían que los mandaran a casa en cuanto pudieran, encontrarían trabajo en Nueva York y se casarían. Paul estudiaría ingeniería en sus horas libres. Había una empresa de trigo y productos alimenticios de Nueva Jersey cuyos dueños eran amigos de su padre y le darían trabajo. Eveline podría volver a dedicarse a la decoración. Paul se sentía feliz y lleno de confianza y había perdido sus modales humildes. Eveline se repetía que Paul estaba hecho de buena pasta, que estaba enamorada de él y que todo iría bien.

El resto del mes de mayo lo pasaron un tanto alocadamente. Gastaron sus sueldos los primeros días y tuvieron que comer en pequeños restaurantes de minuta fija, abarrotados de estudiantes, obreros y oficinistas pobres, en los que adquirieron cuadernitos de vales, con lo que cada comida les salía a dos francos o a dos cincuenta. Un domingo de junio fueron a Saint Germain y pasearon por el bosque. Eveline sentía náuseas y debilidad y tuvo que tumbarse en la hierba varias veces. Paul parecía muy preocupado. Por fin llegaron a un grupo de casas de la orilla del Sena. El Sena corría rápidamente con reflejos lilas y verdes a la luz de la tarde, entre dos hileras de grandes álamos. Cruzaron en una barquita en la que remaba un viejo al que Eveline llamó Padre Tiempo.

A mitad de camino le dijo a Paul:

—¿Sabes lo que pasa, Paul? Que voy a tener un hijo.

Paul lanzó un silbido.

—Bueno, no contaba con eso… Creo que me he portado muy mal por no haberme casado contigo antes… Vamos a casarnos ahora mismo. Me enteraré de lo que hay que hacer para conseguir el permiso del ejército. Yo lo arreglaré todo, Eveline…, pero, ¡caramba!, eso cambia todos mis planes.

Llegaron a la otra orilla y caminaron a través de Conflans hacia la estación de

ferrocarril para coger el tren de vuelta a París. Paul parecía preocupado.

—¿No te parece que eso también cambia mis planes? —preguntó Eveline secamente—. Es como tirarse cataratas del Niágara abajo metido en un barril, eso es.

—Eveline —contestó Paul seriamente y con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo podré pagarte todo esto? De verdad, haré todo lo que pueda y más.

El tren silbó al entrar con estrépito en la estación y se detuvo en el andén delante de ellos. Estaban tan absortos en sus pensamientos que casi ni se dieron cuenta. Cuando subieron al compartimento de tercera clase se quedaron sentados en silencio muy tiesos uno frente al otro. Sus rodillas se tocaban. Miraban por la ventanilla, pero ni siquiera veían las afueras de París. No se decían nada.

Por fin, Eveline dijo con voz acongojada:

—Quiero tener el niño, Paul, en la vida es preciso pasar por todo.

Paul asintió. Luego Eveline ya no le pudo ver la cara. El tren había entrado en un túnel.

# Noticiario XXXIV

ESCASEZ DE PLATINO EN EL MUNDO

Il serait criminel de négligler les intérêts français dans les Balkans

SE SUICIDA EN LA CÁRCEL

la cotización de la United Cigar Stores fue este mes de 167 dólares por acción, lo que supone 501 dólares por acción según los antiguos valores, recibiendo los accionistas actuales un dividendo del 27 por ciento por acción sobre el valor de las antiguas. Tanto en paz como durante la guerra ha mantenido e incrementado sus dividendos

SEIS PERSONAS ATRAPADAS EN UN PISO ALTO

¿Cómo vamos a conseguir que se queden en la granja después de haber visto París?

Si Wall Street necesitaba el tratado, es decir, si los intereses financieros del país necesitaban saber con precisión hasta qué punto nos habíamos comprometido en asuntos que no nos conciernen, ¿por qué había que molestarse en corromper a los canallas y sinvergüenzas que constituyen el séquito del señor Wilson en París?

LOS ALIADOS INSTAN A LOS MAGIARES A DERRIBAR
EL RÉGIMEN DE BELA KUN

ONCE MUJERES DESAPARECIDAS EN EL MISTERIO
DE BARBA AZUL

Enfin la France achète les stocks américains

¿Cómo hacer para que se alejen de Broadway
del jazz
y de las diversiones?

los bulevares ofrecían durante la tarde un aspecto poco habitual. Las terrazas de los cafés estaban casi todas desiertas y se habían quitado mesas y sillas. En algunos de los cafés los clientes eran admitidos uno a uno y servidos por camareros leales, los cuales, sin embargo, se habían quitado sus mandiles

UNA SIRVIENTA LLAMA A GRITOS A SU EX NOVIO
MIENTRAS TRATA DE MATARSE EN UN APARTAMENTO
DE RIVERSIDE DRIVE

LOS DESEOS DE HEDJAZ INQUIETAN
A LOS CRÍTICOS DE PARÍS

con objeto de no mostrar prematuramente como son se simula el licenciamiento de varias formaciones; en realidad, sin embargo, estas tropas han sido enviadas con armas y bagajes a Kolchak

LOS I.W.W CONSPIRAN PARA MATAR A WILSON

ENCUENTRAN DIEZ MIL SACOS DE CEBOLLAS PODRIDAS

MILLONARIO SE MATA AL CAER POR LA ESCALERA

la niebla ocultó a la cañonera de la vista poco después de haber zarpado, pero el presidente siguió agitando el sombrero y sonriendo mientras la lancha se dirigía al *George Washington*

LA CAÍDA DEL RÉGIMEN SOVIÉTICO ES INMINENTE

# La Casa Morgan

«Entrego el alma en manos de mi salvador —escribió John Pierpont Morgan en su testamento—, con confianza plena en que, habiéndola redimido y lavado con Su preciosa sangre, la presentará inmaculada ante mi Padre Celestial, y suplico a mis hijos que apoyen y defiendan a todo riesgo y a costa de cualquier sacrificio personal la bendita doctrina de la redención total del pecado por la sangre que Jesucristo derramó una vez, y sólo por ella…»

y en manos de la Casa Morgan representada por su hijo,

entregó,

cuando murió en Roma en 1913,

el control de los intereses Morgan en Nueva York, París y Londres, cuatro bancos nacionales, tres trusts, tres compañías de seguros de vida, diez compañías ferroviarias, una compañía de transportes, la International Mercantile Marine,

y poder,

basado en el principio del contrapeso, por medio de la vinculación mutua de los consejos de administración,

sobre todo dieciocho ferrocarriles, la U. S. Steel, la General Electric, la American Tel and Tel, cinco grandes industrias,

la interrelación del consorcio Morgan-Stillman-Baker que sostenían el crédito como un puente colgante: disponían del 13 por ciento de los recursos bancarios del mundo.

El primer Morgan en formar un consorcio fue Joseph Morgan, un hotelero de Hartford, Connecticut, que montó una línea de diligencias y compró valores de la Etna, Seguros de Vida, en la época del pánico producido por uno de los grandes incendios de Nueva York en la década de 1830;

su hijo Junius siguió sus pasos, primero con un negocio de conservas alimenticias y luego como socio de George Peabody, un banquero de Massachusetts que organizó una gigantesca empresa de seguros en Londres y se hizo amigo de la reina Victoria;

Junius casó con la hija de John Pierpont, un predicador de Boston, poeta, excéntrico y abolicionista; y su hijo mayor,

John Pierpont Morgan,

llegó a Nueva York a probar fortuna

después de haberse preparado en Londres, ir a la escuela en Vevey, y haberse demostrado a sí mismo en la Universidad de Gottinga que era un gran matemático,

tenía veinte años y un temperamento melancólico,

llegó justo a tiempo para el pánico de 1857

(guerra y pánicos en la bolsa de cambio, bancarrotas y bonos de guerra, siempre han sido propicios para la Casa Morgan).

Cuando los cañones empezaron a tronar en Fort Sumter, el joven Morgan invirtió cierta cantidad de dinero en vender al ejército de los Estados Unidos mosquetones desechados por inútiles y empezó a dejarse ver en la Sala Dorada de la parte baja de Nueva York; allí se comerciaba más con oro que con mosquetones; eso durante la Guerra Civil.

Durante la guerra franco-prusiana, Junius Morgan lanzó en Tours una enorme emisión de títulos para el gobierno francés.

Al mismo tiempo, el joven Morgan luchaba contra Jay Cooke y los banqueros judeo-alemanes de Frankfurt para logar la consolidación de la deuda de guerra de Norteamérica (nunca le gustaron ni los alemanes ni los judíos).

El pánico del 73 arruinó a Jay Cooke y convirtió a J. Pierpont Morgan en el crupier-jefe de Wall Street; se unió a los Drexel de Filadelfia y levantó el edificio Drexel donde durante treinta años estuvo sentado en su despacho de grandes ventanales, insolente y con la cara enrojecida, escribiendo en su mesa, fumando grandes puros negros, o, si se ventilaban asuntos importantes, haciendo solitarios en su oficina interior; se hizo famoso por sus pocas palabras, Si o No, y por su modo de soplar bruscamente en la cara de sus visitantes y de extender el brazo con un gesto característico que significaba: «¿Y qué saco yo de eso?».

En el 77, Junius Morgan se retiró; J. Pierpont se hizo nombrar miembro del Consejo de Administración del Ferrocarril Central de Nueva York y botó el primer *Corsair*. Le gustaba navegar en yate y que las bellas actrices le llamaran Comodoro.

Fundó el Hospital de Internos de Stuyvesant Square, y solía ir a la iglesia de Saint George a cantar un himno completamente solo en la tranquilidad de la tarde.

En el pánico del 93

no sin considerable beneficio para él

Morgan salvó a la Tesorería de los Estados Unidos; el oro huía del país, la nación estaba arruinada, los campesinos clamaban por el patrón plata, Grover Cleveland y su gabinete paseaban arriba y abajo por la Habitación Azul de la Casa Blanca sin ser capaces de tomar una decisión, en el Congreso se pronunciaban discursos mientras las reservas de oro se disolvían en las Subtesorerías; los pobres se morían de hambre; las fuerzas de Coxey avanzaban hacia Washington; durante largo tiempo Grover Cleveland se resistió a llamar al representante de los dueños del dinero de Wall Street; Morgan, sentado en su suite del Arlington, fumaba puros y hacía solitarios tranquilamente hasta que al fin el presidente mandó por él;

Morgan ya tenía un plan para cortar la hemorragia de oro.

Después de eso, se hacía lo que Morgan decía; cuando Carnegie se retiró, creó el Trust del Acero.

J. Pierpont Morgan era un hombre irascible de cuello de toro, ojos negros de urraca y una verruga en la nariz; mientras sus socios se mataban trabajando en detalles rutinarios del negocio de banca, él fumaba puros negros en su despacho negro; cuando había que decidir algo, decía Sí o No, o se limitaba a ponerse de espaldas y volver a su solitario.

Su bibliotecario le leía todas las Navidades *Canción de Navidad*, de Dickens, del manuscrito original.

Era aficionado a los canarios y a los perros pequineses, y le gustaba llevar actrices guapas en su yate. Cada *Corsair* era un barco mejor que el anterior.

Cuando cenaba con el rey Eduardo se sentaba a la derecha de su majestad; comitió *tête-à-tête* con el Káiser; le gustaba hablar con cardenales o con el papa, y nunca faltó a una conferencia de obispos episcopalianos;

Roma era su ciudad favorita.

Le gustaban la cocina refinada, los vinos añejos, las mujeres guapas y navegar en su yate. Repasaba sus colecciones, y de vez en cuando cogía una caja de rapé con incrustaciones de piedras preciosas y la miraba con sus ojos de urraca.

Hizo colección de autógrafos de monarcas franceses, poseía vitrinas llenas de tabletas babilónicas, sellos, insignias, estatuillas y bustos,

bronces galo-romanos,

joyas merovingias, miniaturas, relojes, tapices, porcelanas, inscripciones cuneiformes, cuadros de todos los viejos maestros holandeses, italianos, flamencos y españoles,

manuscritos de los Evangelios y el Apocalipsis,

una colección de las obras de Jean-Jacques Rousseau,

y las cartas de Plinio el Joven.

Sus agentes le compraban todo lo que era caro o raro o que tuviera un brillo imperial. Hacía que se lo trajeran, lo miraba atentamente con sus ojos de urraca, y luego lo metía en una vitrina.

El último año de su vida navegó Nilo arriba en *dahabiyah* y pasó mucho tiempo contemplando las grandes columnas del templo de Karnak.

El pánico de 1907 y la muerte de Harriman, su gran oponente en la financiación de ferrocarriles, en 1909, lo habían convertido en el amo indiscutible de Wall Street, en el individuo más poderoso del mundo;

era un hombre viejo cansado de la púrpura, sufría de gota, se había dignado a ir a Washington a responder a las preguntas del Comité Pujo durante la investigación del Trust del Dinero: «Sí, hice lo que me pareció más conveniente para los intereses de la nación».

Estaba tan admirablemente construido que a su muerte, en 1913, su imperio apenas osciló, ni influyó en las Bolsas de cambio del mundo: la púrpura pasó a su hijo, J. P. Morgan,

que había estudiado en Harvard y Groton y estaba muy bien relacionado con las clases dirigentes inglesas

para ser un monarca más constitucional: «J. P. sugiere…».

Hasta 1917 los aliados habían pedido prestados mil novecientos millones de dólares por mediación de la Casa Morgan: atravesamos el mar para luchar por la democracia y la bandera;

y hacia el final de la Conferencia de Paz la frase: «J. P. Morgan sugiere», tenía poder sobre un valor de setenta y cuatro mil millones de dólares.

J. P. Morgan es un hombre callado que no hace declaraciones públicas, aunque durante la gran huelga del acero escribió a Gary: «Cordiales felicitaciones por haber mantenido la “tienda abierta”, con lo que yo, como usted sabe, estoy absolutamente de acuerdo. Creo que están profundamente implicados los principios norteamericanos de la libertad y venceremos si nos mantenemos firmes».

(Guerras y pánicos en los mercados de valores, fuego de ametralladoras e incendios provocados,

bancarrotas, empréstitos de guerra,

inanición, piojos, cólera y tifus,

siempre han sido propicios para la Casa Morgan).

# Noticiario XXXV

el Grand Prix de la Victoire, corrido ayer en su cincuenta y dos edición, fue un acontecimiento que permanecerá largo tiempo en el recuerdo de los asistentes, pues nunca en la historia de la clásica carrera ha ofrecido Longchamps un espectáculo tan glorioso

Mantened encendidos los fuegos del hogar
Hasta que los muchachos vuelvan a casa

EL *LEVIATAN* NO ESTÁ EN CONDICIONES
DE HACERSE A LA MAR

LOS BOLCHEVIQUES HAN ABOLIDO
LOS SELLOS DE CORREOS

UN ARTISTA SE SUICIDA CON GAS EN NEW HAVEN

ENCUENTRA SANGRE EN UN BILLETE DE DÓLAR

Mientras nuestros corazones ansían

LA POTASA, CAUSA DE INTERRUPCIÓN
DE LAS CONVERSACIONES

UN COMANDO MUERE ENVENENADO

TOMA VENENO PARA CUCARACHAS POR EQUIVOCACIÓN

el alboroto y el latrocinio degeneraron en el más horrible pogromo jamás conocido. Durante dos o tres días el gueto de Lemberg se convirtió en un montón de cenizas humeantes. Testigos calculan que los soldados polacos mataron a más de mil judíos, entre hombres, mujeres y niños

## TROTSKI DISPARA CONTRA LENIN EN UNA DISPUTA DE BORRACHOS

«ya saben mi actitud con respecto a la cerveza», dijo Brisbane buscando apoyo.

Aunque los muchachos están muy lejos
Ansían volver a casa
Hay un ribete de plata
Brillando entre las oscuras nubes

## EL PRESIDENTE EVOCA EL RECUERDO DE LOS MUERTOS

## CARTA-CLAVE DEL ATENTADO DE LA BOMBA

En los tres artículos precedentes de su entrevista, Emile Deen describió la situación existente entre la Royal Dutch y la Standard Oil como el principio de una lucha por el control de los mercados mundiales que la guerra no hizo más que interrumpir. «Los factores básicos —dijo— son la envidia, el descontento y la desconfianza». El extraordinario crecimiento industrial de nuestro país desde la Guerra Civil, la apertura de nuevos territorios, la explotación de los recursos naturales, el rápido incremento de la población, todo eso ha traído como resultado la creación de muchas fortunas enormes y súbitas. ¿Hay alguna madre, padre, novia, pariente o amigo de cualquiera de los dos millones de muchachos que luchan en Europa que no dé gracias a Dios de que Wall Street haya contribuido con H. P. Davidson a la Cruz Roja?

## LADRÓN DE VALORES ASESINADO

Saquen la luz afuera
Hasta que vuelvan a casa los muchachos

# El Ojo de la Cámara (39)

la luz del día aumenta suavemente desde la calma rojiza haciendo menguar dentro de mi dulce oscuridad se amplía en rojo a través de la sangre caliente levantando los párpados con una tibia dulzura luego estalla

enormemente azul amarilla rosa

hoy es París rosada luz solar brumosa en las nubes contra manchas de huevo de petirrojo una sirenita gime estridente el tráfico rueda perezosamente sobre los adoquines suenan los taxis el amarillo descansa cuando la ventana abierta del Louvre acentúa su sedante arquitectura de piedras de un gris rosado entre el Sena y el cielo

y la certeza de París

el remolcador reluciente de verde y rojo lucha contra la corriente remolcando tres barcazas negras barnizadas de caoba en las ventanas de la caseta de su puente hay persianas verdes y visillos de encaje y macetas de geranios en flor para meterse debajo del puente un hombre gordo de azul tiene que tumbar la pequeña chimenea sobre cubierta

París penetra en la habitación en los ojos de la criadita la tibia convexidad de sus pechos bajo la bata gris el olor de achicoria en el café leche quemada y el brillo de medias lunas salpicadas de pequeños trocitos de mantequilla sin salar muy dulce

en la cubierta amarilla del libro que medio esconde el agradable aspecto de mi amigo

París de 1919

*paris-mutuel*

ruleta que gira alrededor de la Tour Eiffel rojo cuadro blanco cuadro un millón de dólares mil millones de marcos un billón de rublos *baisse du franc* o un mandato para Montmartre

Cirque Médrano la carrera de obstáculos sonido grave de los cellos afinándose en el escenario de la Salle Gaveau oboes y un triángulo *la musique s'en fou de moi* dice la vieja marquesa haciendo sonar los diamantes cuando sale al empezar Stravinski pero el potro colorado salta los obstáculos hacia atrás y perdemos todo el dinero

*la peinture* de enfrente de la Madeleine Cézanne Picasso Modigliani

Nouvelle Athènes

*la poésie* de los manifiestos siempre con la tinta fresca en los quioscos y consignas garrapateadas con tiza en los urinarios L'UNION DES TRAVAILLEURS FERA LA PAIX DU MONDE

la revolución girando en torno a la Tour Eiffel que quema nuestros diagramas del año pasado

las fechas vuelan del calendario hoy lo empezaremos todo de nuevo es el Año I

Hoy es la mañana soleada del primer día de primavera Tragamos el café nos salpicamos de agua nos vestimos en un minuto y corremos escalera abajo y salimos bien despiertos a la primera mañana del primer día del primer año

# Noticiario XXXVI

A LA GLORIA DE LA ETERNA FRANCIA

Oh, un oficial alemán ha cruzado el Rin
Parlez-vous

LOS ALEMANES DERROTADOS EN RIGA

LOS PARISINOS AGRADECIDOS VITOREAN A LOS MARISCALES DE FRANCIA

Oh, un oficial alemán ha cruzado el Rin
Le gustaron las mujeres y paladeó el vino
Parlez-vous

LASTIMOSA DEMANDA DE UNA ESPOSA QUE EXPONE LOS ARDIDES DE SU RIVAL

La llegada de Wilson a Washington ocasiona un alboroto. Los huelguistas de París oyen arengas en una merienda campestre. Café destruido y bombas arrojadas en las calles de Fiume. Los parisinos pagan más cara la carne. *Il serait dangereux d'augmenter les vivres*. A Bethmann Holweg le hierve la sangre. Fuerzas misteriosas contienen el avance bolchevique.

LA MANO DE LOS ALEMANES EN LOS COMPLOTS

Oh, Mademoiselle de Armentières
Parlez-vous
Oh, Mademoiselle de Armentières
Parlez-vous
No han estado en cuarenta años
Parlez-vous

los desastres señalan el último día en La Baule; asalariados sindicados aprovechan la oportunidad para amenazar a los patronos no preparados para el cambio. COLOCA UNA CORONA EN LA TUMBA DE LAFAYETTE. Muere la negra más rica. Los dormitorios de Yale asaltados por una turba de soldados enfurecidos. Mina de oro robada.

## APRIETAN LOS TORNILLOS EN BERLÍN

Oh se la llevó arriba y en la cama la metió
Y allí la desfloró
Parlez-vous

## NO BAJARÁN LOS PRECIOS CON LA PAZ, DICEN LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

## SE SUICIDA EN LA MESA DE SU DESPACHO

## EL MODERNO BARBA AZUL ENFERMO DE MELANCOLÍA

No es otro que el general Minus del antiguo Estado Mayor de la Rusia Imperial, el cual, durante el régimen de Kerenski, fue jefe de las tropas de la región de Minsk. La policía de París amenaza con unirse a los huelguistas y permite que entren en Francia barriles que llevan la mística palabra Mistelles. Se dice que un especulador ha ganado casi cinco millones de francos en una semana.

Oh, los tres primeros meses todo fue bien
Pero el trimestre siguiente empezó a hincharse
Parlez-vous

los grandes recursos financieros, los progresos de la técnica y las abundantes materias primas de Norteamérica deben ayudar al genio francés a restaurar e incrementar la potencia industrial de Francia, colaborando en el encantador paisaje, las maravillosas carreteras, los excelentes hoteles y la buena cocina que se dan cita en Lyon atravesada por el paralelo 45. Favorecida por grandes recursos minerales, su futuro es incalculablemente espléndido. «Cualquiera que intente apoderarse del control de las funciones municipales será fusilado en el acto», observó el comandante Ole Hanson. Es un hombre menudo, pero tiene grandes ideas, gran cerebro y grandes esperanzas. Al conocerle, lo primero que llama la atención es su parecido con Mark Twain.

# Richard Ellsworth Savage

Dick y Ned no se sintieron muy bien la mañana en que divisaron el barco-faro de Fire Island. Dick no tenía ninguna gana de desembarcar en el País de Dios sin dinero y arriesgándose a que lo alistaran, y le preocupaba lo que haría su madre. De lo único que se quejaba Ned era de la prohibición impuesta durante la guerra. Estaban un poco nerviosos debido al coñac que habían bebido durante todo el viaje. Ya estaban en las aguas pizarrosas y verdes de Long Island; ya no había remedio. La pesada niebla del oeste y luego las pequeñas casas como cajas que parecía que hubieran sido sumergidas en el agua, y luego la franja blanca de la playa de Rockway, los esqueletos de las atracciones de Coney Island, la frondosidad y el verdor veraniego y las grises casas de madera con sus adornos blancos de Staten Island; todo aquello era la querida patria. Cuando se acercó la lancha de inmigración, Dick quedó sorprendido al ver a Hiram Hasley Cooper, con uniforme caqui y polainas, trepando por la escala. Dick encendió un pitillo y trató de parecer sobrio.

—Hijo mío, qué gran alivio volver a verte… Tu madre y yo hemos estado…, bueno…

Dick le interrumpió para presentarle a Ned.

El señor Cooper, que vestía uniforme de comandante, le tomó del brazo y se lo llevó a un sitio apartado de cubierta.

—Será mejor que te pongas el uniforme para desembarcar.

—De acuerdo, pero creía que estaba demasiado viejo.

—Mucho mejor… Bien, supongo que aquello habrá sido un infierno… ¿No habrás tenido oportunidad de cortejar a las musas? ¿Fue así…? Vendrás a Washington conmigo esta noche. Hemos estado muy intranquilos, pero ahora ya ha pasado todo… Eso me hizo comprender que soy un viejo solitario. Dime una cosa, hijo mío, tu madre era hija del general Ellsworth, ¿verdad? —Dick asintió—. Claro, tenía que serlo porque mi pobre esposa era su sobrina… Bueno, corre a ponerte el uniforme y recuerda…: deja que sea yo quien hable.

Mientras se ponía su viejo uniforme, Dick pensaba en lo rápidamente que había envejecido el señor Cooper y en cómo se las arreglaría para pedir que le prestara los quince dólares que debía en el bar.

Nueva York tenía un extraño aspecto solitario y vacío bajo el sol de la tarde de verano; bien, ya estaba en casa. En la estación de Pensilvania había policías y detectives de paisano a la entrada que pedían la documentación a todos los jóvenes que no iban de uniforme. Cuando Dick y el señor Cooper corrían a coger el tren, distinguió a un grupo de hombres con pinta de vencidos amontonados en un rincón bajo la vigilancia de un cordón de policías sudorosos.

Cuando llegaron a sus asientos del coche-salón, el señor Cooper se enjugó la cara

con un pañuelo.

—¿Entiendes ahora por qué te dije que te pusieras el uniforme? Supongo que aquello habrá sido un infierno, ¿eh?

—Sí, fue bastante malo —dijo Dick, indiferente—. Con todo, no tenía ganas de volver.

—Ya lo sé, hijo mío… No esperabas encontrar a tu viejo mentor en uniforme de comandante…; bueno, todos tenemos que arrimar el hombro. Estoy en la sección de compras de Intendencia. El jefe de nuestra sección de personal es el general Sykes; resulta que sirvió con tu abuelo. Le he hablado de ti, de tu experiencia en dos frentes, de tu conocimiento de idiomas y… Bueno, naturalmente está muy interesado… Creo que podremos conseguirte un destino inmediatamente.

—Señor Cooper… —tartamudeó Dick—, es usted extraordinariamente bueno…, le agradezco muchísimo que se interese por mí de este modo.

—Hijo mío, no sabía cuánto te iba a echar de menos… y nuestras charlas sobre las musas y los antiguos…, hasta que te fuiste.

La voz del señor Cooper quedó ahogada por el ruido del tren.

«Bien, ya estoy en casa», repetía algo dentro de la cabeza de Dick.

Cuando el tren se paró en la estación de West Filadelfia, no se oía más que el ruido sordo de los ventiladores eléctricos; el señor Cooper se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la rodilla de Dick.

—Sólo me tienes que prometer una cosa: no hablar más de paz hasta que ganemos la guerra. Cuando llegue la paz, la verteremos en nuestros poemas… Entonces será el momento de dedicarnos por completo a conseguir una paz duradera… En cuanto a ese pequeño incidente en Italia…, no tiene importancia…, olvídalo… Nadie se ha enterado de nada.

Dick asintió; le molestó darse cuenta de que se estaba ruborizando. Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que apareció el camarero anunciando:

—La comida está servida en el vagón restaurante.

En Washington («Ya estás en casa», seguía repitiendo algo dentro de la cabeza de Dick) el señor Cooper tenía una habitación en el Willard, donde acomodó a Dick en un diván porque el hotel estaba lleno y era imposible conseguir otra habitación. Después de haberse arrebujado entre las sábanas, Dick oyó que el señor Cooper se acercaba de puntillas y se quedaba de pie junto al diván respirando con dificultad. Dick abrió los ojos y sonrió.

—Bien, hijo mío —dijo el señor Cooper—, es muy agradable tenerte en casa… Que duermas bien. —Y volvió a su cama.

A la mañana siguiente le presentaron al general Sykes.

—Éste es el joven que quiere servir a su patria —dijo el señor Cooper con empaque—, lo mismo que la sirvió su abuelo… De hecho, sentía tal impaciencia que fue a la guerra antes de que entrara en ella su propio país, y se alistó en el servicio voluntario de ambulancias; primero con los franceses y luego con los italianos.

El general Sykes era un hombre viejo, pequeño, de ojos brillantes, nariz aguileña y muy sordo.

—Sí, Ellsworth era un gran tipo; hicimos juntos la campaña contra Jerónimo… ¡Ah, el Viejo Oeste! Yo sólo tenía catorce años en Gettysburg y, ahora que me acuerdo, no creo que él estuviera allí. Fuimos de la misma promoción de West Point después de la guerra, pobre Ellsworth… De modo que usted ya ha olido la pólvora, ¿verdad?

Dick se puso colorado y asintió.

—Verá usted, mi general —gritó el señor Cooper—, él quisiera un destino… Bueno, de más responsabilidad que el del servicio de ambulancias.

—Me parece muy bien. Ése no es un destino para un hombre valiente… Ya conoce al coronel Andrews, con esta nota le buscará un destino; decidirá según su preparación, hoja de servicios, etcétera. Ya comprende usted… Buena suerte, hijo mío.

Dick hizo un saludo decoroso y salieron al pasillo; el señor Cooper sonreía satisfecho.

—Bueno, eso está hecho. Tengo que volver a mi oficina. Tú vete a llenar los formularios y a que te hagan el reconocimiento médico…, o quizá te lo hagan en el campamento… En cualquier caso, ven a almorzar conmigo al Willard a la una. Sube a la habitación.

Dick le saludó sonriendo.

Pasó el resto de la mañana haciendo tiempo para comer. Después del almuerzo bajó hasta Atlantic City a ver a su madre. Estaba igual que siempre. Vivía en una pensión al extremo de Chelsea y le interesaban muchísimo las cuestiones de espionaje. Henry se había alistado como soldado de infantería y andaba por Francia. Su madre le dijo que la idea de que un nieto del general Ellsworth fuera soldado raso le hacía hervir la sangre, pero que confiaba en que ascendería pronto. Dick no la había oído hablar de su padre, el general, desde que era pequeño, y le preguntó cosas acerca de él. Había muerto cuando ella era muy pequeña, dejando a su familia en una situación no demasiado buena si se consideraba su posición social. Todo lo que recordaba de él era que se trataba de un hombre alto, vestido de azul con un sombrero de anchas alas inclinado a un lado y perilla blanca; la primera vez que vio una caricatura del Tío Sam creyó que se trataba de su padre. El abuelo siempre llevaba en el bolsillo una bombonera de plata con bombones de menta. Ella se había conmovido tanto con los honores militares del entierro que un amable oficial le había ofrecido su pañuelo. Había conservado la bombonera durante muchos años, pero desapareció con todo lo demás cuando su pobre padre…, su marido…, bueno…, fracasó.

Una semana después, Dick recibió un sobre del Departamento de Guerra dirigido a Savage, Richard Ellsworth, segundo teniente, cuerpo de Intendencia, que contenía su destino y le ordenaba presentarse en Camp Merrit, Nueva Jersey, en el término de veinticuatro horas. Dick se encontró al mando de un pelotón de reclutas y no hubiera

sabido qué coño hacer con ellos si no llega a ser por el sargento. Una vez que se encontró a bordo del transporte la cosa fue mejor; Dick compartía una cabina que había sido de primera clase con otros dos segundos tenientes y un comandante, y tenía una ligera superioridad sobre ellos porque ya había estado en el frente. El transporte era el *Leviatan*; Dick empezó a sentirse el de siempre en cuanto perdió de vista Sandy Hook y escribió a Ned una larga carta que empezaba:

> Su padre era un presidiario y su madre no tenía pasta.
> A él le gustaba mucho el coñac y bebía sin parar,
> Pero ahora es segundo teniente y le paga el Estado.
> Lleva un elegante uniforme y tiene apostura militar,
> Y éste es el más terrible destino que le pueda tocar
> A un joven cuyo abuelo fue general.

Los otros dos oficiales de la cabina eran dos jovenzuelos indescriptibles de Lelan Stanford, pero el comandante Thompson procedía de West Point y era más rígido que un palo. Era un hombre de mediana edad, con una cara redonda y amarillenta, labios delgados y gafas. Dick le ablandó un poco al conseguirle whisky por medio del sargento, que se había hecho amigo de los camareros durante los días en que estuvo mareado, y descubrió que también era un apasionado admirador de Kipling y que había oído a Copeland leer *Danny Deever*, cosa que le había impresionado mucho. Además, era experto en mulas y en carne de caballo, y había escrito una monografía titulada *El caballo español*. Dick admitió que había estudiado con Copeland y de algún modo sacó a relucir que era nieto del difunto general Ellsworth. El comandante Thompson empezó a interesarse por él y le hizo preguntas sobre los asnos que utilizaban los franceses para transportar las municiones a las trincheras, los caballos de la caballería italiana, y las obras de Rudyard Kipling. La noche antes de llegar a Brest, cuando todos andaban algo aturdidos y las cubiertas estaban oscuras y vacías porque se encontraban en zona peligrosa, Dick fue al retrete y releyó la larga carta que había escrito en broma a Ned el primer día de la travesía. La rompió en pedacitos, los arrojó al retrete y luego tiró de la cadena. No más cartas.

En Brest, Dick llevó a tres comandantes al centro de la ciudad y pidió una gran cena con excelente vino en un hotel; durante la velada, el comandante Thompson contó cosas de Filipinas y de la guerra hispano-norteamericana; después de la cuarta botella, Dick les enseñó a cantar *Mademoiselle d'Armentières*. Unos días después le relevaron de su pelotón de reclutas y lo mandaron a Tours; el comandante Thompson, que necesitaba alguien con quien hablar de Kipling y que además supiera francés, consiguió que lo destinaran a su oficina. Fue un alivio perder de vista Brest, donde todo el mundo protestaba sin parar de la lluvia y del barro, de la disciplina y los saludos, de las formaciones y del miedo a caer en desgracia con los jefes.

Tours estaba lleno de encantadores edificios de piedra color crema enterrados

entre las densas masas del follaje verde azulado de finales del otoño. Dick vivía en casa de una agradable anciana que todas las mañanas le llevaba el café a la cama. Conoció a un tipo de la Sección de Personal por medio del cual empezó a hacer gestiones para conseguir que Henry dejara la infantería. Dick, el comandante Thompson, el viejo coronel Edgecombe y otros diversos oficiales cenaban juntos muy a menudo; éstos llegaron al punto de no poder prescindir de Dick, que sabía cómo pedir una comida *comme il faut*, y sabía cuáles eran las cosechas adecuadas de vino y podía *parlez-vous* con las chicas francesas y componer letrillas, y era nieto del difunto general Ellsworth.

Cuando se organizó el Servicio de Correo de Despachos como un regimiento independiente, el coronel Edgecombe, que era su jefe, apartó a Dick del comandante Thompson y de sus traficantes de caballos, y así se convirtió Dick en su ayudante con el grado de capitán. Inmediatamente se las arregló para que Henry fuera trasladado de la academia de oficiales a Tours. Era demasiado tarde, sin embargo, para conseguirle algo más que el grado de teniente.

Cuando el teniente Savage se presentó al capitán Savage en la oficina de éste, venía tostado y delgado y de mal humor. Aquella tarde bebieron juntos una botella de vino blanco en la habitación de Dick. Lo primero que dijo Henry cuando la puerta se cerró a sus espaldas, fue:

—Bueno, de todas las jodidas guarradas que he visto… No sé si estar orgulloso de mi hermanito o romperle las narices.

Dick le sirvió una copa.

—Debe de haber sido cosa de mamá —dijo—. De verdad que se me había olvidado que el abuelo fue general.

—¡Si supieras lo que los que estábamos en el frente decíamos de los de Intendencia!

—Alguien tiene que ocuparse de los suministros y las provisiones y…

—Y de las *mademoiselles* y el *vin blanc* —interrumpió Henry.

—Claro que sí, pero yo he sido muy virtuoso… Tu hermanito siempre procura saber dónde pisa, y la verdad es que he estado trabajando como un negro.

—Escribiendo cartas de amor para los comandantes de Intendencia, apostaría lo que fuera a que… ¡Coño, no hay quien te gane! Siempre caes de pie… De todos modos, me alegra que haya un miembro de la familia que lleve con éxito el apellido del difunto general Ellsworth.

—¿Lo has pasado mal en el Argonne?

—Terrible…, hasta que me mandaron a la academia de oficiales.

—Nosotros lo pasamos estupendamente en el servicio de ambulancias el año diecisiete.

—¡No me extraña en ti!

Henry bebió algo más de vino y se ablandó un poco. De vez en cuando recorría la habitación con la vista fijándose en los visillos de encaje, el suelo de baldosas bien

fregadas y la enorme cama. Chasqueó la lengua y murmuró:

—Buena vida, ¿eh?

Dick lo invitó a cenar bien en su bistró favorito y luego dieron un paseo y lo dejó con Minette, que era la chica más guapa de casa de madame Patou.

Después de que Henry subiera al piso de arriba, Dick se sentó en la sala unos minutos con una chica a la que llamaban Dirty Gertie, la cual tenía el pelo teñido de rojo y una boca muy pintada, grande y fea, bebiendo mal coñac y sintiéndose triste.

—*Vous triste?* —dijo ella poniéndole una mano pegajosa en la frente. Dick asintió —. *Fièvre*…, demasiado *penser*… *Penser* no bueno…, *moi aussi*.

Luego dijo que se suicidaría si no le diera miedo hacerlo; no creía en Dios, pero le asustaba la tranquilidad de después de la muerte. Dick quiso animarla:

—*Bientôt guerre finie. Tout le monde content* de irse a casa.

La chica se echó a llorar y madame Patou vino corriendo y dando gritos y se lanzó como una gaviota sobre ella. Era una mujer corpulenta, de cara fea. Cogió a la chica del pelo y empezó a sacudirla. Dick se quedó aturdido. Luego se las arregló para que la mujer permitiera que la chica volviera a su habitación, dejó algún dinero y se fue. Se sentía muy mal. Cuando llegó a casa tuvo ganas de escribir un poema. Trató de recuperar el ritmo dulce e intenso de los sentimientos que solía experimentar cuando se sentaba a escribir. Pero todo lo que consiguió fue sentirse peor, en vista de lo cual se acostó. Se pasó la noche entera medio durmiendo medio pensando sin poderse quitarse la cara de Gertie de la cabeza. Luego empezó a recordar la época pasada con Hilda en Bay Head y sostuvo una conversación consigo mismo sobre el amor: «Todo es tan puñeteramente sórdido… Estoy cansado de putas y de castidad, quiero enamorarme». Empezó a planear lo que haría después de la guerra. Probablemente volvería a casa y obtendría un cargo político en Nueva Jersey, una perspectiva bastante sórdida.

Estaba tumbado en la cama mirando al techo que ya palidecía con la luz del amanecer, cuando oyó la voz de Henry llamándole desde la calle; bajó de puntillas los fríos escalones de baldosas y le dejó entrar.

—¿Por qué coño me has dejado con aquella chica, Dick? Me siento como un piojo… ¡Dios mío! ¿Te importaría cederme la mitad de tu cama? —dijo bostezando —. Ya me conseguiré una habitación por la mañana.

Dick le proporcionó un pijama y procuró ocupar el menor sitio posible en la cama.

—El problema contigo, Henry —dijo—, es que eres un viejo puritano…, deberías ser más continental.

—Sí, ya me fijé en que tú no te quedaste con ninguna de aquellas putas.

—No era cuestión de moral, sino de que estoy en decadencia, hermanito; debo ser hijo de Epicuro —respondió Dick medio dormido.

—¡Mierda! Me siento como un puto rastrojo —susurró Henry.

Dick cerró los ojos y se durmió.

A principios de octubre, Dick fue mandado a Brest con una cartera de informes que, según el coronel, era demasiado importante para confiárselos a un soldado. En Rennes tuvo que esperar dos horas el tren, y estaba sentado comiendo en el restaurante cuando se le acercó un soldado con el brazo en cabestrillo, diciéndole:

—Hola, Dick.

Era Skinny Murray.

—¡Dios mío, Skinny, no sabes cuánto me alegra verte! Debe de hacer cinco o seis años… Nos vamos haciendo viejos. Ven y siéntate conmigo… No, no puedo hacer eso.

—Supongo que debiera haberte saludado, mi capitán —dijo Skinny muy erguido.

—No digas tonterías, Skinny…, pero tenemos que encontrar un sitio donde hablar… ¿Tienes tiempo antes de que llegue tu tren? Es a mí a quien arrestaría la policía militar si me ven comiendo y bebiendo con un soldado raso… Espera por ahí a que termine de comer y buscaremos alguna taberna cerca de la estación. Me arriesgaré.

—Tengo una hora… Voy a la zona de permisos de Grenoble.

—¡Valiente hijoputa con suerte que eres! ¿Te hirieron de gravedad, Skinny?

—Un trozo de metralla en una de las alas, mi capitán —dijo Skinny poniéndose firmes cuando un sargento de la policía militar cruzó muy tieso el restaurante de la estación—. Esos pájaros me dan ganas de vomitar.

Dick terminó de comer a toda prisa, pagó y salió a la plaza que había delante de la estación. Uno de los cafés tenía un reservado que parecía oscuro y tranquilo. Se instalaron en él y apenas habían empezado a hablar ante dos cervezas cuando Dick se acordó de su cartera de informes. La había dejado en la mesa del restaurante. Murmuró sin aliento que volvía enseguida, cruzó corriendo la plaza y entró en el restaurante de la estación. Había tres oficiales franceses sentados en la mesa.

—*Pardon, messieurs*.

La cartera permanecía debajo de la mesa donde él la había dejado.

—Si llego a perderla, hubiera tenido que pegarme un tiro —le dijo a Skinny.

Charlaron de Trenton y de Filadelfia y de Bay Head y del doctor Atwood. Skinny se había casado y tenía un buen trabajo en un banco de Filadelfia. Se había ofrecido voluntario para el servicio de carros de combate y le alcanzó un trozo de metralla antes de que empezara el ataque. Fue una gran suerte, porque su grupo había sido barrido por un obús. Acababa de dejar el hospital aquel mismo día y tenía las piernas un poco flojas. Dick tomó nota de sus datos y dijo que conseguiría que lo trasladaran a Tours; era precisamente el tipo que necesitaban para *courier*. Luego Skinny tuvo que correr para coger su tren, y Dick, con la cartera fuertemente apretada bajo el brazo, salió a dar una vuelta por la ciudad que tenía un delicado colorido y una vaga alegría bajo la llovizna de otoño.

El rumor del falso armisticio hizo que Tours zumbara como un enjambre de abejas; se bebió mucho y hubo palmadas incesantes en la espalda y oficiales y

soldados bailaron la conga dentro y fuera de los edificios de oficinas. Cuando se supo que era una falsa alarma, Dick casi sintió alivio. Los días siguientes, todos los que andaban por el cuartel general del Servicio de Despachos tenían la expresión misteriosa del que sabe más de lo que cuenta. La noche del verdadero armisticio, Dick cenó con el coronel Edgecombes y otros oficiales, y aquello fue el delirio. Después de cenar sucedió que Dick se encontró con el coronel en el patio de atrás. La cara del coronel estaba congestionada y se le había erizado el bigote.

—Bien, Savage, éste es un gran día para la raza —dijo, y se rió a carcajadas.

—¿Para qué raza? —preguntó tímidamente Dick.

—¡La raza humana! —rugió el coronel.

Entonces se llevó a Dick aparte:

—¿Qué le parecería ir a París, hijo mío? Parece que en París va a haber una Conferencia de Paz y que el presidente Wilson asistirá en persona…, parece increíble…, y me han ordenado que ponga esta sección a disposición de la delegación norteamericana que va a venir a dictar la paz, de modo que seremos los correos de la Conferencia de Paz. Claro que si usted tiene ganas de volver a los Estados Unidos se podría arreglar.

—Oh, no, señor —le interrumpió Dick atropelladamente—. Precisamente estaba empezando a preocuparme la idea de tener que volver a casa y buscar un trabajo… La Conferencia de Paz será un gran espectáculo y cualquier oportunidad de viajar por Europa me conviene.

El coronel le miró con ojos entornados.

—Yo no lo diría de esa forma… Nuestro primer pensamiento debe ser el servicio…, claro que lo que he dicho es estrictamente confidencial.

—¡Oh, estrictamente! —dijo Dick, pero no pudo evitar una sonrisa cuando volvió a reunirse con los demás en la mesa.

Otra vez París, y esta vez con uniforme nuevo de gabardina, barras plateadas en las hombreras y dinero en el bolsillo. Una de las primeras cosas que hizo fue volver a echar una ojeada a la callejuela de detrás del Panteón, donde había vivido con Steve Warner el año anterior. Las altas casas encaladas de gris, las tiendas, los pequeños bares, los niños de ojos grandes con mandiles negros, los jovenzuelos con gorra y pañuelo de seda alrededor del cuello, el acento del argot parisino, todo aquello le hizo sentirse vagamente desgraciado; se preguntaba qué habría sido de Steve. Fue un alivio volver a la oficina donde los soldados se movían entre mesas de escritorio y ficheros amarillos barnizados, recién llegados de Norteamérica.

El eje de este París era el Hôtel Crillon, de la plaza de la Concordia; su arteria, la rue Royale, por la que llegaban los dignatarios, el presidente Wilson, Lloyd George, y el rey y la reina de Bélgica, estaba constantemente cubierta por la Garde Républicaine con sus cascos de plumas. Dick empezó a vivir en un delirio de viajes a Bruselas en el rápido nocturno, de langostas a la *cardinal* regadas con Beaune en los divanes de terciopelo rojo del Larue, de cócteles de champán en el bar del Ritz, de

conversaciones atrevidas sobre una *demi* en el café Weber; era como en los viejos tiempos de la convención de Baltimore, sólo que ahora todo le importaba un comino; todo le parecía absurdamente divertido.

Una noche, poco después de Navidad, el coronel Edgecombe llevó a Dick a cenar al Voisin con un famoso publicitario neoyorquino, que según se decía, estaba en muy buenas relaciones con el coronel House. Se detuvieron un momento en la acera, a la puerta del restaurante, para contemplar la cúpula de la iglesia de enfrente.

—Verá usted, Savage, este hombre está casado con una pariente mía, una de las Staples de Pittsburg…, parece hombre tranquilo. Fíjese bien en él. Aunque es usted tan joven tiene buen ojo para saber cómo es una persona.

El señor Moorehouse resultó ser un hombre corpulento, de charla tranquila, ojos azules y mandíbula pesada, que ocasionalmente tenía un toque de senador sureño en su modo de hablar. Con él estaban un hombre llamado Robbins y una tal señorita Stoddard, mujer de aspecto frágil, con una piel de alabastro transparente y una voz aguda y penetrante; Dick observó que iba asombrosamente bien vestida. El restaurante era un poco como una iglesia episcopaliana; Dick habló muy poco, se mostró muy atento con la señorita Stoddard, y mantuvo ojos y oídos abiertos, mientras comía las viandas principescas y saboreaba cuidadosamente el vino aterciopelado al que nadie parecía prestar atención. La señorita Stoddard les hacía hablar a todos, pero se veía que nadie quería comprometerse a decir nada sobre la Conferencia de Paz. La señorita Stoddard habló con una malicia considerable del mobiliario del Hôtel de Murat, de la sirvienta negra de los Wilson y de los vestidos que llevaba la esposa del presidente, a la que insistía en llamar señora Galt. Fue un alivio que llegara el momento de los puros y los licores. Después de cenar, el coronel Edgecombe se ofreció para llevar al señor Moorehouse al Crillon, pues había venido a buscarle un coche oficial. Dick y el señor Robbins acompañaron a la señorita Stoddard en taxi a su casa, que estaba en la orilla izquierda, frente a Notre Dame. Se despidieron a la puerta.

—Venga usted alguna tarde a tomar el té, capitán Savage —dijo.

El taxista se negó a llevarlos más lejos; dijo que ya era tarde y que iba de recogida a su casa de Noisy-le-sec.

Se alejó y Robbins cogió a Dick del brazo.

—Ahora, por el amor de Dios, vamos a tomar una copa decente… Chico, estoy harto de la gente importante.

—Muy bien —dijo Dick—. ¿Adónde vamos?

Anduvieron por el muelle brumoso, pasaron la masa en sombra de Notre Dame, hablando en frases sueltas de París y del frío que hacía. Robbins era un hombre bajo, cara roja y una atrevida mirada de mandón. En el café apenas hacía menos frío que en la calle.

—Este clima va a terminar conmigo —se quejó Robbins hundiendo la barbilla en el cuello del abrigo.

—La única solución es una buena ropa interior de lana; es una de las pocas cosas que aprendí en el Ejército —dijo Dick, riéndose.

Se instalaron en un diván de terciopelo junto a la estufa del fondo del local, lleno de humo de tabaco y de adornos dorados. Robbins pidió una botella de whisky escocés, vasos, limón, azúcar y abundante agua caliente. Tardaban mucho en traer el agua caliente, así que Robbins llenó la cuarta parte de cada vaso con whisky puro. Cuando bebió el suyo, su cara se había rejuvenecido diez años.

—La única manera de mantenerse caliente en esta maldita ciudad es ponerse a presión.

—Con todo, yo estoy contento de encontrarme de nuevo en París —dijo Dick sonriendo y estirando las piernas debajo de la mesa.

—Es el único sitio adecuado para el momento presente —contestó Robbins—. París es el eje del mundo…, a no ser que lo sea Moscú.

Al oír la palabra Moscú, un francés que jugaba al ajedrez en la mesa de al lado levantó los ojos del tablero y miró a los dos norteamericanos. Dick no sabía cómo interpretar aquella mirada, que le puso nervioso. Llegó el camarero con el agua caliente. No estaba bastante caliente, así que Robbins le montó una escena y se la devolvió. Sirvió dos largos tragos de whisky puro que bebieron mientras esperaban.

—¿Reconocerá el presidente a los soviéticos? —se encontró preguntando Dick en voz baja.

—Seguro que sí… Creo que va a mandar una misión no oficial. En parte depende del petróleo y el manganeso… Antes solía ser el Rey Carbón, pero ahora son el Emperador Petróleo y la Señorita Manganeso, reina consorte del acero. De todo hay en la república color rosa de Georgia… Espero ir pronto allí; se dice que tienen buen vino y las mujeres más guapas del mundo. Habrá que ir… Pero el petróleo…, ¡maldita sea! Eso es lo que no comprende ese maldito idealista de Wilson, mientras le ceban a base de bien en el palacio de Buckinham, el viejo y glorioso ejército británico ocupa Mosul, el río Karum, Persia…, y ahora radio macuto cuenta que han llegado a Bakú…, la futura metrópolis del petróleo del mundo.

—Yo creía que los pozos de Bakú se estaban quedando secos.

—No lo crea… Acabo de hablar con un amigo que estuvo allí…, un tipo curioso, Rasmussen se llama; debería conocerlo.

Dick preguntó si no tenían ya bastante petróleo en Norteamérica y Robbins dio un puñetazo en la mesa.

—Nunca se tiene bastante de nada…, ésa es la primera ley de la termodinámica. Yo nunca tengo bastante whisky… Usted es joven, ¿ha tenido siempre bastante dinero? Bueno, pues ni la Standard Oil ni la Royal Dutch-Shell llegarán a tener nunca bastante petróleo.

Dick enrojeció y se rio un tanto forzadamente. No le gustaba Robbins. Por fin el camarero llegó con agua hirviendo y Robbins preparó un ponche para cada uno. Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Los jugadores de ajedrez se habían ido.

De pronto, Robbins se volvió hacia Dick y mirándole a la cara con los ojos azules velados por la borrachera, dijo:

—Bien, ¿y qué piensan ustedes los jóvenes de todo esto? ¿Qué piensan los que están en las trincheras?

—¿Qué quiere decir?

—¡Oh, mierda! No quiero decir nada… Pero si piensan que la guerra es asquerosa, que esperen hasta que llegue la paz… Sí, vamos a esperar a ver qué pasa con la paz.

—Allá en Tours no creo que nadie se ocupe mucho de esas cosas… En cualquier caso, tampoco creo que nadie que haya visto la guerra considere que es el medio adecuado para resolver los problemas internacionales… Ni creo que el propio Pershing lo piense.

—¿No? Pues escúchele…, no tiene más de veinticinco años y habla como si fuera un libro escrito por Woodrow Wilson… Yo soy un hijoputa y lo sé, pero cuando estoy borracho digo lo que me da la gana.

—No veo lo que va a sacar hablando tan alto. Todo resulta un magnífico espectáculo trágico… La niebla de París huele a fresas…, los dioses no nos aman, pero moriremos jóvenes como si lo hicieran… ¿Quién dijo que yo estaba sobrio?

Terminaron la botella. Dick enseñó a Robbins una canción en francés:

> Les marionettes font font font
> Trois petits tours et puis s’en vont

y cuando cerraron el café salieron cogidos del brazo. Robbins tarareaba:

> Ánimo, Napoleón, estarás muerto enseguida
> Una vida breve y alegre

y se paraba a hablar con todas las *petites femmes* que encontraban en el Boul’ Mich’. Por fin, Dick le dejó hablando con una mujer con pinta de vaca y sombrero de ala ancha delante de la fuente de la place Saint-Michel, e inició su larga caminata hacia el hotel, que estaba frente a la estación de Saint-Lazare.

Las anchas calles asfaltadas estaban desiertas bajo la rosada luz de los arcos voltaicos, pero aquí y allá, en bancos que bordeaban los muelles, bajo los árboles sin hojas que goteaban a lo largo de la orilla del Sena, a pesar de la cruda noche, todavía había parejas sentadas estrechamente enlazadas en los brazos de *l’amour*. En la esquina del bulevar Sébastopol, un joven de cara pálida que caminaba en sentido contrario dirigió una mirada rápida a Dick y se detuvo. Dick retrasó un poco el paso durante un momento, pero luego se adelantó a la fila de carros que iban al mercado bajando por la rue de Rivoli, mientras aspiraba grandes bocanadas para despejar su cabeza de los vapores del whisky. La larga y brillantemente iluminada avenida que llevaba a la ópera estaba desierta. Delante de la ópera había unas cuantas personas; una muchacha de aspecto agradable que iba colgada del brazo de un *poilu* le dirigió

una amplia sonrisa. Casi ante la puerta de su hotel se tropezó cara a cara con una chica que parecía bastante guapa y, antes de darse cuenta, le estaba preguntando qué hacía allí tan tarde. Ella se rio, de un modo agradable —pensó Dick—, y le respondió que lo mismo que hacía él. Dick la llevó a un hotelito que estaba en una callejuela de la parte de atrás de su hotel. Los subieron a una habitación helada que olía a barniz. Había una cama grande, un bidé y varios cortinones gruesos de color de vino clarete. La chica era mayor de lo que había creído y estaba muy cansada, pero tenía buen tipo y una piel muy pálida; le alegró ver lo limpia que tenía la ropa interior, con un bonito ribete de encaje. Se sentaron un rato en el borde de la cama hablando en voz baja.

Cuando Dick le preguntó cómo se llamaba, ella negó con la cabeza y sonrió al decir:

—*Qu'est-ce que ça vous fait*?

—*L'homme sans nom et la femme sans nom, vont faire l'amour a l'hôtel du nêant* —dijo Dick.

—*Oh qu'il est rigolo!* —exclamó ella riendo—. *Dis, tu n'est pas malade*?

Él negó con la cabeza.

—*Moi non plus* —siguió ella y empezó a restregarse contra él como una gatita.

Cuando salieron del hotel anduvieron por las calles oscuras hasta encontrar un café que abría de madrugada. Tomaron café y *croissants* juntos, apoyados en la barra en una calma soñolienta y tranquila. Dick le preguntó si podría volver a verla. Ella le dejó que se encaminara hacia las alturas de Montmartre y se encogió de hombros. Dick le dio treinta francos, la besó y le cantó al oído una parodia de la cancioncilla:

> Les petites marionettes font fonf font
> Un p'tit peu d'amour et puis s'en vont

Ella se echó a reír y le pellizcó en la mejilla y lo último que Dick oyó de ella fue su risa ronca y:

—*Oh qu'il est rigolo, celui-là*.

Dick volvió a su habitación contento y con sueño, y diciéndose: «Lo que me pasa es que no tengo una mujer».

Tenía el tiempo justo para lavarse y afeitarse y ponerse una camisa limpia y correr al cuartel general si quería llegar antes que el coronel Edgecombe, que era un puñetero madrugador. Se encontró con la orden de salir para Roma aquella misma noche.

Cuando subió al tren los ojos se le cerraban de sueño. Él y el sargento que le acompañaba tenían un compartimento reservado en el extremo del vagón de primera clase cuyo rótulo rezaba: PARÍS-BRINDISI. Fuera de su compartimento el tren estaba abarrotado; iba gente de pie en los pasillos.

Dick se había quitado la guerrera y el correaje y se había aflojado las polainas estirándose en el asiento con el fin de dormirse incluso antes de que arrancara el tren, cuando vio la delgada cara de un norteamericano aparecer por la puerta del

compartimento.

—Dis-dis-culpe. ¿Es usted el ca-ca-capitán Savage?

Dick se enderezó y asintió bostezando.

—Capitán Savage, me llamo Barrow, G. H. Barrow, agregado a la Delegación Norteamericana… Tengo que ir a Roma esta noche y no hay ningún asiento libre en el tren. El oficial de transporte de la estación me dijo muy amablemente que… Bueno…, verá…, que aunque no esté en el reglamento, quizá nos permita viajar con usted… Conmigo viene una joven encantadora, miembro de la Misión de Socorro al Cercano Oriente…

—Capitán Savage, es usted realmente amable por permitirnos viajar en su compañía —dijo una voz con el acento grave de Texas, y una chica de mejillas sonrosadas vestida con un uniforme gris apartó al hombre que decía llamarse Barrow y entró en el compartimento.

El señor Barrow, que parecía una trucha y tenía una inquieta nuez de Adán y ojos saltones, se puso a subir maletas y más maletas.

Dick estaba enfadado y empezó a decir con voz cortante:

—Supongo que se darán cuenta de que lo hacen sin mi permiso… —Pero al oír su propia voz se detuvo, sonrió y asintió—: Muy bien, al sargento Wilson y a mí probablemente nos fusilen el amanecer, pero adelante.

En ese momento el tren se ponía en marcha.

Dick amontonó de mala gana sus cosas en un rincón y se acomodó, cerrando inmediatamente los ojos. Tenía demasiado sueño para hacer el esfuerzo de hablar con cualquiera de aquellos jodidos del Socorro. El sargento se sentó en el otro rincón y el señor Barrow y la chica ocuparon el asiento de enfrente. Entre sueños, Dick oía la voz del señor Barrow siempre monótona, ahogada de vez en cuando por el ruido del tren expreso. Hablaba intermitentemente como el motor de una canoa que rateara. La chica no decía más que: «¡Vaya!» y «¡No me diga!» de vez en cuando.

Hablaban de la situación en Europa y de que el presidente Wilson dice…, y la nueva diplomacia…, y la nueva Europa…, y una paz permanente sin anexiones ni indemnizaciones. Ya que el presidente Wilson dice… una nueva relación entre capital y trabajo…, el presidente Wilson apela a…, la democracia industrial…, la gente de todo el mundo está detrás del presidente… El Covenant… La Sociedad de Naciones…

Dick dormía soñando con una chica que frotaba sus pechos contra él ronroneando como un gatito, con un hombre de ojos saltones soltando un discurso, con William Jennings Wilson hablando ante la convención de Baltimore, con la democracia industrial en una caseta de baño en el Marne con bañador a rayas y un joven texano de mejillas sonrosadas que quería…, como una trucha…, con una inquieta nuez de Adán…

Se despertó con la sensación de pesadilla de que alguien estaba ahogándole. El tren se había parado. Se había enrarecido el aire del compartimento. La luz del techo

estaba velada por una pantalla azul. Pasó por encima de las piernas de todos y salió al pasillo y abrió la ventanilla. El aire frío de la montaña le entró cortante por la nariz. Las montañas estaban nevadas a la luz de la luna. Junto a la vía un centinela francés dormitaba apoyado en su fusil. Dick bostezó desesperadamente.

La chica del Socorro al Cercano Oriente estaba a su lado, sonriente.

—¿Dónde estamos, capitán Savage? ¿Todavía no hemos llegado a Italia?

—Creo que en la frontera suiza… Tendremos que esperar bastante, supongo. En estas fronteras todo se eterniza.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó la chica, dando saltitos—. Es la primera vez que cruzo una frontera.

Dick se rio y volvió a instalarse en su asiento. El tren entró lentamente en una estación solitaria que parecía un granero, y los pasajeros civiles empezaron a amontonar su equipaje. Dick mandó su documentación a la inspección general por medio del sargento y se dispuso a dormir de nuevo.

Durmió profundamente y no despertó hasta Mont Cenis. Luego vino la frontera italiana. Otra vez aire frío, montañas nevadas, toda la gente apeándose en una estación vacía que parecía un pajar.

Dedicó, medio dormido, un recuerdo sentimental a la última vez que había entrado en Italia en aquel Fiat con Sheldrake, caminó tiritando hasta la cantina de la estación y bebió una botella de agua mineral y un vaso de vino. Compró un par de botellas de agua mineral y un *fiasco* de chianti y las llevó al compartimento, y les ofreció de beber al señor Barrow y a la chica cuando éstos volvieron de la aduana, con aspecto de enfadados y cara de sueño. La chica dijo que no podía beber vino porque al alistarse en el Socorro se había comprometido a no beber ni fumar, pero bebió agua mineral y se quejó de que le picaba en la nariz. Luego cada uno se acomodó en su rincón para tratar de dormir un poco más. Cuando llegaron a la estación Termini, en Roma, todos se tuteaban. La chica de Texas se llamaba Anne Elizabeth. Ella y Dick se había pasado el día en el pasillo viendo los pueblos color azafrán y las casas de los campesinos con un manchón azulado en el estuco encima de la puerta, detrás de la parra, y los olivos y las retorcidas formas de las cepas en los viñedos plantados en terrazas; el pálido paisaje italiano de colinas donde los puntiagudos cipreses eran tan negros que parecían desgarrones en el lienzo. Ella le contó los esfuerzos que había hecho durante toda la guerra para que la mandaran a Europa y que su hermano se había matado mientras aprendía a volar en San Antonio, y que el señor Barrow había sido muy amable con ella en el barco y en París, aunque había tratado de cortejarla como un imbécil, lo que le resultaba muy molesto. Dick dijo que a lo mejor no era tan imbécil. Se daba cuenta de que a Anne le gustaba mucho viajar a Roma con un auténtico oficial del Ejército que había estado en el tren y que incluso sabía italiano.

Desde la estación, Dick tuvo que correr a la embajada con su cartera de despachos, pero tuvo tiempo de citarse con la señorita Trent en el Socorro al Cercano

Oriente, donde la telefonearía. Barrow también le estrechó la mano calurosamente y dijo que esperaba que se vieran a menudo; estaba ansioso por conocer a personas que supieran lo que estaba pasando de verdad.

Lo único que quería aquella noche Dick era, tras hacer lo que tenía que hacer, meterse en la cama. A la mañana siguiente llamó a Ed Schuyler a la Cruz Roja. Almorzaron juntos con bastante vino en un restaurante caro cercano a los jardines Pincio. Ed llevaba una vida principesca; tenía una casa junto a la escalinata de la plaza de España y viajaba mucho. Había engordado. Pero ahora tenía problemas. El marido de una mujer italiana con la que había estado saliendo amenazaba con desafiarlo en duelo y Ed temía perder su puesto en la Cruz Roja a causa del escándalo.

—La guerra está muy bien, lo que fastidia de verdad es la paz —decía.

En cualquier caso, estaba aburrido de Italia y de la Cruz Roja y quería volver a casa. Lo malo era que en Italia iba a haber una revolución y le gustaría quedarse y verla.

—Bueno, Dick, para haber sido un granadino de la guardia parece que has progresado mucho.

—Una serie de casualidades —dijo Dick frunciendo la nariz—. El mundo es una cosa rara, ¿no te parece?

—Como si no lo supiera ya… Me pregunto qué habrá sido del viejo Steve. Fred Summers iba a alistarse en la Legión polaca, es lo último que oí de él.

—Steve estará probablemente en la cárcel —dijo Dick—, que es donde deberíamos estar todos.

—Pero no todos los días tiene uno ocasión de ver un espectáculo como éste.

Eran las cuatro cuando salieron del restaurante. Fueron a la habitación de Ed y se sentaron en el balcón a beber coñac mirando los tejados amarillos y verdigrises de la ciudad y las cúpulas barrocas que reflejaban los últimos rayos de sol mientras recordaban la tremenda impresión que les había causado Roma la última vez que habían estado juntos y hablaban de lo que iban a hacer ahora, con la guerra ya terminada. Ed Schuyler decía que quería conseguir un trabajo de corresponsal extranjero que le permitiera ir a Oriente; no se podía imaginar volviendo a su casa de la zona norte del estado de Nueva York; tenía que visitar Persia y Afganistán. Al hablar de todo aquello, Dick se sintió mal. Se puso a pasear de un lado a otro por el suelo de baldosas.

Sonó el timbre y Schuyler salió al vestíbulo. Dick le oyó susurrar y también la voz de una mujer que hablaba italiano en un tono agudo. Al cabo de un momento, Ed entró con una mujer menuda de nariz larga y grandes ojos negros.

—Te presento a Magda —dijo—. Signora Sculpi, el capitán Savage.

Después tuvieron que hablar en una mezcla de francés e italiano.

—No creo que vaya a llover —dijo Ed—. ¿Qué te parece si busco una chica para ti y vamos en coche a cenar al Caesar Palace…? Quizá no haga mucho frío.

Dick recordó a Anne Elizabeth y la llamó al Socorro. La voz de Texas se mostró encantada, dijo que sus compañeros eran horribles y que se había citado con el señor Barrow, pero que no acudiría. Sí, estaría lista dentro de media hora. Tras mucho regateo entre la signora Sculpi y el cochero, alquilaron un landó de dos caballos, bastante elegante y decrépito. Anne Elizabeth los estaba esperando ante la puerta.

—Esos estúpidos me aburren muchísimo —dijo subiendo de un salto al coche—. Dile que se vaya enseguida o el señor Barrow nos atrapará… Esos idiotas dicen que tengo que estar de vuelta a las nueve en punto. Te aseguro que eso es peor que la escuela dominical… Muchísimas gracias por haberme invitado a conocer a tus amigos, Dick… Estaba muriéndome por salir a ver la ciudad… ¿No es maravillosa? ¡Oye! ¿Dónde vive el papa?

El sol se había puesto y empezaba a hacer frío. El Palazzo dei Cesari estaba vacío y frío, así que se limitaron a tomar un vermut allí y volvieron a la ciudad a cenar. Después de cenar fueron a un espectáculo del Apolo.

—Voy a resfriarme —dijo Anne Elizabeth—, pero no me importa, quiero conocer la ciudad.

Tomó a Dick del brazo y entraron así en el teatro.

—¿Sabes, Dick…? Todos esos extranjeros hacen que me sienta sola… Me alegra estar con un hombre blanco… Cuando iba al colegio en Nueva York fui varias veces a ver una huelga de obreros textiles… Solían interesarme cosas como ésa. Entonces me sentía como ahora, pero no dejaba de acudir por nada del mundo. Tal vez una se sienta siempre así cuando está interesada de verdad por alguna cosa.

Dick se sentía un poco borracho y muy cariñoso. Le apretó el brazo y se inclinó hacia ella, susurrándole:

—Los hombres malos no le harán daño a la niña de Texas.

—Me parece que piensas que no tengo sentido común —dijo Anne Elizabeth, cambiando súbitamente de tono—. Pero ¿cómo demonios me las voy a arreglar con esa junta metodista de templanza y moral pública con la que tengo que convivir? No quiero decir que piense que no hacen cosas buenas… Es terrible pensar en los pobres niños que se mueren de hambre en todas partes… Hemos ganado la guerra; ahora nos toca ayudar a poner remiendos en Europa, como dice el presidente.

Subía el telón y todos los italianos de los asientos del alrededor sisearon. Anne Elizabeth se calló. Cuando Dick trató de cogerle la mano, ella la apartó dándole un golpecito con los dedos y diciendo:

—¡Hombre! Yo creía que ya habías dejado el colegio.

El espectáculo no valía mucho, y Anne Elizabeth, que no entendía ni palabra, apoyaba de vez en cuando la cabeza en el hombro de Dick y se quedaba dormida. En el descanso, cuando todos salieron al bar a beber algo, Anne Elizabeth, cumpliendo con su deber, tomó limonada. Volvían a sus asientos del piso de arriba cuando se produjo de repente una pelea. Un italiano pequeño con gafas y la cabeza calva se echó encima de Ed Schuyler, gritando:

—*Traditore*!

Lo agredió con tal violencia que ambos perdieron el equilibrio y rodaron por la escalera tapizada de alfombra roja. El menudo italiano lanzaba patadas y puñetazos. Ed procuraba mantenerlo a distancia lo mejor que podía. Dick y Anne Elizabeth, que resultó ser muy fuerte, agarraron al italiano, lo levantaron del suelo y le sujetaron los brazos a la espalda mientras la signora Sculpi se abrazaba a él sollozando. Era su marido.

Entretanto, Ed se había puesto en pie con la cara muy roja y expresión de carnero. Cuando llegó la policía italiana, todos se habían tranquilizado y el gerente cepillaba nerviosamente el uniforme de Ed. Anne Elizabeth encontró las gafas del italiano, que se habían torcido, y se las devolvió. Luego acompañó hasta la calle a su mujer, que sollozaba. El italiano se detuvo en la puerta con sus gafas dobladas temblándole en la nariz para amenazar a Ed con el puño, y tenía un aspecto tan cómico que Dick no pudo contener la risa. Ed pedía disculpas al gerente, que parecía estar de su parte, y explicaba a los policías de casco reluciente que el marido estaba *pazzo*. Sonó el timbre y todos volvieron a sus asientos.

—¡Vaya, Anne Elizabeth, eres experta en jiu-jit-su! —le susurró Dick, tocándole la oreja con los labios.

Les dio tal risa que no podían prestar atención al espectáculo y salieron a un café.

—Ahora supongo que todos los italianini pensarán que soy un cobarde si no desafío a ese pobre enano en duelo.

—Claro que sí…, con pistola y a treinta pasos…, o tirándoos berenjenas a cinco metros —dijo Dick, riéndose tan ruidosamente que se le saltaban las lágrimas.

Ed se enfadó.

—No le veo la gracia —replicó—, es lo peor que me podía pasar… Parece que es imposible pasárselo bien sin hacer daño a los demás… Pobre Magda…, para ella es muy duro… Señorita Trent, espero que perdonará este ridículo espectáculo.

Y se levantó para marcharse a casa.

—Bien, ¿y qué demonios pasaba, Dick? —preguntó Anne Elizabeth cuando salieron a la calle y se encaminaron hacia el Socorro.

—Bueno, me parece que el signore marido estaba celoso porque Ed sale con Magda…, a no ser que se trate de un bonito chantaje… Al pobre Ed parece haberle impresionado.

—La verdad es que aquí la gente hace cosas que no haría en Estados Unidos… Resulta realmente curioso.

—Oh, Ed tiene problemas en todas partes… Los atrae de un modo especial.

—Tal vez sean la guerra y las costumbres europeas las que relajaban la moral de los nuestros… Nunca he sido remilgada, pero, ¡Dios mío!, me sorprendió que el señor Barrow me pidiera que fuera con él a su hotel el mismo día en que desembarcamos… Antes de eso, sólo le había hablado dos o tres veces en el barco… En Norteamérica no se hubiera atrevido a eso ni en mil años.

Dick miró escrutadoramente la cara de Anne Elizabeth.

—En Roma haz lo que hacen los romanos —dijo con una sonrisa afectada.

Ella se rio mirándole fijamente a los ojos como si tratara de adivinar lo que quería decir.

—Bueno, tal vez sea parte de la vida —contestó.

En la sombra del portal él quiso besarla intensamente, pero ella le dio un leve beso en la boca y negó con la cabeza. Luego le cogió la mano, se la apretó con fuerza y dijo:

—Seamos buenos amigos.

Dick se fue a su casa con la cabeza dándole vueltas a causa del olor del pelo rubio de ella.

Dick tenía que esperar tres o cuatro días en Roma. El presidente iba a llegar el 3 de enero y había varios *couriers* a su disposición. Entretanto no tenía nada que hacer excepto pasear por la ciudad y oír a las bandas de música ensayando *The Star-Spangled Banner* y ver las banderas y las graderías que se estaban construyendo.

El primero de enero era día de fiesta; Dick y Ed y el señor Barrow y Anne Elizabeth alquilaron un coche y fueron a la villa de Adriano y luego a Tivoli a almorzar. Era un día lluvioso y había mucho barro en las carreteras. Anne Elizabeth dijo que la ondulante Campagna, amarilla y parda por el invierno, le recordaba su región natal a lo largo del Middlebuster. Comieron *fritto misto* y bebieron copiosamente buen vino dorado de Frascati en el restaurante que había encima de la cascada. Ed y el señor Barrow estaban de acuerdo de que el Imperio romano y los de la Antigüedad conocían el arte de vivir. A Dick le pareció que Anne Elizabeth coqueteaba con el señor Barrow. Le molestó la forma en que dejó que él acercara su silla a la de ella cuando se sentaron a tomar café en la terraza después de comer. Dick tomó su café sin decir nada.

Cuando vació su taza, Anne Elizabeth se puso de pie de un salto y dijo que le gustaría subir al pequeño templo redondo que se levantaba en la colina de enfrente, que parecía un viejo grabado. Ed comentó que el sendero era demasiado empinado para subirlo después de comer. El señor Barrow dijo sin entusiasmo que…, bueno…, la acompañaría. Anne Elizabeth iba ya corriendo por el puente y el sendero, seguida por Dick que corría detrás de ella resbalando en la grava y en el lodo. Cuando llegaron al fondo del barranco sentían la niebla espesa y fría en sus caras. El salto de agua quedaba justo encima de sus cabezas. Tenían los oídos llenos de su ruido. Dick volvió la vista para ver si venía el señor Barrow.

—¡Debe haber dado media vuelta! —gritó por encima del ruido de la cascada.

—¡Oh, odio a la gente que nunca va a ningún lado! —vociferó Anne Elizabeth. Le cogió de la mano—. Subamos hasta el templo.

Subieron sin aliento. Al otro lado del barranco veían a Ed y al señor Barrow que seguían sentados en la terraza del restaurante. Anne Elizabeth les hizo burla y luego los saludó agitando la mano.

—¿No es maravilloso? —murmuró—. Oh, me enloquecen las ruinas y los paisajes… Me gustaría recorrer Italia y verlo todo… ¿Adónde iremos esta tarde? No volveremos para oír a esos dos decir tonterías sobre el Imperio romano, ¿verdad?

—Podríamos ir a Nemi…, ya sabes, el lago donde Calígula tenía sus galeras… Pero no creo que podamos llegar hasta allí sin el coche.

—Entonces tendrían que venir ellos también… No, vamos a dar un paseo.

—Creo que va a llover.

—Bueno, ¿y qué más da? No vamos a correr por eso.

Subieron por un sendero hacia las colinas que dominaban el pueblo y pronto se encontraron caminando sobre la hierba húmeda de un bosque de robles, con la Campagna extendiéndose por debajo de ellos, de color marrón claro, y los tejados de Tivoli salpicados de negros cipreses como signos de admiración. Era una tarde de lluvia en la que se olía la primavera. Podían ver los chaparrones trazando manchas gris oscuro a través de la Campagna. En el suelo florecían los ciclámenes rojos. Anne Elizabeth se agachaba a cogerlos y se los ponía a Dick delante de la cara para que los oliera. Tenía las mejillas encendidas y el pelo despeinado, y parecía demasiado dichosa para dejar de correr y saltar. Una llovizna los mojó un poco y pegó el pelo de Anne Elizabeth a su frente. Luego llegaron a una zona donde brillaba un sol pálido. Se sentaron al pie de una enorme haya y miraron los alargados brotes que brillaban rojizos contra el cielo. Tenían el olfato saturado de olor a ciclámenes. Dick sudaba a causa de la subida y la humedad del césped y el vino que había bebido y el olor de los ciclámenes. Se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Bien —dijo. Ella le cogió por las orejas y le besó una y otra vez—. Dime que me quieres —repetía con voz ahogada.

Dick olía el perfume de su pelo rubio y sentía su cuerpo tibio y la dulzura de los ciclámenes. La puso de pie, la atrajo contra su cuerpo y la besó en la boca. Sus lenguas se tocaron. La llevó a otro campo pasando por una abertura del seto. El suelo estaba demasiado mojado. Al otro extremo había una pequeña choza de ramas. Entraron en ella tambaleándose, mutuamente agarrados de la cintura, sus muslos rozándose con fuerza. La choza estaba llena de hojas de maíz secas. Se tumbaron abrazados encima de las hojas secas. Anne Elizabeth quedó de espaldas con los ojos cerrados y los labios apretados con fuerza. Dick le puso la mano debajo de la cabeza y con la otra trataba de desvestirla; algo se desgarró entre sus dedos. Ella le dio un empujón.

—No, Dick, no. Aquí no…, tenemos que volver.

—Sí, Anne…; claro que sí… eres tan maravillosa.

Anne Elizabeth se apartó de él y salió corriendo de la choza. Dick, sentado en el suelo, la maldecía mientras se quitaba las hojas secas del uniforme.

Afuera llovía con fuerza.

—Volvamos, Dick. Estoy loca por ti, pero no tenías que haberme roto las bragas… ¡Oh, eres desesperante! —Y se echó a reír.

—No se debe iniciar nada que no se pueda terminar —dijo Dick—. Bueno, creo que las mujeres sois terribles…, a no ser las putas…, que saben lo que están haciendo.

Ella se acercó a Dick y le dio un beso.

—Pobre muchacho… ¡Qué enfadado está! Lo siento tanto… Me acostaré contigo, Dick…, te lo prometo. Ya ves que es difícil… En Roma encontraremos sitio en alguna parte.

—¿Eres virgen? —La voz de Dick era contenida y dura.

Ella asintió.

—Raro, ¿verdad? Y en tiempo de guerra… Vosotros los hombres arriesgáis la vida. Supongo que yo puedo arriesgar eso.

—Creo que conseguiré que Ed me deje su apartamento. Me parece que se va mañana a Nápoles.

—¿Me quieres de verdad, Dick?

—Claro que sí…; eso es lo que hace que me sienta mal…, hacer el amor es magnífico.

—Supongo que sí… ¡Oh, quisiera estar muerta!

Bajaron con dificultad la colina bajo el chaparrón, que gradualmente se convirtió en una fina llovizna. Dick se sentía cansado y empapado; la lluvia empezaba a colársele por el cuello. Anne Elizabeth había dejado caer su ramo de ciclámenes.

Cuando volvieron, el encargado del restaurante les dijo que los otros habían ido a la Villa d'Este, pero que regresarían pronto. Tomaron ron caliente y trataron de secarse en el brasero de carbón vegetal de la cocina.

—Somos un buen par de ratas empapadas —dijo Anne Elizabeth sonriendo.

—Un par de idiotas —gruñó Dick.

Cuando los otros volvieron, ya habían entrado en calor, pero seguían mojados. Fue un alivio discutir con Barrow que decía que si la clase dirigente de hoy supiera tanto del arte de vivir como los antiguos italianos, él no sería socialista.

—Yo no creía que fuese usted socialista —le interrumpió Anne Elizabeth—. Estoy segura de que yo no lo soy; fíjese en cómo se han comportado durante la guerra los socialistas alemanes y en cómo se quejan ahora y dicen que todo el tiempo querían la paz.

—Es posible… re… reconciliar el ser socialista con la fe en nuestro presidente y en…, ejem, la democracia —tartamudeó Barrow, acercándose a Anne—. Tenemos que hablar largo y tendido de todo eso, Anne Elizabeth.

Dick notó que a Barrow los ojos se le salían de las órbitas al mirarla. «Sigue al acecho», se dijo. Cuando volvieron al coche no le preocupó si Barrow se sentaba junto a ella o no. Durante todo el regreso a Roma llovió.

Los tres días siguientes estuvieron muy ocupados con la visita a Roma del presidente Wilson. Dick consiguió tarjetas de invitación para varios actos oficiales, escuchó muchos discursos en italiano, francés e inglés, vio muchos sombreros de

copa y condecoraciones, tuvo que hacer muchos saludos, y terminó con dolor de espalda de tanto saludar rígidamente en postura militar. En el Foro romano estaba lo bastante cerca del grupo del presidente como para poder oír que el hombre bajo de bigote negro que señalaba las ruinas del templo de Rómulo, decía en mal inglés:

—Todo lo que aquí se ve guarda relación con los acontecimientos de la gran guerra.

Hubo un silencio mientras los que estaban en los otros grupos de dignatarios aguzaban el oído para oír lo que respondía el señor Wilson.

—Es cierto —dijo con voz mesurada—. Y no debemos considerar estas ruinas como meras piedras, sino como símbolos inmortales.

Del grupo se elevó un murmullo de aprobación. La vez siguiente, en italiano, habló más alto. Los sombreros de copa se torcieron a un lado mientras los dignatarios esperaban la respuesta del italiano.

—En Norteamérica —dijo con una leve inclinación—, tienen algo más grande, pero está oculto en sus corazones.

El sombrero de copa del señor Wilson se mantenía muy derecho entre todas aquellas columnas destrozadas por el tiempo y las interminables hileras de piedra tallada.

—Así es —replicó el señor Wilson—; el mayor orgullo de los norteamericanos ha sido demostrar el inmenso amor hacia la humanidad que abrigan en sus corazones.

Mientras hablaba el presidente, Dick consiguió ver su cara entre las plumas de algunos de los generales italianos. Era una cara grisácea de fría piedra, acanalada como las columnas, muy larga bajo el sombrero de copa. La sonrisa que había en sus labios parecía haber sido pintada después. El grupo avanzó y ya no se le pudo oír más.

Aquella tarde a las cinco, cuando se reunió con Anne Elizabeth en el apartamento de Ed, le habló de las recepciones oficiales. Dijo que sólo había visto una copia en oro de la loba amamantando a Rómulo y Remo en el Capitolio cuando el presidente había sido nombrado ciudadano romano, y su cara en el Foro.

—Una cara terrible; te juro que es la cara de un reptil, de alguien de sangre fría, la cara de uno de esos viejos políticos romanos que hay en las tumbas de la Via Appia… ¿Sabes tú lo que somos nosotros, Anne Elizabeth? Somos los romanos del siglo XX —y se echó a reír—, ¡y yo que siempre he querido ser griego!

A Anne Elizabeth, que era gran admiradora de Wilson, al principio le molestó lo que decía Dick. Estaba nervioso y excitado y no paraba de hablar. Por esta vez, ella rompió su promesa y bebió un poco de ron caliente, pues la habitación estaba terriblemente fría. A la luz de los faroles de la calle de la esquina de la escalinata de la plaza de España; desde la ventana de Ed, podían ver las sombras de la multitud que pasaba y repasaba continuamente.

—¡Dios mío, Anne Elizabeth! Es terrible pensar en eso… No sabes lo que siente la gente. Los campesinos rezan por él en sus casas… y nosotros, sin enterarnos de

nada, los aplastamos bajo nuestros pies… Es el manto de Corinto…, creen que les va a dar la paz, que les va a devolver la vida cómoda de antes de la guerra. Me pone malo oír sus discursos… ¡Oh, seamos humanos mientras nos sea posible…! No tengamos ojos de reptil y caras de piedra y tinta en las venas en vez de sangre… Antes me ahorcan que ser romano.

—Ya entiendo lo que quieres decir —repuso Anne Elizabeth, acariciándole el pelo—. Eres un artista, Dick, y te quiero mucho…, eres mi poeta, Dick.

—¡Que se vayan todos al infierno! —exclamó Dick estrechándola entre sus brazos.

A pesar del ron caliente, Dick estaba muy nervioso cuando se desvistió. Ella temblaba cuando se le acercó en la cama. Todo fue bien, pero Anne Elizabeth sangró bastante y no fue un buen momento. Después, mientras cenaban, parecía que no sabían qué decirse el uno al otro. Ella se fue a casa temprano y Dick deambuló desolado por las calles entre la muchedumbre excitada, las banderas, la iluminación y los uniformes. El Corso estaba abarrotado de gente; Dick entró en un café y fue saludado por un grupo de oficiales italianos que insistieron en invitarlo a beber. Una joven de piel aceitunada y pestañas negras muy largas, que se llamaba Carlo Hugobuoni, se convirtió en amigo especial y guía suyo, y le llevó de mesa en mesa presentándolo como *il capitano* Salvaggio Ricardo. Todo era *asti spumante* y *Evviva gli americani!* e Italia *irridenta* y *mester Vilson* que había salvado la *civiltà* y *Evviva la pace*!, y terminaron por llevar a Dick a ver a las *belle ragazze*. Con gran satisfacción por su parte, en la casa todas las chicas estaban ocupadas y pudo escurrirse y volver a su hotel a acostarse.

A la mañana siguiente cuando bajó a tomar café, Carlo lo estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Tenía mucho sueño; no había encontrado una *ragazza* hasta las cinco de la mañana, pero ahora estaba a las órdenes de su caro *amico* para enseñarle la ciudad. Dick lo tuvo todo el día a cuestas, a pesar de sus esfuerzos para quitárselo de encima sin herir sus sentimientos. Carlo esperó mientras Dick iba a recoger las órdenes a la misión militar y comió con él y Ed Schuyler. Y lo que éste hizo fue llevarse a Carlo, para que Dick pudiera ir al apartamento a reunirse con Anne Elizabeth. Ed se mostró muy divertido ante esta situación y dijo que, desde que se había quedado sin Magda, no era capaz de hacer nada que mereciera la pena y se alegraba de que Dick utilizara su casa para propósitos sexuales. Luego tomó firmemente del brazo a Carlo y se lo llevó a un café.

Dick y Anne Elizabeth estuvieron muy tiernos y silenciosos. Era su última tarde juntos. Dick se marchaba a París aquella misma noche, y Anne Elizabeth esperaba que la mandaran a Constantinopla de un día a otro. Dick prometió que se las arreglaría para ir a hacerle una visita. Esa noche, Anne Elizabeth le acompañó a la estación. Allí encontraron a Carlo que esperaba a Dick con un salami enorme envuelto en papel de estaño y una botella de chianti. El tipo que iba con Dick llevaba las carteras de los despachos, así que Dick no tenía nada más que hacer sino subir al

tren. No se le ocurría qué decir, conque se sintió aliviado cuando el tren arrancó.

En cuanto se presentó al coronel Edgecombe, lo mandaron a Varsovia. En Alemania todos los trenes llevaban retraso y la gente parecía mortalmente pálida y todos hablaban de la sublevación bolchevique. Dick andaba arriba y abajo por el andén cubierto de nieve, tratando de calentarse los pies, durante una espera interminable en una estación de Prusia Oriental, cuando se encontró con Fred Summers. Fred era vigilante de un vagón de suministros de la Cruz Roja e invitó a Dick a que lo acompañara un par de estaciones. Dick cogió su equipaje y lo siguió. Fred tenía una estufa de petróleo y un catre en un vagón y una gran provisión de vino, coñac y chocolate Baker. Viajaron juntos el día entero hablando mientras el tren traqueteaba lentamente a través de la interminable llanura gris helada.

—Esto no es la paz —decía Fred Summers—, es una matanza disfrazada. ¡Deberías ver los progromos!

Dick reía y reía.

—¡Jerusalén, que bien me sienta oírte hablar! Fred, viejo, es como en los viejos tiempos de los granadinos de la guardia.

—¡Aquello era un circo! —dijo Fred—. Esto es demasiado espantoso para resultar divertido… Todo el mundo está muerto de hambre y loco.

—Tenías razón en no querer ser oficial… Hay que andarse con un cuidado del demonio con todo lo que dices y haces, y no hay modo de divertirse.

—¿Sabes?, eres la última persona de la que hubiera esperado que llegara a capitán.

—*C'est la guerre* —respondió Dick.

Bebieron y hablaron y hablaron y bebieron tanto que Dick apenas pudo volver a su compartimento con la cartera de los despachos. Cuando llegaron a la estación de Varsovia, Fred vino corriendo con un paquete de tabletas de chocolate.

—Aquí tienes una ayudita —dijo—. Es magnífica para *coucher avec*, Dick. No hay mujer en toda Varsovia que no quiera pasar toda la noche contigo por una tableta de chocolate.

Cuando volvió a París, Dick y el coronel Edgecombe fueron a tomar el té a casa de la señorita Stoddard. Su salón era señorial, con techos altos y retablos italianos en las paredes y cortinones de damasco amarillo y naranja. A través de los pesados visillos de encaje del balcón se podían ver las ramas púrpura de los árboles a lo largo del Quai, el Sena de jade y el elevado encaje de piedra del ábside de Notre Dame.

—¡Qué magnífico decorado se ha buscado, señorita Stoddard! —exclamó el coronel Edgecombe—. Si me permite el cumplido, la joya es digna de la montura.

—Eran unas hermosas habitaciones antiguas —dijo la señorita Stoddard—; lo único que hay que hacer con estas casas viejas es darles una oportunidad. —Se volvió hacia Dick—. Oiga, joven, ¿qué le hizo usted a Robbins aquella noche en que cenamos todos juntos? No habla más que de usted y de lo brillante que es.

Dick se sonrojó.

—Tomamos un whisky escocés especialmente bueno después de la cena… Debe de ser eso.

—Bien, pues habrá que vigilarlo… No confío en los jóvenes brillantes.

Tomaron el té sentados alrededor de un antiguo brasero de hierro. Llegaron un comandante gordo, un empleado de la Standard Oil, de mandíbula larga y que se llamaba Rasmussen, y después una tal señorita Hutchins que tenía buen tipo en su bien cortado uniforme de la Cruz Roja. Hablaron de Chartres y de las regiones devastadas y del entusiasmo popular con que el pueblo recibía al presidente Wilson en todas partes, y de por qué Clemenceau llevaba siempre guantes de lana grises. La señorita Hutchins dijo que era porque tenía garras en lugar de manos y que por eso le llamaban *El Tigre*.

La señorita Stoddard atrapó a Dick en el balcón.

—He oído que acaba de regresar de Roma, capitán Savage… Yo he estado en Roma muchas veces desde el comienzo de la guerra… Dígame lo que vio…, cuéntemelo todo… Es la ciudad que más me gusta del mundo.

—¿Le gusta Tivoli?

—Sí, o eso supongo; es un sitio más bien turístico, ¿no le parece?

Dick le contó la historia de la pelea en el Apolo sin mencionar el nombre de Ed, y ella se divirtió mucho. Lo pasaron muy bien en el balcón mientras hablaban viendo encenderse los faroles de la calle con su resplandor verdoso a lo largo del río; Dick se preguntaba cuántos años tendría…, *la femme de trente ans*.

Cuando él y el coronel se iban, encontraron al señor Moorehouse en el vestíbulo. Le estrechó calurosamente la mano a Dick; dijo que estaba encantado de volverle a ver y que fuera a visitarle cualquier día al anochecer. Su base estaba en el hotel Crillon y a veces iba por allí gente interesante. Dick se sentía curiosamente animado después del té, aunque había esperado aburrirse. Se puso a pensar que era hora de licenciarse y, de vuelta a la oficina donde tenían algo de trabajo pendiente, le preguntó al coronel qué pasos había que dar para quedarse libre de servicio en Francia. Esperaba encontrar trabajo en París.

—Bien, para eso lo mejor es que hable con Moorehouse… Creo que se va a encargar de un trabajo de publicidad para la Standard Oil… ¿Se imagina usted como relaciones públicas, Savage? —se rio el coronel.

—Bueno, es que tengo que pensar en mi madre —dijo Dick con seriedad.

En la oficina, Dick encontró dos cartas. Una era del señor Wigglesworth diciéndole que Blake había muerto de tuberculosis en Saranac la semana anterior, y la otra era de Anne Elizabeth:

Queridísimo:

Te escribo en una mesa de despacho de este miserable cuchitril que no es más que una reunión de gatas viejas que me aburren. Querido, te quiero

muchísimo. Tenemos que vernos enseguida. Me pregunto lo que dirían papá y Buster si vuelvo de Europa con un marido tan guapo como tú. Al principio se pondrían furiosos, pero te aseguro que se les pasaría enseguida. No quiero seguir trabajando en una oficina; quiero viajar por Europa y ver cosas. Lo único que me gusta de aquí es el ramillete de ciclámenes de mi mesa. ¿Te acuerdas de aquellos ciclámenes rosa tan bonitos? Tengo un fuerte catarro y estoy más sola que la una. Éstos de la junta metodista de templanza y moral pública son las personas más mezquinas que he conocido jamás. ¿No sientes nunca nostalgia, Dick? No creo que la sientas. Haz que te manden enseguida a Roma. Me gustaría no haber sido la niña idiota que fui cuando florecían los ciclámenes. Es difícil ser mujer, Dick. Haz lo que quieras, todo, pero no me olvides. Te quiero mucho.

ANNE ELIZABETH

Cuando Dick volvió a la habitación de su hotel con las dos cartas en el bolsillo interior de la guerrera, se tumbó en la cama y se quedó bastante rato mirando al techo.

Poco antes de medianoche, Henry llamó a la puerta. Llegaba de Bruselas.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, Dick? Tienes una pinta tan triste… ¿Estás malo o algo?

Dick se levantó y se lavó la cara en el lavabo.

—No pasa nada. —Escupió entre el agua—. Estoy harto del ejército, me parece.

—Tienes cara de haber llorado.

—Lágrimas de cocodrilo —dijo Dick y se aclaró la garganta con una risita.

—Oye, Dick, tengo problemas; tienes que ayudarme… ¿Te acuerdas de aquella chica que se llamaba Olga, aquella que me tiró una vez una tetera? —Dick asintió—. Bien, pues anda diciendo que va a tener un hijo y que el orgulloso padre soy yo… ¡Es absurdo!

—Bueno, a veces pasan cosas así —dijo Dick con amargura.

—Claro, pero coño, chaval, lo que pasa es que no me quiero casar con esa zorra… ni mantener a lo que tenga…, sería una estupidez. Aunque vaya a tener un niño, probablemente no sea mío… Dice que va a escribir al general Pershing. A algunos soldados los mandaron a los pobres veinte años a la cárcel por violación…, es el mismo cuento.

—Una vez fusilaron a dos… Gracias a Dios no tuve que formar parte del consejo de guerra.

—Pero piensa en cómo se pondría mi madre… Escúchame, tú sabes *parlez-vous* mejor que yo… Quiero que hables con ella.

—Muy bien…, pero estoy muerto de cansancio y no me encuentro bien. —Dick se puso la guerrera—. Oye, Henry, ¿cómo andas de pasta? El franco baja sin parar. A

lo mejor le podríamos dar algo a esa chica, y como nos iremos pronto, luego estaremos demasiado lejos para el chantaje.

Henry bajó la cabeza.

—Es terrible que uno tenga que confesar una cosa así a su hermano pequeño —dijo—, pero la otra noche jugué al póquer y me limpiaron… Estoy totalmente seco.

Fueron al local de Montmartre donde Olga trabajaba en el guardarropa. Todavía no había nadie, así que la chica pudo salir a tomar una copa con ellos a la barra. A Dick le gustó bastante. Era una rubia desteñida con una cara pequeña, dura, descarada, y grandes ojos pardos. Dick le habló de que su hermano no podía casarse con una extranjera por razones de *la famille* y porque no tenía posición; pronto lo licenciarían y tendría que volver a su mesa de delineante… ¿sabía lo poco que pagaba un arquitecto en Norteamérica a un delineante? Nada, y con la *vie chère* y la *chute du franc*, al que seguiría la del dólar, y con la *révolution mondiale* a punto de producirse… Total, que lo mejor que podía hacer era ser buena chica y no tener el niño. Ella se echó a llorar… ¡Tenía tantas ganas de casarse y tener hijos! ¡Nada de abortos! *Non, non!* Dio patadas en el suelo y volvió al guardarropa. Dick fue tras ella y la consoló y le acarició la mejilla y le dijo qué *voulez-vous*, era *la vie* y ¿qué le parecerían quinientos francos? Ella rehusó con la cabeza, pero cuando Dick habló de mil se animó, qué *voulez-vous*, era *la vie*. Dick se fue, dejando a Henry y Olga citándose animadamente para ir juntos a casa cuando cerraran la boîte.

—Bien, yo tengo ahorrados unos doscientos dólares. Supongo que los podremos utilizar para esto… Trata de que se esté tranquila hasta que consigamos un buen cambio…, y Henry, la próxima vez que juegues al póquer, por el amor de Dios, ten muchísimo cuidado.

El día antes de la primera sesión plenaria de la Conferencia de Paz, Dick entraba en el Crillon para subir a ver al señor Moorehouse, que les había prometido permisos de asistencia para el coronel Edgecombe y él, cuando vio un rostro familiar en un uniforme francés. Era Ripley, al que acababan de licenciar de la Academia de Artillería francesa de Fontainebleau. Dijo que andaba buscando a un viejo amigo de su padre para ver si le podía conseguir un trabajo relacionado con las delegaciones de paz. No tenía dinero y Marianne, la Tercera República, se negaba a seguir manteniéndolo a no ser que se alistara en la Legión Extranjera, y eso era la última cosa que quería hacer. Dick telefoneó al coronel Edgecombe para decirle que el señor Moorehouse no había podido conseguirles los pases y que tendría que tratar de conseguirlos a través de conductos militares, y se fue con Ripley a tomar un trago al bar del Ritz.

—¡Así da gusto vivir! —dijo Ripley mirando las condecoraciones y los uniformes y las joyas de las mujeres.

—¿Cómo van a conseguir que se queden en la granja después de haber visto París? —gruñó Dick—. Me gustaría muchísimo saber lo que voy a hacer después de dejar el Ejército.

—Pregúntame algo más fácil… Bueno, supongo que conseguiré un trabajo en alguna parte… Lo peor que me puede pasar es tener que volver a Columbia a terminar la carrera… Ya me gustaría que estallara la revolución… No quiero volver a Estados Unidos…, ¡coño!, no quiero volver.

Este tipo de conversaciones a Dick le ponían nervioso.

—*Méfiez vous* —citó—. *Les oreilles ennemies vous écoutent*.

—Y no digo ni la mitad.

—Oye, ¿has oído hablar de Steve Warner? —preguntó Dick en voz baja.

—He recibido una carta de Boston… Creo que le han condenado a un año por negarse a alistarse… Ha tenido suerte… Un montón de esos pobres diablos fueron condenados a veinte años.

—Pues bueno, eso pasa por hablar demasiado —dijo Dick en voz alta.

Ripley lo miró un segundo con los ojos entornados; luego, siguieron hablando de otras cosas.

Esa misma tarde, Dick llevó a la señorita Stoddard a tomar el té al Rumpelmeyer y luego la acompañó hasta el Crillon para visitar al señor Moorehouse. Los pasillos del Crillon eran un hormiguero de apresurados uniformes caqui, de marinos, de civiles y mensajeros; un tecleteo de máquinas de escribir salía de todos los despachos. En todos los descansillos había grupos de técnicos civiles de pie hablando en voz baja, mirando a los que pasaban, garrapateando notas en papeles.

La señorita Stoddard tomó a Dick del brazo con sus blancos dedos puntiagudos.

—Escuche…, ¿no es como una dinamo? ¿Qué cree usted que significa todo esto?

—Desde luego, la paz no —respondió Dick.

En el vestíbulo del señor Moorehouse, le presentó a la señorita Williams, la rubia de cara larga y aspecto cansado que era su secretaria.

—Es un tesoro —murmuró la señorita Stoddard al tiempo que cruzaban el salón —. Es la que más trabaja de todos.

Había mucha gente de pie a la luz azulada que se filtraba por los altos balcones. Un camarero se abría paso entre los grupos con una bandeja llena de vasos, y un tipo con pinta de valet circulaba de puntillas con una botella de oporto. Unos tenían tazas de té en la mano y otros vasos, pero nadie les prestaba mucha atención. Dick se dio cuenta, por el modo en que la señorita Stoddard entró en la habitación y el modo en que el señor Moorehouse se dirigió hacia ella, que estaba acostumbrada a dirigir aquel salón. Le presentaron a varias personas y anduvo un rato por allí con la boca cerrada y el oído alerta. El señor Moorehouse le habló y recordaba su nombre, pero en ese momento llegó un mensajero diciéndole que el coronel House estaba al teléfono, y Dick ya no tuvo oportunidad de hablar con él.

Cuando se iba, la señorita Williams, la secretaria, le dijo:

—Capitán Savage, perdone un momento… Usted es amigo del señor Robbins, ¿verdad?

Dick sonrió y dijo:

—Bueno, es más bien un conocido. Parece un individuo muy interesante.

—Es un hombre muy brillante —dijo la señorita Williams—, pero temo que esté desmoralizándose…; a mí todo esto me parece muy desmoralizador… para un hombre. ¿Cómo se puede esperar que alguien trabaje en un sitio donde se emplean tres horas en almorzar y el resto del tiempo se pasa en uno de esos miserables cafés bebiendo?

—A usted no le gusta París, señorita Williams.

—Debo confesarle que no.

—A Robbins, sí —dijo Dick maliciosamente.

—Demasiado —añadió la señorita Williams—. Pensaba que si usted era amigo suyo me ayudaría a que anduviera derecho. Nos preocupa mucho. No ha aparecido en dos días por aquí en uno de los momentos más importantes, cuando se pueden establecer contactos importantísimos. J. W. se está matando a fuerza de trabajar. Temo que enferme debido al esfuerzo… Además, no hay quien consiga una taquígrafa buena o una mecanógrafa extra… Tengo que pasar yo misma todas las cosas a máquina, aparte de cumplir con mis obligaciones de secretaria.

—En estos tiempos, todos estamos muy ocupados —dijo Dick—. Hasta la vista, señorita Williams.

Ella le sonrió cuando se iba.

A fines de febrero después de un viaje largo y terrible a Viena le llegó otra carta de Anne Elizbeth.

Queridísimo Dick:

Muchas gracias por tan bonitas postales. Sigo trabajando en esta mesa de despacho sintiéndome igual de sola. Trata de venir a Roma si puedes. Sucede algo que va a cambiar mucho nuestras vidas. Estoy terriblemente preocupada, pero tengo plena confianza en ti. Sé que eres un hombre de honor. Dick, querido, tengo que verte. Si no vienes uno de estos días, quizá deje todo esto y me presente en París a verte.

Tuya,

ANNE ELIZABETH

Dick se estremeció al leer la carta en la Brasserie Weber adonde había ido a beber una cerveza con un teniente de artillería que se llamaba Staunton Wills y estudiaba en la Sorbona. Luego, leyó una carta de su madre en la que se quejaba de su vejez solitaria, y otra del señor Cooper ofreciéndole trabajo. Wills le estaba hablando de una chica que había visto en el Théàtre Caumartin a la que quería conocer, y le preguntaba a Dick, en su calidad de experto en estas materias, lo que tenía que hacer

para conseguirlo. Dick trataba de decirle que lo mejor para verla era conseguir mandarle una nota por medio de la *ouvreuse*, mientras intentaba observar a los transeúntes con paraguas que pasaban arriba y abajo por la rue Royale, y a los taxis mojados y los coches oficiales brillantes, pero su mente era presa del pánico. Anne Elizabeth iba a tener un hijo y esperaba que se casase con ella; ¡antes lo mataban! Luego de tomar la cerveza, él y Wills bajaron por la orilla izquierda del Sena, mirando los puestos de libros usados y de grabados antiguos, y terminaron yendo a tomar el té a casa de Eleanor Stoddard.

—¿Por qué está tan melancólico, Richard? —le preguntó Eleanor.

Habían ido hasta el balcón con sus tazas de té. En la mesa, Wills estaba sentado hablando con Eveline Hutchins y un periodista.

Dick tomó un sorbo de té.

—Hablar con usted es para mí un gran placer, Eleanor —dijo.

—Bueno, entonces no es ésa la causa de que tenga esa cara tan larga, ¿verdad?

—Ya sabe…, hay días en que uno se siente como si estuviera paralizado… Supongo que estoy cansado de ir de uniforme… Por cambiar, me gustaría volver a ser un civil.

—No querrá volver a casa, ¿verdad?

—¡Oh, no! Supongo que tendré que volver para hacer algo por mi madre…, siempre que Henry no regrese… El coronel Edgecombe me dice que si renuncio a ser repatriado puede obtenerme la licencia aquí. Dios sabe que estoy decidido a ello.

—¿Por qué no se queda aquí en París? Podríamos lograr que J. W. le consiguiera algo… ¿No le gustaría ser uno de sus brillantes auxiliares?

—Sería mejor que la política de campanario de Jersey… Me gustaría un trabajo en el que necesitara viajar… Es absurdo, porque me he pasado la vida en tren en este destino que tengo, pero todavía no estoy harto.

Ella le dio unos golpecitos en la mano.

—Eso es lo que más me gusta de usted, Richard; ese gran apetito que tiene de todo… J. W. me ha hablado muchas veces de la expresión aguda que tiene usted… Él también es así; jamás dejan de apetecerle cosas, por eso se va convirtiendo en una auténtica potencia mundial… Ya sabe que el coronel House le consulta todas las veces… En cambio, yo he perdido mi apetito.

Volvieron a la mesa.

Al día siguiente se recibió orden de mandar un hombre a Roma, y Dick se ofreció voluntario. Cuando oyó la voz de Anne Elizabeth en el teléfono le invadió el pánico, pero procuró que su voz sonara lo más agradable posible.

—Qué bien has hecho en venir, Dicky, querido —decía ella.

Se encontraron en un café de la esquina de la piazza Venezia. A Dick le azaró la forma impulsiva en que ella corrió hacia él y le echó los brazos al cuello, besándole.

—No te preocupes —dijo ella riendo—, sólo pensarán que somos una pareja de norteamericanos locos… Oh, Dick, deja que te mire… ¡Oh, Dicky, querido, me he

sentido tan sola sin ti!

Dick tenía un nudo en la garganta.

—Podemos cenar juntos esta noche, ¿verdad? —consiguió decir—. Creo que podríamos tratar de localizar a Ed Schuyler.

Anne había escogido un hotelito situado en una calle apartada. Dick se dejó llevar; después de todo, ella estaba muy guapa con las mejillas encendidas, y el olor de su pelo le hizo pensar en el olor de los ciclámenes de la colina de Tivoli, pero mientras hizo el amor con ella, sudando y estrechándola entre los brazos, la cabeza le daba vueltas y dentro algo repetía: «¿Qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer?».

Llegaron tan tarde a casa de Ed que éste ya no los esperaba. Había hecho el equipaje para dejar Roma con destino a París, y a casa al día siguiente.

—Magnífico —dijo Dick—, iremos en el mismo tren.

—Es mi última noche en Roma, señoras y señores —anunció Ed—; vamos a cenar opíparamente y que la Cruz Roja se vaya al infierno.

Fue una cena colosal con vinos de primera clase en un lugar situado frente a la Columna Trajana, pero Dick no probó nada. Su propia voz le sonaba débil en los oídos. Notaba que Ed hacía grandes esfuerzos para alegrar la cosa pidiendo nuevas botellas, bromeando con el camarero, contando historias divertidas sobre sus desgracias con las damas romanas. Anne Elizabeth bebió vino en abundancia, dijo que los dragones del Socorro no eran tan malos como los pintaban, pues le habían dado una llave al decirles que su *fiancé* sólo iba a estar en Roma aquella noche. No dejaba de apretar la rodilla de Dick con la suya por debajo de la mesa y de insistir en que cantaran *Auld Lang Syne*. Después de cenar fueron en un coche a echar monedas a la Fontana de Trevi. Acabaron en casa de Ed sentados en su equipaje, terminando una botella de champán, de la que Ed se acordó de repente, y cantando *Auprès ma blonde*.

Dick se sintió todo el tiempo sobrio y con frío interior. Fue un alivio cuando Ed anunció en su borrachera que iba a visitar por última vez a unas encantadoras damas romanas y dejó su apartamento a *i promessi sposi* por el resto de la noche. Nada más irse, Anne Elizabeth le echó los brazos al cuello.

—Bésame, Dick, querido, y luego acompáñame a la junta metodista de templanza y moralidad pública… después de todo, lo importante es la moral privada. Oh, adoro nuestra moral privada.

Dick la besó, luego se apartó de ella y miró por la ventana. Había empezado a llover otra vez. Un farol lanzaba tenues franjas de luz sobre las losas de la escalinata de la plaza de España que distinguía entre las casas. Anne Elizabeth se le acercó y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿En qué estás pensando, Dicky?

—Mira, Anne Elizabeth, quería hablarte… ¿Crees de verdad que…?

—Ya llevo más de dos meses… No puede ser otra cosa, y de vez en cuando tengo

ligeros vómitos por la mañana. Hoy me he sentido muy mal, pero tengo que decirte que al verte se me ha pasado todo.

—Pero tienes que comprender que…, me preocupa terriblemente. Habrá algo que se pueda hacer.

—He probado con aceite de ricino y quinina… Es todo lo que sé…, ya sabes que soy una campesina.

—¡Oh, seamos serios! Tienes que hacer algo. Hay muchos médicos a los que podríamos recurrir… Conseguiré el dinero como sea… Lo malo es que tengo que volver mañana… ¡Ya me gustaría librarme de este maldito uniforme!

—Pero debo decirte que me parece que me gustaría casarme y tener un hijo… Si nos casamos el niño será tuyo.

—No puedo hacerlo… No me puedo permitir eso… En el Ejército no nos dejan casarnos.

—No es cierto, Dick —dijo ella lentamente.

Se quedaron de pie largo rato uno junto al otro sin mirarse, contemplando la lluvia que caía sobre los oscuros tejados y las franjas tenuemente fosforescentes de las calles. Anne Elizabeth habló con voz débil y temblorosa:

—Eso quiere decir que ya no me amas.

—Claro que te amo. Lo que pasa es que no sé lo que es el amor… Supongo que puedo querer a cualquier chica encantadora…, y especialmente a ti, cariño. —Dick oía su propia voz y le sonaba como la voz de otra persona—. Lo hemos pasado muy bien juntos. —Ella le besaba la barbilla por encima del apretado cuello de la guerrera —. Pero, querida, ¿no comprendes que yo no puedo mantener a un hijo hasta tener una carrera encarrilada? Además está mi madre, a la que tengo que mantener; Henry es tan irresponsable que no puede esperarse nada de él. Pero tengo que llevarte a casa; se está haciendo tarde.

Cuando llegaron a la calle había dejado de llover. Todos los desagües gorgoteaban y el agua brillaba en los canales de la calle bajo la luz de los faroles. De repente, ella le dio una palmada en la cara, le gritó «¡Atrápame!», y corrió calle abajo. Tuvo que perseguirla, jurando entre dientes. La perdió de vista en una plazuela, y estaba dispuesto a renunciar a perseguirla, cuando Anne Elizabeth salió de detrás de un fénix de piedra del borde una fuente. La agarró del brazo.

—No hagas tonterías —dijo enfadado—. ¿No ves que estoy terriblemente desesperado?

Ella se echó a llorar.

Cuando llegaron a la puerta, Anne Elizabeth se volvió súbitamente hacia él y le dijo muy seriamente:

—Mira, Dick, tal vez consigamos librarnos del niño… Montaré a caballo. Todo el mundo dice que eso funciona. Te escribiré… De verdad, no quiero crearte dificultades en tu carrera…, y sé que necesitas tiempo para escribir poesía… Tienes un futuro muy prometedor, querido, lo sé…; si nos casamos yo también trabajaré.

—Anne Elizabeth, eres una chica maravillosa; a lo mejor si no tenemos el niño podemos salir adelante.

Dick la cogió por los hombros y la besó en la frente.

De repente, ella se puso a dar saltitos, canturreando como una niña:

—¡Nos vamos a casar! ¡Nos vamos a casar! ¡Nos vamos a casar!

—A ver si eres un poco más seria.

—Lo seré… hasta la muerte —dijo ella lentamente—. Mira, no vengas a verme mañana… Tengo un montón de pedidos que verificar. Te escribiré a París.

De vuelta a su hotel, Dick tuvo una extraña sensación al ponerse el pijama y acostarse solo en la cama donde él y Anne Elizabeth habían estado juntos aquella misma tarde. Había chinches y la habitación olía mal y pasó una noche terrible.

Durante todo el viaje en tren a París, Ed no cesó de hacerle beber y de hablarle de la revolución, diciendo que sabía de buena fuente que los sindicatos se iban a apoderar de las fábricas en Italia el Primero de Mayo. Hungría ya era roja, y también Baviera; después vendría Austria, luego Italia, luego Prusia y Francia; las tropas norteamericanas enviadas a Arcángel contra los rusos se habían amotinado.

—Es la revolución mundial, una época magnífica para estar vivos y seremos muy afortunados si no dejamos el pellejo en ella.

Dick dijo bruscamente que no era de la misma opinión; los aliados tenían las cosas bien agarradas.

—Pero, Dick, yo creía que estabas a favor de la revolución; es la única manera de terminar con esta maldita guerra.

—La guerra ya ha terminado y todas esas revoluciones no son más que la guerra vuelta del revés… La guerra no termina al fusilar a los enemigos. Eso no es más que continuar la guerra.

Se enfadaron y discutieron violentamente. A Dick le alegró que estuvieran solos en el compartimento.

—Yo creía que tú eras monárquico, Ed.

—Lo era…, pero desde que he visto al rey de Italia, he cambiado de opinión… Supongo que ahora me inclino a favor de un dictador, del hombre en el caballo blanco.

Se echaron a dormir cada uno en su asiento, enfadados y borrachos. Por la mañana salieron con dolor de cabeza al aire gélido de una estación fronteriza y bebieron un chocolate caliente, humeante, que les sirvió una francesa de mejillas frescas en grandes tazones blancos. Todo estaba cubierto de escarcha. El sol salía de un bermellón brillante. Ed Schuyler hablaba de *la belle, la douce France*, y empezaron a entenderse mejor. Cuando llegaron a la *banlieue*, hablaban de ir a ver a Spinelli en *Plus Ça Change* aquella noche.

Después de la oficina, de atender diversas cuestiones y de la obligación de mantenerse tieso y muy militar delante de los sargentos, fue un alivio pasear por la orilla izquierda del Sena, donde en los árboles se abrían brotes rosa y verde pálido, y

los *bouquinistes* estaban cerrando sus puestos a la desvaneciente luz lila del crepúsculo. Llegó al Quai de la Tournelle donde todo estaba igual que hacía siglos, y luego subió poco a poco la fría escalera de piedra que llevaba a casa de Eleanor, a la que encontró sentada junto a una mesa, vestida de color marfil con perlas alrededor del cuello, sirviendo el té y repitiendo, con su agradable voz maliciosa, los últimos chismes del Crillon y de la Conferencia de Paz. Al marcharse, Eleanor le dijo que no se verían durante un par de semanas porque se iba a Roma a trabajar en la oficina de la Cruz Roja. Eso hizo que Dick tuviera una extraña sensación y dijera:

—¡Qué pena que no hayamos estado allí al mismo tiempo!

—También a mí me hubiese gustado —respondió ella—. *Arrivederci*, Richard.

Marzo fue un mes terrible para Dick. Le parecía que ya no le quedaban amigos y estaba harto de la gente que veía en la oficina de Despachos. Cuando no tenía servicio, la habitación de su hotel estaba tan fría que tenía que ir a un café a leer. Echaba de menos a Eleanor y las visitas a su cómodo apartamento. Seguía recibiendo cartas alarmantes de Anne Elizabeth; no entendía lo que había sucedido; en ellas hacía referencias misteriosas a una agradable amiga de Dick que trabajaba en la Cruz Roja a la que acababa de conocer y que se había portado muy bien con ella. Además, Dick no tenía ni un franco porque había tenido que prestárselos todos a Henry para que se desembarazara de Olga.

A principios de abril, al volver de uno de sus constantes viajes a Coblenza, encontró en su hotel un *pneumatique* de Eleanor. Le invitaba el domingo siguiente a una gira campestre en Chantilly, con ella y J. W.

Salieron a las once del Crillon en el Fiat nuevo de J. W. Iban Eleanor, con un traje sastre gris, una dama muy señorial de cierta edad, a la que llamaban señora Wilberforce y que era la esposa de uno de los vicepresidentes de la Standard Oil, y el señor Rasmussen con su cara larga. Era un buen día y el aire olía a primavera. En Chantilly cruzaron el parque del *château* y echaron comida a la gran carpa del estanque. Comieron en el bosque, sentados en cojines de goma inflables. J. W. hacía que todos rieran sin parar, explicando que odiaba las comidas campestres y preguntando a todos qué sería lo que incitaba a las mujeres, incluso a las más inteligentes, a invitar a la gente a giras campestres. Después de almorzar fueron en coche hasta Senlis para ver las casas que los ulanos habían destruido durante la batalla del Marne.

Al atravesar el jardín del destrozado *château*, Eleanor y Dick se quedaron un poco atrás.

—No tiene idea de cuándo van a firmar la paz, ¿verdad? —le preguntó Dick.

—Ahora no parece que nadie vaya a firmarla nunca…; indudablemente, los italianos no quieren. ¿Se ha enterado de lo que dijo D’Annunzio?

—El día después de que firmen la paz me quito la librea del Tío Sam… El único tiempo que se me ha hecho largo en toda mi vida ha sido el que llevo en el Ejército.

—He conocido a una amiga suya en Roma —dijo Eleanor mirándole de soslayo.

Dick sintió un escalofrío.

—¿Y de quién se trataba? —preguntó, esforzándose para que no le temblara la voz.

—Una chica de Texas…, muy guapa, por cierto. Me dijo que estaban ustedes comprometidos.

La voz de Eleanor era fría e inquisitiva como la fresa de un dentista.

—Ha exagerado un poco… —Dick se rió secamente como dijo Mark Twain cuando informaron de su muerte.

Notó que se estaba ruborizando de modo muy visible.

—Eso espero… Verá, Richard… Soy lo bastante mayor como para ser su…, bueno, su tía solterona. Es una chica guapa…, pero usted todavía no se debe casar… Claro, no es asunto mío…, pero un matrimonio a destiempo ha sido la ruina de muchos jóvenes prometedores… Tenía que decírselo.

—¡No sabe cuánto me gusta que se interese por mí de ese modo! Créame que lo sé apreciar. Comprendo perfectamente lo de los matrimonios a toda prisa; después se tiene mucho tiempo para arrepentirse. En realidad, no me interesa en absoluto casarme…, pero…, no sé. Todo esto es bastante difícil.

—No haga usted nunca nada difícil… No merece la pena —dijo Eleanor con severidad.

Dick no respondió nada y ella se apresuró a reunirse con los demás. Al caminar junto a ella, Dick observó que su perfil fríamente cincelado temblaba a cada golpe de los tacones altos de sus zapatos al pisar los adoquines. De repente, se volvió hacia él riendo.

—No le volveré a reñir nunca más, Richard, nunca más.

Se aproximaba un chaparrón. Casi no tuvieron tiempo de meterse en el coche antes de que empezara a llover. En el camino de vuelta, los suburbios de París parecían grises y siniestros bajo la lluvia. Cuando se despidieron en el vestíbulo del Crillon, J. W. dio a entender a Dick que tenía trabajo para él en su oficina en cuanto se licenciara. Dick volvió a su casa y escribió muy animado una carta a su madre:

> … No es que aquí en París no sea todo muy interesante o que no haya conseguido conocer a personas que están muy cerca de lo que pasa de verdad, pero llevar uniforme y tener que preocuparme siempre de las ordenanzas militares y de saludar y de todo eso, distrae mi mente del trabajo. Interiormente siempre estaré deprimido hasta que consiga volver a vestirme de paisano. Me han prometido un empleo en la oficina de J. Ward Moorehouse, aquí en París; ahora es técnico de esos de dólar-al-año, pero en cuanto se firme la paz espera volver a proseguir sus negocios. Es consejero de relaciones públicas y publicidad de grandes compañías como la Standard Oil. Es el tipo de trabajo que me permitirá seguir, al margen, mi auténtica tarea. Todos me dicen que es una de esas oportunidades que sólo se presentan una

vez en la vida…

La vez siguiente que vio a la señorita Williams, ésta le sonrió abiertamente y se adelantó hacia él con la mano extendida.

—¡Oh, no sabe lo que me alegra, capitán Savage! J. W. dice que va a trabajar usted con nosotros… Estoy segura de que será una experiencia ventajosa y provechosa por ambas partes.

—Bueno, no creo que deba ponerme a contar los polluelos antes de que salgan del cascarón —replicó Dick.

—Ya han salido —dijo la señorita Williams mirándole, resplandeciente.

A mediados de mayo, Dick volvía de Colonia con resaca después de una fiesta con un par de aviadores y unas chicas alemanas. Salir con chicas alemanas estaba estrictamente prohibido por el cuartel general y Dick se sentía un poco nervioso por temor a haberse comportado de un modo impropio de un oficial y caballero. Todavía tenía sabor a sket con duraznos en la boca cuando se apeó del tren en la Gare du Nord. En el despacho del coronel Edgecombe éste notó lo pálido y tembloroso que estaba y le gastó bromas sobre el terrible trabajo que tenía que hacer en el territorio de ocupación. Luego le mandó a casa a descansar. Cuando llegó al hotel encontró un *pneumatique* de Anne Elizabeth:

ESTOY EN EL CONTINENTAL
Y TENGO QUE VERTE INMEDIATAMENTE

Dick tomó un baño caliente y se acostó y durmió varias horas. Cuando se despertó, ya era de noche. Pasó cierto tiempo antes de que recordara el mensaje de Anne Elizabeth. Estaba sentado en el borde de la cama dispuesto a ponerse las botas para salir e ir a verla, cuando llamaron a su puerta. Era el ascensorista que le decía que había una dama esperándole abajo. El ascensorista casi no había tenido tiempo de decir esto, cuando Anne Elizabeth apareció corriendo por el pasillo. Estaba pálida y tenía una señal roja en uno de los lados de la cara. La travesura de haber aparecido corriendo nada más ser anunciada puso nervioso a Dick.

—Le dije que era tu hermana y corrí escaleras arriba —dijo, besándole sin aliento.

Dick dio al ascensorista un par de francos y susurró a Anne Elizabeth:

—Entra. ¿Qué pasa?

Dejó la puerta entreabierta.

—Tengo problemas… Quieren mandarme a casa.

—¿Cómo?

—He debido de hacer tonterías demasiado a menudo… No me importa nada; me

tienen harta.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Me caí del caballo en Ostia… Me he divertido a lo grande montando caballos de la caballería italiana…, lo aguantan todo.

Dick la miraba fijamente a la cara, tratando de adivinar su pensamiento.

—Bueno —dijo al fin—, ¿va todo bien? Tengo que saberlo… Siento una preocupación terrible.

Ella se echó boca abajo en la cama. Dick fue a cerrar la puerta, de puntillas. Anne Elizabeth tenía la cabeza tapada con el brazo y sollozaba. Dick se sentó en el borde de la cama y trató de que ella le mirara. De repente, Anne Elizabeth se puso de pie y empezó a caminar por la habitación.

—No ha funcionado nada… Voy a tener el niño… ¡Oh, estoy tan preocupada por papá! Tengo miedo de que se muera al enterarse… ¡Eres tan mezquino! ¡Tan mezquino!

—Pero, Anne Elizabeth, sé razonable… ¿Es que no podemos ser amigos? Me han ofrecido un buen trabajo en cuanto me licencien, pero no puedo cargar con una mujer y un hijo en el estado actual de las cosas, tienes que entenderlo… Si quieres casarte hay docenas de tipos que darían la vida por casarse contigo… Ya sabes lo popular que eres… Además, no creo que el matrimonio signifique nada.

Ella se sentó en una silla e inmediatamente volvió a ponerse de pie. Se reía.

—Si papá o Buster estuvieran aquí te obligarían, pistola en mano, a casarte, seguro…, pero eso tampoco serviría de mucho.

Su risa histérica irritaba a Dick; temblaba haciendo esfuerzos por dominarse y hablar razonablemente.

—¿Y por qué no con G. H. Barrow? Es un hombre importante y tiene dinero… Está loco por ti, me lo dijo cuando lo encontré en el Crillon el otro día… Después de todo, tenemos que ser sensatos… Y yo no tengo más culpa que tú…, si hubieras tomado las precauciones adecuadas…

Anne Elizabeth se quitó el sombrero y se alisó el pelo ante el espejo. Luego dejó correr agua en el lavabo, se mojó la cara y volvió a alisarse el pelo. Dick esperaba que se marchara, pues todo lo que hacía le estaba enloqueciendo. Había lágrimas en sus ojos cuando se le acercó.

—Dame un beso, Dick…, no te preocupes por mí… Ya me las arreglaré de algún modo.

—Estoy seguro de que todavía no es tarde para una operación —dijo Dick—. Me enteraré mañana de algún sitio y te mandaré una nota con la dirección al Continental…, Anne Elizabeth…

Ella negó con la cabeza, susurró un adiós y salió apresuradamente de la habitación.

—Bueno, eso es todo —se dijo Dick en voz alta.

Sentía mucha pena por Anne Elizabeth. «¡Vaya! Me alegra no ser una chica». Le

dolía mucho la cabeza. Cerró la puerta con llave y apagó la luz. Cuando abrió la ventana, una ráfaga de aire frío y húmedo entró en la habitación y le hizo sentirse mejor. Era como decía Ed: no se puede hacer nada sin que los demás se sientan desgraciados. Una jodida mierda de vida. Las calles de enfrente de la Gare Saint-Nazare brillaban como canales en las partes donde se reflejaba la luz de los faroles. Todavía había gente en las aceras, un hombre voceaba el *InTRANsigeant*, se oían las roncas bocinas de los taxis. Pensó en Anne Elizabeth yendo a casa sola en un taxi a través de las calles mojadas. Le hubiera gustado tener muchas vidas para pasar una de ellas con Anne Elizabeth. Escribiría un poema sobre ella y se lo mandaría. Y el olor de los ciclámenes. En el café de enfrente los camareros estaban dándoles vuelta a las sillas y poniéndolas encima de las mesas. Le gustaría tener muchas vidas para poder ser camarero de un café y dar vuelta a las sillas. Las persianas de hierro hacían ruido al caer. Era el momento en que las mujeres salían a la calle, andaban arriba y abajo, se detenían pasando por delante de los muchachos de piel color de seta. Se puso a temblar. Se metió en la cama; las sábanas tenían un lustre pegajoso. Era igual, París no era sitio para acostarse solo, para ir a casa solo en un ruidoso taxi entre el estrépito de los demás taxis. ¡Pobre Anne Elizabeth! ¡Pobre Dick! Temblaba entre las sábanas pegajosas, con los ojos obligatoriamente abiertos con imperdibles.

Se fue calentando gradualmente. Mañana. Las siete y media: afeitarse, ponerse las botas… *café au lait, brioches, beurre*. Tendrá hambre porque no ha cenado… *deux oeufs sur le plat. Bonjour m'ssiers mesdames*. Tintineo de espuelas en la oficina. Sargento Ames: descanso. El día transcurría de caqui; té al atardecer en casa de Eleanor; decirle que hable con Moorehouse para asegurarle el empleo después de la firma de la paz; contarle cosas del difunto general Ellsworth; reírse juntos. Más días arrastrando el caqui hasta la firma de la paz. ¡Plis! ¡Plas! Caqui. ¡Pobre Dick! Tiene que trabajar después de la firma de la paz. El pobre Tom tiene frío. ¡Pobre Dicky…! Richard… Encogió las piernas para poder frotarse los pies. ¡Los pobres pies de Richard! Después de la firma de la paz.

Cuando se le calentaron los pies, se había quedado dormido.

# Noticiario XXXVII

## GUARDIAS SOVIÉTICOS ELIMINADOS

el comandante en jefe norteamericano rindió tributo a los muertos y heridos, instó a los soldados a dar gracias a Dios por la victoria y manifestó que todos habían conocido una nueva versión del deber para con Dios y la patria. Cuando levantaron los números se descubrió que faltaba el de Zimzizimi de M. A. Aumont. El potro tuvo un ataque de tos por la mañana y en consecuencia fue retirado casi en el último momento

## LOS REPUBLICANOS DISPUESTOS A DERROTAR A WILSON

## AGITACIÓN EN CHICAGO POR EL JUICIO AL EX KÁISER

Johnny cogió su fusil
cogió su fusil
cogió su fusil
Ya los tenemos a la desbandada

afrontamos un gran cambio en la estructura social de este gran país —declaró el señor Schwab—; el hombre que sea aristócrata, en el futuro no lo será debido a su nacimiento o su riqueza sino porque haya hecho algo en favor del país

## GUERRA SIN PIEDAD PARA APLASTAR A LOS ROJOS

a la desbandada
a la desbandada

al mismo tiempo varias columnas de soldados y marineros aparecieron delante del palacio del canciller. La situación en Alemania se está convirtiendo en una reñidísima carrera entre los líderes norteamericanos y el bolchevismo. Dicen que Lloyd George defiende ambas partes en las conversaciones de paz.

Esa dama francesa tatuada
Tatuada de pies a cabeza
Era algo digno de ver

manifestaciones populares subrayarán las visitas del presidente y de los monarcas de Gran Bretaña y Bélgica, que serán obsequiados con una serie de *fêtes*. La ironía de la situación reside en el hecho de que la libertad de expresión y de prensa por la que han clamado los socialdemócratas constituye ahora para el nuevo gobierno la principal fuente de amenazas

Justo enfrente
Tenía la Real Fuerza Aérea
A su espalda estaba la Union Jack
¿Puede pedirse algo más?

el Departamento de Guerra ha decidido hoy publicar un mesurado boletín que se refiere al casi amotinamiento de algunas de las tropas norteamericanas en la zona de Arcángel y a su negativa a ir al frente cuando se les dio la orden a pesar de las instrucciones que tenía la policía se impuso una tranquilidad relativa, pero cuando la manifestación avanzaba a lo largo de las avenidas Malakoff, Henri Martin, Victor Hugo y el Trocadèro, y por el barrio aristocrático de París en el que vivía Jaurès, se tenía la impresión de caminar sobre un terreno minado donde el más leve incidente podía producir la explosión.

## SE ENVÍAN REFUERZOS PARA ELIMINAR LAS CAUSAS DE ANSIEDAD

Arriba y abajo de su columna vertebral
Estaba formada la Guardia Real
Y todo alrededor de sus caderas
Humeaba una flota de barcos de guerra

los obreros de Baviera han superado sus antagonismos de partido y se han unido en un poderoso bloque para enfrentarse a cualquier dominio y explotación; los consejos de obreros, campesinos y soldados han recabado la plena autoridad

Justo sobre el riñón
Tenía una vista de Sidney
Pero lo que más le gustó
Fue mi casa de Tenese en su pecho

## LOS EX HABITANTES DEL ESTE SON LOS RESPONSABLES DEL BOLCHEVISMO, DICE EL DOCTOR SIMONS ORDENES DE DESTINAR PALACIOS A CASAS DE OBREROS

parece que ahora Landrú será acusado de la muerte de todas las mujeres que han desaparecido en Francia, y no sólo en los diez años pasados, sino en muchísimas décadas antes

# El Ojo de la Cámara (40)

Recorrí a pie toda la ciudad huelga general no había autobuses ni taxis las entradas el metro cerradas en la place d'Ièna vi banderas rojas y a Anatole France con barba blanca pancartas de MUTILÉS DE GUERRE y las caras de cascanueces de los agentes de sûreté

*Mort aux vaches*

en la plaza de la Concordia los guardias republicanos con cascos como árboles de Navidad galopan entre la multitud golpeando a los parisinos con los sables de plano compases de la *Internacional* soldados de cara preocupada holgazaneando con las armas en el suelo a lo largo de los Grands Boulevards

*Vive les poilus*

en la République *à bas la guerre MORT AUX VACHES à bas la Paix des Assassins* han arrancado las verjas que rodean los árboles y tiran piedras y trozos de hierro a los Guardias Republicanos tan elegantemente vestidos abucheando silbando pinchando a los caballos con paraguas compases de la *Internacional*

en la Gare de l'Est cantan la *Internacional* entera la *gendarmerie nationale* se abre paso poco a poco calle Magenta abajo entre pedradas silbidos trozos de hierro la *Internacional Mort aux vaches* Barricadas tenemos que levantar barricadas jóvenes tratan de levantar persianas metálicas de una armería disparos de revólver una anciana fue alcanzada en una ventana (¿es suya la sangre de los adoquines?) todos corremos por un lado de la calle entramos en los portales las *concierges* tratan de cerrar las puertas de fuera la caballería carga en filas de a doce con rostros enfurecidos asustados y amenazadores tras sus grandes bigotes bajo sus cascos como árboles de Navidad

en una esquina tropiezo con un amigo que también corre cuidado Tiran a matar y está empezando a llover fuerte así que entramos juntos en un cafetín justo en el momento en que cae ruidosamente la persiana metálica dentro hay oscuridad y calma y unos pocos obreros de edad rezongan y beben en la barra *Ah les salops* no hay periódicos Alguien dijo que la revolución había triunfado en Marsella y Lille *Ça va taper dur* Bebemos ponche norteamericano tenemos los pies mojados en la mesa de al lado dos viejos juegan al ajedrez junto a una botella de vino blanco

luego espiamos por debajo de la cortina metálica que está bajada hacia la fuerte lluvia de las calles vacías sólo un paraguas destrozado junto a una vieja gorra a cuadros en el limpio canalón y una pancarta rota L'UNION DES TRAVAILLEURS FERA

# Noticiario XXXVIII

C’est a lutte finale
Groupons-nous et demain
L’Internationale
Sera la genre humain

DESCARGAS EN LA DIETA

TRABAJADORES DE LA YMCA DETENIDOS
POR ROBAR FONDOS

declara que sólo la inteligencia del pueblo puede dirigir a la nación en esa empresa DICE QUE ESTADOS UNIDOS DEBE POSEER LA MAYOR FLOTA DEL MUNDO «cuando estaba en Italia en un pequeño grupo de soldados italianos heridos se me acercó cojeando mientras solicitaba entrevistarse conmigo, y con la mayor sencillez, con una sencillez conmovedora, me presentaron una petición en favor de la Sociedad de Naciones». Sublevación de soldados en el teatro de la ópera alemana

SE ORDENA QUE DEJE MORIR A TODOS LOS GRIEGOS

SE AMOTINAN LOS CANADIENSES EN UN CAMPAMENTO BRITÁNICO

Levantaos prisioneros del hambre
Levantaos condenados de la tierra
Porque la justicia vence a la condena
À qui la faunte si le beurre est cher?

SUBEN LAS GANANCIAS EN WALL STREET
MUCHOS NUEVOS RÉCORDS NE SOYONS PAS LES DUPES DU TRAVESTI BOLCHEVISTE

en Washington prevalece la opinión de que si bien podría irritar al público el envío de tropas norteamericanas al Asia Menor, vería con más agrado que se utilizara el Ejército para establecer el orden al sur de Río Grande. Se restablece el orden en Lahore. En Lille se declara una huelga

## AMENAZA DE MOTÍN ENTRE LAS TROPAS ESTADOUNIDENSES

## EL JURADO DE CALIFORNIA DICTA VEREDICTO DE CULPABILIDAD CONTRA LOS OBREROS DE SACRAMENTO

Es la lucha final
Que cada uno permanezca en su puesto
La Internacional
Será la raza humana

## EL BOLCHEVISMO A PUNTO DE HUNDIRSE, DICE UN GENERAL FUGITIVO

la censura francesa no permite al *Herald* publicar lo que ha hecho la delegación china, pero no puede negarse que hay una seria inquietud. Difícilmente se puede esperar que hombres a quienes se les ha privado de la oportunidad de ganarse la vida, que ven a sus hijos llorando de hambre, que se enfrentan con el cierre indefinido de las industrias y el posible paro del tráfico ferroviario, contemplen la situación con calma y ecuanimidad.

## LOS BRITÁNICOS TRATAN DE MANTENER SU PROMESA DE COLGAR AL KÁISER

se dice que los coreanos confían en que el presidente Wilson irá en aeroplano y escuchará su punto de vista. Una bandera blanca situada en una colina de Seul se supone que señala el sitio del aterrizaje

# Nena

No se mareó ni un poco y fue muy popular durante la travesía, que fue alegre aunque el mar estaba agitado y hacía un frío intenso. Había un tal señor Barrow, enviado en misión especial por el presidente, que le prestó muchísima atención. Era un hombre interesantísimo y muy bien informado respecto a todo. Había sido socialista y tenido relaciones con el mundo del trabajo. Se mostró muy interesado cuando ella le habló de sus experiencias durante la huelga de los obreros textiles de Jersey. Por la tarde paseaban dando vueltas por cubierta cogidos del brazo; de vez en cuando perdían el equilibrio debido a alguna ola más fuerte. Nena tuvo algunos problemas con él, pues quería cortejarla, pero se las arregló para quitárselo de encima diciendo que lo que ella necesitaba en aquel momento era un buen amigo, que había tenido una relación amorosa muy desgraciada y que no podía volver a pensar en nada semejante. Él fue tan amable y simpático que le dijo que lo comprendía perfectamente porque durante toda su vida sus relaciones con mujeres también habían resultado muy poco satisfactorias. Dijo que la gente debía ser libre para enamorarse y casarse, y no estar sujeta a convenciones o inhibiciones. Decía que creía en la amistad apasionada. Nena replicó que ella también, pero cuando Barrow quiso que subiera a la habitación de su hotel la primera noche en París, Nena se negó rotundamente. Pero fue tan amable con ella durante su viaje a Roma que Nena empezó a pensar que si le pidiera que se casase con él tal vez lo haría.

En el tren había un oficial norteamericano, el capitán Savage, bien parecido y hábil conversador, que iba a Roma con importantes despachos. Desde el momento en que conoció a Dick, Europa le pareció maravillosa. Dick sabía francés e italiano, hablaba de lo hermosos que eran los destartalados pueblos y fruncía los labios de un modo muy gracioso cuando contaba anécdotas cómicas de la guerra. Era un poco como Webb, sólo que mucho más agradable, más decidido y más guapo. En cuanto lo vio se olvidó por completo de Joe y, en lo que se refiere a G. H. Barrow, ni siquiera podía pensar en él. Cuando el capitán Savage la miraba, ella se derretía por dentro; cuando llegaron a Roma ya admitía que estaba loca por él. Fueron a pasear juntos el día en que todos hicieron una excursión a las ruinas de la villa del emperador Adriano y del pueblecito en que había una cascada, y le alegró que Dick hubiese bebido. Todo el tiempo quería arrojarse entre sus brazos; había algo en el paisaje lluvioso y en los oscuros ojos lascivos de la gente y en los viejos nombres de los pueblos y en el ajo y el aceite de la comida y en las alegres voces y el olor de las flores silvestres color magenta pálido, que él dijo que se llamaban ciclámenes, que hacían que a Nena no le importara nada más. Casi se desmayó cuando él se puso a hacerle el amor. ¡Oh, estaba deseándolo! ¡Pero no! ¡No! Entonces no podía; al día siguiente bebería a pesar del compromiso firmado con el Socorro y se decidiría. No fue tan sórdido como había

esperado, pero tampoco fue maravilloso; estaba tremendamente asustada y tuvo frío y mareos, en especial cuando le dijo que nunca lo había hecho antes. Pero al día siguiente fue tan agradable y viril que, de repente, Nena se sintió feliz. Cuando Dick volvió a París y no le quedó más que su trabajo de oficina y un montón de viejas solteronas, la vida le pareció terrible.

Cuando se dio cuenta de que iba a tener un hijo se asustó mucho, pero tampoco le importó demasiado; claro, Dick se casaría con ella. Papá y Buster al principio se enfadarían, pero estaba segura de que después Dick les gustaría. Escribía poesía e iba a ser escritor cuando lo licenciaran en el Ejército; Nena estaba segura de que sería famoso. No la escribía muy a menudo y cuando hizo que viniera a visitarla a Roma no estuvo tan amable como ella había esperado; pero, claro, la noticia le había sorprendido. Decidieron que quizá sería mejor no tener el niño entonces o no casarse hasta que Dick terminara sus obligaciones militares, aunque no parecía que él vacilara en casarse después. Nena probó varias cosas y cabalgó mucho con el teniente Grassi, que se había educado en Eton y hablaba un inglés perfecto y era encantador con ella y le dijo que era la mejor amazona que había conocido nunca. Debido a que montaba tanto a caballo con el teniente Grassi y a que volvía tarde, los tipos del Socorro se enfadaron y decidieron enviarla a Norteamérica.

Cuando volvía en tren a París, Nena estaba asustada de verdad. El montar a caballo tampoco había dado resultado, y tenía todo el cuerpo dolorido a causa de la caída cuando uno de los caballos del regimiento del teniente Grassi se rompió una pata al saltar un muro de piedra. Tuvieron que matar al caballo y el teniente se puso furioso; esos extranjeros siempre tienen algo mezquino en el fondo. La preocupaba que la gente notara algo porque ya estaba de tres meses. Ella y Dick tenían que casarse de inmediato, eso era todo. Quizá todavía fuera mejor decir que los había casado en Roma un curita bajo y gordo.

En el instante en que vio la cara de Dick cuando ella corría por el pasillo del hotel hacia él, comprendió que había terminado todo. Dick ya no la quería. Volvió andando a su hotel casi incapaz de ver dónde iba por las calles mojadas y resbaladizas de París. Se sorprendió de haber llegado porque esperaba perderse. Casi hubiera deseado perderse. Subió a su cuarto y se sentó en una silla sin quitarse el abrigo ni el sombrero, que estaban empapados. Tenía que pensar. Aquello era el final de todo.

La mañana siguiente fue a la oficina; le dieron su hoja de repatriación y le dijeron en qué barco iba a ir y que zarparía dentro de cuatro días. Después regresó a su hotel y se volvió a sentar en la silla y trató de pensar. No podía volver a Dallas en aquel estado. Recibió una nota de Dick dándole la dirección de un médico.

«Perdóname —había escrito—. Eres una chica maravillosa y estoy seguro de que todo saldrá bien».

Rompió el fino papel azul en pedacitos y los tiró por la ventana. Luego se tumbó en la cama y lloró hasta que le quemaron los ojos. Sintió náuseas y tuvo que salir al pasillo para ir al retrete. Cuando se volvió a tumbar, se quedó un rato dormida y

despertó con hambre.

El día se había despejado; el sol entraba a torrentes en la habitación. Bajó al vestíbulo y llamó a G. H. Barrow a su oficina. Pareció encantado y dijo que si le esperaba una media hora, iría a buscarla para llevarla a almorzar al Bois. Lo olvidarían todo excepto que era primavera y que en el fondo de su corazón eran unos paganos. Nena frunció un poco el ceño, pero contestó en un tono bastante agradable que le esperaría.

Cuando llegó, Barrow llevaba un traje deportivo de franela gris y un sombrero flexible del mismo color. Nena se sentía muy cohibida junto a él con su uniforme gris oscuro que tanto odiaba.

—Mi queridísima chiquilla…, me ha salvado la vida —dijo él—. La primavera hace que piense en el suicidio si no estoy enamorado… Me estaba sintiendo viejo…, viejo y sin amor. Tenemos que cambiar todo eso.

—Algo así sentía yo también.

—¿Qué le pasa?

—Bien, a lo mejor se lo cuento y a lo mejor no. —Hoy casi le gustaban su nariz larga y su mandíbula aún más larga—. En cualquier caso, tengo demasiado apetito para hablar de nada.

—Yo lo hablaré todo… —dijo él riendo—. De todos modos, siempre lo hago… y mandaré que le sirvan el mejor almuerzo de toda su vida.

Barrow habló ruidosamente todo el tiempo, mientras iban en taxi: de la Conferencia de Paz y de la terrible lucha que había tenido que sostener el presidente para mantener sus principios intactos.

—Rodeado por todo tipo de siniestras intrigas, por los venenosos fantasmas de los tratados secretos, con dos de los más listos y taimados manipuladores de principios del gobierno del Viejo Mundo como oponentes… Ha luchado…, todos estamos luchando… Es la más grande cruzada de la historia: si ganamos ¡se vivirá mejor en el mundo! si perdemos, el mundo se abandonará al bolchevismo y a la desesperación… No se puede imaginar, Anne Elizabeth, lo agradable que me ha resultado su vocecita acariciándome súbitamente el oído a través del teléfono, una voz que me aleja, aunque sólo sea por breve espacio de tiempo, de todas estas preocupaciones y responsabilidades… Verá, incluso hay rumores de que han intentado envenenar al presidente en el Hôtel Murat… El presidente es el único que, apoyado por unos pocos y animado por algunos partidarios animosos y devotos, defiende la decencia, la equidad y el sentido común, no olvide eso ni un solo instante.

Hablaba sin parar como si estuviera soltando un discurso. Nena le oía vagamente como a través de una comunicación telefónica defectuosa. El día también lo percibía así, y las pequeñas pagodas en flor de las copas de los castaños de Indias, la muchedumbre, los niños elegantemente vestidos, las banderas que destacaban en el cielo azul, las calles de hermosas casas tras los árboles con sus piedras talladas y sus balcones de hierro y sus ventanas barnizadas brillando al sol de mayo… Todo París

era pequeño y brillante y lejano como un cuadro visto con los prismáticos al revés. Cuando les sirvieron la comida al aire libre, en el gran restaurante resplandeciente, le sucedió lo mismo: no pudo saborear lo que estaba comiendo.

Barrow le hizo beber bastante vino y al cabo de un rato se oyó a sí misma hablándole. Nunca había hablado así a un hombre hasta entonces. Parecía tan comprensivo y amable… Se sorprendió hablándole de papá y de lo difícil que había sido renunciar a Joe Washburn y de cómo durante la travesía la vida le había parecido de repente completamente nueva…

—Debo confesar que me pasó algo raro… Siempre me he llevado bien con todo el mundo y ahora ya no puedo hacerlo. En la oficina del Socorro de Roma no podía soportar a ninguna de aquellas individuas, y me hice muy amiga de un chico italiano con el que solía ir a montar a caballo, pero no pude arreglarme con él, y ya conoce usted al capitán Savage, el que nos dejó viajar en su compartimento cuando íbamos a Italia; además fuimos con él a Tivoli. —Sus oídos se pusieron a zumbar cuando empezó a hablar de Dick. Quería contárselo todo al señor Barrow—. Nos llevábamos tan bien que nos comprometimos, pero ahora nos hemos peleado.

Vio que la cara larga y huesuda del señor Barrow se inclinaba hacia ella por encima de la mesa. Había mucha distancia entre sus dientes delanteros cuando sonreía.

—¿No cree, Anne querida, que también podría llevarse un poco bien conmigo?

Extendió su mano descarnada y venosa hacia ella por encima de la mesa.

Nena se rio e inclinó la cabeza a un lado.

—Me parece que ya nos llevamos bastante bien, ¿no cree?

—Me haría muy feliz si usted supiera… De todos modos, usted siempre hace que me sienta feliz, sólo con mirarla… Soy más feliz en este momento de lo que lo he sido en años, exceptuado quizás el momento en que se firmó el Convenio de la Sociedad de Naciones.

Nena volvió a reír.

—Bien, pues yo no me siento para nada como si hubiera firmado un tratado de paz; la verdad es que me encuentro en un apuro terrible.

Se descubrió observando atentamente la cara del señor Barrow; se le había afinado el labio superior y ya no reía.

—¿Y qué es lo que le pasa? Si hay algo que yo pueda hacer…, bueno…, por ayudarla…, sería el hombre más feliz del mundo.

—¡Oh, no! Me molesta perder mi trabajo y tener que volver a casa así…, son cosas de ese tipo… Todo es culpa mía por haberme portado como una idiota.

Nena estaba a punto de perder el control y echarse a llorar, pero de pronto sintió náuseas y tuvo que correr al servicio de señoras del restaurante. Llegó justo a tiempo. La mujer del servicio, de cara informe y apergaminada, fue muy amable y simpática; a Nena le asustó que se hubiera dado cuenta de inmediato de lo que pasaba. No sabía mucho francés, pero pudo enterarse de que la mujer le preguntaba si era el primer

hijo de madame, que de cuántos meses estaba, y que le daba la enhorabuena. De pronto, Nena decidió matarse. Cuando volvió a la mesa, Barrow había pagado la cuenta y paseaba arriba y abajo por el sendero de grava que había delante de las mesas.

—¡Pobre chica! —dijo—. ¿Qué le pasa? De pronto, se ha puesto usted mortalmente pálida.

—No es nada… Voy a ir a casa a tumbarme un rato… Me parece que todos esos espaguetis y el ajo italiano no me han sentado nada bien… O quizá sea el vino.

—Pero tal vez yo pueda ayudarla a encontrar empleo en París. ¿Sabe usted taquigrafía o escribir a máquina?

—Podría intentarlo —replicó Nena amargamente.

Odiaba al señor Barrow. En el viaje de vuelta en taxi no se le ocurrió nada que decir. El señor Barrow hablaba y hablaba. Cuando llegó al hotel, Nena subió a su cuarto y se tumbó en la cama y empezó a pensar en Dick.

Decidió volver a Estados Unidos. No salía de su cuarto y, aunque el señor Barrow la llamaba sin parar para invitarla a salir y sugerirle posibles empleos, no le quiso ver. Dijo que tenía un ataque de bilis y que debía guardar cama. La noche antes de marcharse, Barrow la invitó a cenar con él y unos amigos y, antes de darse cuenta, había aceptado. Vino a buscarla a las seis y la llevó a tomar un cóctel al bar del Ritz. Nena se había comprado un traje de noche en las Galeries Lafayette y se encontraba tan bien —se decía a sí misma mientras tomaba el cóctel de champán—, que si apareciera Dick ahora ni siquiera pestañearía. El señor Barrow le hablaba de la situación en el Fiume y de las dificultades que el presidente tenía en el Congreso y de cuánto temía que toda la gran obra de la Sociedad de Naciones estuviera en peligro, cuando entró Dick, muy guapo, de uniforme, con una mujer pálida, mayor que él y vestida de gris, y un hombre alto de pelo claro y algo grueso, al que el señor Barrow señaló diciendo que era J. Ward Moorehouse. Dick debía de haberla visto, pero no la quería mirar. A Nena ya no le importaba nada. Bebieron sus cócteles y se fueron. Camino de Montmartre dejó que el señor Barrow le diera un largo beso en la boca; beso que puso a éste de buen humor. A Nena no le importó; había decidido suicidarse.

Esperándoles en la mesa del Hermitage que había reservado el señor Barrow estaban un periodista que se llamaba Burnham y una señorita Hutchins que trabajaba en la Cruz Roja. Estaban muy excitados a causa de un tipo llamado Stevens que había sido detenido por el Ejército de Ocupación, ellos creían que acusado de hacer propaganda bolchevique; había sido juzgado en consejo de guerra y temían que lo fueran a fusilar. La señorita Hutchins estaba muy preocupada y dijo al señor Barrow que tenía que ver al presidente en cuanto éste volviera a París para exponerle el caso. Mientras tanto había que conseguir el aplazamiento de la ejecución de la sentencia. La señorita Hutchins dijo que Don Stevens era periodista y que, aunque fuera de izquierdas, no se hallaba vinculado a ningún tipo de aparato de propaganda y que, además, era horrible fusilar a un hombre sólo por desear un mundo mejor. El señor

Barrow estaba muy azorado y carraspeó, tartamudeó y dijo que Stevens era un muchacho muy idiota que hablaba demasiado de cosas que no entendía, pero que comprendía que había que hacer todo lo posible para sacarle del apuro, aunque no hubiera tenido, después de todo, la actitud adecuada a las circunstancias.

Eso hizo que la señorita Hutchins se enfadara mucho.

—Pero lo van a fusilar… Suponga que eso le hubiera pasado a usted —repetía—. ¿Es que no comprende que se trata de salvarle la vida?

A Nena no se le ocurría nada qué decir, pues ni siquiera sabía de lo que estaban hablando; se limitó a permanecer sentada en el restaurante mirando a los camareros y a las luces y a la gente de las mesas. Frente a ella había un grupo de oficiales franceses jóvenes y atractivos. Uno de ellos, un tipo alto y de nariz aguileña, la estaba mirando. Sus ojos se encontraron y ella sonrió sin poder evitarlo. Aquellos chicos parecían estarlo pasando muy bien. Un grupo de norteamericanos vestidos con excesiva elegancia cruzó entre ella y los franceses. Eran Dick, la mujer pálida, J. Ward Moorehouse y una mujer madura enorme y con muchos volantes color rosa y esmeraldas. Se sentaron a la mesa de al lado de la de Nena donde toda la noche había habido un letrero que decía RESERVÉE. Se hicieron las presentaciones y ella y Dick se dieron la mano muy formalmente, como si sólo fueran meros conocidos. La señorita Stoddard, con la que Nena había tenido tanta amistad en Roma, le dirigió una rápida y fría mirada inquisitiva que la hizo sentirse muy mal.

La señorita Hutchins se cambió inmediatamente de mesa y se puso a hablar de Don Stevens, tratando de conseguir que el señor Moorehouse llamara al coronel House en aquel mismo momento para conseguir que tomara cartas en el asunto. El señor Moorehouse reaccionó con mucha calma y compostura, y dijo que estaba seguro de que no había motivo para su ansiedad, ya que lo más seguro era que Stevens sólo estuviera sujeto a investigación, y que en cualquier caso no creía que el Ejército de Ocupación tomara ninguna medida extrema contra un civil que, además, era ciudadano norteamericano. La señorita Hutchins replicó que todo lo que quería era una suspensión de la sentencia, pues su padre era amigo de La Follette y tenía notables influencias en Washington. El señor Moorehouse sonrió cuando oyó aquello.

—Si su vida dependiera de la influencia del senador La Follete, creo que tendrías motivo para alarmarte, Eveline, pero puedo asegurarte que no es así.

La señorita Hutchins pareció enfadarse mucho al oír aquello y, enfurruñada, empezó a tomar su sopa. De todos modos, la fiesta se había aguado. Nena no conseguía imaginar qué era lo que les había puesto a todos tan serios y circunspectos; tal vez tenía que ver con lo suyo y Dick. De vez en cuando le miraba de reojo. Parecía tan distinto al que ella había conocido al verlo allí sentado, tan correcto y modoso, a ratos hablando con la mujer gorda vestida de rosa en voz baja, que tuvo ganas de tirarle un plato a la cabeza.

Fue un alivio que la orquesta empezara a tocar música de baile. El señor Barrow no era buen bailarín y a Nena no le gustó su manera de apretarle la mano y acariciarle

el cuello. Cuando se cansaron de bailar, fueron a la barra a tomar un gin fizz. El techo estaba decorado con la tricolor; los cuatro oficiales franceses estaban allí; había gente cantando *La Madelon de la victoire* y todas las chicas se reían y hablaban en un francés muy agudo.

El señor Barrow le susurraba todo el rato al oído:

—Querida, tienes que dejarme que te acompañe a casa esta noche… No debes marcharte… Estoy seguro de que lo podría arreglar todo con la Cruz Roja o con lo que sea… He tenido una vida tan desdichada que creo que me mataría si me veo obligado a renunciar a ti… ¿No me puedes querer un poco? He dedicado mi vida a unos ideales inalcanzables y ahora me estoy haciendo viejo sin conseguir ni un momento de auténtica felicidad. Eres la única chica que he conocido que parece ser, de corazón, una maravillosa pagana… que aprecia el arte de vivir.

Luego le dio un húmedo beso en la oreja.

—Pero, George, ahora no puedo amar a nadie… Odio a todo el mundo.

—Déjame que te enseñe…, dame una oportunidad.

—Si me conocieras, no me desearías —dijo ella fríamente.

Advirtió otra vez en el rostro de Barrow aquella extraña mirada de pánico y el afinamiento de los labios sobre los dientes ampliamente espaciados.

Volvieron a la mesa. Nena se quedó sentada y nerviosa mientras todos los demás hablaban, con cuidado y largas pausas, del Tratado de Paz, de cuándo se iba a firmar, de si lo firmarían los alemanes. Luego ya no lo pudo resistir más y fue al servicio de señoras a empolvarse la nariz. En el camino de vuelta a la mesa, anduvo mirando lo que pasaba en el bar.

El oficial francés de la nariz aguileña le vio, dio un salto, se puso de pie, juntó los talones, saludó, hizo una reverencia y dijo en un mal inglés:

—Encantadora señorita, ¿no quiere usted quedarse un momento y tomar una copa con su humilde servidor?

Nena se acercó a su mesa y se sentó.

—Ustedes parecen divertirse mucho —dijo—. Yo estoy con el peor grupo de caballeros que me podía tocar en suerte… Me aburren horrores.

—*Permettez, mademoiselle* —dijo el francés, y le presentó a sus amigos.

Era aviador. Todos eran oficiales de aviación. Se llamaba Pierre. Cuando Nena dijo que su hermano había sido aviador también y le habían matado, estuvieron muy cariñosos con ella. No pudo evitar que creyeran que Bud había caído en el frente.

—Mademoiselle —dijo Pierre solemnemente—, permítame, con todos los respetos, que sea su hermano.

—Vengan esos cinco —dijo ella.

Se estrecharon la mano solemnemente; ellos bebían coñac, pero pidieron champán. Nena bailó con todos. Estaba muy contenta y no le importaba lo que iba a pasar. Eran unos chicos muy guapos, se reían sin parar y se mostraban muy agradables con ella. Se cogieron de la mano y bailaban alrededor del rosetón del

centro de la sala mientras la gente aplaudía, cuando Nena vio la cara roja e indignada del señor Barrow ante la puerta. La siguiente vez que le tocó pasar por la puerta, Nena le gritó por encima del hombro.

—Vuelvo dentro de un minuto, profesor.

La cara desapareció. Nena se sentía mareada, pero Pierre la agarró y la estrechó con fuerza; aunque olía a perfume le gustó que la estrechara tan fuerte.

Le sugirió que fueran a otro sitio.

—Mademoiselle hermana —susurró—, permítanos que le enseñemos los *mystères de Paris*…, luego la reintegraremos a sus caballeros. Probablemente se emborracharán… En realidad, se emborrachan siempre.

Se rieron. Pierre tenía los ojos grises y el pelo claro; dijo que era normando. Nena aseguró que era el francés más agradable que había conocido nunca. Le costó bastante conseguir su abrigo en el guardarropa porque no tenía la contraseña, pero pasó dentro y lo buscó mientras Pierre hablaba en francés con la empleada. Subieron a un largo automóvil gris; Nena nunca había ido tan deprisa. Sin embargo, Pierre era un gran conductor; le gustaba el juego de dirigirse a toda velocidad contra un gendarme y frenar en el último momento. Nena le preguntó qué pasaría si atropellaban a uno y él se encogió de hombros y contestó:

—No importa…, son, ¿cómo dicen ustedes?, unos malditos bueyes.

Fueron al Maxim's, que les pareció demasiado tranquilo, luego a un saloncito de baile del otro extremo de París. Nena se daba cuenta de que Pierre era conocido en todas partes y un as de la aviación. Los otros aviadores encontraron chicas en sitios diferentes y desaparecieron. Antes de que Nena se diera cuenta de ello, Pierre y ella estaban solos en el largo coche gris.

—Primero —explicaba él—, iremos a Les Halles a tomar una *soupe à l'oignon*… y luego te llevaré a dar un paseo en avión.

—Sí, por favor. Nunca he montado en un avión… Me gustaría mucho… y hacer un bucle… Prométeme que haremos un bucle.

—*Entendu* —respondió él.

Se sentaron un tanto adormilados en un pequeño restaurante vacío y tomaron sopa de cebolla y bebieron un poco más de champán. Pierre seguía siendo amable y considerado, pero parecía haber olvidado su inglés. Nena pensó vagamente en volver al hotel y alcanzar el tren de su barco, pero lo único que parecía ser capaz de decir era:

—Vamos a rizar el rizo, prométeme que rizaremos el rizo.

Los ojos de Pierre estaban un poco vidriosos.

—Con mademoiselle hermana —dijo—, no haré el amor… sólo rizaré el rizo.

Había un largo trecho hasta el campo de aviación. La leve luz grisácea del amanecer se insinuaba por encima de todo. Pierre ya no podía guiar en línea recta, así que Nena tuvo que agarrar el volante una o dos veces para enderezar el coche. Cuando se detuvieron bruscamente en el campo, vio la hilera de hangares y tres

aeroplanos intensamente azules y, más allá, filas de álamos contra el borde plateado de la llanura. Por encima, el cielo se curvaba como una tienda de campaña mojada. Nena se apeó del coche temblando.

Pierre se tambaleaba un poco.

—Tal vez prefieras irte a la cama…, la cama está muy bien —dijo bostezando.

Ella le pasó el brazo por la cintura.

—Me prometiste que haríamos un bucle.

—De acuerdo —dijo Pierre enfadado, y se dirigió hacia uno de los aviones.

Estuvo manipulando el motor un rato y Nena pudo oírle maldecir en francés. Luego entró en un hangar para despertar a un mecánico. Nena se quedó allí de pie, temblando a la luz plateada. No podía pensar en nada. Quería subir a un avión. Le dolía la cabeza, pero no tenía náuseas. Cuando el mecánico volvió con Pierre y comprendió que discutía con él tratando de disuadirlo de que volara, se enfadó mucho.

—¡Pierre, has prometido que daríamos un paseo! —gritó a los dos hombres que discutían en francés medio dormidos.

—Muy bien, mademoiselle hermana.

La envolvieron en un pesado capote militar y la sujetaron cuidadosamente en el asiento del observador. Pierre trepó al asiento del piloto. Era un monoplano Blériot, dijo él. El mecánico hizo girar la hélice. El motor se puso en marcha. Todo se llenó del rugido del motor. De pronto, Nena tuvo mucho miedo y se sintió sobria; pensó en casa y en Papá y Buster y el barco que tenía que tomar mañana; no, ya era hoy. El tiempo parecía interminable desde que rugía el motor. La luz era más brillante. Empezó a manipular las correas para desatarse. Volar en aquellas circunstancias era una locura. Tenía que coger el barco. El avión ya se había puesto en marcha. Avanzaba dando saltos por el campo. Seguía saltando sobre tierra firme. A lo mejor no despegaba. Esperaba que no despegara. Una hilera de álamos desfiló por debajo de ellos. El motor funcionaba ahora de modo regular. Estaban subiendo. Ya era de día; un frío sol de plata brillaba en su cara. Debajo de ellos había un suelo de espesas nubes blancas semejante a una playa. Tenía un frío terrible y la aturdía el ruido del motor. El hombre con gafas que iba delante de ella se volvió y le gritó algo. No le pudo oír. Había olvidado quién era Pierre. Extendió sus manos hacia él y trazó una circunferencia en el aire. El avión seguía subiendo. Empezó a ver colinas asomando por ambos lados de las blancas nubes; debía de ser el valle del Sena cubierto por la niebla. ¿Dónde estaba París? Iban a hundirse en el sol. ¡No, no, no, no quiero, no quiero! Esto es el fin. Las blancas nubes formaban un techo por encima, el sol dio una vuelta primero, luego se puso a girar rápidamente, después más despacio. El avión volvía a subir. Estaba terriblemente mareada, tenía miedo a desmayarse. Morir debía ser algo así, como esto. A lo mejor estaba abortando. El cuerpo le palpitaba al ritmo del motor. Apenas tuvo fuerzas para extender la mano hacia él de nuevo y hacer el mismo gesto. Otra vez lo mismo. Esta vez no se sintió tan mal. Subían de nuevo

hacia el cielo azul. Debía de haber viento porque el avión oscilaba suavemente y caía pesadamente en un vacío angustioso. La cara de las gafas se volvió hacia ella moviéndose a un lado y otro. Pensó que sus labios formaban las palabras: «Mal, mal, muy mal», pero ahora podía ver París como un bordado, con todas sus agujas y la Tour Eiffel y las torres del Trocadero destacándose entre la neblina lechosa. El Sacré Coeur de Montmartre era blanquísimo y proyectaba una sombra clara sobre el jardín, que parecía un mapa. Después se quedó atrás y estaban dando vueltas sobre un prado verde. El avión se movía mucho y volvió a marearse. Hubo el ruido de algo que se rompe en alguna parte. Un cable se había soltado y se agitaba brillando contra el azul como si gimiera. Trató de gritar al hombre de las gafas. Éste se volvió y la vio haciendo el gesto de siempre y se lanzó otra vez hacia abajo. Esta vez. ¡No! París, la Tour Eiffel, el Sacré Coeur, el prado verde daban vueltas, giraban. Volvían a subir. Nena vio el reflejo de un ala que se deslizaba sola a cierta distancia del avión. El sol daba vueltas y la cegó mientras caían.

# Noticiario XXXIX

el espectáculo de los pueblos en ruinas y la tierra torturada «obra de monstruos» estremece el corazón del señor Hugh C. Wallace durante su visita a las regiones devastadas y destrozadas

LOS TANQUES LIGEROS DESPIERTAN ENTUSIASMO
EN LA QUINTA AVENIDA

ESTADOS UNIDOS SE MOVILIZA EN ORIENTE CONTRA
LA AMENAZA JAPONESA

Domina Britania, domina las olas
Los británicos nunca serán esclavos

JOVEN ENCONTRADA ESTRANGULADA

los socialrevolucionarios son agentes de Denikin, Kolchak y los Ejércitos Imperiales Aliados. Fui uno de los que organizaron el Consejo de Soldados, Marinos y Obreros de Seattle. En este mitin hay el mismo sentimiento que surgió en nuestro mitin de Seattle cuando acudieron 5.000 hombres uniformados. ELEXKÁISER PASA MUCHAS HORAS ESCRIBIENDO. Hablando en términos generales, no les queda más que elegir entre el socialismo revolucionario y la anarquía. Inglaterra ya ha caído en el socialismo, Francia lo duda, Bélgica ha caído, Italia va a caer, mientras la sombra de Lenin se extiende más y más sobre la Conferencia.

DIEZ BARCOS COLOCAN LA BARRERA DE LA MUERTE
ENTRE LAS ORKNEY Y LAS SKAGERRAK

FALTA CARBÓN? PRUEBE LA TURBA

Si quieres ver a los generales
Yo sé dónde están
Si quieres ver a los generales
Yo sé dónde están

las masas todavía no saben cómo empezó la guerra, cómo fue dirigida, o cómo terminó, declaró Maximilian Harden. El Ministerio de la Guerra fue asaltado por manifestantes que sacaron a herr Neuring y lo arrojaron al Elba, donde fue muerto a tiros cuando intentaba ganar la orilla a nado

## PRÁCTICAS INMORALES SON LAS RESPONSABLES DEL ALTO COSTE DE LA VIDA,
## DICE WILSON EN EL CONGRESO

Los he visto
Los he visto
Allá en el
Fondo del refugio

# El Ojo de la Cámara (41)

¿no vienes a la fiesta anarquista? se va a celebrar una fiesta anarquista claro tienes que venir a la fiesta anarquista de esta tarde era a cierta distancia de Garches en una especie de parque lleva bastante tiempo ir hasta allí llegamos tarde había chicos y chicas jóvenes con gafas y viejos de bigote y larga perilla blanca y todos llevaban chalinas negras de artista algunos se habían quitado zapatos y calcetines y caminaban sobre la alta hierba un joven con una chalina negra de artista leía un poema. *Voilà* dijo una voz *c'est plûtot le geste prolétaire* fue una tarde agradable nos sentamos en la hierba a contemplar *le geste prolétaire*

Pero que Dios los maldiga tienen todas las ametralladoras del mundo todas las máquinas de imprimir todas las linotipias las cintas telegráficas las llaves los uniformes el Ritz y nosotros ¿y tú y yo? nada en las manos unas pocas canciones no muy buenas *plûtot le geste prolétaire*

Le bourgeois à la lanterne nom de dieu

*et l'humanité la futurité la lutte des classes l'inépuisable angoisse des foules la misère du travailleur tu sais mon vieux sans blague*

hacía frío a principios del verano entre los árboles dieciochescos cuando iniciamos el regreso a casa me senté en la *impériale* del vagón de tercera clase con la hija del Libertaire (es decir nuestro Patrick Henry después de todo la victoria o la muerte) una chica guapa su padre dijo nunca la dejaba salir sola nunca la dejaba ver a jóvenes era como estar en un convento ella quería libertad fraternidad igualdad y un joven que la sacara de paseo en los túneles el humo del carbón nos hizo toser y ella quería *l'Amérique la vie le théatre* el té de las cinco *le smoking le foxtrot* era guapa y vinimos sentados uno junto al otro en el techo del vagón y miramos la *banlieue* de París un desierto de casitas de ladrillos aplastadas por la tremenda tristeza de la tarde ella y yo *tu sais mon ami* pero ¿qué diablos de administración es ésta?

# Noticiario XL

CRIMINAL EN PIJAMA LIMA LOS BARROTES, ESCALA
LOS MUROS, HUYE

¡Italianos! Recordad frente a todos y a todo que el faro está encendido en Fiume y que todas las arengas están contenidas en las palabras: Fiume o muerte.

Criez aux quatre vents que je n'accepte aucune transaction. Le reste ici contre tout le monde et je prepare de très mauvais jours.

Criez cela je vous prie a tue-tête

la llamada al alistamiento menciona la posibilidad de conseguir galones dorados, y las oportunidades de cazar fieras y de practicar deportes acuáticos, sumadas a las ventajas de carácter general de viajar a países extranjeros

Chi va piano
Va sano
Chi va forte
Va'la morte
Evviva la libertà

UN TERREMOTO EN ITALIA DEVASTA TANTO
COMO LA GUERRA

el único modo de que las chicas de la YMCA puedan viajar es con los transportes de tropas; parte de la flota se hará a la mar para escoltar a Wilson

DEMPSEY NOQUEA A WILLIAMS EN EL TERCER ASALTO

Ils son sourds.
Je vous embrasse.
Le coeur de Fiume est à vous.

# Joe Hill

Un joven sueco llamado Hillstrom se hizo a la mar, se encalleció las manos en barcos de vela, aprendió inglés en el castillo de proa de los vapores que hacían la ruta Estocolmo-Hull, y soñó, como todo sueco, en ir al Oeste;

cuando llegó a Norteamérica le dieron trabajo de limpiador de escupideras en una taberna del Bowery.

Se trasladó al Oeste y en Chicago trabajó en una tienda de maquinaria.

Se trasladó más al Oeste y siguió las cosechas, merodeó en torno a las agencias de colocaciones, pagó más de un dólar por un trabajo en la construcción y caminó muchos kilómetros porque la comida era muy mala o el jefe muy bruto, o porque había demasiadas chinches en los camastros;

leyó a Marx y se afilió a los I.W.W. Prólogo al sueño de formar la estructura de la nueva sociedad dentro de los moldes de la vieja.

Estaba en California durante la huelga S. P. *(Casey Jones, dos locomotoras, Casey Jones)*, solía tocar la concertina a la puerta del barracón, después de cenar, por la noche *(Todas las noches aparecían predicadores de pelo largo)*, tenía el don de poner palabras de rebeldía a las canciones *(Y el sindicato nos hace fuertes)*.

A lo largo de la costa en cabañas de cocineros posadas nocturnas junglas los I.W.W. los vagabundos los segadores empezaron a cantar las canciones de Joe Hill. Las cantaban en cárceles de condados de los estados de Washington, Oregón, California, Nevada, Idaho, en los corrales de ganado de Montana y Arizona, las cantaban en Walla Walla, San Quintín y Leavenworth,

formando la estructura de la nueva sociedad dentro de las cárceles de la vieja.

En Bingham, Utah, Joe Hill organizó a los obreros de la Utah Construction Company en un Gran Sindicato, consiguió una nueva escala de sueldos, menos horas, mejor comida. (Al ángel de Moroni no le gustaban más los que organizaban a los obreros de lo que le gustaban a la Southern Pacific).

El ángel Moroni conmovió el corazón de los mormones para que decidieran que había sido Joe Hill quien asesinó a un tendero llamado Morrison. El cónsul sueco y el presidente Wilson trataron de conseguir un nuevo proceso, pero el ángel Moroni conmovió los corazones de los miembros del Tribunal Supremo del Estado de Utah para que mantuvieran el veredicto de culpabilidad. Estuvo un año en la cárcel, siguió componiendo canciones. En noviembre de 1915 lo pusieron de pie contra un paredón del patio de la cárcel de Salt Lake City.

—No lloréis por mí, organizaos —fueron las últimas palabras que dirigió a los broncos obreros del I.W.W. Joe Hill, de pie contra el paredón del patio de la cárcel, miró la boca de los fusiles y dio la orden de fuego.

Le pusieron un traje negro, un cuello duro y una corbata, y lo mandaron a Chicago para hacerle un solemne funeral, y tomaron fotografías de su hermosa máscara de piedra que miraba al futuro.

El Primero de Mayo se lanzaron sus cenizas al viento

# Ben Compton

*La historia de la sociedad actual es la historia de la lucha de clases…*

Sus viejos eran judíos, pero en el colegio Benny siempre decía que no era judío, que era norteamericano, porque había nacido en Brooklyn y vivía en el 2.531 de la Avenida Veinticinco, en Flatbush, en una casa propia. El profesor del séptimo grado dijo que bizqueaba y lo mandó a casa con una nota, conque papá dejó una tarde la joyería donde trabajaba con una lente en el ojo arreglando relojes, para llevar a Benny a un oculista que le echó unas gotas en los ojos y le hizo leer letras muy pequeñas escritas en un cartel blanco. A papá le hizo gracia que el oculista dijera que Benny tenía que usar gafas.

—Ojos de relojero…, sale a su padre —dijo, y le dio unas palmaditas en la mejilla.

Las gafas de montura de acero a Benny le pesaban en la nariz y le cortaban detrás de las orejas. Le pareció raro que papá dijera al óptico que un chico con gafas no sería un vago ni un jugador de béisbol como Sam e Isidore, sino que estudiaría mucho y sería abogado y hombre culto como los de tiempos pasados.

—A lo mejor será rabino —dijo el óptico, pero papá dijo que los rabinos eran unos haraganes y vivían de la sangre de los pobres; él y su vieja todavía comían kosher y guardaban el sábat como sus padres, pero la sinagoga y los rabinos…, hizo un ruidito con los labios como si escupiera. El óptico se rio y dijo que, aunque era librepensador, creía que la religión estaba bien para la gente normal y corriente. Cuando volvieron a casa, mamá dijo que las gafas envejecían a Benny.

—¡Hola, cuatro ojos! —le gritaron Izzy y Sam cuando volvieron de vender periódicos, pero al día siguiente en la escuela les dijeron a los otros chicos que maltratar a alguien que llevaba gafas era un delito castigado con prisión.

Ahora que llevaba gafas, Benny tenía que saberse muy bien las lecciones.

En el instituto organizó el equipo de polemistas. Cuando tenía trece años, papá padeció una larga enfermedad y Benny tuvo que trabajar durante todo un año. Se quedaron sin la casa que casi habían pagado por completo y fueron a vivir a un pisito de la avenida Myrtle. Benny trabajaba por las tardes en una droguería. Izzy y Sam se fueron de casa; Sam trabajaba con un peletero de Newark; Izzy se pasaba el tiempo merodeando por los billares y papá lo echó de casa. Siempre había sido un buen atleta y solía andar en compañía de un irlandés que se llamaba Pug Riley, que le haría boxeador. Mamá lloró y papá prohibió a los demás chicos que mencionaran su nombre, pero todos sabían que Gladys, la mayor, que trabajaba de taquígrafa en Manhattan, mandaba a Izzy un billete de cinco dólares de vez en cuando. Benny

parecía mucho mayor de lo que era y casi no pensaba en nada más que en hacer dinero para que sus viejos volvieran a tener una casa propia. Cuando fuera mayor se haría abogado o sería hombre de negocios y ganaría tanto dinero enseguida que hasta Gladys podría dejar de trabajar y casarse, y sus viejos podrían comprarse una casa grande y vivir en el campo. Mamá le solía contar que, cuando era joven, en su país solían ir al bosque a coger fresas y setas, y se paraban en las granjas a beber leche recién ordeñada, tibia y espumosa. Benny se iba a hacer rico y los llevaría a todos a pasar una temporada al campo en un sitio de veraneo.

Cuando papá estuvo lo bastante bien para volver a trabajar, alquiló la mitad de una casa de las construidas para dos familias, en Flatbush, donde por lo menos estaban lejos del ruido del elevado. Ése mismo año, Benny terminó sus estudios en el instituto y ganó un premio por un ensayo sobre «El gobierno norteamericano». Se había vuelto muy delgado y muy alto y tenía unos dolores de cabeza terribles. Sus viejos decían que había crecido demasiado y le llevaron a ver al doctor Cohen, que vivía en el mismo bloque pero tenía su consulta en el centro, cerca del Borough Hall. El médico dijo que tenía que dejar de trabajar por la noche y de estudiar tanto; lo que necesitaba era algo que le hiciera salir al aire libre y le desarrollara el cuerpo.

—De tanto trabajar y no jugar, se va a poner malo —auguró, rascándose su barba gris.

Benny dijo que tenía que ganar algo de dinero aquel verano porque en otoño quería ir a la Universidad de Nueva York. El doctor Cohen le dijo que tenía que tomar mucha leche y huevos frescos e ir a algún sitio donde pudiera estar al sol y descansar. Les cobró dos dólares. Al volver a casa, su viejo se pasaba la mano por la frente diciendo que era un fracasado; llevaba treinta años trabajando en Norteamérica y ahora era un anciano decrépito que no podía mantener a sus hijos. Mamá lloraba. Gladys les dijo que no fueran idiotas; Benny era un chico listo y buen estudiante, ¿y de qué le servían tantos libros si no se le ocurría el modo de encontrar trabajo en el campo? Benny se fue a la cama sin decir nada.

Unos pocos días después, Izzy volvió a casa. Llamó al timbre una mañana apenas se había ido al trabajo el viejo.

—Casi te tropiezas con papá —dijo Benny, que abrió la puerta.

—Nada de eso, hombre. Esperé en la esquina hasta ver que se marchaba. ¿Cómo va todo?

Izzy llevaba un traje gris claro y una pajarita verde, y un sombrero flexible que hacía juego con el traje. Dijo que el sábado tenía que ir a Lancaster, Pensilvania, a boxear con un peso pluma filipino.

—Llévame contigo —le rogó Benny.

—No eres lo bastante fuerte…, eres un chico demasiado mimado.

Al fin, Benny se largó con él. Fueron en el tren L hasta el puente de Brooklyn y luego cruzaron Nueva York caminando hasta el ferry. Compraron billetes hasta Elizabeth. Cuando el tren se detuvo en un andén de carga, se deslizaron al vagón de

equipajes. En la estación Filadelfia Oeste se apearon y fueron perseguidos por el guarda jurado de la estación. Un camión de una fábrica de cervezas los recogió y los llevó por carretera hasta West Chester. Tuvieron que hacer a pie el resto del camino. Un campesino menonita les dejó pasar la noche en su pajar, pero por la mañana no les dio desayuno hasta que cortaron leña durante un par de horas. Cuando llegaron a Lancaster, Benny estaba reventado. Fue a dormir al guardarropa del Athletic Club y no se despertó hasta que había terminado el combate. Izzy había noqueado al peso pluma filipino en el tercer asalto y había ganado una bolsa de veinticinco dólares. Mandó a Benny a una pensión con el limpiabotas que se ocupaba del guardarropa y él se fue de juerga con los muchachos. A la mañana siguiente apareció con la cara verde y los ojos inyectados en sangre; se había gastado todo el dinero, pero le había encontrado a Benny una colocación de ayudante de un tipo que a veces era promotor de boxeo y tenía una cantina en una obra cercana a Mauch Chunk.

Era un trabajo duro. Ben se quedó allí dos meses ganando diez dólares a la semana y la comida. Aprendió a tratar con un equipo de obreros y a llevar las cuentas. El dueño de la cantina, Hiram Volle, estafaba a los obreros de la construcción en sus cuentas, pero Benny no le dio mucha importancia porque la mayoría eran italianos, hasta que se hizo amigo de un joven llamado Nick Gigli que trabajaba en el equipo de la grava. Nick solía ir a la cantina por la tarde antes de que cerraran; Benny y él salían a dar una vuelta, fumaban un pitillo juntos y hablaban. Los domingos paseaban por el campo con el suplemento dominical del periódico y se pasaban la tarde tumbados al sol y comentando los artículos. Nick era del norte de Italia, y, como todos los otros hombres eran sicilianos, se sentía muy solo. Su padre y sus hermanos mayores eran anarquistas y él también; le habló a Benny de Bakunin y Malatesta y dijo que Benny debería avergonzarse de sí mismo por querer convertirse en un rico hombre de negocios; claro que tenía que estudiar y aprender cosas, quizás hasta debía ser abogado, pero tenía que trabajar en favor de la revolución y de la clase obrera; ser un negociante era ser un halcón y un ladrón como aquel hijoputa de Volle. Enseñó a Benny a liar pitillos y le habló de las chicas que estaban enamoradas de él; aquella chica que era taquillera del cine de Mauch Chunk, por ejemplo, la tendría a su disposición siempre que le diera la gana, aunque un revolucionario debía tener cuidado con las chicas con las que salía, pues las mujeres desviaban de su camino al obrero con conciencia de clase; eran la seducción principal de la sociedad capitalista. Ben le preguntó si pensaba que debía dejar su empleo con Volle, ya que Volle era tan canalla, pero Nick le dijo que cualquier otro capitalista sería igual, lo único que había que hacer era esperar el día. Nick tenía dieciocho años, ojos pardos de mirada amarga y una piel casi tan oscura como la de un mulato. Ben pensaba que era un gran tipo debido a todo lo que había hecho; había sido limpiabotas, marinero, minero y lavaplatos; había trabajado en fábricas textiles, de zapatos y de cemento; había poseído a todo tipo de mujeres, y estado en la cárcel tres semanas durante la huelga de Paterson. Cuando alguno de los italianini del campo veía a Ben solo, le

preguntaba:

—¡Eh, muchacho! ¿Dónde está Nick?

Un viernes por la tarde hubo una discusión delante de la ventanilla donde el jefe estaba pagando a los hombres. Esa noche, cuando Ben se estaba acostando en su litera de la parte de atrás de la tienda de lona donde estaba la cantina, Nick apareció y le susurró al oído que los jefes habían estado estafando a los hombres en las horas de trabajo y que al día siguiente irían a la huelga. Ben dijo que si ellos iban a la huelga también iría él. Nick le llamó camarada valiente en italiano y se entusiasmó y le besó en ambas mejillas. A la mañana siguiente sólo se presentaron unos pocos peones cuando sonó la sirena. Ben se asomó a la puerta del cuchitril del cocinero sin saber qué hacer. Volle lo vio y le mandó que reuniera un grupo para bajar a la estación a por una caja de tabaco. Ben se miró los pies y dijo que no podía porque estaba en huelga. Volle se echó a reír y le dijo que se dejara de bromas, que aquello de ver a un judío mezclarse con italianini era la cosa más divertida que había oído nunca. Ben se estremeció interiormente.

—Yo no soy más judío que usted… He nacido en Norteamérica… y me pongo al lado de los de mi clase, asqueroso estafador.

Volle se quedó pálido, dio un paso hacia delante y puso el puño debajo de la nariz de Ben y dijo que quedaba despedido y que si no fuera porque era un puñetero judío cuatro ojos le rompería su maldita jeta; de todos modos, ya le daría su hermano una buena paliza cuando se enterara de aquello.

Ben se dirigió a su litera, envolvió sus cosas en un hatillo y salió en busca de Nick. Nick se encontraba un poco más abajo de la carretera donde estaban los barracones, en medio de un grupo de italianos que gritaban y agitaban los brazos. El capataz y los jefes de cuadrilla, con revólveres en la cintura, metidos en pistoleras negras, se acercaron al grupo y uno de ellos soltó un discurso en inglés y el otro uno en siciliano, diciendo que la empresa era honrada y siempre había tratado justamente a los trabajadores y que si no les gustaba podían irse al infierno. Nunca había tenido una huelga y no iban a empezar ahora. Había mucho dinero implicado en aquella obra y la empresa no quería verlo inmovilizado por tonterías después de haber empezado a trabajar. El que no acudiera al trabajo la próxima vez que sonara la sirena sería despedido y tendría que irse de allí, y que recordara que el Estado de Pensilvania tenía una ley de vagos y maleantes. Cuando volvió a sonar la sirena, todos volvieron al trabajo excepto Ben y Nick. Se alejaron carretera abajo con sus hatillos. Nick tenía lágrimas en los ojos y repetía:

—Demasiado blandos…, demasiado pacientes… Todavía no nos damos cuenta de nuestra fuerza.

Esa noche encontraron una escuela medio en ruinas en la carretera de una colina que daba a un río. Compraron pan y mantequilla de cacahuete en una tienda y se sentaron delante de la escuela comiendo y hablando de lo que iban a hacer. Cuando terminaron de comer, ya había oscurecido. Ben nunca había estado en pleno campo

solo como aquella noche. El viento resonaba en el bosque y el río corría impetuoso hacia el valle. Era una fría noche de agosto con rocío. No tenía nada con que taparse, así que Nick aconsejó a Ben que se quitara la chaqueta y la pusiera debajo de la cabeza y se tumbara pegado a la pared para protegerse de las desnudas maderas del suelo. Apenas se había quedado dormido cuando se despertó helado y temblando. Había una ventana rota; veía el marco y los trozos de cristal que quedaban pegados a él a la luz lunar velada por las nubes. Se quedó tumbado. Tenía que haber soñado. Se oyó ruido en el tejado de algo que rodaba por las tejas y caía al suelo.

—¡Oye, Ben! ¿Qué es eso, por el amor de Dios? —preguntó Nick en un ronco murmullo.

Los dos se levantaron y miraron por el roto marco de la ventana.

—Ya he oído eso mismo antes —añadió Nick.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Los dos temblaban bajo el azote del viento helado que hacía ruido entre los árboles como si fuese lluvia. El río corría allá abajo, con un ruido de desgarro parecido al rechinar de una caravana de carretas.

Una piedra golpeó en el tejado y cayó rodando. La siguiente pasó entre sus cabezas y dio en el desconchado yeso de la pared que había detrás. Ben oyó el chasquido de la navaja de Nick al abrirse. Aguzó la vista hasta que se le saltaron las lágrimas, pero no percibió más que el rumor de las hojas agitadas por el viento.

—¡Sal de ahí! ¡Sube aquí! ¡Vamos a hablar un poco, hijoputa! —gritaba Nick.

No hubo respuesta.

—¿Qué piensas tú? —susurró Nick por encima del hombro.

Ben no dijo nada; trataba de evitar que le castañetearan los dientes. Nick lo empujó para que entrara y cerró la puerta. Pusieron los polvorientos bultos contra la puerta y taparon la parte de abajo de la ventana con tablas del suelo.

—Que vengan. Los mataré uno a uno —dijo Nick—. ¿Crees en los fantasmas?

—No, nada —respondió Ben.

Se sentaron uno junto al otro en el suelo con la espalda apoyada en la desconchada pared y esperaron. Nick había puesto su navaja entre ellos. Tomó a Ben de los dedos y le hizo palpar la fuerza con que la agarraba.

—Buena navaja…, navaja de marinero —susurró.

Ben aguzó el oído. Sólo el rumor entrecortado del viento en los árboles y el persistente murmullo del río. No hubo más pedradas.

A la mañana siguiente dejaron la escuela con las primeras luces. Ninguno de los dos había dormido. A Ben le picaban los ojos. Cuando salió el sol encontraron a un hombre que estaba poniendo un parche a uno de los neumáticos de su camión. Le ayudaron a fijarlo con un taco de madera y le pidieron que los llevara hasta Scranton, donde se colocaron de lavaplatos en la fonda de un griego.

*… todas las relaciones fijas e invariables, con su secuela de prejuicios y*

*opiniones antiguas y venerables, quedan barridas, todas las recién constituidas se vuelven anticuadas antes de que se puedan fosilizar…*

Lavar platos no era algo que le gustara demasiado a Ben, así que al cabo de un par de semanas, cuando había ahorrado para el precio del billete, dijo que regresaba a casa a ver a sus viejos. Nick se quedó a causa de una chica de una confitería que se había enamorado de él. Después pensaba ir a Allentown, donde un hermano suyo trabajaba en una fundición y ganaba buen dinero. Lo último que dijo, cuando bajó a la estación con Ben y le dejó en el tren de Nueva York, fue:

—Benny, tú aprende y estudia… Sé un gran hombre para la clase obrera, y recuerda que andar con muchas chicas no es buen asunto.

Ben se separó disgustado de Nick, pero tenía que volver a casa y conseguir un trabajo durante el invierno que le dejara tiempo para estudiar. Se examinó y se matriculó en el College de la ciudad de Nueva York. Su viejo le consiguió cien dólares prestados del Plan Morris para darle el primer empujón y Sam le mandó veinticinco desde Newark para que se comprara los libros. Ben ganaba un poco trabajando en la droguería de Khan por las tardes. Los domingos por la tarde iba a la biblioteca y leía *El Capital* de Marx. Se afilió al partido socialista y acudía a las conferencias de la Escuela Rand siempre que podía. Se preparaba para ser un instrumento bien afilado.

La primavera siguiente enfermó de escarlatina y pasó diez semanas en el hospital. Cuando salió, tenía los ojos tan débiles que leer tan sólo una hora le daba terribles dolores de cabeza. Su viejo consiguió del Plan Morris otros cien dólares, prestados aparte de los intereses y los gastos de investigación.

Ben conoció, en una conferencia del Sindicato de Toneleros, a una chica que había trabajado en una fábrica textil de Jersey. La habían detenido durante la huelga de Paterson y estaba en la lista negra. Ahora era vendedora en Wanamaker, pero sus padres todavía trabajaban en la fábrica Botany, de Passaic. Se llamaba Helen Mauer; era cinco años mayor que Ben, rubia muy clara, y ya tenía arrugada la cara. Dijo que el movimiento socialista no era nada, los que estaban en lo cierto eran los sindicalistas. Después de la conferencia lo llevó al café Cosmopolitan, de la Segunda Avenida, para tomar una taza de té y presentarle a unas personas que, según ella, eran auténticos rebeldes. Cuando Ben se lo contó a Gladys y a los viejos, su padre exclamó:

—¡Bah, judíos extremistas! —E hizo un chasquido de desprecio con los labios.

Le dijo a Benny que debía dejarse de esas tonterías y trabajar. Él era viejo y, además, ahora estaba lleno de deudas, y si se ponía enfermo, Ben tendría la obligación de mantenerlos a él y a su madre. Ben dijo que se pasaba el día trabajando y que lo de los padres no contaba, pues él para quien trabajaba era para la clase obrera. Su viejo se puso rojo de cólera y dijo que la familia era sagrada y que la raza

venía después. Mamá y Gladys lloraron. Su viejo se puso de pie, ahogándose y tosiendo, levantó los brazos por encima de la cabeza, maldijo a Ben, y Ben se marchó de casa.

No tenía dinero y todavía estaba débil a causa de la escarlatina. Cruzó Brooklyn y el puente de Manhattan y siguió por el East Side, lleno de luces rojas y gente y carros de verdura que olían a primavera, hasta la casa donde vivía Helen en la calle Seis Este. La patrona dijo que no podía subir a su habitación. Helen aseguró que eso a ella no le importaba, pero cuando discutían a Ben empezaron a zumbarle los oídos y cayó desmayado en el vestíbulo. Cuando volvió en sí le corría agua por el cuello, Helen le ayudó a subir los cuatro tramos de escalera y le obligó a acostarse en su cama. Le gritó a la patrona, que ya estaba hablando de avisar a la policía, que se largaría a primera hora de la mañana y que nada en el mundo la haría irse antes. Preparó té a Ben y se pasaron toda la noche hablando sentados en la cama. Decidieron que vivirían juntos en unión libre, y lo que quedaba de noche estuvieron empaquetando las cosas de Helen, que en su mayoría eran libros y panfletos.

A la mañana siguiente salieron a las seis en punto, porque Helen tenía que estar en Wanamaker a las ocho, a buscar habitación. No dijeron exactamente a la nueva patrona que no estaban casados, pero cuando ella preguntó: «¿Así que son ustedes los novios?», asintieron con la cabeza, sonriendo. Afortunadamente, Helen tenía en la cartera dinero suficiente para pagar una semana por adelantado. Luego salió corriendo a su trabajo. Pero Ben no tenía nada de dinero para comprar algo de comer, así que se quedó en cama leyendo *Progreso y pobreza* el día entero. Cuando Helen volvió por la tarde, trajo unas cuantas cosas para cenar. Comieron pan de centeno y salami y fueron muy felices. Ella tenía unos pechos muy grandes para ser una chica tan menuda. Ben tuvo que ir a la farmacia a comprar condones porque Helen dijo que no podían tener un hijo, cuando debían dedicar todas sus energías al movimiento. Había chinches en la cama, pero se dijeron uno al otro que eran lo más felices que se podía ser bajo el régimen capitalista, y que algún día vivirían en una sociedad libre donde los trabajadores no se vieran en la necesidad de amontonarse en casas asquerosas llenas de chinches, ni discutir con patronas, y donde los que estuvieran enamorados pudieran tener hijos si querían.

Unos pocos días después, Helen fue despedida de Wanamaker porque estaban reduciendo personal en la temporada más floja del verano. Se trasladaron a Jersey, donde Helen fue a vivir con sus padres y Ben consiguió trabajo en el departamento de embarques de una fábrica de tejidos. Alquilaron una habitación juntos en Passaic. Cuando se declaró una huelga, Ben y Helen estaban en el comité. Ben resultó un buen orador. Fue detenido varias veces, casi le partió la cabeza la porra de un policía, y le condenaron a seis meses de cárcel. Pero descubrió que en cuanto se subía a un cajón a hablar, conseguía que la gente le escuchase, y también que podía hablar y decir lo que pensaba y arrancar una risa o una expresión de aprobación de la masa de caras que le miraban desde abajo. Cuando se puso en pie en la Audiencia para escuchar su

sentencia, empezó a hablar sobre la plusvalía. Los huelguistas que estaban en la Audiencia alborotaron y el juez mandó a los ujieres que despejaran la sala. Ben veía que los periodistas se apresuraban a tomar nota de lo que estaba diciendo; le gustaba ser un ejemplo vivo de la injusticia y brutalidad del sistema capitalista. El juez le hizo callar diciéndole que le condenaría a otros seis meses por desacato a la sala si no guardaba silencio, y Ben fue llevado a la cárcel del condado en un automóvil lleno de agentes especiales con fusiles antidisturbios. Los periódicos hablaron de él como de un agitador socialista bien conocido.

En la cárcel, Ben se hizo amigo de un miembro de los I.W.W. que se llamaba Bram Hicks; era un joven alto de Frisco, con el pelo claro y los ojos azules, que le dijo que si quería conocer el movimiento obrero tenía que conseguir un carnet rojo e irse a la costa. Bram era calderero de oficio, pero había navegado como marinero para variar y desembarcó en Peth Amboy sin un centavo. Había trabajado en la brigada de reparaciones de uno de los talleres y se declaró en huelga con los demás. Empujó a un policía poniéndole la mano en la cara cuando rompieron un piquete y le condenaron a seis meses de cárcel por agresión y resistencia a la autoridad. Reunirse con él una vez al día en el patio fue lo que le hizo soportable a Ben la cárcel.

Los soltaron a los dos el mismo día. Bajaron juntos a la calle. La huelga había terminado. Las fábricas funcionaban. Las calles donde había habido piquetes, los depósitos donde había hablado Ben, parecían lugares tranquilos y vulgares. Ben llevó a Bram a que conociera a Helen. No estaba, pero al cabo de un rato vino con un inglés pequeño, de cara roja y nariz de hurón, al que presentó como Billy, un camarada inglés. Ben se dio cuenta enseguida de que se acostaba con ella. Dejó a Bram en la habitación con el inglés y salió con Helen. El pequeño descansillo del piso alto de la casa olía a vinagre.

—¿Ya no quieres nada conmigo? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Oh, Ben! ¡No seas tan convencional!

—Podías haber esperado a que saliera de la cárcel.

—Pero ¿no te das cuenta de que todos somos camaradas? Eres un luchador muy valiente y no deberías ser tan convencional, Ben… Billy no significa nada para mí. Es camarero de un transatlántico. Se irá pronto.

—Entonces tampoco yo significo nada para ti. —Agarró a Helen por el brazo y se lo apretó con toda la fuerza que pudo reunir—. Supongo que no debiera ser así, pero estoy loco por ti. Creía que tú…

—¡Ay Ben, qué tonterías estás diciendo! Ya sabes que me gustas mucho.

Volvieron de nuevo a la habitación y hablaron del movimiento. Ben dijo que se iba al Oeste con Bram Hicks.

*… se convierte en un apéndice de la máquina y sólo se le exige la destreza más simple, más monótona y más fácil de adquirir…*

Bram conocía todos los trucos. Caminando, viajando en furgones o en vagones abiertos, subiendo en camiones y camionetas, llegaron a Búfalo. En una pensión de mala muerte, Bram se encontró con un tipo al que conocía que consiguió que los enrolaran como marineros de cubierta en un viejo barco que iba en lastre a Duluth. En Duluth se unieron a un grupo que iba a Saskatchewan a segar trigo. Al principio a Ben el trabajo le resultaba muy duro y Bram temía que no pudiera resistirlo, pero las catorce horas de trabajo diarias al sol y tragando polvo, la abundante comida, el dormir como un tronco en el suelo de los grandes graneros, empezaron a endurecerle poco a poco. Acostado en la paja con la ropa sudada, seguía sintiendo mientras dormía el calor del sol en la cara y el cuello, la tensión de los músculos, el zumbido de las segadoras y gavilladoras a lo largo del horizonte, el rugir de la trilladora, el chirriar de las grúas de los camiones que se llevaban el rojo trigo a los elevadores. Empezó a hablar como un segador. Después de la cosecha trabajaron en una fábrica de conservas de fruta cerca del río Columbia, un trabajo duro y desagradable que hacía sudar entre el hedor a cáscaras podrida de fruta. Allí leyeron en *Solidarity* que los chapistas estaban en huelga y que había una lucha por la libertad de expresión en Everett, y decidieron presentarse para ver en qué podían ayudar. El último día que trabajaron, Bram perdió el dedo índice de la mano derecha mientras reparaba la máquina rebanadora y despellejadora. El médico de la empresa dijo que no le correspondía ninguna indemnización porque ya había comunicado que se iba, y, además, como no era canadiense… Un abogaducho apareció por la pensión donde estaba acostado Bram con fiebre y la mano envuelta en muchas vendas y trató de convencerlo para que demandara a la empresa, pero Bram gritó al abogado que se fuera al infierno. Ben dijo que hacía mal, pues la clase obrera también debía tener sus abogados.

Cuando se le curó un poco la mano, bajaron en barco desde Vancouver a Seattle. El centro de los I.W.W. de allí era como una fiesta constante, abarrotado como estaba de jóvenes que llegaban de todas partes de Estados Unidos y Canadá. Un día, un gran grupo fue a Everett en barco para tratar de celebrar un mitin en el cruce de las avenidas Wetmore y Hewitt. El muelle estaba lleno de policías con rifles y revólveres.

—Los chicos del Club Comercial nos están esperando —dijo la voz de un tipo, que sonaba a nerviosa.

Los policías llevaban pañuelos blancos al cuello.

—Ahí está el sheriff McRae —comentó alguien.

Bram se pegó a Ben.

—Será mejor que nos mantengamos unidos… Me parece que va a haber bastante lío.

Los de I.W.W. eran detenidos en cuanto bajaban del barco y conducidos como un rebaño a un extremo del muelle. La mayoría de los policías estaban borrachos. Ben notó el olor a whisky en el aliento del tipo de cara roja que le agarró del brazo.

—Sigue andando, hijoputa… —le dijo, y recibió un culetazo en el trasero.

Se oía el ruido de las porras de los policías en las cabezas de los hombres. A todo el que se resistía le destrozaban la cara a palos. Los del I.W.W. fueron obligados a subir a la caja de un camión. Con el crepúsculo llegó una fría llovizna.

—Muchachos, vamos a demostrarles que tenemos cojones —dijo un chaval pelirrojo.

Un policía que iba agarrado a la parte de atrás del camión intentó largarle un garrotazo, pero perdió el equilibrio y cayó. Los detenidos se rieron. El policía volvió a subir con la cara congestionada.

—Vais a tener que reíros con la otra parte de vuestros asquerosos morros en cuanto hayamos terminado con vosotros —gritó.

Cuando llegaron al bosque, en un sitio en el que la carretera se cruzaba con la vía del tren, les hicieron bajar de los camiones. Los policías los rodearon con las armas preparadas, mientras el sheriff, que daba tumbos debido a la borrachera, y dos hombres bien vestidos de mediana edad hablaban de lo que iban a hacer con ellos. Ben oyó la palabra «pasillo».

—Mire usted, sheriff —dijo alguien—. Nosotros no hemos venido aquí a promover disturbios. No pedimos más que nuestro derecho constitucional a la libertad de expresión.

El sheriff se volvió hacia ellos agitando la culata del revólver.

—Conque sí, ¿eh? Pues os vais a enterar. Esto es el condado de Snohomish y no lo vais a olvidar nunca… Si volvéis por aquí, alguno de vosotros morirá, tenedlo bien presente… Bien, muchachos, vamos allá.

Los policías formaron dos líneas en dirección a la vía del tren. Cogían a los del I.W.W. uno a uno y les pegaban. Tres policías agarraron a Ben.

—¿Eres del I.W.W.?

—Claro que sí, asqueroso cobarde… —empezó Ben.

El sheriff se acercó y se dispuso a pegarle.

—Fíjese que lleva gafas.

Una manaza le quitó las gafas.

—Eso se arregla así de fácil.

Luego, el sheriff le dio un puñetazo en la nariz.

—Di que no eres del I.W.W.

La boca de Ben estaba llena de sangre. Levantó la cabeza.

—Es judío, además; pégale otra vez de mi parte.

—Di que no eres del I.W.W.

Alguien le dio con el fusil en la espalda y cayó de bruces.

—¡Y ahora, a correr! —le gritaron.

Los culatazos y porrazos resonaban en todas partes.

Ben trató de caminar sin correr. Tropezó en un raíl y cayó, cortándose el brazo con algo afilado. Tenía tanta sangre en los ojos que no podía ver. Una pesada bota le

daba repetidas patadas en un costado. Estaba medio desmayado. Con todo, dio unos pasos tambaleantes. Alguien le sujetaba por debajo de los brazos y lo agarraba para sacarlo de la alambrada para el ganado que había junto a la vía. Otro le enjugó el rostro con un pañuelo. Oyó vagamente la voz de Bram:

—Ya hemos pasado la raya del condado, muchachos.

Debido a la pérdida de sus gafas, la lluvia, la noche y el agudo dolor en la espalda, Ben no veía nada. Oyó disparos a su espalda y gritos de los otros que atravesaban el pasillo. Iba en el centro de un pequeño grupo de miembros del I.W.W., que seguía la vía del tren.

—Compañeros —decía Bram con su voz profunda y tranquila—, no debemos olvidar nunca esta noche.

En una estación interurbana de tranvía reunieron dinero entre el grupo de hombres ensangrentados para comprar billetes hasta Seattle a los que estaban peor. Ben se encontraba tan aturdido y se sentía tan mal que casi no pudo coger el billete que alguien le puso en la mano. Bram y los demás hicieron caminando los cincuenta kilómetros que había hasta Seattle.

Ben estuvo tres semanas en el hospital. Las patadas en la espalda le habían dañado los riñones y tuvo unos dolores espantosos todo el tiempo. La morfina que le inyectaban le dejaba tan drogado que casi ni se enteró de que llevaron al hospital a los muchachos heridos en el tiroteo del muelle de Everett, el 5 de noviembre. Cuando le dieron de alta casi ni podía andar. Todos sus conocidos estaban en la cárcel. En correos encontró una carta de Gladys que incluía cincuenta dólares y le decía que su padre quería que volviera a casa.

El Comité de Defensa le dijo que lo hiciera; era el hombre indicado para recaudar fondos en el Este. Se necesitaban enormes cantidades de dinero para defender a los setenta y cuatro miembros del I.W.W. encarcelados en Everett, a quienes acusaban de asesinato. Ben se quedó un par de semanas en Seattle trabajando para el Comité de Defensa y estudiando el modo de volver a casa. Por fin, un simpatizante que trabajaba en una oficina naviera le consiguió un puesto de sobrecargo en un carguero que iba a Nueva York por el canal de Panamá. El viaje por mar y el trabajo de oficina le ayudaron a reponerse. Con todo, no había noche en la que no se despertara con un alarido de pesadilla en la garganta, incorporado en su catre, soñando que los policías se le acercaban para hacerle recorrer el pasillo. Cuando volvía a dormirse, soñaba que lo metían dentro de la alambrada para el ganado y le desgarraban los brazos con los dientes mientras unas pesadas botas le daban patadas en la espalda. Llegó a tener que emplear toda su energía para decidirse a acostarse en el catre. Los hombres del barco creyeron que estaba mal de la cabeza y se alejaban de él. Fue para él un gran día cuando vio los altos edificios de Nueva York brillando en la parda neblina de la mañana.

*… cuando en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción se haya concentrado en manos de una vasta asociación de todo el país, el poder público perderá su carácter político…*

Ben vivió en casa aquel invierno porque era más barato. Cuando le dijo a papá que iba a estudiar Derecho en la oficina de un abogado extremista que se llamaba Morris Stein, al que había conocido con motivo de la recogida de fondos para los chicos de Everett, el viejo quedó encantado.

—Un abogado listo puede defender a los obreros y a los judíos pobres, y además hacer dinero —dijo frotándose las manos—. Benny, ya sabía que eras un buen chico. —Mamá asintió y sonrió—. Porque en este país no es como allí donde mandan los señores de la guerra; hasta un vagabundo perezoso tiene derechos constitucionales, para eso redactaron la Constitución.

A Ben le ponía enfermo hablar con ellos de esas cosas.

Trabajaba de pasante en el despacho de Stein en la parte baja de Broadway y por las tardes pronunciaba discursos en los mítines sobre la matanza de Everett. La hermana de Morris Stein, Fanya, que era una mujer delgada, morena y rica, de unos treinta y cinco años, era una ardiente pacifista y le hizo leer a Tolstoi y a Kropotkin. Creía que Wilson mantendría al país alejado de la guerra europea y mandaba dinero a todas las organizaciones pacifistas de mujeres. Tenía coche y solía llevar a Ben cuando éste tenía que participar en diversos mítines la misma tarde. A Ben siempre le latía el corazón con fuerza cuando entraba en la sala donde se celebraba el mitin y empezaba a oír el rumor de las voces y el ruido que hacían los que entraban: obreros de las fábricas de confección del East Side, peones de los muelles de Brooklyn, obreros de las empresas químicas y metalúrgicas de Newark, socialistas o rojos de salón de la Escuela Rand o de la parte baja de la Quinta Avenida, vastas masas anónimas de todos los oficios, clases y razas, dentro del Madison Square Garden. Siempre tenía las manos frías al saludar en el estrado al presidente y a los otros oradores. Cuando le llegaba su turno de hablar, había un momento en que todas las caras que miraban hacia arriba en su dirección se emborronaban formando una mancha rosada, el murmullo del local le hacía enmudecer, y sentía pánico al pensar que podía haber olvidado lo que quería decir. Luego, de pronto, oía su propia voz resonar clara y firmemente, sentía que reverberaba entre las paredes y el techo, notaba que los oídos se aguzaban y los hombres y las mujeres se echaban hacia delante en sus asientos, veía las hileras de caras con toda claridad, los grupos de personas que no habían podido encontrar asiento amontonándose en las puertas. Expresiones como *protesta, matanza, la unida clase obrera de este país y del mundo, revolución*, iluminaban los ojos y los semblantes de los de abajo como el resplandor

de una hoguera.

Después del discurso se sentía tembloroso, los cristales de las gafas se le empañaban y tenía que limpiarlos, se daba cuenta de la torpeza de movimientos de su constitución longuilínea y desgarbada. Fanya se lo llevaba en cuanto podía, diciéndole con los ojos brillantes que había hablado magníficamente, y lo conducía a la parte baja de la ciudad, si el mitin había sido en Manhattan, para cenar en el sótano del Brevoort o en el café Cosmopolitan antes de que volviera a casa en el metro de Brooklyn. Ben sabía que estaba enamorada de él, pero raramente hablaban de nada aparte del movimiento.

Cuando en febrero se produjo la Revolución rusa, Ben y los Stein compraron durante semanas todas las ediciones de los periódicos, leyendo con un interés apasionado las informaciones de los corresponsales; era el amanecer de El Día. Había ambiente de carnaval en el East Side y en las zonas judías de Brooklyn. Los viejos lloraban al hablar de ello.

—Y luego Austria y Alemania. Después Inglaterra…, la liberación del pueblo en todas partes —decía papá.

—Y al fin, el tío Sam —añadía Ben adelantando la mandíbula.

El día de abril en que Woodrow Wilson declaró la guerra, Fanya se metió en la cama con un ataque de histeria. Ben fue a verla en la casa que Morris Stein y su mujer tenían en Riverside Drive. Fanya había vuelto de Washington el día antes. Había tratado de ver al presidente con una delegación de mujeres pacifistas, pero los policías las habían echado de los jardines de la Casa Blanca deteniendo a varias chicas.

—¿Y qué esperabas? Por supuesto que los capitalistas quieren la guerra. Ya pensarán de otro modo cuando se enteren de que lo que van a tener es una revolución.

Fanya le rogó que se quedara con ella, pero Ben se marchó, diciendo que tenía que ver a los del periódico *The Call*. Cuando salió de la casa se dio cuenta de que estaba haciendo un ruido con los labios, como si escupiera, tal como lo hacía su padre. Juró no volver nunca más.

Siguiendo el consejo de Stein se alistó, aunque en la ficha puso: «Objetor de conciencia». Poco después, riñó con Stein. Éste decía que no se podía hacer nada excepto capear el temporal y Ben aseguró que seguiría con su labor de agitación hasta que lo metieran en la cárcel. Esto significó que se quedó sin trabajo y que no pudo seguir estudiando Derecho. Kahn no quiso volver a admitirlo en la droguería porque temía que la policía le molestara en cuanto supiera que tenía a un extremista trabajando con él. Sam, el hermano de Ben, trabajaba en una fábrica de municiones de Perth Amboy y ganaba bastante; escribía sin parar a Ben que se dejara de locuras y se fuera a trabajar con él. Hasta Gladys le dijo que era una estupidez darse cabezazos contra una pared. En julio se fue de casa y volvió a vivir con Helen Mauser, en Passaic. Su quinta aún no había sido llamada a filas, así que le fue fácil volver a conseguir trabajo en la sección de embarques de una de las fábricas de tejidos.

Trabajaban horas extraordinarias y constantemente perdían trabajadores porque los llamaban a filas.

La escuela Rand había sido cerrada y *The Call* prohibido; todos los días se pasaban amigos al bando de Wilson. Los padres de Helen y sus amigos ganaban mucho haciendo horas extras y se reían o se enfadaban ante cualquiera que hablara de protestas, huelgas o movimientos revolucionarios; la gente estaba muy ocupada comprando lavadoras, bonos del empréstito de la Libertad y aspiradoras, y pagando los primeros plazos de sus casas. Las chicas se compraban abrigos de pieles y medias de seda. Helen y Ben empezaron a planear un viaje a Chicago, donde los I.W.W. luchaban. El 2 de septiembre agentes del gobierno detuvieron a los dirigentes del I.W.W. Ben y Helen esperaban que los detuvieran, pero no se acordaron de ellos. Pasaron un domingo lluvioso acurrucados en la cama de su oscura habitación, tratando de decidir lo que debían hacer. Todo aquello en lo que confiaban se hundía bajo sus pies.

—Me siento como una rata en una ratonera —repetía Helen.

De vez en cuando, Ben se ponía de pie y paseaba arriba y abajo golpeándose la frente con la palma de la mano.

—Tenemos que hacer algo, fíjate en lo que está pasando en Rusia.

Un día, un tipo del Departamento de Guerra apareció en la sección de embarques para que todos adquirieran un bono del empréstito de la Libertad. Era un tipo joven y presumido, con un impermeable amarillo. Ben nunca discutía en las horas de trabajo, así que se limitó a decir que no con la cabeza y volvió a enfrascarse en el manifiesto que estaba redactando.

—No querrás estropear el récord de tu departamento, ¿verdad? Hasta ahora ha adquirido bonos el cien por ciento.

Ben trató de sonreír.

—Mala suerte, qué se le va a hacer.

Ben notaba que los ojos de los otros hombres se clavaban en él. El joven del impermeable se balanceaba intranquilo sobre uno y otro pie.

—Supongo que no querrás que la gente piense que eres germanófilo o un pacifista, ¿verdad?

—Pueden pensar lo que quieran, para lo que a mí me importa.

—Enséñame tu tarjeta de alistamiento; apuesto a que eres un prófugo.

—Mire usted, vamos a ver —dijo Ben, poniéndose de pie—. No creo en esa guerra capitalista y no voy a hacer nada por contribuir a apoyarla.

El joven del impermeable le volvió la espalda.

—Bien, si eres uno de esos hijoputas cobardes, me niego a seguir hablando contigo.

Ben volvió a su trabajo. Aquella tarde, cuando estaba fichando en el reloj de la salida, se le acercó un policía.

—Enséñeme su tarjeta de alistamiento, amigo. —Ben se sacó la tarjeta del

bolsillo interior. El policía la leyó cuidadosamente—. Me parece que está en orden —dijo de mala gana.

Al terminar la semana, Ben fue despedido; no le dieron ninguna razón.

Volvió a su habitación lleno de pánico. Cuando Helen llegó, Ben dijo que se marchaba a México.

—Pueden aplicarme la ley de espionaje por lo que le dije a aquel tipo sobre la guerra capitalista.

Helen trató de calmarlo, pero él dijo que no podía dormir en aquella habitación ni una noche más, así que hicieron las maletas y regresaron a Nueva York en tren. Entre los dos habían ahorrado como unos cien dólares. Cogieron una habitación en la calle Ocho Este, con el nombre de señor y señora Gold. A la mañana siguiente leyeron en el *Times* que los maximalistas habían tomado el poder en Petrogrado bajo el lema: «Todo el poder para los sóviets».

Estaban sentados en una pequeña confitería de la Segunda Avenida tomando un café, cuando Ben, que había ido al quiosco de la esquina a por un periódico, volvió con la noticia.

Helen se echó a llorar.

—¡Oh, Ben, es demasiado bueno para que sea cierto! Se trata de la revolución mundial… Ahora los obreros comprenderán que estaban engañados por la falsa prosperidad y que la guerra va contra ellos. Ahora empezarán a amotinarse los demás ejércitos.

Ben le cogió la mano por debajo de la mesa y se la apretó con fuerza.

—Ahora tenemos que trabajar, querida… Prefiero ir a la cárcel aquí antes que escapar a México. Hubiera obrado como un hijoputa cobarde de no haber sido por ti, Helen… Un hombre no sirve para nada si está solo.

Terminaron su café y se dirigieron a casa de los Ferber, en la calle Diecisiete. Al Feber era un médico bajito, pesado y con una gran tripa; precisamente entonces salía de casa para ir a su consulta. Volvió a entrar con ellos en el vestíbulo y le gritó a su mujer, que estaba en el piso de arriba:

—Molly, baja… Kerenski se ha largado de Petrogrado con la mosca tras la oreja… ¡Ha huido disfrazado de mujer!

Luego le dijo a Ben en yiddish que si los camaradas celebraban un mitin de apoyo al movimiento de campesinos y soldados, él contribuiría con cien dólares a los gastos, pero que su nombre no debía aparecer porque podría perder su clientela. Molly Ferber bajó envuelta en una bata acolchada y dijo que ella vendería algo y añadiría otros cien. Helen y Ben pasaron el resto del día buscando camaradas cuya dirección tenían; no se atrevieron a usar el teléfono por temor a que las líneas estuvieran intervenidas.

El mitin tuvo lugar en el Empire Casino, del Bronx, una semana después. Dos agentes federales con cara de bistec se sentaron en primera fila con un taquígrafo que anotó todo lo que se dijo. La policía cerró las puertas en cuanto entraron doscientas

personas. Los oradores de la tarima oían cómo trataban de dispersar con motocicletas a los que se amontonaban afuera. En el piso de arriba entraban continuamente soldados y marineros, de uno en uno, o de dos en dos, y trataban de poner nerviosos a los oradores.

Cuando el hombre de pelo blanco que presidía el mitin se adelantó hasta el borde del escenario y dijo:

—Camaradas, caballeros del Departamento de Justicia, sin olvidar a los jóvenes que nos alientan desde ahí arriba, nos hemos reunido para demostrar que los obreros oprimidos de Norteamérica apoyan a los obreros triunfantes de Rusia —todos se pusieron de pie y lanzaron gritos de entusiasmo.

La multitud que se aglomeraba fuera también lanzó vítores. En algún sitio se oía a un grupo que cantaba la *Internacional*. También se oían los silbatos de la policía y el estrépito de un coche celular. Ben divisó a Fanya Stein entre el auditorio; estaba pálida y sus ojos se clavaban en él con una mirada febril. Cuando le llegó el turno de hablar, empezó diciendo que, debido a los amables simpatizantes de Washington que estaban entre el auditorio, no podía decir lo que quería, pero que todo hombre y toda mujer del auditorio que no fuera un traidor a su clase sabía lo que quería decir…

—Los gobiernos capitalistas están cavando su propia tumba al llevar al pueblo a la matanza en una guerra absurda e innecesaria que no beneficia a nadie, excepto a los banqueros y a los fabricantes de municiones… La clase obrera norteamericana, como la clase obrera del resto del mundo, aprenderá la lección. Los especuladores nos están enseñando a manejar los fusiles; ya llegará el día en que los usemos.

—¡Ya está bien, muchachos, vamos allá! —gritó una voz desde la parte de arriba.

Los soldados y marineros empezaron a desalojar a la gente de sus asientos. Los policías de la entrada se dirigieron a los oradores. Ben y otros dos fueron detenidos. Los hombres del auditorio que estaban en edad militar tuvieron que enseñar sus tarjetas de alistamiento antes de poder marcharse. Ben fue llevado a empujones hasta un coche con las cortinas bajadas antes de que pudiera decirle nada a Helen. Casi ni se dio cuenta de quién le puso las esposas en las muñecas.

Lo tuvieron tres días sin nada de comer ni de beber en un despacho abandonado del edificio federal de Park Row. Cada dos o tres horas aparecía un nuevo grupo de inspectores de policía pisando fuerte y le hacían preguntas. Con la cabeza dándole vueltas y casi a punto de desmayarse de sed, se encontraba frente a caras largas y amarillas, rostros rojos de mandíbula saliente, más caras llenas de granos, caras de borrachos y perturbados mentales que lo miraban con ojos penetrantes; unas veces le gastaban bromas o trataban de convencerlo para que hablara, otras lo asustaban con amenazas; uno de los grupos apareció con trozos de manguera para pegarle. Ben dio un salto y les plantó cara. Por algún motivo no le pegaron, sino que le trajeron algo de agua y un par de bocadillos de jamón rancio. Después de eso pudo dormir un poco.

Un agente lo levantó de un tirón del banco y le llevó a una oficina muy cuidada, donde fue interrogado de modo casi amable por un hombre de cierta edad que estaba

sentado detrás de una mesa de caoba con un jarrón de flores en una esquina. El olor de las rosas casi lo mareó. El hombre le dijo que podía ver a su abogado y Morris Stein entró en la habitación.

—Benny —dijo—, yo me encargo de todo… El señor Watkins ha consentido en retirar todos los cargos si usted promete recibir instrucción militar. Al parecer han llamado a filas a su quinta.

—Si consigue sacarme —contestó Ben con voz baja y temblorosa—, haré todo lo que pueda por oponerme a esa guerra capitalista hasta que me detengan otra vez.

Morris Stein y el señor Watkins se miraron uno al otro y movieron la cabeza con indulgencia.

—Bueno —dijo el señor Watkins—, no puedo dejar de admirar su valor y lamento que no lo use para una causa mejor.

La cosa terminó con Ben puesto en libertad bajo fianza de quince mil dólares y con la garantía de Morris Stein de que no haría agitación política hasta el día de su juicio. Los Setein no quisieron decirle quién había pagado la fianza.

Morris y Edna Stein le cedieron una habitación de su casa; Fanya se pasaba allí todo el tiempo. Le daban bien de comer y trataban de que bebiera vino en las comidas y un vaso de leche antes de acostarse. Ben no tenía interés por nada, dormía todo lo que podía y leía todos los libros que encontraba en la casa. Cuando Morris quería hablar con él de su proceso, le soltaba:

—Usted se ocupa de eso, Morris…, haga lo que quiera… ¿Por qué me voy a preocupar? Estaría igual de bien en la cárcel que aquí.

—Bueno, eso sí que es halagador —decía Fanya riendo.

Helen Mauer le llamó varias veces para contarle cómo iban las cosas. Siempre le decía que no tenía noticias que pudieran darse por teléfono, pero él nunca pidió que lo viniera a visitar. No se alejaba de casa de los Stein más que para ir a sentarse un rato cada día a un banco de Riverside Drive y contemplar el gris Hudson, la hilera de casas de la orilla de Jersey y las grises empalizadas.

El día de su vista la prensa estaba llena de insinuaciones de victorias alemanas. Era primavera y hacía sol fuera de las amplias y sombrías ventanas de la sala de la audiencia. Ben sentía sueño en el banquillo. Todo parecía muy sencillo. Stein y el juez se rieron juntos de algunos chistes y el fiscal estuvo indudablemente genial. El jurado lo declaró «culpable» y el juez le condenó a veinte años de cárcel. Morris Stein recurrió y el juez lo dejó seguir en libertad bajo fianza. El único momento en que Ben revivió fue cuando le permitieron dirigirse al tribunal antes de oír la sentencia. Soltó un discurso sobre el movimiento revolucionario, que había estado preparando todas aquellas semanas. Cuando lo iba pronunciando, le pareció estúpido y flojo. Estuvo a punto de dejarlo en la mitad. Su voz sonaba con más fuerza y llenaba la sala según iba llegando al final. Hasta el juez y los viejos ujieres prestaron atención cuando recitó su perorata, las últimas palabras del Manifiesto Comunista:

*En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, nosotros tendremos una asociación, en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos.*

La apelación se retrasaba y retrasaba. Ben empezó a estudiar Derecho otra vez. Quería trabajar en el despacho de Stein para pagar su manutención, pero Stein le dijo que sería arriesgado; añadió que la guerra terminaría pronto y se aplacaría el miedo a los rojos, con lo que conseguiría que tuviera una condena más leve. Le proporcionó libros para que estudiara y le prometió aceptarle como socio si aprobaba los exámenes, una vez recuperados sus derechos ciudadanos. Edna Stein era una mujer gorda y rencorosa que raramente le hablaba; Fanya le llenaba de nerviosas atenciones que le ponían malo. Dormía mal y sentía molestias en los riñones. Una noche se levantó y se vistió, y cuando avanzaba de puntillas por la alfombra del vestíbulo hacia la puerta con los zapatos en la mano, Fanya, con el pelo negro cayéndole suelto por la espalda, apareció en la puerta de su habitación. Estaba en camisón, y se veían su delgado cuerpo y sus pechos planos.

—Benny, ¿adónde vas?

—Aquí me voy a volver loco… Tengo que marcharme. —Le castañeteaban los dientes—. Tengo que volver al movimiento… Me cazarán y volverán a meterme en la cárcel…, será lo mejor.

—Pobre Ben, no estás en condiciones.

Fanya le echó lo brazos al cuello y se lo llevó a su habitación.

—Fanya, deja que me vaya… Tal vez consiga cruzar la frontera mexicana…, otros lo han hecho.

—Estás loco… ¿Y qué pasará con la fianza?

—¿Qué me importa a mí esa fianza? No ves que tengo que hacer algo.

Ella lo acostó en su cama y le pasó la mano por la frente.

—Pobre Ben… Te quiero tanto, Benny, ¿no podrías pensar un poquito en mí? Sólo un poquito… ¡Podría ayudarte tanto en el movimiento…! Mañana hablaremos de eso… Quiero ayudarte, Benny.

Ben dejó que le quitara la corbata.

Llegó el armisticio y también noticias de la Conferencia de Paz, los movimientos revolucionarios en toda Europa, las tropas de Trotski expulsando a los blancos de Rusia. Fanya Stein decía a todo el mundo que ella y Ben estaban casados y le llevó a vivir a un estudio de la calle Ocho, donde le cuidó durante una gripe y una pulmonía doble. El primer día que el médico le dejó salir, ella lo llevó a dar un paseo en su sedán Buick a lo largo del Hudson. Regresaron al anochecer de un templado crepúsculo de principios de verano y encontraron una carta de Morris, enviada por correo urgente. La Audiencia había rechazado la apelación, pero había reducido la sentencia a diez años. Al día siguiente a mediodía tenía que comparecer con los

fiadores para que éstos le entregaran a la custodia del tribunal del distrito. Probablemente lo mandarían a Atlanta. Poco después de la carta el propio Morris apareció en persona. Fanya, totalmente hundida, lloraba histéricamente. Morris estaba pálido.

—Ben —dijo—, nos han derrotado… Tendrás que pasar un tiempo en Atlanta… Allí tendrás buena compañía…, pero no te preocupes. Llevaremos tu caso hasta el presidente. Ahora que la guerra ha terminado, no podrán seguir manteniendo amordazada a la prensa liberal.

—Está bien —dijo Ben—, es mejor saber lo peor.

Fanya se levantó de un salto del diván donde había estado sollozando y se puso a gritarle a su hermano. Cuando Ben salió a dar una vuelta alrededor de la manzana, los dejó discutiendo violentamente. Se sorprendió mirando con detenimiento las casas, los taxis, los faroles de la calle, las caras de la gente, una absurda boca de riego que tenía un torso como de mujer, unas botellas de aceite mineral colocadas en el escaparate de una droguería. Nujol. Decidió que lo mejor sería ir hasta Brooklyn para decirles adiós a sus viejos. En la estación de metro se detuvo. No se sentía con fuerzas; les escribiría.

A la mañana siguiente, a las nueve, bajó al despacho de Morris Stein con su maleta en la mano. Le hizo prometer a Fanya que no le acompañaría. Tuvo que decirle muchas veces que iba a la cárcel; le parecía que salía de viaje de negocios o algo así. Llevaba un traje nuevo de tweed inglés que le había comprado Fanya.

La parte baja de Broadway estaba llena del color rojo, blanco y azul de las banderas; había multitudes de oficinistas y secretarias y botones alineados en ambas aceras cuando salió del metro. Policías en motocicleta despejaban la calzada. De más abajo, del Battery, llegaba el estruendo de una banda militar tocando *Keep the Home Fires Burning*. Todo el mundo parecía animado y contento. Resultaba difícil no marchar al compás de la música en aquella fresca mañana de verano con olor a puerto y a barcos. Ben tenía que repetirse sin cesar: ésos son los que mandaron a Debs a la cárcel, los que mataron a Joe Hill, los que asesinaron a Frank Little, ésos son los que nos pegaron en Everett, los que quieren que vaya a pudrirme diez años en la cárcel.

El ascensorista negro le sonrió mientras lo llevaba arriba.

—¿Ya ha empezado el desfile, señor?

Ben negó con la cabeza y frunció el ceño.

El despacho parecía limpio y brillante. La telefonista era pelirroja y llevaba una estrella de oro. Había una bandera norteamericana ondeando encima de la puerta del despacho particular de Stein. Éste estaba sentado detrás de su mesa hablando con un joven con aspecto de ser de clase alta, que llevaba un traje de tweed.

—Ben —dijo Stein animadamente—, te presento a Stevens Warner… Acaba de salir de Charleston, donde ha cumplido un año por no querer alistarse.

—Ni siquiera fue un año entero —aclaró el joven, poniéndose de pie y estrechándole la mano—. Me han soltado por buena conducta.

A Ben no le gustó, con su traje de tweed y su corbata cara; pero de pronto recordó que él también llevaba un traje del mismo tipo. El pensarlo le entristeció.

—¿Y qué tal te fueron las cosas? —preguntó fríamente.

—No tan mal; me pusieron a trabajar en el invernadero… Me trataron bastante bien cuando se enteraron de que casi había estado en el frente.

—¿Y cómo fue eso?

—Nada, en el servicio de ambulancias… Creyeron que estaba algo loco… Fue una experiencia de lo más instructivo.

—A los obreros los tratan de otra manera —replicó Ben, enojado.

—Y ahora vamos a iniciar una campaña nacional para que suelten a los demás —dijo Stein, poniéndose de pie y frotándose las manos—. Comenzaremos con Debs… Ya lo verás, Ben, no estarás allí mucho tiempo…, la gente empieza a recobrar el sentido común.

De Broadway subía el sonido de una banda de música y el rumor regular de soldados desfilando. Todos miraron por la ventana. Brillaban las banderas, y también las serpentinas y el confeti a la luz rojiza del sol. La gente gritaba hasta desgañitarse.

—¡Imbéciles! —dijo Warner—. No van a conseguir que los soldados olviden lo mal que lo pasaron.

Morris Stein volvió a entrar en la habitación con un extraño brillo en los ojos.

—Eso hace que sienta como si me hubiera perdido algo.

—Bueno, yo me voy —dijo Warner, volviendo a estrecharles la mano—. Realmente, has tenido muy mala suerte, Compton…, pero no dudes ni un solo momento que día y noche trabajaremos para sacarte de allí… Estoy seguro de que la opinión pública cambiará. Tenemos grandes esperanzas en el presidente Wilson…; después de todo, sus relaciones con los obreros eran bastante buenas antes de la guerra.

—Me parece que serán los obreros quienes me saquen, si es que voy a salir —repuso Ben.

Warner le dirigió una mirada inquisitiva. Ben no sonrió. Warner se quedó allí de pie, delante de él, durante un momento bastante incómodo, y luego volvió a estrecharle la mano. Pero Ben no le devolvió el apretón.

—Buena suerte —dijo Warner y salió del despacho.

—¿Quien es ése? ¿Uno de esos estudiantes liberales? —le preguntó Ben a Stein.

Stein asintió. Había vuelto a enfrascarse en la lectura de unos papeles que tenía encima de la mesa.

—Sí… Steve Warner, un gran chico… Encontrarás libros y revistas en la biblioteca… Estaré contigo dentro de unos minutos.

Ben fue a la biblioteca y cogió un libro sobre Torts. Leyó y leyó el libro bellamente impreso. Cuando Stein vino a buscarle, no sabía lo que había estado leyendo o cuánto tiempo había pasado. En Broadway tuvieron que caminar lentamente a causa de la multitud y de las bandas de música y de las nutridas filas de

soldados con uniforme caqui y casco en la cabeza. Stein le llamó la atención con un codazo para que se quitara el sombrero cuando pasó la bandera de un regimiento en medio de una compañía de trompetas y tambores. Ben se quedó con él en la mano para no tener que volver a quitárselo. Aspiró profundamente el soleado aire polvoriento de la calle, lleno de olor a perfume femenino y a gasolina de los tubos de escape de los camiones que tiraban de los grandes cañones; llenos de risas y gritos y apreturas y ruido de pasos; luego el zaguán oscuro del edificio federal se los tragó.

Fue un alivio cuando todo pasó y se encontró, en el tren solo con el policía, camino de Atlanta. El policía era un hombre corpulento y triste con bolsas azuladas debajo de los ojos. Como las esposas le apretaban mucho a Ben en las muñecas, se las dejó sueltas, excepto cuando el tren estaba parado en una estación. Ben recordó que era su cumpleaños; cumplía veintitrés.

# Noticiario XLI

en la Oficina Colonial Británica se cree que la irritación australiana disminuirá en cuanto se den cuenta de que la sustancia es más importante que la sombra. Se puede afirmar que los representantes de la prensa que consiguen mandar sus telegramas a primera hora sufren porque sus telegramas son arrojados a la papelera. Otros que llegan más tarde son amontonados encima de ellos y al final los mensajes de la parte superior de la papelera son los primeros en leerse. Pero esto no debe considerarse un insulto. El conde von Brockdorf-Rantzau estaba muy débil y sólo se debía a su estado físico el que no pudiera levantarse.

UNOS SOLDADOS ATRACAN A UN COCHERO

Defendemos el fuerte porque somos
Sindicalistas firmes;
Codo a codo luchamos y avanzamos
Llegará la victoria.

La Federación de la ciudad de Nueva York dice que los trajes de noche están desmoralizando a la juventud del país

LOS SOLDADOS DE ULTRAMAR TEMEN
SE HAYA PERDIDO EL *GOLD* V

EL RECLUTAMIENTO ES UN ROMPECABEZAS

¿Esta actuando una propaganda hostil en París?

Hoy nos unimos a la causa de la Libertad
Y alzamos nuestras voces
Unimos nuestras manos en fuerte unión
Hasta vencer o morir

FRANCIA ES TODAVÍA LA FRONTERA DE LA LIBERTAD

se afirma que el bienestar y el desarrollo de las regiones atrasadas y coloniales se consideran la misión sagrada de la civilización sobre la que la Sociedad de Naciones ejerce una atenta supervisión

## LOS ROJOS DEBILITAN LOS OÍDOS DE WASHINGTON

Defendemos el fuerte porque somos
Sindicalistas firmes

en el mitin del sindicato de trabajadores del mar celebrado a primera hora de la noche última en el número 26 de Park Place se votó iniciar una huelga general mañana a las 6 de la mañana

## BURLESON ORDENA QUE SE SUPRIMAN TODAS LAS NOTICIAS POSTALES Y TELEGRÁFICAS

su respuesta fue ordenar a sus seguidores que ahorcaran a aquellos dos tipos en el acto. Éstos fueron colocados sobre unas sillas debajo de unos árboles, les ataron sogas al cuello y luego los maltrataron hasta que empujaron las sillas quitándoselas de debajo de los pies para terminar con sus suplicios

# El Ojo de la Cámara (42)

cuatro horas nosotros los temporeros amontonamos chatarra en los camiones y cuatro horas descargamos la chatarra de los camiones y la apilamos a un lado del camino QUE LOS CHICOS SE CONSERVEN FUERTES PARA CUANDO VUELVAN A CASA es el lema de la YMCA por la mañana la sombra de los álamos señala al oeste y por la tarde señala al este donde está Persia los dentados trozos de hierro viejo cortan las manos a través de los guantes de lona una especie de polvo gris nos tapa nariz y oídos y hace que nos piquen los ojos cuatro italianini una pareja de judíos un gitano griego dos negritos de barbilla azulada con los que nadie habla

piezas de repuesto que nadie quiere utilizar

guardarrabos abollados muelles rotos picos y palas viejos herramientas de trinchera retorcidas catres de hospital una montaña de tuercas y tornillos de todos los tamaños siete millones de kilómetros de alambre de espino tela metálica de gallinero tela metálica para conejos hectáreas de techo de hojalata kilómetros cuadrados de camiones aparcados largas cadenas de locomotoras chirriando en los rieles amarillos del apartadero

QUE LOS CHICOS SE CONSERVEN FUERTES PARA CUANDO VUELVAN arriba en la oficina los sargentos gruñones que hacen el trabajo burocrático no saben dónde está su país han perdido nuestras compañías nuestras hojas de parte nuestras placas de aluminio numeradas no hablar el englís *no entiendo* comprended pas no capisco nié ponimayu

día tras día las sombras de los álamos señalan al oeste norte nordeste este Cuando desertan siempre se dirigen al sur dijo al cabo Bastante duro pero si no tiene hoja de servicios ¿cómo lo vamos a licenciar? QUE LOS CHICOS SE CONSERVEN FUERTES porque ¡qué diablos! la guerra ha terminado

riña

# Noticiario XLII

fue un día de gala para Seattle. Una enorme multitud llenaba las calles del trayecto de la manifestación desde el muelle, y a última hora de la tarde emplazaron ametralladoras, los guardias soportaron un diluvio de proyectiles hasta que viéndose en peligro debido a su inacción los oficiales dieron la orden de abrir fuego. QUIZÁ CORTEN LA LUZ. El presidente Lowell de la Universidad de Harvard exhorta a los estudiantes para que actúen como esquiroles y rompehuelgas. «De acuerdo con su tradición de servicio público, la Universidad desea en estos momentos de crisis mantener el orden y defender las leyes de la Commonwealth».

TRES EJÉRCITOS LUCHAN POR KIEV

CALIFICA LA SITUACIÓN DE CRIMEN
CONTRA LA CIVILIZACIÓN

PARA HACERNOS INVULNERABLES

durante los funerales de Horace Traubel, albacea literario y biógrafo de Walt Whitman, esta tarde, se declaró un incendio en la iglesia unitaria del Mesías. Periódicos, remolcadores y astilleros se vieron afectados. Dos mil pasajeros quedaron retenidos en el Havre donde el señor Wilson embarcó para pasar revista a la flota del Pacífico, pero miles de personas amontonadas a cada lado de la calle parecían satisfechas con sólo ver al presidente. Cuando el *George Washington* avanzó lentamente hacia su fondeadero de Hoboken a través de la abarrotada parte inferior de la bahía, cada una de las embarcaciones dio la bienvenida al rey Alberto y a la reina Isabel con el ronco sonar de sus sirenas

EL ACERO DE FUNDICIÓN CONTINÚA A LA CABEZA
DEL MERCADO

Mi patria
Dulce tierra de libertad
A ti te canto

# Paul Bunyan

Cuando Wesley Everest regresó de ultramar y fue licenciado del ejército, volvió a su antiguo trabajo de aserrador. Sus padres eran de la vieja casta de madereros y cazadores de ardillas de Kentucky y Tenese que siguieron la ruta trazada por Lewis y Clark en el interior de los bosques gigantescos de la vertiente del Pacífico. En el ejército, Everest fue tirador y ganó una medalla por su puntería.

(Desde la época de los colonos, los propagandistas del Oeste y los políticos y oportunistas de Washington habían estado ocupados con los gigantescos bosques lluviosos de la vertiente del Pacífico, con el resultado de que:

*diez grupos monopolizadores que sólo reunían a mil ochocientos dos propietarios, monopolizaban ciento doce mil cuatrocientos dieciocho millones cuatrocientos mil*

[112.418.400.000]

*metros cuadrados de madera sin cortar… madera suficiente para producir las tablas necesarias [aparte de las inutilizadas durante la manufactura] para fabricar un puente flotante de medio metro de espesor y más de nueve kilómetros de anchura desde Nueva York a Liverpool*;

madera para andamios, madera para construir barrios residenciales, tableros de avisos, madera para cabañas y barcos y barriadas pobres, pasta de papel, revistas amarillas, páginas editoriales, anuncios, catálogos de ventas por correo, prospectos, documentos del Ejército, programas, papel de seda).

Wesley Everest era aserrador como Paul Bunyan.

Los leñadores, aserradores, tablistas y todos los demás trabajadores de los aserraderos eran los siervos del imperio de la madera; los del I.W.W. metieron la idea de la democracia industrial en la cabeza de Paul Bunyan; los agitadores del I.W.W. decían que los bosques tenían que pertenecer a todo el mundo, decían que Paul Bunyan tenía que ser pagado con dinero auténtico en vez de vales de la compañía, debía tener un sitio decente donde secar su ropa empapada por el sudor de un día de trabajo a cero grados y en la nieve, una jornada de ocho horas, barracones limpios, comida suficiente; cuando Paul Bunyan volvió de ayudar a salvar la democracia europea de los Cuatro Grandes, se afilió al sindicato local de leñadores, a fin de ayudar a salvar la vertiente del Pacífico para los obreros. Los del I.W.W. eran rojos. En este mundo no había nada que asustase a Paul Bunyan.

(Ser rojo en el verano de 1919 era peor que ser alemán o pacifista en el verano de 1917).

Los amos de la madera, los reyes de los aserraderos, eran patriotas; habían ganado

la guerra (en el curso de la cual el precio de la madera subió de 5 dólares los cien metros a 50 dólares; había incluso casos en los que el gobierno pagó a 400 dólares los cien metros de la de mayor calidad); se dispusieron a limpiar de rojos los bosques de su propiedad,

las instituciones norteamericanas libres deben ser salvadas a toda costa;

y organizaron la Asociación de Patronos y la Legión de los Madereros Leales; y pagaron bien durante un tiempo a un grupo de ex soldados para que asaltaran los locales de los I.W.W., pegaran y lincharan a los agitadores y quemaran propaganda subversiva.

El Día de la Conmemoración de los Caídos de 1918, los tipos de la Legión Americana de Centralia, encabezados por un grupo de la Cámara de Comercio, destrozaron el local de los I.W.W., pegaron a todo el que encontraron allí, encarcelaron a varios y apilaron a los restantes en un camión para llevarlos más allá de los límites del condado, quemando documentos y panfletos y sacando el mobiliario a subasta en favor de la Cruz Roja; las mesas de despacho de los I.W.W. todavía siguen en la Cámara de Comercio.

Los leñadores alquilaron un nuevo local y el sindicato siguió creciendo. En este mundo no había nada que asustase a Paul Bunyan.

Wesley Everest era un gran tirador; el día del armisticio se puso el uniforme y se llenó los bolsillos de cartuchos. Wesley Everest no era muy hablador; en un mitin celebrado en el local del sindicato el domingo antes del asalto, se habló de las posibilidades de que los lincharan; Wesley Everest había estado caminando arriba y abajo por el pasillo, con la guerrera militar encima de su mono de mecánico, distribuyendo folletos y panfletos; cuando los muchachos le decían que no soportarían otro asalto, se paraba con los papeles debajo del brazo, liaba un pitillo con papel de fumar marrón y sonreía con una extraña sonrisa muy pacífica.

El día del armisticio fue frío y crudo; la niebla avanzaba desde Puget Sound y goteaba de las oscuras ramas de los abetos y los relucientes escaparates del pueblo. Warren O. Grimm mandaba la sección Centralia del desfile. Los ex soldados iban de uniforme. Cuando el desfile pasó por delante del local del sindicato sin detenerse, los leñadores que estaban dentro respiraron a gusto. Alguien silbó con los dedos en la boca. Alguien gritó:

—¡Adelante! ¡A por ellos, muchachos!

Y los ex soldados corrieron hacia el lado de los I.W.W. Tres hombres echaron la puerta abajo. Un rifle disparó. Los rifles tableteaban en las colinas situadas detrás del pueblo, tronaban en la parte de atrás del local.

Grimm y un ex soldado fueron alcanzados.

El desfile se deshizo en desorden, pero los hombres con rifle volvieron a formar y asaltaron el local. Encontraron a unos cuantos individuos desarmados escondidos dentro de un viejo frigorífico, y a un muchacho de uniforme al pie de la escalera con los brazos en alto.

Wesley Everest descargó su rifle, lo tiró y corrió al bosque. Para escapar se abrió paso entre la multitud que había en la parte posterior del local, manteniéndola a raya con una pistola automática azulada; escaló una cerca, dobló por una calleja y atravesó una de las calles más oscuras. La banda le seguía. Tiraron los rollos de cuerda que llevaban para linchar a Britt Smith, el secretario de los I.W.W. Fue Wesley Everest quien, al atraerlos, evitó que lincharan a Britt Smith allí mismo.

Deteniéndose una o dos veces para contener a sus perseguidores con unos disparos sueltos, Wesley Everest corrió hacia el río y empezó a vadearlo. Cuando el agua le llegó a la cintura se detuvo y dio media vuelta.

Wesley Everest se volvió para plantar cara, con una extraña sonrisa pacífica, a la multitud que le perseguía. Había perdido el sombrero y le goteaba agua y sudor de los cabellos. Se le echaron encima.

—¡Atrás! —gritó—. Si hay policías en el grupo, me entregaré.

La multitud estaba ya sobre de él. Wesley Everest disparó cuatro veces desde la cadera y se le encasquilló la pistola. Manipuló el gatillo y, apuntando con frialdad, mató de un tiro al que estaba más cerca. Era Dale Hubbard, otro ex combatiente, sobrino de uno de los grandes madereros de Centralia.

Luego arrojó la pistola y luchó a puñetazos. La multitud le agarró. Un hombre le rompió los dientes de un culatazo. Alguien trajo una soga y se dispusieron a ahorcarlo. Una mujer se abrió paso a codazos entre la multitud y le quitó la soga del cuello.

—No tenéis huevos para colgar a un hombre a la luz del día —fue lo que Wesley Everest dijo.

Lo llevaron a la cárcel y lo dejaron tirado en el suelo de una celda. Entretanto sometían a los demás leñadores al tercer grado.

Aquella noche las luces de la ciudad fueron apagadas. Un grupo enfurecido echó abajo la puerta de la cárcel.

—No disparéis, muchachos —dijo el guardia.

Wesley Everest los esperó de pie.

—Decid a los compañeros que hice todo lo que pude —les susurró a los hombres encerrados en las otras celdas.

Lo llevaron en una limusina al puente del río Chehalis. Cuando Wesley Everest yacía aturdido en el suelo del coche, uno de los hombres de negocios de Centralia le cortó el pene y los testículos con una navaja de afeitar. Wesley Everest soltó un alarido de dolor. Alguien recuerda que después de un rato murmuró:

—Por el amor de Dios, mátenme…, no me hagan sufrir de este modo.

Luego lo colgaron del puente, a la luz de los faros de los coches.

Al juez que llevó las diligencias le pareció una broma muy divertida.

Informó que Wesley Everest se había escapado de la cárcel y había corrido hasta el puente del río Chehalis, se había atado una cuerda alrededor de cuello y había saltado, descubriendo entonces que la cuerda era demasiado corta, por lo que volvió a subir y se ató otra más larga. Saltó otra vez, se rompió el cuello y se acribilló a sí mismo a balazos.

Metieron los mutilados despojos en un cajón de embalaje y los enterraron.

Nadie sabe dónde sepultaron el cuerpo de Wesley Everest, pero los otros seis leñadores a los que detuvieron están enterrados en el penal de Walla Walla.

# Richard Ellsworth Savage

Los pináculos y contrafuertes del ábside de Notre Dame parecían ceniza de puro bajo el último sol de la tarde.

—Tiene que quedarse, Richard —estaba diciendo Eleanor mientras trajinaba por la habitación reuniendo el servicio del té en una bandeja para que se lo llevara la criada—. Yo tenía que hacer algo por Eveline y su marido antes de que se embarcaran…, después de todo es una de mis amigas más antiguas, y he invitado a todos sus admiradores a que vinieran dentro de un rato.

Una fila de grandes carromatos cargados de barricas de vino pasaba retumbando por el Quai. Dick contemplaba la ceniza gris de la tarde.

—Cierre esa ventana, Richard, está entrando polvo… Claro que me hago cargo de que tendrá que irse pronto para acudir a esa reunión de J. W. con la prensa… Si no hubiera sido por eso, él tampoco habría tenido más remedio que venir, pero ya sabe lo ocupadísimo que está el pobre.

—Bueno, a mí tampoco me sobra el tiempo…, pero me quedaré a felicitar a la feliz pareja. En el Ejército se me ha olvidado cómo se trabaja.

Se puso de pie y volvió a la habitación para encender un pitillo.

—Tampoco tiene que ponerse tan triste por eso.

—Pues usted no anda bailando por la calle, que digamos.

—Creo que Eveline ha cometido un grave error… Los norteamericanos son tan increíblemente frívolos cuando se trata del matrimonio…

A Dick se le formó un nudo en la garganta. Se dio cuenta de que estudiaba el modo de llevarse el pitillo a la boca, inhalar el humo y echarlo. Los ojos de Eleanor estaban clavados en su cara, fríos y escrutadores. Dick no decía nada y trataba de mantener un rostro impasible.

—¿Estaba usted enamorado de esa pobre chica, Richard?

Dick se sonrojó y negó con la cabeza.

—Bueno, no necesita aparentar tanta impasibilidad… Es poco maduro fingir indiferencia con respecto a esas cosas.

—Engañada por un oficial del ejército, una belleza de Texas se mata en accidente de aviación…, pero la mayoría de los corresponsales me conocen e hicieron todo lo posible por sofocar la noticia. ¿Qué esperaba usted que hiciera yo? ¿Saltar a la fosa como Hamlet? El honorable señor Barrow hizo todo lo necesario. Ha sido una noticia de una terrible dureza. —Se dejó caer en una butaca—. Me gustaría ser lo bastante fuerte como para que todo me importara un comino. Cuando la historia nos pisa la cara a todos, no hay tiempo para hermosos sentimientos. —Hizo una mueca y siguió hablando por un lado de la boca—. Lo único que pido es ver mundo con el tío Woodrow…, *le beau monde sans blague tu sais*.

Eleanor reía con su risita chirriante cuando oyeron las voces de Eveline y Paul Johnson afuera, en el descansillo.

Eleanor les había comprado un par de pequeñas cotorras azules en una jaula. Bebieron Montracher y comieron pato a la naranja. A mitad de la cena, Dick tuvo que marcharse para ir al Crillon. Fue un alivio salir al aire libre, sentarse en un taxi abierto, pasar por delante del Louvre, que se veía más grande a la última luz del crepúsculo, bajo la cual las calles de París parecían vacías y muy antiguas, como el Foro de Roma. Hasta pasar las Tullerías, todo el camino tuvo ganas de decirle al taxista que le llevara a la ópera, al circo, a las fortificaciones, a cualquier parte, cuanto más lejos mejor. Puso cara de jugador de póquer al pasar por delante del portero del Crillon.

La señorita Williams le dirigió una sonrisa de alivio cuando apareció en la puerta.

—¡Oh! Temía que se retrasara, capitán Savage.

Dick movió la cabeza y dijo con una mueca:

—¿Ya ha llegado alguien?

—Llegan en manadas. Esto saldrá en primera página de todos los periódicos —susurró ella.

Luego tuvo que responder al teléfono.

La gran habitación ya estaba casi llena de periodistas. Jerry Burnham le susurró cuando se daban la mano:

—Oiga, Dick, si se trata de una declaración escrita, usted no saldrá vivo de esta habitación.

—No se preocupe —dijo Dick, sonriendo.

—Oiga, ¿dónde está Robbins?

—No aparece en la foto —respondió Dick secamente—; creo que está en Niza bebiendo y destrozándose lo que le queda de hígado.

J. W. había entrado por la otra puerta y andaba por la habitación estrechando manos de conocidos y siendo presentado a otros. Un joven despeinado y de corbata torcida le puso a Dick un papel en la mano.

—Oiga, pregúntele si querrá responder a alguna de esas preguntas.

—¿Va a hacer campaña en favor de la Sociedad de Naciones? —le preguntó alguien al otro oído.

Todos se acomodaron en sillas. J. W. se recostó en el respaldo de la suya y dijo que aquello iba a ser una conversación informal; después de todo, él también era periodista. Hubo una pausa. Dick miró la cara pálida, con ligera papada, de J. W. y captó el destello de sus ojos azules recorriendo las caras de los corresponsales. Un hombre de mediana edad preguntó en voz muy alta si el señor Moorehouse deseaba decir algo sobre las diferencias de opinión entre el presidente y el coronel House. Dick se dispuso a aburrirse. J. W. respondió con una fría sonrisa que eso era mejor que se lo preguntaran al propio coronel House. Cuando alguien pronunció la palabra «petróleo», todos se enderezaron en sus sillas. Sí, podía asegurar que había un

acuerdo, se había establecido un contrato de trabajo entre determinados productores de petróleo norteamericanos y tal vez la Royal Dutch Shell; oh, no, claro que no para fijar precios, sino como prueba de que estaba amaneciendo una nueva era de cooperación internacional en la que las grandes acumulaciones de capital trabajarían juntas en favor de la paz y la democracia, contra reaccionarios y militaristas por una parte, y contra las sanguinarias fuerzas del bolchevismo por otra. ¿Y qué pasa con la Sociedad de Naciones?

—Está amaneciendo una nueva era —siguió J. W. en tono confidencial.

Las sillas crujieron y gimieron, los lápices arañaron los papeles, todo el mundo estaba muy atento. Todos anotaron que J. W. zarpaba para Nueva York en el *Rochambeau* dentro de quince días. Después de que los periodistas se fueran a transmitir sus informaciones, J. W. bostezó y pidió a Dick que presentara sus excusas a Eleanor, pues estaba de verdad demasiado cansado para ir por su casa aquella noche. Cuando Dick volvió a la calle todavía había un violeta resplandor crepuscular en el cielo. Llamó un taxi; ¡maldita sea!, ahora, podía tomar un taxi siempre que quisiera.

El ambiente estaba algo tenso en casa de Eleanor; la gente charlaba incómoda y de modo intermitente en el salón y en un dormitorio que había sido dispuesto como una especie de *boudoir* con un gran espejo adornado de encaje. Parecía como si el novio tuviera hormigas en el cuello. Eveline y Eleanor estaban de pie en el balcón hablando con un hombre de cara demacrada que resultó ser aquel Don Stevens a quien el Ejército de ocupación había detenido en Alemania y por el que Eveline había revuelto cielo y tierra.

—Cada vez que me meto en un lío —decía—, siempre encuentro a un judío que me saca de él…; esta vez fue un sastre.

—Sí, pero Eveline no es ni judía ni sastre —replicó Eleanor gélidamente—, aunque le puedo asegurar que ha hecho mucho.

Stevens atravesó la habitación para acercarse a Dick y le preguntó qué clase de persona era Moorehouse.

Dick se dio cuenta de que se ruborizaba. Hubiera querido que Stevens no hablase tan alto.

—Es un hombre de una extraordinaria habilidad —farfulló.

—Yo creía que era un farsante… No sé qué información esperaban obtener esos malditos imbéciles de la prensa burguesa… Yo estaba allí por el *Daily Herald*.

—Sí, ya le vi —dijo Dick.

—Me pareció, por lo que dijo Steve Warner, que usted era de esos que interiormente se desprecian a sí mismos.

—Bueno, mejor será añadir que, además de despreciarse, desprecian.

Stevens se quedó mirándole fijamente como si fuera a pegarle.

—Bien, pronto sabremos de qué lado está cada uno. Tendremos que vernos las caras, como dicen los rusos, dentro de poco.

Eleanor interrumpió con una nueva y espumosa botella de champán. Stevens volvió otra vez al balcón a hablar con Eveline.

—Prefiero tener un predicador baptista en casa —dijo Eleanor con una risita.

—Maldita sea. Detesto a la gente que disfruta haciendo que los demás se sientan incómodos —rezongó Dick entre dientes.

Eleanor sonrió con una risa en forma de V y pasó por el brazo de Dick su delgada y blanca mano que terminaba en largas uñas puntiagudas color rosa y marcadas con medialunas.

—Yo también, Dick, yo también.

Cuando Dick le dijo en voz baja que le dolía la cabeza y que iba a marcharse a casa a meterse en la cama, Eleanor le agarró del brazo y lo empujó hacia el vestíbulo.

—No se atreverá a irse a su casa y dejarme sola en este ambiente helado. —Dick hizo una mueca y la siguió de vuelta al salón. Eleanor le sirvió una copa de champán de la botella que todavía tenía en la mano—. Anime usted a Eveline —le susurró con voz cansada—. Está a punto de caer por tercera vez.

Dick se quedó varias horas hablando con Eveline, señora de Johnson, sobre libros, obras de teatro y ópera. Ninguno de los dos parecía ser capaz de seguir el hilo de lo que decía el otro. Eveline no apartaba los ojos de su marido. Éste tenía una cara de cachorrillo, que no pudo sino gustarle a Dick, quien se encontraba junto al aparador emborrachándose con Stevens, el cual se dedicaba a hacer desagradables observaciones en voz alta sobre los parásitos y los jóvenes burgueses. Aquello duró mucho tiempo. Paul Johnson se indispuso y Dick tuvo que acompañarlo al cuarto de baño. Cuando volvió al salón estuvo a punto de llegar a las manos con Stevens, quien, tras una discusión sobre la Conferencia de Paz, de repente casi se le echó encima con los puños levantados y llamándole jodido maricón. Los Johnson se llevaron a Stevens. Eleanor se acercó a Dick y le pasó el brazo alrededor del cuello, diciéndole que había estado magnífico.

Paul Johnson volvió a subir la escalera para recoger las cotorras. Estaba pálido como el papel. Uno de los pájaros había muerto y yacía tieso, caído de espaldas con las garras al aire en el fondo de la jaula.

Hacia las tres de la mañana, Dick volvió a su hotel en un taxi.

# Noticiario XLIII

arrancaron las pancartas que llevaban los extremistas, les rompieron la ropa y les amorataron los ojos antes de que los soldados y ex soldados hubieran terminado con ellos

Mueren treinta y cuatro después de beber alcohol de madera los trenes franceses tal vez paren pronto

GERARD ECHA SU SOMBRERO AL RING

EL TRIBUNAL SUPREMO FRUSTRA LA ÚLTIMA ESPERANZA
DE BOCA HÚMEDA

EL BOTE SALVAVIDAS PEDIDO CON COHETE DE SEÑALES
BUSCA EN VANO DURANTE DIECISÉIS HORAS

América te amo,
Eres como una novia mía

LES GENS SAGES FUIENT LES REUNIONS POLITIQUES

WALL STREET CIERRA A LA BAJA; SE TEME QUE EL DINERO SE
RETRAIGA

De océano a océano
Mi devoción hacia ti
Sobrepasa todo límite

SE ESPERA AL PEQUEÑO CARUSO

su madre, la señora de W. D. McGillicudy, dijo: «Mi primer marido fue atropellado cuando cruzaba la vía del tren, mi segundo marido murió del mismo modo, y ahora es mi hijo».

Lo mismo que un niño pequeño
Trepando al regazo de su madre

LAS AMETRALLADORAS BARREN LAS HORDAS EN KNOXVILLE

América te amo

UNOS AVIADORES VIVEN SEIS DÍAS A BASE DE ALMEJAS

la policía obligó a los manifestantes a bajar sus banderas y ordenó a la convención que no exhibiera ningún emblema rojo, salvo el rojo de la bandera estrellada de los Estados Unidos; puede no resultar indiscreto decir, a pesar de todo, y en cualquier caso no puede empañar su gloria, que el general Pershing estaba recluido en su camarote a causa del mareo cuando llegó el mensaje ANCIANO DE OCHENTA Y NUEVE AÑOS ATESORA CHICLE COMO RECUERDO PRECIOSO NO PUDO MANTENER SU SERENIDAD EN LOS DEBATES QUE CERRARON LA ASAMBLEA

Y hay otros cien millones como yo

# El cuerpo de un norteamericano

Porcuantoel Congresodelosestadosunidos porunaresoluciónconjuntadoptada el4demarzo pasadoautorizóal secretariodeGuerra a ordenar que sea traído a losestadosunidosel cuerpo de un norteamericano queformabapartedelcuerpoexpedicionario norteamericanoeneuropaelcualperdiósuvida durantelaguerraycuyaidentidad hasidoestablecida para enterramiento enelanfiteatro conmemorativodelcementerionacionaldearlingtonvirginia

En la tienda-depósito de cadáveres de Châlons-sur-Marne entre la peste a cloruro de cal y a muerto, cogieron la caja de pino que contenía todo lo que quedaba de

ito, de ico, de illo: había muchas otras cajas allí apiladas, que contenían lo que se había podido reunir de Richard Roe

y de otro u otros desconocidos. Sólo puede ir uno. ¿Cómo eligieron a John Doe?

Procurad que no sea negro, chicos.

procurad que no sea italiano ni judío,

¿cómo puede uno estar seguro de que sea cien por cien norteamericano cuando todo lo que tenemos es un saco lleno de huesos, botones de bronce con el águila chillona grabada y un par de botas?

… y el nauseabundo cloruro y el apestoso olor de los muertos hace ya un año…

> Además, el día estaba demasiado lleno de significado y tragedia para aplaudir. Silencio, lágrimas, cantos y oraciones, tambores apagados y suave música fueron hoy los instrumentos de la aprobación nacional.

John Doe nació (palpitar jadeo de sangre enamorada estremecimiento que se eleva de un hombre y una mujer solos sin duda juntos dando sacudidas

y nuevemeses de malestar amodorramiento para despertar al miedo agonía y el dolor y sangre y confusión del parto). John Doe nació

y se crió en Brooklyn, en Menfis, cerca de la orilla del lago de Cleveland, Ohio, en el hedor de los corrales de Chi, en Beacon Hill, en una vieja casa de ladrillo de Alexandria, Virginia, en Telegraph Hill, en una casa Tudor de madera, en Portland, la ciudad de las rosas

en la Maternidad fundada por el viejo Morgan en Stuyvesant Square

al otro lado de la vía del tren, cerca del club de campo, en una chabola cabaña barracón casa de apartamentos exclusivo barrio residencial de las afueras;

vástago de una de las mejores familias de la guía social, ganó el primer premio en el concurso infantil de Coronado Beach, fue campeón de canicas del colegio de Little Rock, gran jugador de baloncesto del Instituto de Bonneville, defensa del

Reformatorio Estatal, tras haber salvado al hijo del sheriff que se ahogaba en el pequeño Misuri fue invitado a Washington para que lo fotografiaran estrechando la mano al presidente en la escalera de la Casa Blanca;

> aunque era tiempo de aflicción, tal congregación siempre tiene una nota de color. En los palcos se ven los uniformes de los diplomáticos extranjeros, los galones dorados de las marinas y ejércitos nacionales y extranjeros, el negro del chaqué de los estadistas norteamericanos, las pieles y abrigos multicolores de madres y hermanas que han venido al duelo, el gris y azul de marinos y soldados, el resplandor de los instrumentos musicales y el blanco y negro de un coro de iglesia

… pinche de restaurante peón en el campo cuidador de cerdos boy scout campeón recolector de maíz del oeste de Kansas botones del United States Hotel de Saratoga Springs botones de oficina recadero frutero tendedor de líneas telefónicas estibador leñador ayudante de fontanero

trabajó para una compañía fumigadora de Union City, llenó pipas de opio en un fumadero de Trenton, Nueva Jersey.

Secretario de la YMCA, agente de transportes, camionero, mecánico de coches Ford, vendedor de libros en Denver, Colorado: señora, ¿tendría la amabilidad de ayudar a un joven a costearse sus estudios?

> El presidente Harding, con una reverencia especialmente significativa debido a su elevada posición temporal, concluyó su discurso:
>
> *Nos hemos reunido hoy para rendir un tributo impersonal*;
>
> *el nombre de aquel cuyo cuerpo yace ante nosotros voló con su alma imperecedera…*
>
> *como típico soldado de esta democracia representativa, luchó y murió creyendo en la indiscutible justicia de la causa de su patria…*
>
> y levantando la mano derecha pidió a los miles de personas que le escuchaban que se unieran a su oración:
>
> *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…*

Desnudo ingresó en el ejército;

te pesan, te miden, miran si tienes los pies planos, te aprietan el pene para ver si tienes blenorragia, te miran el culo para ver si tienes almorranas, te cuentan los dientes, te obligan a toser, te auscultan corazón y pulmones, te hacen leer las letras de un cartel, te analizan la orina y la inteligencia,

te dan una hoja de servicios para el futuro (alma imperecedera)

y una chapa de identificación con tu número de serie grabado para que te la cuelgues al cuello, un equipo completo reglamentario, la escudilla para el rancho y un

ejemplar de las ordenanzas.

A-ten-CIÓN mete el estómago ¡capullo! a ver si no sonríes, tú, ¿dónde coño crees que estás? ¿En un baile parroquial, so pijo? ¡De-fren-te-MARCH!

John Doe

y Richard Roe y otro u otros desconocidos

hicieron la instrucción, aprendieron a manejar las armas, a comer rancho, aprendieron a saludar, a ser soldados, a perder el tiempo en las letrinas, prohibido fumar en cubierta, centinela en ultramar, cuarenta hombres y ocho caballos, revista minuciosa y el ping de la metralla y el silbido de las balas peinando el aire y los tiradores emboscados las ametralladoras barro piojos máscaras antigás y la sarna.

«Oye, amigo, dime, ¿cómo puedo volver a mi compañía?»

John Doe tuvo una cabeza

durante veinte años escasos sintió con intensidad los nervios de los ojos los oídos el paladar la lengua los dedos de manos y pies los sobacos, los nervios cálidos bajo la piel cargaron las circunvoluciones del cerebro de dolor dulce caliente frío mío no lo debo hacer frases impresos titulares:

No deberás, la tabla de multiplicar, divisiones largas. Ahora es el momento para todas las buenas personas llama a la puerta del joven pero sólo una vez, Es una vida estupenda, Los primeros cinco años serán la Seguridad primero, Supón que un alemán trata de violar a tú ¿tiene mi patria razón o no? Alistarlos jóvenes Lo que no sepa él no los trataré mal, No les digas nada, Recibió lo que venía para él, Éste es un país de blancos, Estirar la pata, Ir al Oeste, Si no te gusta puedes estafarle

«Oye, tú, ¿pero es que no me puedes decir cómo vuelvo a mi compañía?»

No puedo evitar dar saltos cuando disparan esas cosas, esas cosas me dan miedo. Perdí mi chapa de identificación nadando en el Marne, bromeé con un tipo mientras estábamos esperando a que nos despiojaran, me acosté con una chica que se llamaba Jeanne (película pornográfica tarjeta postal francesa húmeda sueño empezando con salitre en el café y terminando en la clínica profiláctica);

«Oye, soldado, por el amor de Dios, ¿puedes decirme cómo vuelvo a mi compañía?»

John Doe

su corazón bombeaba sangre:

vivo palpitante silencio de sangre en tus oídos

allá abajo en el claro del bosque de Oregón donde las calabazas color calabaza penetran en la sangre por los ojos y los árboles de color otoñal y los saltamontes color bronce saltan entre la hierba seca, donde pequeños caracolillos de rayas cuelgan del envés de las hojas y zumban las moscas, las abejas y las avispas, y el bosque huele a vino y setas y manzanas, aroma hogareño del otoño que penetra a torrentes en la sangre,

y me quité el casco de acero y la mochila sudaba y me tumbé al sol que me lamía la garganta y la nuez y la piel tirante del esternón.

El obús tenía el número grabado.

La sangre penetró en la tierra.

La hoja de servicios cayó del fichero cuando el sargento se emborrachó aquella vez que tuvieron que largarse a toda prisa de la base.

La chapa de identificación estaba en el fondo del Marne.

La sangre penetró en la tierra, los sesos salieron del cráneo roto y fueron devorados por las ratas de las trincheras, la tripa se le hinchó y crió toda una generación de moscas azules,

y el esqueleto incorruptible,

y los restos de vísceras secas y de piel envueltos en el uniforme caqui

lo llevaron a Châlons-sur-Marne

y lo colocaron cuidadosamente en un ataúd de pino

y lo llevaron a la tierra de Dios en un buque de guerra

y lo enterraron en un sarcófago del Anfiteatro conmemorativo del Cementerio Nacional de Arlington

y lo envolvieron en la gloriosa bandera

y el trompeta tocó silencio

y el señor Harding rezó a Dios y los diplomáticos y los generales y los almirantes y los jefazos y los políticos y las damas tan bien vestidas que salen en las páginas de sociedad del *Washington Post* se pusieron de pie muy solemnes

pensando en la belleza triste de la gloriosa bandera y de la tierra de Dios cuando el trompeta tocaba silencio y vibraban en sus oídos tres descargas.

Allí donde debiera haber estado su pecho le pusieron

la Medalla del Congreso, la Cruz de Servicios Distinguidos, la Médaille Militaire, la Croix de Guerre belga, la Medalla de Oro italiana, la Vitutea Militara enviada por la reina María de Rumanía, la Cruz de Guerra checoslovaca, la Virtuti Militari polaca, una corona enviada por Hamilton Fish, hijo, de Nueva York, y unas conchas indias ofrecidas por una delegación de pieles rojas de Arizona con pinturas de guerra y plumas. Todos los habitantes de Washington llevaron flores.

Woodrow Wilson depositó un ramo de amapolas.

JOHN RODRIGO DOS PASSOS (Chicago, Illinois, 1896 – Baltimore, Maryland, 1970) fue un novelista y periodista estadounidense.

Nacido en Chicago, en una familia descendiente de portugueses de la isla de Madeira, en su juventud viajó, junto a sus padres, por México y algunos países de Europa (en especial Portugal, Bélgica, el Reino Unido y España). En 1916 se graduó en Artes por la Universidad de Harvard.

Durante la Primera Guerra Mundial fue conductor de ambulancias en el frente francés e italiano, experiencia que le proporcionó material para su novela *Iniciación de un hombre: 1917* (1920), de corte autobiográfico. Siguió a ésta *Tres soldados* (1921), con la cual alcanzó el reconocimiento de la crítica por su amargo antibelicismo. Tras la guerra, volvió a viajar por España y a su regreso publicó *Rocinante vuelve al camino* (1923).

En 1925 publica *Manhattan Transfer*, una visión panorámica de la vida neoyorquina entre 1890 y 1925 que tuvo un éxito inmenso. Esta poderosa novela, construida con fragmentos de canciones populares, titulares de prensa, pasajes de monólogo interior y fragmentos naturalistas de las vidas de una multitud de personajes sin relación entre sí, determinó el estilo de las mejores de sus últimas novelas. Su trilogía USA (reunida en 1938), en el mismo estilo, amplió su panorama para abarcar todo el país. Comprende las novelas *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), y describe el crecimiento del materialismo estadounidense desde la última década del siglo pasado a la Gran Depresión.

En 1927 hizo pública su postura contraria a la ejecución de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti y fue encarcelado por ello. Aunque inicialmente mantuvo una ideología cercana al socialismo, una visita a la Unión Soviética a finales de los años 20 le hizo ser bastante más crítico. En 1937 volvió de nuevo a España para colaborar con Ernest Hemingway en el guion del documental «*La tierra española*», pero al conocer la desaparición de su amigo y traductor de su obra José Robles Pazos, presumiblemente a manos de los servicios secretos soviéticos, rompió definitivamente con la ideología comunista. A esta época corresponden algunas de sus novelas, como *Aventuras de un joven, Número uno* o *El gran destino*.

Sus novelas, representativas de la «generación perdida», amargas y profundamente impresionistas, atacan la hipocresía y el materialismo de los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales y tuvieron una honda influencia en varias generaciones de novelistas europeos y americanos, como en el peruano Ciro Alegría, o en los españoles Camilo José Cela y Juan Benet.

# Notas

[1] I.W.W. son las siglas de International Workers of the World, organización sindical norteamericana de ideas anarquizantes, especialmente en su facción oeste (*N. del T.*) <<

[2] Asociación Cristiana de Jóvenes. (*N. del E.*) <<

[3] Siglas del Great Old Party, como se denomina también el Partido Republicano (*N. del T.*) <<